# El Antiguo Egipto

José Miguel Parra
(coord.)


Marcial Pons **Historia**

Manuales

EL ANTIGUO EGIPTO

JOSÉ MIGUEL PARRA ORTIZ
(coord.)

# EL ANTIGUO EGIPTO
## Sociedad, Economía, Política

Marcial Pons Historia

Motivo de la cubierta: detalle de la estatua Ka del rey de la XII dinastía Hor I (Autibre). Museo Egipcio. El Cairo.


San Sotero, 6 - 28037 Madrid
☎ 91 304 33 03
edicioneshistoria@marcialpons.es
ISBN: 978-84-15817-99-4

Diseño de cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

# ÍNDICE

# ABREVIATURAS

| | |
|---|---|
| ÄA | Ägyptologische Abhandlungen. |
| *ArOr* | *Archiv Orientalni*. |
| *AfO* | *Archiv für Orientforschung.* |
| *AJA* | *American Journal of Archaeology.* |
| *ASAE* | *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte.* |
| *BACE* | *Bulletin of the australian Center for Egyptology.* |
| *BAEDE* | *Boletín de la Asociación Española de Egiptología.* |
| BAR | British Archaological Records. |
| BdE | Bibliothèque d'études, IFAO. |
| *BIFAO* | *Bulletin de l'IFAO.* |
| *BSFE* | *Bulletin de la Société Française d'Égyptologie.* |
| CASAE | Cahiers Supplémentaires des Annlaes du Service des Antiquités de l'Égypte. |
| *CdE* | *Chronique d'Égypte.* |
| CAH | Cambridge Ancient History. |
| *CRIPEL* | *Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et Égyptologie de Lille.* |
| EEF | Egypt Exploration Society. |
| FIFAO | Fouilles del IFAO. |
| *GM* | *Göttingen Miszellen.* |
| HÄB | Hildesheimer Ägyptologische Beiträge. |
| IFAO | Institut Français d'Archéologie Orientale. |
| *IEJ* | *Israel Exploration Journal.* |
| *JA* | *Journal Asiatique.* |
| *JARCE* | *Journal of the American Research Center in Egypt.* |
| *JBL* | *Journal of Biblical Literature.* |
| *JEA* | *Journal of Egyptian Archaeology.* |
| *JESHO* | *Journal of the Economic and Social History of the Orient.* |
| *JHS* | *Journal of Helenic Studies.* |
| *JNES* | *Journal of Near Eastern Studies.* |
| *JSSEA* | *Journal the Society for the Study of Egyptian Antiquitues.* |

| | |
|---|---|
| *LdÄ* | *Lexikon der Ägyptologie,* 1975-1987. |
| MÄS | Münchner Ägyptologische Studien. |
| *MDAIK* | *Mittelungen des Deutschen Archälogischen Institus.* |
| OBO | Orbis Biblicus et Orientalis. |
| OLA | Orientalia Lovainiensia Analecta. |
| OrMonsp | Orientalia Monspeliensia. |
| *RdE* | *Revue d'Égyptologie.* |
| *SAGA* | *Studien zur Archäologie und Geschichte Altägyptens.* |
| *SAK* | *Studien zur Altägyptischen Kultur.* |
| SAOC | Studies in Ancient Oriental Civilization. |
| SSEA | Society for the Study of Egyptian Antiquities. |
| VTSup | Suplemento a *Vetus Testamentum.* |
| *ZÄS* | *Zeitschrift für Agyptische Sprache und Altertumskunde.* |

# PREFACIO

Desde el momento en que se perdió la capacidad para escribir la lengua egipcia en jeroglíficos, éstos se transformaron en un «secreto» que generaciones de estudiosos lucharon por desvelar. Así fue hasta 1822, cuando Champollion consiguió penetrar en él y abrir de nuevo la cultura escrita faraónica al escrutinio y estudio de los historiadores. Este hecho, unido a los abundantes textos dejados por aquélla, ha sesgado hasta cierto punto el modo en el que los egiptólogos se han acercado siempre a la cuestión de cómo presentar el objeto de su estudio: los documentos escritos eran prácticamente la única referencia utilizada, considerando a la arqueología más como una herramienta destinada a proporcionar inscripciones u objetos artísticos (entendidos como manifestaciones de la potencia cultural de los faraones) que como una fuente de información en sí misma. Matizada apenas por la historia del arte y su interés por los artefactos, esta tendencia ha continuado hasta nuestros días y ha hecho de la egiptología una disciplina atrasada metodológicamente respecto a otros campos de estudio del pasado. Esta circunstancia queda reflejada en los no muy abundantes manuales que sobre ella se han escrito, donde el hincapié se ha hecho, sobre todo, en los textos y la información fáctica que describen, apenas incidiendo en las circunstancias sociales o económicas que de ellos se desprenden.

No obstante, de algunos decenios a esta parte esta tendencia «filologista» de la egiptología está cambiando. Tras los trabajos pioneros de K. Weeks (como editor) en *Egypt and the social sciences* (1979) o de B. G. Trigger, B. J. Kemp, D. O'Connor y A. Lloyd en su *Ancient Egypt, a social history* (1983) son cada vez más las obras que se esfuerzan por estudiar otros aspectos de la cultura faraónica. Para ello se recurre a metodologías dispares, que van desde la antropología a la excavación de yacimientos, pasando por estudios de arqueología espacial, paleoclimatología,

etcétera, tal cual demuestran obras como *Anthropology & Egyptology. A developing dialogue* (1997), editada por A. Lustig; la obra de B. J. Kemp, *Ancient Egypt. Anatomy of a civilization* (1989[1]), convertida ya en un clásico, o el trabajo de S. T. Smith, *Wretched Kush. Ethnic identities and boundaries in Egypt's Nubian empire* (2003); todo ello con la intención de proporcionar unas reconstrucciones históricas más precisas, fiadas y asentadas en una base documental cada vez más amplia y contrastada.

En el ámbito hispano, la dolorosa ausencia de la egiptología como ciencia de estudio académico ha tenido al menos una consecuencia positiva: los profesionales que actualmente comienzan a crear una escuela egiptológica en nuestro país están incorporando esta nueva tendencia a sus estudios, tal y como se refleja en sus publicaciones. Resultado de ello es el presente volumen, cuya intención es ofrecer al lector hispano un sucinto manual de la historia del Egipto faraónico escrito por egiptólogos españoles y en el cual el texto no se limite a ofrecer una mera sucesión de faraones y años de reinado, sino que indague también en los procesos de cambio de esa sociedad, procurando ofrecer una visión amplia no sólo del transcurrir factual de la misma, sino también de su evolución social, económica y cultural. Para conseguirlo se han utilizado estudios iconológicos e iconográficos (para comprender la ideología subyacente a las cerámicas predinásticas o la de los «documentos de la unificación»), de arqueología espacial (para entender mejor la malla de favores visible en el emplazamiento de las tumbas en torno a las pirámides), de redes de parentesco (para vislumbrar el verdadero poder ejercido por los nomarcas y los soberanos del Reino Medio o la aparición de los llamados «períodos intermedios»), de microhistoria (para comprender mejor la sociedad de finales del Reino Nuevo atendiendo a casos concretos de latrocinio o abusos de poder), de análisis literario (para entrever las verdaderas razones de la «herejía» de Amarna), etcétera. No obstante, los autores no se han olvidado de situar sus descripciones dentro de un marco de referencia cronológico y fáctico, con el cual esperamos que el lector pueda aprehender la evolución de la historia de Egipto de un modo general y distinto a como le había sido expuesta hasta ahora.

El coordinador

# NOTA SOBRE LAS PALABRAS EGIPCIAS EN EL TEXTO

La lectura del egipcio presenta sus dificultades, pues se trata de una lengua que no escribía las vocales, como el hebreo o el árabe modernos. Cuenta además con muchos fonemas inexistentes en español, por lo tanto, al carecer el mundo hispano de una tradición egiptológica propia, el coordinador ha preferido mantener en el texto el modo de transliteración común a franceses e ingleses, al considerar que de este modo al lector le resultará más fácil reconocer nombres y palabras en la bibliografía internacional sobre la materia. Al enfrentarse a palabras como Djet, Khaefre, Shepseskaf, Hemiunu o Tjanefer el lector ha de tener en cuenta que el dígrafo «dj» se pronuncia aproximadamente como «di», así «Diet»; el dígrafo «kh» como si fuera la «j» española, así «Jaefre»; el dígrafo «tj» como la «ch» española, así «Chanefer ». Por otra parte la «h» y los dígrafos «sh» y «ph» han de leerse como en inglés. En cuanto al dígrafo «ou» francés, se ha sustituido por su equivalente en español, la «u».

# INTRODUCCIÓN

José Miguel PARRA ORTIZ

Además de cometer una barbaridad ecológica, cuando Nasser decidió construir la presa de Asuán (con la inestimable ayuda soviética) mató uno los elementos definidores del alma de Egipto, la crecida del Nilo. Desde la época prehistórica, la llegada de las regeneradoras aguas del río tras varios meses de desesperante escasez ayudó a dar forma y contenido a la ideología faraónica. Al fin y al cabo, «Egipto es un don del Nilo», como dijo Hecateo de Mileto en una frase hecha célebre después por Heródoto (*Historias,* II, 5).

En realidad, el Nilo que finalmente atraviesa Egipto es el resultado de la suma de varios ríos (fig. 1.1). El cauce principal, que mantiene un flujo constante de agua durante todo el año gracias a las incesantes lluvias de la región ecuatorial, nace en el río Kagera (Burundi) y tiene su fuente principal en el lago Victoria (Uganda). Se trata del Nilo Blanco, el cual aporta un 80 por 100 del caudal total del río durante la temporada seca, pero sólo el 10 por 100 durante la inundación. A su paso por la ciudad de Jartum se le une el caudal del Nilo Azul, que nace en las montañas de Etiopía (lago Tana) y es el responsable tanto de la inundación anual como de los ricos sedimentos que la acompañan. Son las lluvias caídas durante el monzón las que aumentan su caudal, hasta convertirlo en el 68 por 100 de las aguas del Nilo durante la crecida. Río abajo de la capital sudanesa se encuentra la última de las seis cataratas que definen el recorrido del Nilo por Nubia, visto desde la perspectiva egipcia[1]. Precisamente entre la Sexta y la Quinta Cataratas se une al Nilo el último de sus afluentes, el Atbara, a trescientos kilómetros al norte de Jartum. También nace en las montañas de Etiopía y proporciona hasta un 22 por 100 de las aguas del río durante la crecida, pero en otros períodos del año puede llegar a secarse.

Las peculiaridades del caudal fluvial del Nilo fueron muy importantes a la hora de definir la técnica agrícola de los egipcios. Dado que el cauce del río es convexo, cuando llegaba la crecida las aguas repletas de ricos sedimentos en suspensión se desbordaban, inundando la llanura adyacente. Con rapidez, el limo se depositaba formando alargados montículos paralelos al curso del río, que alcanzaban alturas de entre uno y tres metros. Los egipcios comprendieron pronto que el modo más sencillo de cultivar la tierra era reforzar estos diques naturales y complementarlos con otros perpendiculares; creaban así grandes estanques artificiales de escasa profundidad, que se llenaban de agua por sí solos con la siguiente crecida del Nilo. Confinadas de este modo durante varias semanas, las aguas empapaban, limpiaban y fertilizaban el terreno antes de desaparecer absorbidas por la tierra y merced a la evaporación. Entonces los campesinos se apresuraban a labrar la tierra y sembrarla antes de que el calor la endureciera tanto como para volverla intrabajable. El proceso se repetía con pasmosa regularidad todos los años. A finales de junio, el incremento del volumen de agua que anunciaba la crecida llegaba a Elefantina, algo que tardaba entre cuatro y seis semanas en apreciarse en Menfis. El punto álgido de la inundación tenía lugar en septiembre, cuando las aguas podían alcanzar picos de hasta ocho metros de altura. Tras unas pocas semanas de caudal estable, durante las cuales Egipto parecía una gran lámina de agua encajonada por las montañas que lo separan de los desiertos circundantes, las aguas del Nilo comenzaban a descender lentamente hasta alcanzar su punto más bajo en mayo-junio.

La inundación coincidía de forma aproximada con un suceso astronómico importante, el orto helíaco de la estrella Sirio (Sepedet para los egipcios). Tras permanecer oculta a la vista durante setenta días, el día del solsticio de verano (21 de junio) la estrella era visible de nuevo en el firmamento justo antes del amanecer. A partir de este fenómeno y de la regularidad con la que llegaba la crecida, los egipcios crearon un calendario solar llamado «civil». El año administrativo comenzaba para ellos con la estación de *akhet* (la «inundación»), a la que seguían la de *peret* (la «salida», la época de la siembra) y la de *shemu* (la «sequía», la época de la cosecha). Cada estación estaba compuesta por cuatro meses de treinta días cada uno, a su vez divididos en tres semanas de diez días. Este total de 360 días quedaba completado con cinco días más llamados epagómenos. Como el ciclo solar tiene exactamente 365,25 días y los egipcios no conocían los años bisiestos, el calendario civil y el orto helíaco se iban separando a razón de un día cada cuatro años, no volviendo a coincidir hasta transcurridos 1.460 años civiles. A pesar de ser conscientes del desfase, durante la época faraónica los egipcios no hicieron nada para corregirlo, con los resultados que se pueden esperar y se describen en un texto de Época Ramésida:

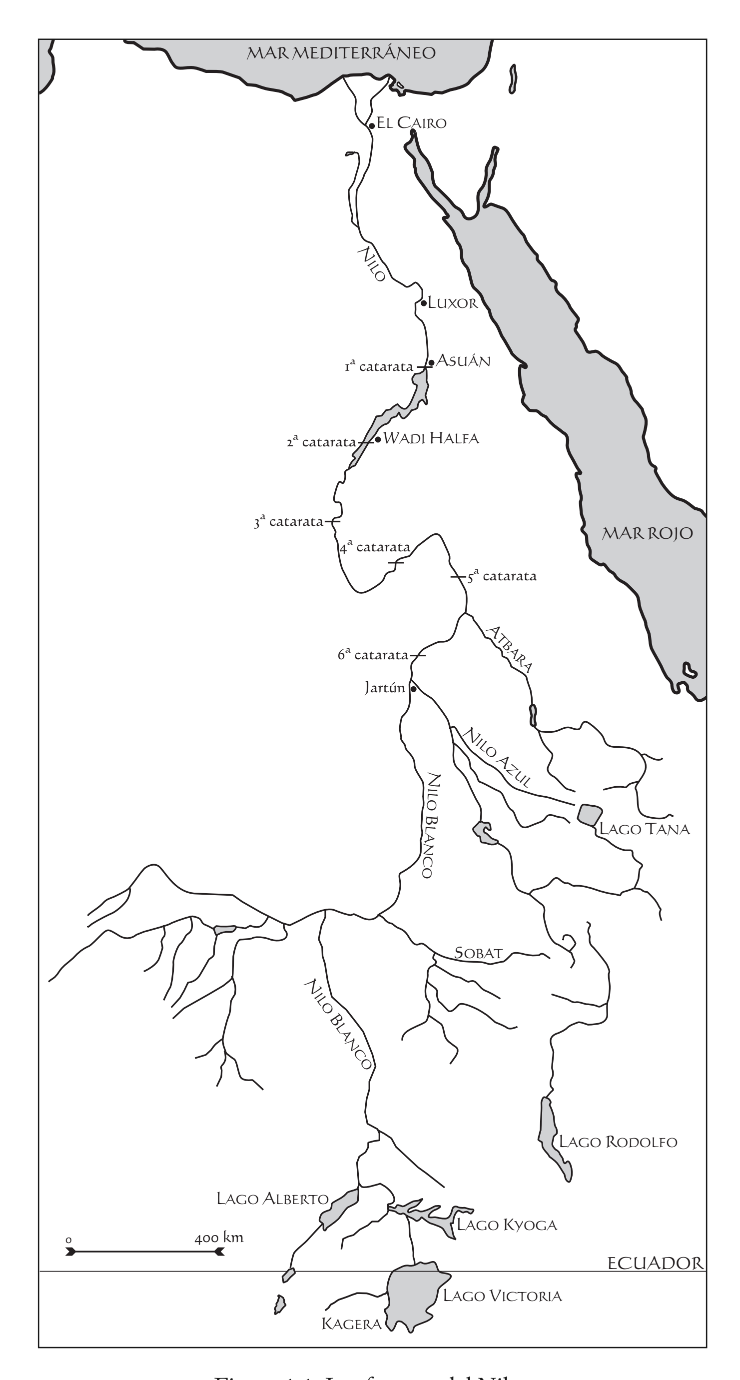



Figura 1.1. Las fuentes del Nilo.

> «Ven a mí ¡oh Amón! Sálvame de ese año malo. Con el sol ha sucedido que no se ha levantado, el invierno ha venido en verano, los meses transcurren en sentido inverso, las horas caen en desorden» (*Papiro Anastasi IV*)[2].

En realidad, la coincidencia del primer día del año con la llegada de la inundación se convirtió en una circunstancia tan esporádica que, en sí misma, era un acontecimiento memorable y, gracias a ello, la historia egipcia cuenta con varias fechas de cronología absoluta. Se conocen ocho documentos donde se menciona el orto helíaco con referencia a una fecha del calendario civil: la más antigua se cree que se refiere al reinado de Senusert III y las demás a los de Amenhotep I, Tutmosis III, Seti I, Ramsés II o III, Ptolomeo III Evérgetes, Ptolomeo IV Filópator y el reinado del emperador Antonino Pío. En teoría, conociendo una fecha concreta en la que coincidieron la aparición de Sirio y el comienzo del año nuevo, no habría más que restar o sumar los años del ciclo sotíaco para contar con varias fechas exactas a partir de las cuales montar la cronología faraónica. Desgraciadamente, existen varias circunstancias que deshacen la supuesta exactitud de estas fechas y dificultan los cálculos; una de ellas es que, dependiendo de la latitud y del *arco visionis* del punto de observación, la fecha calculada varía. Por ejemplo, si el orto de Senusert III se observó en Menfis, pudo haber tenido lugar el 18 de julio del 1875 a. C.; mientras que si lo fue en Elefantina, la fecha cambia al 11 de julio del 1848 a. C. A esto hemos de sumarle que, debido a la precesión de los equinocios, el ciclo sotíaco no es regular y varía de duración, por lo cual no basta con sumar o restar 1.460 años civiles para conseguir la fecha deseada.

Por si esto fuera poco, tampoco ayuda el modo de numerar los años de reinado que utilizaban los egipcios. Al contrario que nosotros, éstos carecían de un punto calendárico fijo a partir del cual calcular el resto de las fechas. Para ellos cada nuevo reinado suponía la renovación de un ciclo y el de cada soberano comenzaba en el año uno. Esto significa que no contamos con ningún documento que nos informe del año de acceso al trono de Amenhotep III ni del año de su muerte, pudiendo así averiguar sus años totales de reinado mediante una simple resta. Para poder conocer esa cifra necesitamos un documento que nos diga cuántos años reinó en total, algo que no siempre tenemos. Además, se ha de tener en cuenta que las fechas conservadas en los monumentos pueden no ser las más altas; pues nuevos hallazgos arqueológicos pueden hacer variar de forma repentina fechas consideradas definitivas. Recientemente, por ejemplo, gracias a una inscripción en el desierto occidental, el reinado de Khufu (constructor de la Gran Pirámide) ha pasado de tener veintitrés años de duración a tener veintisiete, obligando a desplazar cuatro años todas las fechas de la cronología egipcia.

Conscientes de su propia historia, los egipcios recogían en sus archivos listados con los nombres, años, meses y días de reinado de cada soberano, en ocasiones con alguna referencia añadida a un acontecimiento destacado de cada año, amén de la mención a la altura de la crecida del Nilo[3]. Los anales reales, que así se llama este tipo de documento, son una extraordinaria fuente de información para los historiadores. Se conservan muy pocos ejemplos. El más antiguo es del Reino Antiguo y es conocido como la Piedra de Palermo (fig. 1.2), aunque varios de sus fragmentos se conservan en Londres y El Cairo. Contiene información de reyes desde la I dinastía hasta mediados de la V dinastía (reinado de Neferirkare). Inmediatamente posteriores son unos anales de la VI dinastía, reutilizados después como tapa de un sarcófago y encontrados hace pocos años; en ellos apenas son legibles las

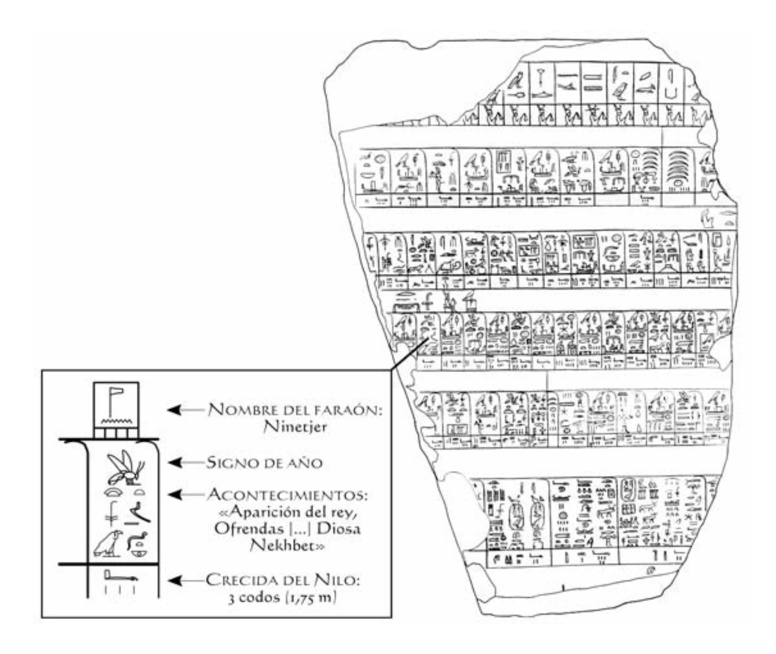



Figura 1.2. El recto de la Piedra de Palermo. En el recuadro un detalle del reinado de Ninetjer.

titulaturas de Teti, Userkare, Pepi I y Merenre. Más tardíos son un fragmento de los anales de Senusert I, otro de los de Amenemhat II, los anales de Tutmosis III (donde se recoge la información día a día y no anualmente, como en los demás) y los anales de Pami, del Tercer Período

Intermedio, en los cuales aparece un listado de las ofrendas realizadas en el templo de Heliópolis durante su reinado.

Igual de interesantes, si bien menos informativas, son las listas reales. Se trata de meras sucesiones de nombres de reyes, en ocasiones en desorden o modificadas para no incluir a monarcas considerados usurpadores. Dado que se trata de recopilaciones destinadas al culto real (la escena completa consiste en la figura del faraón adorando a sus predecesores en el trono, representados en forma de una lista de nombres), no era necesario incluir en ellas los años de reinado. Se conocen varios ejemplares: en el templo de Seti I en Abydos *(in situ)* (fig. 1.3), en el templo de Ramsés II en Abydos (Museo Británico), en el templo de Karnak *(in situ)* y en la tumba de Tjuloy, conocida como la Lista de Saqqara (Museo de El Cairo). No obstante, la lista real más completa es el llamado *Canon real de Turín,* un papiro de Época Ramésida donde se recogen todos los soberanos egipcios desde la época en que los dioses reinaban sobre las Dos Tierras. Descubierto en torno a 1820, los desperfectos sufridos durante su primer traslado lo han convertido en un rompecabezas al que los especialistas han dedicado, y dedican, mucho tiempo (fig. 1.4). Su importancia radica no sólo en su amplitud, pues incluye a los soberanos considerados ilegítimos, sino también en que menciona la duración de sus reinados y ofrece varias sumas parciales de los mismos.

Este tipo de documentación es el que supuestamente consultó el sacerdote egipcio Manetón durante el reinado de Ptolomeo II Filadelfo (309-246 a. C.) para escribir su *Aigyptiaka*. Sin embargo, diversos detalles del libro y su historia (sólo conocemos el texto por compilaciones tardías) parecen indicar una fecha bastante posterior para su redacción. Resulta curioso que ni Estrabón (63/64 a. C.-*c.* 24 d. C.), ni Diodoro Sículo (*c.* 90 a. C.-*c.* 30 d. C.), ni Plinio *el Viejo* (23-79 d. C.) hagan referencia alguna al texto o a su autor. El primer escritor grecorromano en hacerlo es Flavio Josefo (37-100 d. C.) en su *Contra Apión* y después los grandes cronógrafos de la cristiandad: Africano (siglo III d. C.), Eusebio (275-339 d. C.) y Jorge *el Monje* (muerto después del 810 d. C.). Si a esto le unimos las glosas que aparecen en el texto a los trabajos de Heródoto y Diodoro Sículo, así como sus toques antisemitas (un sentimiento nacido sólo tras la sublevación de los macabeos en el siglo II d. C.), la conclusión más probable es que *Aigyptiaka* sea un trabajo pseudoepigráfico compilado con posterioridad a Diodoro Sículo, aunque seguidor de la tradición egipcia de las listas reales.

La principal influencia de Manetón en la egiptología moderna es su división de los soberanos del valle del Nilo en dinastías numeradas que, aun siendo un sistema completamente ajeno al modo de pensar egipcio, se ha convertido en estándar para todos los egiptólogos. A pesar de falsear relativamente el continuo de la historia egipcia, las dinastías resultan



Figura 1.3. La lista real del templo de Seti I en Abydos, con algunos de los faraones del Reino Antiguo: Esnefru, Khufu, Djedefre, Khaefre (a partir del tercer cartucho por la izq.).

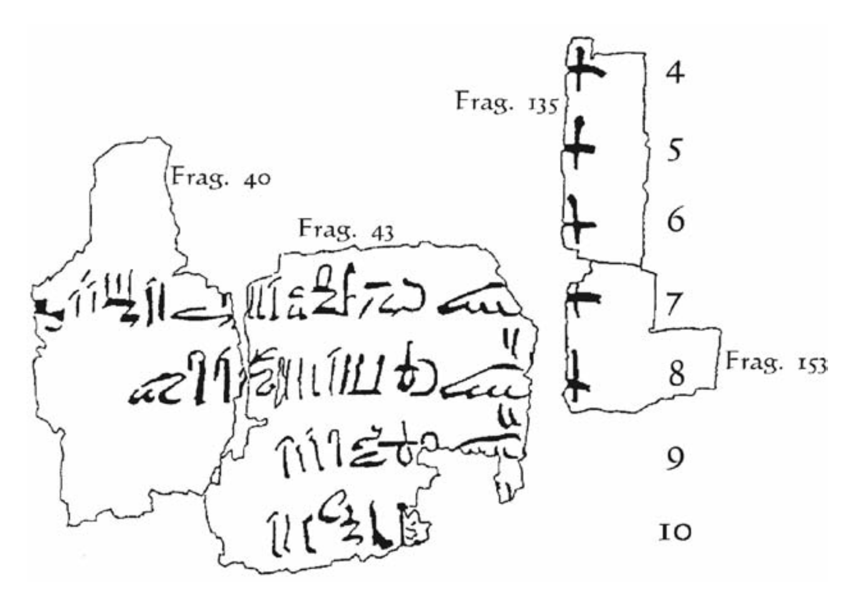



Figura 1.4. Fragmentos de el *Canon real de Turín* reorganizados por K. Ryhol.

tan cómodas de manejar que será difícil verlas desaparecer de la literatura especializada. Siguiendo la división cronológica de Manetón, el desarrollo del Egipto faraónico se divide en treinta dinastías, desde Menes, fundador del Estado y primer faraón, hasta Nectanebo, último soberano egipcio. Los especialistas modernos han agrupado el conjunto en períodos más o menos coherentes: Tinita (I y II dinastías), Reino Antiguo (III-VI dinastías), Primer Período Intermedio (VIII-X dinastías), Reino Medio (XI-XIII dinastías), Segundo Período Intermedio (XIV-XVII dinastías), Reino Nuevo (XVIII-XX dinastías), Tercer Período Intermedio (XXI-XXIV dinastías), Baja época (XXV-XXX dinastías). De este modo, la tradición historiográfica occidental considera la historia faraónica como formada por tres períodos durante los cuales el poder del Estado se dejaba sentir a todo lo largo del valle del Nilo (Reino Antiguo, Reino Medio y Reino Nuevo), entre los que se intercalarían tres períodos intermedios de decadencia generalizada, originada por la ausencia de control del faraón. En la actualidad, esta imagen decimonónica está variando y los períodos intermedios se ven más como momentos de cambio, no de hundimiento cultural y económico. De hecho, en ocasiones se agrupa a las primeras dinastías de forma ligeramente distinta, formando la I-III dinastías el Dinástico Temprano (precedido de una «dinastía 0»), mientras que el Reino Antiguo lo formarían la IV-VIII dinastías.

Conocido a través de segundas fuentes, el texto de Manetón contiene datos históricamente correctos, como pueden ser los años en el trono de algunos faraones o la existencia de otros desconocidos por la egiptología hasta fechas tempranas (1970 en el caso de Ankhetkheperure, soberano de la XVIII dinastía). No obstante, sus deficiencias también son importantes: presenta el desarrollo histórico como lineal, con las diferentes dinastías sucediéndose unas a otras, cuando la realidad es que durante los períodos intermedios hubo dinastías que fueron contemporáneas (como la XVI —hyksa— y la XVII —tebana—) e incluso duplica dinastías (la IX y la X dinastías no son sino el mismo grupo de reyes heracleopolitanos); sus compiladores discrepan en la información que presentan (Africano otorga nueve soberanos a la XXII dinastía y Eusebio afirma que sólo fueron tres); algunos datos son notablemente erróneos (la composición de la XVIII dinastía, entre otros); y los nombres de los soberanos aparecen muy distorsionados (Senusert, primer faraón de la XII dinastía, se transforma en Sesonkosis antes de terminar siendo asimilado a Sheshonq, mil años posterior).

La cuestión de los nombres de los faraones tiene su importancia, porque los soberanos egipcios terminaron teniendo una titulatura compuesta por cinco diferentes; aunque no se conocen todos los nombres de todos los monarcas del Doble País y no todos los faraones

tuvieron los cinco. En realidad, sólo a partir de la IV dinastía encontramos la titulatura real completa, al incorporarse a la misma los nombres de «Horus de oro» y de «Hijo de Ra». Su forma clásica definitiva la adquirió durante la XII dinastía. A partir de entonces, el orden canónico de los nombres reales sería el siguiente: «Horus», «El de las dos señoras», «Horus de oro», «El del junco y la abeja» e «Hijo de Ra». El nombre de «Horus» fue el primero en aparecer («dinastía 0») y se escribe siempre dentro de un *serekh*[4] (fig. 3.23.C); viene a significar «El poder divino de la realeza [= Horus] está encarnado por la persona que reside en el palacio»; durante el Reino Nuevo se le añadió la coletilla «Toro poderoso», un animal que desde el Predinástico encarnaba el poder y la energía del soberano. El siguiente epíteto, el nombre de *Nebty* o «El de las dos señoras» (I dinastía) relaciona al rey con las dos divinidades protectoras del país, la diosa buitre Nekhbet del Alto Egipto y la diosa cobra Wadjet del Bajo Egipto. El nombre de «Horus de oro» (III dinastía) indica que la encarnación sobre la tierra del dios Horus está hecha de la carne de los dioses, el oro. El nombre de *Nesubity* o «El del junco y la abeja» (I dinastía) se ha traducido tradicionalmente como «rey del Alto y del Bajo Egipto»; sin embargo, más que con un significado geográfico, *ny-sut* habría de entenderse como una referencia al cargo o la dignidad real, mientras que *bity* se estaría refiriendo a la persona que lo ostenta, siendo entonces preferible traducir el título como «rey dual». El quinto y definitivo elemento de la titulatura, el nombre de *Sa Ra* o «Hijo de Ra», es el que recibe el rey al nacer y lo califica como vástago del dios sol. Estos dos últimos nombres aparecen destacados en los textos y monumentos porque van enmarcados por un óvalo llamado cartucho[5] (fig. 1.3). En realidad, éste no es sino una idealización del círculo del mundo y del diario recorrido del sol por el firmamento, e indica que el soberano es el gobernante de toda la tierra iluminada por el sol durante su devenir diario. El primer cartucho conocido está datado a finales de la III dinastía y contiene el nombre del faraón Huni, aunque podría haber uno anterior de Sanakh.

La titulatura de un faraón no era cosa baladí, porque en ella el monarca expresaba los elementos que conformarían su política o las cualidades que deseaba demostrar le adornaban. Por este motivo era anunciada a sus súbditos durante la ceremonia de la coronación y luego comunicada a los funcionarios mediante despachos oficiales:

> «Orden real para el príncipe, supervisor de las tierras extranjeras del sur, Turi.
>
> Uno ha traído para ti esta orden del rey para informarte de lo siguiente: Su Majestad ha aparecido como rey de Egipto sobre el trono de Horus de los que están vivos, sin que pueda haber nunca jamás su repetición.

> Mi titulatura se ha configurado como: el Horus "Toro victorioso, amado de Maat"; las dos señoras "Quien aparece con la cobra-*aureus,* Grande de fuerza"; el Horus de oro "Perfecto en años, Quien hace que los corazones vivan"; el rey de Egipto Aakheperkara; el Hijo de Ra Tutmosis —¡que viva eternamente y por siempre!—. Así, deberás hacer que las ofrendas a los dioses del extremo sur, de Elefantina, se realicen como favores de parte del rey de Egipto Aakheperkara —¡que se le conceda vida!—. Así, deberás hacer que se haga tomar juramento en nombre de Mi Majestad, nacido de la madre del rey Seniseneb —¡que esté sana!—.
>
> Es un mensaje para informarte de ello y, además, de que la casa del rey está próspera y floreciente.
>
> ... Año 1, tercer mes de la estación de *peret*, día 21. Día de la ceremonia de la aparición oficial» (*Estela de Berlín núm 13725*)[6].

En ocasiones la titulatura llegó a ser modificada para ajustarla a la realidad política o a los acontecimientos, como sucedió durante el reinado de Khasekhem (II dinastía). Parece que entonces se produjo un momento de enfrentamiento entre dos soberanos, el Horus Khasekhem «El poder ha aparecido» y el Set Peribsen «De corazón poderoso», y tras salir vencedor el primero, modificó su nombre por el de «Los dos poderes han aparecido», situando sobre sus *serekh* tanto a Horus como a Set. Milenios después, serían los cartuchos de los soberanos los responsables finales del desciframiento de los jeroglíficos, una vez que la expedición napoleónica a Egipto (1798) descubriera la Piedra de Rosetta y los veinte volúmenes publicados por el ejército de científicos que acompañó a los soldados, la conocida *Description de l'Égypte* (*Descripción de Egipto*) (1809-1826), convirtiera lo faraónico en una moda europea que alentó el estudio de esta lengua arcana.

La más moderna inscripción jeroglífica se encuentra en el templo de Filé, en Elefantina, y la inscripción demótica que la acompaña menciona el día epagómeno de Osiris del año 110 de la era de Diocleciano, es decir, el 24 de agosto del año 394 d. C., durante el principado de Teodosio. A partir de ese momento el conocimiento de la lengua egipcia y sus diversos sistemas de escritura: jeroglífico (monumental), hierático (cursivo para los documentos administrativos) y demótico (cursivo derivado del hierático) (figs. 1.5 y 1.9), fue desapareciendo. El camino para recuperar este conocimiento perdido fue largo.

Sus mojones principales fueron: Horapolo y su *Hieroglyphica* (siglo V d. C.), origen del paradigma de los jeroglíficos entendidos como una lengua simbólica; el alemán Atanasio Kircher (1602-1680), un fantasioso traductor del egipcio[7], pero autor de la primera gramática y diccionario de la lengua copta; el francés Jean-Pierre Rigord (siglo XVIII), quien afirmó que los jeroglíficos eran una lengua pública y una escritura alfabética; el francés J. J. Barthélemy (1716-1795), responsable de



Figura 1.5. Tipos de escritura egipcia. De arriba abajo: jeroglífica (XII dinastía), jeroglífica cursiva (XVIII dinastía), hierática (XII dinastía), hierática (XX dinastía) y demótica (siglo III a. C.).

convencer a los eruditos de que los cartuchos contenían el nombre de faraones o dioses; el danés Carsten Niebuhr (1733-1815), el primero en recopilar y dividir en grupos temáticos gran parte de los jeroglíficos conocidos hasta entonces; el danés Georg Zoëga (1755-1809), quien no sólo descubrió el sentido en el cual habían de leerse los signos, sino que también compiló una lista con 958 diferentes y llegó a la conclusión de que posiblemente varios de ellos se unían para formar palabras, lo cual significaba que algunos habían de ser fonéticos; el profesor francés Silvestre de Sacy (1758-1838), que identificó varios nombres del texto griego en el texto demótico de la Piedra Rosetta; el diplomático sueco Johan David Åkerblad (1763-1819), quien identificó dieciséis nombres y palabras del texto demótico de ese mismo documento; el francés Étienne Quatremère (1782-1857), que llegó a la conclusión de que el demótico era el último estadio evolutivo de la antigua lengua de los faraones; el británico Thomas Young (1773-1829), responsable de averiguar que el demótico no era alfabético y de observar que sus formas se asemejaban mucho a las de los jeroglíficos,

así como de traducir (con algunos errores) los nombres de los cartuchos de Ptolomeo y Berenice en la Piedra Rosetta; y, por último, el francés Jean-François Champollion (1790-1832), quien no sólo tradujo el cartucho de Ptolomeo al mismo tiempo que lo hacía Young, sino que continuó después con los de Cleopatra, Berenice, Ramsés y Tutmosis en otros documentos, dándose cuenta al hacerlo de que en realidad existían signos fonéticos, ideográficos y simbólicos, terminando así con el paradigma del egipcio como una lengua simbólica y consiguiendo romper el secreto del idioma de los faraones.

Presentó sus descubrimientos en 1822, en su *Lettre à M. Dacier relative à l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques* (*Carta al Sr. Dacier relativa al alfabeto de los jeroglíficos fonéticos*), que completaría después en su *Précis du système hiéroglyphique des anciens égyptiens* (*Compendio del sistema jeroglífico de los antiguos egipcios*) (1824). El hallazgo tuvo mucha repercusión, porque los afanes imperiales dominaban entonces la política europea y todo era considerado un logro nacional, incluida la gloria del desciframiento; de hecho, los ingleses exigieron la inclusión de la Piedra de Rosetta entre el botín de guerra como una de las condiciones para la rendición del ejército francés en Egipto. Unos años después del desciframiento, Champollion pudo cumplir su sueño y viajar a Egipto. Se trató de una expedición de un año y medio de duración (1828-1830), en la que estuvo acompañado por varios dibujantes y su discípulo italiano, Ippolito Rosellini. Su objetivo era copiar tantos textos como pudiera y comprobar in situ la validez de su sistema de traducción, criticado por muchos.

El resultado de su viaje sería un libro de láminas de gran formato que sigue siendo una mina de información para el estudioso, *I monumenti dell'Egitto e della Nubia, disegnati dalla Spedizione Scientifico-Letteraria Toscana in Egitto* (*Monumentos de Egipto y Nubia dibujados según la Expedición científico-literaria toscana a Egipto*) (1832-1844), que escribió Rosellini con alguna colaboración concreta del francés. Todo esto le valió a Champollion ser nombrado profesor de la primera cátedra de egiptología del mundo, en el Collège de France de París (1831). Desgraciadamente no pudo llegar a formar una escuela de discípulos, puesto que murió al año siguiente de tomar posesión del cargo. Su gramática, donde perfilaba de forma definitiva sus hallazgos sobre la lengua egipcia, sería publicada de forma póstuma por su hermano mayor, Jacques-Joseph Champollion-Figeac: *Grammaire égyptienne, ou principes généraux de l'écriture sacrée égyptienne appliquée à la représentation de la langue parlée* (*Gramática egipcia, o principios generales de la escritura sagrada egipcia aplicada a la representación de la lengua hablada*) (1836-1841).

Mientras tanto, tras la derrota y expulsión de la expedición francesa, Egipto se encontraba gobernado por Mehemet Alí. Sus afanes por

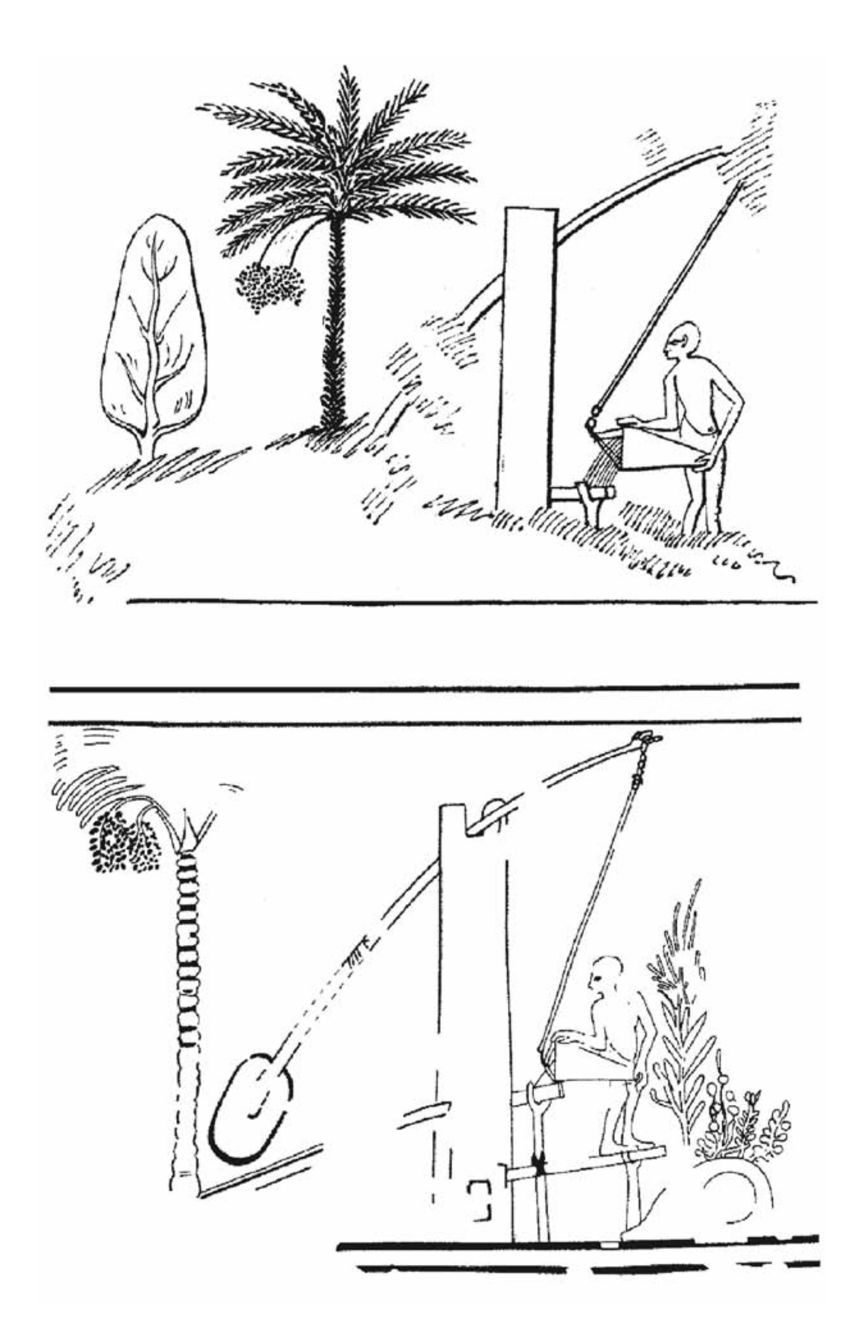


Figura 1.6. Arriba, escena de un *shaduf* en la tumba de Neferhotep, publicada por J. G. Wilkinson en el siglo XIX; debajo, la misma imagen en la publicación científica del mismo hipogeo, editada casi cien años después por N. de G. Davies.

modernizar el país lo endeudaron notablemente y lo pusieron en manos de las potencias extranjeras, en especial Francia e Inglaterra. Serían sus *firmanes* (permisos de excavación) los que permitirían a los cónsules europeos, en especial los de Francia (Bernardino Drovetti, 1776-1852) e Inglaterra (Henry Salt, 1780-1827) saquear la riqueza arqueológica del país, a la que nadie prestaba atención en Egipto. Henry Salt tuvo la suerte de poder contar para ello con otro personaje pintoresco de los primeros días de la egiptología, Giovanni Battista Belzoni (1778-1823). Antiguo forzudo de circo (el «Sansón patagón» era su nombre artístico), llegó a Egipto para ofrecerle al sultán sus servicios como experto en hidráulica, que no fueron aceptados. Contratado por Salt, demostró ser un dedicado «arqueólogo», capaz de entrar por primera vez en el templo de Abu Simbel, sacar una copia en papel secante de los relieves de la tumba de Seti I en el Valle de los Reyes o de transportar hasta Londres fragmentos de un coloso de Ramsés II de muchas toneladas de peso.

Los enfrentamientos entre los enviados de uno y otro cónsul fueron épicos, terminando en alguna que otra ocasión a balazos por apoderarse de una pieza especialmente codiciada. En sus años de labor, ambos cónsules consiguieron reunir miles y miles de piezas faraónicas, que posteriormente vendieron a museos de Europa, formando el núcleo de sus colecciones egipcias. Drovetti ofreció su primera colección al Museo del Louvre, que la rechazó por cara, siendo adquirida por el rey del Piamonte para el Museo de Turín. La segunda colección sí fue comprada por el rey francés para el Louvre. Aún reunió una tercera colección, que fue adquirida por el emperador de Prusia. El destino de las colecciones de Salt fue similar, pues la primera la ofreció al principal museo de su país, el British Museum, que la compró regateando el precio. Tras esta experiencia no tuvo escrúpulos en venderle su segunda colección al rey de Francia, quien la adquirió tras el favorable informe de Champollion (su participación en la compra le valió ser nombrado conservador de las antigüedades egipcias del Louvre). Su última colección se vendería en Londres en pública subasta, tras su muerte.

Mucho más interesados por la civilización egipcia y menos por obtener provecho económico de ella, estuvieron otros personajes como sir John Gardner Wilkinson (1797-1875), cuyo *Manners and customs of the ancient Egytians* (*Usos y costumbres de los antiguos egipcios*) (1837) todavía contiene valiosa información en sus innumerables grabados. No obstante, la novedad del arte egipcio, y la peculiaridad de sus manifestaciones en forma de pinturas y relieves, hizo que las ilustraciones del libro tuvieran un estilo occidentalizado que causa extrañeza a nuestros ojos, más acostumbrados ya al modo de hacer faraónico (fig. 1.6).

Espíritu científico y recopilador, no exento de saqueo permitido, tuvo la expedición organizada por Richard Lepsius (1810-1884) en nombre del emperador de Prusia. Su objetivo era copiar tantos textos como fuera posible, sí, pero también conseguir monumentos para los museos de Berlín. El resultado científico de su paso por el valle del Nilo entre los años 1842 y 1845, *Denkmäeler aus Aegypten und Aethiopien* (*Monumentos de Egipto y Nubia*) (1849-1859), sigue siendo una obra de referencia para los investigadores actuales, tal es la cantidad de documentación que esconden sus páginas. No sólo merced a sus precisos mapas (fig. 1.7) y grabados, esta vez más ajustados al estilo egipcio, sino porque muchos de los monumentos recogidos en ellos han terminado desapareciendo antes de poder ser estudiados con detalle. Otros, tragados por el desierto tras la visita de Lepsius, han podido ser localizados de nuevo siguiendo los planos topográficos del prusiano.

Sería un egiptólogo francés llamado Auguste Mariette (1821-1881) quien finalmente se encargaría de comenzar a poner coto al sistemático robo de monumentos, tanto institucional como aficionado, a manos de turistas o de los propios egipcios, que no sólo vendían objetos en el

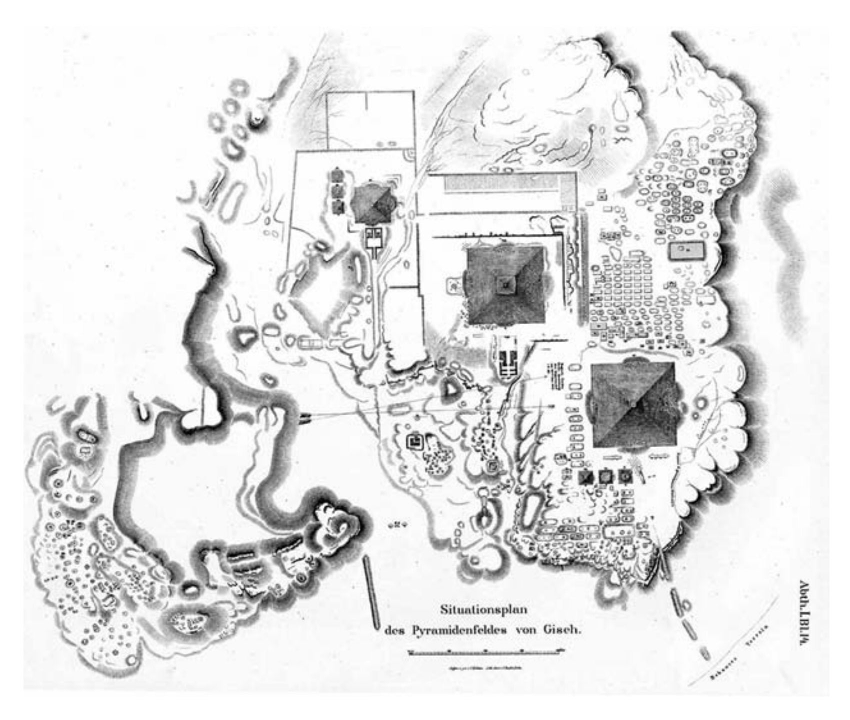



Figura 1.7. Mapa de la meseta de Guiza publicado por R. Lepsius en su *Denkmäler aus Aegypten und Aethiopien*.

mercado negro, sino que desmontaban los sillares de caliza de los templos para reutilizarlos en la construcción de sus viviendas o para fabricar cal[8]. Presente en Egipto con la misión de comprar papiros coptos para el Louvre e incapaz de llevarla a cabo ante la negativa rotunda de las autoridades religiosas coptas, decidió aprovechar la suma disponible para excavar y, siguiendo una descripción de Estrabón, descubrir el Serapeo de Menfis. Fue el comienzo de una carrera que le llevaría a ser nombrado en 1858 director de todos los trabajos de excavación en Egipto. Gracias a sus desvelos, años después se crearían el Museo Bulaq (germen del actual museo Egipcio de El Cairo, cuya sede se inauguró en 1901) y el Servicio de Antigüedades (transformado hoy en el Consejo Supremo de Antigüedades). Mariette había puesto los cimientos necesarios para poder detener al fin el saqueo de Egipto y obtener de los monumentos toda la información que contienen. Desde entonces se convirtió en tradición que la presidencia de esa institución estuviera ocupada por un egiptólogo francés de renombre, alcanzando el nombramiento relevancia diplomática. Así fue hasta 1952, cuando la revolución de los «oficiales libres» encabezada por Nasser instauró la república en Egipto tras derrocar a la monarquía.

Mientras tanto, el conocimiento de la lengua egipcia no paraba de acrecentarse, gracias sobre todo a la «escuela de Berlín». El primero de sus componentes fue Lepsius, formado en París en la cátedra creada para Champollion, pero sin llegar a recibir clases de él. Sus trabajos demostraron, además de la ausencia de vocales en la escritura jeroglífica, la exactitud de la gramática del francés, negada hasta entonces por muchos especialistas. Le siguieron Henrich Brugsch (1827-1885), Adolf Erman (1854-1937) y Kurt Sethe (1869-1934), quienes sentarían definitivamente las bases del estudio científico de la lengua egipcia. Estos dos últimos, a los cuales se sumó Hermann Grapow (1885-1967), fueron los principales responsables de compilar un millón y medio de fichas con palabras y ejemplos de la escritura egipcia, y publicar luego con ellas los doce volúmenes del *Wörterbuch der aegyptischen Sprache* (*Diccionario de la lengua egipcia*) (1926-1953). Esos años fueron el momento en el que comenzaron a publicarse grandes corpora de textos egipcios, como *Los textos de las pirámides* de G. Maspero (1846-1916), *El libro de los muertos* de E. Naville (1844-1926) o *Los textos de los ataúdes*[9] de A. de Buck (1892-1959). Sethe, por su parte, compiló una gran cantidad de textos históricos de la XVIII dinastía y del Reino Antiguo, que publicaría como *Urkunden der 18. Dynastie* (1906-1909) y *Urkunden des Alten Reichs* (1903-1933), respectivamente, y siguen siendo obras de referencia fundamentales. Un discípulo británico de Sethe, sir Alan H. Gardiner (1879-1963), contribuiría enormemente al desarrollo de la lingüística egipcia y escribiría una gramática que hasta hace bien poco ha sido el manual de aprendizaje de todos los egiptólogos, *Egyptian*

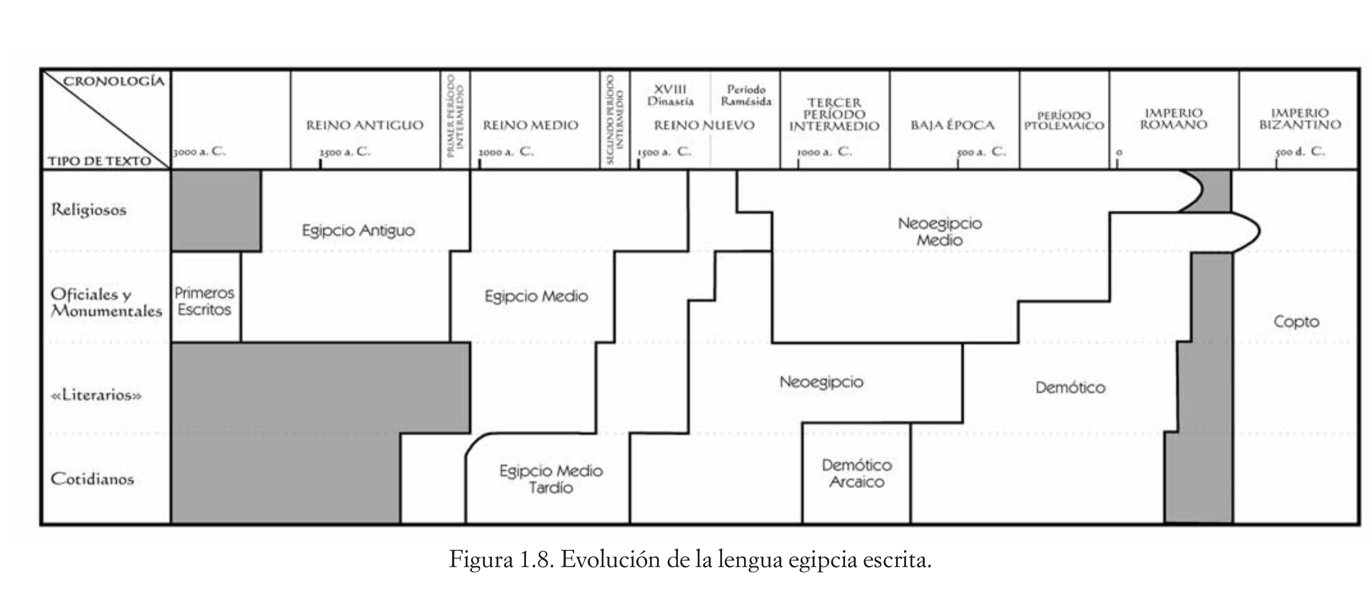



Figura 1.8. Evolución de la lengua egipcia escrita.

*grammar being an introduction to the study of hieroglyphs* (*Gramática egipcia como introducción al estudio de los jeroglíficos*) (1927). La publicación de esta obra puso a disposición de los egiptólogos una fuente de jeroglíficos que se convirtió en un clásico y cuya lista de signos, agrupados por temas, sigue siendo el estándar para designar un jeroglífico concreto en la bibliografía científica.

Gracias a estos estudios y a su moderna continuación, sabemos que la lengua egipcia forma parte del tronco lingüístico afroasiático (camito-semita) y que durante sus más de cinco mil años de historia documentada sufrió diversos cambios (fig. 1.8). En principio se pueden distinguir dos grandes divisiones: el egipcio temprano (3000-1300 a. C., pero que continuó utilizándose en textos religiosos formales hasta el siglo III d. C.) y el egipcio tardío (1300 a. C.-1300 d. C.). El egipcio temprano se divide a su vez en egipcio antiguo (la lengua del Reino Antiguo y el Primer Período Intermedio), egipcio medio (la lengua del Reino Medio y hasta finales de la XVIII dinastía) y egipcio medio tardío o egipcio de tradición (la lengua de los textos religiosos desde el Reino Nuevo hasta el final de la época faraónica). La lengua es algo vivo que evoluciona, pero en una sociedad sin alfabetizar la capacidad de escribir es un elemento de poder y, como tal, muy conservador. En consecuencia, a finales del Reino Medio existía una situación en la cual la lengua escrita y la lengua hablada diferían. Un intento por equipararlas de nuevo se produjo durante la XIX dinastía (1300-700 a. C.), cuando se empezó a utilizar en los textos el egipcio medio tardío (también llamado neoegipcio), cuyos primeros ejemplos son de Época Amárnica.

Seguidamente, la Administración y la literatura de la Baja Época utilizaron el demótico (siglos VII a. C.-V d. C.), que si bien es una lengua muy semejante al neoegipcio, utiliza un sistema de escritura homónimo, y por completo distinto del hierático. Con la llegada del cristianismo a Egipto entramos en el último estadio de la evolución de la lengua egipcia, cuando se terminó por adoptar el alfabeto griego (añadiéndole seis o siete signos para fonemas propiamente egipcios) para escribir la larga etapa final de la lengua de los faraones (siglos IV-XIII d. C.). La complejidad de toda la cuestión aumenta cuando consideramos los diferentes sistemas de escritura (fig. 1.5) utilizados durante todo este largo camino evolutivo (fig. 1.9): jeroglífico (para los monumentos), jeroglífico cursivo (para textos formales y religiosos en papiro), hierático (escritura cursiva con muchas ligaduras utilizada para los textos cotidianos en ostraca y papiro), demótico (escritura muy cursiva utilizada para todo y casi por completo alejada de los jeroglíficos, su lejano origen por intermedio del hierático) y finalmente el copto (la primera vez que se escribía la lengua egipcia exclusivamente con caracteres alfabéticos y vocales).

Las bases de la arqueología científica en Egipto tardaron algo más en sentarse y lo hicieron gracias al británico W. M. Flinders Petrie

| Jeroglífico | *qem* «encontrar» | *nub* «oro» | *akhet* «inundación» |
|---|---|---|---|
| Jeroglífico Cursivo | | | |
| **Del Reino Antiguo a comienzos del Reino Medio**<br>c. *3000-1900 a. C.*<br>Hierático | | | |
| **Finales del Reino Medio**<br>c. *1900-1700 a. C.*<br>Hierático Literario | | | |
| Hierático Administrativo | | | |
| **Segundo Período Intermedio**<br>c. *1700-1300 a. C.*<br>Hierático | | | |
| **Comienzos del Reino Nuevo**<br>c. *1550-1300 a. C.*<br>Hierático | | | |
| **Finales del Reino Nuevo**<br>c. *1330-1100 a. C.*<br>Hierático Literario | | | |
| Hierático Administrativo | | | |
| **Tercer Período Intermedio**<br>c. *1100-700 a. C.*<br>Hierático Formal | | | |
| «Hierático Anormal»<br>(Hierático Administrativo) | | | |
| **Desde la Baja Época hasta el Período Ptolemaico**<br>c. *700-30 a. C.*<br>Hierático Tardío | | | |
| Demótico | | | |

Figura 1.9. Evolución gráfica de los sistemas de escritura faraónicos.

(1853-1942). Éste llegó a Egipto en 1880 para medir la Gran Pirámide y comprobar así la veracidad de las estrafalarias teorías de J. Taylor, ampliadas por Piazzi Smyth, sobre el monumento. Sus mediciones verificaron la completa falta de base de la «piramidología»; pero él quedó seducido por la arqueología y continuó excavando en el valle del Nilo durante toda su vida, desarrollando al hacerlo las técnicas de la excavación científica. En la tarea estuvo acompañado por figuras como el norteamericano George Reisner (1867-1942) o el alemán Hermann Junker (1877-1962). Finalmente, la creación de diferentes institutos arqueológicos dio alcance institucional a la arqueología científica en Egipto. En 1880 se inauguró el *Institut Français d'Archéologie Orientale* (IFAO) francés; en 1882 le tocó el turno al *Egypt Exploration Fund* (EEF) británico, una institución particular creada gracias a los desvelos de Amelia Edwards, que en la actualidad se llama *Egypt Exploration Society* (EES); y en 1907 fue la vez del *Deutsche Institut für Ägyptische Altertumskunde* alemán, incorporado en 1929 al veterano *Deutsche Archäologische Institut* (DAIK). Después han seguido otros muchos, como el suizo, el checo, etc.

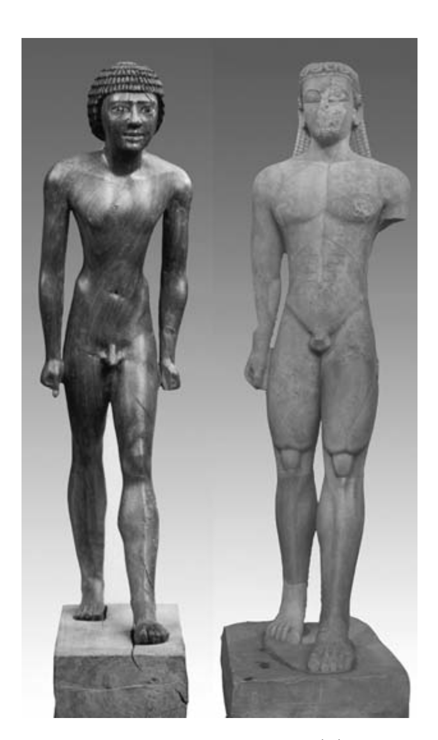


Figura 1.10. Estatua egipcia del Reino Antiguo (Museo Británico) comparada con un *kouro*s griego (Museo Nacional de Atenas).

Todo ello ha contribuido a que, finalmente, la historia del antiguo Egipto se conozca con una cierta profundidad y con ella la importancia que tuvo en el desarrollo histórico de la cultura occidental, aunque sólo sea por su influencia sobre los comienzos de la cultura griega y la que posteriormente tuvo ésta sobre la romana. No hay más que comparar los *kouroi* helenos con las estatuas egipcias (fig. 1.10) para darse cuenta de hasta qué punto los griegos consideraban Egipto un lugar de inspiración, fuente de grandes conocimientos. Las visitas realizadas por los helenos al país del Nilo para formarse[10] fueron algo muy habitual, y entre las figuras destacadas cuyas estancias conocemos se encuentran

pensadores como Platón, médicos como Galeno o historiadores como Heródoto. Todo ello sin mencionar el irresistible influjo cultural emanado desde Alejandría, con sus sabios y su biblioteca, a todo el Mediterráneo en Época Helenística.

Asimismo imborrable es la impronta de lo judeocristiano en Occidente y, por medio de su influencia en el mundo sirio-cananeo, también en ella dejaron su huella los egipcios; como sabemos desde siempre por entremedio de la Biblia y desde hace menos tiempo merced a la arqueología. No sólo se trata de la historia de José, de la dramática huida de los judíos del valle del Nilo o del muy posterior saqueo del templo de Salomón a manos del faraón Sheshonq, sino de la presencia del pensamiento faraónico en el propio Antiguo Testamento.

La religión judía siempre había sido considerada la primera religión monoteísta del mundo, hasta que los egiptólogos descubrieron la reforma religiosa llevada a cabo por el faraón Akhenaton, quien prohibió el culto a todos los dioses egipcios excepto Atón, el disco solar. Más sorprendente aún fue encontrar en el salmo 104 del Cantar de los Cantares de la Biblia elementos tomados del *Himno al disco solar,* que se supone redactado por el propio Akhenaton. Lo mismo sucede con algunos textos sapienciales egipcios, como por ejemplo *Las enseñanzas de Amenemope,* cuya influencia se deja notar en los Proverbios (desde 22, 23 hasta 23, 11).

No es la única muestra del duradero ascendiente de la literatura egipcia en el imaginario occidental, al cual también llegó por intermedio de la cultura árabe. Uno de los episodios de la historia de *Alí Babá y los cuarenta ladrones* encuentra su origen en la estratagema empleada por el literario general Djehuty para penetrar en la sitiada ciudad de Jaffa (sus soldados se escondieron en grandes cestas, que fueron introducidas en la ciudad por los propios sitiados, como hicieran después los troyanos con el caballo de madera); las tres hadas buenas que acompañan el nacimiento de la princesa destinada a convertirse en la bella durmiente del bosque ya podemos verlas en las diosas que acompañan durante el parto a Rudjedet, esposa de un sacerdote de Ra embarazada por el mismísmo dios sol, en los relatos del Papiro Westcar; en cuanto al príncipe de incógnito que supera a sus iguales en buena lid y como recompensa recibe la mano de la hija del rey, la cual mora en una torre de grandes dimensiones, era una imagen conocida de todos los egipcios gracias al cuento de *El príncipe predestinado.*

La misma escritura faraónica deja sentir sus lejanos orígenes en nuestro propio alfabeto latino, a través de un retorcido camino que, posiblemente, llevó a entre diez y quince de los signos jeroglíficos monolíteros a formar parte de la escritura protosinaítica, la cual a su vez influyó en la aparición del alfabeto fenicio, que los griegos adoptaron a su lengua y los romanos transformaron para escribir la suya propia (fig. 1.11).

| Egipcio | Protosinaitico | Fenicio | Griego Arcaico | Griego | Latino |
|---|---|---|---|---|---|
| | | | | | A |
| | | | | | B |
| | | | | | G |
| | | | | | E |
| | | | | | K |
| | | | | | M |
| | | | | | N |
| | | | | | O |
| | | | | | R |
| | | | | | T |
| | | | | | S |

Figura 1.11. Evolución del alfabeto, desde los monolíteros egipcios hasta el alfabeto latino.

Algunas de las palabras pronunciadas por los habitantes del valle del Nilo han llegado incluso hasta las lenguas europeas, entre ellas la española, como puedan ser: *adobe,* a través del árabe *al-tub* a partir del copto *tobe* y éste del original egipcio *djobe* («ladrillo»); *oasis,* desde el egipcio *uhat* («oasis»); *Susana,* desde el egipcio *seshen* («lirio de agua»); o *barca,* desde el egipcio *bar* («barco»). Como vemos, Egipto no es sólo una civilización antigua productora de monumentos grandiosos, también forma parte muy en la lejanía de nuestra propia herencia cultural.

# CAPÍTULO I

# LA PREHISTORIA. DEL PALEOLÍTICO A LA ÉPOCA DE NAGADA II

Ana Isabel NAVAJAS JIMÉNEZ

## El Paleolítico

Los primeros hallazgos arqueológicos que ratifican movimientos de poblaciones en territorio egipcio son de época paleolítica. El Paleolítico se caracterizó por unos cambios climáticos a gran escala de miles de años de duración. A épocas de extrema humedad, con algunos períodos secos estacionales intercalados, le seguían períodos de gran aridez. Así, el Paleolítico Inferior (aproximadamente 300.000-90.000 a. C.)[1] tuvo primero una época húmeda y después un gran período seco. El Paleolítico Medio (90.000-20.000 a. C.) se inauguró con un período húmedo, aunque desde aproximadamente el 37.000 a. C. hasta el 30.000 a. C. las temperaturas se fueron elevando cada vez más, de tal manera que se habla de un estadio hiperárido desde el 30.000 a. C. en adelante. El Paleolítico Superior (20.000-6500 a. C.) empezó con un período húmedo que terminó hacia el 13.000 a. C., momento a partir del cual se radicalizaron las temperaturas, alcanzando su cota más alta hacia el 12.700 a. C., con un período hiperárido que hizo imposible toda vida en lo que hoy son los desiertos que rodean el territorio egipcio. Es la época del llamado «Nilo salvaje», cuyo régimen se caracterizó por unas crecidas muy abundantes y descontroladas, que dieron como resultado una llanura aluvial de inundación mucho más extensa que la actual.

A partir del 10.000 a. C. la perspectiva fue cambiando debido a varios factores climáticos, como el retorno de lluvias estivales, la modificación de la circulación mediterránea, la subida del monzón, etc. El Nilo se fue haciendo más regular, lo cual permitió que la superficie inundada cada año fuera retrocediendo y el desierto se fuera extendiendo cada vez más. Un período de abundantes lluvias, unido a unas temperaturas no tan extremas como en la actualidad, inauguró la etapa conocida como el Holoceno (hacia el 8700 a. C.). Los actuales desiertos oriental y occidental no eran

tales, sino más bien grandes sabanas herbáceas, más favorables para la vida, tanto animal como humana. Las temperaturas se fueron manteniendo hasta el 5500 a. C., cuando volvieron de nuevo a hacerse extremas, hasta alcanzar en el 2900 a. C. aproximadamente cotas cercanas a las actuales.

Las consecuencias más inmediatas producidas de resultas de la variabilidad climática detectada durante el Paleolítico fueron cambios en las especies vegetales y el traslado de los animales en busca de zonas favorables para la vida. Los grupos humanos que vivieron durante las etapas más antiguas (Paleolítico Inferior y Medio) tuvieron que adaptarse de igual forma. Como cazadores-recolectores que eran, su régimen de desplazamientos no debía de ser sustancialmente distinto al de los animales. Cuando las condiciones de vida no eran óptimas en un lugar buscaban otras zonas mejores, seguramente aquellas donde habían emigrado los animales que componían su dieta. Además, según todos los indicios, estos humanos se vincularon a dos elementos fundamentales: los puntos de agua (los cuales atraían igualmente a los animales) y lugares de fácil acceso a materias primas para la fabricación de sus herramientas de piedra. Arkin 8, Bir Sáhara y Umm Shagir son los asentamientos del Paleolítico Inferior más importantes que se conocen y sus respectivas ubicaciones responden precisamente a estos criterios. No eran asentamientos estables y es muy posible que estos grupos humanos consumieran directamente la comida allí donde la obtenían, ya se tratara de animales o de vegetales, los cuales constituían un aporte importante en la dieta de estos grupos. En el Paleolítico Medio se desarrollaron varias culturas. Los grupos de la cultura Musteriense y la Ateriense recorrían el territorio del actual desierto occidental, que por entonces debía de ser una gran sabana; mientras que los grupos de la cultura Khormusan se desplazaban por los alrededores del río Nilo practicando una economía diversificada, en la que se incluía la pesca, la caza y la recolección de algunos vegetales.

Durante el Paleolítico Superior, a partir de aproximadamente el 17.000 a. C., se produjeron cambios sustanciales en las formas de vida y aprovechamiento de los recursos del entorno. En primer lugar, el trabajo lítico se depuró, comenzándose a elaborar puntas de aproximadamente tres centímetros de longitud para flechas y arpones. Los diversos asentamientos surgidos entonces a orillas del Nilo[2] lo hicieron en una época especialmente complicada, ya que aproximadamente hacia el 13.750 a. C. el territorio sufrió una época de extrema sequía, alcanzándose unas temperaturas parecidas a las actuales, lo cual se tradujo en la desertización del territorio occidental. Las poblaciones vivían en pequeños grupos de unas veinte personas que se beneficiaban, sobre todo, de los recursos que el río les proporcionaba a lo largo de todo el año. En uno de estos asentamientos, el de Khubbaniya, se practicaba la movilidad estacional.

Durante la época de la crecida los campamentos estaban situados sobre las dunas que se encontraban en el borde del *wadi* y, por tanto, del desierto. Era justo el límite que alcanzaban las aguas de la inundación (el cauce del Nilo era más estrecho que en la actualidad, pero discurría a través de diversos brazos entrelazados, entre los cuales había isletas boscosas). Cuando las aguas se retiraban los habitantes de Khubbaniya se trasladaban a la orilla del río. Vivían, sobre todo, a expensas de las especies de peces que el Nilo les ofrecía según la época del año. Los ejemplares más grandes de clarias (*Clarias sp.*) y tilapias (*Tilapia sp.*) se pescaban durante la época de la crecida, cuando éstas aprovechaban para ir a desovar a las llanuras inundadas, pues habitan en las aguas poco oxigenadas del río y sólo cuando desovan abandonan el lecho menor del mismo. Conforme las aguas se iban retirando, las especies más grandes ya no se encontraban. Era entonces cuando se atrapaban los ejemplares más pequeños de clarias y tilapias, que aún no habían emigrado hacia el lecho menor del río o habían quedado atrapadas en pequeños lagos sin comunicación con el cauce principal del río al secarse los distintos ramales.

Este mismo tipo de pesca era practicado por el grupo que habitó en Makkadma (en la orilla derecha del río, a unos doce kilómetros de Qena). En este enclave, la zona de hábitat se creó durante el período del «Nilo salvaje» (alrededor del 11.250 a. C.) y en la actualidad se encuentra situado a siete metros por encima del nivel del río. Parece que también era estacional (se utilizaba cuando las aguas ya se habían retirado) y se especializó, sobre todo, en la captura de los ejemplares más pequeños de clarias y tilapias. Sin duda, lo más interesante de este asentamiento es que el pescado posiblemente se ahumaba para ser almacenado y consumido con posterioridad. Por suerte, la necrópolis de esta población, situada en Gebel Sahaba, se pudo excavar, constatándose ya en esta época el enterramiento de los individuos en posición fetal y en fosas individuales o colectivas. Además, parece ser que el lugar de enterramiento se indicaba colocando unos bucráneos sobre él. Sin embargo, lo que verdaderamente resulta interesante de esta necrópolis es que más de un 40 por 100 de los esqueletos encontrados en las fosas presentaban signos de haber muerto por causas violentas, ya que además de roturas de huesos y traumatismos craneales, entre los huesos, y a veces clavadas en ellos, se encontraron pequeñas puntas de flecha[3].

Hacia el 10.000 a. C. las lluvias de verano del África tropical empezaron a desplazarse hacia el norte y este incremento en las precipitaciones marcó el inicio del llamado Holoceno en el Sáhara Oriental. Las lluvias veraniegas permitieron la floración de pastos del tipo saheliano, con árboles y arbustos que permitieron el desarrollo de la vida en determinados lugares privilegiados, como las llamadas *playas,* cuencas drenadas donde se formaban lagos que, en época de precipitaciones, veían

aumentar su capacidad considerablemente. En esta época, la presencia de vida humana se concentró precisamente en el Sáhara, en la zona de Bir Kiseiba, en Gebel Nabta (a unos 100 kilómetros al oeste del Lago Nasser), en Gilf Kebir y en algunos oasis como el de Dakhla. De hecho, en ninguna parte del valle del Nilo se han encontrado restos de ocupación en el período comprendido entre el 9000 y el 7000 a. C. aproximadamente, sin que por el momento se sepan las causas de semejante vacío arqueológico (¿acaso los vestigios de ocupación se encuentran bajo los depósitos de ocupación modernos?). Por su parte, los asentamientos saharianos tienen unas cronologías que oscilan entre el 8300 a. C. y el 5000 a. C. aproximadamente, momento en el que las temperaturas empezaron a radicalizarse hasta el extremo de convertir el territorio en el desierto que es en la actualidad.

Suele considerarse a las comunidades más antiguas establecidas en Nabta Playa como las que inauguran el Neolítico sahariano, porque es en ellas donde por primera vez hace acto de presencia la cerámica[4]. Sin embargo, todavía no se habían empezado a cultivar plantas ni existen pruebas suficientes como para afirmar que ya se practicara la ganadería vacuna. En esta época, los grupos humanos vivían en torno a las playas, en asentamientos que tenían una reocupación estacional regular o incluso más o menos permanente (en las fases más modernas hay pozos excavados en las zonas de hábitats), practicando una economía cazadora-recolectora como antaño. Es posible, no obstante, que algunas plantas, como el sorgo [*Sorghum bicolor* (L.)], ya empezaran a desempeñar un mayor papel en la alimentación.

Sin embargo, hacia el 6300 a. C. se producen cambios. En Gilf Kebir y en la zona de los Mudpans aparece un tipo de cerámica sin decorar diferente a la que se producía hasta entonces y que, según todos los indicios, era de tradición asiática y pudo ser introducida en territorio sahariano bien por contactos indirectos o bien por poblaciones venidas directamente del Próximo Oriente. Parece que este nuevo tipo cerámico fue coetáneo a su vez con un nuevo método de trabajo lítico, la técnica bifacial, que por otra parte será la que se imponga posteriormente en la época predinástica. Por estas mismas fechas, además, es posible que se introdujeran ya dos especies de animales domesticados procedentes con toda seguridad del suroeste asiático, la oveja y la cabra. Por el momento es difícil discernir si ambos fenómenos (la aparición de nuevas formas cerámicas y la aparición de especies domesticadas procedentes de Asia) están relacionados. El hecho es que hacia el 6000 a. C. las poblaciones saharianas comenzaron un nuevo tipo de economía basado en la ganadería, pero sin abandonar la recolección de especies vegetales y la caza de pequeños animales. El valle del Nilo tendría que esperar unos mil años más para ver florecer las primeras comunidades neolíticas plenas.

## El Neolítico

Aunque a primera vista pueda parecer lo contrario, la llegada del sistema productivo neolítico a Egipto no se tradujo en una sedentarización completa de las poblaciones ni, como consecuencia de ello, en la aparición de núcleos de población comparables a los que se desarrollaron en Mesopotamia por esas mismas fechas. La agricultura [cultivos estacionales de trigo *(Triticum dicorum)* y cebada *(Hordeum hexastichum* y *Hordeum distichum)*] se convirtió en una práctica económica que complementaba otras aportaciones fundamentales, como la ganadería y el aprovechamiento de los recursos fluviales del Nilo (además de la caza y la recolección). La ganadería imprimió un carácter nómada a estas poblaciones, que durante el año se iban desplazando en busca de los mejores pastos. Los asentamientos neolíticos que se han constatado eran sobre todo estacionales, algunos utilizados durante largas temporadas a lo largo del año y reutilizados a lo largo del tiempo.

Entre el 5400 y el 4400 a. C. se desarrollaron en el norte de Egipto dos culturas neolíticas, una en el Delta, Merimde Benisalame (a unos 45 kilómetros al noroeste de El Cairo), y la otra en El Fayum (cerca del lago Qarun a unos 80 kilómetros al suroeste de El Cairo) (fig. 2.1). En Merimde pueden distinguirse dos fases de ocupación. La más antigua se desarrolló entre el 5890/5860 y 5790/5760 a. C. y se caracteriza por unas estructuras en fosas redondas y ovaladas, ninguna utilizada para almacenar alimentos. Entre los restos vegetales conservados aparecen semillas de trigo, cebada y guisantes, mientras que los restos de fauna son tanto de animales salvajes como domesticados (ovejas, cabras y cerdos). La cerámica es de color negro, pulida o alisada, y decorada con unas incisiones en forma de espina de pescado.

La segunda fase de ocupación de Merimde se desarrolló entre el 4700 y el 4100 a. C. y en ella se practicó una estrategia de ocupación diferente. Ahora aparecen estructuras para almacenaje de alimentos construidas en adobe y caña, además de grandes cestas y jarras medio enterradas. Mientras, en la zona del hábitat, las fosas se tapizaron con una fina capa de limo. Los restos de cultura material que han sobrevivido también son más abundantes. En la cerámica se observan algunos cambios en el color (más variado en esta fase, con cerámicas rojas, grises y negras), en las formas (copas de paredes prácticamente verticales, recipientes cónicos y semiesféricos, vasos redondeados) y las decoraciones (en la última fase hay decoraciones con espigas en relieve o incisiones). También han aparecido restos de industria lítica bifacial (puntas de flecha con alerones) y artefactos necesarios en la vida diaria como pesos, pesas para las redes, fusayolas, anzuelos, agujas, hoces, etc. Además, se utilizó la piedra (cuarzo, gneiss, caliza) para realizar vasos más elaborados, hachas pulidas y cabezas de maza de tipo piriforme. Destacan los

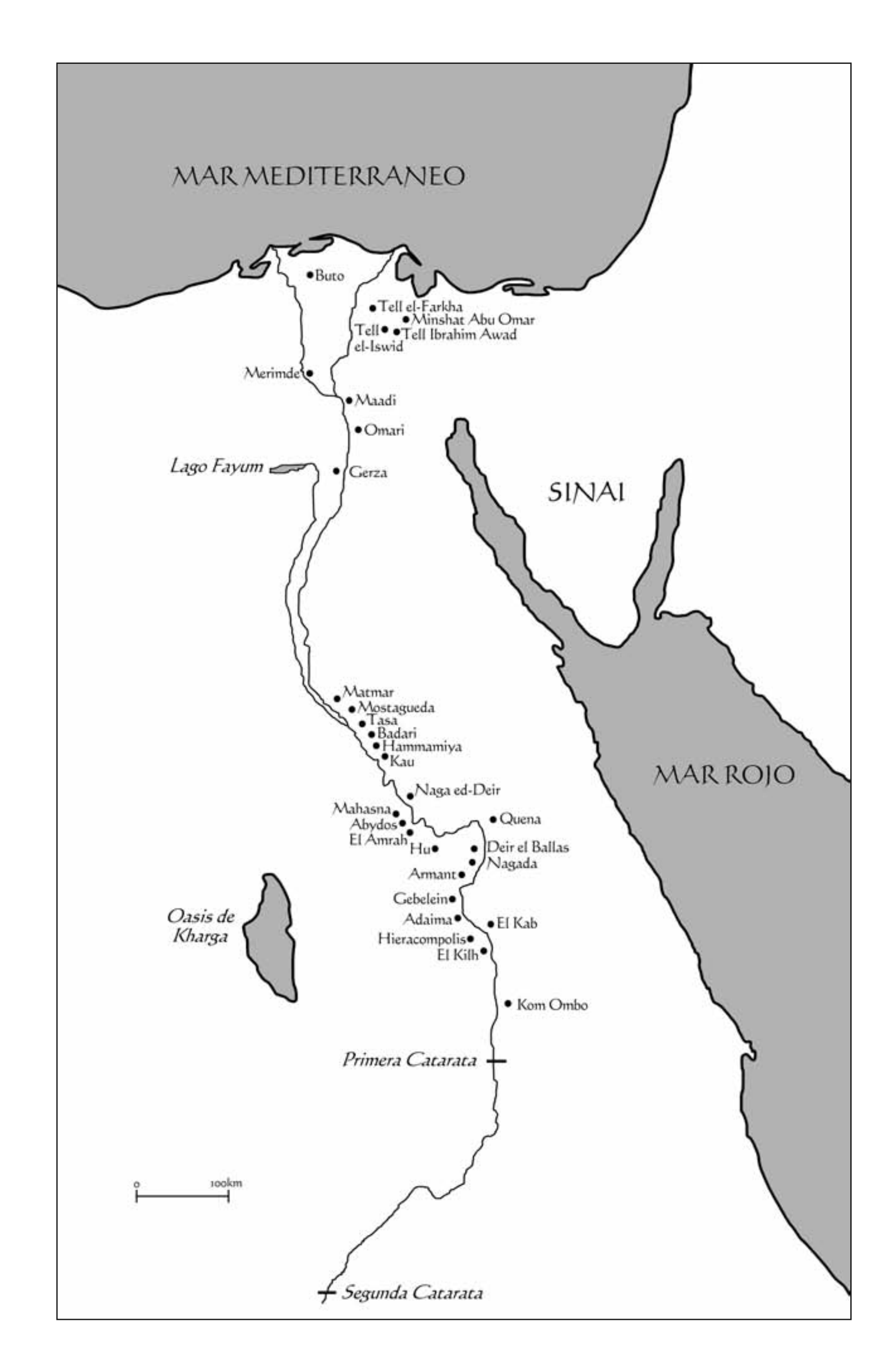



Figura 2.1. Principales yacimientos predinásticos de Egipto.

adornos de colgantes y brazaletes realizados en ágata, turquesa, cornalina, etc.; piedras que procedían de regiones alejadas de Egipto, por lo que los contactos con otras poblaciones no eran desconocidos.

Pero, tal vez, lo más interesante sea que en los estratos de ocupación más modernos (contemporáneos al asentamiento Fayum A) aparecieron las primeras estatuillas de arcilla con forma de bóvido y antropomorfas, además de un rostro humano modelado también en arcilla. Respecto a las prácticas funerarias, todo parece indicar que sólo en la primera fase de ocupación los difuntos de Merimde fueron enterrados en una zona aparte, aunque cerca del hábitat. En las fases subsiguientes no existió un cementerio concreto, siendo enterrados los difuntos al azar en un área situada cerca de la zona de ocupación y en sectores de hábitat que ya habían sido abandonados. Los cuerpos se colocaban en fosas poco profundas, en posición fetal reposando sobre el lado derecho y con la cabeza situada en el sur. En ocasiones los cuerpos se envolvieron en esteras o pieles de animales, colocándose como ajuar funerario una sola pieza de cerámica. Esta escasez o incluso ausencia de ajuar funerario será una constante a lo largo de todo el período predinástico en las tumbas del Delta de Egipto, completamente contraria a las de las tumbas del Alto Egipto, donde se invirtió una mayor cantidad de energía y recursos.

En el área de El Fayum se observan los primeros indicios de neolitización hacia el VI milenio a. C., con la llamada cultura de Fayum A, contemporánea de las últimas fases de Merimde. En la parte norte del lago se situaron los dos sectores de hábitat (*kôm* W y *kôm* K)[5], entre los cuales estaban los silos de almacenamiento. Las estructuras más comunes son las fosas, tanto en los lugares de hábitat (aproximadamente unas 300) como en los graneros (unas 180). Las paredes de las fosas en ocasiones se revistieron con una capa de limo y se cubrieron igualmente con esteras, lo que confirma el cuidado que demostraban tener en la conservación de los alimentos. Dentro de algunas estructuras de habitación aparecieron recipientes de cestería, jarras y carbones vegetales (en lo que se supone que eran los hogares). Los restos de fauna domesticada son de las mismas especies que en Merimde (cabras, ovejas y cerdos) y entre los restos vegetales se encontraron trigo y cebada. Esta población practicaba, pues, una economía ganadera combinada con la recolección de productos vegetales y el aprovechamiento de los recursos nilóticos, muy parecida a la que se practicó en El Omari.

El Omari es otro enclave neolítico del Bajo Egipto, aunque de cronología algo posterior a los anteriores, pues se sitúa entre el 4700 a. C. y el 4300 a. C. Los hábitats encontrados (Omari A y Omari B) no difieren en mucho de los anteriores, consistiendo en unas 200 estructuras excavadas, redondas u ovales, cuyo tamaño oscila entre los 0,40 y 3 metros de diámetro. Las paredes en ocasiones estaban tapizadas con una fina capa de lodo y cubiertas con esteras. Algunas de ellas se usaron como viviendas,

en cuyo interior se encontraron cestas y tapaderas de recipientes. Resulta muy interesante destacar que, entre los animales domesticados encontrados en El Omari, además de ovejas, cabras y cerdos, ya hubiera asnos, que bien pudieron utilizarse como animales de carga. Las necrópolis se situaron en zonas de hábitat abandonadas y los difuntos presentaban posición fetal, sin seguir un criterio concreto a la hora de colocarlos sobre un costado. En algunas ocasiones les acompaña un ajuar funerario consistente en algunas cerámicas (un pequeño cuenco situado delante del rostro), conchas y elementos decorativos realizados con pequeñas cuentas de cáscara de huevo de avestruz y perlas.

Estos poblamientos neolíticos del valle del Nilo fueron contemporáneos de las culturas Bashendi B (6500-5200 bp) y Sheikh Muftah Unit (5070-4310 bp) del oasis de Dakhla y con la fase final del neolítico de Nabta Playa, que se suele situar entre el 6500 bp y el 4800 bp. Este último enclave, Nabta Playa, no sólo se configuró como un importante lugar de hábitat en este momento, sino que, habida cuenta de las estructuras arquitectónicas que se han encontrado allí, posiblemente fue un centro que sirvió como lugar de reunión de los grupos ganaderos que se desplazaban por el territorio del desierto occidental y sudanés. Entre otras estructuras, en Nabta Playa se levantó un conjunto de tres grupos de alineamientos megalíticos: un círculo realizado con pequeños bloques de piedra que puede ser un calendario; ocho túmulos que contenían los restos de un bóvido, uno de los cuales se había enterrado en una cámara cuyas paredes se habían revestido cuidadosamente con una fina capa de barro; y unas treinta estructuras complejas (compuestas de superestructura y subestructura) realizadas con grandes piedras, tanto talladas como sin tallar. Independiente del significado que puedan tener, en cualquier caso estas construcciones revelan que ya en pleno Neolítico los habitantes de Nabta Playa habían desarrollado un sistema social capaz de movilizar a una cantidad de población importante para construir determinado tipo de monumentos.

Poco más es lo que se sabe del sistema de organización y de creencias de estas poblaciones neolíticas. Desde el punto de vista social, es posible que estuvieran agrupadas en bandas y grupos familiares relacionados por lazos de sangre que, a juzgar por los restos arqueológicos conservados, compartían los recursos de la comunidad.

## El Calcolítico: las culturas badariense y tasiense

Contemporánea a los últimos estadios de las culturas neolíticas del norte (la última fase de el-Omari), hacia el 4500 a. C. hace acto de presencia en el Medio Egipto la llamada cultura badariense. Se extiende en el tiempo hasta el 3900 a. C., coetánea entonces con el inicio de Nagada I.

Tanto sus orígenes como sus relaciones con la cultura de Nagada I, que se desarrolla posteriormente en el Alto Egipto, están todavía por discernir. Algunos investigadores consideran que la cultura de Nagada I no es sino un desarrollo y ampliación en el sur de Egipto de la cultura badariense. Respecto a sus orígenes, se desconoce la procedencia de esta población, porque sus conexiones con grupos del desierto occidental no están claras y no parece probable que procedieran del Próximo Oriente. Aunque la cuestión sigue abierta, de lo que no cabe duda es de que puede considerarse a este grupo de población como plenamente calcolítico. Los principales yacimientos badarienses (Matmar, Mostagedda, Tasa, Badari y Hemamieh) se encuentran situados en la orilla oriental del Nilo, extendidos a lo largo de unos 30 kilómetros y su cultura se conoce, sobre todo, gracias a las necrópolis más que a los lugares de hábitat, que continuaron siendo campamentos estacionales, como los vistos desde época neolítica en el Bajo Egipto.

Pero sin duda alguna la principal novedad se encuentra en las necrópolis. A diferencia de los cementerios neolíticos, los grupos humanos de esta cultura parece que estuvieron muy interesados en dispensar a sus difuntos un trato esmerado, de tal forma que desplegaron en los enterramientos un mundo simbólico hasta entonces desconocido en Egipto, lo que les hace estar emparentados con los grupos de Nagada I del Alto Egipto. Los cuerpos se situaron en el interior de unas fosas ovaladas o redondas[6], en posición fetal, recostados sobre el lado izquierdo con la cabeza situada en el sur y la cara mirando hacia el oeste. Por regla general se envolvieron en una estera o piel de animal y en algunas ocasiones aparecen en el interior de ataúdes de cestería. Otras veces, sobre el difunto se levantó una especie de dosel soportado por unas varas de madera. Respecto a los ajuares se observan diferencias en cuanto a la cantidad y la calidad de los mismos, no sólo entre los diversos cementerios badarienses, sino también en el seno de los mismos[7], lo que denota la existencia de una sociedad con un cierto grado de jerarquización, dominada posiblemente por familias o clanes, que marcaban las diferencias de estatus dentro del grupo.

La cultura material badariense refleja que se había llegado a alcanzar una técnica de trabajo muy elaborada. Las cerámicas de tipo *black-topped*[8] que aparecen en contextos funerarios alcanzaron una gran calidad, al igual que los adornos realizados en marfil como brazaletes, las cucharas con mangos con decoraciones zoomorfas, los peines, las estatuillas de mujeres, las paletas de maquillaje rectangulares y ovaladas realizadas en grauvaca, las perlas de esteatita esmaltadas en cobre, conchas del mar Rojo, etc. Además, fueron descubiertas importaciones de cerámicas de Palestina, lo que confirma los contactos con otras poblaciones. Pero también a la inversa, ya que materiales badarienses junto con producciones libio-nubias y cerámicas tasienses aparecen repartidos por las rutas del desierto que se dirigen al oasis Kharga, en la zona de Qena. Esta asociación de

materiales badarienses y tasienses en yacimientos del Medio Egipto es un hecho constatado desde los primeros momentos del descubrimiento de la cultura badariense.

Así, en algunas tumbas de Época Badariense y Nagada I de las poblaciones de Deir el Tasa y Mostaggeda aparecieron ya materiales[9] que hicieron pensar a los arqueólogos que estaban en presencia de una cultura diferente, la tasiense. Tanto es así, que desde un primer momento se consideró que la cultura tasiense había precedido a la badariense. Sin embargo, la gran dispersión de materiales tasienses por todo el territorio egipcio[10] ha hecho reconsiderar de nuevo su posible origen. Así, lo que se denominó en su día cultura tasiense sería un complejo cultural mucho más amplio, cuyo origen podría situarse en alguna parte del sur del Desierto Occidental. La movilidad que practicaban, según se desprende de la dispersión y diversidad de materiales encontrados en los diversos yacimientos, hace que en la actualidad se les considere el vínculo de unión entre las poblaciones del valle del Nilo y el desierto, concentradas en los oasis y en Nabta Playa. Así pues, la cultura tasiense, que en principio se creía como un fenómeno originado en el valle del Nilo, en la actualidad se considera un fenómeno cultural propio del desierto.

## El período predinástico

A principios del cuarto milenio, mientras la cultura badariense se desarrollaba en el Medio Egipto, surgieron en el valle del Nilo nuevos enclaves que darían comienzo a la época predinástica como tal. En el norte surgió la llamada cultura del Bajo Egipto, mientras que en el sur, en el Alto Egipto, se desarrolló la cultura de Nagada. Ambas son conocidas por los egiptólogos desde tiempo atrás, pero sólo desde hace relativamente poco tiempo y gracias a diversas prospecciones y excavaciones llevadas a cabo en el Delta se han descubierto otros enclaves, que han permitido ampliar nuestros conocimientos sobre esta zona durante el predinástico. Aunque en ambas regiones se debieron practicar formas de vida parecida, un hecho característico y diferenciador entre ambas son las necrópolis. La riqueza desplegada en las tumbas del sur no se encuentra en las del norte, más escasa y de una sobriedad similar a los enterramientos de época neolítica. Con los lugares de hábitat ocurre justo lo contrario, siendo los del norte los que están siendo mejor estudiados.

## La cultura del Bajo Egipto (3900-3400 a. C.)[11]

Dos de los asentamientos más antiguos que se conocen de la cultura del Bajo Egipto son Maadi y Buto.

Maadi, que en la actualidad forma parte de un suburbio de El Cairo, además de con varios lugares de hábitat cuenta con dos cementerios, rompiendo de esta manera con la tradición neolítica anterior de reutilizar hábitats abandonados al escoger un lugar de enterramiento específico para los muertos. Este asentamiento se extiende en el tiempo desde el 3900 hasta 3400 a. C. aproximadamente, fecha esta última que coincide con el fin de Nagada IIc en el Alto Egipto. Las estructuras de habitación que se han descubierto en Maadi son de tres tipos. Existen chozas ovaladas cuyos muros de madera estaban cubiertos con esteras y el techo soportado por postes de madera. Hay igualmente estructuras rectangulares que muestran huellas de agujeros de postes de madera para la sustentación de la techumbre, en cuyo interior hay hogares rodeados de piedras y jarras de almacenamiento parcialmente enterradas en la tierra. Por último, en el sector este de Maadi se descubrieron cuatro estructuras subterráneas excavadas en la roca, muy similares a las encontradas en Abu Matar o en el valle de Beersheva (Palestina). En los diversos asentamientos aparecieron una gran variedad de granos correspondientes a especies domesticadas [*Triticum monococcum* (trigo escanda cultivada), *Triticum dicoccum* (farro), *Triticum spelta* (espelta o escanda mayor), *Triticum aestivum* (trigo candeal), *Hordeum vulgare* (cebada), *Pisum sativum* (guisantes) y *Lens culinaris* (lentejas)] y huesos de vacuno, cabra, oveja y cerdo, al igual que restos de diversos tipos de peces del Nilo, mientras que los huesos de animales salvajes aparecen en una proporción mucho menor. Es interesante destacar que en Maadi ya se conocía el asno domesticado y que posiblemente se utilizó como un animal de carga.

Son muchos los materiales manufacturados que han sobrevivido. Destaca la industria lítica, con la elaboración de unos cuchillos de entre 8 y 15 centímetros de longitud y el conocido como «cuchillo bífido». Las producciones cerámicas se realizaban con fines domésticos, predominando las superficies alisadas (a veces pulidas) con colores marrones rojizos y zonas oscurecidas que revelan su uso en los hogares. Existen además vasos rojos con superficies pulidas y sobre todo importaciones de cerámica procedentes de Palestina, que se utilizaron como contenedores para diversos productos. En algunos casos, los recipientes presentan una decoración impresa a peine en forma de pequeñas líneas rectas, de «V», de triángulos, etc., dispuestos en líneas rectas o en zigzag.

Nuestro conocimiento sobre las prácticas funerarias de la cultura del Bajo Egipto procede de dos necrópolis: una situada a 150 metros del poblado de Maadi, con un total de 76 tumbas, y la otra en el Wadi Digla, aproximadamente a un kilómetro del anterior, donde se han encontrado un total de 471 tumbas, 14 de las cuales son enterramientos de animales[12], un fenómeno que se constata también en yacimientos badarienses y, sobre todo, en las necrópolis de Nagada I del Alto Egipto. En esta época, los

enterramientos de individuos adultos en los lugares de hábitat son un hecho excepcional. No obstante, los recién nacidos y los fetos se enterraban bajo las casas, bien en fosas, bien en el interior de jarras de cerámica de almacenaje. Los individuos enterrados en los cementerios se encuentran en fosas ovales y sin ningún tipo de acondicionamiento. Los cuerpos están colocados en posición fetal, con la cabeza situada por lo general hacia el norte (si bien el lado sobre el que reposaban es aleatorio) y las manos situadas hacia el pecho o cerca de la cara, aunque también hay excepciones a esta regla. Se solían envolver en esteras o en pieles de animales y, en ocasiones, se colocaba una piedra detrás de la cabeza.

Pero, sobre todo, estas tumbas destacan por no tener apenas ajuar funerario en su interior, hecho que contrasta de forma notable con las tumbas predinásticas del Alto Egipto. En general predominan las tumbas sin ofrendas, pero cuando éstas existen lo normal es que se trate de entre uno y tres recipientes de cerámica y, en ocasiones, algunas conchas. La conclusión a la que llegaron los investigadores una vez estudiadas todas estas tumbas fue que, aparentemente, a los habitantes de Maadi no les preocupaba en absoluto cómo eran enterrados sus muertos, ya que en algunos casos parecían haber mostrado poca atención tanto a la hora de excavar la tumba como de conseguir que ésta tuviera el tamaño adecuado para el individuo o a la posición en la que al final se colocó al difunto. Son, por lo tanto, muy escasos los datos que se pueden extraer sobre la estructuración social de Maadi a través de sus cementerios.

En cambio, el lugar de hábitat ha arrojado más información, vislumbrándose una comunidad agropastoril que mantenía unos contactos más fluidos con las poblaciones del Levante que con las del Alto Egipto. Mientras que de allí importaban cerámica *black-topped* (algunas son imitaciones locales), cabezas de maza discoidales, paletas romboidales y algunos vasos de piedra, la relevancia de los contactos levantinos se pone de manifiesto con la aparición de cerámicas de importación, vasos de basalto, cobre[13], resinas, aceite, madera de cedro, e incluso de betún, pigmentos, la tipología de algunas producciones líticas y las casas subterráneas al estilo de las de Beersheva.

El otro asentamiento destacado de la época, Buto[14], tuvo una vigencia temporal más larga en el tiempo que Maadi. Se han encontrado hasta siete niveles de ocupación, siendo las fases Buto I y Buto II contemporáneas de Maadi, Nagada I y Nagada IIab[15]. Situada sobre una *gezira*[16], son pocas las estructuras que han sobrevivido y cuando las hay consisten en fosas y estructuras de apuntalamiento que podrían interpretarse como lugares de almacenaje o tal vez talleres. Predominan los huesos de animales domesticados, en especial el cerdo, aunque la pesca también ocupaba un puesto importante en la alimentación. Entre las especies que se cultivaban, el trigo y la cebada son los cereales más abundantes que han

sobrevivido. Respecto a la cerámica hay producciones que recuerdan a las anteriores neolíticas, de paredes gruesas, alisadas y con manchas en el exterior fruto de su uso en los hogares. También existe una cerámica de paredes más finas y con un acabado más cuidado, elaboradas en torno lento, que pueden presentar una decoración pintada en blanco con bandas y en algunos casos con ondulaciones en relieve en el borde. Debido a que no se ha localizado la necrópolis de este asentamiento, poco más es lo que se puede añadir sobre el mismo, aunque posiblemente se diera en él una forma de vida similar a la del asentamiento de Maadi.

## El Alto Egipto: la cultura Nagada I (o amratiense)

Contemporáneas a la cultura del Bajo Egipto, hacia el 4000 a. C. empezaron a surgir en el sur diversas poblaciones que, aparentemente, tenían muchos rasgos en común con los asentamientos badarienses del Medio Egipto. En su fase inicial, estas poblaciones se extendieron desde Matmar (en el norte) hasta Kubbaniya y Khor Bahan (en el sur), es decir, una extensión de territorio considerable[17]. La uniformidad cultural que presentan todos los asentamientos ha hecho posible considerarlos como la cultura prehistórica más uniforme de toda la historia de Egipto, que desde ese momento mostrará una continuidad sin rupturas en el tiempo prolongada hasta el proceso de unificación del territorio.

La cultura predinástica de Nagada fue descubierta por el arqueólogo Flinders Petrie a finales del siglo XIX, gracias a las excavaciones que llevó a cabo en diversas localidades del Alto Egipto, entre ellas Nagada, que fue la que dio el nombre genérico al período. A través del estudio de los materiales cerámicos encontrados en las distintas tumbas y siguiendo un criterio basado en la evolución de sus formas, Petrie realizó una primera seriación cronológica del período que llamó *Sequence Dates* (SD). En total creó cincuenta SD, que empezó a enumerar desde el número 30, previendo, no sin razón, la posibilidad de que pudiera haber existido alguna otra cultura anterior a la primera predinástica, como pronto se puso de manifiesto con el descubrimiento de la cultura badariense. Así, la primera *Sequence Date* fue llamada Amratiense (nombre que recibe de la localidad de el-Amrah) y comprendía las SD 30-38; la segunda fue llamada Gerzense (por la localidad de el-Gerza) y comprendía las SD 39-60; y la tercera Semainiense (por la localidad de Semaineh) y comprendía las SD 61-80. Las tres culturas definidas mediante las SD también fueron llamadas Nagada I, Nagada II y Nagada III, respectivamente. En la década de 1960 esta secuencia temporal relativa fue revisada por Kaiser, quien estableció el concepto de *Stufen,* once subdivisiones que abarcaban desde la época de Nagada Ia a la de Nagada IIIb. Por último,

en la década de 1980 Hendrickx realizó algunos ajustes cronológicos entre Nagada II y III. Conforme se han ido sucediendo las excavaciones arqueológicas más modernas, a esta cronología relativa se le fue añadiendo una absoluta, que ha completado de forma más precisa todas las secuencias.

La época de Nagada I se caracteriza por una gran expansión de los asentamientos a lo largo del Alto Egipto, que de hecho aumentan con respecto a épocas anteriores. Todavía sigue siendo una incógnita la procedencia exacta de estas poblaciones, las cuales no se diferencian mucho respecto de las badarienses, lo que hace presuponer que ambas culturas estaban íntimamente relacionadas. No obstante, a pesar de esta expansión, la cultura de Nagada I ha dejado pocos rastros de lugares de hábitat, conociéndose en lo fundamental gracias a las necrópolis. Todo parece indicar que los habitantes de esta cultura invirtieron más esfuerzos en la morada que debía acogerles eternamente que en aquella en la que tenían que vivir a diario. Efectivamente, son pocos los restos de hábitats que han sobrevivido, lo cual hace sospechar a los investigadores se deba a que los poblados todavía tenían un carácter fuertemente estacional. También se argumenta con frecuencia que los posibles restos de hábitat quizá se encuentren enterrados bajo las capas de limo dejadas por la inundación del río. Sin embargo, en aquellos lugares donde se están excavando restos de viviendas, los resultados no son muy alentadores. Las estructuras más comunes que se han encontrado han sido las chozas circulares, con muros sustentados a base de postes de madera (para sujetar también el techo) y de juncos revestidos con arcilla, estiércol y escombros de adobes. De este tipo son los restos de el-Tarif, el-Khattara, Adaima y Hemamiah. En Hieracómpolis, no obstante, se ha encontrado la estructura rectangular más antigua conocida hasta el momento, el área HK29, situada al borde de la zona de cultivos. Tenía unas dimensiones de 4 × 3,5 metros y en su interior se diferenciaban un área para el hogar y diversos recipientes de almacenaje. Además, estaba rodeada de una cerca. Próximo a la casa había un horno para cocer cerámica, que posiblemente fuera el responsable del incendio que se produjo en la casa y que ha permitido que la estructura de la misma se haya conservado hasta nuestros días.

En los lugares donde hay silos se observa que son más grandes que los encontrados con anterioridad y entre los restos de semillas aparecen las ya tradicionales: trigo, cebada, lino, lentejas y determinados frutos, como los del sicomoro y dátiles. Pero, sin duda, la actividad económica fundamental de estas poblaciones era la ganadería. Los huesos de bóvidos, cabras, ovejas y cerdos aumentan, mientras que los de las especies salvajes disminuyen en número (el aporte de la caza a la dieta diaria es ya meramente ocasional). La actividad ganadera debió generar la necesidad de desplazarse en busca de pastos para el ganado, mientras que la

agricultura y la pesca se podrían haber practicado de forma estacional, como complemento a la primera actividad. Eran, por tanto, poblaciones ganaderas-agricultoras que no estaban asentadas permanentemente en un lugar determinado (de ahí la pobreza en las estructuras del hábitat), aunque de forma periódica regresaban a sus territorios, a sus poblados, donde entre otras cosas se encontraban sus necrópolis.

Las poblaciones amratienses tenían en común con las badarienses los cementerios. En las necrópolis de Nagada I predominan los enterramientos con un único individuo, aunque aparecen también enterramientos colectivos (dos individuos que son, por lo general, una mujer y un neonato o un niño de corta edad). Los difuntos reposan bien en el interior de un hueco simple no muy profundo, bien en una fosa oval o bien en una estructura rectangular más elaborada. En esta época, además, aparecen ataúdes realizados en madera, terracota o mimbre. En ocasiones en la tumba hay una especie de nicho excavado en la tierra donde se coloca el ajuar funerario. La posición del cuerpo es la tradicional, encontrándose en posición fetal, recostados sobre el lado izquierdo, la cabeza orientada hacia el sur y la cara mirando hacia occidente. Las manos suelen estar colocadas cerca del rostro o el pecho. Muchos de ellos, vestidos con un paño o taparrabos de lino, no reposaban directamente sobre el suelo, sino sobre una estera, mientras el cuerpo solía estar envuelto en una piel (de cabra o gacela). En ocasiones la cabeza se colocaba sobre una almohada realizada de cuero o paja. Finalmente, otra estera solía cubrir al difunto antes de que fuera recubierto con la arena. Las prácticas de enterramiento, pues, son algo más elaboradas que en períodos precedentes, aunque todavía no se puede hablar de un cambio sustancial.

La totalidad de la cultura material que se conoce de los grupos de Nagada I procede de los enterramientos, por lo que la visión que tenemos de esta sociedad es muy parcial. Existe, así pues, un gran desconocimiento sobre la vida diaria de estas gentes. Es posible que parte del ajuar funerario que se introducía en una tumba hubiera pertenecido al difunto en vida y el resto se fabricara ex profeso para ese acontecimiento. En algunas ocasiones parece como si el objetivo de las ofrendas funerarias hubiera sido señalar la identidad de la persona, siendo muy significativos los casos donde el difunto cuenta con un único elemento distintivo como ajuar: una figurita antropomorfa de arcilla, algún elemento de cobre o un cuchillo de piedra (de tipo *ripple-flaked*). Por regla general, los materiales más abundantes en las tumbas son las cerámicas[18]. El tipo *black-topped* (tipo B), tan popular en los asentamientos badarienses, se siguió realizando aunque desaparece el efecto ondulado de la superficie, que se conseguía puliendo la superficie exterior con un peine antes de la cocción. La calidad de estos recipientes seguirá siendo excelente, si bien pierde peso frente a la cerámica de tipo

*red-polished* (tipo P), cuyas formas se diversifican. Además, por primera vez se decora la superficie de los recipientes con motivos iconográficos (tipo C), que serán los más antiguos realizados en toda la historia de Egipto.

Por otra parte, algunas de las cerámicas fueron marcadas con incisiones (las llamadas *pot-marks*) que forman motivos tanto figurativos como geométricos, cuyo significado se desconoce. Entre los ajuares funerarios empiezan a aparecer los primeros vasos realizados en piedra, una industria cuyo auge será imparable desde este momento[19]. Además, siguen, apareciendo figuritas antropomorfas realizadas en terracota, tanto femeninas como masculinas. Entre las figuras femeninas predominan las que tienen ambos brazos levantados hacia los lados y hacia arriba, con los pechos marcados, las piernas sin diferenciar y la cara en forma de «cabeza de pájaro». Por su parte, las figuras masculinas tienen una marcada verticalidad, los brazos se encuentran pegados al cuerpo y los rasgos de la cara están diferenciados; algunos llevan barba y, siempre, estuche fálico.

Otro tipo de figurita masculina antropomorfa que suele aparecer en contexto funerario se realizaba en hueso y marfil (normalmente colmillos de hipopótamo) y es posible que en muchas ocasiones sirviera para ser colgada del cuello, a modo de amuleto, dado el orificio que suelen presentar en la parte superior. En este caso la figura es más abstracta, aunque los personajes tienen una barba puntiaguda muy característica. El significado de las figuras de terracota no está claro, tanto más cuanto que la mayor parte de ellas no se han encontrado en contextos arqueológicos definidos. Tampoco es un material muy abundante y, en el caso de las que se tiene constancia de su procedencia, parece ser que era el único ajuar de la tumba. Tradicionalmente se suele considerar que estas figuras femeninas tienen que ver con la fecundidad y con la capacidad de procreación. Los brazos levantados pueden estar representando una posición de danza.

En hueso y marfil se realizaron también otro tipo de adornos, como pulseras, colgantes, alfileres y peinetas, prendidas del pelo de los difuntos. Los alfileres y peinetas solían estar decorados en el remate superior con figuritas zoomorfas de gacelas, asnos, jirafas, íbices, etc. Este gusto por las figuras de animales se plasmó también en otro elemento fundamental de la cultura predinástica egipcia: la paleta de maquillaje.

Las paletas de maquillaje aparecen en ajuares funerarios desde épocas neolíticas muy tempranas, tanto en el Sudán como en todo el territorio egipcio, incluidos el Sáhara, los oasis y los asentamientos tasienses del desierto. Es un elemento que forma parte, por tanto, de la cultura africana en su conjunto. El maquillaje en época predinástica, que no se limitaba al rostro exclusivamente, no parece que se utilizase sólo por una mera cuestión estética o profiláctica. Tenía mucho que ver con las prácticas rituales

que con toda seguridad se realizaban en determinados momentos de la vida de la comunidad, además de con la vida diaria de las personas. Está muy vinculado, asimismo, con las danzas y con la transformación necesaria y requerida para ponerse en contacto con la esfera de lo divino y lo ancestral. Precisamente por ello, estas paletas adquirieron pronto una categoría especial.

La paleta de maquillaje es un ítem que está íntimamente relacionado con la malaquita, el pigmento más utilizado en época predinástica como cosmético[20]. La malaquita tenía que ser pulverizada y aglutinada para ser utilizada, preparación que se realizaba sobre la paleta de maquillaje, utilizando como brazos de almirez piedras redondeadas. Las paletas de maquillaje predinásticas se realizaron en grauvaca y en la época de Nagada I sus formas fueron fundamentalmente romboidales y zoomorfas (peces, aves y tortugas). Muchas de las paletas conservan signos de haber sido utilizadas de forma continuada, a juzgar por el desgaste que presentan y los restos de mineral incrustados en su superficie. Algunas se perforaron por un extremo, lo cual tal vez indique que se llevaban colgadas del cuello. Junto con la paleta de maquillaje, aunque no siempre, en la tumba solían introducirse algunos granos de malaquita y las piedras para pulverizarla[21]. Está claro, por tanto, que durante el Predinástico el maquillaje formaba parte de la vida diaria de los habitantes del valle del Nilo; pero también en el momento de su muerte, ya que algunos cuerpos todavía presentan restos de malaquita sobre la piel.

En industria lítica se siguieron realizando piezas de excepcional valor. En los pocos lugares de hábitat excavados han aparecido multitud de hojas bifaciales con filos denticulados (especialmente diseñados para poder cortar vegetales), raederas, arpones, buriles, etc.[22] Pero sobre todo destacan dos tipos de cuchillos. Uno es el llamado *ripple flaked,* con la piedra pulida antes de ser retocada y cuya hoja podía alcanzar una considerable longitud. El otro cuchillo, llamado *fish-tail* porque tenía forma ahorquillada por la parte superior (en forma de cola de pescado o de U), era de dimensiones más pequeñas[23]. Por su parte, y aunque de forma excepcional, en las tumbas de Nagada I también hay presentes elementos de cobre en forma de anzuelos, pequeñas cuentas, abalorios, etc. Todo parece indicar, además, que ya se realizaron los primeros intentos por fabricar la fayenza, una pasta vítrea que se hizo muy popular en épocas posteriores. Por último, un elemento de ajuar funerario que también aparece en este período son las cabezas de maza de forma discoidal, que se convertirán en un elemento indiscutible de poder y jerarquía en la época histórica.

Según se desprende del estudio de los ajuares funerarios, parece existir ya un cierto grado de jerarquización social, con tendencia al acaparamiento de bienes de prestigio en manos de ciertos miembros del grupo, con independencia de su sexo o su edad[24]. Igualmente, en todas las

necrópolis se observa una tendencia al reagrupamiento de estos individuos en zonas específicas. Es muy posible que este hecho esté explicando que en este período eran los lazos de parentesco los que determinasen el lugar ocupado por cada individuo en su comunidad y que el sistema de organización o cohesión fundamental del período era la jefatura. Las necrópolis HK6 de Hieracómpolis, U de Abydos y T de Nagada muestran mejor que ninguna otra esta tendencia, que se incrementa con el tiempo. HK6 de Hieracómpolis es, sin duda, uno de los cementerios más interesantes de la época, porque en él se enterraron no sólo individuos que tuvieron que gozar de una especial importancia en aquel momento, sino infinidad de animales salvajes. Es decir, que fue un centro especialmente sagrado desde los mismos inicios de Nagada I[25].



Figura 2.2. Ejemplo de cerámica *white cross-lined* o cerámica de tipo C según la clasificación de Petrie (época de Nagada I).

La importancia que debieron tener estos personajes, con toda seguridad jefes locales, se intuye también gracias a las representaciones iconográficas que han sobrevivido. Como se apuntó en páginas precedentes, un tipo cerámico de especial importancia elaborado en esta época es el conocido como *white cross-lined* (tipo C) (fig. 2.2), realizado con arcilla aluvial de una calidad excelente, muy depurada, que presentaba un color rojizo debido a la capa de engobe con la cual era recubierto y que finalmente era pulida. Sobre estas cerámicas se realizaron las primeras representaciones figuradas de toda la historia de Egipto[26]. Estos recipientes han sido encontrados en las tumbas de personajes importantes, lo que demuestra que debieron de ser un bien de prestigio excepcional. Aunque tampoco puede descartarse que se fabricaran con motivo de algún evento especial y, por el hecho de ser considerados un bien de prestigio, que fueran redistribuidos entre los miembros más importantes o cercanos al líder del grupo, para posteriormente ser depositadas en las tumbas[27]. Los motivos iconográficos

que se realizaron sobre ellas fueron variados, siendo los más frecuentes los geométricos y los que tenían elementos vegetales.

Otro grupo menos numeroso, aunque más interesante desde el punto de vista interpretativo, es el compuesto por escenas más complejas, en las que se observan diversos tipos de animales salvajes y figuras humanas. Las escenas en las que aparecen animales salvajes son de dos tipos fundamentalmente: aquellas en las que aparecen animales que habitaban el desierto y otras en las que aparecen animales que habitaban el Nilo. Es decir, dos realidades diferentes constantes y permanentes a lo largo de toda la historia de Egipto. En ambos casos los animales suelen aparecer de dos formas, bien siendo cazados o bien en medio de su entorno natural. Los animales nilóticos representados fueron esencialmente dos, los hipopótamos y los cocodrilos, que son los que aparecen siendo cazados cuando se alude a este contexto. En menor medida fueron representados algunos peces y tortugas. En cambio, la variedad de animales del desierto es mucho mayor. Así, se representaron muflones, íbices, gacelas, órices, toros salvajes, hienas, asnos salvajes, elefantes y jirafas. El único animal domesticado que se pintó fue el perro, el cual aparece siempre en escenas de caza alusivas al desierto.

No deja de ser interesante que el tema de la caza fuera uno de los más importantes justo en una época en la que ya no era básico para la supervivencia del grupo. Por lo tanto, esta actividad ha de entenderse sobre todo desde el punto de vista simbólico, máxime cuando en última instancia los recipientes donde se representaron estas escenas fueron depositados en tumbas.

Pero la figura humana hizo su aparición de igual manera. Estas escenas son más complejas y en ocasiones han planteado problemas de interpretación. Predominan las situaciones donde sólo aparece un personaje masculino, que en este caso se representa cazando, o un hipopótamo o un gran toro salvaje; pero asimismo hay recipientes en los cuales se pintaron varios personajes y es aquí donde más problemas interpretativos existen. Algunos de estos vasos se conocen desde hace tiempo y las explicaciones que se dieron sobre ellos bascularon en torno a dos ideas fundamentales. Para una parte de la historiografía, los personajes representados (masculinos en su casi totalidad) estarían realizando algún tipo de danza. Para otros, sin embargo, los personajes masculinos, aunque en ocasiones aparecen con los brazos levantados, estarían representando por primera vez en la historia de Egipto la escena del sometimiento de los enemigos. Y posiblemente sea esta última la idea que en realidad se intentaba transmitir.

En este sentido, el reciente descubrimiento de un vaso en la tumba U-415 de la necrópolis de Umm el Qaab de Abydos es el que nos puede dar la clave interpretativa. El vaso tiene una de las decoraciones más complejas conocidas hasta la fecha de la época de Nagada I

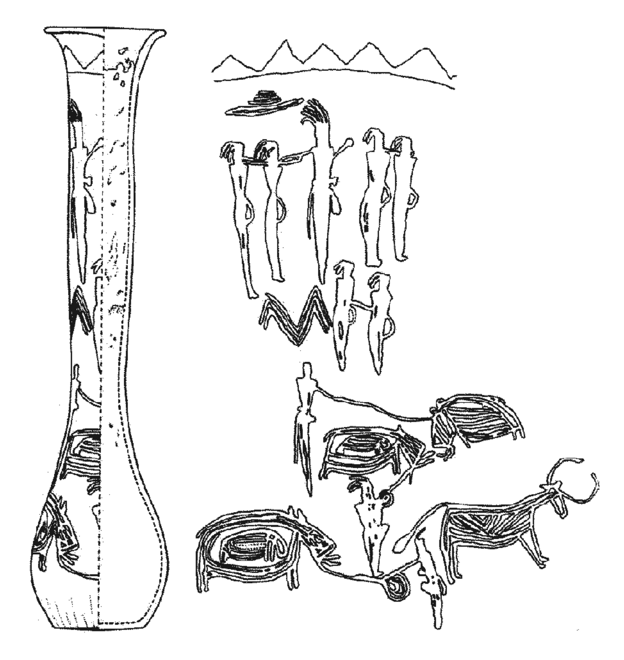


Figura 2.3. Desarrollo iconográfico del vaso encontrado en la tumba de Abydos U-415 (época de Nagada I).

(fig. 2.3). Parece clara la presencia de un personaje principal, que es quien lleva un tocado de plumas, sujeta una maza y viste una cola postiza de animal y un estuche fálico, prerrogativas todas ellas de los jefes. Aparece representado, además, de un tamaño mucho mayor que el resto de las figuras. A ambos lados, unos personajes de menor tamaño tienen cuerdas atadas alrededor del cuello, cuyos extremos sujeta el personaje principal.

El registro inferior es si cabe más interesante, pues aparece representada la matanza de tres hipopótamos, llevada a cabo por tres individuos —puede leerse también como el mismo individuo matando tres hipopótamos diferentes en momentos distintos—. Dos de los hipopótamos son, además, hembras preñadas. Para finalizar, un toro salvaje irrumpe en la escena, el cual puede ser interpretado como una manifestación zoomorfa del propio líder ayudando en la caza[28]. El que se haya señalado la preñez de los hipopótamos es un hecho excepcional, pues subraya el carácter aniquilador y total que su caza quería simbolizar[29]. De este modo, en la decoración de este vaso nos encontramos al líder desempeñando una de las funciones más importantes inherentes a su puesto, que no es sino el control y sometimiento de todas las fuerzas hostiles a la comunidad (personas y fuerzas de la naturaleza).

Parece claro, pues, que en la época de Nagada I el sistema de jefaturas ya estaba plenamente asentado[30], siendo el parentesco el criterio que prevalecía para todo tipo de relaciones, tanto en el interior de la comunidad como en el exterior de la misma. No obstante, en estas sociedades el líder sería un pariente más, aunque con unas prerrogativas mayores que el resto de la población, entre las que se encontrarían la posibilidad de aglutinar alrededor de su persona a ciertos sectores de la comunidad en caso de conflicto, la de ser el responsable directo de la estabilidad de la comunidad y del territorio y, posiblemente también, la de ser el intermediario entre lo sobrenatural y el cuerpo social. Además, sería el encargado de garantizar la cobertura de todo tipo de necesidades para la comunidad, algo que se traduciría tanto en la redistribución de los alimentos como de los bienes de prestigio.

Como se ha comentado, las comunidades de Nagada I todavía no estaban asentadas de forma permanente en un territorio. Esto quiere decir que debieron tener contacto entre ellas (al menos las más próximas entre sí) y posiblemente también con otras situadas en zonas más alejadas. El territorio que rodeaba el valle del Nilo era frecuentado por poblaciones diversas que es probable tuvieran un importante componente nómada. Alguno de los oasis, como el de Kharga, estaban habitados y entre los muchos materiales hallados en él se encuentran cerámicas de importación, tanto predinásticas (desde finales de Nagada I) como producciones libio-nubias. Es difícil señalar si la vía de acceso de estas cerámicas fueron los contactos directos o indirectos. No obstante, es posible que actuasen como intermediarios de las mismas los grupos de poblaciones ganaderas nómadas que recorrían las principales rutas del desierto, buscando pastos para el ganado e intercambiando mercancías[31]. Tal vez los contactos con los grupos tasienses eran más continuos de lo que a primera vista pudiera parecer. En cualquier caso, parece claro que los habitantes del valle del Nilo pudieron haber transitado el desierto en un período en el que todavía las temperaturas no eran tan extremas como lo son ahora[32]. Estos contactos son los que pueden explicar que haya un vínculo común muy cercano entre las producciones iconográficas realizadas en las cerámicas amratienses del tipo C y las representaciones rupestres que salpican prácticamente todos los enclaves rocosos, tanto del desierto oriental como occidental, lo que puede traducirse en un mismo o parecido componente ideológico que conformaba el sistema de creencias de los pobladores del territorio egipcio en esta época[33].

## El Alto Egipto: la cultura de Nagada II (gerzense)

La época de Nagada II es el período cronológico que sigue, sin solución de continuidad, al amratiense. Respecto a la época anterior

se observan cambios importantes, tanto tecnológicos como económicos, que supusieron un paso más hacia una mayor complejidad en las estructuras sociales, proceso que se empieza a observar sobre todo desde Nagada IIC.

En principio, los mismos enclaves de Nagada I repartidos por el Alto Egipto y que son la cuna del período amratiense, continúan existiendo durante esta etapa gerzense. Pero desde principios de Nagada II la cultura gerzense se fue extendiendo hacia el norte, creándose nuevos asentamientos allí donde antes no los había o bien manifestándose en los ya existentes en esa zona mediante un proceso lento y sutil al principio, acelerado al final[34].

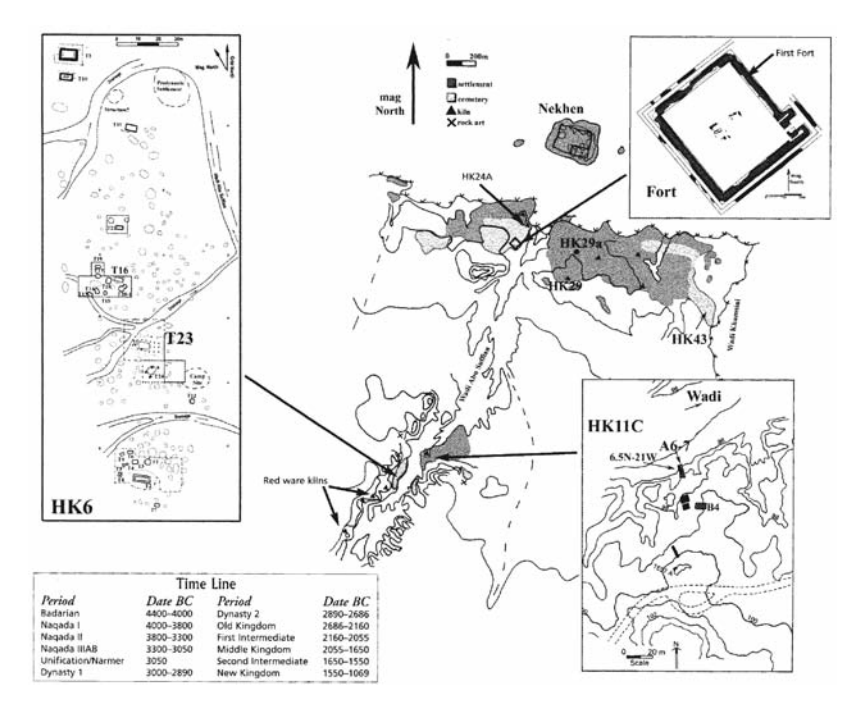
Efectivamente, en la zona próxima a El Fayum, surgieron importantes localidades de las que se conocen sobre todo sus cementerios, como por ejemplo el-Gerza (enclave que dio nombre a la cultura de Nagada II, conocida también como gerzense), Abusir el-Melek y Haraga. Pero en el Delta también se observa un desarrollo muy importante, con la aparición de los poblados de Tell el-Iswid, Tell Ibrahim Awad, Tell el-Farkha. En todos ellos, entre los niveles de hábitat Nagada IIa-d ya aparecen estructuras rectangulares realizadas con adobes. En Tell el-Farkha, además, se encontró una instalación circular realizada con arcilla que contenía los vestigios de unas cubas, que podrían haber formado parte de las estructuras de una cervecería. Los cementerios de estas poblaciones, por lo demás, compartieron las características y los rasgos de las tumbas gerzenses del sur.

El proceso fue tan importante que puede decirse que aproximadamente hacia Nagada IIc-d todo el territorio del valle del Nilo compartía unas formas de vida y una cultura similares, aunque cada enclave tuviera sus propias tendencias locales. En este período se produjeron cambios muy interesantes. En primer lugar aparecen estructuras urbanas en toda regla, proceso que debió estar muy ligado a la sedentarización definitiva de la población. Un proceso que donde mejor se observa es en Hieracómpolis[35] (fig. 2.4). Uno de los enclaves más importantes de esta población es HK29A, de principios de Nagada II, que ha sido definido como un centro ceremonial (fig. 2.5). Esta estructura contaba con un gran patio oval —enlucido en varias ocasiones, lo que demuestra el uso continuado del mismo— rodeado por una empalizada y algunos anexos. En el extremo suroeste del patio se excavó una fosa bastante profunda, que sirvió posiblemente para sustentar un gran poste de madera. Hacia el norte del patio se encontraba la puerta de entrada y numerosos agujeros excavados en la tierra indican que cerca de ella pudo haber habido un muro de adobes y algunas habitaciones anexas. Dentro del patio parece que pudieron haberse levantado otras grandes construcciones y pequeñas habitaciones. Este edificio fue abandonado hacia Nagada IId2, aunque se reutilizó de nuevo en Nagada IIIa y IIIb.

Entre los materiales encontrados en esta estructura destacan dos tipos de cerámica, una de color negro y otra de color rojo, que hasta la fecha solamente han aparecido aquí y en una tumba[36]. Además, en este enclave se encontraron multitud de esquirlas de sílex y restos de recipientes de piedra en lo que podía haber sido un taller de trabajo.

Pero sin duda lo más interesante es que en otro sector de este complejo se encontraron multitud de huesos de cabras y ovejas jóvenes, así como de diversos animales salvajes y peces —tilapias y carpas— de gran tamaño. Es posible que estos animales fueran el centro de determinados rituales llevados a cabo con ellos, puesto que sabemos que la caza de animales salvajes hacía tiempo que ya no se practicaba por motivos alimentarios. Un complejo sistema de creencias que posiblemente haya que relacionar también con la necrópolis de animales salvajes de HK6, que continuó en uso durante este período, sin olvidar tampoco las representaciones de caza que se pintaron sobre las cerámicas de tipo C.

Además de este enclave, más hacia el interior, en el desierto, diversos restos testimonian la fabricación de determinados productos a gran escala, como por ejemplo cerveza, cerámica (HK11), abalorios, etc.; un hecho




Time Line

| *Period* | *Date BC* | *Period* | *Date BC* |
|---|---|---|---|
| Badarian | 4400–4000 | Dynasty 2 | 2890–2686 |
| Naqada I | 4000–3800 | Old Kingdom | 2686–2160 |
| Naqada II | 3800–3300 | First Intermediate | 2160–2055 |
| Naqada IIIAB | 3300–3050 | Middle Kingdom | 2055–1650 |
| Unification/Narmer | 3050 | Second Intermediate | 1650–1550 |
| Dynasty 1 | 3000–2890 | New Kingdom | 1550–1069 |

Figura 2.4. Mapa de los principales puntos que se están excavando en el yacimiento de Hieracómpolis.

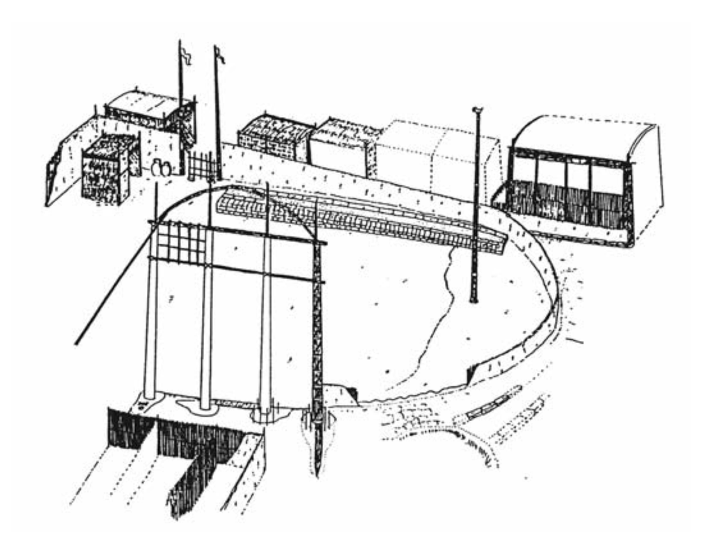


Figura 2.5. Reconstrucción de HK29A, centro ceremonial de Hieracómpolis.

confirmado por los ajuares funerarios encontrados en las tumbas. En otras localidades también se han encontrado restos de viviendas, aunque en ninguna de ellas con la potencia visible en Hieracómpolis. Bien es cierto que no en todos los yacimientos se han realizado excavaciones sistemáticas como las emprendidas en Hieracómpolis, Abydos y determinadas ciudades del Delta[37].

Un hecho común a todos los lugares habitados en este período es el cambio que se produjo respecto a la principal actividad económica desarrollada, que en Nagada II fue la agricultura. Y así se demuestra no solamente por la gran cantidad de semillas y frutos que se han encontrado en los yacimientos, sino también por la aparición, como hemos señalado más arriba, de lugares donde se procesaban alimentos, como cervecerías y algunos hornos, que seguramente servían para tostar los granos y de este modo facilitar su manipulación posterior. Además, un buen indicador de este cambio es la fabricación de recipientes cerámicos de gran tamaño, que tendrían como fin el almacenaje de esos alimentos.

Así las cosas, la población tuvo necesariamente que volverse más sedentaria, vinculándose mucho más al río. No es de extrañar que los asentamientos que aparecen en este período estén todos en las proximidades del Nilo. Por lo demás, los huesos de animales domesticados demuestran que las especies son las mismas que en épocas anteriores: ganado vacuno, ovejas, cabras y cerdos. Puede afirmarse entonces que fue a partir de Nagada II cuando la población egipcia empezó a basar su economía plenamente en las actividades agrarias, complementándola

con las actividades ganaderas, invirtiéndose los términos vigentes hasta entonces. Es posible que este cambio en las prácticas económicas tuviera que ver también con la progresiva radicalización de las temperaturas, que continuaban en ascenso. El aumento en las temperaturas supuso que las sabanas abiertas herbáceas se fueran desecando y que, por lo tanto, faltasen pastos. La práctica de la ganadería trashumante pudo haber pasado entonces a suponer un coste mucho mayor que en épocas anteriores, cuando era más fácil encontrar dónde apacentar el ganado.

En estas circunstancias, alimentar a todo un grupo de población pudo volverse complicado. La solución pudo haber sido la agricultura, ya que la crecida del Nilo aportaba todo lo necesario tanto para el cultivo anual como para la pesca y caza. Gracias a ella se podía, en definitiva, además de alimentar a toda la población, conseguir excedentes para los intercambios comerciales. Por otra parte, es posible que los excedentes agrícolas puedan explicar el surgimiento de un grupo de población dedicado en exclusiva a otras funciones que no eran la producción de alimentos. Porque la cantidad y la calidad de los productos fabricados en esta época sólo puede explicarse gracias a la aparición de artesanos especializados, que trabajaban a tiempo completo en las producciones de cerámicas, sílex, vasos de piedra, paletas de maquillaje y todo tipo de adornos; es decir, que se dio un paso más hacia la diversificación social. Y los cementerios, como no podía ser de otra manera, son los lugares donde estos síntomas se observan mejor que en ninguna otra parte.

En las necrópolis de esta época se han comprobado cambios interesantes y manifestaciones funerarias desconocidas hasta la fecha. Siguen predominando los enterramientos individuales, aunque también se dan enterramientos múltiples[38]. La forma de la tumba suele ser ovalada y cuadrada, a veces con las paredes revestidas o protegidas con una capa fina de arcilla diluida. Las más elaboradas son unas tumbas cuadradas de gran tamaño, en ocasiones con las paredes revestidas con adobes y con unos postes de madera que servían para sustentar la techumbre del conjunto. Algunas, además, se rodearon con empalizadas y con superestructuras complementarias.

En lo fundamental, el cadáver todavía era colocado en su tumba en posición fetal, tumbado sobre el lado izquierdo, con la cabeza orientada hacia el sur y la cara mirando hacia occidente (fig. 2.6). En este período desaparece por completo la costumbre de envolver al muerto con una piel de animal y, en su lugar, para aislar el cuerpo de la tierra se utilizarán procedimientos diversos. El más común consistía en colocar una estera, o varias, bajo el cuerpo y sobre él. Pero cada vez se encuentran más enterramientos en los que se aísla completamente al individuo del entorno introduciéndolo en ataúdes de madera, mimbre o terracota. Consecuencia de todo ello es que las ofrendas funerarias se empiezan a situar en lugares específicos de la tumba retirados del cuerpo —como



Figura 2.6. Momia natural de época de Nagada II.

es obvio, el espacio funerario se agranda— e incluso en nichos especiales. Sólo los objetos más vinculados al difunto, posiblemente porque habían sido utilizados por él en vida, aparecen junto a él: alfileres para el pelo, collares, amuletos, paletas de maquillaje, malaquita, cuchillos, algunos objetos de cobre, etc.

Además de estos tipos de enterramientos, la época de Nagada II ofrece ejemplos de prácticas y manipulación de cadáveres sin precedentes hasta ese momento. Unas prácticas que se han observado en necrópolis de varias localidades diferentes, por lo que en principio debían responder a un sistema de creencias parecidas. Una de ellas consistía en la sustracción del cráneo de la tumba de un individuo[39]. El hallazgo de uno de ellos en la zona del hábitat predinástico de Adaima quizá explique qué se hacía posteriormente con el mismo, ya que la parte anterior de un cráneo (es decir, la cara) se enterró en el subsuelo de una casa de esta localidad, dentro de un saco donde también se habían introducido tres vértebras caudales de un bóvido. En otros casos, la manipulación de los cadáveres consistió en reunir y colocar algunos huesos pertenecientes a uno o varios individuos en una tumba secundaria. Esto significa que los cuerpos tuvieron que haber sido enterrados o expuestos previamente, hasta perder la carne o al menos hasta que ésta se secara. En ocasiones, en la tumba secundaria aparece enterrado también un individuo completo. Otras prácticas observadas en diferentes cementerios predinásticos han sido el degollamiento, el arrancado de la cabellera de un individuo y la mutilación de algunos cadáveres[40], lo que ha hecho pensar a los egiptólogos en posibles sacrificios humanos. Además, varios individuos han aparecido con algunos de sus miembros vendados con lino. Todo lo cual nos lleva a pensar que durante Nagada II hubo una diversidad de prácticas funerarias cuyo significado iba mucho más allá del simple enterramiento de los difuntos.

Existió además una tendencia a la distribución de los enterramientos por sectores. Así, las tumbas más ricas se agruparon no sólo en el interior

de los conjuntos funerarios más grandes, sino también en lugares específicos. Como la tumba 23 del cementerio HK6 de Hieracómpolis, una de las mayores de la época de Nagada IIab, que contaba con una superestructura, una especie de capilla y un muro rodeándola. A su alrededor se situaron otras tumbas de igual importancia[41], formando todas ellas un complejo funerario de importantes proporciones. En la necrópolis de Abydos, por ejemplo, la élite se sigue enterrando en el sector U, tendencia que continuará durante la época de Nagada III. En Nagada, las tumbas más importantes se encuentran en el cementerio T. Hacia Nagada IId2 en Hieracómpolis se inauguró un nuevo cementerio, HK33, donde fue descubierta la famosa Tumba 100[42], cuyas paredes estaban revestidas por una capa de estuco sobre la que se pintaron diversas escenas figuradas. Es, en realidad, la primera tumba decorada de toda la historia de Egipto.

Sin embargo, una gran parte de las necrópolis gerzenses estaba compuesta por cementerios pertenecientes a un sector de la sociedad menos privilegiado, aunque tuviera los suficientes recursos como para tener sus propias tumbas con ajuares funerarios, algunos más modestos que otros. Resulta harto interesante que en muchas tumbas hayan aparecido objetos que identificaban con precisión al individuo que había sido enterrado en ella, bien por su aspecto físico, bien por el prestigio que habían tenido en vida al realizar algún tipo de tarea. Así, era un hecho frecuente que las personas que tenían alguna malformación física fueran enterradas con un recipiente que había sido deformado antes de su cocción[43]. La unión simbólica entre el individuo y su ajuar se revelaba así, si cabe, de una forma más patente. También resulta interesante la tumba T24 del cementerio oeste de Adaima, donde se enterraron dos individuos con un ajuar compuesto, entre otras cosas, por tres mazas, un carcaj y lo que posiblemente sea un escudo. De especial interés es la tumba T333 de HK33 de Hieracómpolis, perteneciente a una mujer, cuyo ajuar funerario contenía entre otras una bolsa de tela en cuyo interior se encontró una gama muy amplia de productos, que hacen pensar en la posibilidad de que fuera una curandera o sanadora[44]. Por otra parte, algunos de esos productos no eran originarios de Egipto y procedían de regiones como el Sinaí, Palestina o el Líbano.

Estos contactos exteriores se han puesto de manifiesto, además, por la existencia de cerámica de origen palestino encontrada en tumbas del Alto Egipto y por la presencia de algunos objetos realizados con materias primas como la obsidiana y el lapislázuli, que procedían respectivamente de Turquía —vía Elam o Summer— o Etiopía, así como los sellos cilíndricos procedentes de la zona mesopotámica. Es muy probable que todos ellos llegaran hasta el Alto Egipto mediante contactos indirectos en los que las localidades del Delta actuaron como intermediarias. Es indudable que determinados sectores de la sociedad gerzense empezaron a



Figura 2.7. Cuatro toros realizados en arcilla procedentes del yacimiento de El-Amrah (Nagada I) y una selección de cerámicas *black-topped, rough* y *decorated* (Nagada II).

demandar éstos y otros productos, los cuales exigieron una especialización cada vez mayor a los artesanos que los realizaban.

Así, una gran innovación tecnológica que se produjo en esta época consistió en la elaboración de una cerámica de pasta blanca calcárea cuya materia prima se encontraba en los *wadis* del desierto (arcillas margosas puras o mezcladas con aportes aluviales). La mayor depuración de la materia prima y una cocción a altas temperaturas dio como resultado unos recipientes de gran calidad, de cerámica dura, compacta y mucho más resistente, perfecta para servir como contenedora de productos diversos, tanto sólidos como líquidos. Con esta base se realizaron los tipos cerámicos llamados *decorated* (fig. 2.7) y *wavy-handled*. El primer tipo es muy característico, ya que sobre la superficie de los recipientes, coloreados de un tono rosado, se pintaron diversos motivos tanto figurados como geométricos en color marrón oscuro. El segundo tipo se caracterizó por tener unas asas de tipo ondulado en la parte superior y ningún tipo de decoración en la superficie exterior. Ambos aparecieron hacia Nagada IIC y pronto se expandieron por toda la geografía nilótica. Se desconoce cuál fue el núcleo primigenio de elaboración de estos recipientes, aunque a juzgar por la gran difusión que tuvieron es probable que con posterioridad se realizaran en varios alfares al mismo tiempo o incluso que cada localidad realizara sus propias cerámicas. Por último, un tipo de cerámica que surge en esta época, que en un primer momento

fue utilizada para su uso en contextos domésticos, pero que poco después se empezó a utilizar en los funerarios, es la llamada *rought pottery,* un tipo de vasija sin ningún tipo de decoración de la que se conocen algunos ejemplares de gran tamaño.

Una industria que igualmente tuvo una expansión extraordinaria fue el trabajo de los recipientes en piedra de diversas clases, como la caliza, el alabastro, la serpentina, el mármol, el basalto, el gneis, la breccia y la diorita, que seguramente sirvieron como contenedores de algunos productos muy valorados. Las formas en los que se realizaron fueron muy variadas y algunas incluso adoptaron diseños zoomorfos. En piedra se siguió con la tradición de la fabricación de las paletas de maquillaje en grauvaca, que adquieren formas diversas[45] y en la superficie de algunas de las cuales comienzan a aparecer relieves con los primeros símbolos de determinadas deidades (Min, Hathor). El trabajo en sílex continúa su tradición, con cuchillos de tipo *ripple flaked* y *fish-tail* bifurcados (fig. 2.8), que ahora tienden más a tener forma de «V» que de «U». Muchos de estos cuchillos tenían ya unos mangos muy elaborados, algunos realizados en marfil y otros en madera. En sílex, además, se realizaron algunas figuritas con formas de animales como muflones, íbices, elefantes, etc., todas ellas encontradas en contextos funerarios.

El trabajo en cobre se hará más frecuente, realizándose objetos de un tamaño mayor, como hojas de cuchillo y hachas, además de brazaletes y



Figura 2.8. Selección de cuchillos *rippled-flake* y *fish-tail* (época de Nagada II).

anillos. Es interesante destacar que también aumenta la cantidad de productos elaborados tanto en oro como en plata. Por lo demás, las cabezas de maza siguen apareciendo como elementos de ajuar funerario, sustituyendo la forma piriforme a la anterior discoidal. Además, se produce un auge en la elaboración de amuletos, en forma de cabeza masculina barbada y sobre todo de cabeza de toro, que tendrán una amplia difusión; junto a diversos tipos de collares de diminutas cuentas de piedras de colores diversos, alfileres para el pelo, peinetas, etc. Resulta interesante destacar las máscaras funerarias realizadas en terracota encontradas en diversos sectores de la necrópolis HK6 de Hieracómpolis, al igual que los restos de una de las primeras estatuas antropomorfas de gran tamaño que se conocen hasta el momento.

En los ajuares funerarios, en comparación con la época anterior se observa una mayor tendencia a la acumulación de productos de alta calidad. También hay indicios suficientes como para pensar que durante los rituales de enterramiento se realizaba algún tipo de comida funeraria. Las jarras y cerámicas de los enterramientos estaban llenas de productos orgánicos, en lo que serán las primeras manifestaciones de alimentos depositados para que el difunto cubra sus necesidades en el más allá. Un ejemplo extremo sería la tumba S24 de Adaima, que tenía en su interior la pata anterior derecha de un toro. Lógicamente, hemos de entender que las poblaciones predinásticas pensaban que había una continuidad de la vida después de la muerte. Como resulta evidente, nunca sabremos cuáles pudieron ser sus ideas exactas; pero todos los esfuerzos se focalizaron en proporcionar al muerto un espacio confortable[46], de hecho, se tiende considerar que la tumba se empezó a contemplar ya como «la otra casa» eterna. No obstante, esta tendencia se apreciará de forma más palpable en la posterior Nagada III, cuando las estructuras internas de las tumbas se dividan en diversas habitaciones y estancias. Por lo demás, el tipo de manipulaciones realizadas en ciertos individuos sugiere también la existencia de algún tipo de rito vinculado con el culto a los antepasados —extracción de cráneos— e incluso ritos sacrificiales —degollamientos, corte de cabelleras— de difícil explicación por el momento.

El mundo simbólico predinástico no cabe duda que fue rico y variado. La tradición iconográfica que ha sobrevivido de Nagada II pone de manifiesto que continuó la tendencia inaugurada en Nagada I respecto a algunos temas —la caza, el sometimiento de los enemigos— al tiempo que amplió la gama del lenguaje simbólico, no sólo con la introducción de nuevos elementos, sino gracias a los soportes donde se realizaron. En las cerámicas decoradas de tipo D (las cuales sustituyen a las anteriores, de tipo C) se empezaron a desarrollar escenas donde destacaban grandes barcos que enarbolaban estandartes de diversos tipos[47], mujeres con ambos brazos levantados sobre la cabeza, motivos vegetales, hombres sujetando

largas varas y desfiles de animales y aves que por el momento son difíciles de interpretar[48]. En cualquier caso se pone de manifiesto la importancia que cobraron el río y los barcos, tanto en la vida diaria como en el lenguaje simbólico[49]. Además, desde el punto de vista de la creación artística, la estandarización de las figuras refleja la existencia de tradiciones figurativas muy concretas. De hecho, la utilización de iconos estandarizados y distribuidos de forma estructurada originó un patrón de creación artística que ya no abandonará a la civilización egipcia.

En este período las paletas de maquillaje todavía no tenían la consideración de objeto votivo que tendrán posteriormente y su función sigue siendo práctica: preparar el maquillaje. Gran parte de ellas tiene un extremo perforado para poder llevarlas colgadas al cuello y empezaron a ser decoradas con relieves diversos, como la caza del hipopótamo, de gacelas, de avestruces, etc. Algunas destacan sobre todo por los símbolos de deidades (el dios Min y posiblemente la diosa Hathor) que se grabaron sobre ellas, idénticos a los aparecidos sobre algunas cerámicas encontradas en Hieracómpolis. Fue en este período cuando llegaron hasta el Alto Egipto sellos cilíndricos procedentes de la zona mesopotámica (Susa, Elam), decorados con procesiones de animales, escenas de caza y diversos tipos de animales míticos como el grifo, el serpopardo, las serpientes enroscadas y el tema del «Señor dominando a las fieras». Sin duda, en estos motivos se inspiraron los artesanos que trabajaban en Abydos para realizar los mangos de cuchillos y de dagas que se pueden datar en Nagada IId. No obstante, solamente se tomó prestado el icono, puesto que las imágenes se situaron en contextos con temáticas que seguían una tradición puramente predinástica.

La caza de animales salvajes continuó siendo un tema crucial, muy vinculado a la élite del momento y sobre todo a la idea de la contención de las fuerzas del caos. No se puede olvidar HK6, el cementerio de animales de Hieracómpolis, donde con excepción de la jirafa se continuaron enterrando todos los animales salvajes que por esas fechas tenían como hábitat el desierto y el río. Ni tampoco HK29A, donde también se encontraron miles de huesos de animales salvajes, resultado de lo que bien pudo haber sido una caza ritual. Muy vinculado a la caza de animales estaba el tema de la dominación de los enemigos, que siguen siendo representados maniatados y con los brazos a la espalda (arrodillados o en pie), mientras son conducidos por unos personajes que sujetan unos bastones. Todos estos elementos cinegéticos y de dominación de enemigos, además del «Señor dominando a las fieras» y varias escenas con barcos, similares a las que aparecen en las cerámicas del tipo D, son los que se dibujaron en las paredes de la tumba 100 de Hieracómpolis, es decir, una temática muy vinculada con el personaje para quien se construyó la tumba, sin duda un dirigente importante de la comunidad.

Vemos, por tanto, que la sociedad se fue haciendo cada vez más compleja y jerarquizada, con unos líderes locales que cada vez irán logrando

más poder. A esto se añade el desarrollo de una élite potente, que cada vez consumía más bienes de prestigio, no solamente en la vida diaria, sino también en sus ajuares funerarios. Abydos, Nagada y Hieracómpolis se convirtieron en las localidades más importantes del Alto Egipto. Es posible también que por estas fechas las fronteras de estos enclaves no estuvieran circunscritas a su territorio inmediato. La diversidad de actividades realizadas, además de exigir artesanos especializados, favoreció la puesta en explotación de determinados territorios de los desiertos adyacentes a las localidades predinásticas. Tal es el caso del Wadi Hammamat, de donde procedía gran parte de la grauvaca con la que se realizaban las paletas de maquillaje. Así, entra dentro de lo probable que por esta época ciertas poblaciones dominasen o intentasen dominar ya determinadas rutas de acceso a importantes materias primas. De hecho, gran parte de los *wadis* del desierto se encuentran salpicados de grabados rupestres que bien pudieron haber sido realizados en parte por los propios egipcios cuando iban a buscar estas materias primas[50]. Es decir, que para abastecerse de determinados productos ya se prescindía de intermediarios, porque de esta manera se pasaba también a controlar directamente ese territorio. A juzgar por la continua temática alusiva al sometimiento de enemigos por parte del líder de la comunidad, es posible que este control fuera causa probable de conflictos con otras poblaciones del valle o con las poblaciones nómadas que habitaban el desierto, donde los habitantes del valle del Nilo se abastecían de materias primas.

Puede decirse, pues, que hacia Nagada IIcd el panorama sociopolítico egipcio consistía en comunidades estructuradas en forma de jefaturas poderosas (algunas transformadas ya en protoestados, como Abydos, Nagada y Hieracómpolis), que contaban con una élite importante y una diversificación social compleja. Los cimientos para el surgimiento de un Estado unificado estaban puestos. Sólo había que esperar a que las causas necesarias confluyeran, algo que ocurrió poco tiempo después, en lo que se conoce como la época de Nagada III.

# CAPÍTULO II

# LA APARICIÓN DEL ESTADO Y LA ÉPOCA TINITA

Josep CERVELLÓ AUTUORI

## La aparición del Estado en Egipto y la «unificación»

### *Nagada IIc-d: el contexto arqueológico de la aparición del Estado en Egipto*

En la etapa de Nagada IIc-d (*c* 3600-3300 a. C.), en la región del Alto Egipto comprendida entre Abydos y Hieracómpolis, el proceso de jerarquización social, de formación de élites y jefaturas locales, de especialización del trabajo y, en definitiva, de advenimiento de una sociedad compleja, que ya se había insinuado en la etapa inmediatamente anterior, se acelera. El cambio cuantitativo, sin embargo, va acompañado de un cambio cualitativo que supone, por un lado, la progresiva aparición de una serie de elementos culturales que después serán definidores del mundo faraónico, como costumbres funerarias y motivos iconográficos, y, por otro, la irrupción de una nueva institución socio-cultural determinante: el Estado.

A comienzos de la etapa que nos ocupa, tres centros situados en la orilla occidental del Nilo destacan por su envergadura y dinamismo cultural en la región descrita: Hieracómpolis (el más meridional de los tres), Nagada (en el centro) y Abydos (el más septentrional). A juzgar por la evidencia arqueológica disponible, Hieracómpolis es, en un principio, el centro más activo. La amplia área arqueológica se extiende entre la llanura aluvial y el Wadi Abu Suffian, que, perpendicular al valle, se adentra en el desierto por el oeste. Por el sur, el yacimiento está delimitado por el Wadi Khamsin, también orientado de este a oeste (fig. 3.1). A la riqueza de Hieracómpolis contribuyen, de un lado, la explotación de los ricos recursos minerales del desierto oriental, facilitada por los grandes *wadis* que cruzan esta última región y desembocan en el valle frente a la propia Hieracómpolis, así como el control del flujo de materias

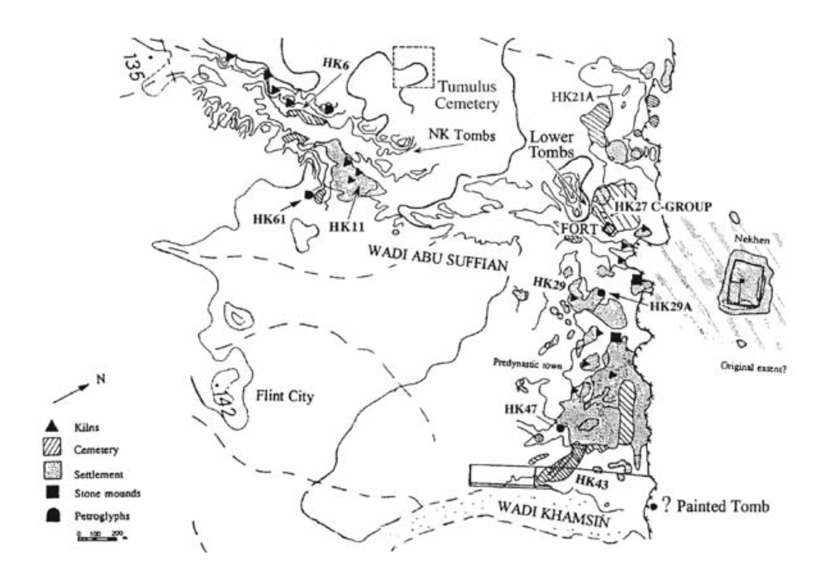



Figura 3.1. Mapa del área arqueológica de Hieracómpolis.

primas procedentes del corazón de África (marfil, ébano, oro, plumas de avestruz, pieles de felinos, etc.), por la mediación de las comunidades nubias contemporáneas (cultura del Grupo A). En este último sentido, es significativa la presencia de vestigios nagadienses en Elefantina, a la altura de la primera catarata. Las tumbas de la élite hieracompolitana han proporcionado, junto a estos productos exóticos africanos, otros procedentes del norte y del Levante proximoriental (vinos y aceites importados en grandes jarras), todos ellos acumulados como bienes de prestigio. En lo que se refiere al hábitat, en Hieracómpolis se han excavado distintas áreas de residencia, una principal (localidad HK29) y otras de menores dimensiones. En cuanto a las actividades económicas y tecnológicas, se han identificado talleres de producción de cerámica, de pan y de cerveza, que nos hablan de una notable especialización artesanal.

De Nagada IIb-d data un importante recinto cultual, el más antiguo documentado en el valle del Nilo (localidad HK29a), que se elevaba en el centro del hábitat principal. Consistía en un amplio patio de planta parabólica, de unos 40 metros de largo, delimitado por un muro, al que asomaba una gran edificación que probablemente reproducía lo que en tiempos faraónicos sería el *per ur,* la capilla simbólica del Alto Egipto. La entrada al recinto, situada frente al edificio principal, al otro lado del patio, estaba rodeada, tanto por el interior como por el exterior, de una serie de edificios anexos. Un gran agujero excavado en el suelo en el extremo curvo del patio pudo haber sujetado un poste, tal vez coronado

con una imagen divina (¿el halcón de Hieracómpolis?). Los análisis de los restos de fauna hallados en el interior del complejo sugieren que en él se celebraron sacrificios tanto de animales domésticos (bueyes y ovicápridos) como de animales salvajes y peligrosos (cocodrilos, hipopótamos, tortugas, percas y gacelas), tal vez propiciatorios los primeros (para atraer la fecundidad) y expiatorios los segundos (para alejar el caos). Algunos autores piensan que este recinto fue representado en la posterior cabeza de maza de Narmer, donde puede verse un ovoide con tres animales sacrificados en el interior.

Pero la información más relevante de la Hieracómpolis predinástica procede de los cementerios. Se han señalado diversas áreas de enterramiento, de entre las que destacan tres: dos cementerios reservados para la élite y uno destinado a la gente común. Dos de estos cementerios, uno de los de la élite (localidad HK6, en el Wadi Abu Suffian) y el «popular» (localidad HK43), datan, en realidad, del período inmediatamente anterior al que aquí nos interesa (Nagada IIa-b, *ca.* 3750-3600 a. C.), pero suponen la aparición de elementos culturales significativos que conviene recordar, como son las primeras formas de momificación artificial (cuerpos amortajados con lino o con las manos y el cuello revestidos de «paquetes» de lino y resinas), los ejemplos más antiguos de máscaras y estatuas funerarias y el primer testimonio de tumba con subestructura excavada en el terreno y superestructura de madera, ambas de planta rectangular, preludio estructural de las mastabas de época dinástica (tumba 23 del cementerio HK6).

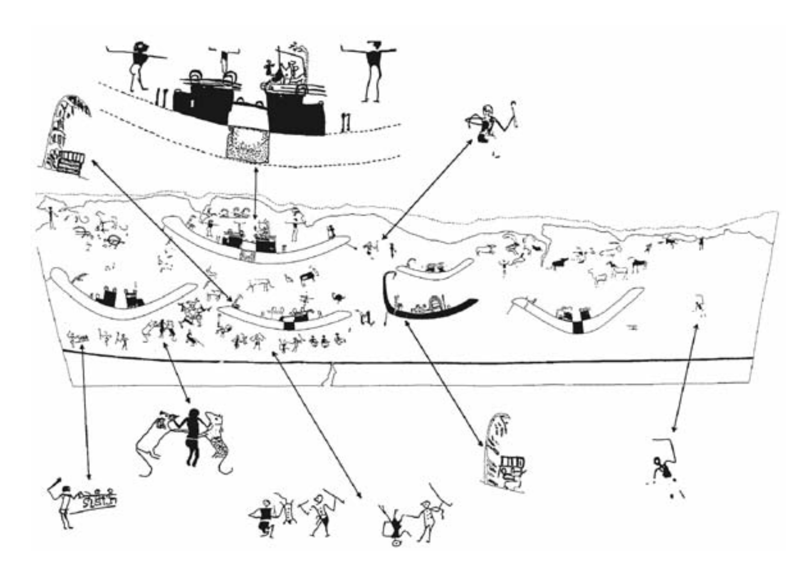


Figura 3.2. Frescos de la tumba 100 de Hieracómpolis. Conjunto y detalles.

En Nagada IIc-d el cementerio de la élite se desplaza del Wadi Abu Suffian a una zona próxima a la llanura aluvial (localidad HK31), situada al sur del área arqueológica, cerca del Wadi Khamsin. Es aquí donde, en 1899, F. W. Green excavó la famosa «tumba 100». Hoy día se desconoce el emplazamiento exacto tanto de la tumba como del cementerio, cubiertos de nuevo por los cultivos. La subestructura de la tumba 100, de planta rectangular, medía 5,85 metros de largo por 2,85 metros de ancho y tenía una profundidad de 1,50 metros. Los muros estaban revestidos de adobe, material que se generaliza a partir de este momento en la arquitectura funeraria de las élites. Un murete, también de adobe y adosado perpendicularmente a uno de los lados largos, compartimentaba la subestructura en dos cámaras casi iguales. Tenemos aquí uno de los primeros ejemplos de división y organización interna del espacio arquitectónico, que también se generalizará desde ahora. Todas las paredes estaban recubiertas de estuco. Nada sabemos de la superestructura.

Sin embargo, lo que confiere celebridad a la tumba 100 de Hieracómpolis son las pinturas que decoraban sus paredes, las más antiguas documentadas en el valle del Nilo (fig. 3.2). En efecto, la pared larga opuesta al murete y una de las caras del murete mismo aparecieron revestidas de frescos, de los que hoy no se conservan más que algunos fragmentos, apenas reconocibles, en el Museo de El Cairo. Los colores empleados son el negro, el ocre rojizo y el blanco sobre fondo beige. El tema central de los frescos es una procesión de seis grandes barcas, dispuestas en dos registros horizontales no formalizados, dos en el superior y cuatro en el inferior. Cinco de estas barcas son de color blanco y de quilla curva, mientras que la sexta es de color negro y de quilla recta y popa elevada. Todas ellas poseen dos cabinas y en algunas se han representado los timones (y en un caso también el timonel).

Sobre una de las cabinas de la barca más grande del registro superior se halla representado un dosel bajo el cual aparece un individuo en una posición poco clara. En la barca negra, en el interior de una cabina suplementaria situada en popa, algunos autores han propuesto ver asimismo a un personaje sentado, aunque la imagen vuelve a ser poco clara. Existen diversos paralelos del motivo iconográfico de la procesión de barcas que pueden ayudarnos a comprender el sentido de estos dos personajes. Se trata de las representaciones del tejido de Gebelein (fechado actualmente a fines de Nagada II) (fig. 3.3A) y del mango de cuchillo del Metropolitan Museum de Nueva York (fechado en Nagada III) (fig. 3.3B). En las procesiones de barcas representadas en estos documentos destacan siempre dos embarcaciones por su tamaño y posición; en una de ellas se representa un personaje amortajado sentado en un trono y portando un flagelo (y la corona blanca en el documento más tardío), mientras que en la otra aparece un personaje barbado, arrodillado y maniatado. Puesto que

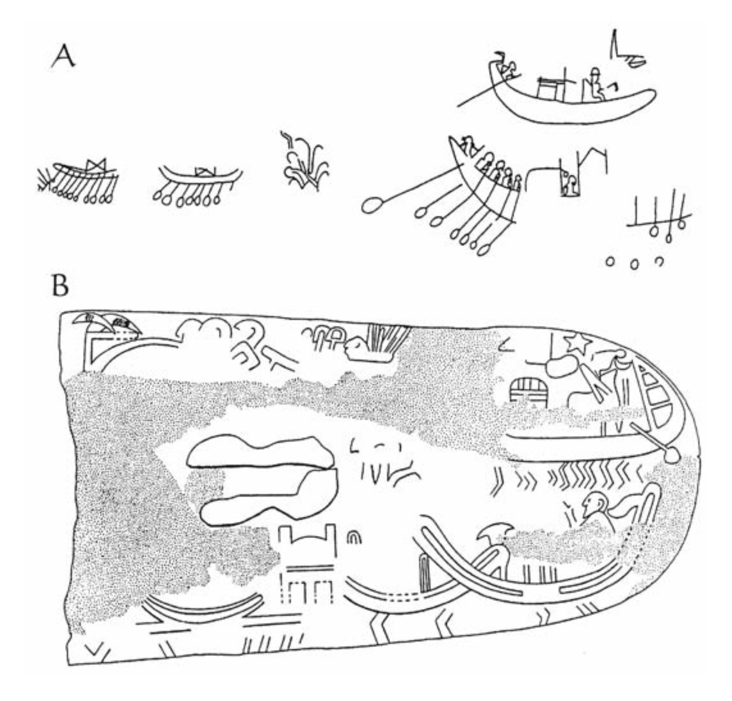



Figura 3.3. A) Detalle de la iconografía del tejido de Gebelein;
B) Mango de cuchillo del Metropolitan Museum de Nueva York.

la primera de estas imágenes recuerda muy de cerca al rey amortajado y con flagelo de la fiesta *Sed* histórica (ya desde Narmer), algunos autores han propuesto interpretar todos estos documentos como la representación de una «fiesta *Sed* arcaica», más asociada al mundo nilótico que la de tiempos dinásticos, que comportaría la muerte y resurrección simbólica del «rey» y algún tipo de sacrificio humano ritual.

Volviendo a los frescos de Hieracómpolis, en los espacios que las barcas dejan libres se dispone una serie de motivos relacionados con cuatro grandes temas: la caza, la guerra, el dominio y el ritual. El motivo más interesante relacionado con la caza es una trampa circular en la que se hallan atrapadas cinco gacelas, recurso mágico propiciatorio. La trampa es de tipo radial, muy común en todo el Sáhara neolítico (y desde entonces hasta la actualidad) y profusamente representada en el arte rupestre del desierto desde el V milenio a. C. En cuanto a la guerra, esta temática está presente en la parte inferior de la composición, bajo la forma de dos grupos de duelistas (o tal vez de uno solo, en dos «momentos»: la lucha y la muerte de uno de los dos, simbolizada por su inversión).

La principal escena de dominio es la del «señor de los animales», un hombre entre dos felinos rampantes. Aquí está representada según

un estilo claramente autóctono, solidario con el resto de la composición, pero volveremos a verla reproducida en estilo elamita en el cuchillo de Djebel el-Arak. Se ha sugerido precisamente un origen elamita para este motivo, pero no hay que olvidar que sólo hay una representación orientalizante frente a varias autóctonas y que se trata de un motivo asimismo muy extendido en el arte rupestre del Sáhara desde tiempos neolíticos. El color del contorno de los dos felinos, respectivamente negro y rojo, sugiere la oposición «fertilidad»/«esterilidad»[1], de modo que el ser humano que media entre las fieras sería el encargado de «equilibrar» las dos fuerzas en contraste.

Finalmente, el ritual está representado por las dos escenas más importantes del conjunto, como quiera que se trata del primer testimonio de dos motivos iconográficos destinados a convertirse en definidores de la monarquía faraónica. Representado a la derecha de la barca grande del registro superior hay un personaje que sostiene un flagelo y una suerte de cetro y que, por la posición que adopta, ha sido comparado con el rey histórico corriendo la carrera del fiesta de Sed, nueva alusión a la fiesta de regeneración de la realeza faraónica. Finalmente, en el extremo inferior izquierdo de la composición se halla representado el motivo de la «masacre del enemigo», probablemente un sacrificio ritual: un personaje tiene asidos con la mano izquierda a tres prisioneros postrados y atados y levanta con la mano derecha el arma sacrificial (¿maza?). La iconografía de la tumba 100 parece no dejar lugar a dudas sobre la primera presencia de un «rey» y un Estado incipiente en el valle del Nilo.

El segundo gran centro de la época de Nagada IIc-d es Nagada, yacimiento epónimo de la civilización altoegipcia del IV milenio (fig. 3.4). Nagada está situada en el interior del gran meandro que dibuja el Nilo a la altura de las actuales Qena y Luxor, en la orilla occidental. Frente a ella, en la orilla oriental, se encuentra la desembocadura del Wadi Hammamat, que cruza el desierto oriental entre el valle del Nilo y el Mar Rojo. Así, Nagada debe su riqueza y dinamismo a la explotación de las minas de oro y cobre del desierto oriental. No en vano, en tiempos históricos fue conocida como Nubet, literalmente «La del oro».

También en Nagada, el proceso de jerarquización social se acelera en la época que nos ocupa. A finales del siglo XIX, J. de Morgan y F. Petrie excavaron allí un gran muro rectangular de adobe (34 × 50 metros y 2 metros de espesor), que pudo ser un templo o un palacio; a él se asocia una zona residencial, a base de grandes casas de planta rectangular (la llamada *South Town*). Nada de este conjunto subsiste hoy en día. En cuanto al ámbito funerario, al cementerio principal, que contiene tumbas de planta circular, más sencillas y pobremente equipadas, se añade ahora una nueva área de enterramiento, el cementerio T, que contiene medio centenar de sepulturas caracterizadas por sus grandes dimensiones y la riqueza de su ajuar, asociadas sin duda a una nueva y poderosa élite local. Todas las tumbas son de

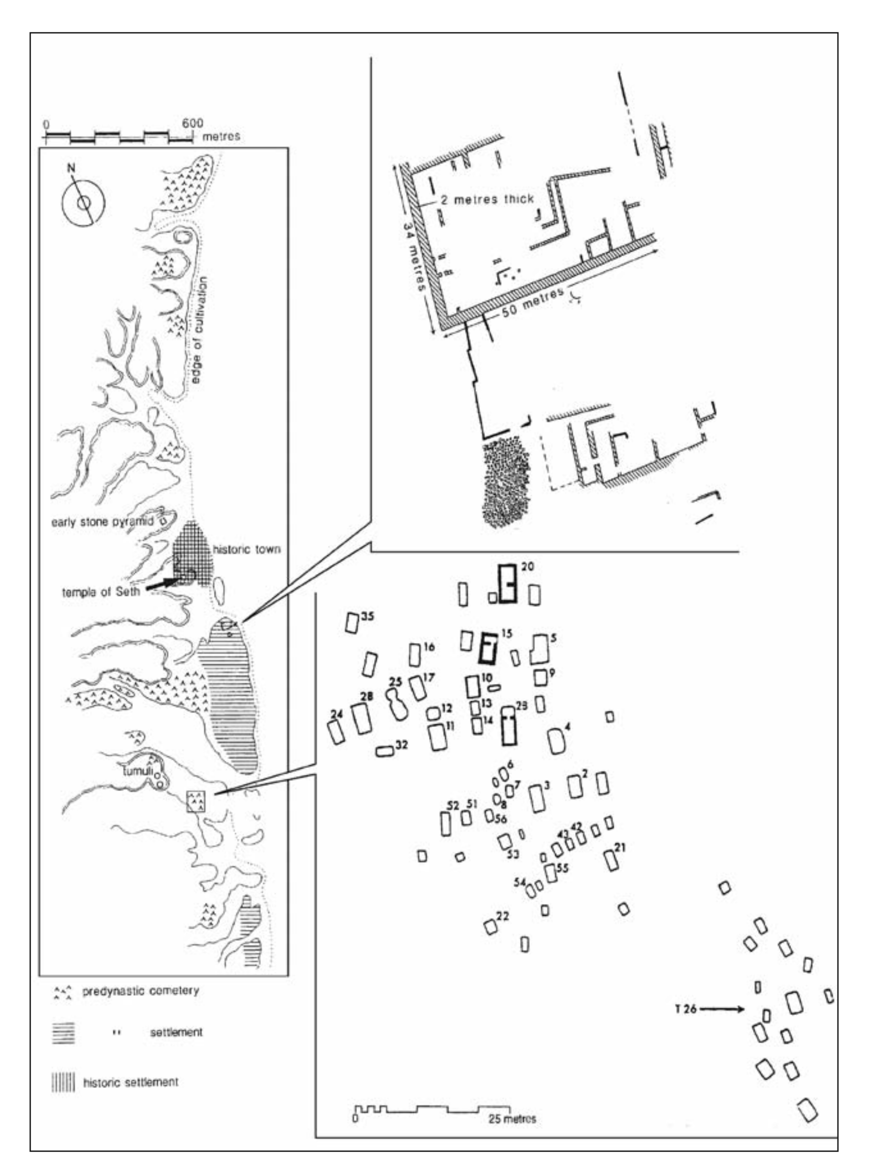



Figura 3.4. Mapa del área arqueológica de Nagada. Planos de detalle: *South Town* (arriba) y cementerio T (abajo).

planta rectangular y las más grandes alcanzan los 5 × 2,50 metros; algunas de ellas (T15, T20, T23) están revestidas de adobe y presentan muros de separación, igual que la contemporánea tumba 100 de Hieracómpolis. Los ajuares incluyen elementos de calidad como grandes recipientes cerámicos, vasos de piedra, perlas de lapislázuli, láminas de oro y objetos de marfil.

Finalmente, el tercer gran centro del Alto Egipto durante Nagada IIc-d es Abydos. En realidad, Abydos formaba un único conjunto urbano con la ciudad de Tinis, de la que, sin embargo, no se conoce más que el posible emplazamiento. En Abydos han aparecido tanto zonas de hábitat y de actividades industriales como, sobre todo, una importantísima área de enterramiento. Se trata de la necrópolis de Umm el-Qaab, situada bien entrado el desierto, a unos 2 kilómetros al oeste de la llanura aluvial, excavada sucesivamente por E. Amélineau y W. M. F. Petrie, a fines del siglo XIX, y por G. Dreyer, desde 1973. Cronológicamente, esta necrópolis abarca todo el IV milenio y su importancia radica en el hecho de que es aquí donde, sin solución de continuidad, se pasa de las tumbas de las élites locales de las distintas fases de la civilización nagadiense a las sepulturas de los primeros faraones del Egipto unificado (I y II dinastías). En efecto, Umm el-Qaab parece haber sido siempre, ya desde Nagada I, un lugar de enterramiento específico de grupos dirigentes, a juzgar por la gran calidad de las ofrendas y la frecuencia de objetos o de materiales importados. Se distinguen tres áreas de enterramiento: el cementerio U, más antiguo, datado de Nagada I a Nagada III y situado al noreste; el cementerio B, correspondiente a la época de la unificación y de la transición de la «dinastía 0» a la I dinastía y ubicado en el centro (fig. 3.5); y el cementerio principal, donde se enterraron los reyes de la I y II dinastías, emplazado al suroeste (fig. 3.22).

En la época que nos ocupa, las tumbas se encuentran en el cementerio U y consisten en grandes fosas de planta semirectangular, que pueden llegar a medir unos 5 metros de largo por 2,50 metros de ancho y otros 2,50 metros de profundidad. Las más ricas (o mejor conservadas) presentan trazas de revestimiento y de cubierta de madera, así como sarcófagos también de madera. Aunque nada se conserva de las superestructuras, las cubiertas de madera de las fosas hacen pensar en algún tipo de túmulo. Los ajuares incluyen vasos de cerámica y de piedra, objetos de cobre y marfil (de la tumba U-547 procede la parte superior de un bastón de marfil en forma de cetro *heqa,* muy similar al de la posterior tumba U-j), cabezas de maza piriformes de diorita, lamas de cuchillo de sílex, hilos de oro, probablemente en relación con vestidos (tumba U-127), etc.

Si en las pinturas de la tumba 100 de Hieracómpolis veíamos aparecer algunos motivos iconográficos ya propiamente «faraónicos», de las tumbas de Abydos datadas de Nagada IId procede una serie de ricos objetos decorados que inician, por su tipología y por la temática y estilo

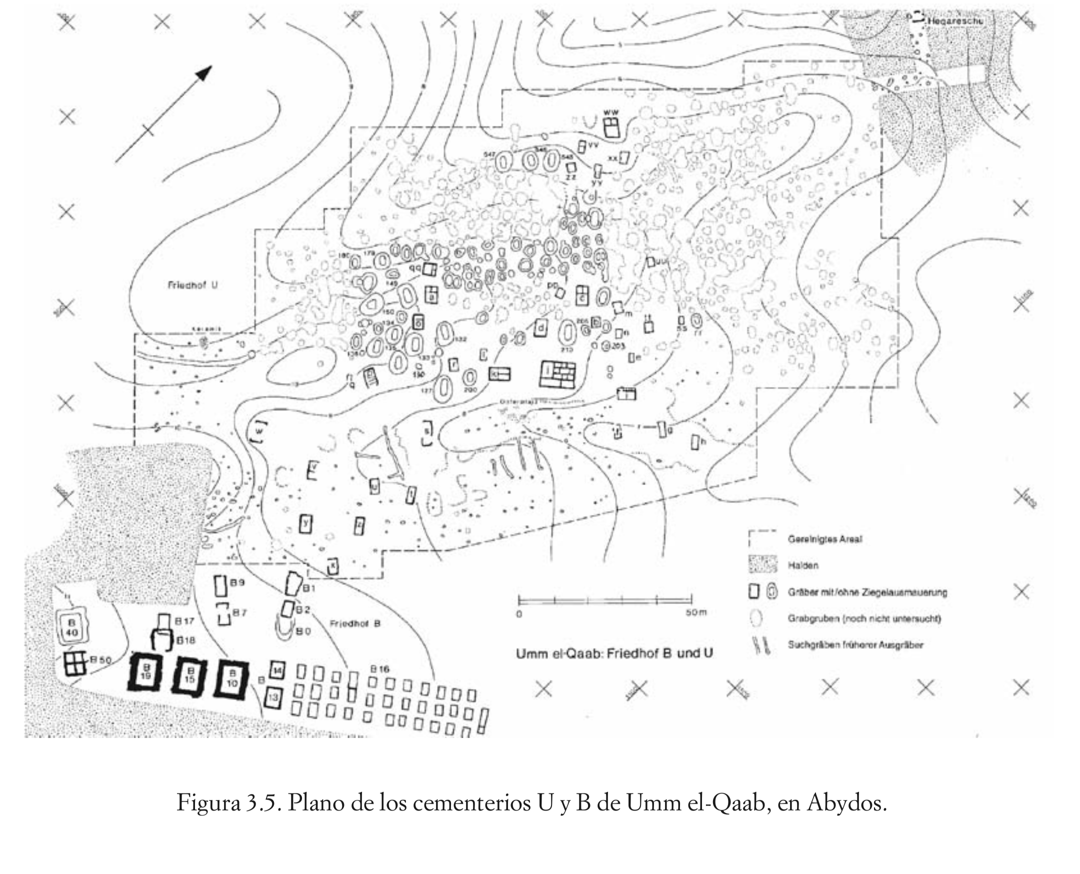



Figura 3.5. Plano de los cementerios U y B de Umm el-Qaab, en Abydos.

de las representaciones, la tradición de los posteriores «documentos de la unificación». Es el caso de un mango de cuchillo de marfil decorado con escenas de caza (tumba U-503) (fig. 3.6A); de una serie de objetos también de marfil esculpidos con filas de portadores de ofrendas, animales y prisioneros (tumba U-127); o de una impresión de sello cilíndrico en la que aparece, entre otros, el motivo de la cabeza de la diosa vaca Bat, con estrellas en la frente, las orejas y los cuernos, en alusión a su carácter astral (tumba U-210) (fig. 3.6B). Esta última imagen es idéntica a la de una paleta de esquisto contemporánea procedente de una tumba de el-Gerza (fig. 3.6C). Muy significativos son también algunos motivos de la decoración cerámica: de las tumbas U-134 y U-546 proceden sendos vasos con un signo pintado que, por el trazo y la posición, constituye el precedente directo de un signo jeroglífico presente en las inscripciones de la tumba U-j, sobre las que habremos de volver (fig. 3.6D).

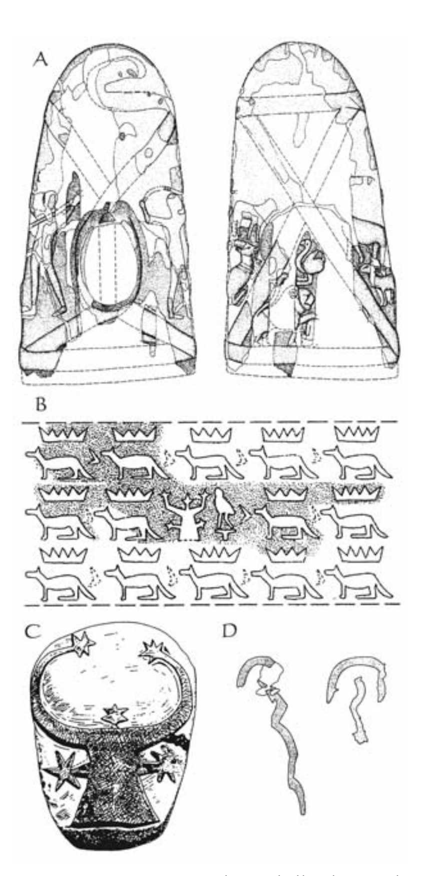



Figura 3.6. A) Mango de cuchillo decorado procedente de la tumba U-503 de Abydos; B) Impresión de sello cilíndrico procedente de la tumba U-210 de Abydos; C) Paleta de esquisto decorada procedente de El-Gerza; D) Signos pintados sobre recipientes cerámicos procedentes de las tumbas U-134 y U-546 de Abydos (compárense con el signo de la izquierda de la primera etiqueta por la izquierda de la fig. 3.10C).

Así pues, también en Abydos, toda una serie de elementos nos sitúa en la senda directa que conduce a la civilización faraónica histórica y sugiere la presencia de un Estado incipiente, gobernado por una élite poderosa y por un «rey».

Completamente distinto es el panorama en el Bajo Egipto. Aquí, durante la etapa de Nagada II se ha constituido un complejo cultural más o menos homogéneo, conocido con el nombre de maadiense o complejo cultural Maadi-Buto, a partir del nombre de sus dos yacimientos más importantes, situados,

respectivamente, al sur del actual Cairo y en el norte del Delta. Al contrario de lo que sucede en el Alto Egipto, aquí las necrópolis tienen mucha menos importancia que los asentamientos. Ni unas ni otros dejan entrever, para toda la etapa de Nagada II, un proceso de jerarquización social comparable al del Alto Egipto. Se constatan ciertas desigualdades, pero en ningún caso parece que lleguen a constituirse verdaderas élites dominantes, y mucho menos realezas incipientes, como en el sur.

A partir de finales de Nagada II, sin embargo, el Delta parece experimentar una profunda transformación. Allí donde ha sido posible obtener buenas estratigrafías, como en la propia Buto, en Tell Ibrahim Awad o en Mendes, se ha constatado una progresiva sustitución de los elementos propios de la cultura material del complejo Maadi-Buto por los característicos de la cultura de Nagada del Alto Egipto. En otros yacimientos, como Tell el-Iswid o Tell el-Farkha, en el Delta oriental, se constata una fase de abandono del lugar, difícil de interpretar, entre la etapa de tradición bajoegipcia y la de tradición altoegipcia. En ningún yacimiento hay señales de destrucción que puedan hacer pensar en una ocupación *manu militari* por parte del Alto Egipto en esas fechas tan anteriores a la constitución del Estado unificado. Más bien hay que pensar en el asentamiento pacífico, tal vez ligado a los intereses de las élites de los proto-Estados altoegipcios, de gentes procedentes del sur y portadoras de sus formas culturales, más dinámicas. Las necrópolis de el-Gerza y de Abusir el-Melek (a la altura de El Fayum) y de Minshat Abu Omar (en el Delta oriental), que se inauguran a finales de Nagada II y son de tradición cultural exclusivamente altoegipcia, podrían evocar esa avanzada colonizadora y aculturadora. Sea como fuere, lo cierto es que a comienzos de Nagada III todo el valle del Nilo egipcio, desde la primera catarata hasta el Mediterráneo, presenta unos patrones de asentamiento y de enterramiento y una cultura material y simbólica homogéneos, de tradición altoegipcia. Esta «unificación cultural» precede y prepara la posterior «unificación política».

### *La aparición del Estado en Egipto: aspectos sociopolíticos*

Es en el contexto histórico-arqueológico descrito en el apartado anterior en el que tiene lugar la aparición del Estado en Egipto. A continuación nos detendremos en los condicionantes y los mecanismos sociopolíticos que determinaron esa aparición.

La problemática que nos ocupa ha sido abordada por la egiptología sólo a partir de la segunda mitad del siglo XX. Así, para F. Hassan, el proceso que conduce al Estado en Egipto tiene su origen en las exigencias de la producción agraria, cuya compleja administración requiere de la existencia de jefes. Otros autores, como B. G. Trigger o K. Bard, ponen el énfasis

en el comercio con tierras lejanas (por ejemplo, con el Próximo Oriente) y en la acumulación de bienes de prestigio, esenciales para la afirmación ideológica de las élites. Habría sido el control de esos intercambios y del flujo de bienes suntuarios, así como de la explotación de los recursos mineros del desierto oriental egipcio para costearlos, lo que habría motivado la aparición de pequeños Estados en puntos estratégicos del Alto Egipto. Por su parte, M. A. Hoffman aboga por un modelo pluricasual y piensa que el Estado se generó a partir de una serie de transformaciones en cadena que afectaron los distintos «subsistemas» que caracterizaban la sociedad neolítica altoegipcia: la demografía, el medioambiente, la tecnología, la base de subsistencia, la estratificación social, la religión (y el mundo funerario), el intercambio y el conflicto, a partir de un cambio inicial habido en el ámbito demográfico (concentración de población).

En los últimos años, el problema que nos ocupa ha sido retomado de manera crítica e integral por M. Campagno, que le ha dado una orientación nueva. Campagno parte de una consideración inicial básica, hasta ahora no tenida en cuenta: el registro etnográfico y etnohistórico documenta extensamente que, allí donde no hay Estado, las sociedades se estructuran y se rigen por el parentesco como elemento definidor y vertebrador de las relaciones sociopolíticas. Los vínculos entre parientes y los principios que los rigen se extienden a todos los aspectos de la vida de la comunidad. Ahora bien, el parentesco se funda en una norma básica: la reciprocidad. Los parientes y los grupos de parentesco deben ayudarse recíprocamente y no perjudicarse. «La práctica del parentesco implica, pues —escribe Campagno—, un deber de generosidad, de solidaridad, de ayuda mutua entre los integrantes de la situación social cuya existencia regula. Implica también un interminable juego de dones y contradones, en el que el receptor siempre se halla en deuda respecto del dador»[2].

Esto no significa que las sociedades reguladas por el parentesco no puedan presentar cierta desigualdad social o incluso organizarse como sociedades de jefatura, en las que el jefe o el linaje dirigente desempeñen un activo papel aglutinador en términos sociales y, sobre todo, religiosos (organizadores del culto). Se trataría, por ejemplo, de los jefes «hacedores-de-lluvia» o de los «reyes-fetiche» de tantas sociedades tradicionales africanas. Estas formas de liderazgo, sin embargo, están sujetas a los principios del parentesco. El jefe es el primero de los parientes y debe cumplir más que nadie con sus obligaciones de solidaridad y generosidad, de ayuda y reciprocidad con el resto de la comunidad, expresadas también en términos de su mediación ante las fuerzas sobrenaturales y trascendentes para el bienestar de la comunidad y la buena marcha del mundo. Es precisamente el prestigio que le confiere el digno cumplimiento de estos preceptos y obligaciones lo que lo legitima como jefe. Su razón de ser no está en imponer su voluntad, sino en ser el ejecutor por excelencia de las prescripciones de la ética parental.

Ahora bien —sigue argumentando Campagno—, el Estado se define esencialmente como aquel sistema sociopolítico en que la élite y su jefe detentan el monopolio legítimo de la coerción, de manera que pueden imponer su voluntad por la fuerza al resto de la comunidad. Si otros aspectos contribuyen también a caracterizar una sociedad estatal, éste parece ser el nuclear y universal. Es evidente, pues, que el parentesco supone una negativa categórica para la emergencia del Estado: parentesco y Estado son realidades incompatibles y antitéticas. El Estado no puede surgir de manera natural a partir de una jefatura no-estatal, como sostienen la mayoría de autores desde enfoques marcadamente evolucionistas. Al contrario: para que haya Estado ha de haber una ruptura con la realidad parental. Para Campagno, puesto que la esencia del Estado es el ejercicio legítimo de la violencia, esa ruptura debe buscarse en el ámbito de la guerra. Y puesto que el parentesco rige dentro de una comunidad de parientes, pero obviamente no fuera de ella, sólo la guerra entre comunidades distintas puede dar lugar a los primeros comportamientos de tipo «estatal». En este punto, Campagno distingue claramente entre el Estado como institución y la «práctica estatal». Lo «estatal» no surge en términos de una institución acabada, sino de comportamientos alternativos respecto al parentesco, asociados al ejercicio de la coerción.

Volviendo al valle del Nilo de Nagada IIc-d, Campagno se pregunta por las causas de los posibles conflictos bélicos entre las distintas comunidades altoegipcias y, siguiendo a Trigger y a Bard y de acuerdo con la evidencia arqueológica, piensa que estas causas deben buscarse en la competencia por los bienes de prestigio. Así, el Alto Egipto de Nagada I y de inicios de Nagada II se habría caracterizado por la emergencia de toda una serie de jefaturas locales basadas en el parentesco, de las que la iconografía y las prácticas funerarias darían cuenta. Durante Nagada IIc-d estas comunidades habrían entrado en conflicto entre ellas esencialmente por el control del flujo de bienes de prestigio. Los acontecimientos posteriores indican que no se habría tratado de conflictos puntuales sino de verdaderas «guerras de conquista» y de anexión, las únicas que podían garantizar la eliminación definitiva de la competencia.

Y es en ese «intersticio» entre comunidades en conflicto donde Campagno sitúa la aparición de las primeras «prácticas estatales». En efecto, el parentesco no opera en las relaciones entre la eventual comunidad vencedora y la vencida. Esas relaciones se forjan sobre la base de nuevos conceptos directamente emanados de la situación de dominio: la élite de la comunidad dominante puede imponer su voluntad a la totalidad de la comunidad dominada (dirigentes incluidos, que ceden en mayor o menor proporción sus antiguas prerrogativas). Aparece, pues, el monopolio legítimo de la coerción, base del Estado. Esa élite, no sólo ha eliminado un competidor y se ha apoderado de sus recursos, sino que lo ha sometido a una tributación permanente, de modo que dispone ahora

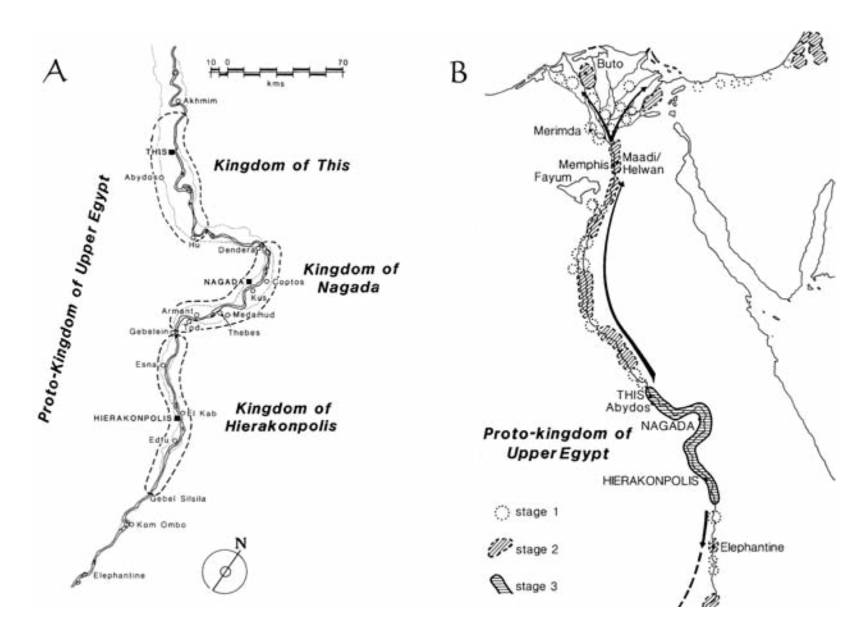



Figura 3.7. A) Los «proto-reinos» del Alto Egipto durante Nagada IIc-d; B) El «proto-reino» unificado del Alto Egipto a comienzos de Nagada III.

de más medios para seguir expandiéndose y reforzando su posición. Por otra parte, una vez aparecida la «práctica estatal», ésta acaba introduciéndose (por unas vías o por otras y en más o menos tiempo) en el seno del mismo grupo de parientes al que la élite conquistadora pertenece, de modo que esta última acaba comportándose respecto a su comunidad igual que respecto a las comunidades dominadas. Todo el sistema de relaciones sociopolíticas ha quedado así transformado y el Estado puede considerarse establecido. Con el tiempo, irá apareciendo el resto de aspectos que lo definen: la burocracia, la función judicial y penal, la administración económica, la organización territorial, la defensa y la auto-conceptualización simbólica, a la que se asocia la arquitectura monumental. El parentesco, sin embargo, lejos de desaparecer, seguirá articulando las relaciones en el interior tanto de las comunidades aldeanas, ahora sometidas al Estado, como de la propia élite (los principios de heredabilidad de la realeza y de ancestralidad son la expresión más clara de ello). El antiguo «jefe» comunal ha dejado paso al «rey» estatal, sumando al poder cósmico y religioso que aquél ya detentaba, relacionado con la fecundidad y el orden del mundo (la *maat* faraónica), un nuevo poder político-militar.

Durante Nagada IIc-d, estos procesos habrían dado lugar, por separado, a lo que B. J. Kemp denomina los «proto-reinos» de Hieracómpolis, Nagada y Abydos (fig. 3.7A). Estos tres centros, en efecto, habrían vencido

y anexionado las aldeas más próximas. Los personajes enterrados en la tumba 100 de Hieracómpolis o en los sepulcros del cementerio T de Nagada y del cementerio U de Abydos debieron de ser ya «reyes» estatales. La relativa homogeneidad que se observa entre ellos a nivel de registro arqueológico podría explicarse por lo que C. Renfrew ha llamado la *peer-polity interaction:* en condiciones sociopolíticas genéricamente similares, los cambios que se operan en uno de los centros se transmiten rápidamente a los restantes. A continuación, los tres «proto-reinos» entrarían en una nueva dinámica de relación o conflicto entre ellos, cuyos términos precisos desconocemos. La evidencia arqueológica señala que el primero en desaparecer como tal fue el central, Nagada, tal vez por anexión por parte de Hieracómpolis o de Abydos, o por una suerte de «pinza» practicada por ambos contra el vecino común.

Desaparecida Nagada, no parece que los proto-reinos de Hieracómpolis y Abydos entraran en conflicto. La continuidad y el desarrollo de ambos centros y la completa ausencia de niveles de destrucción hacen pensar más bien en algún tipo de alianza entre las élites, tal vez con una paulatina incorporación de la hieracompolitana a la abidena. Dos hechos sugieren esta estrecha relación entre Hieracómpolis y Abydos. Por una parte, los reyes abidenos de la «dinastía 0» se identificaron con Horus, el dios halcón adorado en Hieracómpolis; por otra, los reyes de fines del predinástico e inicios del dinástico «Escorpión» y Narmer consagraron objetos votivos en el recinto ceremonial de Hieracómpolis.

Sea como fuere, a comienzos de Nagada III todo el Alto Egipto estaría unificado ya, constituyendo lo que Kemp llama ahora el «proto-reino del Alto Egipto», cuyo rey y corte se encontrarían en Abydos (fig. 3.7B). Desde allí se emprendería el proceso de expansión que conduciría al Estado faraónico histórico.

### *Nagada IIIa-b: la unificación*

Durante Nagada IIIa-b (*c* 3300-3100 a. C.), en el área de Hieracómpolis, la población se concentra en un único hábitat y surge la ciudad de Nekhen, la Hieracómpolis histórica. La élite abandona el cementerio HK31 (el de la tumba 100) y regresa al cementerio de sus antepasados, situado en el interior del Wadi Abu Suffian, en la localidad HK6. Allí se ha exhumado una serie de amplias tumbas (1, 10, 11) que fueron construidas por encima de las tumbas de Nagada IIa-b, de las que retoman la estructura, aunque utilizando ahora el adobe como principal material constructivo. La subestructura de la tumba 1, por ejemplo, mide 8,20 metros de largo por 5,40 metros de ancho y 2,50 metros de profundidad, y está revestida por una triple hilera de adobes. Una serie de agujeros en el suelo de la subestructura y otra al nivel del terreno alrededor de ésta señalan que la subestructura misma tuvo una

cubierta y que la tumba contó con una superestructura, una y otra construidas con materiales vegetales (fig. 3.8). Los ajuares de estas tumbas comprendían sarcófagos de cerámica, perlas de oro, plata, turquesa, cornalina y cobre, hojas de obsidiana, sílex y cristal de roca, arpones y otros objetos de marfil, amuletos de lapislázuli, modelos de barcos de madera y vasos de piedra y de cerámica, entre estos últimos alguno importado de Palestina.

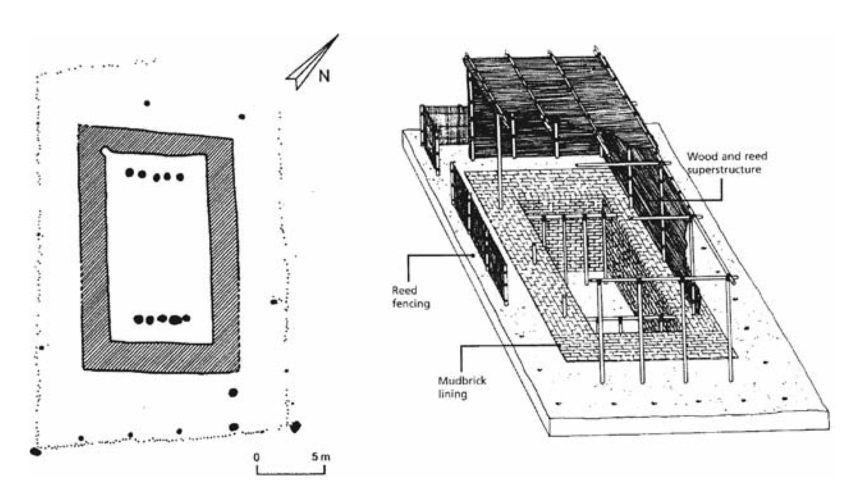



Figura 3.8. Planta (izquierda) y reconstrucción (derecha) de la tumba 1 del cementerio HK6 de Hieracómpolis.

Por lo que se refiere a Abydos, durante Nagada IIIa, en el cementerio U de Umm el-Qaab (fig. 3.5) se pasa de las tumbas de fosa semi-rectangular a tumbas rectangulares de adobe, las más antiguas de una sola cámara (en algún caso, con murete de compartimentación) y de dimensiones más modestas (unos 5 metros de largo y 3 metros de ancho por 1,50 metros de profundidad; por ejemplo, tumbas U-b, U-m, U-o, U-p, U-xx, U-zz) y las más recientes más grandes y con el espacio interior organizado en múltiples cámaras (de 3 a 12), comunicadas entre sí por estrechas hendiduras verticales (por ejemplo, tumbas U-a, U-c, U-i, U-j, U-k, U-ww). En general, los ajuares de estas sepulturas contienen sarcófagos y capillas de madera, losas como base para los sarcófagos, vasos de piedra, cerámica local, cerámica importada de Palestina o fabricada a imitación de ésta, hojas de obsidiana, objetos de cobre, marfil o lapislázuli, impresiones de sellos planos o cilíndricos, etc. Algunas de estas materias primas, que también hemos visto aparecer en Hieracómpolis, no se encuentran en el valle del Nilo y proceden de regiones lejanas (es el caso de la obsidiana, que llega de Etiopía o de Anatolia, y del lapislázuli, que viene de Afganistán vía el

norte de Siria), testimoniando el creciente poder y capacidad de control de flujos comerciales del incipiente Estado altoegipcio.

De todas las tumbas del cementerio U de esta época, la más importante es, sin duda, la tumba U-j, excavada por G. Dreyer en 1988 y fechada en Nagada IIIa2 (*c* 3250 a. C.), que testimonia de manera clara cómo en este momento Abydos se convierte en el motor del proceso histórico y, muy probablemente, en la «capital» del reino unificado del Alto Egipto. Situada en el límite sur del cementerio, la tumba U-j es la más grande construida hasta este momento en el valle del Nilo: 9,10 metros de largo, 7,30 metros de ancho y 1,55 metros de profundidad. También es la de organización interna más compleja (12 cámaras). Toda la construcción es de adobe. No hay rastro de la superestructura ni de agujeros para sostenerla, caso de haber sido de madera, de modo que probablemente se trató de algún tipo de túmulo de tierra y piedras, tal vez revestido de adobe. En la cámara funeraria se hallaron los restos de una capilla de madera y un cetro *heqa* de marfil completo. En cuanto a la cerámica, se distinguen tres tipos: vasos autóctonos de asas onduladas (que contuvieron aceite o grasas), vajilla tosca (jarras de cerveza, moldes de pan y platos) y vasos importados de Palestina o de imitación.

Pero la importancia de la tumba U-j radica sobre todo en que de ella proceden los testimonios más antiguos de escritura egipcia documentados hasta la actualidad. Se trata de inscripciones pintadas con tinta negra sobre los vasos de asas onduladas o grabadas en pequeñas etiquetas de hueso. Por el soporte, el modo de ejecución y el trazo, P. Vernus considera hieráticas las inscripciones pintadas y jeroglíficas las grabadas. Las primeras consisten en uno o dos grandes signos (fig. 3.9). Cuando se trata de

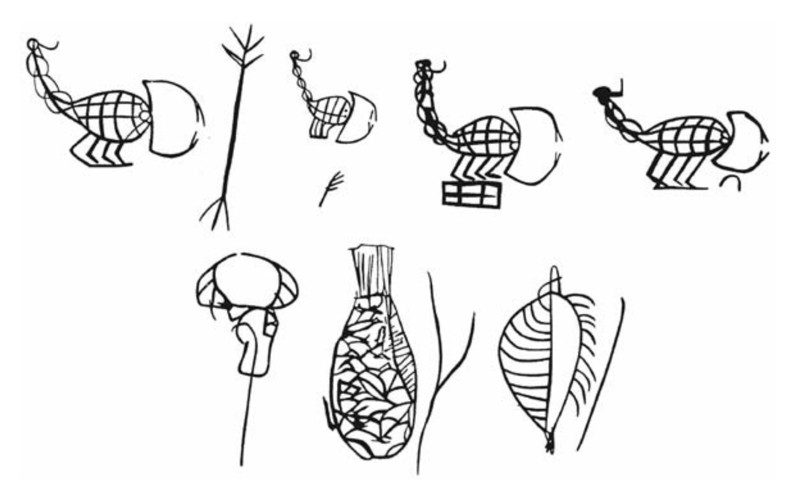


Figura 3.9. Inscripciones pintadas sobre cerámica procedentes de la tumba U-j de Abydos.

dos, uno de ellos es siempre un animal: un escorpión (el que más se repite, con mucho), un pez, una concha, una cabeza de antílope, etc., mientras que el segundo puede ser un árbol, una caña, unos canales entrecruzados perpendicularmente o un arco, que podrían leerse como «plantación», «campo», «finca agrícola» o «establo», respectivamente. Lo más probable es que estas secuencias signifiquen, pues, «Plantación del Escorpión» o «Finca agrícola del Escorpión», en alusión a los lugares de procedencia de los contenidos de los vasos. Los animales evocarían las fuerzas de la naturaleza con las que el rey se identifica[3], de modo que el sentido de las secuencias sería, por ejemplo, «Plantación de "Aquél que se manifiesta como un escorpión"» o «que tiene la fuerza de un escorpión».

En cuanto a las etiquetas (fig. 3.10), unas 150 en total y dotadas todas ellas de un pequeño orificio por donde serían atadas a los bienes con los que se relacionaban, aparecen inscritas con cifras o con signos jeroglíficos (de uno a cuatro). Las cifras (8, 12, 100) hacen referencia, probablemente, como en tiempos posteriores, a medidas de tejidos. Los signos aluden nuevamente a animales «regios» (un halcón, un escorpión, una cabeza de antílope...) o transcriben los nombres de los lugares de procedencia de las ofrendas (entre ellos, los de las ciudades de Djebaut —Buto— o Baset —Bubastis—, en el Delta, o de Elefantina).

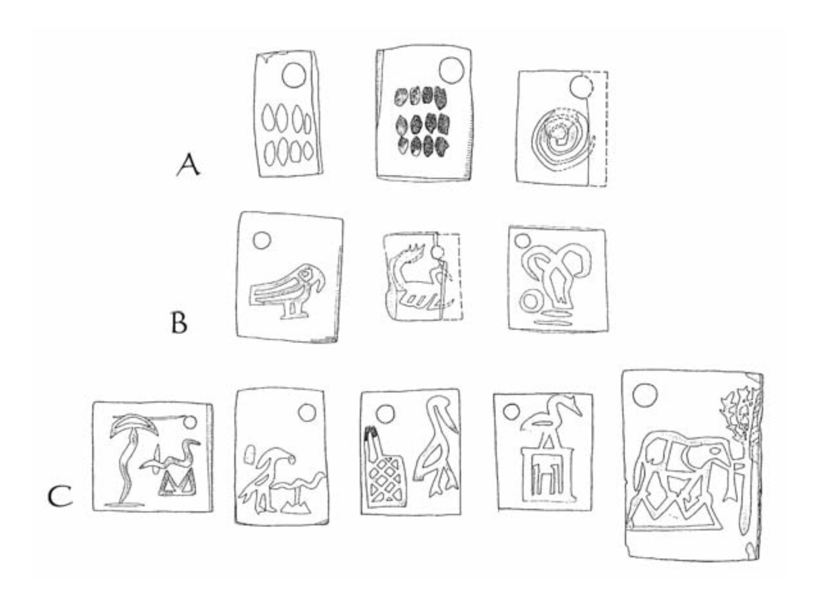



Figura 3.10. Etiquetas con inscripciones grabadas procedentes de la tumba U-j de Abidos: A) Cifras; B) Animales «regios»; C) Nombres de lugares; de izquierda a derecha: «La Montaña de la Oscuridad», «La Montaña de la Luz» (lugares desconocidos), «Bubastis», «Buto» y «Elefantina».

En cuanto al mecanismo de formación y a la función de esta primera escritura, la gran diferencia estructural y gráfica entre las escrituras egipcia y mesopotámica y las nuevas cronologías de la primera, que la hacen tan antigua o más que la segunda, parecen descartar la idea de una influencia de una sobre la otra: las escrituras egipcia y sumeria nacieron por procesos paralelos y autónomos, si bien contemporáneos. Aunque Dreyer vincula la aparición de la escritura a las necesidades administrativas del Estado naciente, otros autores sostienen que no hay pruebas del uso de esta escritura incipiente fuera del contexto funerario de Umm el-Qaab y que el uso funerario es simbólico y no administrativo por definición. Por un lado, para las actividades administrativas ya existe un sistema de anotación paralelo: las llamadas marcas de ceramista. Por otro, la cuantificación de las ofrendas, su designación, la designación de su propietario y la mención de sus lugares de procedencia son mecanismos de «actualización eterna» y de refuerzo de las ofrendas mismas en su función de medios mágicos de resurrección, que son propios del mundo funerario egipcio de todas las épocas y que tienen aquí precisamente su primera expresión. Al fin y al cabo, el Estado es, además de coerción y administración, símbolo e ideología. En definitiva, pues, la escritura de la tumba U-j parece responder a una iniciativa de orden simbólico de la corte abidena de comienzos de Nagada III destinada a aumentar la «eficacia mágica» del ritual funerario del rey. Sólo en tiempos algo posteriores será utilizada también con fines celebrativos regios, primero, y administrativos, después.

Desde fines de Nagada IIIa2 y principios de Nagada IIIb, Abydos experimenta nuevas transformaciones. Las tumbas de múltiples cámaras dejan paso nuevamente a sepulturas de cámara rectangular única, revestida de adobe, situadas ahora en un área intermedia entre el cementerio U y el cementerio B, como marcando la transición topográfica y cronológica entre uno y otro (tumbas U-f, U-g, U-h y U-s a z). Es en una de estas tumbas, la U-s, donde han aparecido los dos ejemplos más antiguos de *serekhs* documentados en este cementerio, escritos en tinta sobre sendos vasos de cerámica (fig. 3.11A).

Los reyes egipcios históricos poseyeron, desde la IV dinastía, un protocolo formado por cinco títulos. Cada rey asociaba a estos cinco títulos cinco nombres propios específicos. El más antiguo de estos títulos es el «título de Horus», que apareció en el tiempo que nos ocupa y es el único que existió hasta mediados de la I dinastía. Se escribe mediante el *serekh*, un signo que representa el palacio real, que a partir de Nagada III debía consistir en un gran recinto rectangular con los muros modulados en entrantes y salientes, construido en adobe y materiales perecederos (madera, esteras, cañas...). Aunque no poseemos ninguna evidencia arqueológica de palacios de esta época, podemos hacernos una idea de ellos a través de los edificios funerarios reales de la I dinastía, que seguramente los imitaban; en cualquier caso, los propios *serekhs* son testimonios

indirectos de su existencia. El *serekh* histórico (fig. 3.23C) consiste en un rectángulo vertical, que representa la planta del recinto del palacio, dividido en dos registros; el inferior reproduce, en alzado, el motivo de la «fachada de palacio», es decir, de los muros modulados en entrantes y salientes, mientras que en el superior se escribe el nombre del rey en jeroglíficos. Sobre el rectángulo, se halla perchado el halcón Horus.

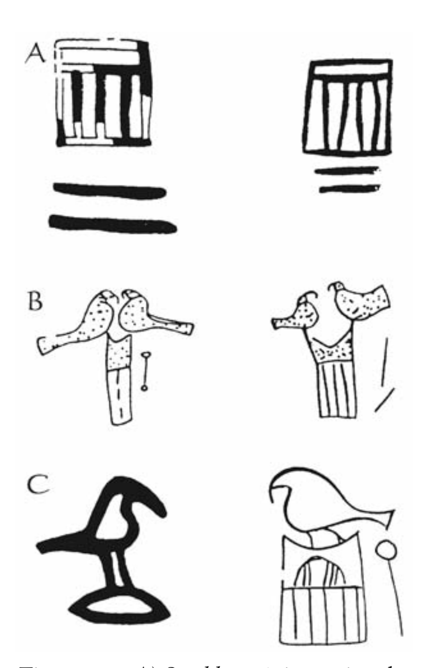



Figura 3.11. A) *Serekhs* anónimos pintados sobre cerámica procedentes de la tumba U-s de Abydos; B) *Serekhs* con dos halcones; C) *Serekhs* de los reyes de la «dinastía 0» Iry (sin «fachada de palacio») y Ka.

En efecto, rey, palacio y Horus son tres realidades consubstanciales y «concéntricas»: Horus es el cosmos (sus alas extendidas son la bóveda celeste y sus ojos son el sol y la luna), el rey se identifica con Horus y el palacio es un micro-cosmos desde donde irradia el poder transcendente y ejecutivo del rey, que asegura la *maat,* la armonía universal. Los *serekhs* de la tumba U-s no comportan aún todos estos elementos, sino que presentan sólo el rectángulo con la fachada de palacio en el registro inferior (evocada simplemente mediante una serie de líneas verticales paralelas) y un registro superior reducido a la mínima expresión y vacío. En efecto, los primeros *serekhs* fueron una suerte de marca alusiva al rey pero sin mencionar aún su nombre.

Aunque no hay evidencia para asegurarlo, lo más probable es que el *serekh* fuera una creación de la monarquía abidena. Sea como fuere, lo cierto es que durante la etapa de Nagada IIIb encontramos ejemplos de *serekhs* por todo el valle del Nilo, y muy especialmente en la región de El Cairo (tal vez ya bajo el radio de acción directo del reino altoegipcio) y en el Delta, grabados o pintados sobre vasos procedentes de tumbas de las élites locales relacionadas de un modo u otro con la realeza abidena.

Después de los primeros *serekhs* anónimos y sin halcón, aparecen otros igualmente anónimos pero con dos halcones enfrentados perchados en la parte superior, en alusión, sin duda, a la esencia dual de la persona del rey (fig. 3.11B). A continuación, se documentan los primeros *serekhs*

con nombres reales, de muy hipotética lectura los más antiguos y bien legibles los más recientes. Estos últimos corresponden a los últimos reyes de la llamada «dinastía 0», de tiempos de la unificación. Son Iry y Ka (fig. 3.11C), predecesores inmediatos de Narmer, primer rey de la I dinastía. Estos tres reyes tienen sendos sepulcros de doble cámara rectangular de adobe en Umm el-Qaab, ahora ya en el cementerio B (figs. 3.5 y 3.22). En este panorama, queda por ubicar el conocido «rey Escorpión». El hecho de que su «nombre» no aparezca escrito nunca en el contexto gráfico de un *serekh* y de que su tumba no haya sido reconocida de manera inequívoca (cabría esperarla en Umm el-Qaab) plantea, como veremos, serios problemas sobre su identidad.

Por lo que al Delta se refiere, durante Nagada IIIa-b todos los yacimientos presentan uniformemente la cultura material de la civilización altoegipcia de Nagada, a cuya órbita cultural han quedado incorporados. Algunos de ellos, como Minshat Abu Omar, que son culturalmente altoegipcios desde sus orígenes (finales de Nagada II), podrían interpretarse como auténticas colonias del sur en el norte, probablemente destinadas a eliminar intermediarios en el flujo de bienes de prestigio desde Palestina y Siria. La abundante presencia de *serekhs* sobre cerámica funeraria en diversos sitios del Delta (sobre todo oriental) testimonia intercambios fecundos entre las élites de estos centros y la corte altoegipcia. Se ha sugerido incluso que, conocida ya la «idea» de Estado, hubiera surgido en el Delta algún pequeño principado o reino a imitación de los sureños, con los que luego el reino altoegipcio se habría enfrentado durante el proceso de unificación. Así se ha interpretado el *serekh* con el nombre de un tal rey Cocodrilo, documentado sólo en el norte (Tarkhan).

Exactamente lo mismo parece haber sucedido en el otro extremo del área de influencia del Estado altoegipcio, la Baja Nubia, donde en esta época se desarrollaba la llamada cultura del Grupo A. La localidad de Qustul, en cuyo cementerio de la élite se han excavado amplias tumbas con ajuares que incluían bienes procedentes del Alto Egipto e incluso de Palestina, así como objetos con iconografía de estilo altoegipcio, importados o de imitación, pudo ser el centro de otra entidad estatal surgida por emulación. Sabemos que el reino altoegipcio entró pronto en conflicto con estas poblaciones sureñas, sin duda por el control directo de las rutas africanas. Así lo testimonian dos relieves rupestres de Djebel Sheik Suleiman, fechados en Nagada III, que muestran, respectivamente, un escorpión (fig. 3.12A) y un *serekh* (= el rey alteoegipcio) (fig. 3.12B) abatiendo enemigos nubios.

Por último, es durante Nagada IIIa-b cuando los contactos del reino del Alto Egipto con Elam y la Baja Mesopotamia, que se han iniciado durante Nagada IIc-d, experimentan su momento álgido, para interrumpirse inmediatamente después. Estos contactos tienen lugar por dos vías, una terrestre (Siria-Palestina y el Delta) y otra marítima (del golfo Pérsico al mar Rojo y el Wadi Hammamat). Entre los elementos de cultura material

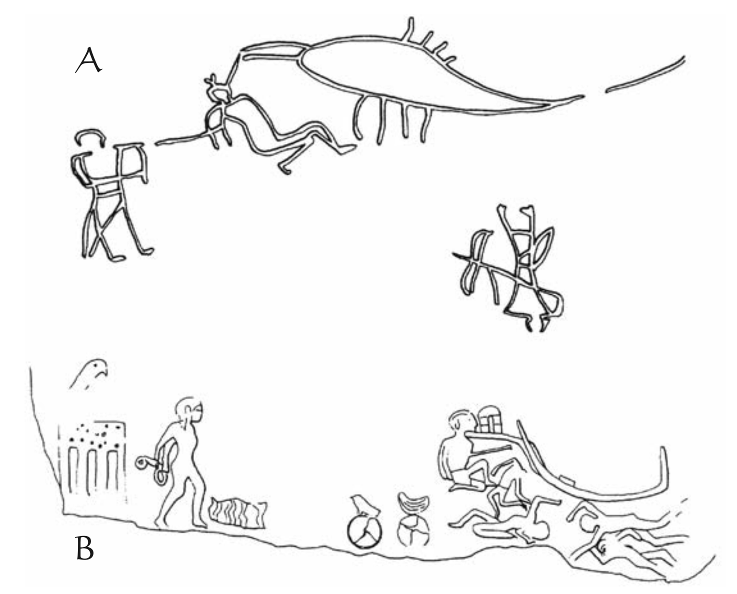



Figura 3.12. Relieves rupestres de Djebel Sheik Suleiman.

que Egipto incorpora se cuentan los sellos cilíndricos y, sobre todo, algunos motivos iconográficos que llegarían esculpidos sobre objetos procedentes de las redes de intercambio, como monstruos y grifos, leones con largos cuellos entrelazados en espiral o la versión elamita del motivo del «señor de los animales» ya comentado a propósito de la tumba 100 de Hieracómpolis. Estos elementos deben verse como préstamos culturales en el contexto de la demanda de bienes de prestigio que caracteriza el Alto Egipto en este momento, y en ningún caso como vehículo de aculturación. Han quedado lejos los tiempos en que estos préstamos eran interpretados como prueba de una influencia aculturadora de Mesopotamia sobre Egipto, responsable de la formación de la civilización faraónica.

## *Los «documentos de la unificación»*

Durante Nagada IIIb (ca. 3200-3100 a. C.), el reino del Alto Egipto, con «capital» en Abydos-Tinis, emprende el definitivo proceso de unificación político-militar de las «Dos Tierras», expandiéndose por el sur hasta Elefantina y la primera catarata y por el norte hasta el Mediterráneo. El Delta interesaba a los reyes del sur por sus contactos con el Próximo Oriente (de acuerdo con la política de eliminar intermediarios en la importación de bienes de prestigio) y tal vez también por sus reservas de

tierra fértil. De este proceso se hace eco la iconografía de una serie de documentos que llamamos «documentos de la unificación».

Se trata básicamente de tres tipos de objetos, a saber, mangos de cuchillo de marfil de hipopótamo, paletas de esquisto ovaladas o escutiformes y cabezas de maza piriformes de piedra caliza. Los mangos de cuchillo van asociados a grandes lamas bifaciales de sílex; se trata, muy probablemente, de cuchillos para sacrificio. En cuanto a las paletas decoradas, son objetos votivos, algunos de notables dimensiones y peso, evolución de las antiguas paletas utilitarias (cosméticas). Lo mismo sucede con las cabezas de maza decoradas, sofisticación de las mazas de guerra. Todos estos objetos presentan sus superficies decoradas con imágenes esculpidas en relieve. Entre estas imágenes, las paletas incluyen, en la parte central de una de las caras (el recto), un hueco circular, reducto del espacio destinado a las mezclas de cosméticos. Desde el punto de vista compositivo, los motivos iconográficos pueden estar yuxtapuestos o distribuidos en registros. La distribución en registros es más reciente y responde ya a los cánones del arte formal egipcio. La cronología de la mayoría de los documentos que aquí nos interesan es Nagada IIIb (*c* 3200-3100 a. C.), momento de la unificación, aunque haremos alguna alusión a piezas algo más antiguas.

Por lo que a la procedencia se refiere, muchos de los documentos de la unificación han sido adquiridos en el mercado de antigüedades, por lo que su origen exacto no siempre es conocido o fiable y su cronología, a falta de contexto arqueológico, suele ser deducida de la tipología del objeto o de la forma y el estilo de la iconografía. Es el caso de piezas como el mango de cuchillo de Djebel el-Arak o la paleta de la caza. Un segundo grupo ha sido hallado *in situ*, en el contexto de excavaciones arqueológicas. Dentro de este grupo se encuentran muy especialmente los documentos procedentes del llamado *Main Deposit* de Hieracómpolis. Se trata de un depósito de objetos votivos de los tiempos de la unificación y la Época Tinita hallado en un recinto ceremonial en uso desde la I dinastía hasta el Reino Medio, que ha sido considerado tradicionalmente como el primitivo templo de Horus de Nekhen, la Hieracómpolis histórica, pero que recientemente ha sido reinterpretado como un recinto para la celebración de las principales fiestas de la realeza, entre ellas la fiesta *Sed*. Del *Main Deposit* proceden, además de otros muchos objetos, las cabezas de maza de Escorpión y de Narmer y la paleta de Narmer.

En cuanto a la función y al sentido de los documentos de la unificación, es preciso subrayar, por un lado, que la iconografía de estos objetos no admite una lectura «directa» o «universal», como si no obedeciera a unas coordenadas culturales específicas, sino que, muy al contrario, es necesario conocer y tener presente esa especificidad cultural a la hora de hacer las interpretaciones, tanto de los aspectos compositivos como de los

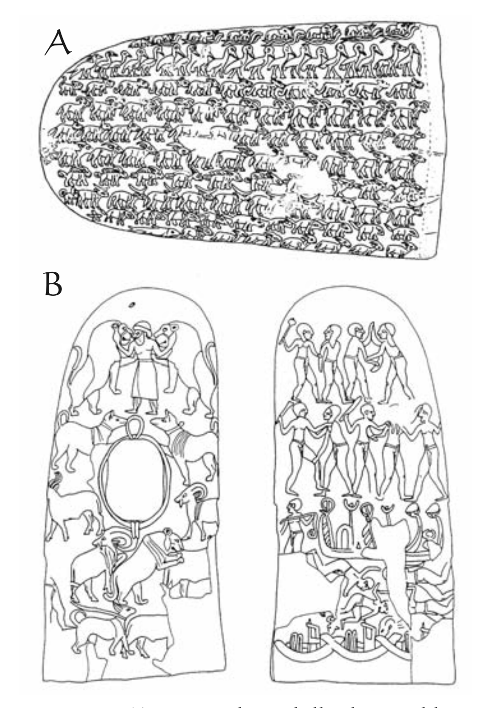



Figura 3.13. A) Mango de cuchillo de Brooklyn;
B) Mango de cuchillo de Djebel el-Arak. Verso y recto.

temas; y, por otro, que estos documentos no pretenden transmitir o evocar hechos históricos concretos, sino hechos míticos, arquetípicos o simbólicos. Así, estas imágenes pueden ser consideradas como fuentes históricas sólo indirectamente, no atribuyendo a su contenido «literal» la cualidad de realidad histórica, sino deduciendo de él situaciones, prácticas o contextos históricos. La paleta de Narmer, por ejemplo, no narra hechos concretos, pero sí evoca un contexto histórico: el de la unificación.

No podemos proceder aquí a una descripción detallada de estos documentos. Nos limitaremos a comentar desde una óptica histórico-cultural las piezas más señaladas. Los documentos de la unificación tratan fundamentalmente cuatro temas: la dialéctica orden-caos, la caza, la guerra y el ritual. En los más antiguos, la realeza aún no está presente de manera explícita; en los más recientes, el rey, bajo diversas formas, es el eje de la acción y de la composición.

El tema del orden cósmico subyace a los documentos que presentan filas ordenadas de animales, como el mango de cuchillo de Brooklyn, procedente de Abu Zaidan, en el Alto Egipto (Nagada III) (fig. 3.13A).

La contención del caos es el argumento de la paleta de los dos perros (fig. 3.14A), ya de Nagada IIIa, procedente del *Main Deposit* de Hieracómpolis, donde dos perros, tallados en los márgenes como conteniendo el resto de la decoración, enmarcan una multitud de escenas de confrontación entre animales salvajes, predadores y víctimas; la dualidad es enfatizada por la simetría que caracteriza la representación de los perros y por la presencia, en el recto, de dos felinos de cuello largo de estilo mesopotámico, simétricamente enfrentados.

El tema de la caza es tratado en la paleta de la caza (Nagada IIIa) (fig. 3.14B). Como demuestra R. Tefnin a partir de un análisis estructural de la composición del documento y de un estudio etnográfico comparado

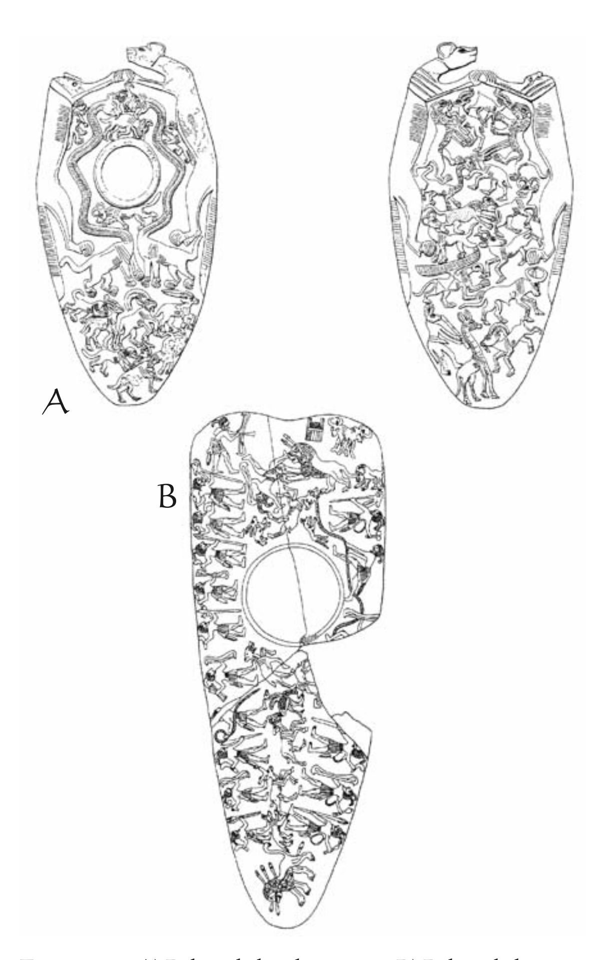



Figura 3.14. A) Paleta de los dos perros; B) Paleta de la caza.

de las técnicas y actitudes de caza, no estamos aquí ante un episodio de caza concreto, interpretación tradicional del documento, sino ante una «reflexión» en términos simbólicos sobre la actividad cinegética como tal, con sus dos polos opuestos: la caza del herbívoro, alimenticia y sin peligro, y la caza del león, ritual y peligrosa y, por tanto, socialmente prestigiosa. La presencia de dos hileras de cazadores dispuestas a lado y lado de la única cara decorada de esta paleta escutiforme, pertrechados con todas las armas posibles, y la presencia asimismo, como presas, tanto de animales herbívoros como de leones, impiden la lectura episódica, como quiera que el objetivo de una partida de caza auténtica es una presa concreta, que requiere una estrategia y un armamento específicos. Los emblemáticos signos de una choza y un doble toro, unidos y situados al margen del resto de la composición, como presidiéndola, podrían aludir al rey. No en vano el rey es, en términos simbólicos, entre otras cosas, el cazador por excelencia. Su mismo atavío ritual en los últimos documentos de la unificación y en la iconografía del dinástico temprano es, en origen, el de un cazador: cualquiera de los cazadores representados aquí, vestidos con faldellín corto y cola de toro y con el arma en alto, puede verse como un precedente de la figura de Narmer masacrando al enemigo en su paleta.

Por lo que se refiere al tema de la guerra, aparece ya en los documentos de Nagada IIIa pero es omnipresente en los de Nagada IIIb, momento de la unificación. En el mango de cuchillo de Djebel el-Arak (fig. 3.13B), de la primera de estas etapas, la temática bélica se organiza en términos duales: en el recto se representan dos grupos de combatientes (unos con trenza lateral y otros sin ella) y dos tipos de embarcaciones (de quilla curva y de quilla cuadrada, como ya veíamos en la tumba 100 de Hieracómpolis), entre las cuales aparecen tendidos combatientes abatidos; en el verso, dos tipos de animales confrontados (herbívoros y carnívoros) y, en la parte superior, el motivo dual del «señor de los animales» (que también veíamos en la tumba 100), en estilo elamita.

Pero es en las paletas de Nagada IIIb donde el motivo de la guerra está asociado de manera explícita al rey, representado como un violento animal salvaje (león, toro, halcón o escorpión), en tanto que encarnación de los poderes de la naturaleza. El recto de la parte conservada de la paleta de los buitres (fig. 3.15A) está dominado por la figura de un león que devora un personaje desnudo, barbado y con cabellera punteada, como se representa en general a los «enemigos» en estos documentos; algunos de sus compañeros yacen o se retuercen en la parte inferior de la composición, devorados por los buitres, mientras que otros son conducidos como prisioneros por dos estandartes reales personificados o un personaje ataviado con una larga túnica. En la fragmentaria paleta del toro (fig. 3.15B), es un toro poderoso el que embiste un enemigo y una serie de ciudades fortificadas, de nuevo con el auxilio de los estandartes reales personificados. En el tercio inferior conservado

de la paleta líbica (fig. 3.15C), la primera en la que la decoración se distribuye en registros, se representa, en una cara, otra serie de ciudades fortificadas asaltadas por los animales que simbolizan al rey: un halcón, un león, un escorpión y dos halcones perchados; y, en la otra cara, un tributo consistente en bóvidos, asnos, ovejas y olivos, que un signo jeroglífico relaciona con tierras líbicas, precedente iconográfico de los tributos líbicos representados en los relieves reales del Reino Antiguo.

Sólo a finales de Nagada IIIb, en los últimos documentos de la unificación, el rey es representado en forma humana y ya según los cánones del arte formal egipcio. En estos documentos el tema central es el ritual real, que sólo el rey «humano» puede ejecutar. Se trata de las cabezas de maza de Escorpión y de Narmer y de la paleta de Narmer, todas ellas procedentes del *Main Deposit* de Hieracómpolis.




Figura 3.15. A) Paleta de los buitres; B) Paleta del toro; C) Paleta líbica.

En la cabeza de maza de Escorpión (fig. 3.16), de cuya superficie decorada se conserva sólo un tercio, el rey es representado con el atuendo ritual que lo caracterizará desde ahora hasta comienzos del Reino Antiguo: faldellín corto, corpiño con tirante, cola de toro y corona, aquí la corona blanca[4]. Descalzo, como corresponde a un contexto ritual, sostiene con las manos una azada y está acompañado por dos asistentes que le presentan un capazo y una suerte de escoba. De pie junto a un canal, el rey se dispone a ejecutar algún tipo de

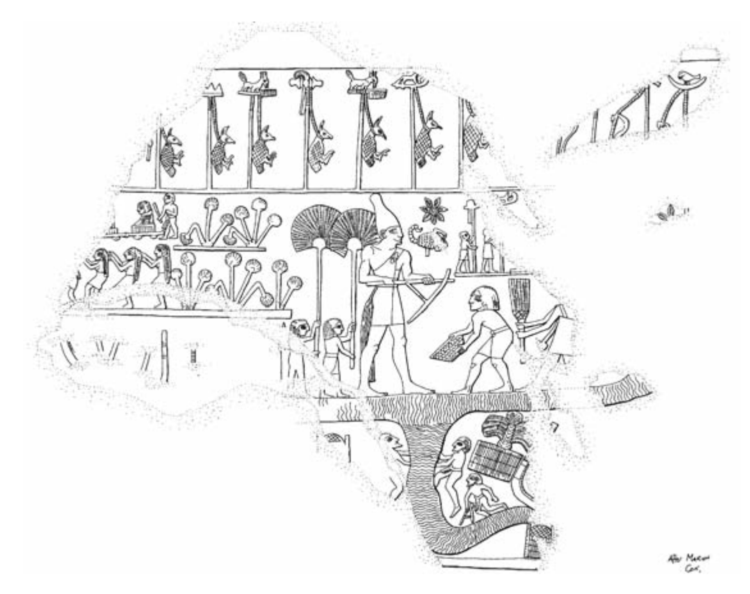


Figura 3.16. Cabeza de maza de Escorpión.

rito agrario, relacionado con la tierra, el agua y la fertilidad. El sentido preciso de este rito se nos escapa, como quiera que el conjunto iconográfico que estamos describiendo constituye un *unicum,* a menos que no lo asociemos a escenas parecidas propias del ritual de fundación de templos de épocas muy posteriores (Reino Nuevo y épocas tardías —templos ptolemaicos—). Frente a la cara del rey, los signos de una roseta y un escorpión han sido tradicionalmente interpretados como su nombre. Sin embargo, el hecho de que estos signos no respondan a la forma habitual en que los reyes son designados en este momento (a través del *serekh,* en alguna de sus formas) y de que no haya ningún *serekh* que mencione de manera inequívoca a un «Escorpión», ha hecho pensar que tal vez se trate de un epíteto real, alusivo, una vez más, a las fuerzas naturales que el rey encarna. En este caso, el rey representado podría ser un personaje no conocido por otras vías o bien uno de los reyes cuyo nombre conocemos por los *serekhs*: Ka o el propio Narmer. La unidad de estilo entre este documento y los de Narmer abogaría por la identificación con este último. En el registro superior de la cabeza de maza se representa una escena de dominio: de unos estandartes reales cuelgan una serie de pájaros *rekhtiu* y de arcos *iunut,* símbolos respectivamente de los súbditos y de los extranjeros. Se trata del precedente preformal del motivo propio de los zócalos de las estatuas reales históricas: arcos y pájaros *rekhtiu* representados, respectivamente, debajo y delante de los pies del rey, «pisados» los primeros y en gesto de pleitesía los segundos.

El ritual al que se hace referencia en la cabeza de maza de Narmer (fig. 3.17), cuya iconografía se conserva completa, es la fiesta *Sed* o fiesta de rejuvenecimiento del rey y de regeneración del mundo. Se representan en concreto dos de sus ceremonias. Por un lado, la de presentación del botín obtenido durante la campaña militar que precedía las celebraciones (en los registros situados frente al rey se habla de 400.000 bueyes, 1.422.000 cabras y 120.000 prisioneros —cifras evidentemente hiperbólicas— y se presentan al rey, maniatados, tres de estos prisioneros —a menos que no se trate de una danza ritual—). Por otro, se representa la ceremonia que escenificaba la muerte y el renacimiento del rey, en el curso de la cual este se presentaba amortajado, con el mayal en la mano (a la vez símbolo regio y funerario) y tocado con la corona (en este caso roja)[5]. Estas ceremonias tenían lugar en un «escenario ritual» bien preciso, que aquí se representa por primera vez y que acabaría siendo reproducido en piedra en el recinto de Netjerkhet en Saqqara. Consistía en un amplio espacio que incluía un podio escalonado sobre el cual se disponía el trono, bajo un dosel y, frente a él, dos series de tres «mojones» en forma de crecientes lunares que delimitaban el espacio ritual. Tras el rey se disponen sus dos asistentes principales, en dos registros superpuestos: el portasandalias y un personaje que ha sido interpretado como un visir, un escriba o una mujer, tal vez la reina, ambos designados por sendas leyendas en jeroglíficos, de controvertida lectura. Por encima del segundo, como presidiendo el conjunto de la composición, se encuentra el *serekh* de Narmer. Justo delante del rey aparece un enigmático personaje sobre un palanquín, motivo recurrente en la iconografía de la fiesta *Sed* de tiempos históricos, que ha sido distintamente interpretado como una divinidad, un hijo real o una víctima sacrificial. Finalmente, en un registro vertical separado del resto de la composición se representan un santuario con un ibis perchado y un recinto con animales sacrificados, en el cual algunos han querido ver el antiguo santuario de Hieracómpolis de tiempos de Nagada IIb-d (localidad HK29a).

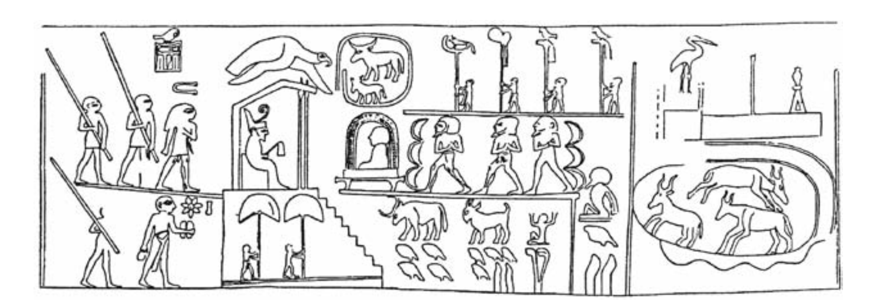


Figura 3.17. Cabeza de maza de Narmer.



Figura 3.18. Paleta de Narmer.

La paleta de Narmer (fig. 3.18) es considerada como el documento que simboliza la culminación de la unificación política de Egipto y la instauración de la monarquía dual histórica. Su iconografía está presidida, en el registro superior tanto del recto como del verso, por el *serekh* real flanqueado por imágenes de la diosa vaca Bat, asociada a la fecundidad y al orden cósmico. En la paleta, el rey está representado cuatro veces, dos en forma animal y dos en forma humana. En el verso, aparece, por primera vez, la versión formal del motivo de la masacre del enemigo. El rey, en forma humana, está ataviado con el atuendo ritual (faldellín —aquí sostenido por un cinturón ricamente decorado—, corpiño con tirante y cola de toro) y luce una barba postiza y la corona blanca del Alto Egipto. Con una mano levanta la maza sacrificial y con la otra agarra por el pelo al enemigo vencido, que una secuencia jeroglífica parece identificar con el Delta occidental. Lo acompaña un portasandalias, llevando las sandalias reales y un aguamanil para las purificaciones; se trata de un alto cortesano, que desempeña una función central en la actividad ritual. Por encima del prisionero, una escena emblemática alude al sometimiento del Delta por parte del rey: sobre un signo consistente en una lengua de tierra de la que brotan seis plantas de papiro (símbolo del Bajo Egipto) y personificado por medio de una cabeza de enemigo, está posado un halcón que sujeta esta cabeza (o le arrebata el aliento vital). En el recto, el rey vuelve a aparecer en forma animal, como un toro que embiste enemigos y fortalezas (registro inferior), y en forma humana, en una procesión en la que, ataviado con el consabido atuendo ritual pero tocado ahora con la corona roja del Bajo Egipto, avanza, acompañado de sus asistentes habituales, hacia dos hileras de

enemigos decapitados (registro superior). En el registro central, rodeando el hueco de las mezclas cosméticas, dos felinos de estilo mesopotámico, domeñados por sendos personajes, entrecruzan sus largos cuellos.

La paleta de Narmer simboliza un punto y aparte en la historia del antiguo Egipto. Representa, por un lado, el final de una larga tradición simbólico-iconográfica. En efecto, después de este documento las paletas decoradas, así como las mazas y los mangos de cuchillo, caen en desuso y dejan de ser utilizados como medios de expresión de la ideología real. Los motivos mesopotámicos desaparecen con ellos: los leones de largos cuellos entrelazados de la paleta de Narmer suponen, en este sentido, un verdadero canto del cisne. También la representación del rey en forma de animal se da en este documento por última vez. Por otro lado, la paleta representa también el punto de partida de una realidad nueva. El motivo de la masacre del enemigo, central en la ideología faraónica como símbolo de eliminación del caos, adquiere aquí su forma canónica y, sobre todo, el rey aparece tocado por primera vez en el mismo monumento con lo que ya podemos llamar la corona blanca del Alto Egipto y la corona roja del Bajo Egipto. Esto significa que se están poniendo las bases del Estado unificado dual.

## La Época Tinita (I y II dinastías)

### *Estado dual, titulatura y listas reales*

De acuerdo con las fuentes arqueológicas y epigráficas, fue muy probablemente el rey Narmer quien, hacia 3100 a. C., completó la unificación política de Egipto. Si el Delta central y oriental llevaba ya desde principios de Nagada III en la órbita cultural del Alto Egipto y tal vez por ello fue incorporado de manera más automática al reino del sur, es posible que la unificación se completara con la anexión, por parte de Narmer, de las tierras del Delta occidental o líbico. Así parece sugerirlo el hecho de que, en los documentos de este rey, el enemigo sea sistemáticamente un libio o habitante del Delta occidental. Es así en su famosa paleta y en otros dos importantes objetos (fig. 3.19): un mango cilíndrico de marfil procedente, como la paleta, del *Main Deposit* de Hieracómpolis y una etiqueta de marfil hallada recientemente por G. Dreyer en el cementerio B de Umm el-Qaab, en Abydos. En ambos, el signo jeroglífico del pez siluro *nar,* con el que se escribe el nombre del rey, aparece personificado con dos brazos humanos, en sustitución simbólica del propio rey, y, en el primer caso, se dispone a golpear con un largo bastón a una serie de enemigos arrodillados y maniatados, dispuestos en tres registros frente a él, mientras que, en el otro, va a masacrar con la maza al enemigo vencido,

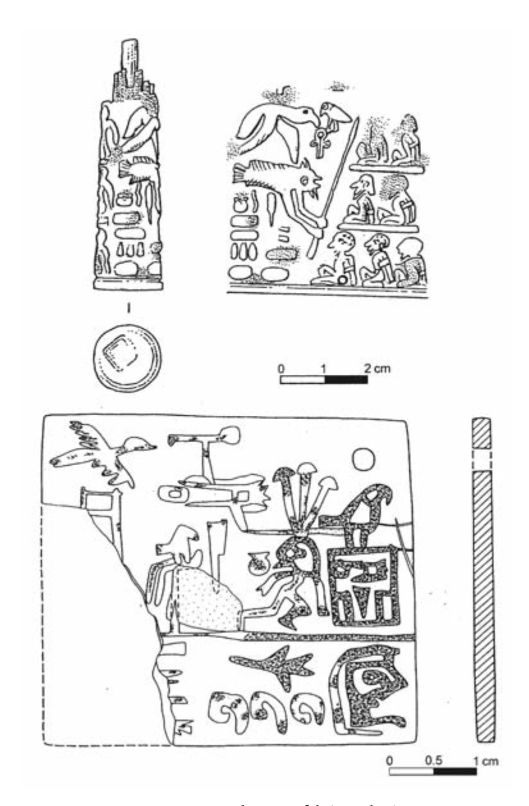



Figura 3.19. Mango de marfil (arriba) y etiqueta (abajo) de Narmer.

que tiene asido por el pelo, igual que en la paleta. En los dos documentos, debajo del siluro aparece el signo jeroglífico del cincel *mer,* segundo elemento del nombre real. En el mango los enemigos están claramente identificados con una leyenda jeroglífica: *chehenu,* es decir, «libios», y en la etiqueta el enemigo aparece tocado con tres cañas de papiro, símbolo del Delta (se trata ya del signo jeroglífico *Mehu,* «Bajo Egipto»), y acompañado del estandarte de «Occidente».

Por el norte, la expansión del reino altoegipcio parece haber alcanzado incluso el sur de Palestina. La evidencia arqueológica y la presencia abundante de *serekhs* de Narmer en la región hacen pensar, si no en un control directo de la misma, sí en el establecimiento de asentamientos o de colonias egipcias más o menos permanentes. Se trata, sin embargo, de un fenómeno puntual, que no perduró tras el reinado de Narmer. Por el sur, la frontera fue establecida en Elefantina, a la altura de la primera catarata, donde inmediatamente se construyó una fortaleza, según han revelado en los últimos años las excavaciones del Instituto Alemán de

El Cairo. En efecto, a comienzos del dinástico, el nuevo Estado unificado egipcio intensificó su política de agresión frente al reino nubio de Qustul, vecino por el sur, hasta aniquilarlo completamente, eliminando así un incómodo intermediario en el tráfico de materias primas africanas por vía nilótica.

Desde un punto de vista ideológico, la culminación de la unificación y el reinado de Narmer fueron sentidos por los egipcios como hechos trascendentes, cosmológicos, culturalmente «constituyentes»; no por un eventual «alcance histórico», que el pensamiento egipcio no contemplaba, sino por su carácter fundacional e instaurador de un orden superior en la tierra. Como H. Frankfort escribe en una obra ya clásica: «Una vez terminada la conquista, fue posible ver la unificación de Egipto no como un resultado efímero de ambiciones conflictivas, sino como la revelación de un orden predestinado»[6]. Este carácter fundacional del reinado de Narmer y, por tanto, de ruptura respecto a la tradición precedente, queda patente en dos ámbitos de la actividad cultural: la instauración del Estado dual y el inicio de la tradición de los anales y las listas reales.

Independientemente de que en el reino altoegipcio de Nagada IIIa-b hubiera podido darse ya algún tipo de lectura dual del territorio, no es hasta la unificación cuando la dualidad aparece como una componente ideológica definidora del Estado egipcio. La unión del valle y el Delta en una sola entidad político-social y bajo un mismo dirigente fue percibida en términos de una «cosmización». Ahora bien, uno de los principios atemporales de la cosmovisión egipcia es, precisamente, el principio dual, según el cual, todo ente dotado de «realidad» y de «sustancia» está conformado por dos polos opuestos complementarios. De nuevo en palabras de Frankfort: «[La monarquía dual] dio expresión política a la tendencia egipcia, tan profundamente arraigada, de entender el mundo como un conjunto de dualidades contrapesadas en un equilibrio inalterable. [...] Menes [= Narmer] dio expresión política a un modo de pensar fundamentalmente egipcio cuando definió su soberanía sobre las tierras vencidas y unificadas del Nilo como "una monarquía del Alto y Bajo Egipto". La perfecta consonancia entre los nuevos conceptos políticos y las establecidas nociones cosmológicas invistió a su creación de poderosa autoridad»[7].

Un Estado acorde con el cosmos debía ser dual. Así, el principio dual fue proyectado sobre el territorio, y se concibió un Estado formado por dos mitades complementarias, el Alto y el Bajo Egipto, a cada una de las cuales se fueron asociando, poco a poco, una serie de dioses tutelares y de símbolos heráldicos. Muchos de estos dioses y símbolos eran originarios, en realidad, del Alto Egipto, pero ahora fueron «repartidos» entre las Dos Tierras. Así, el dios Set (llamado Ash en los documentos de la Época Tinita ), la diosa buitre Nekhbet , la corona blanca , la

flor de loto , el junco , la capilla zoomorfa , la ciudad de Nekhen o Hieracómpolis como capital simbólica y las «almas de Nekhen», con cabeza de chacal, como ancestros reales fueron algunos de los símbolos del Alto Egipto; mientras que el dios Horus , la diosa cobra Uadjet , la corona roja la planta del papiro , la abeja , la capilla abovedada , a ciudad de Pe o Buto como capital simbólica y las «almas de Pe», con cabeza de halcón, como ancestros reales fueron los complementarios símbolos del Bajo Egipto. Es precisamente en la paleta de Narmer donde por primera vez aparece claramente expresado este principio cosmológico-político, bajo la forma de las dos coronas que luce alternativamente el rey en el recto y en el verso. A mediados de la I dinastía aparecería la «doble corona»: una combinación de ambas, de uso alternativo. En cuanto al junco y al papiro como símbolos heráldicos del Alto y Bajo Egipto, están en uso ya desde tiempos de la unificación (aparecen en inscripciones sobre cerámica de los reyes de la «dinastía 0»), pero no combinados en una unidad simbólica, sino por separado.

La dualidad da forma, asimismo, a los dos nuevos títulos del protocolo faraónico que aparecen durante la I dinastía. Los reyes de la «dinastía 0» y los primeros de la I dinastía poseyeron sólo el título (y nombre) de Horus. Durante el reinado de Den, a mediados de la I dinastía, aparece el título de *Nesu-bit,* «El del Junco y la Abeja», o sea, «El Rey del Alto y Bajo Egipto», como quiera que el junco y la abeja son los símbolos heráldicos de las dos mitades del país. Es el título que a partir de ahora identificará propiamente al rey como soberano del Estado dual. El sucesor de Den, Andjib, introduce el título de *Nebuy,* «los Dos Señores», en alusión a los dioses Set y Horus, representantes del Alto y Bajo Egipto, respectivamente. Por razones desconocidas, este título, sin embargo, no perdura. El sucesor de Andjib, Semerkhet, lo sustituye por su contrapartida femenina: *Nebty,* «las Dos Señoras», alusivo a Nekhbet y Uadjet, las dos diosas tutelares del Alto y Bajo Egipto. En realidad, el teónimo *Nebty* existía ya desde el reinado de Aha, sucesor de Narmer, pero no como título del protocolo real, sino formando parte del nombre de determinados recintos y capillas cultuales. Del reinado de Den data, asimismo, la primera representación conocida del motivo del *Sema Tauy,* literalmente «la Unión de las Dos Tierras», alusivo a una de las ceremonias de la coronación en que el rey era investido, precisamente, del poder sobre las Dos Tierras[8]. El motivo consiste en una planta de papiro (Bajo Egipto) y un junco (Alto Egipto) simétricamente dispuestos a lado y lado del signo jeroglífico vertical con que se escribe el verbo *sema,* «unir», y atados a él.

El segundo ámbito de actividad cultural en que queda patente el carácter fundacional del reinado de Narmer es la analística y la tradición de las listas reales, que empiezan con él. Como hemos dicho, tras Narmer, la ideología real deja de vehicularse a través de objetos votivos como las paletas o las cabezas de maza decoradas (que son documentos específicos

de la época de la unificación). El soporte que los reemplaza durante la Época Tinita son las «etiquetas analísticas» de marfil o madera, procedentes siempre de contextos funerarios, de las que la etiqueta de Narmer antes comentada es el ejemplo más antiguo. Formalmente, se trata de una sofisticación y ampliación de las etiquetas documentadas por primera vez en la tumba U-j de Abydos, pero con una reformulación sustancial del contenido, para dar cabida al despliegue iconográfico y epigráfico que supone la ideología real y hacerlo en función de una práctica cultural completamente nueva: la analística. Las etiquetas, cuadradas o rectangulares, de entre 4 y 10 centímetros de lado, dotadas de un orificio para facilitar su sujeción a las ofrendas funerarias de las que dan cuenta, presentan normalmente el contenido iconográfico y textual distribuido en registros horizontales y, en ocasiones, también verticales. El último de ellos se refiere siempre a la ofrenda de referencia, normalmente un aceite de alta calidad. En los demás se recogen el *serekh* del rey, a veces el nombre y títulos de un alto oficial, probablemente encargado del abastecimiento de la tumba real, y, sobre todo, la lista de los tres o cuatro «hechos» definidores de un año, con objeto de datar la ofrenda en cuestión. Desde mediados de la I dinastía, el signo jeroglífico de «año» abre y enmarca este contenido analístico.

Los «hechos» a los que se alude no son hechos históricos, sino acciones arquetípicas o rituales protagonizadas por el rey: procesiones y ceremoniales religiosos, sacrificios, confección y dedicación de estatuas o de otros objetos sagrados, edificación y consagración de recintos cultuales, construcción de barcas ceremoniales, censos de la riqueza ganadera del país, aniquilación de enemigos extranjeros... Esto no quiere decir que algunas de estas acciones arquetípicamente expresadas no puedan remitir a hechos históricos, aunque es preciso ser muy cautos en las deducciones y procurar contrastarlas, en la medida de lo posible, con otros tipos de fuentes (especialmente arqueológicas). La parte analística de una etiqueta de finales de la I dinastía reza, por ejemplo: «Año de seguir a Horus, (de la fiesta) del palacio blanco de los Grandes y (de la fiesta) de la barca Henu», donde el «seguir a Horus» alude a un viaje ceremonial que el rey, acompañado de su corte, realizaba, al parecer de forma bianual, por todo el país con objeto de recibir el homenaje personal de sus súbditos, administrar justicia y recaudar tributos; los «Grandes» son probablemente los ancestros reales, que en las primeras tres dinastías son representados con forma de mandril; y la barca Henu es la barca sagrada del dios Sokar de Menfis y el elemento central de su ceremonial.

En una etiqueta del rey Den (fig. 3.20) se alude a la fiesta *Sed* y se representa el mismo escenario ritual que ya veíamos en la cabeza de maza de Narmer: un trono con dosel sobre un podio escalonado y, frente a él, dos series de mojones semicirculares simétricamente dispuestos. El rey aparece dos veces: en el trono, sentado y amortajado, como en el documento

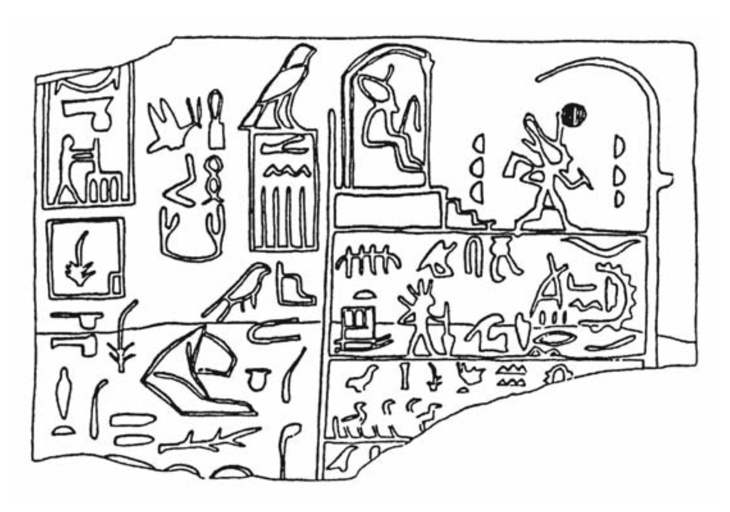


Figura 3.20. Etiqueta de Den.

de Narmer, y entre los mojones, tocado con la doble corona y corriendo la carrera ritual propia de esta fiesta, un tema que ya veíamos (aunque en un contexto iconográfico pre-formal) en la tumba 100 de Hieracómpolis, y que aquí adquiere su forma canónica. En efecto, la carrera tiene lugar entre unas marcas territoriales rituales que delimitan simbólicamente el territorio de Egipto, sobre el que el rey reafirma su poder, en el marco de esta fiesta de regeneración regia y cósmica. El escenario ritual representado aquí formaba parte de los recintos en materiales perecederos y adobe que los reyes hacían construir específicamente para celebrar las fiestas regias, como, tal vez, el recinto cultual de Hieracómpolis. A comienzos del Reino Antiguo, Netjerkhet reproduciría en piedra este mismo escenario en el patio principal de su complejo en Saqqara y retomaría el motivo iconográfico de la carrera entre las marcas territoriales en tres de sus estelas funerarias.

Las etiquetas analísticas son características de la Época Tinita y desaparecen a principios del Reino Antiguo. En realidad, no se trata más que de la punta del iceberg de una actividad analístico-ritual que se desarrollaría en la corte y en los templos y cuyo soporte principal sería muy probablemente el papiro. Los archivos de estas instituciones guardarían, junto con otro tipo de textos, esta documentación analística. Los anales egipcios más importantes conservados datan de la V dinastía. El monumento original consistió en una gran estela apaisada que debió tener unos 2 metros de longitud por unos 0,70 metros de altura y del que sólo conservamos algunos fragmentos. El más importante es la llamada Piedra de Palermo. Estos anales recogían todos los reinados desde

la I dinastía hasta comienzos de la V dinastía, subdivididos en casillas. Cada casilla corresponde a un año de reinado y recoge los hechos (siempre del tipo de los enumerados más arriba) que definen ese año, así como la altura de la crecida del Nilo. Es evidente, pues, que la «información» recogida se ha transmitido vía una documentación papirológica hoy perdida. La parte inicial de los anales, correspondiente a tiempos anteriores a la I dinastía, es completamente distinta: las casillas no aluden a hechos, sino que recogen sólo hipotéticos nombres reales que nada tienen que ver con los nombres documentados por la arqueología y la epigrafía de Nagada III («dinastía 0»). Esto significa, por un lado, que la tradición analística comienza con el dinástico y con la constitución del Estado dual, y, por otro, que desde el Reino Antiguo los egipcios concibieron un tiempo «anterior» a las dinastías humanas «documentadas», un tiempo cualitativamente distinto, en el que reinaron los dioses y los «seguidores de Horus», es decir, los reyes míticos. Así volverían a expresarlo, mucho más tarde, documentos como el papiro de los reyes de Turín, de Época Ramésida, y las listas de Manetón, de Época Ptolemaica. Sea como fuere, todo ello redunda en ese carácter fundador que tiene el reinado de Narmer.

Lo mismo evidencia la tradición de las listas reales, que aparece también a comienzos del dinástico. Una vez más, las listas no deben ser interpretadas como documentos con una finalidad «histórica», sino que se trata de una práctica vinculada al culto a los ancestros regios. No estamos, pues, ante los testimonios de una «historiografía incipiente» o «primitiva», y esto explica los eventuales desajustes entre el contenido de las listas y la realidad histórica. Nuevamente, esto no significa, sin embargo, que de estos documentos cultuales no puedan extraerse datos históricos.

Las listas de reyes egipcios más célebres son las de la Época Ramésida, entre las que se cuentan el mencionado papiro de los reyes conservado en el Museo Egipcio de Turín y la lista esculpida en el templo de Seti I en Abydos, y las de la Época Ptolemaica, a saber, los diversos epítomes de los *Aegyptiaca* de Manetón. Todas estas listas empiezan con el mismo nombre: Meni o Menes, y atribuyen ocho reinados (siempre los mismos, Menes incluido), a la I dinastía. Durante mucho tiempo, los egiptólogos han discutido sobre la identidad de Menes. ¿Se trata de un personaje histórico, identificable con alguno de los reyes conocidos por los documentos de la unificación y/o de comienzos del dinástico? Y en este caso, ¿qué rey? ¿O es un personaje ficticio, inventado por la analística del Reino Nuevo para designar al primer ancestro de la realeza (como quiera que el verbo egipcio *men* significa «fundar», «establecer»)?

Es importante tener presente que las listas reales ramésidas y manetonianas recogen los nombres de los reyes por el título de «Rey del Alto y Bajo Egipto», mientras que los reyes de las primeras tres dinastías son

conocidos sobre todo por sus nombres correspondientes al título de Horus o al *serekh*. Es lógico, por tanto, que los nombres de las listas tardías no se correspondan con los nombres por los que estos reyes son más conocidos. Ahora bien, como sabemos, a partir de Den, quinto rey de la I dinastía, los reyes poseen ya el título de «Rey del Alto y Bajo Egipto» y, por tanto, un «segundo nombre» correspondiente a él. Pues bien, los «segundos nombres» de los últimos cuatro reyes de la I dinastía documentados en la epigrafía tinita coinciden en esencia con los transmitidos por las listas ramésidas y manetonianas.

Las dos listas reales más importantes de la I dinastía han sido halladas recientemente en el cementerio de Umm el-Qaab, en Abydos, y han dado un nuevo giro al problema de la identidad de Menes (fig. 3.21). Se trata de dos improntas de sellos cilíndricos en las que, acompañados de la mención del dios chacal Khentiamentiu, divinidad funeraria regia, se enumeran en orden de sucesión los nombres de Horus de los primeros cinco reyes de la I dinastía (más el de la «madre del rey» Meretneit, regente de Den), en un caso, y de los ocho reyes de la misma, en el otro caso. La primera impronta data de mediados de la dinastía, mientras que la segunda data del final. Ahora bien, estas dos secuencias empiezan con Narmer, lo cual quiere decir —y ésta es la novedad que aportan los sellos— que este rey era considerado por los egipcios de la época como el iniciador de la «serie».

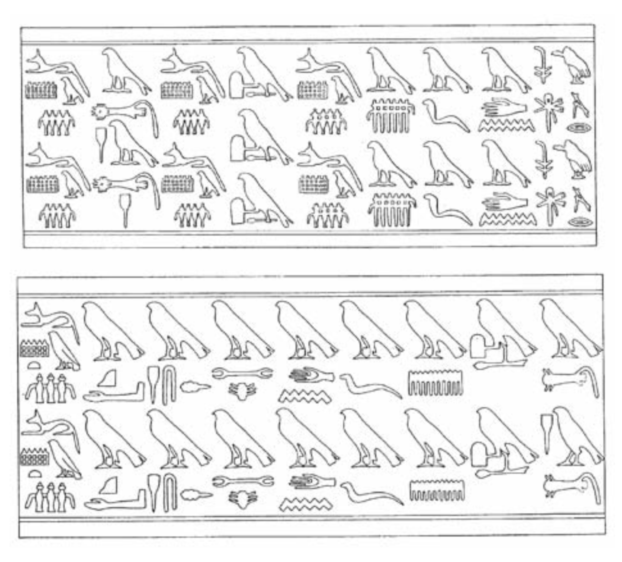


Figura 3.21. Improntas de sellos cilíndricos con nombres de reyes de la primera dinastía procedentes del cementerio de Umm el-Qaab, en Abydos.

Si tanto las listas tinitas como todas las listas ramésidas y manetonianas están de acuerdo en que los reyes de la I dinastía son ocho y si la transmisión de los «segundos nombres» de los últimos cuatro reyes de la dinastía a las listas ramésidas y manetonianas es correcta, no hay por qué dudar de que los primeros cuatro nombres de estas últimas listas correspondan a los «segundos nombres» de los primeros cuatro reyes de la dinastía, tanto si se trató de sus verdaderos «segundos nombres» —difíciles de rastrear en la epigrafía tinita por no estar asociados aún a título regio alguno— como si fueron nombres creados por la tradición de las listas reales posterior para identificar a esos cuatro reyes cuyos «segundos nombres» se desconocían. En un caso u otro, Narmer y Menes serían el mismo personaje.

La tradición tinita de las listas reales continúa hasta mediados de la II dinastía[9], para interrumpirse después. Las listas, igual que los anales, siguieron compilándose sobre papiro y guardándose en los archivos de la corte y los templos, para reaparecer sólo esporádicamente en la documentación conservada, hasta que los reyes de la Época Ramésida volvieron a hacer de ellas un elemento central del despliegue ideológico de la monarquía.

## *Menfis y los complejos funerarios regios de la Época Tinita*

Una vez completada la unificación, la corte del nuevo Estado dual se instaló algo al sur del vértice del Delta (y del actual Cairo), en la ribera occidental del Nilo: la ciudad de Menfis, cuyo nombre original fue Inebhedj o «Muro Blanco»[10]. La nueva capital se alzó en un área llamada desde entonces *Mekhat Tauy,* la «Balanza de las Dos Tierras», puesto que se trataba del punto de encuentro y «centro» simbólico de las dos mitades que conformaban el nuevo Estado. El emplazamiento ofrecía también importantes ventajas político-administrativas, económicas y comerciales. En efecto, las investigaciones de la misión inglesa que estudia los orígenes de Menfis, dirigida por D. Jeffreys, sugieren que hace cinco milenios el cauce del Nilo corría por la región menfita bastante por debajo del nivel actual y que los aluviones de sedimentos de los dos grandes *wadis* del desierto oriental que desembocan en esta zona, el Wadi Digla y el Wadi Hof, al irrumpir en el valle, habían provocado su estrechamiento hasta mínimos de unos 3 kilómetros. Por una parte, esto hacía que el lugar fuera idóneo para el control del tráfico fluvial, y, por otra, los *wadis* suponían dos importantes arterias de comunicación (el Wadi Digla enlaza la región menfita con Palestina) y dos extensas áreas de pastoreo (en un entorno más húmedo que el actual).

Las primeras dos dinastías son conocidas con el nombre de «tinitas» por su lugar de origen, pero gobernaron el país desde Menfis. Herodoto

(II, 99) atribuye al rey Min (= Menes) la fundación de la ciudad y la construcción del templo de su dios principal, Hefesto para los griegos, Ptah para los egipcios. Flavio Josefo (*Antigüedades judías,* VIII, 155) alude también a «Minayas (= Menes), el fundador de Menfis». Manetón atribuye a Atotis, hijo de Menes, la construcción del palacio real de Menfis, sin pronunciarse sobre la fundación de la ciudad. Así pues, los clásicos, y con ellos la tradición egipcia, atribuían a los primeros dos reyes de la I dinastía la fundación de Menfis y de sus dos recintos político-religiosos más importantes: el palacio real y el templo de Ptah.

Ninguna de estas afirmaciones, sin embargo, ha sido aún contrastada arqueológicamente. D. Jeffreys y su equipo han demostrado que el emplazamiento originario de la ciudad fue muy distinto del que tuvo desde el Reino Nuevo en adelante, cuyas ruinas se conservan en la actualidad. En efecto, la posición del lecho del Nilo ha ido desplazándose con el paso de los siglos a causa de la inundación y de las consiguientes modificaciones del cauce. Así, la ciudad originaria estuvo situada unos 3 kilómetros al noroeste de las ruinas actuales, puesto que entonces el cauce del río corría, por esta región, más al oeste que en la actualidad. Ese emplazamiento original ha sido localizado en la llanura aluvial enfrente del pequeño escarpado que el desierto forma en Saqqara, justo al norte de la pirámide de Netjerkhet. El estado inicial de la investigación y de la actividad arqueológica en el lugar (dificultada por el hecho de que los restos se hallan a varios metros de profundidad y bajo la capa freática) hace que no se conozca nada de sus estructuras y su cronología inicial, que futuros trabajos habrán de determinar. En todo caso, es justamente en la cima de ese escarpado desértico donde se construyó el primer edificio funerario de lo que iba a ser la necrópolis menfita: una gran mastaba de adobe, con los muros modulados en entrantes y salientes y pintada de vivos colores, fechada en el reinado de Aha, sucesor de Narmer. Esta mastaba y las que la siguieron inmediatamente quedaban justamente enfrente de la capital. Volveremos más abajo sobre estos sepulcros.

En un primer momento, sin embargo, la instalación de la corte en Menfis no supuso el abandono del antiguo cementerio real de Umm el-Qaab, en Abydos, donde los reyes de la I dinastía y los últimos de la II dinastía edificaron sus tumbas, siguiendo la tradición de sus predecesores de la «dinastía 0». Estos sepulcros se reparten entre el cementerio B (Narmer y Aha) y el cementerio principal (resto de reyes). Desde Aha, sin embargo, la tumba real se convierte en un verdadero complejo funerario integrado por dos elementos topográficamente muy distanciados entre sí: la mastaba, situada en Umm el-Qaab, desierto adentro, y el llamado «palacio funerario», ubicado cerca de la llanura aluvial, junto a la actual aldea de Abydos, al norte de donde más tarde se levantaría el templo de Seti I.

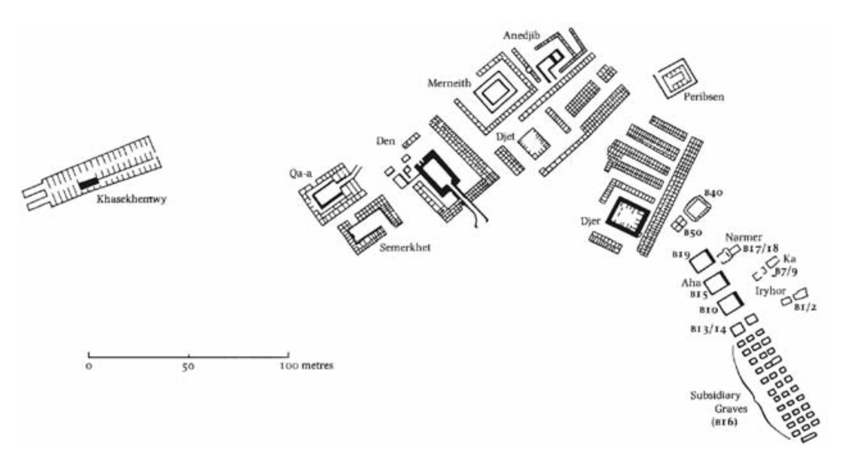



Figura 3.22. Plano de los cementerios B y principal de Umm el-Qaab, en Abydos.

La mastaba era el lugar de enterramiento. Estaba compuesta por una subestructura que comprendía una amplia cámara funeraria cuadrangular en el centro y, eventualmente, otras estancias para almacenamiento dispuestas alrededor (fig. 3.22). Desde mediados de la I dinastía (Den) a la subestructura se accede por una escalera, lo cual permite efectuar el enterramiento después de haber terminado la construcción de todo el monumento. Toda la estructura subterránea es de adobe. Sin embargo, la cámara funeraria de Den está pavimentada con bloques de granito rosa de Asuan, la de Khasekhemuy está íntegramente revestida de bloques de piedra caliza y, desde Den, los accesos a las cámaras funerarias están sellados con grandes bloques de piedra. Se trata de los precedentes directos del uso de la piedra como material constructivo. En la tumba de Djet, las recientes excavaciones alemanas han documentado una estructura desconocida hasta el momento: entre la cubierta de la cámara funeraria y el nivel del suelo había un túmulo de arena revestido de adobes. Sobre éste se disponía la cubierta de madera de toda la subestructura, por encima de la cual se alzaba la superestructura o mastaba propiamente dicha. El túmulo tiene, sin duda, un significado resurreccional, tal vez relacionado con el simbolismo pan-egipcio de la colina primordial, el primer ente surgido del caos líquido primigenio y dotado, por ello, de toda la fuerza creadora y (re)generadora. La subestructura de la mastaba de Den posee un anexo independiente, que contaba con su propia escalera de acceso y que, tal vez, sirvió para el culto funerario de una estatua real, no conservada.

Aunque no han quedado restos de las superestructuras, se trataría muy probablemente de túmulos bajos (entre 1 y 1,5 metros) de arena y grava, de planta rectangular y cubierta ligeramente abovedada, revestidos de

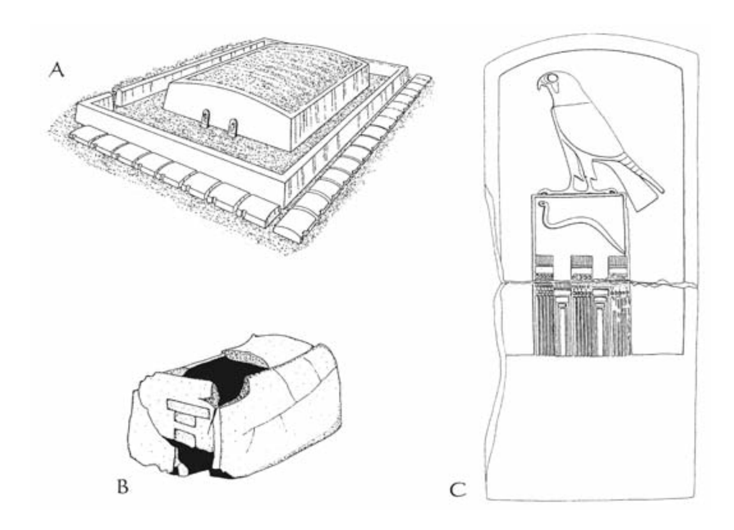



Figura 3.23. A) Reconstrucción de una mastaba de la I dinastía del cementerio de Umm el-Qaab, en Abydos; B) Modelo de arcilla de casa altoegipcia de Nagada II; C) Estela funeraria del rey Djet procedente de su tumba de Umm el-Qaab, en Abydos.

muros de contención de adobe (fig. 3.23A). La forma recordaría la de las viviendas abovedadas de planta rectangular, características del Alto Egipto desde Nagada II y reproducidas por algunos modelos de arcilla (fig. 3.23B), según una antigua tradición que daría a la morada eterna la misma forma de la morada terrenal. Enfrente de la mastaba se colocaban, para su identificación, dos estelas simétricas con el *serekh* del rey, la más conocida de las cuales es la de Djet (el «rey Serpiente») hoy en el Museo del Louvre (fig. 3.23C). La mastaba estaba protegida por un muro que la rodeaba. Durante la I dinastía, al exterior de este muro se disponían, siguiendo el perímetro, hileras de tumbas subsidiarias, en las que fueron enterrados, según nos informan las numerosas estelas halladas en ellas, miembros de la familia real y de la corte: esposas reales y mujeres del harén del rey, funcionarios, sirvientes, enanos y aun perros favoritos del rey. Todos ellos acompañaron a su señor como séquito ultraterreno, en algunos casos tras ser víctimas de sacrificio fúnebre. Esta costumbre desaparece en la II dinastía.

Por lo que se refiere a los «palacios funerarios» (fig. 3.24), se trata de recintos rectangulares de perímetro mucho mayor que el de las mastabas (la mayoría mide unos 90 × 50 metros y el más grande alcanza los 130 × 70 metros) y construidos también de adobe. Están orientados según un eje noroeste-sureste, paralelo al límite de la llanura aluvial. Algunos de los de la I dinastía aparecen rodeados de enterramientos

subsidiarios, como las mastabas. Desde el punto de vista de la decoración arquitectónica, los palacios funerarios introducen, desde mediados de la I dinastía, una importante novedad: los muros exteriores están modulados en entrantes y salientes. Las paredes de las mastabas, continuando una tradición antigua, siguen siendo lisas, mientras que los palacios funerarios, de nueva creación, incorporan este motivo arquitectónico, característico de la residencia real en este momento (de ahí el nombre de «palacios funerarios») y representado en dos dimensiones por el *serekh*.

El palacio funerario mejor conservado es el de Khasekhemuy, último rey de la II dinastía. Los muros presentan restos del estucado original en yeso, que les daba una coloración blanca. La entrada principal está situada en el ángulo sureste. Frente a ella, ya dentro del recinto, se alza un pequeño palacete. En medio del patio, pero no en el centro sino algo desplazado al noroeste, se documentan los restos de lo que parece haber sido un montículo de tierra y adobes, nueva alusión a la colina primordial como símbolo de regeneración. La planta, con todos sus elementos y su

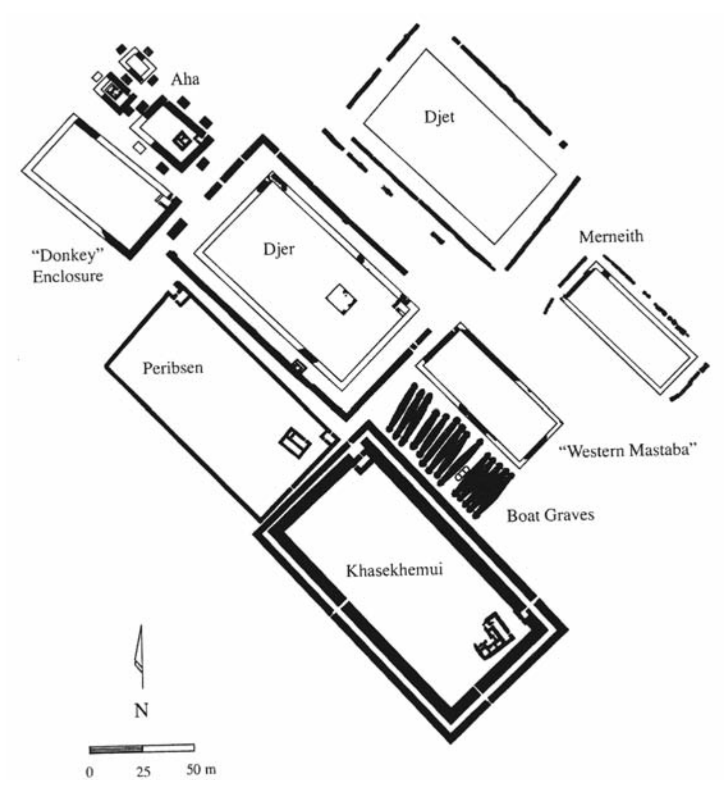



Figura 3.24. Plano de los palacios funerarios de los reyes tinitas en Abydos.

orientación paralela a la llanura aluvial, recuerda muy de cerca la de la fase inicial del posterior recinto de Netjerkhet en Saqqara, que tiene en estos palacios funerarios su precedente directo. La estructura de los palacios funerarios ha sido comparada igualmente con la de un gran recinto ceremonial que los reyes de la I dinastía levantaron en Hieracómpolis, probablemente para celebrar en él las grandes fiestas de la realeza, entre ellas la fiesta *Sed*. Todo esto nos permite comprender la función de los palacios funerarios. Como el complejo de Netjerkhet, se trataría, por un lado, de recintos para el culto funerario del rey difunto y, por otro, de espacios rituales para que su *ka* pudiera seguir celebrando las fiestas regias en el más allá, para beneficio de la comunidad. Un conjunto de 14 grandes barcas enterradas junto los palacios funerarios (no se sabe si a la vez o por reinados) redunda en este carácter ceremonial (recuérdense las «procesiones de barcas» de los rituales regios más antiguos).

Entre las mastabas y los palacios funerarios de los reyes se encuentran, excepcionalmente, los de una reina: Meretneit, que no recibió el mismo trato que las demás consortes (una tumba subsidiaria de la tumba real), sino que poseyó un complejo funerario propio. La mastaba contaba con sus dos estelas, que contenían el nombre de la reina, aunque sin el *serekh*. Esto concuerda con el trato que Meretneit recibe en una de las dos listas reales de las improntas de sellos de Abydos antes descritas: su nombre aparece junto con los de los reyes, precedido del título de «madre del rey». En efecto, esta Hatshepsut *avant la lettre* fue esposa de Djet y madre y regente de Den, y tuvo, sin duda, un peso político que fue más allá del habitual en una reina.

Paralelamente a la construcción de los complejos funerarios de Abydos, durante la I dinastía se inauguró también, como queda dicho, la necrópolis menfita, con la construcción de una serie de mastabas monumentales en Saqqara norte, enfrente de Menfis. La primera se edificó en tiempos de Aha y la última en tiempos de Qaa, respectivamente el segundo y el último rey de la dinastía.

Las mastabas de Saqqara son completamente distintas de las de Abydos en estructura y ubicación topográfica (fig. 3.25). Para empezar, no tienen asociado un segundo edificio y se levantan al borde del desnivel que forma la meseta desértica en esta zona, a pocos metros de la llanura aluvial. Están orientadas nuevamente según el eje de esta última. También están construidas en adobe y presentan una subestructura y una superestructura. La primera consiste en una o más cámaras excavadas en el suelo y cubiertas, a la altura de éste, con vigas y plafones de madera; una de ellas, la más profunda, normalmente situada en el centro del monumento, es la cámara funeraria. Como en Abydos, desde el reinado de Den a ésta se accede por una escalera: las mismas soluciones técnicas se aplican a los dos tipos de sepulcros. La superestructura, de planta rectangular y mucho mayor y más monumental que la de las mastabas de Abydos

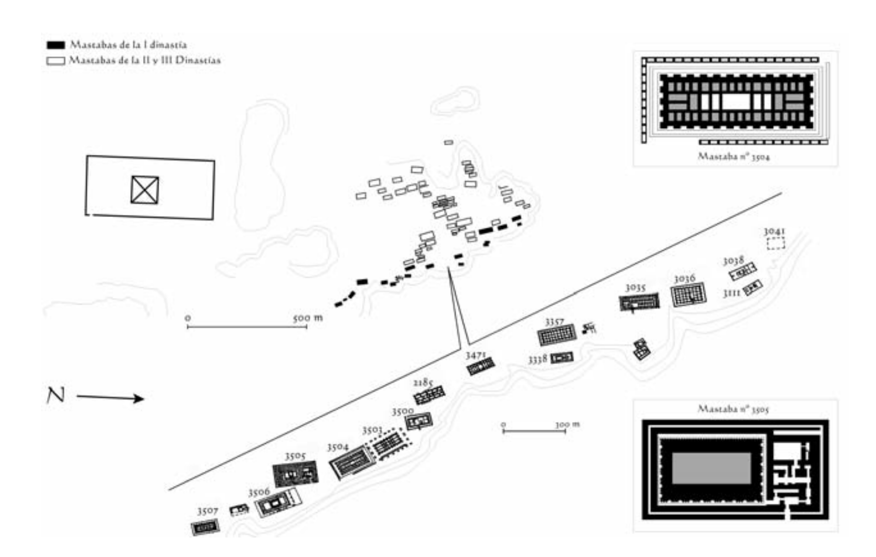



Figura 3.25. Plano del cementerio de la I dinastía en Saqqara norte.

(la mayoría mide unos 40 × 15/20 metros y unos 5 metros de altura), no es maciza, como en éstas, sino que está compuesta también por un número variable de cámaras, todas ellas para almacenamiento (fig. 3.26). Tanto las cámaras de la superestructura como las de la subestructura son perfectamente cuadrangulares y están dispuestas según un riguroso orden simétrico, lo que contrasta con la irregularidad que caracteriza los sepulcros abidenos. Los muros exteriores de la superestructura se presentan modulados en entrantes y salientes y estaban íntegramente estucados y pintados de vivos colores, según motivos vegetales y geométricos que imitaban los antiguos materiales de construcción de origen vegetal (esteras, cañas...). En varios casos, a lo largo de todo el perímetro del muro se adosó un banco sobre el que se dispusieron centenares de bucráneos de barro con los cuernos auténticos. Al norte de la más reciente de las mastabas, de tiempos de Qaa, último rey de la I dinastía, se adosó un verdadero «templo funerario», el más antiguo documentado y precursor directo del que, siglos más tarde, se alzaría al norte de la pirámide escalonada (fig. 3.25, abajo a la derecha). En este templo fueron halladas dos bases de estatuas de madera con sendos pares de pies de tamaño casi natural; puesto que no existen testimonios de estatuas privadas para esta época, cabe concluir que se trató de estatuas reales y que, por tanto, en el templo se rindió culto funerario al rey.

Todas las mastabas estaban rodeadas de un pequeño muro liso que delimitaba el recinto; en muchos casos, al exterior de éste y alineadas a lo largo del perímetro, se disponían las tumbas subsidiarias de individuos

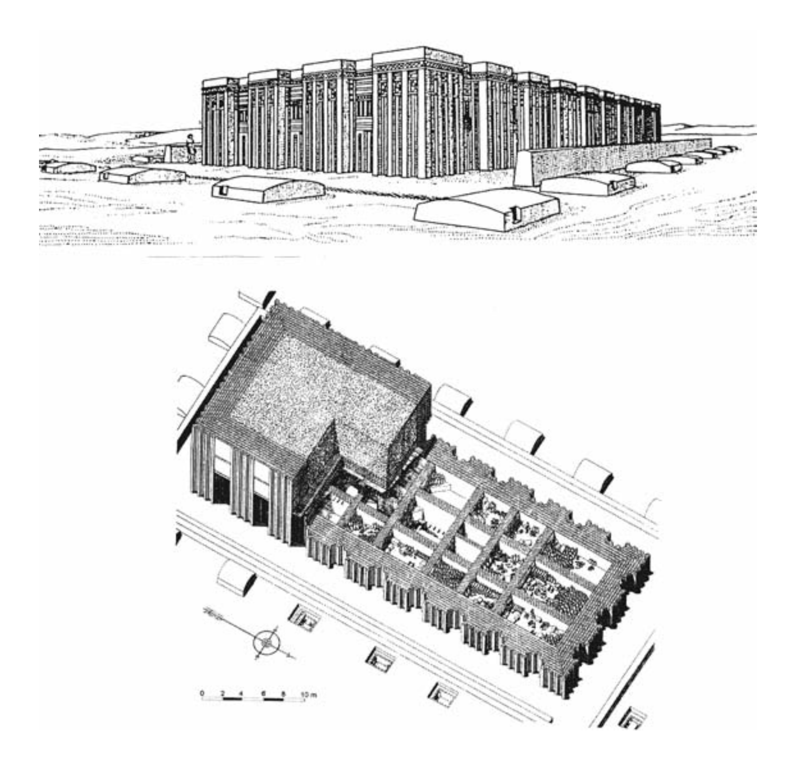


Figura 3.26. Reconstrucción de una mastaba de entrantes y salientes del cementerio de la I dinastía en Saqqara norte.

ritualmente sacrificados en el momento del entierro principal, aunque en menor número que en Abydos. Finalmente, al lado de buena parte de estas tumbas se enterraron barcas funerarias y, junto a la más antigua, de tiempos de Aha, fue construida, también en adobe, una verdadera finca agrícola en miniatura, con sus almacenes y graneros. En algunas mastabas posteriores, se acondicionó una cámara subterránea igualmente como «granero de ultratumba», con grandes recipientes cerámicos para cereales. Así pues, sacrificios y graneros, muerte y vida: una vez más los dos aspectos, terrible y benéfico, de lo sagrado, que el rey encarna.

Pero la característica más significativa de las mastabas de Saqqara es la presencia, en el interior de algunas de ellas, de un montículo de tierra y adobe, en alusión, nuevamente, a la colina primordial. A diferencia de lo que sucedía en Abydos, sin embargo, aquí el túmulo en cuestión se eleva por encima del nivel del suelo y, por tanto, se ubica dentro de la superestructura, lo cual implica una interpretación sustancialmente distinta del concepto pan-egipcio de la colina primordial. En un caso (tumba 3038, de tiempos de Andjib), el túmulo fue, en realidad, la única

superestructura de la tumba durante un tiempo. Se trató de un verdadero tronco de pirámide de adobe, de nueve escalones, planta rectangular y 2,5 metros de altura. Por razones desconocidas, este edificio piramidal fue englobado finalmente dentro de una mastaba de entrantes y salientes como las demás, pero mientras permaneció visible fue la primera «pirámide» que se elevó en el paisaje menfita.

En algunas inscripciones del rey Andjib este monumento funerario aparece nombrado junto al *serekh* real (fig. 3.27). El signo que en ellas lo designa, de nueva creación, tiene la forma de un rectángulo vertical sobre tres escalones, que evocan, respectivamente, la terraza superior y los escalones del tronco de pirámide. Ahora bien, este signo se transmitió a los *Textos de las pirámides* de fines del Reino Antiguo, donde sirvió como determinativo del verbo *iar,* «ascender (al cielo)», función en la que era intercambiable con otro signo que reproducía una mastaba de entrantes y salientes, también tardío recuerdo de los monumentos de Saqqara. Esto puede darnos una idea del simbolismo del tronco de pirámide de Andjib y de las vistosas mastabas de entrantes y salientes: se trataría ya de monumentos asociados a creencias funerarias ascensionales celestes (¿y solares?)[11], como las pirámides del Reino Antiguo. Ello contrastaría con el simbolismo de las ocultas mastabas de Abydos, de significación más bien ctónica, como los hipogeos del Valle de los Reyes del Reino Nuevo.



Figura 3.27. Inscripción grabada sobre un vaso de piedra del rey Andjib.

Como tal vez el lector haya apreciado, en la descripción de las mastabas de Saqqara que precede hemos evitado aludir directamente a sus propietarios específicos. Y es que, a falta de restos humanos y de pruebas epigráficas concluyentes, la historiografía egiptológica no se pone de acuerdo sobre si se trata de monumentos regios o privados, es decir, sobre si fueron elevados como tumbas para los reyes (o cenotafios o «segundas tumbas», puesto que las tumbas reales estaban en Abydos) o como sepulcros de grandes funcionarios. En un primer momento, W. B. Emery (su excavador) y J. P. Lauer las consideraron tumbas reales, atribuyendo un sentido dual a la duplicidad

de sepulcros: uno del Alto Egipto (en el cementerio ancestral de Abydos) y otro del Bajo Egipto (junto a la nueva capital, Menfis). A continuación, B. J. Kemp y diversos autores tras él, argumentando que las tumbas reales son los complejos de Abydos, cuyos palacios funerarios son mucho más monumentales que las mastabas de Saqqara, y que en Saqqara no se han hallado estelas funerarias con los *serekhs* reales como las de Abydos, han afirmado que las mastabas de Saqqara fueron tumbas de altos funcionarios de la corte menfita.

En los últimos años, sin embargo, distintos investigadores entre los que se cuenta el autor de estas líneas, a partir de una reconsideración de la evidencia arqueológica, han vuelto a plantear la titularidad real de estos monumentos. En ellos se habrían enterrado *in effigie* los mismos reyes que en Abydos y algunas reinas. Así parecen sugerirlo, entre otras cosas: la vistosidad y el emplazamiento de los sepulcros, frente a la nueva capital del Estado unificado; la presencia de las tumbas subsidiarias y la práctica del sacrificio humano, difícilmente asociable a tumbas no reales; la presencia de los bucráneos, como quiera que el simbolismo asociado al toro es, como sabemos, exclusivamente regio; la presencia del templo funerario adosado al norte de la mastaba de Qaa, preludio del de Netjerkhet, con sus estatuas de madera de tamaño casi natural, que en esta época difícilmente pueden no haber sido reales; la presencia de abundante epigrafía e iconografía regias asociadas a los bienes de los ajuares; y, sobre todo, el tronco de pirámide de Andjib, estrechamente asociado en las inscripciones al *serekh* del rey, y su simbolismo ascensional y celeste, como el de las posteriores pirámides. Recientemente, habida cuenta de los aspectos «agrarios» de las mastabas (ofrendas, graneros), D. Wengrow las ha interpretado como el equivalente funerario de las explotaciones agrarias regias, fuentes de vida para quienes dependían de ellas.

En cualquier caso, las mastabas de Saqqara no fueron los únicos edificios de entrantes y salientes construidos en Egipto durante la I dinastía. En Nagada (es decir, significativamente, en la antigua capital de uno de los «proto-reinos» predinásticos) y en Guiza (inaugurando esta área de la necrópolis menfita) fueron edificadas sendas grandes mastabas, la primera asociada a la reina Neithotep, probablemente esposa de Narmer y madre de Aha, y la segunda de tiempos del rey Djet y sepulcro tal vez de su esposa o de su madre. Los entrantes y salientes, como muchos otros rasgos en origen regios, fueron desde muy pronto imitados por los miembros de la élite palaciega, y las tumbas más ricas de los cementerios tinitas de Abusir, Tarkhan, Helwan y Naga ed-Deir presentan este motivo arquitectónico.

Los reyes de la primera mitad de la II dinastía abandonaron el cementerio ancestral de Abydos como lugar de enterramiento y se enterraron (sólo) en Saqqara. Los tres primeros, Hotepsekhemuy, Nebre y

Ninetjer, construyeron dos grandes sepulcros (uno tal vez compartido) en el área que hoy ocupan el templo funerario y la rampa del complejo de la pirámide de Unas (V dinastía). De ellos se han conservado las subestructuras, a modo de largos ejes con galerías a lado y lado; de las superestructuras, destruidas en el momento de la construcción del complejo de Unas, queda sólo algún vestigio, que nos permite deducir que comportarían al menos dos elementos: una amplia plataforma a modo de patio ceremonial y una mastaba, preludiendo lo que sería el primer recinto de Netjerkhet. Los nombres de los primeros dos reyes de la dinastía son significativos en términos políticos y simbólicos. Hotepsekhemuy significa «Los Dos Poderosos están en paz (en él)», en alusión a Set y Horus, dioses simbólicos respectivamente del Alto y Bajo Egipto, lo cual enfatiza el necesario equilibrio entre las dos mitades del país y tal vez preludia los acontecimientos posteriores. Nebre, por su parte, significa «Re es (mi) señor», lo cual evidencia la progresiva introducción de elementos solares en la esfera de la ideología regia.

Las listas reales ramésidas y manetonianas se hacen eco de la profunda crisis político-cultural que debió atravesar el Estado egipcio en la segunda mitad de la II dinastía. En efecto, los nombres que dan no tienen ninguna relación con los nombres transmitidos por la documentación tinita, y las propias listas difieren unas de otras, como ocurre cada vez que se registran períodos de crisis y de descentralización política («Períodos Intermedios»). Las listas tinitas, por su parte, se extinguen tras los primeros tres reinados de la dinastía. Pero la documentación tinita nos ha transmitido cuatro nombres reales de la segunda mitad de la dinastía: Sekhemib-Perenmaat, Peribsen, Khasekhem y Khasekhemuy. Esta documentación, relativamente abundante, procede casi exclusivamente del Alto Egipto.

Sólo se conocen dos complejos funerarios vinculados a estos reyes: los de Peribsen y Khasekhemuy, ambos en el cementerio de Abydos y compuestos por la mastaba de Umm el-Qaab y el palacio funerario junto a la llanura aluvial (figs. 3.22 y 3.24). Estos reyes, pues, abandonaron Saqqara como lugar de enterramiento y volvieron al cementerio ancestral de la realeza tinita y altoegipcia predinástica. La existencia de tan sólo dos sepulcros para cuatro nombres; el parecido de estos nombres por parejas (los primeros dos comparten los elementos *ib* y *per,* y los últimos dos varían sólo en la terminación); y el hecho de que buena parte de la documentación del primero se haya hallado en la tumba del segundo han hecho pensar que tras estos cuatro nombres hay, en realidad, tan sólo dos personajes que, en un momento dado de sus reinados y por razones difíciles de determinar, modificaron sus nombres.

Pero esta modificación antroponímica fue más allá del mero cambio de nombre. En efecto, si Sekhemib-Perenmaat y Khasekhem son nombres de Horus, es decir, están escritos dentro de un *serekh* coronado por un

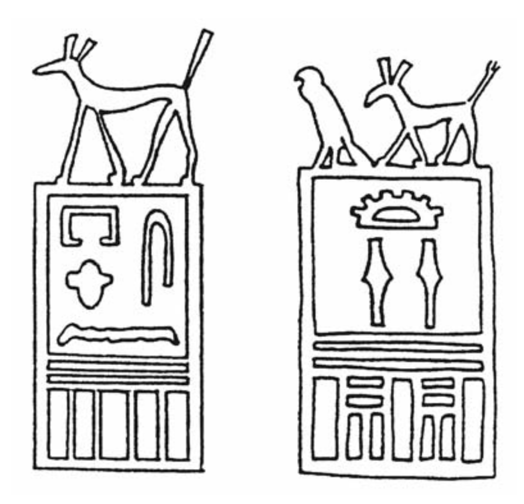


Figura 3.28. *Serekhs* de Peribsen y Khasekhemuy.

halcón, el nombre de Peribsen está escrito en un *serekh* coronado por el animal de Set y el de Khasekhemuy en uno coronado conjuntamente por el halcón de Horus y el animal de Set (fig. 3.28). Estas soluciones para el título correspondiente al *serekh,* únicas en toda la historia de Egipto, son, sin duda, altamente significativas, aunque se nos escapen los términos precisos de esa significación. Habida cuenta de los roles de Set y Horus como dioses simbólicos del Alto y Bajo Egipto, podría tratarse de una suerte de «reivindicación» del sur frente al norte. Probablemente estos reyes reinarían sólo en el Alto Egipto, tras una escisión del país, y allí se distribuiría su documentación y se enterrarían.

El Horus Khasekhem es conocido prácticamente sólo por una serie de objetos votivos hallados en el recinto cultual de Hieracómpolis, algunos en el propio *Main Deposit:* dos estatuas del rey sedente y ataviado para la fiesta *Sed*, un fragmento de estela y tres vasos de piedra. En el zócalo de las estatuas se halla representada una serie de enemigos muertos y contorsionados acompañados por la inscripción «enemigos del norte 47.209». En la decoración grabada en los vasos (fig. 3.29) se alude al «año de combatir y masacrar al enemigo del norte»; la diosa buitre Nekhbet, tutelar del Alto Egipto, está posada sobre un cartucho que contiene la palabra *besh,* «rebelde», y sujeta con una garra el motivo iconográfico del *Sema Tauy,* «la Unión de las Dos Tierras», mientras, frente a ella, el halcón que corona el *serekh* del rey lleva la corona del Alto Egipto. Aunque se trata, como siempre, de documentos alusivos a los deberes cósmicos y rituales del rey, los motivos concretos escogidos podrían tener un trasfondo histórico. Khasekhem habría subido al trono como rey del Alto

Egipto y habría emprendido una serie de acciones militares para volver a someter el «norte» a su autoridad. El fragmento de estela mencionado, que alude a una victoria sobre los nubios, indicaría que la actividad del rey se habría desplegado también hacia el sur.

Cesadas las hostilidades y reunificadas las Dos Tierras, Khasekhem habría modificado su nombre en Khasekhemuy, que quiere decir, significativamente, «Los Dos Poderosos se manifiestan (en él)» y habría coronado su *serekh* con el halcón de Horus y el animal de Set. Su nombre por el título de *Nesu-bit* es Nebuy-hotepimef, «Los Dos Señores están en paz en él» (siempre por Horus y Set). La documentación de Khasekhemuy vuelve a estar mucho más extendida por Egipto, y llega incluso a Biblos, lo cual indica que el Estado unificado funciona de nuevo. A juzgar por la epigrafía de las improntas de sellos de este momento y por los títulos administrativos en ella documentados, el Estado experimenta un proceso de reforma que lo refuerza y conduce a una cada vez mayor centralización, lo cual prepara el advenimiento del poderoso aparato estatal centralizado del Reino Antiguo, inaugurado por Netjerkhet, hijo y sucesor de Khasekhemuy. Khasekhemuy construyó el último complejo funerario real de Abydos, el más monumental de todos, así como un gran recinto cultual en Hieracómpolis, justo frente a la entrada del Wadi Abu Suffian (conocido en la literatura egiptológica como el «fuerte»). Los reyes del Reino Antiguo, empezando por Netjerkhet, se enterraron ya sólo en la necrópolis menfita.



Figura 3.29. Decoración grabada sobre un vaso de piedra del rey Khasekhemuy.

## *Administración y economía en la Época Tinita*

Como hemos visto, la razón principal de la expansión del reino del Alto Egipto a fines del Predinástico tanto hacia el sur como, sobre todo, hacia el norte fue la voluntad de controlar directamente las vías de llegada de materias primas y bienes de prestigio procedentes de África y el Próximo Oriente, y tal vez, también, por lo que se refiere al Delta occidental o líbico, de contar con nuevas y amplias extensiones de tierra fértil bajo control directo del rey y de la élite. Una vez asegurado este control, gracias a la unificación, la noción cultural de «prestigio» fue trasladándose del ámbito de los bienes muebles al de los complejos funerarios regios, que, por su nuevo tamaño y complejidad, los reemplazaron en su carácter de marcadores sociales de la realeza. Ahora bien, el aprovisionamiento de las tumbas reales y el mantenimiento de los cultos funerarios regios (que se oficiaban diariamente, a veces durante siglos, tras la muerte del rey) requerían la movilización de una gran cantidad de recursos agropecuarios, como quiera que ese aprovisionamiento y ese culto se basaban en los productos alimentarios.

Esto supuso que, ya desde comienzos del dinástico, se pusiera en marcha una verdadera «colonización interna», es decir, un proceso de creación por parte de la monarquía, de fincas agrícolas, ganaderas e industriales en el interior del territorio del nuevo Estado unificado, y en especial, precisamente, en las nuevas extensiones de tierras disponibles en el Delta occidental, para el abastecimiento prioritario de la tumba real y del culto funerario a ella asociado. La información que poseemos sobre estas fincas, sin embargo, no procede de la arqueología, sino principalmente de las fuentes epigráficas exhumadas en las mismas tumbas (en especial de las improntas de sellos cilíndricos que sellaban los recipientes que contenían las ofrendas líquidas), por lo que no puede descartarse que se fundaran fincas parecidas con fines no funerarios, para el abastecimiento de la corte y de los almacenes y graneros del Estado. Parece, en todo caso, que también una parte de la producción de las fincas funerarias era destinada a estas necesidades socioeconómicas del Estado.

Las mencionadas fuentes epigráficas nos hablan de dos tipos de fundaciones reales: las grandes explotaciones agropecuarias, la más antigua de las cuales data de los tiempos de Djer, tercer rey de la I dinastía; y las fincas con una producción agrícola, ganadera o industrial más especializada, documentadas desde el reinado de Djet, sucesor de Djer. Las primeras son designadas por medio de un ovoide vertical con el contorno ondulado, como imitando almenas o contrafuertes, que contiene el nombre en jeroglíficos (fig. 3.30A). Son unidades socioeconómicas complejas, organizadas jerárquicamente, que suponen un despliegue de medios, personas y conocimientos fuera del alcance de las comunidades aldeanas

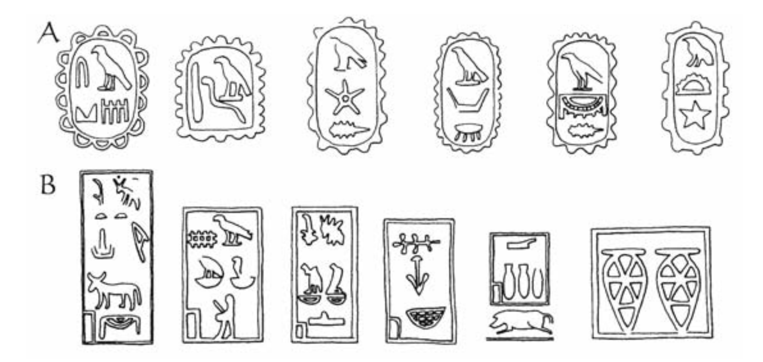



Figura 3.30. A) Nombres de grandes explotaciones agropecuarias regias, tal como aparecen en la epigrafía tinita; B) Nombres de fincas agropecuarias o industriales regias, tal como aparecen en la epigrafía tinita.

o de los grupos de parentesco. Comportan un territorio definido, una comunidad de colonos y una administración propia, en cuya cima se hallan distintos tipos de funcionarios (entre ellos el administrador general, o *adj-mer,* y un capataz en jefe), probablemente escogidos entre los parientes reales. Están destinadas a la producción agropecuaria a gran escala: campos de cereales, huertos, olivos y árboles frutales, viña, ganadería... En cuanto a las fincas especializadas, son designadas por medio del signo jeroglífico del recinto rectangular con un pequeño edificio de planta cuadrada en uno de sus ángulos (recinto *hut*), que contiene el nombre en jeroglíficos (fig. 3.30B). Los nombres de estas fincas permiten deducir que se trataba de instituciones más pequeñas y con finalidades más específicas que las anteriores: localidades concretas o establecimientos para la producción de bienes específicos (granjas de ganado vacuno o porcino, industrias de cerámica, cerveza o natrón, plantaciones de olivos, viñedos...). De su administración, sin duda mucho más simple que la de las grandes haciendas, no tenemos apenas información para la época que nos ocupa.

Como hemos dicho, el excedente de producción de estas fincas funerarias se destinaría al abastecimiento de la corte y del Estado y es probable, asimismo, que hubiera fincas dedicadas en exclusiva a ello. Pero la fuente más importante de recursos del Estado era, sin duda, la tributación. En efecto, la mayor parte de la población de Egipto era campesina y seguía residiendo en los centros urbanos (como Elefantina, Hieracómpolis, Elkab, Edfú, Nagada y Abydos, en el Alto Egipto; y Menfis, Heliópolis, Buto y Bubastis, en el Delta) y, sobre todo, en los centenares de aldeas repartidas por todo el país, especialmente en el Alto Egipto y en el Delta oriental. Las comunidades aldeanas, encargadas de la producción primaria, trabajaban para su propio abastecimiento y para hacer frente a las

exigencias de la tributación. Ésta era, junto con las prestaciones de trabajo relacionadas con la actividad constructora de los reyes, la principal obligación de las aldeas para con el Estado. Por lo demás, el Estado intervenía relativamente poco en la vida interna de las aldeas. La organización social de las mismas seguía dependiendo del parentesco. En efecto, como hemos dicho al analizar el proceso de surgimiento del Estado, una vez impuesta la práctica estatal como marco global de organización del conjunto de la sociedad, el parentesco habría permanecido como articulador interno de las comunidades aldeanas (así como también de la élite estatal). La misma palabra egipcia *uhyt,* que significa a la vez «aldea» y «clan» o «grupo de parientes», así lo sugiere. El Estado no se relacionaba con cada unidad doméstica, sino con la comunidad aldeana como un todo, y el tributo exigido era comunal. También el reclutamiento para las prestaciones de trabajo (el sistema de las *phylae* o unidades de trabajadores del Reino Antiguo) parece haberse basado en los grupos de parentesco. La aldea estaba gobernada por un consejo de notables (entre ellos, los ancianos de las principales familias) y por un líder (*heqa*), responsable ante los funcionarios del Estado. Estos notables constituían la élite local y tenían competencias judiciales, civiles (matrimonios, que no dependían del Estado) y económicas (regadío artificial, que a escala local tampoco era competencia del Estado). Cementerios como el de Tarkhan, con sectores de tumbas más ricas y sectores de tumbas más sencillas reunidas en subgrupos sugieren una organización parental del espacio funerario, reflejo de la realidad social.

La producción de las fundaciones reales y los tributos de las ciudades y de las aldeas eran recaudados por una institución del Estado especializada en ello: el Tesoro, que en la epigrafía tinita recibe el nombre de *per-hedj,* «la Casa Blanca» (desde Meretneit y Den) o *per-desher,* «la Casa Roja» (desde Andjib). Como quiera que el blanco y el rojo son los colores de las coronas del Alto y Bajo Egipto, podría pensarse que cada mitad del país tuvo su propio Tesoro, de no ser porque esas dos denominaciones no parecen coincidir en el tiempo, sino alternarse según los períodos o reinados. Parece claro, sin embargo, que la actividad recaudatoria fue distinta en las dos partes del país, puesto que en el valle, donde los campos de cultivo se alinean en los márgenes del río, se llevaba a cabo por vía fluvial, mientras que en el Delta, la extensión de las tierras cultivadas hacía necesaria la combinación de transporte fluvial y terrestre, a partir, sin duda, de algunos centros estratégicos situados en las distintas ramas del río. Las etiquetas analísticas y la Piedra de Palermo mencionan una actividad del rey y de la corte probablemente asociada a la exacción, aunque difícil de definir. Se trata del ya mencionado «seguir a Horus», probablemente un viaje ceremonial que el rey y sus funcionarios celebraban bianualmente por Egipto con el propósito de recaudar tributos y dirimir conflictos judiciales mayores. Desde el reinado de Den, el alto oficial

responsable del tesoro era el *khetemu-bity* o «portasellos del rey», una persona de estrecha confianza del soberano en la que éste delegaba su sello y que, por tanto, estaba investida de gran autoridad simbólica y política. Los oficiales y funcionarios que dependían de él (como él mismo) debían de ser personas letradas en mayor o menor grado. Desde fines de la I dinastía, el título *zekha,* «escriba», se aplica a funcionarios de bajo rango, que no poseen un título superior, lo cual permite suponer que el conocimiento de la escritura era un requisito imprescindible para entrar en la carrera administrativa.

Un subdepartamento del Tesoro se encargaba del almacenamiento de los productos agropecuarios recaudados. Una buena parte de éstos se destinaba a la redistribución directa, pero otra pasaba a diversos centros de procesamiento para la manufactura de productos secundarios, según documenta la epigrafía tinita: aceite (prensas), vino y cerveza, productos cárnicos (cerdo y vacuno), pan, dulces y vino de dátiles, cestería, lino (lavado y confección), etc. Parte de estos productos secundarios se sumaban a los primarios para la redistribución, mientras que otra parte se destinaba al comercio y los intercambios. Los beneficiarios de la redistribución, de la que se ocupaba otro subdepartamento específico del Tesoro, eran los funcionarios y empleados de la Administración estatal —central y provincial— y los grupos dependientes de un modo u otro del Estado (prestadores de trabajo, soldados, sacerdotes...), así como la población en general, en caso de emergencia (años de malas cosechas). La seguridad que el Estado suponía en este sentido debía ser un aliciente más para que la población viera en él una institución necesaria.

Una institución paralela al Tesoro, pero distinta, era el *per-nesu* la «Casa del Rey», que administraba las fincas propiedad directa del soberano y se encargaba de la recaudación de sus productos y del abastecimiento del palacio real. El *per-nesu* no dependía del gobierno del Estado, como las fundaciones funerarias regias, sino directamente del rey, y era administrado por un hombre de confianza de éste, que llevaba el título de *kherep per-nesu,* «jefe de la Casa del Rey».

Es posible que a partir del sistema de las fundaciones reales y de los mecanismos de la tributación fuera tomando forma, ya desde la Época Tinita, una organización provincial del país, lo que más tarde sería la división en *nomos.* Si bien no hay testimonios claros de esta división hasta el Reino Antiguo (y algunos autores han asociado su aparición a las necesidades derivadas de la construcción de los grandes complejos piramidales), el hecho de que algunos de los títulos de los nomarcas del Bajo Egipto de la época de las pirámides coincidan con los de los funcionarios al frente de las fundaciones regias del Delta de Época Tinita y la presencia en la epigrafía tinita de los emblemas de algunos de los posteriores nomos sugiere que la división provincial empezó a fraguarse desde, al menos, la II dinastía. Probablemente ello sucedió antes en el Delta,

cuyo territorio, sin entidades políticas previas, fue organizado directamente por el Estado unificado, que en el Alto Egipto, donde se mantendría por más tiempo la eventual organización territorial del reino altoegipcio predinástico, tal vez basada en las prerrogativas de ciertas élites locales (el título cortesano del Reino Antiguo «uno de los diez grandes del sur» puede ser el recuerdo del desposeimiento e instalación en la corte de esas élites). El hecho de que en el Reino Antiguo los nomarcas del norte y del sur tuvieran títulos distintos confirmaría ese diverso origen del sistema provincial. más allá de las provincias, otros títulos tinitas parecen aludir a la administración de territorios periféricos, situados tanto en la *zemit* o «desierto bajo», en las proximidades del valle, como en la *khaset*, «desierto abierto» o «tierras extranjeras», en alusión tal vez al Sinaí o al sur de Palestina.

En la cima de todo el aparato administrativo del Estado, e inmediatamente por debajo del rey, se encontraba el visir. A este cargo, documentado desde la II dinastía, correspondía un título tripartito: *taity zab tjaty.* Cada elemento del título parece haberse referido a un ámbito distinto del poder: el último (que traducimos propiamente por «visir»), al ejecutivo y administrativo; el segundo (que traducimos por «dignatario»), al judicial; y el primero, al simbólico, como quiera que *taity* significa literalmente «el de la cortina», lo cual remite al mundo íntimo de la corte y de los cuidados debidos a la persona sagrada del rey. En efecto, en la epigrafía tinita, los títulos cortesanos, es decir, no administrativos o ejecutivos, sino alusivos al servicio directo del rey y de su casa, tienen una presencia decisiva. Algunos se refieren a la proximidad respecto al soberano (como *shemes-nesu,* «seguidor del Rey», o *hem-nesu,* «sirviente del Rey», el título probablemente ostentado por el portasandalias de los documentos de Narmer), mientras que otros aluden al palacio o a las habitaciones palaciegas donde el rey transcurría su vida, al estilo de los «mayordomos» o «camarlengos» de la tradición europea (como *kherep-ah,* «jefe del palacio», o *kherep-zeh,* «jefe del comedor» o «de la cámara de audiencias»).

Todos estos títulos, incluido el de visir, eran ostentados por miembros de la familia o del «clan» real. Como hemos dicho, en efecto, la élite estatal siguió rigiéndose internamente según las normas del parentesco, y muy especialmente en los primeros tiempos. Las fuentes epigráficas hablan de los *pat,* que podríamos traducir por «élite estatal parental» o «grupo de parientes reales», por oposición a *rekhyt,* los «súbditos». Es posible que, con el tiempo, este núcleo parental original admitiera otros integrantes, por ejemplo por la vía del matrimonio. Durante la Época Tinita y el Reino Antiguo, los *pat* concentraron los puestos de mayor responsabilidad e influencia del aparato estatal. El título que los distinguía era *iry-pat,* «vinculado a los *pat*», documentado ya desde la I dinastía.

# CAPÍTULO III

# EL REINO ANTIGUO

José Miguel Parra Ortiz

## La III dinastía

Mientras enterraba a su progenitor —Khasekhemuy—, poco podía sospechar el nuevo faraón de las Dos Tierras, Netjerkhet[1], la relevancia que llegaría a tener su reinado en la historia de la civilización faraónica. Cuando recibió la corona, Egipto era un Estado unificado desde hacía siglos, pero con una monarquía que apenas se dejaba sentir en el valle del Nilo y dependía de un viaje bianual del monarca por todo el país para recaudar los impuestos. Para cuando su propio sucesor lo sustituyó como soberano, la monarquía egipcia se había asentado definitivamente en una residencia fija —la capital, Menfis— y puesto las bases de todos los resortes de poder que permitirían a los siguientes monarcas construir los más grandiosos monumentos del mundo antiguo, las pirámides. En ellas es donde más recursos se gastaron y donde se concentra la mayor parte de la ideología que explica el Reino Antiguo, lo cual las convierte en el resto más conspicuo de todo el período. Podemos decir, por lo tanto, que fueron las pirámides (fig. 4.1) las que construyeron la sociedad egipcia del Reino Antiguo, no al revés. Y es que «la historia de las pirámides es la historia del Reino Antiguo»[2]. Fue precisamente la construcción de la primera de ellas, la Escalonada de Saqqara (fig. 4.2), la que desencadenó todo el proceso de transformación de la sociedad egipcia desde los modos tinitas a los modos de un Estado centralizado.

Cuando Netjerkhet comenzó a gobernar en Egipto lo hizo siendo plenamente consciente de la herencia recibida y, a lo que parece, sin ninguna intención de modificarla. Las primeras etapas de su complejo funerario así lo demuestran. Netjerkhet tuvo toda la intención de enterrarse en una tumba tan discreta como la de sus antepasados, señalada únicamente por una antropización poco llamativa de la colina primigenia: una mastaba cuadrada de unos pocos metros de altura, acompañada

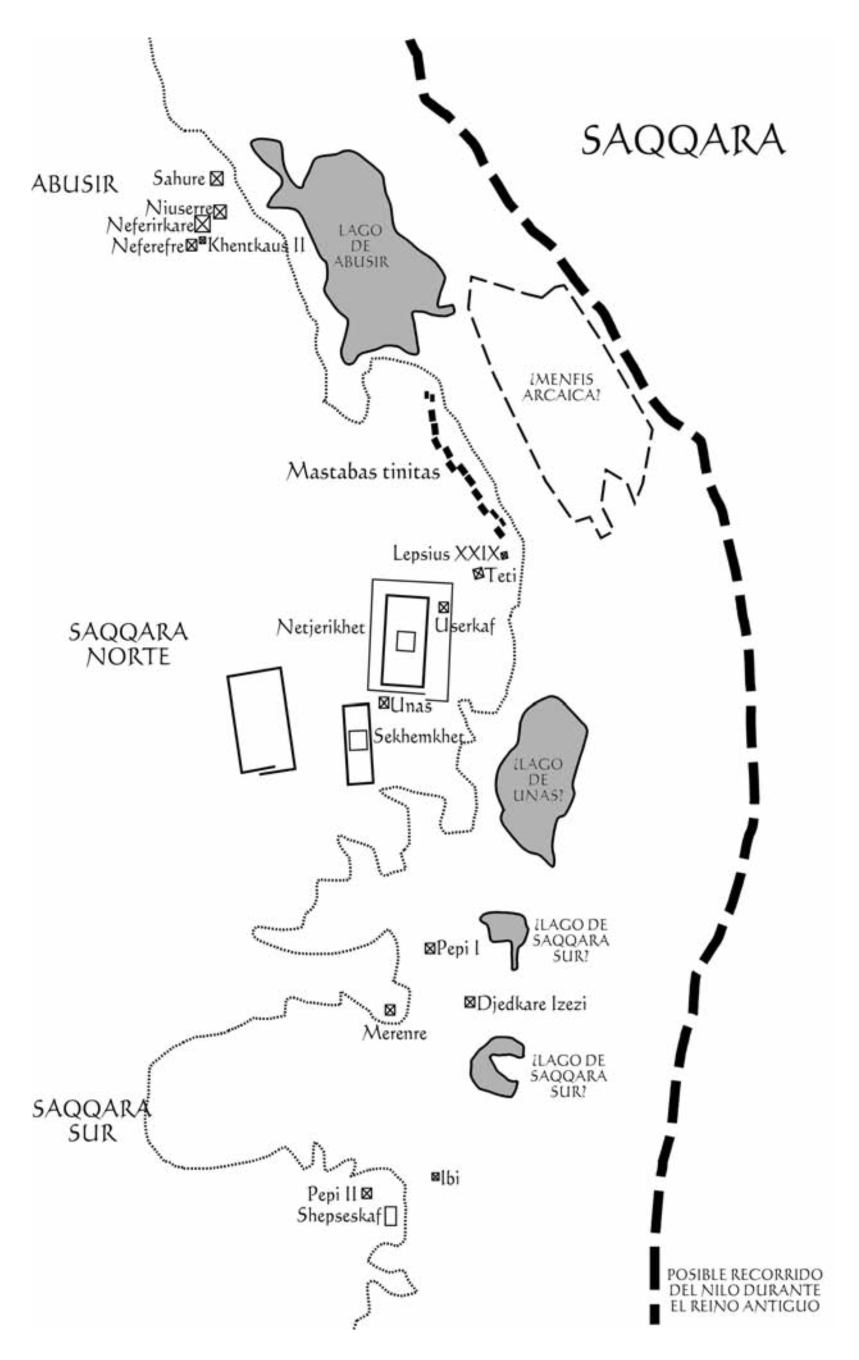



Figura 4.1. Las pirámides de Saqqara.

por el vasto recinto ceremonial rectangular del palacio funerario. Sin embargo, quizá comprendiendo que el asentamiento definitivo de la corte en una nueva capital exigía sacudirse las limitaciones de una monarquía originada en un entorno provincial, Netjerkhet terminó dando un paso definitivo: construir sobre su cámara sepulcral una grandiosa señal de poderío estatal. Había nacido la pirámide escalonada.

Gracias a la pirámide, el faraón se volvió más visible, no sólo por la altura del edificio, sino también por el grandioso recinto de piedra que la acompaña, destinado a mantenerse en pie para siempre, al contrario que sus antecesores de ladrillo, que eran derruidos tras haber cumplido su función ceremonial. La decisión de Netjerkhet, comprensible también por su deseo de diferenciar su tumba de las grandes mastabas de los funcionarios de las dinastías tinitas construidas en Saqqara, puso en marcha toda una serie de cambios socio-económicos que ya fue imposible detener.

En un principio, el paso de un material constructivo a otro, la piedra caliza en vez de los adobes, puede parecer baladí, pero lo cierto es que tuvo una notable importancia. Fabricar adobes es una tarea que puede realizarse con rapidez con un número muy limitado de artesanos. En pocos años un grupo de una decena de ellos podía llegar a fabricar los aproximadamente veinte millones de ladrillos necesarios para construir una pirámide de ladrillo del Reino Medio. Aunque la caliza es tan abundante en Egipto como lo pueda ser el barro del Nilo, se trata de un material por completo diferente, que es necesario extraer de la roca, con un gasto en horas laborables por unidad producida muchísimo mayor que en el caso de los adobes. Ello exigió reclutar un grupo de varios miles de artesanos, capaces de mantener un ritmo de producción adecuado. Por otra parte, el desconocimiento que tenían los obreros del faraón de las cualidades del nuevo material constructivo queda patente en la propia pirámide de Netjerkhet, donde los primeros bloques de caliza tienen el tamaño de ladrillos y sólo los últimos sillares de piedra alcanzan dimensiones y pesos importantes.

Dado que los constructores de la pirámide no eran esclavos, sino artesanos remunerados y alimentados por el faraón, quien les pagaba por la labor realizada, la edificación del complejo funerario real supuso un notable aumento del número de personas dependientes de forma directa de los recursos de la corona. A ello había que sumarle también las necesidades derivadas del mantenimiento de la corte, que si hasta entonces había sido itinerante, consumiendo los recursos que le esperaban en cada una de las etapas de su viaje, al asentarse en una residencia fija necesitó comenzar a hacer acopio y centralizar todos los bienes procedentes de la recaudación de impuestos. Esto implicó cambios en el organigrama de la Administración, que se afinó y en cierto modo «profesionalizó», quedando como sigue: a la cabeza de todo estaba el soberano, quien dependía



Figura 4.2. La pirámide escalonada de Netjerkhet.

para el cumplimiento de sus órdenes del reducido grupo de familiares y personas pertenecientes a la élite conocidos como los «miembros del *pat*»; y el primer cargo administrativo en importancia era el de «visir», de quien dependía la supervisión y control de los tres grandes cuerpos administrativos: la casa y las actividades reales (casa del rey, trabajos de la corona, fundaciones reales, el Palacio y el ceremonial), el Tesoro (recogida de impuestos, manufactura de productos secundarios, almacenamiento, redistribución y suministro) y el gobierno local y regional (Bajo Egipto, Alto Egipto, territorios conquistados y regiones periféricas).

El más distinguido de los personajes que ocuparon posiciones de relevancia en la Administración de Netjerkhet es sin duda Imhotep, reconocido por la tradición como el arquitecto responsable de la creación del monumento funerario de su señor. No obstante, su relevancia durante este reinado va más allá, como demuestran sus títulos, conservados en un pedestal de estatua del rey (fig. 4.3) y en impresiones de cilindro-sello encontradas en las habitaciones subterráneas de la pirámide escalonada. Imhotep era: «canciller del rey», es decir, una persona que podía hacer uso del sello del monarca; «subalterno del rey», un funcionario entre cuyas funciones estaba la de recaudar determinados impuestos; «jefe de la gran heredad», encargado de la administración de un importante conjunto de terrenos destinados a la producción agropecuaria; «jefe de los *pat*», el miembro más destacado de la clase alta egipcia; «grande de los videntes», el nombre que recibía el primer sacerdote del templo de Iunu (Heliópolis); y, por último, «maestro artesano de los escultores y los albañiles», el primero de los constructores del soberano. Como vemos, Imhotep, que no era miembro de la familia real, alcanzó puestos de relevancia en todos los estamentos del poder egipcio: político (el segundo

del rey), económico (recaudador de impuestos y gerente de la heredad del soberano), social (jefe del clan selecto que integraba a la «aristocracia»), religioso (principal sacerdote del templo del dios Ra) y artístico (jefe de los trabajos de construcción). En suma, no sólo es un ejemplo perfecto de todos los campos que tenía bajo su supervisión un visir; sino también la prueba de que para poder construir la primera pirámide fue necesario concentrar todos los recursos y capacidades del Estado.

Los cambios habidos en la Administración requirieron un mayor número de técnicos que fueran capaces de cumplir las tareas asignadas y llevar un registro cuidadoso de las mismas, destinado tanto al control general como a los archivos de la capital. El número de escribas aumentó en consonancia; pero ni siquiera en los momentos más esplendorosos de la Administración del Reino Nuevo llegó su numero a ser superior al 1 por 100 del total de la población del país. En el caso de la III dinastía la cifra sería todavía menor. Únicamente conocemos a trece personajes que ostentaran el título de escriba en este período, lo que sólo supone el 6 por 100 de los cargos administrativos conocidos. No obstante, es de suponer la existencia de un número bastante superior de funcionarios alfabetizados de rango menor, que no disfrutaron del privilegio de una tumba y cuyos títulos desconocemos. Las necesidades administrativas de Netjerkhet supusieron también un cambio notable en la escritura egipcia.

La primera frase verbal que conocemos en egipcio data del reinado de Peribsen (II dinastía) y aparece en un cilindro-sello del soberano,



Figura 4.3. Estatua de Netjerkhet con la titulatura de Imhotep grabada en el extremo izquierdo del pedestal.

donde se lee: «El de Ombos, le ha asignado las Dos Tierras a su hijo, el rey del norte y del sur, Peribsen»[3]. Los requerimientos administrativos de la III dinastía hicieron que la escritura comenzara a registrar toda la complejidad de la lengua y se multiplicara el número de textos continuos, como demuestra la primera frase compleja de la que tenemos constancia, sobre un relieve de Netjerkhet hallado en Heliópolis:

> «Le concedemos toda vida procedente de nosotros, le concedemos toda prosperidad procedente de nosotros. Le concedemos que haga fiestas *Sed*. Le concedemos la contrapartida de lo que ha hecho por nosotros en forma de cualquier cosa que pueda desear...» (*Relieve de Netjerkhet. Museo de Turín*)[4].

Siempre restringida a la élite, la escritura se hizo más evidente y comenzó a aparecer en las estelas biográficas de miembros destacados de la Administración, como Hesire, donde ya se puede observar una de las características básicas del arte y la escritura egipcios: su imbricación total. En una de ellas el personaje aparece sosteniendo una jarra de libación en una mano *(hez)* y en la otra una bola (identificable por su forma con el sol, *ra*), que leídos nos dan precisamente el nombre de la persona representada, cuya imagen en bajorrelieve es a la vez el determinativo del texto.

Los avances en la administración y control de los recursos fueron quizá los responsables de que se pudieran organizar expediciones mineras a regiones lejanas, como es el caso del Wadi Maghara, en la península del Sinaí. Allí, tras explotar las minas de turquesa, los enviados del faraón dejaron inscripciones en las paredes de la montaña. El primero fue Netjerikhet, seguido por Sekhemkhet y después Sanakht/Nebka. Todos ellos dejando constancia de su paso con imágenes del rey masacrando a los enemigos; un elemento del imaginario simbólico egipcio utilizado durante toda la época faraónica y que representa al soberano como mantenedor del orden cósmico. En este mismo sentido definidor de la monarquía se puede considerar la creación de un asentamiento oficial en la isla de Elefantina, la frontera sur del país. Fue quizá durante el reinado de Netjerkhet cuando la antigua fortaleza situada en la isla oriental fue demolida para construir en su lugar un asentamiento.

Este mismo orden que el soberano estaba imponiendo al país, queda reflejado también en su complejo funerario. La serie de edificios falsos[5] que rodean a la pirámide de Netjerkhet son una reproducción en piedra de las construcciones necesarias para la celebración de la fiesta *Sed,* el jubileo del faraón, ceremonia mediante la cual el soberano recuperaba la energía y vitalidad necesarias para seguir gobernando en plenitud de facultades. Teóricamente, se celebraba a los treinta años de la coronación y después cada tres años. Pese a tratarse de una ceremonia de origen prehistórico

realizada durante toda la época faraónica, no se conserva ningún documento donde aparezca relatada con precisión y detalle. La ceremonia tenía lugar en el llamado «patio de los grandes», un gran espacio vacío delimitado por dos filas de capillas (una para los dioses del Alto Egipto y otra para los del Bajo Egipto) y un baldaquino doble situado en un extremo. Cerca se edificaban la «sala real» y el «palacio». Las capillas contenían las estatuas de todos los dioses de Egipto, reunidas para la ocasión. Tras una primera procesión de los dioses, el faraón y la corte, el monarca visitaba las capillas una a una para recibir el plácet de cada divinidad. Quizá fuera después de recibirlo cuando el soberano realizaba una carrera ritual entre dos montículos artificiales en forma de «D» que representaban las fronteras de sus dominios; mientras corría, en la mano llevaba un documento llamado «el testamento de mi padre» o «el secreto de los dos compañeros», cuyo texto recitaba en voz alta. Acabada la carrera, lanzaba una flecha hacia cada uno de los puntos cardinales. La fiesta *Sed* terminaba con una doble coronación, como rey del Alto Egipto y como rey del Bajo Egipto, seguida de un besamanos de toda la corte. Con su complejo funerario, la intención Netjerkhet fue repetir eternamente la ceremonia del jubileo y así estar siempre en condiciones de regentar su reino, como nos muestran gráficamente las seis estelas ocultas en las cámaras subterráneas del complejo.

La misma pirámide era un elemento destinado a conseguir la vida eterna para el faraón mediante su acceso las estrellas. Teniendo en cuenta la estrecha relación existente desde siempre entre el dios Horus —en sus principios una deidad estelar— y el soberano egipcio, no podía ser de otro modo. El nuevo monumento funerario del soberano debía ser un dispositivo que le permitiera reunirse con los demás dioses, las demás estrellas, entre ellos Horus. La pirámide escalonada se convierte así en un dispositivo de ascenso: subiendo sus escalones, el soberano difunto se reúne con sus pares en el firmamento. Como nos informan los más tardíos *Textos de las pirámides,* una vez allí el rey asume primero autoridad sobre las estrellas, luego las estrellas circumpolares lo ayudan, para a continuación convertirse el monarca en una de ellas y terminar asumiendo autoridad sobre ellas. Su supervivencia eterna queda entonces asegurada, porque las estrellas circumpolares son las que rodean a la estrella Polar y nunca desaparecen del firmamento nocturno; son las estrellas «imperecederas», como las llamaban los egipcios. No obstante esta relevancia del culto estelar, algo estaba cambiando ya en la ideología funeraria de la monarquía, que no tardaría en manifestarse de una forma muy visible durante la siguiente dinastía; pero hasta que eso sucediera al fin, los sucesores inmediatos de Netjerikhet intentaron seguir sus pasos construyéndose un complejo funerario con pirámide escalonada. Ninguno de ellos lo consiguió.

Sekhemkhet decidió seguir de cerca el ejemplo de Netjerkhet, comenzando a construir su complejo funerario a unos centenares de metros

del de aquél y encargando el diseño al mismo arquitecto, Imhotep. No fue en lo único que imitó el hacer de quien probablemente fuera su padre, pues su actividad también está confirmada en el Wadi Maghara y en Elefantina. El desarrollo iniciado en el reinado anterior parece continuarse en éste. En un principio, el control de los recursos y la efectividad administrativa son tan buenos que incluso se diseña una pirámide más grande[6], haciendo en ella un mejor uso de los materiales y organizando de forma más racional las habitaciones y almacenes subterráneos. No obstante, este esperanzador comienzo se vio frenado por la temprana muerte de Sekhemkhet, tras sólo seis años de reinado, que dejó su tumba inconclusa. Su sucesor, Khaba, decidió abandonar la necrópolis de Saqqara, eligiendo como emplazamiento para su complejo funerario la cercana Zawiet el-Aryan.

La similitud en la distribución de las habitaciones subterráneas de la pirámide nos habla de continuidad; sin embargo, Khaba reinó tan pocos años como su antecesor, dejando también una pirámide sin terminar[7]. Es posible entonces que el cambio de necrópolis se debiera a una cierta tensión político-económica; pues dos reinados tan cortos consecutivos, en un momento en que se estaban empezando a asentar las nuevas bases de la monarquía, pudieron suponer un ligero parón en el proceso. Nada nos aclara el reinado, breve y apenas documentado, de Sanakht/Nebka, del cual no conocemos ni su duración aproximada ni el emplazamiento de su tumba, si es que comenzó a construirse una. Su presencia en el Wadi Maghara sugiere su intención de seguir los pasos de los demás soberanos de la III dinastía.

Los posibles problemas de la corona a finales de la III dinastía fueron sin duda atajados por el último soberano de la misma, Huni. Su nombre significa «el rey que golpea» y muy bien puede tratarse de una referencia a su decidida intención de hacerse de nuevo con el control del país. De esta política tenemos constancia física merced a las seis pequeñas pirámides de idénticas dimensiones (unos 20 metros de lado y tres escalones) construidas por él al sur de Menfis, una en el Egipto Medio y las otras cinco en el Alto Egipto, la última de ellas en Elefantina. Una ciudad que fue objeto de especial atención por parte de Huni, quien edificó en ella una serie de edificios administrativos (también se han encontrado jarras, con inscripciones similares a las de los anales reales, que le pueden pertenecer). La pirámide construida más al norte lo fue en la orilla este del Nilo (Zawiet el-Mayitin) (fig. 4.4), lo cual nos indica que ella y sus cinco hermanas más meridionales no son monumentos funerarios, sino manifestaciones del poder del soberano.

El punto de partida de la serie de pirámides que irían marcando las etapas de la recuperación por parte de Huni del control sobre el valle del Nilo fue su propia tumba, construida a 80 kilómetros al sur de Menfis, en lo que hoy se conoce como Meidum[8]. Era una pirámide de siete escalones que fue ampliada después hasta los ocho escalones y, más tarde aún, transformada en pirámide de caras lisas por Esnefru, sucesor de



Figura 4.4. La pequeña pirámide de Zawiet el-Mayitin, atribuida a Huni.

Huni[9]. La elección de una necrópolis tan alejada de la capital puede haber tenido que ver con sus deseos de contar con nuevos recursos, conseguidos poniendo en exploración nuevas tierras en la fértil región del lago Fayum, situado junto a la pirámide. Conviene recordar que en Egipto la excavación y el mantenimiento de los canales de irrigación fue siempre una labor local, nunca centralizada por la corona. Si el soberano deseaba poner en explotación nuevos terrenos debía ocuparse de ello personalmente.

El de Huni es el primer nombre que conservamos rodeado por el cartucho, señal inequívoca de que la tendencia solar que comenzaba a manifestarse a principios de la dinastía estaba a punto de florecer. El mejor reflejo de ello es el complejo funerario de Huni, que ya no está rodeado por un gran recinto rectangular orientado de norte a sur, sino por uno cuadrado. Además, por primera vez vemos en una tumba real todos los edificios que se convertirían en estándar para el resto de complejos funerarios reales del Reino Antiguo: una pirámide, una pirámide subsidiaria, un templo alto, una calzada de acceso y un templo bajo. Estos tres últimos están alineados de este a oeste, en un remedo terrestre del recorrido diario del sol por el firmamento. Tras el reinado de Huni quedaron dispuestos todos los cimientos para el gran cambio ideológico y formal que sufriría la monarquía durante la IV dinastía.

## La IV dinastía

El comienzo de la IV dinastía demuestra que los posibles problemas institucionales del período anterior ya estaban definitivamente solucionados.

Las pruebas no pueden ser más evidentes. El nuevo faraón, Esnefru, continúa explotando las minas del Wadi Maghara y sus anales nos informan de incursiones en Nubia y Libia, de la construcción de grandes barcos y de la importación de madera de cedro desde el Líbano:

> «Construcción de un barco de madera *meru* llamado *Adorar las Dos Tierras*, de cien codos; y de sesenta barcos reales el tipo "dieciséis". Golpear a los nubios; trayendo de regreso 7.000 cautivos y 200.000 reses y rebaños.
>
> Construcción de las "mansiones de Esnefru" en el Alto y el Bajo Egipto. Traer 40 barcos llenos de madera de cedro/pino.
>
> Altura del Nilo: 2 codos, 2 dedos» (*Piedra de Palermo*)[10].

Esnefru actúa como le corresponde, mantiene a raya a los enemigos, explota las canteras del desierto y comercia con el extranjero. No obstante, el elemento principal de su gobierno es el comienzo de una política institucional destinada a incrementar notablemente los recursos del Estado. Para ello impulsó la creación de numerosos centros de explotación agropecuaria, sobre todo en el Delta, como demuestra la autobiografía de Metjen. El faraón estaba decidido a no quedarse escaso de recursos y completar un complejo funerario como nunca antes se había visto.

Si asumimos que la pirámide de Meidum fue construida por Huni, resulta lógico que su hijo Esnefru se apartara de ella para edificar su propio complejo funerario. Faiyum ya estaba siendo explotado y contaba con un símbolo real para indicar el completo dominio de la corona sobre la zona. Esnefru, por lo tanto, se alejó 40 kilómetros hacia el norte, concretamente hasta Dashur, que se puede considerar la estribación más meridional de la necrópolis de Menfis (fig. 4.5); pero sin olvidar tampoco dejar su marca en la región del lago, construyendo en Seila una pequeña pirámide parecida a las erigidas en el sur por su progenitor.



Figura 4.5. De izquierda derecha, la pirámide de Pepi II, la mastaba Faraun y la pirámide Escalonada, vistas desde Dashur.

Esnefru fue sin duda un innovador, pues abandonó de forma definitiva la idea de la pirámide escalonada y pasó a construir directamente una pirámide de caras lisas. La dominante estelar de la ideología de la realeza había quedado relegada por la ideología solar. La simbología ascensional de la pirámide quedó intacta, pero ahora predominaba su capacidad para hacer que el rey se reuniera con Ra en su recorrido por el firmamento y en su diario renacimiento por el este; sin olvidar que la propia pirámide puede verse como una trasposición volumétrica de un rayo de sol o incluso como una representación de la piedra benben, adorada como símbolo solar en el templo de Heliópolis[11]. Los edificios que completan el complejo funerario así lo demuestran. El templo bajo sería el horizonte este, el lugar de renacimiento del rey, donde es acogido al terminar la procesión funeraria. La calzada de acceso representaría el recorrido del sol y el espíritu del faraón por el firmamento, que al terminar el mismo se encontraría en el oeste, la tierra de los difuntos, es decir, el templo alto, destinado a las ceremonias de adoración diaria, a alimentarlo y a proveerlo para toda la eternidad. Y justo allí donde el monarca se apaga se encuentra la pirámide, el elemento que le permitirá ascender de nuevo al firmamento y reunirse con el astro sol para repetir la jornada eternamente. No obstante, dada la tendencia de los egipcios a no desechar nada que hubiera demostrado su utilidad ideológica, el elemento estelar de la pirámide quedó definitivamente incorporado a la misma en su corredor de entrada, situado siempre en la cara norte, apuntando hacia las estrellas circumpolares.

Las innovaciones ideológicas de comienzos de la IV dinastía quedaron reflejadas también en la propia pirámide romboidal de Esnefru[12], que no sólo es de paredes lisas, sino que también posee un perfil con dos ángulos, posiblemente con la intención de reflejar en el exterior la peculiar distribución de sus habitaciones internas: dos entradas independientes (al norte y el oeste), comunicadas entre sí mediante una irregular gatera excavada *a posteriori*. La parte inferior de la pirámide romboidal está construida con la técnica de hiladas de sillares inclinados hacia el interior, típica de las pirámides escalonadas de la III dinastía; mientras que en el tercio superior, de inclinación diez grados menor, los bloques están dispuestos en horizontal. El cambio en la técnica probablemente se debiera a las grietas aparecidas en el edificio, que habrían hecho que los arquitectos buscaran una forma de poner menos peso en la parte superior. No obstante, curándose en salud, Esnefru prefirió transformar en pirámide de paredes lisas la pirámide escalonada de Meidum, para lo cual rellenó con bloques en horizontal los huecos entre los escalones[13]. Pero tampoco ésta fue la solución ideal; por lo tanto, poseyendo los recursos y considerando que el tiempo estaba de su parte, Esnefru se desplazó un par de kilómetros hacia el norte en la propia Dashur y allí edificó la que sería su tumba definitiva, la pirámide roja, construida con todos los sillares en horizontal y una pendiente relativamente escasa.

Resulta difícil imaginar que un único faraón construyera dos (o incluso tres) pirámides de gran tamaño; pero los mismos datos aportados por ellas demuestran que fue posible. En varios de los bloques del revestimiento de las pirámides de Meidum y Dashur se han conservado las inscripciones que, con tinta, realizaban los escribas para llevar sus registros. Estos grafitos han proporcionado fechas con las cuales no sólo se ha podido calcular la duración del reinado de Esnefru en algo más de treinta años, sino también estimar la velocidad a la que se construyeron sus pirámides.

Los grafitos del revestimiento de Meidum mencionan la fecha del 16.º recuento del ganado[14]. En la pirámide roja encontramos tres fechas: el año del 15.º recuento del ganado apareció en la piedra angular suroeste del edificio (lo cual indica que esta pirámide se empezó a construir al tiempo que se terminaba el revestimiento de la de Meidum) y en dos bloques localizados cerca de su emplazamiento original (en torno a la hilada 16.ª-20.ª, situada a doce metros de altura); el año del 24.º recuento del ganado apareció en un sillar fuera de su emplazamiento, pero que sólo puede ser la parte final y más elevada del edificio. Por lo tanto, y dado que en este reinado los recuentos de ganado no fueron bianuales sino en contadas ocasiones, sólo se tardó once años en construir una pirámide de 220 metros de lado y 109 metros de altura. Teniendo en cuenta que el reinado de Esnefru se calcula en treinta y tres años, parece que tuvo tiempo suficiente para construir las dos pirámides de Dashur e incluso la de Meidum entera. Es un contraste notable con la mayoría de los faraones de la III dinastía, incapaces de terminar sus complejos funerarios debido a sus tempranas muertes.

Hasta la III dinastía, el faraón construía su complejo funerario aislado de las tumbas de sus súbditos, que parece no estaban autorizados a gozar de su compañía durante la eternidad. En Saqqara la diferencia queda marcada entre la zona norte de la necrópolis, próxima a Abusir y destinada a los altos funcionarios, y la zona más meridional, coto cerrado de la realeza hasta esa fecha. A partir de la IV dinastía, la tumba del soberano se vuelve conspicua, al convertirse en un inconfundible punto de referencia del paisaje. Esta visibilidad viene acompañada a su vez de una exposición del contenido ideológico del ritual funerario regio. Las pirámides escalonadas esconden los ritos tras los altos muros de sus recintos, mientras que las pirámides de caras lisas dejan ver en sus edificios anejos y su distribución este-oeste que el acceso del soberano al más allá depende de su equiparación al dios Ra. Un recorrido celeste representado también en los corredores internos de la pirámide; pues su acceso siempre es descendente (la puesta del sol), aunque para alcanzar la cámara funeraria hay que subir (el amanecer). Esta dependencia del soberano para con el dios exige que se refuerce la divinidad del primero, conseguida al identificarlo con el hijo de la deidad en su titulatura; de ahí la incorporación del nombre de «hijo de Ra» a la misma, acaecida durante la IV dinastía.

Los cambios no afectaron sólo al faraón, sino también al resto de la sociedad; pues debido a las novedades arquitectónicas el control ideológico de aquél se hace mayor. Si el soberano depende de Ra para alcanzar el más allá, la sociedad depende del rey para lo mismo, lográndolo merced a la cercanía a su persona, gracias a la cual el monarca reparte categoría social, de la que se derivan numerosas ventajas.

Ahora el soberano requiere la presencia en torno a sí de sus familiares directos y de sus principales súbditos, que comenzarán a enterrarse en cementerios cercanos a la pirámide. Es un cambio notable con respecto a la III dinastía. Entonces parecía como si los miembros de la élite debieran alcanzar el más allá con independencia del soberano: sus tumbas están alejadas de la del rey y poseen escasa decoración, aunque tienen numerosas habitaciones que las asemejan a viviendas y cuentan con muchos almacenes repletos de multitud de bienes. En cambio, durante la IV dinastía las tumbas de la élite se aproximan a la del faraón como buscando cobijo y, como dependen de él para el acceso al otro mundo, no necesitan enterrarse con bienes materiales. Sus tumbas contienen una única habitación, sin almacenes y muy pocas ofrendas, pero con las paredes muy decoradas. Como la tumba del rey es visible y reclama la presencia de sus fieles, en sus mausoleos éstos repiten su comportamiento y reclaman la presencia de los vivos. Si las capillas de la III dinastía no facilitaban el acceso al interior y eran diferentes para marido y mujer, las de la IV dinastía son accesibles, compartidas por los esposos y se espera de quienes pasen cerca que penetren en la tumba y reciten la fórmula de ofrendas funerarias: *hetep di nesu*. Mediante esta sencilla frase: «Una ofrenda que el rey concede, que el dios concede, consistente en mil hogazas de pan, mil jarras de cerveza, mil bueyes, mil aves, mil piezas de tela, mil vasos de alabastro y un millar de todas las cosas buenas de las que vive el dios, para el *ka* de Menganito», el difunto no sólo recibe bienes de todo tipo que alimentarán a su *ka* eternamente, sino que, además, el monarca se convierte en el garante de la supervivencia eterna de su súbdito.

Sería durante el siguiente reinado cuando el faraón quedara completamente integrado en este concepto solar, visible en los complejos funerarios con pirámide. Se trata del de Khnumkhufui, hijo de Esnefru y más conocido por la versión abreviada de su nombre, Khufu. El nuevo soberano decidió acercar su tumba a la capital, situándola en un lugar muy concreto y escogido: Guiza. La elección no es casual, puesto que esta meseta es el punto septentrional más elevado desde el que se puede ver Heliópolis. Con ello el soberano estaba dejando constancia de su especialísima relación con Ra; una política que continuarían dos de sus sucesores, que construyeron sus pirámides en la necrópolis atendiendo a la orientación marcada por la tumba de Khufu. Por otra parte, la entrada de la gran pirámide quedaba orientada hacia la ciudad de Khem (Letópolis), centro de culto de una forma del dios Horus. Se ha llegado

a sugerir, incluso, que Khufu quería que su pirámide fuera la contrapartida occidental de Heliópolis y, de hecho, así es como era conocida Guiza por los egipcios: la «Heliópolis occidental».

Si aquélla se consideraba como el punto simbólico donde el sol renacía diariamente, la pirámide de Khufu sería el punto donde se ocultaba, cerrando así el circuito solar ideológico que tenía lugar en la cercanía de la capital. Con ello el soberano conseguía imbricarse de forma directa y eterna en el recorrido del sol, como demuestra el nombre de su complejo funerario *Akhet Khufu*, «El horizonte de Khufu». Su convicción era tan fuerte que posiblemente Khufu llegara a deificarse en vida, de lo que dejó constancia no sólo en el nombre de su tumba, sino también en el peculiar emplazamiento de su cámara funeraria: es la única de todo el Reino Antiguo que se encuentra en el núcleo del edificio y no en la base del mismo. Así, el rey reposa para siempre *dentro* de un rayo de sol petrificado, por lo que *es* el propio dios sol. Esta deificación puede estar también relacionada con el hecho de que el monarca busque la proximidad de las tumbas de sus servidores en torno a la suya, porque el mejor modo de evitar cualquier tipo de familiaridad excesiva es permitir el acercamiento, pero al mismo tiempo alejar al rey de forma simbólica al convertirlo en un dios.

La relevancia del culto solar y del propio soberano quedarían simbolizadas también por las gigantescas dimensiones de la gran pirámide, una auténtica montaña artificial[15] cuyo blanco revestimiento de caliza de Tura debía refulgir con la luz del sol al amanecer y el anochecer. Toda la experiencia conseguida durante la construcción de las pirámides de Esnefru alcanzó su punto álgido en este reinado, cuando la Administración se reforma, creándose un organigrama cuyas líneas generales no volverán a ser modificadas hasta el comienzo de la siguiente dinastía. Definitivamente, el visir acoge bajo su manto a toda la Administración. Por un lado, se ocupa de los «asuntos ejecutivos y judiciales», «trabajos y expediciones», «archivos», «tesoro», «graneros», «gestión central de las provincias» y, por otro, del «palacio» y los «templos», tanto funerarios como divinos.

Es posible que toda la zona situada en un radio de unos 200 kilómetros al rededor de Menfis, accesible sin muchos retrasos desde la capital, estuviera controlada directamente por funcionarios residentes en ella. El resto del país era controlado por funcionarios itinerantes, encargados por el farón de una tarea concreta que regresaban a la capital una vez completada. Los cementerios de nobles reflejan este organigrama, pues no se sabe de ninguno de ellos situado en las necrópolis provinciales.

La principal característica de la Administración de la IV dinastía es que el cargo de visir queda reservado exclusivamente a los «hijos reales», ya se trate de vástagos biológicos del rey o de personas de excepcional confianza a ojos del soberano, quien puede otorgarles el título ficticio de descendiente suyo para que puedan ejercer como cabeza del

organigrama. El ejemplo perfecto podría ser Hemiunu, «visir» y «jefe de todos los trabajos del rey», que era nieto de Esnefru e hijo de su «visir» Nefermaat. Como se calcula que murió en el año 19.º del reinado de Khufu, Hemiunu habría sido el principal responsable de la erección de la gran pirámide, lo cual lo convierte en uno de los mejores gestores de todos los tiempos. No obstante, la tarea sólo pudo terminarse gracias al esfuerzo de los obreros del faraón.

Desechando los fantasiosos cálculos de Heródoto y Diodoro Sículo, actualmente se considera que la construcción de la gran pirámide requirió de unos 15.000 trabajadores: un tercio extrayendo sillares de caliza en la cantera, situada a 600 metros al sur de la pirámide; otro tercio trasladando y colocando los bloques de piedra; y el tercio final repartido por todo el país ocupándose de tareas diversas, como expediciones al desierto en busca de piedras especiales o explotando las canteras de Elefantina.

La ciudad que cobijó a los constructores de las pirámides de Guiza se está excavando desde hace varios años. Se trata de un lugar organizado en cuatro grandes calles paralelas donde se encuentran dormitorios comunes, centros de producción (talleres de cobre) y centros de procesado de alimentos (secado de pescado y fabricación de pan). Todo el conjunto, acompañado por un gran edificio administrativo, está situado al sur de la necrópolis real, de la que está separado por un muro monumental. Por su parte, el cementerio de estos mismos trabajadores (alejado al norte de la ciudad) está dividido según la categoría del obrero, gozando los capataces de mastabas decoradas situadas en la zona alta de la colina y el resto de tumbas excavadas al pie de la ladera, con pequeñas superestructuras marcando los enterramientos.

Lo más interesante son los restos humanos encontrados en ellas, que presentan un desgaste físico muy particular: artritis degenerativa en las rodillas y la zona lumbar de la columna; un desgaste típico de las personas que realizan trabajos repetitivos con cargas pesadas. Se han encontrado también costillas y huesos del antebrazo rotos, pero soldados tras haber sido alineados perfectamente, lo cual indica la presencia entre los trabajadores de un cuerpo médico encargado de sanar sus heridas. Es el único medio de explicar la supervivencia de dos cuerpos a los que hubo de amputarseles un antebrazo y que sobrevivieron a la traumática experiencia. Cuando trabajaban en las pirámides, estos obreros lo hacían distribuidos en grupos, cuyos nombres han quedado recogidos con pintura ocre en algunos de los bloques de piedra de la pirámide: «Los puros de Khufu», «La corona blanca de Khnumkhufu es pura» o «Los compañeros del Horus Medjedu».

La labor de estos obreros no fue sencilla y el esfuerzo requerido para subir un bloque de piedra de varias toneladas de peso hasta una altura de casi 150 metros es inimaginable. La técnica constructiva no se

conoce exactamente, pero los restos encontrados en Guiza y otras necrópolis demuestran que los bloques eran alzados, al menos hasta una cierta altura, mediante rampas. Hay que tener en cuenta que, dada la forma del edificio, una rampa que alcanzara una altura de sólo una decena de metros, permitiría colocar en su sitio un porcentaje bastante alto del total de los bloques de la pirámide. Para elevar el resto la teoría más aceptada actualmente sugiere el uso de una gran rampa espiral en cinco tramos adosada a las caras del edificio[16] (fig. 4.6). También conviene recordar que estos trabajadores realizaban su función a tiempo completo y durante todo el año. Los grafitos ya mencionados de las pirámides de Esnefru contienen fechas que mencionan las tres estaciones del calendario egipcio, lo que demuestra el carácter continuo y anual de los trabajos.

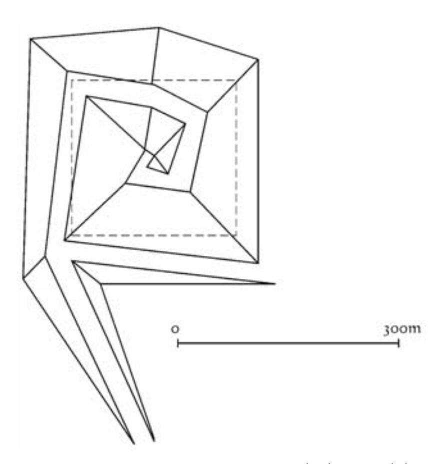



Figura 4.6. Reconstrucción de la posible rampa envolvente utilizada para edificar la gran pirámide de Guiza.

Los trabajadores, como queda registrado en los numerosos grafitos que dejaron en las piedras mientras las erigían en su sitio, estaban organizados en un sistema de filés, llamadas en egipcio *za*. El grupo de trabajadores que recibía la tarea de construir un edificio o una sección del mismo para su soberano era conocido como «tripulación». Cada «tripulación» estaba dividida en dos «cuadrillas» (una se encargaba de la parte norte de la tarea y la otra de la parte sur) y cada «cuadrilla» en cuatro filés, que entrababan de servicio de forma rotatoria, de tal modo que en todo momento había siempre dos filés trabajando. Cada una de ellas, además, podía subdividirse para realizar tareas de detalle. Así es como se construyeron las grandes pirámides del período. Pese a sufrir modificaciones entre el reinado de Menkaure y el comienzo de la V dinastía, las filés seguirían siendo la base de la división del trabajo de los obreros del rey durante el Reino Antiguo.

Los recursos para la construcción del complejo funerario del rey procedían de lo que se puede llamar el circuito económico general del país. A todo lo largo del valle del Nilo, los campesinos cultivaban terrenos cuyas cosechas eran sometidas a tasación durante el «recuento del ganado». Los enviados del faraón recogían la parte que les correspondía de las cosechas y los productos se acumulaban en los almacenes del soberano

distribuidos por todo Egipto. Además de a la producción meramente agrícola, existían haciendas destinadas en exclusiva a la cría de animales de granja, incluido el cerdo. Un animal éste sobre el que parece pesar un tabú iconográfico, pues sus representaciones son mínimas, pero del que se sabe era consumido asiduamente, en especial por las clases más bajas.

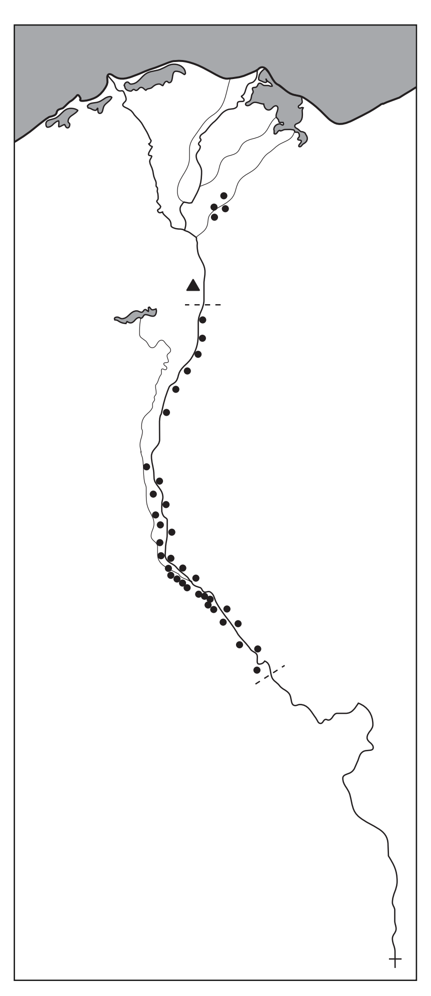


Figura 4.7. Mapa (incompleto) con la localización de las heredades de Esnefru.

El mantenimiento del culto funerario de cada faraón no dependía del Tesoro, sino de sus propios recursos. Una de las primeras medidas del soberano al sentarse en el trono era conceder a su culto funerario, en exclusiva y para toda la eternidad, la producción agropecuaria de una serie de heredades distribuidas por todo el país (fig. 4.7). Parece que todos estos bienes eran recogidos en Palacio, que los centralizaba y distribuía hacia el templo funerario, donde eran expuestos como ofrendas. El primer templo funerario en incorporar a su decoración una lista de las heredades del faraón en forma de portadoras de ofrendas fue el de Esnefru, aunque este tipo de «fundaciones funerarias» reales se conocen desde la II dinastía. No obstante, cuando un nuevo soberano se sentaba en el trono y se dedicaba a organizar la base económica de su culto funerario, en muchas ocasiones incorporaba a la misma heredades que habían estado destinadas al culto de un antecesor, menguando así la capacidad económica del mismo. A pesar de esta práctica, los cultos funerarios de algunos faraones del Reino Antiguo demostraron ser muy longevos; los de Khufu, Khaefre y Menkaure, por ejemplo, se mantuvieron hasta el Primer Período Intermedio.

Los encargados de realizar el culto diario se alojaban en lo que se conoce como la «ciudad de la pirámide», una zona de viviendas que se situaba en torno al templo bajo de la pirámide. Al cabo de los años, quizá cuando ya había fallecido el soberano, los habitantes de la ciudad de la pirámide terminaban por trasladarse al interior del templo bajo, modificando su distribución interior mediante muros, puertas y silos, hasta convertirlo en el núcleo de su residencia (fig. 4.8). La estructura organizativa de estos primeros cultos funerarios era bastante sencilla: había un *imi-ra* (o supervisor) que se encargaba de controlar el trabajo de varios sacerdotes *wab* (o purificadores), un *kheri-heb* (o sacerdote lector) cuya terea consistía en leer los rituales mientras se iban desarrollando para que se celebraran correctamente, y un número indeterminado de *hemu-netjer* (o «sirvientes del dios»). No hay documentos que indiquen una división del trabajo según el sistema de filés.

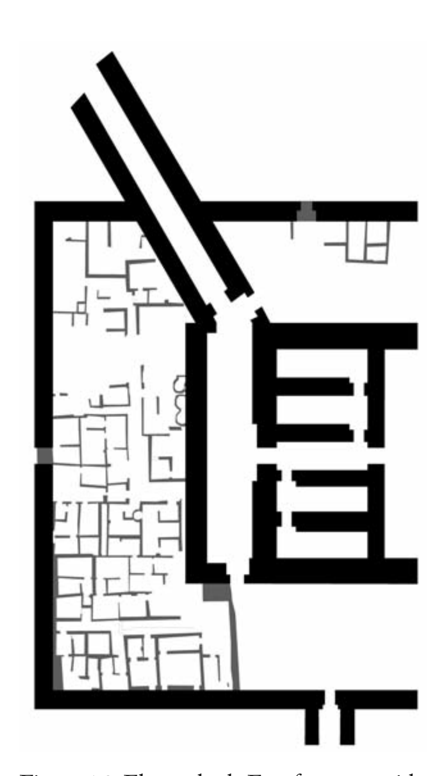


Figura 4.8. El templo de Esnefru convertido en residencia de los sacerdotes encargados de su culto funerario.

Tras el largo reinado de Khufu, quien tuvo una notable cantidad de esposas e hijos, su sucesión quedó bastante embarullada. No obstante, fue su hijo Djedefre quien se encargaría de enterrarlo y ocupar su puesto como soberano de las Dos Tierras. Su primera decisión fue la de mandar construir su complejo funerario lejos del de su padre, concretamente a una decena de kilómetros al norte, en Abu Rowash. El traslado puede explicarse de varias formas. La primera es que Djedefre no estuviera de acuerdo con la deificación de su padre y decidiera alejarse de su pirámide para aislarlo y dejar patente su rechazo. La segunda, quizá más probable, es justo la contraria, que decidiera aislar la tumba de su progenitor como medio de destacarla, precisamente porque consideraba que era un dios. En este sentido, resulta interesante que Djedfre fuera el primer faraón en incluir el nombre de «hijo de Ra» en su titulatura, lo que en su caso pudo tener un significado literal.

Desde el punto de vista económico, resulta destacable que a su tumba se le haya calculado una altura teórica de «sólo» 67 metros y que uno de los elementos más notables de la misma sea el saliente de roca sobre el que se construyó; incorporado al núcleo de la pirámide, esta elevación rocosa forma un 44 por 100 del total del volumen del edificio, lo cual supuso un inconmensurable ahorro para las arcas del soberano. Al estar más elevado que la meseta de Guiza, Abu Rowash convertía a la pirámide Djedefre en una perfecta atalaya desde donde se atisbaba el Delta hacia el norte y Menfis y sus necrópolis hacia el sur. Dada la velocidad a la que sabemos se podía llegar a construir una pirámide y la gran cantidad de trabajo ahorrado en ella, es innegable que la pirámide de Djedefre se terminó, pese a los escasos ocho años de gobierno de este soberano. El desangelado aspecto actual del edificio, del que prácticamente sólo se conserva la cámara sepulcral, situada por debajo del núcleo de la construcción, se debe al saqueo casi completo de sus bloques a lo largo de miles de años[17].

El sucesor de Djedefre no fue su hijo, sino su hermanastro Khaefre. Se desconocen los motivos por los cuales dos ramas de la familia real se alternaron en el trono; pero desde luego está descartada la teoría que suponía a Djedefre un usurpador que mató al príncipe heredero Kawab para ocupar su puesto y que sólo con la llegada de Khaefre al poder regresó la legitimidad a la monarquía. Más bien parece al contrario, es como si Khaefre hubiera tenido que construir su tumba a la sombra de la de su padre para legitimar su acceso al trono por delante del hijo de su hermanastro.

Khaefre no sólo quiso disfrutar de la legitimidad conferida por la tumba de su progenitor, como sucedía con los muchos altos funcionarios que se enterraron en ordenadas filas de mastabas a este y oeste de la gran pirámide, sino prácticamente emularlo en lo terrenal. Su pirámide es unos metros más baja que la de Khufu[18], pero, como está construida en un pequeño altozano, a la vista parece más alta. Lo más destacado de un reinado del que apenas poseemos dato alguno, es que en el templo alto de Khaefre se aprecian ya todos los elementos que posteriormente serán estándar para este tipo de edificio: un vestíbulo que establece la conexión entre la calzada de acceso y el templo; un salón de entrada; un patio abierto rodeado de un pórtico columnado; cinco nichos para estatuas del rey, situados justo detrás del acceso a la zona interior del templo; y una sala con la falsa puerta del rey (fig. 4.9). También son muy importantes ideológicamente la gran cantidad de estatuas del soberano que adornaban el edificio y ayudaban a expresar su simbolismo.

A la muerte de Khaefre se volvió a sentar en el trono la otra rama de la familia real, retornando a la de Djedefre en la figura de su posible hijo, Nebka o Baka (su nombre es apenas legible en unas cuantas inscripciones), conocido sólo por los restos sin terminar de su pirámide, edificada en

Zawiet el-Aryan[19]. Las razones del traslado no están claras, pero seguramente no quiso situar su tumba cerca de las pirámides de la otra rama de la familia, que tras los pocos años de gobierno de Baka regresó al trono en la persona de Menkaure, hijo de Khaefre.

Como no podía ser menos, Menkaure retornó a la que consideraba la necrópolis de la familia, Guiza, donde construyó una pirámide «pequeña»[20], pero cuyo tercio inferior está recubierto de bloques de costoso granito. Esta tercera pirámide completaba el espacio disponible en la meseta, cuyos edificios quedaron cuidadosamente dispuestos sobre ella: la fachada del templo alto de Khaefre está alineada con la cara oeste la pirámide de Khufu y la fachada del templo alto de Menkaure está alineada con la cara oeste de la pirámide de Khaefre. Esto sitúa a las tres pirámides mayores de tal modo que la línea imaginaria que une sus esquinas sureste está dirigida hacia Heliópolis (fig. 4.10). Khaefre y Menkaure siguieron haciendo hincapié en la especial relación del soberano con Ra.

Todo lo contrario de lo que a primera vista parece que hizo el último faraón de la dinastía, Shepseskaf. El primer detalle interesante de este monarca es que renuncia a los teóforos de Ra y el segundo que no se construye una pirámide, sino una gigantesca mastaba[21] erigida en Saqqara (fig. 4.5). A primera vista, parece como si Shepseskaf hubiera querido distanciarse del culto solar. No obstante, el poder del faraón fue siempre omnímodo durante el Reino Antiguo y el supuesto cambio en la tumba tampoco fue tan radical como pudiera parecer en un principio, porque su complejo funerario consta de todos los elementos imprescindibles para identificarlo con una tumba solar: templo bajo, calzada de acceso y templo alto, distribuidos de este a oeste con un elemento regenerador (la mastaba, versión antropizada de la colina primigenia) al final del recorrido. En realidad, puede que el motivo por el que Shepseskaf terminó enterrado en una mastaba fuera la falta de tiempo originada por una muerte prematura; porque en la piedra de Palermo se lee en los anales

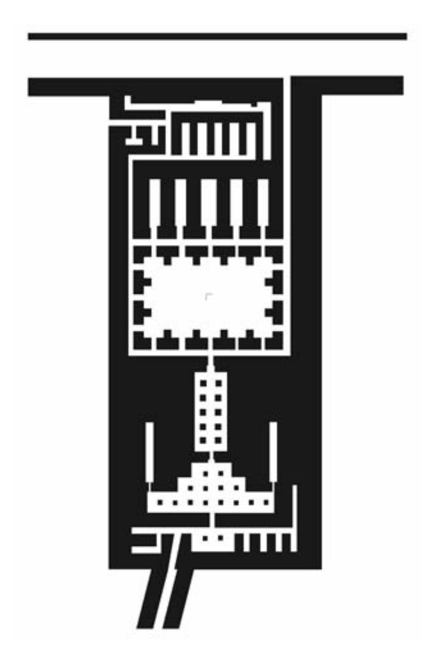


Figura 4.9. Templo alto de Khaefre.

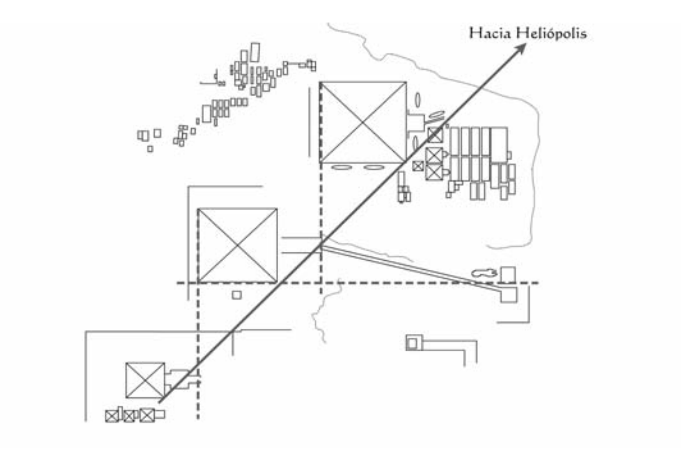



Figura 4.10. Los distintos alineamientos de las tres pirámides de la meseta de Guiza.

de este rey: «Elegir el emplazamiento de la pirámide Qebehu-Sheseskaf», escrito con toda claridad con el determinativo de pirámide y no de mastaba.

En este final de dinastía de genealogía y cronología complejas[22], destaca también la figura de una mujer, la reina Khentkaus. Varios son los detalles que la califican como una persona muy próxima al poder (¿reina de facto, regente?): su tumba y su título. Su tumba, construida en la meseta de Guiza cerca del templo bajo de Menkaure, es una especie de mastaba cuadrada de 50 metros de lado y dos escalones, que contó con una importante ciudad de la pirámide edificada a sus pies. Por si su impresionante tamaño no bastara para señalarnos la categoría de Khentkaus, tenemos su título, que debido a las peculiaridades de la lengua egipcia puede ser leído como «rey del Alto y el Bajo Egipto y madre del rey del Alto y el Bajo Egipto» o como «madre de dos reyes del Alto y del Bajo Egipto». En el primer caso nos encontraríamos con una regente que podría haberse casado con el primer faraón de la V dinastía y dar luego a luz a un soberano egipcio y en el segundo con la reina madre de dos vástagos que se habrían sentado consecutivamente en el trono del valle del Nilo. En cualquiera de los casos, es indudable que Khentkaus fue una mujer de relevancia política.

## La V dinastía

El destacado papel que parece haber desempeñado la reina Khentkaus en el tránsito entre la IV y la V dinastías da la impresión de haber quedado recogido muy posteriormente en uno de los cuentos contenidos en el

Papiro Westcar, un documento fechado entre finales del Reino Medio y comienzos del Reino Nuevo. En el relato la madre de los soberanos tiene trillizos y no es una reina, sino una mujer llamada Reddedet, esposa de un sacerdote del culto de Ra, a la cual el propio dios sol deja preñada. Parece innegable que, en la memoria histórica egipcia, la V dinastía quedó señalada como un momento de especial relevancia para el culto solar. Quizá sea éste el motivo para marcar el advenimiento de un nuevo linaje real, porque políticamente en principio no hay ningún tipo de interrupción en el continuo entre una dinastía y otra. De hecho, se conocen innumerables casos de altos funcionarios que siguieron en sus puestos durante la mayor parte de ambas dinastías. Un buen ejemplo puede ser el de Ptahshepses, que se mantuvo como miembro de la Administración durante los reinados de Menkaure, Shepseskaf, Userkaf, Sahure, Neferirkate, Neferefre y Niuserre. Una longeva vida, mucho mayor que los cortos reinados de muchos de los soberanos a los que sirvió.

En realidad, el origen de Userkaf, primer monarca de la V dinastía, es desconocido, pudiendo haber sido un advenedizo de la familia real que consiguió ser coronado. A lo mejor no era un heredero directo, pero sin duda sí un miembro de la extensa familia del rey cualificado para serlo. Siendo así, Userkaf decidió buscar la legitimidad que le podía proporcionar la compañía del fundador de la III dinastía, convertido ya en el antepasado de referencia para los monarcas del Reino Antiguo. El modo de lograrla fue situar su propio complejo funerario al lado de la tumba de Netjerkhet; pero no en cualquier parte, sino en un punto situado dentro del espacio delimitado por el foso seco que rodea a todo el recinto de la pirámide escalonada, concretamente junto a la esquina noroeste. El foso tiene la forma del jeroglífico , que significa «protección» y, además de cobijar la tumba de Userkaf, le obligó a modificar su forma, pues, debido a la falta de espacio, el templo funerario tuvo que situarse junto a la cara sur de la pirámide y no en la este. No obstante, también puede tratarse de una decisión consciente para hacer que la tumba del nuevo soberano se asemejara a la del antepasado mítico. A pesar de que el complejo funerario no remedaba ya el recorrido del sol por el firmamento, ello no tendría consecuencias negativas para Userkaf, quien incorporó como elemento imprescindible de los complejos funerarios de los reyes de la V dinastía un templo solar. (¿Un motivo más para que las fuentes egipcias señalaran este período como una nueva dinastía?) El nuevo complejo, pues en realidad está compuesto de varios edificios, fue construido en Abu Gorab, a unos cinco kilómetros al norte de Saqqara.

Gracias a la documentación sabemos que los seis primeros soberanos de la V dinastía se hicieron construir un templo solar, cuyo nombre conocemos: «Fortaleza de Ra», para Userkaf; «Lugar de sacrificios para Ra», para Sahure; «Lugar predilecto de Ra», para Neferirkare; «Lugar de

deseo de Ra», para Niuserre; «Mesa de ofrendas de Ra», para Neferefre; y «Horizonte de Ra», para Menkauhor. Sin embargo, la arqueología no ha sido capaz de encontrar y excavar sino dos, el de Userkaf y el de Niuserre, situados ambos a escasa distancia el uno del otro. El elemento principal de estos complejos es un gran obelisco situado sobre un pedestal y precedido por un altar, todo ello en medio de un gran patio delimitado por un muro rectangular, en el interior del cual había almacenes y habitaciones decoradas. El resto de los edificios que componen el templo son: un templo bajo, una calzada de acceso y un templo alto, exactamente los mismos que en los complejos funerarios reales. Esta similitud ha llevado a sugerir que estos templos son en realidad una especie de complejo funerario para el sol, que de este modo recibiría el mismo tratamiento que los reyes de Egipto, equiparando más si cabe las figuras de Ra y el soberano.

Userkaf fue un monarca importante en la historia del Reino Antiguo. Durante su reinado y el de sus sucesores directos, además de la visible relevancia del culto al sol, la Administración y la economía del país sufrieron notables reajustes, encaminados a ir aumentando paulatinamente el control del país por parte del soberano. Si durante la IV dinastía el objetivo de la monarquía fue la incorporación del Delta como zona productora de bienes, ahora le tocó el turno a la región del Medio Egipto. Se trata de una zona muy concreta, la situada entre los nomos IX (Akhmin) y XVI (Zawiet el-Mayitin), que parece definirse como una entidad administrativa distinta de las formadas por los nomos I al VIII y del XVII al XXII (fig. 4.11). Todo sugiere que la monarquía puso su empeño en roturar y comenzar a explotar el mayor número posible de hectáreas de esta zona. La gestión de todos estos terrenos de nueva explotación necesitaba de funcionarios de confianza del soberano y, dada su lejanía con respecto a la capital, se decidió que el mejor modo de administrar toda la región era el envío de administradores permanentes a las distintas capitales de provincia. Estos nomarcas ya no serían funcionarios itinerantes, como lo fueron durante la IV dinastía, a partir ahora residirían y se enterrarían en la ciudad que su soberano les había encargado gobernar en su nombre. La arqueología muestra, a partir de Djedkare, la existencia de cementerios provinciales con tumbas de nomarcas en los dos nomos más meridionales (el IX y el X) y los dos más septentrionales (el XV y el XVI) del Medio Egipto. Parece como si el soberano estuviera definiendo una zona administrativa mediante el sencillo proceder de situar las tumbas de sus hombres de confianza, símbolos visibles de la ideología dominante emanada de Menfis, en las zonas fronterizas de la misma. Tiempo atrás, Huni había hecho lo mismo mediante sus pequeñas pirámides.

El desplazamiento de numerosos funcionarios hacia las provincias implicó el aumento de su número, necesario para cubrir los huecos dejados

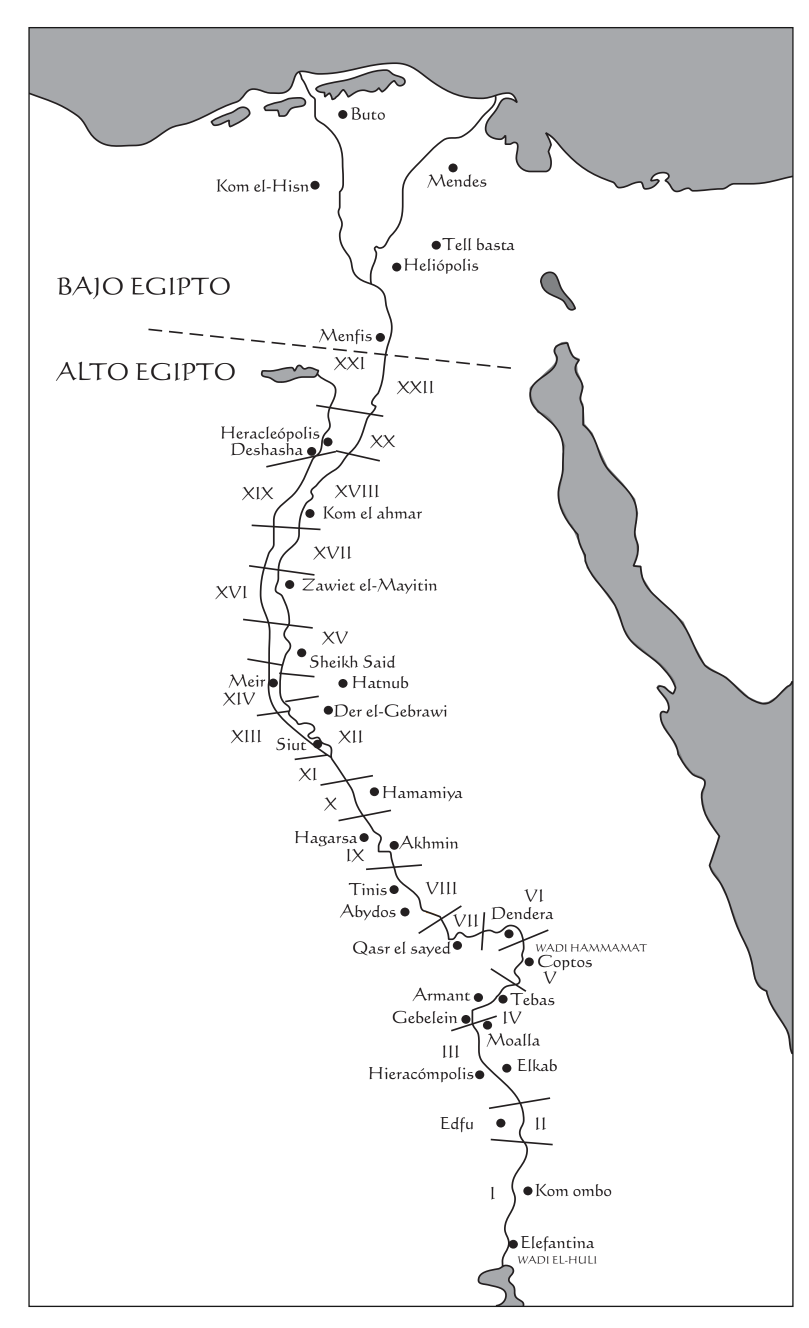



Figura 4.11. Mapa con la división en provincias durante el Reino Antiguo.

por ellos en la capital. Esto significó que la Administración creció, hasta el punto de que la familia del rey fue incapaz de satisfacer la demanda de personas cualificadas para ocupar todos los cargos necesarios. Por otra parte, el ejercicio de un cargo en provincias, por importante que fuera, hubiera supuesto para cualquier miembro de la familia del rey verse alejado de aquello que lo definía como parte de la sociedad: el contacto con el soberano y su presencia en la corte. Además, partir para hacerse cargo de un nomo suponía quedar expuesto a las intrigas cortesanas sin posibilidad de defenderse desde la distancia. Resulta lógico, pues, que se tomara la decisión de alejar a la familia del rey de los cargos superiores de la Administración. A partir de ahora los vástagos del soberano dejan de aparecer en el organigrama ejecutivo, al tiempo que el título honorario de «hijo del rey» pasa a estar vetado para los altos funcionarios. Los príncipes dejan de ocupar en exclusiva el cargo de visir, que pasa a manos de personas ajenas a la familia real. Sin embargo, parece que los faraones se resistieron a no tener controlado mediante el parentesco al más alto cargo de la Administración, porque durante la V dinastía fueron muchas las princesas que se casaron con altos funcionarios, algunos de los cuales llegaron a ejercer como visires:

> «Su Majestad [Userkaf] le dio a su hija mayor, Khamaat, como esposa, pues Su Majestad deseaba que ella estuviera con él más que con ningún otro hombre» (*Autobiografía de Ptahshepses*)[23].

La desaparición (nunca total) de los príncipes de los cargos políticos no significó que sucediera lo mismo en todos los ámbitos del control social, porque lo cierto es que a partir de ahora vemos cómo muchos de ellos pasan a ocupar cargos relevantes en el organigrama religioso. Dada la relevancia en esta época del culto solar y de la religión en general para los egipcios, no cabe duda de que se intentó con ello sacralizar a la familia del rey dedicándola a funciones rituales. De este modo, sacándola del trabajo diario de la Administración, pero dedicándola a los aspectos ideológicos del gobierno del país, la familia real se aislaba y se hacía más «selecta».

El caso es que, comenzando con Userkaf, durante la V dinastía la Administración comenzó a sufrir una especialización progresiva; mediante la cual los cargos superiores dejaron de ser accesibles merced a la pertenencia al grupo familiar del rey, para pasar a serlo por la capacidad del funcionario. En principio parece como si en la corte hubiera funcionado una especie de academia general para los niños más afortunados (los hijos de la élite), que recibirían allí los suficientes años de enseñanza como para dominar el arte de los escribas: la escritura hierática; la aritmética; el cálculo de las raciones, del número de ladrillos necesarios para construir un muro etc. Este tipo de formación alcanzaba a un número muy reducido de personas, insuficiente para la cantidad de tareas a realizar.

El resto del personal administrativo, que ocupaba cargos inferiores, en ocasiones nada más que el de secretario de un funcionario de rango superior, se formaba mediante la relación maestro-alumno. Un escriba o funcionario se hacía cargo de un «estudiante», a quien convertía en su ayudante para formarlo en la práctica. En muchas ocasiones eran miembros de la familia, que incrementaban sus responsabilidades al tiempo que lo hacían las de su maestro:

> «Yo trabajaba con mi hermano, el "supervisor de los trabajos" [...] Yo escribía, yo llevaba su paleta. Cuando fue nombrado "inspector de constructores" llevaba su vara de medir. Cuando fue nombrado "supervisor de constructores" yo era su compañero. Cuando fue nombrado "arquitecto real", me encargué de su ciudad por él y lo hice todo excelentemente para él. Cuando fue nombrado "amigo único" y "arquitecto real de las Dos Casas", me encargué de su propiedad por él, porque había más en su casa que en la de ningún otro noble. Cuando fue ascendido a "supervisor de los trabajos", le seguí en todas sus órdenes para su satisfacción en esos trabajos. Me preocupé de los asuntos de su heredad funeraria durante un período de más de veinte años» (*Autobiografía de Nekhebu*)[24].

Un detalle muy interesante de la V dinastía es el cambio radical producido en el método constructivo de las pirámides. Durante la IV dinastía, una vez controlada la técnica tanto de extracción como de tallado y colocación de los bloques, éstos alcanzaron dimensiones notables, sobre todo en la pirámide de Khaefre, donde el peso medio de las piedras es de tres toneladas, mayor incluso que en la gran pirámide. Peso que queda en nada cuando lo comparamos con las sesenta toneladas de algunos bloques de las cámaras de descarga de la pirámide de Khufu o con el monolito de doscientas toneladas que encontramos en el templo alto de Menkaure. Userkaf fue el primero en abandonar los grandes sillares cuidadosamente aparejados, pasando a edificar el núcleo de su tumba con meros cascotes de gran tamaño dispuestos en un montón apenas piramidal. La pirámide[25] conseguía su aspecto prístino e impresionante gracias al revestimiento de bloques de caliza de Tura. Excepto Sahure, que utilizó el mismo sistema, sus sucesores se decidieron por núcleos edificados con sillares irregulares, todo ello oculto bajo una capa de sillería de blanca caliza de Tura. El cambio no implica, de ninguna manera, que se produjera una pérdida en la capacidad técnica de los arquitectos egipcios, pues las columnas monolíticas de granito de algunos templos de la dinastía alcanzan pesos muy notables. Tampoco se trata de dejadez por parte del soberano o sus maestros de obras:

> «Mi Majestad ha visto este plano que has traído para que fuera considerado en el consejo de la corte para el recinto del patio grande del

palacio “Pertenece a la fiesta *Sed* de Izezi”. Le dices a Mi Majestad que lo has planeado de 1.000 codos de largo y 440 codos de ancho, según lo que se te dijo en el consejo de la corte. ¡Qué bien sabes decir lo que Izezi desea sobre todas las cosas! Mi Majestad sabe que eres más experto que ningún “supervisor de los trabajos” que haya habido en toda esta tierra» (*Autobiografía de Senedjemib*)[26].

Como vemos, la construcción de un sencillo patio requería una reunión previa en Palacio, donde se informaba al arquitecto del proyecto que se le encargaba y de las dimensiones del mismo. Tiempo después, el ingeniero presentaba a ese mismo consejo de la corte los planos trazados por él, los cuales eran presentados posteriormente al soberano para su aprobación final. Resulta lógico pensar, por lo tanto, que los esfuerzos volcados en la construcción del edificio ideológicamente más importante del soberano serían mucho mayores. Con todo, este tipo de construcción barata favoreció ciertos errores y durante la construcción de alguna de estas pirámides los obreros del faraón realizaron algunas imperfecciones notables, que se corrigieron sobre la marcha; por ejemplo, el primer escalón de la pirámide de Sahure es metro y medio mas alto en su extremo sur que en el norte, diferencia que fue absorbida en los siguientes escalones. Construir barato tenía la ventaja de que este tipo de apaños luego quedaba oculto por el revestimiento. El cambio en la estructura de las pirámides se debió, sencillamente, a una redistribución de los recursos. No sólo había más edificios institucionales que construir (el complejo funerario más el templo solar), también se tenía que instalar adecuadamente a los nomarcas en sus respectivas capitales. Se trataba de funcionarios designados directamente por el soberano, que actuaban como sus representantes, por lo que debían hacer alarde de cierto lujo y recursos.

Apenas un decenio estuvo Userkaf en el trono, siendo sucedido por Sahure, desconociéndose el tipo de filiación que pudiera haber existido entre ellos. Habiendo quedado consagrada por el templo solar allí construido, el nuevo faraón decidió erigir su complejo funerario en la necrópolis de Abusir, a unos kilómetros al norte de Saqqara e inmediatamente al sur de Abu Gurob. Aquí se enterró la práctica totalidad de los soberanos de la V dinastía. El lugar era importante para unos faraones que hicieron del culto solar un elemento destacado de su ideología, porque se trata del punto más meridional desde el que se puede ver Heliópolis. De hecho, la línea imaginaria que une las esquinas noroeste de las pirámides de Sahure[27], Neferirkare[28] y Neferefre[29], todas ellas construidas en Abusir, apunta hacia esa ciudad, igual que sucediera con las esquinas sureste de las pirámides de Guiza.

Desgraciadamente, no sabemos dónde se emplazó el templo solar de Sahure; sin embargo, su complejo funerario es uno de los mejor conservados en cuanto a su planta (fig. 4.12). Por otra parte, los restos de su

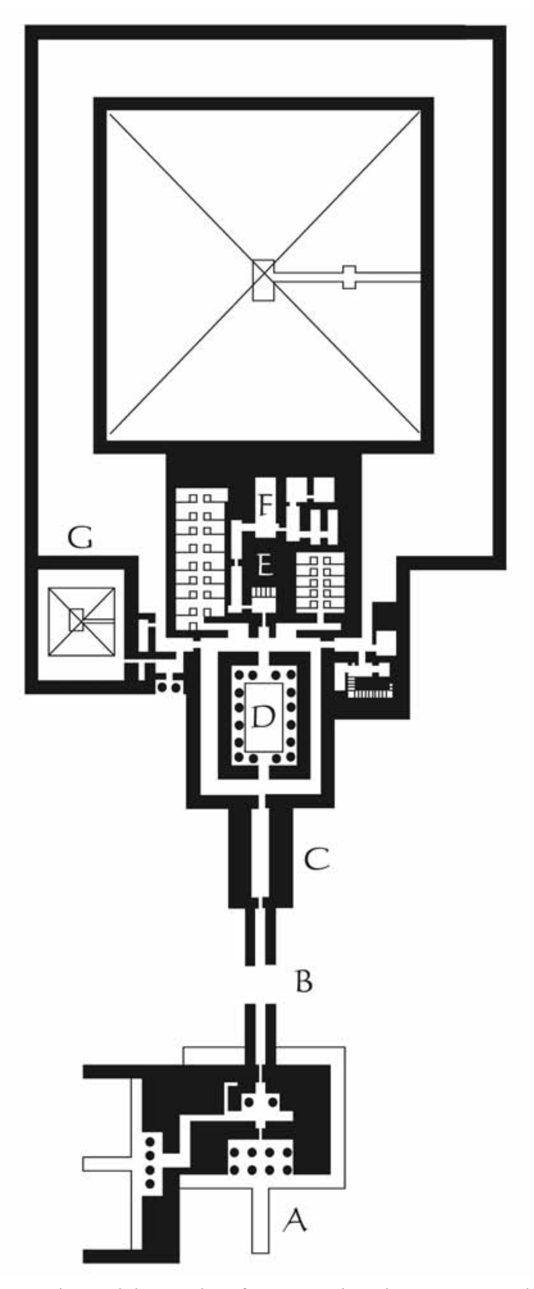



Figura 4.12. Planta del complejo funerario de Sahure: A) Templo bajo;
B) Calzada de acceso; C) Vestíbulo; D) Patio columnado;
E) Sala con los cinco nichos; F) Sala de ofrendas; G) Pirámide subsidiaria.

abundante decoración en relieve (fig. 4.13), de la que apenas conservamos 150 de los 10.000 metros cuadrados que se calcula llegó a tener en su día, nos permiten hacernos una idea de los motivos iconográficos que adornaban las paredes de este tipo de edificios. Al disponer de toda la necrópolis para él solo, Sahure pudo organizar su programa constructivo con tranquilidad y el resultado fue un complejo funerario que sirvió de modelo a todos los posteriores.

A partir de este momento resulta innegable que los templos bajos son puertos, cuyas rampas de atraque penetran en una masa de agua que los rodea, bien de forma constante, bien durante la inundación. En el caso de las pirámides de esta necrópolis, se trata del lago Abusir. El carácter de elemento de acogida del templo bajo de Sahure (fig. 4.12A) está bastante definido, pues el edificio consiste en un pórtico con columnas con una salida posterior a la calzada de acceso al templo alto. En él se observa ya una característica repetida en todo el complejo, el

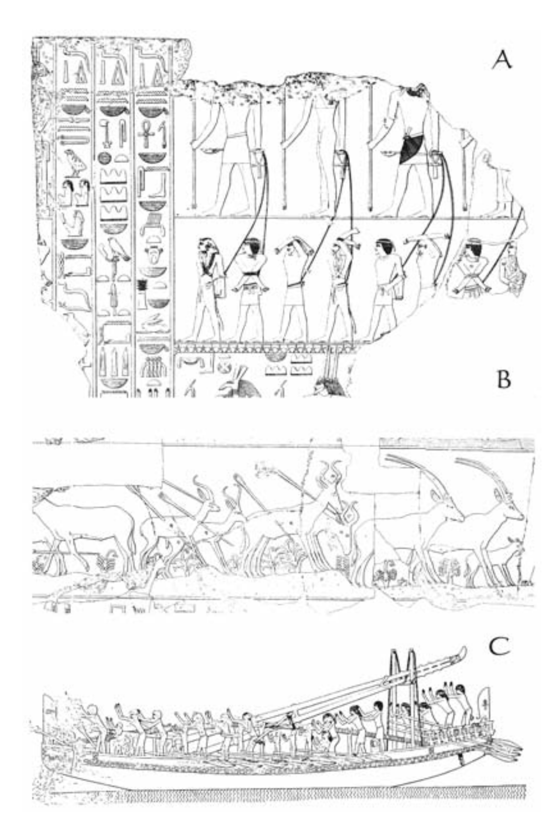



Figura 4.13. Relieves del complejo funerario de Sahure.

juego de colores con los materiales constructivos: el suelo es de basalto negro (símbolo de la tierra negra, húmeda y fértil, de la que renace la vida), el rodapié de las paredes es de granito rojo (el color del sol) y el resto de elementos parietales de amarillenta caliza de calidad. También destaca la decoración del techo, estrellas amarillas de cinco puntas pintadas sobre un fondo azul oscuro, así como la presencia en las paredes de imágenes de gran calidad del faraón con forma de esfinge que pisotea a los enemigos de Egipto. La calzada de acceso al templo alto, por su parte (Fig. 4.12B), es un largo corredor con las paredes completamente cubiertas de relieves, entre ellos varias imágenes de los dioses conduciendo filas de prisioneros (fig. 4.13A), todos ellos enemigos tradicionales de las Dos Tierras, acompañados del botín conseguido mientras la diosas Sheshat anota cuidadosamente en sus libros las cantidades. El objetivo del templo bajo y el de la calzada de acceso es acoger y hacer llegar al templo alto, pero asegurándose de que nada malo podría penetrar en él, de ahí las imágenes de la derrota de los enemigos. El pasaje es una especie de vía purificadora para los visitantes, físicos o inmateriales, del templo alto.

El templo alto comienza con un vestíbulo perpendicular (fig. 4.12C), que no es sino una continuación ensanchada de la calzada de acceso; los papiros encontrados en el posterior templo de Neferirkare nos indican que este elemento del templo se llamaba *per-uru* «casa de los grandes». El segundo elemento es un patio abierto rodeado por una columnata cerrada (fig. 4.12D), todo ello circunvalado a su vez por un corredor techado. El patio, donde el sol luce y se exponen ofrendas en un altar, es una representación del territorio egipcio, esa burbuja de orden donde el soberano mantiene la paz y aleja el caos, como demuestran los relieves del faraón venciendo a asiáticos y libios[30]. El mundo oscuro y caótico que envuelve el valle del Nilo aparece representado en el imaginario egipcio por las zonas no antropizadas del desierto y las marismas; justo el tipo de escenas que vemos en el oscuro pasadizo que rodea el patio (fig. 4.13B). En la pared norte el rey aparece pescando y capturando aves, mientras que en la pared sur lo hace cazando en el desierto acompañado de sus cortesanos. La simbología es innegable.

Un corredor transversal separa esta zona del edificio, el llamado «templo exterior», del resto de habitaciones del edificio, que componen el «templo interior». Su muro este (es decir, la dirección hacia donde se encuentra ese muelle que es el templo bajo) está decorado con toda una flota de una docena de barcos que llegan allende los mares[31], con extranjeros en cubierta que alzan los brazos gozosos en saludo a Su Majestad (fig. 4.13C). En la pared oeste, en cambio, hay accesos a tres habitaciones. Las dos laterales son pequeñas y cuadrangulares, decoradas con escenas de portadores de ofrendas; son la entrada a los muchos almacenes que se abren detrás de ellas, destinados a contener los productos

presentados en los diferentes altares del templo. La habitación del centro (fig. 4.12E) es rectangular y se accede a ella mediante una corta escalera situada justo en el eje central del templo. La pared oeste contiene cinco nichos con el suelo de alabastro, las paredes de granito rojo y las jambas de basalto, protegidos por puertas de dos hojas; estaban destinados a estatuas del soberano y cada uno de ellos se conocía como *tepehet,* «caverna». Un acceso lateral desde esta habitación conducía (por intermedio de varias estancias) a la sala de ofrendas (fig. 4.12F), con el suelo de alabastro y presidida por una gran estela falsa-puerta situada en la pared oeste. La habitación se llamaba *zeh,* «tienda», y contenía una estatua del rey de granito negro y una pila para libaciones conectada con un desagüe de cobre. Una puerta en la pared norte daba paso a otras cinco estancias, dos de las cuales teníán también desagües de cobre.

Además de la pirámide, el otro elemento del complejo funerario de Sahure es la pirámide satélite (fig. 4.12G), situada al sur del templo dentro de su propio recinto. Un muro rodeaba la pirámide principal, la pirámide satélite y el «templo interior», aislando la tumba del soberano del resto del mundo, pero sin impedir verla. Las pirámides posteriores de la V dinastía siguieron este modelo hasta donde lo permitieron las circunstancias de cada reinado. Por ejemplo, el complejo funerario de Neferirkare, sucesor de Sahure, da la impresión de que fue terminado a toda prisa, quizá porque el faraón sólo llegó a gobernar una decena de años. Fue durante su reinado cuando se grabó la Piedra de Palermo y apenas conocemos unos datos de su estancia en el trono. En realidad, tampoco sabemos qué tipo de relación le unía a Sahure; de hecho, en los relieves del templo de este faraón, en varias ocasiones Neferirkare añadió su nombre y las insignias reales a la figura de un cortesano que aparece formando parte de una fila de seguidores de Sahure, justo detrás de una imagen de este soberano (fig. 4.14). Se ha sugerido que era su hermano, pero también pudo ser un familiar muy próximo que consiguió sentarse en el trono debido a la minoría de edad del hijo mayor de Sahure. En cualquier caso, el gobierno de Neferirkare destaca entre los de la V dinastía por habernos proporcionado un excepcional conjunto de documentos: los Papiros de Abusir. Encontrados en las habitaciones de su templo alto, se trata de los restos del archivo administrativo del mismo (los cuales se extienden por un período de doscientos años tras la muerte del monarca), lo que ha permitido averiguar el modo de funcionamiento de estas instituciones.

Resulta interesante saber que las provisiones para el culto funerario de Neferirkare no procedían directamente de la veintena de fundaciones funerarias en teoría destinadas a ello, sino del Palacio, la Residencia y el templo solar del soberano, llamado *St-íb-R*$^{c}$, que a su vez recibía el grueso de sus ingresos de un lugar llamado *R3-Š-K3k3í,* «La boca del dominio de Kakai». En realidad, es posible que este último organismo fuera un

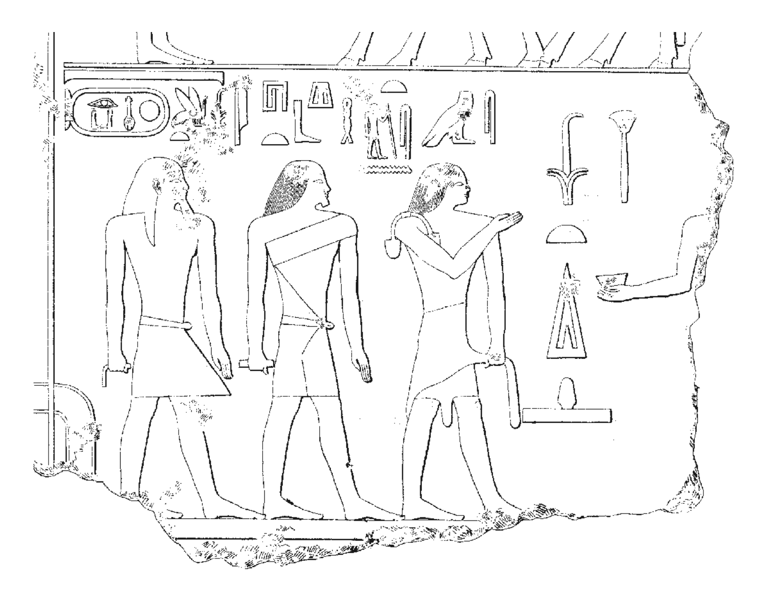


Figura 4.14. Imagen del relieve de un seguidor de Sahure convertida en la del faraón Neferirkare.

centro donde se recogía toda la producción de las fundaciones funerarias, que de este modo sí eran la fuente del sostén del culto del soberano. El Palacio tomaba parte en el suministro como unidad centralizadora general que era del país. Como vemos, complejo funerario y templo solar formaban una única unidad económica estrechamente imbricada, en cuyo funcionamiento trabajaba un importante número de personas.

En el antiguo Egipto sólo existía un sacerdote: el faraón. Ideológicamente, era el único capacitado para poner en contacto y hacer de intermediario entre el mundo de los hombres y el de los dioses. Por lo tanto, en teoría nadie más podía oficiar en los cultos de todos los templos de todo el país. Sin embargo, como, a pesar de ser un dios en la tierra, no era omnipotente, el monarca delegaba las tareas del culto en un elevado número de funcionarios. Esto era posible porque la egipcia no era una religión revelada, que exige a sus celebrantes haber recibido la llamada del dios para poder tomar parte en el culto. Tampoco se trataba de sacerdotes a tiempo completo, que sólo aparecerán como tales en el Reino Nuevo. Durante la época de las pirámides, gran parte de las personas que actuaban como sacerdotes eran miembros de la Administración o personas escogidas por el rey, que trabajaban en el templo de su soberano durante unos pocos meses al año organizados en filés.

A comienzos de la V dinastía, este sistema se reorganizó y se añadió una quinta filé a las cuatro que se conocen de la IV dinastía. Cada parte

de las cinco filés servía en los templos durante un mes de cada diez. La innovación dejó su huella en la arquitectura cultual, pues a partir del reinado de Sahure la mayoría de templos altos contó con grupos de diez almacenes en su interior. El resultado de esta labor sacerdotal fija-discontinua era un mayor reparto de la generosidad del soberano. El salario que recibían los trabajadores de los templos (sacerdotes o no) procedía de las ofrendas, que una vez expuestas en los altares el tiempo adecuado eran repartidas entre todo el personal atendiendo a su categoría.

El templo de Neferirkare estaba atendido por un personal permanente formado por sacerdotes lectores *(khery-heb)*, sacerdotes *wab,* escribas, artesanos, alfareros, etc., y un personal fijo-discontinuo organizado en filés. Este grupo estaba dirigido por un «controlador de aquellos que sirven en la filé». Cada media filé estaba compuesta por un «inspector de sacerdotes», un asistente, diez *hem-netjer* y diez *khenti-she*[32], lo que eleva el total de personal asignado al culto de Neferirkare hasta unas trescientas personas. Sin duda es una cifra elevada, pero el objetivo del sistemas de filés era éste precisamente: repartir la generosidad del faraón lo más ampliamente posible, de tal modo que el mayor número de personas recibiera una muestra de ella. Esto es importante no sólo ideológica, sino también físicamente, porque las ofrendas eran abundantes en carne, algo que la mayoría de la población egipcia sólo podía comer en contadas ocasiones. No es de extrañar que las cantidades de productos presentados durante el culto fueran elevadas: 660 aves al mes (8.000 por año) y 30 bueyes al mes (360 bueyes al año) en el templo de Neferikare, por ejemplo.

Los Papiros de Abusir no sólo nos hablan de la estructura administrativa del templo, también de las ceremonias del culto, muy similares a las realizadas diariamente para los dioses en sus templos. Dos veces al día, por la mañana y por la tarde, se abrían uno detrás de otro los cinco nichos con estatuas (la del centro representaba al rey como Osiris y las de los extremos como rey del Alto y el Bajo Egipto). Un *khenty-she* se encargaba de la estatua, que era sacada del nicho, desvestida, lavada, ungida, vestida y adornada. Mientras tanto, un *hem-netjer* fumigaba con incienso. Luego se le presentaban las ofrendas de comida y se le hacían libaciones. Terminada la ceremonia, un *khenty-she* y un *hem-netjer* vaciaban el agua de las libaciones, que había quedado recogida en una pila utilizando el sistema de desagüe del templo. Seguidamente se contaba todo el material e instrumentos utilizados y se guardaban en su almacén correspondiente. El ritual terminaba con una cuádruple aspersión ritual de agua con natrón dedicada al rey. Por la mañana y por la tarde también se celebraba otro rito: «el camino del *hem-netjer* cuando va alrededor de la pirámide», en el que un *khenty-she* y un *hem-netjer* daban la vuelta a toda la pirámide en el sentido de las agujas del reloj mientras la iban salpicando de agua con natrón. Era un modo de simbolizar el circuito diario del sol, de darle vida a ese astro varado en medio de la sabana[33] que era la pirámide.

Quizá fuera este aumento en el número de personas que recibían beneficios por su participación en culto del soberano, además de la necesidad que tenían ahora los funcionarios (sobre todo en provincias) de dejar claro que tenían contacto directo con el faraón y gozaban de su confianza, el motivo que impulsó un cambio bastante radical en el contenido de las autobiografías de las tumbas. Si durante la IV dinastía se puede decir que las autobiografías prácticamente no existen, excepto como sencillas frases biográficas que aparecen casi de relleno en otro tipo de textos, durante la V dinastía pasan a ser más amplias y narrativas. Se trata de textos donde el dueño de la tumba relata al visitante de su capilla acontecimientos concretos que tienen como protagonistas al faraón y a él mismo, quedando clara así la interacción entre ambos y la cercanía al soberano de la que gozaba el difunto. En ocasiones, esta proximidad podría acarrear algún que otro inconveniente, como en el caso de Raur y Neferirkare:

> «El rey del Alto y el Bajo Egipto, Neferirkare, apareció como rey del Bajo Egipto el día de coger la maroma de proa del barco del dios. El sacerdote *sem* Raur se encontraba a los pies de Su Majestad en su noble cargo de sacerdote *sem* y conservador del equipo ritual. El cetro *ames* que Su Majestad estaba sujetando bloqueó el camino del sacerdote *sem* Rewer. Su Majestad le dijo: "¡Está bien!", así habló Su Majestad. Su Majestad dijo: "Es el deseo de Mi Majestad que él esté muy bien y que no se descargue ningún golpe contra él". Porque era más valioso a ojos de Su Majestad que ningún otro hombre. Entonces Su Majestad ordenó que fuera puesto por escrito en su tumba de la necrópolis y Su Majestad hizo que se hiciera un documento para él, escrito en presencia del propio rey, en el taller de la Gran Casa, de modo que fue escrito en su tumba de la necrópolis de acuerdo a lo que había sido dicho» (*Autobiografía de Raur*)[34].

Se han propuesto varias interpretaciones para esta protección inmediata ofrecida por el soberano a Raur tras haber tropezado éste con el cetro: haber roto el tabú sagrado que rodeaba la figura del monarca, haber sido golpeado fortuitamente por el cetro utilizado por el monarca para tocar a los condenados a muerte y comunicarles la sentencia o haber interrumpido una ceremonia sagrada.

Otro tipo de autobiografía, surgida asimismo durante la V dinastía, se esfuerza por mostrar que el dueño de la tumba fue un personaje de tan notables cualidades que se ganó la generosidad del soberano, quien le obsequió con valiosos presentes, por lo general estelas, dinteles o sarcófagos de piedra para la tumba:

> «El "médico jefe" Myankhsekhmet se dirigió a Su Majestad: "¡Cómo deseo que este tu *ka,* amado de Ra, ordene que sea hecha una estela falsa-puerta de piedra para esta tumba mía en la necrópolis!" Su

> Majestad hizo que se le llevaran dos falsas-puertas de piedra de Tura y fueron colocadas en el interior del salón de audiencias llamado “Sahure aparece llevando la corona blanca”. El “gran controlador de los artesanos” y un taller de artesanos fueron puestos entonces a trabajar en ellas en presencia del propio rey. El trabajo se realizaba diariamente y los resultados eran aparentes cada día en el consejo de la corte. Su Majestad hizo que se colocara pigmento en ellas y fueron decoradas con azul» (*Autobiografía de Nyankhskhemet*)[35].

Después de un reinado de una decena de años aproximadamente, Neferirkare fue sucedido por quien se piensa pudo ser su hijo, Neferefre. Un hombre joven, apenas alcanzada la veintena, que murió, como nos indican los grafitos encontrados en su pirámide, tras apenas dos años de reinado. Esta circunstancia lo habría convertido en poco más que una mención en las listas de reyes si no fuera por los descubrimientos realizados en su pirámide y su templo funerario.

Lo primero que destaca de la pirámide de Neferefre es su forma. Ésta se debe a que el faraón falleció tan repentinamente que hubo de terminarse a toda prisa, apenas acabado su primer escalón, lo que le dio aspecto de mastaba cuadrada[36]. El monumento resultante es mencionado en la documentación contemporánea como *iat,* «la colina», por lo que sabemos que este truncamiento no significó ningún contratiempo ideológico para el reposo eterno del soberano. No obstante, lo más notable de la pirámide se encontró en su cámara funeraria: ¡los restos de la momia del faraón! Los estudios antropométricos y la estratigrafía del hallazgo demuestran sin lugar a dudas que se trata de Neferefre.

El siguiente gran hallazgo de la tumba se realizó en su templo alto (la calzada y el templo bajo no pudieron construirse) y consistió en un conjunto de papiros administrativos similar al del templo de Neferirkare. Resulta interesante constatar que, pese a permanecer inacavada la pirámide, el culto funerario del soberano sí tenía lugar regularmente y estaba dotado de ingresos importantes. Al día, en el templo se recibían: 56 panes *hedjta,* 54 panes *pezen,* 24 jarras de cerveza, 4 ocas, 8 pájaros *asha,* 13 piezas de carne, más 10 comidas *pat* procedentes del templo solar de Neferirkare. Conociendo el origen de los bienes destinados al culto de Neferirkate, cabría esperar que el templo solar de Neferefre hubiera realizado la misma función para él; sin embargo, aunque sabemos el nombre del templo en cuestión, no aparece en ninguno de los papiros administrativos, por lo que quizá no llegara nunca entrar en funcionamiento. El grueso de las ofrendas para Neferefre procedían del templo Ptah-al-sur-de-su muro, de la Residencia y, por intermedio del templo de Ptah, del templo solar de Neferirkare.

Unos documentos a los que se ha dado en llamar «salvoconductos» nos informan de cómo los faraones utilizaban los templos y sus ofrendas

para redistribuir riqueza entre sus súbditos. Se trata de documentos oficiales, «sellados en presencia del propio rey», en los cuales se autoriza a una persona ajena al culto (si bien por lo general se trata de hijos de personas que sí trabajaban en el templo) a retirar una parte determinada de las ofrendas del mismo una vez expuestas.

El retorcido camino que parecen haber seguido las entregas destinadas al culto funerario: producción en unidades separadas repartidas por todo el país (las fundaciones funerarias), que luego se centralizaban en una entidad administrativa ficticia, la cual entregaba una parte a la Residencia después de fiscalizarla y el resto a otra unidad centralizadora (el templo solar), a la que finalmente había que ir en barca dos veces al día para buscar los productos, es típico de una sociedad muy centralizada. El soberano es el eje entorno al que se articula todo en Egipto y su yo administrativo (la Residencia, el Palacio) ha de aparecer en todos los organigramas, por más que ello suponga en ocasiones una pérdida de efectividad. Lo importante es el resultado ideológico, pues de este modo todos los que reciben bienes lo hacen directamente del monarca. Ni siquiera cuando el reinado de un faraón es tan corto que no se conoce ningún monumento suyo, como fue el caso del sucesor de Neferefre, Shepseskare, queda rota esta tendencia redistribuidora. Los escasos documentos que conocemos de él[37] nos dicen bien poco de su gobierno; pero una extensión de terreno en Abusir (de 100 por 100 metros), que parece haber sido aplanada como primer paso para la erección de su pirámide, nos indica que nada más subir al trono de nuevo había puesto en marcha el circuito económico del país.

El siguiente rey, Niuserre Ini, fue uno de los más longevos de toda la dinastía. Permaneció en el trono casi treinta años y eso le permitió terminar las múltiples tareas que tenía ante sí. En primer lugar debía construir su complejo funerario, que decidió situar entre el de Sahure y el de Neferirkare (quien posiblemente fuera su padre), para así poder aprovechar los cimientos del templo bajo y la calzada de acceso de éste, que habían quedado sin terminar. Por este motivo su calzada cambia de dirección hacia el norte en su cuarto superior, y todo el templo exterior de su edificio funerario está desplazado hacia el sur, para que el ángulo de conexión con la calzada no fuera demasiado brusco. Este ahorro de tiempo y recursos le permitió también terminar su templo solar, completar el templo funerario de Neferirkare, terminar el de su hermano Neferefre y construirle a su madre, Khentkaus II, un complejo funerario situado justo a los pies del de su esposo Neferirkare.

Con la reina Khentkaus II nos volvemos a encontrar el ya conocido título de doble lectura: «rey del Alto y el Bajo Egipto y madre del rey del Alto y el Bajo Egipto» o «madre de dos reyes del Alto y del Bajo Egipto», que ya encontráramos en la figura de la reina del mismo nombre enterrada en Guiza. En este caso, al ser la madre de Neferefre y

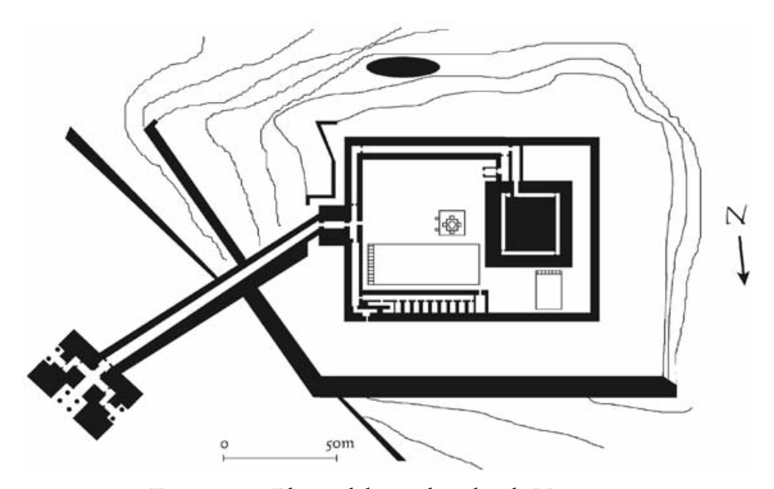



Figura 4.15. Planta del templo solar de Niuserre.

Niuserre, parece que podríamos decantarnos por la segunda lectura, habiendo debido la erección de su complejo funerario a la devoción filial de Niuserre, al que quizá ayudara de algún modo a subir al trono. No obstante, se trata de mera especulación. Lo más destacado de este complejo es que, de nuevo, se encontraron en el templo funerario restos de sus papiros administrativos, aunque en un estado muy fragmentario que no permite obtener demasiada información sobre ellos.

El más importante monumento que nos ha legado Niuserre es su templo solar (fig. 4.15), situado en la zona norte de Abusir. De la media docena de ellos que conocemos, es el segundo que se ha localizado y podido excavar. Su estructura es igual a la del de Userkare, aunque éste la consiguió después de al menos tres modificaciones. En realidad, se ha sugerido que ese edificio también fue utilizado por Sahure y Neferirkare, cambiándole el nombre y ampliándolo. Esto explicaría que no haya sido encontrada todavía una construcción tan importante como debió serlo el templo solar de Neferirkare, el cual debió de estar situado en las cercanías de la pirámide y del que, además de las numerosas menciones sobre su funcionamiento en los papiros de Abusir, poseemos incluso esta breve descripción de las cosas que podían llegar a pasar en él:

> «El visir Ptahhuakh había sido arquitecto del santuario solar Setibre de Neferirkare, del que Neferirkare veía la perfección y la excelencia de su obra en cualquier asunto secreto. Ahora bien, subió delante de ellos, pero no pudo descender. Entonces Su Majestad hizo que lo sujetaran e hizo que trajeran una venda. Ahora bien, los hijos del rey miraron, [...] cuando miraron temblaron muy fuerte [...] el encargado de la venda. Entonces Su Majestad le recompensó por ello. Cuando Su Majestad vio

> que husmeaba la tierra, Su Majestad dijo [...] "no husmees la tierra, husmea mi pie". Ahora bien, al escuchar todo aquello, los hijos reales y los Amigos que estaban en Palacio, temblaron de miedo» (*Autobiografía de Ptahhuakh*)[38].

Lo más destacado del templo solar de Niuserre son los preciosos e informativos relieves que decoraban algunas de sus salas, en especial la llamada «cámara de las estaciones».

Con el siguiente faraón de la V dinastía, quizá hijo de Niuserre, se observa un cambio importante: por primera vez en muchos años el soberano de Egipto no se llama con un teóforo de Ra, al contrario, recurre de nuevo al dios Horus y por dos veces: Menkauhor Ikauhor. Esto podría llevar a pensar en una mengua de la relevancia Ra en la monarquía y quizá sea así; pero lo cierto es que sabemos que llegó construirse un templo solar. Por otra parte, los nueve años de reinado que se le calculan debieron haberle permitido concluir sin problemas su complejo funerario, que sigue sin haber sido descubierto por los arqueólogos[39]. Con todo, parece que las cosas estaban empezando a cambiar algo en Egipto, como quedó en evidencia durante el reinado siguiente.

La larga estancia en el trono de Djedkare Izezi, más de cuarenta años, permitió que cuajaran los cambios introducidos en la Administración del país; pues fue durante su reinado cuando se produjeron importantes reformas administrativas, continuadas durante la dinastía siguiente. Entre las más importantes se cuentan la de tener dos visires en la capital y un tercero en el sur del país. Mientras los funcionarios de la corte se fueron distribuyendo por el Medio Egipto, comenzando a explotarlo de una forma más racional y exhaustiva, supervisada desde la capital, el extremo sur del país seguía siendo controlado desde los templos locales. Estos templos no tenían la conocida forma del templo egipcio (pilono, patio columnado, sala hipóstila y sanctasanctórum), que no se desarrollaría hasta al menos el Reino Medio. De un tipo que se ha dado en llamar estilo «preformal», tenían formas particulares evolucionadas localmente, como el templo de Elefantina, edificado al amparo de unos afloramientos de granito, o el de Medamud, un recinto irregular con un patio de acceso y dos colinas artificiales dispuestas en ángulo recto.

Por más que los faraones de la III y la IV dinastías no parecen haber dejado ningún documento de su presencia en estos templos, parece lógico suponer que desde el comienzo del Reino Antiguo éstos fueran perdiendo poco a poco parte de su independencia a manos de la autoridad central del faraón. Aunque siguieran controlados por las familias más destacadas del poblado, el «año del recuento del ganado» los representantes de la corona se presentaban y habían de rendirles cuentas. Este proceso se aceleró durante la V dinastía, aunque la documentación que habla de la presencia de estos soberanos en el Alto Egipto es escasa: Userkaf

(un pilar en Tod); Neferirkare (un decreto de Abydos); Niuserre (una estatua en Karnak); Djedkare (una estatua en Abydos). Durante este período, la corona realizó importantes donaciones a los templos provinciales del Alto Egipto, tanto en forma de terrenos como de ofrendas. Además de incrementar su riqueza patrimonial, esta política hizo lo propio con la de las familias que controlaban los ingresos templarios; las cuales se convertían de este modo en deudoras del faraón, quien así afianzaba su control sobre la zona sin contar en ella con la presencia de funcionarios llegados de la corte.

Los cambios introducidos durante el reinado de Djedkare no llegaron por sorpresa, desde el principio fue evidente que tendrían lugar; pues el nuevo soberano no sólo no se construyó un templo solar, sino que además abandonó la necrópolis de la dinastía en Abusir para regresar a Saqqara. El retorno a la necrópolis primigenia del Reino Antiguo no se tradujo en un acercamiento a la pirámide de Netjerkhet en busca de una legitimidad que ya poseía, parece que su intención fue más bien señalar un cambio con respecto a sus predecesores inmediatos, porque ordenó construir su complejo funerario en la zona sur del cementerio, al lado de donde se encontraba la tumba en forma de mastaba gigante de Shepseskaf. Ya sabemos que esta forma no piramidal pudo deberse sencillamente a falta de tiempo para construirla, pero aun así parece sintomática la elección de Djedkare de esa zona concreta de la necrópolis, justo en la desembocadura de un *wadi,* considerados en muchas ocasiones como caminos simbólicos de entrada al mundo del más allá.

Más interesante aún es la desaparición durante su reinado del templo solar y la incorporación a la pirámide de un rasgo que ya no variaría hasta el final del Reino Antiguo, una planta estandarizada para las habitaciones interiores (fig. 4.16): un corredor de acceso con un vestíbulo a

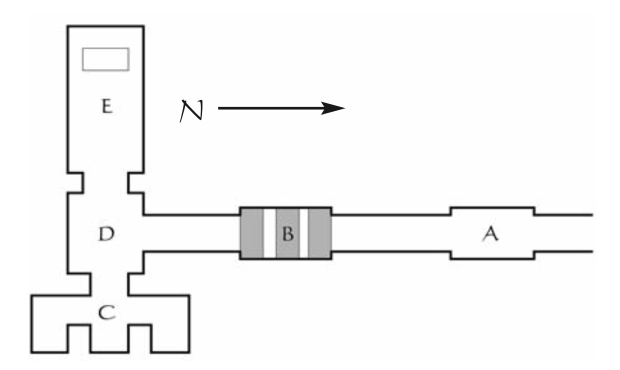



Figura 4.16. Planta tipo de las habitaciones de las pirámides egipcias desde Djedkare hasta Pepi II: A) Vestíbulo; B) Rastrillos de granito; C) Serdab; D) Antecámara; E) Cámara funeraria.

medio camino, seguido de tres rastrillos de granito, tras los cuales se continúa el pasillo hasta una antecámara, que hacia el este se comunica con el *serdab* (tres pequeñas estancias distribuidas a lo largo de un corto pasillo) y hacia el oeste con la cámara funeraria.

Recientemente se ha podido identificar la momia encontrada dentro de la pirámide de Djedkare a mediados del siglo XX: se trata de los restos del propio faraón. El origen de la identificación han sido las momias de dos mujeres, Khekeretnebti y Hedjetnebu, encontradas en sus respectivas mastabas en el sur de Abusir, donde se las identifica con el título de «hijas del rey Djedefre». Los estudios osteométricos y del grupo sanguíneo de los tres cuerpos han permitido verificar que las dos mujeres son hermanas entre sí y parientes muy cercanos de la momia de la pirámide. Como las tumbas de las princesas se encontraron prácticamente intactas, los cuerpos enterrados no son intrusivos, de modo que la momia de la pirámide es la de Djedkare. El segundo cuerpo de un faraón enterrado y encontrado en su pirámide.

El último soberano de la dinastía, Unis, completó el cambio en las habitaciones interiores de la tumba real comenzado por su predecesor, al introducir en ellas *Textos de las pirámides*. Posiblemente fuera la tremenda innovación que supuso la presencia de lo escrito en la cercanía del cuerpo difunto del soberano[40] y la incorporación de Osiris como dios predominante de la ideología funeraria, lo que decidió a Unis a buscar de nuevo la proximidad redimidora del complejo funerario de Netjerkhet. Esta vez, junto a la esquina suroeste del monumento, fuera del foso seco.

La característica más notable del complejo funerario de Unis, cuya pirámide[41] fue construida con la misma técnica barata que las del resto de la dinastía, es su largua calzada de acceso. Como era habitual, estaba decorada a todo lo largo con relieves de gran calidad. Uno de ellos ha hecho correr mucha tinta, pues representa a un grupo de personas no egipcias completamente depauperadas y demacradas por el hambre (fig. 4.17). Hasta hace pocos años esta imagen se utilizaba para dar énfasis al cambio climático que se dejaría notar al final del Reino Antiguo, al considerarse que reflejaba un evento histórico concreto; sin embargo, hace algunos años se ha encontrado un bloque con una escena similar junto a la calzada de Sahure. La conclusión más probable, por tanto, es que sólo sea una imagen más del imaginario de la decoración de los complejos funerarios reales.

Desde su descubrimiento a finales del siglo XIX, los *Textos de las pirámides* han sido objeto de constante estudio, no en vano son el más antiguo corpus religioso de la humanidad. En los últimos años se han producido avances notables que han permitido comprobar que los textos no pueden leerse ni comprenderse si no es prestando atención a su emplazamiento concreto en las habitaciones. Dentro de la pirámide hay todo un cosmos mitológico donde transcurre la vida eterna del faraón y son los



Figura 4.17. Beduinos hambrientos representados en los relieves de la calzada de Unis.

mismos textos quienes nos informan de su geografía, por lo que atender a su distribución física es esencial. Cada una de las habitaciones interiores de la pirámide se puede identificar con partes del universo funerario egipcio. Las cámaras de la pirámide y los textos que las acompañan forman un instrumento resucitador que hay que leer en el orden correcto, siempre partiendo desde la cámara funeraria hacia el exterior.

La cámara funeraria es el Duat (el más allá) y el elemento central en ella es el sarcófago, identificado con la diosa Nut. En las paredes de esta habitación se reparten cuatro tipos de fórmulas. En la pared oeste, justo detrás del sarcófago, hay fórmulas de protección, que impiden que nada malo le suceda al difunto. En la pared norte hay fórmulas de ofrendas, que alimentan al *ka* del soberano. En la pared sur hay fórmulas de resurrección, entre las que destaca: «¡Oh Osiris Unis, tú no te has ido muerto, te has ido vivo!» (Pir. 213 § 134)[42], una frase que aparece siempre justo a la altura de los ojos del difunto dentro del sarcófago, y que será lo primero que vea al abrirlos; el resto son fórmulas de progresión (el difunto debe ir hacia el oeste) y ascensión (debe alzarse hasta el horizonte). Estas fórmulas se continúan en la pared este, cuyo tímpano está cubierto de fórmulas de provisión de alimentos, las cuales permitirán al difunto recuperar fuerzas para su viaje.

El pasaje entre la cámara funeraria y la antecámara corresponde a la puerta del horizonte: «¡Las dos hojas del Horizonte están abiertas y sus cerrojos abiertos!» (Pir. 220 § 194a). La antecámara es el horizonte y el difunto, convertido en *akh* (espíritu, un ser que emana su propia luz), se desplaza en él hacia el este: «¡Haremos atravesar a Unis aquí presente hacia el

lado oriental del Horizonte» (Pir. 263 § 341a). La pared oeste y la sur están decoradas con fórmulas de progresión, mientras que la pared este, que da a las puertas de la morada de Osiris (el *serdab*), está cubierta de fórmulas de protección para salvaguardarla del peligro. La pared norte, previa a las puertas del cielo, esta decorada con fórmulas de ascensión.

El pasaje entre la antecámara y el *serdab* es la puerta de la residencia de Osiris: «¡Unis abrirá las hojas de la puerta, después de que Unis haya sido llevado al extremo del Horizonte!» (Pir. 275 § 416a). El *serdab* es la residencia de Osiris o Caverna de Nunu, entre otros nombres. El difunto debe entrar aquí para reunirse con Osiris y poder resucitar, como los textos funerarios del Reino Nuevo nos contarán posteriormente que hace Ra. El *serdab* nunca contiene textos.

Por último, las paredes del corredor horizontal que se dirije hacia la salida corresponden a las hojas de la puerta del cielo, que el difunto debe atravesar para terminar llegando a su destino entre los dioses: «¡Abrid los dos batientes del cielo, abrid para Unis los dos batientes del cielo!» (Pir. 313 § 502a-b).

Los *Textos de las pirámides* contienen innumerables menciones y referencias teológicas, religiosas y mitológicas. El origen del contenido particular de cada fórmula o recitación se escalona a lo largo del tiempo y posiblemente algunas de ellas se remonten a mucho antes de la aparición de las pirámides. Se trata de textos para ser leídos y el encargado de hacerlo es el sucesor del soberano, Horus, el príncipe heredero, quien tiene como oyente principal al monarca difunto, Osiris. La presencia de este dios es un elemento muy destacado de los *Textos de las pirámides,* donde el rey difunto es identificado con él. A pesar de ser la primera vez que aparece en la documentación escrita, su culto ya debía estar bien asentado, porque gracias a ellos podemos reconstruir su historia. Ésta no aparece en un relato coherente, sino a pequeñas pinceladas repartidas por todo el corpus: Osiris, rey de Egipto, es asesinado por su hermano Seth, quien lo descuartiza y reparte sus pedazos. Isis, esposa y hermana de Osiris, recoge los fragmentos, los embalsama y consigue resucitar el cuerpo lo suficiente como para quedarse preñada de su esposo y dar a luz a Horus. Éste, heredero legítimo del trono se enfrentará a su tío, al que terminará venciendo. Esta historia se convertirá en el sostén ideológico de la monarquía egipcia. Al encargarse de realizar los funerales del rey difunto, el heredero se identifica con Horus, sentándose en el trono egipcio con pleno derecho. Del mismo modo, el rey difunto se convertía en Osiris al ser momificado, enterrado y resucitado, igual que lo fue su homónimo divino, dejando a su heredero como rey de las Dos Tierras. Ideológicamente, esto convertía a los faraones egipcios en un linaje ininterrumpido, sin importar que se perdiera la consanguinidad de unos a otros.

## La VI dinastía

La gran continuidad existente entre el reinado de Unis y el del primer soberano de la VI dinastía, Teti, he llevado a diversos autores a sugerir que en realidad habría que considerar a Unis como el fundador de aquélla y no como el último faraón de la V dinastía. Podemos considerar que Unis es otro de esos puntos de inflexión que van jalonando la historia del Reino Antiguo. Los mismos egipcios parecían considerarlo así, porque, al llegar a él, el Papiro de Turín realiza una suma parcial de los soberanos que habían gobernado en Egipto hasta entonces. Tampoco conocemos los orígenes de Teti y en calidad de qué pudo acceder al trono de las Dos Tierras. Su filiación es desconocida, aunque se casó con Iput, a lo que parece hija de Unis. Esto no significa que desposarse con la hija de un rey concediera derechos dinásticos, sino que casarse con una princesa de sangre real era un medio de legitimar *a posteriori* una entronización al emparentar con la familia del soberano difunto. Fuera cual fuese el origen de Teti, lo cierto es que no se observa ninguna ruptura política en el paso desde una dinastía a la otra y no son pocos los funcionarios con cargos importantes que presumen en los textos de sus tumbas de haber servido durante los reinados de Djedkare, Unis y Teti, como puedan ser los visires Kagemni y Hesi. Sin embargo, el nombre de Horus del rey, Seheteptawy, «Aquél que pacifica las Dos tierras», muy bien podría estar dándonos a entender que sí hubo tensiones de relativa importancia.

Por otra parte, la elección de Teti del emplazamiento para su complejo funerario es muy significativa: junto a la esquina noreste del de Netjerkhet, pero por fuera del foso seco. ¿De nuevo se trató de la necesidad de legitimarse? Es posible, porque esta parte de la necrópolis de Saqqara se convirtió en el punto de reunión de todos los soberanos posteriores a la IV dinastía que prescindieron de teóforos de Ra para llamarse: Userkaf, Unis y Teti. Es posible entonces que la pirámide de Menkauhor se encuentre también en las cercanías. Además, la esquina noroeste de la pirámide de Sekhemkhet, la cima de la de Unis, la esquina sureste de la de Netjerkhet, la esquina sureste de la de Userkaf y la esquina noroeste de la de Teti se sitúan a lo largo de una línea que las comunica visualmente, si bien con mucha menos precisión que las ya conocidas de Guiza y Abusir.

Una característica muy importante del complejo funerario de Teti es que se convirtió en el modelo estándar que seguirían el resto de soberanos de la dinastía. El método constructivo siguió los mismos derroteros que en las pirámides de la V dinastía: amontonamiento de piedras y cascotes recubiertos de una capa de caliza de calidad, con unas dimensiones de 150 codos de base cuadrada por 100 codos de altura[43], muy similares a las de la pirámide de Djedkare y copiadas por sus sucesores.

Lo mismo sucede con su templo alto (el templo bajo y la calzada no se han encontrado) (fig. 4.18). Los elementos de este edificio para el culto funerario del soberano ya estaban definidos desde tiempo antes; pero es ahora cuando se fijan definitivamente: el vestíbulo queda flanqueado por almacenes perpendiculares al mismo y el patio por almacenes paralelos a su lado largo, mientras que en el «templo interior», la sala de los nichos y la antecámara cuadrada quedan flanqueadas por almacenes perpendiculares, justo lo contrario que la sala de ofrendas, que tiene a ambos lados almacenes paralelos a ella.

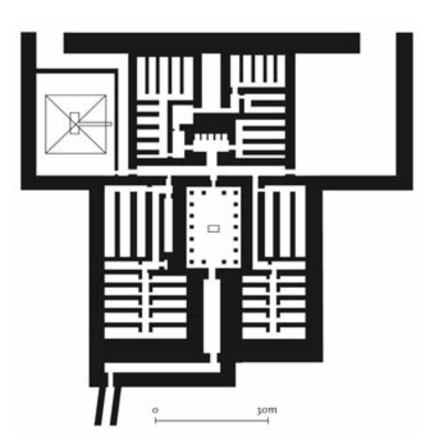


Figura 4.18. Templo alto de Teti.

Ideológicamente, que los cuatro complejos funerarios reales construidos durante la VI dinastía tengan pirámides de idénticas dimensiones y la misma distribución de elementos en su templo de culto es muy importante. Nos está hablando de que el Estado está ya plenamente asentado en Egipto, hasta el punto de que los soberanos no tienen necesidad de lucirse en sus complejos funerarios, cuya construcción ha dejado ya de ser el principal eje económico del país. Es como si, definitivamente, la ideología de la monarquía hubiera quedado establecida, como sugieren también los *Textos de las pirámides,* donde vemos retratado al soberano egipcio como un perfecto administrador:

> «Unis se sentará delante de él [= el Sol], Unis abrirá sus arcones, Unis romperá los sellos de sus decretos, Unis sellará sus documentos, Unis enviará sus incansables mensajeros y Unis hará lo que él le diga a Unis» (*Textos de las pirámides 309 § 491*)[44].

Durante este período, los monarcas ordenan construir capillas destinadas a su culto por toda la extensión de sus dominios. Se trata de los *hwt-ka,* un tipo de edificio de pequeñas dimensiones conocido desde antiguo; pero que con la llegada de la VI dinastía pasamos a encontrar a todo lo largo del valle del Nilo: de Teti y Pepi I en Bubastis, de Pepi I y Pepi II en Elefantina, Hieracómpolis y Abydos. Su objetivo es hacer más visible a sus súbditos la existencia del soberano, hacerlos más conscientes de su existencia; pues no olvidemos que muy pocos eran los egipcios que llegaban a ver el complejo funerario del faraón. Al participar de este modo en el culto al monarca, los altos funcionarios provinciales dejaban ver a

sus administrados su estrecha relación con el soberano y extendían el control del monarca y su Administración. Todo formaba parte de la política de la corona destinada a controlar finalmente todos los recursos del país. Si durante la IV dinastía los esfuerzos del faraón se concentraron en la explotación del Delta y durante la V dinastía del Medio Egipto, durante la VI dinastía el objetivo fueron las provincias más meridionales del Alto Egipto, esa unidad geográfica que parecen haber formado los nomos del I al VIII. Además del nombramiento de nomarcas residentes, enterrados en la provincia administrada por ellos, la explotación del sur (y del resto del país) se realizó mediante el uso de los *hwt* (abundantes a partir del final de la V dinastía) y los templos provinciales.

Los *hwt* eran centros administrativos de la corona, que los dotaba de tierras, ganado y personal propios. Estaban controlados por aquélla y acumulaban las tareas de centro administrativo, palacio, residencia del gobernador de un distrito, centro de trabajo y punto central de un grupo de haciendas agrícolas. Además de administrar los recursos de la zona donde se emplazaban, los *hwt* se encargaban de almacenar la producción de sus terrenos agropecuarios, la cual sólo entregaban a los enviados del rey que se presentaban con la adecuada autorización del soberano. Por esta misma razón, eran los encargados de alimentar y aprovisionar a las expediciones enviadas por el monarca, ya fueran guerreras o destinadas a la explotación de los recursos de los desiertos cercanos. Los *hwt* están presentes en todo Egipto, abundando sobre todo en las zonas cercanas a Menfis; en cambio, desaparecen en aquellas regiones que contaban con la presencia de un templo local importante (como Elkab, Coptos o Akhmin) o con un pasado de prestigio político que se remontaba al Predinástico (como Nagada o Hieracómpolis). La red de *hwt* y templos provinciales, que se extendía por todo el país, era el elemento central del control del soberano en las provincias alejadas de la capital.

El otro elemento básico que definía el mundo rural egipcio eran los *niwt,* los poblados. Se trata de localidades que no dependían directamente de la corona, pues sus «alcaldes» no eran funcionarios nombrados por el faraón. No obstante, ni estos poblados con administradores ajenos a la corte ni la presencia de nomarcas en las provincias supusieron merma alguna del control político del faraón sobre todo su territorio. Los textos demuestran que su dominio del país se mantuvo inalterable hasta el final de la dinastía. Este afán de control podemos verlo reflejado en el nombramiento consecutivo de dos de los visires de Teti, Kagemni y Mereruka, como «gran sacerdote de Ra». Probablemente su intención era conseguir un mayor control del culto heliopolitano, y para hacer lo propio con sus visires manteniéndolos cerca de él, los casó con dos de sus hijas y les permitió enterrarse en el cementerio adyacente a su pirámide. Sin embargo, parece que algo estaba cambiando en Egipto y la sacrosanta persona del soberano comenzaba a no serlo tanto.

Una vieja tradición recogida por Manetón menciona que Teti fue asesinado por su propia guardia personal. Al contrario de lo que sucedió con los intentos de asesinato sufridos por su hijo, Pepi I, de lo cuales hay alguna documentación escrita, nada se conserva que pudiera corroborar lo dicho por el historiador egipcio. No obstante, conocemos algunos detalles curiosos que podrían señalar en esa dirección, como que Teti aumentara notablemente el número de guardias de palacio, que éstos fueran recompensados con una tumba en el cementerio de su pirámide, pero que durante el reinado de Pepi I la mayoría de estas tumbas sufriera el borrado o destrucción del nombre o la figura del dueño de las mismas, en lo que podría ser un reflejo del tipo de castigo sufrido según su grado de implicación en la conjura. Los apenas once años de Teti en el trono y que fuera sucedido por un soberano efímero (un año de gobierno) llamado Userkare, «Poderoso es el ka de Ra», es decir, con teóforo del dios sol, quizá nos estén hablando de algún tipo de tensión político-religiosa ligada al posible asesinato de Teti.

El siguiente soberano egipcio, Pepi I, se sentó en el trono bien aleccionado sobre los peligros de contar con demasiados guardaespaldas y personas con acceso a su persona. Un reflejo de esto podemos verlo en su pirámide, cerca de la cual no hay enterrado ninguno de sus altos funcionarios, ni siquiera uno de los pocos que gozó de su estima y confianza, Weni, cuya tumba se encuentra en su ciudad natal de Abydos. Entra en lo posible que esta separación entre monarca y altos funcionarios se deba no sólo al ejemplo de lo sucedido a su padre, sino a las experiencias vividas en sus propias carnes, puesto que Pepi I sufrió no uno, sino dos intentos de asesinato en conjuras palaciegas. Precisamente, es la autobiografía de Weni la que nos permite conocer de forma directa la existencia del primero de ellos, gracias a un nuevo tipo de texto autobiográfico aparecido al final de la V dinastía y que hace mucho más vívido el relato de los acontecimientos de los sucesivos reinados. Son textos donde se narra la realización con éxito de misiones concretas para el faraón, lo cual le merece al dueño de la tumba los correspondientes elogios del soberano.

No es el único tipo nuevo de autobiografía aparecido o consolidado durante la VI dinastía. El segundo de ellos son textos donde se detallan paso a paso los diversos ascensos en el escalafón administrativo del dueño de la tumba. El difunto nos explica que comenzó su andadura administrativa realizando una tarea menor y, lentamente, según fue cumpliendo a satisfacción del soberano las tareas encomendadas, fue aumentando la responsabilidad de sus cargos. Este tipo de texto pone de relieve la existencia de una especie de *cursus honorum* en la Administración y nos habla claramente del grado de desarrollo de la misma. En la VI dinastía el Estado llegará a estar plenamente consolidado, manteniendo siempre el faraón el control del país. No obstante lo cual, la presencia en la corte de un grupo

de notables con poder y la existencia de numerosos miembros de la familia real alejados de cargos con capacidad de decisión hicieron que las tensiones políticas se dejaran sentir contra Pepi I, como también lo hicieron contra su padre. Los datos que poseemos sobre la primera conjura, mencionados por Weni, son muy escuetos, aunque definitivos:

> «Cuando hubo un caso legal en secreto en el harén real contra la esposa real, la "grande de afecto", Su Majestad hizo que yo lo escuchara. Ningún visir ni funcionario estaba presente a parte de mí mismo, porque yo era excelente, estaba arraigado en su corazón y su corazón estaba lleno de mí. Yo, en solitario, con sólo otro juez y boca de Nekhen, lo puse por escrito, aunque sólo tenía la categoría de superintendente de los *khenty-she* de la Gran Casa; nunca antes había nadie como yo escuchado los secretos del harén real y sin embargo Su Majestad me dejó escucharlos, porque yo era más excelente en el corazón de Su Majestad que ningún otro de sus funcionarios, nobles o sirvientes» (*Autobiografía de Weni*)[45].

A lo que parece, una mujer del faraón organizó desde el harén[46] una conjura para matar al monarca. Descubierta, para mantener un manto de discreción sobre el asunto al tiempo que se guardaban las formas judiciales, fue sometida a juicio ante un tribunal presidido por Weni (encargado del harén) acompañado por un juez de Nekhen. Tiempo antes de tener que vérselas con la reina traidora, Weni había sido nombrado «supervisor de los guardias de palacio» en sustitución de cuatro funcionarios con el mismo título. Parece evidente que los dos acontecimientos, narrados de forma consecutiva en la autobiografía, están relacionados. El primero indicaría la «poda» realizada en la seguridad del rey para deshacerse de las ramas podridas tras conocerse el complot y el segundo sería la descripción del final de la investigación y de cómo se acabó definitivamente con el mal juzgando a la instigadora del mismo.

Los motivos del atentado son inciertos, pues es posible que Pepi fuera lo bastante joven como para no haber tenido todavía muchos hijos que desearan el trono. Un detalle curioso viene a sumarse al problema. Al principio de su reinado Pepi había renunciado a los teóforos de Ra, siendo Nefersahor su nombre de hijo de Ra; pero al poco tiempo lo cambió por el de Meryre, «Amado de Ra». ¿Acaso tras el fracasado complot quiso gozar del apoyo que podría darle el culto heliopolitano? No hay modo de saberlo, pero cabe la posibilidad, porque la ausencia de los visires en el juicio sólo puede significar que formaban parte de la trama, y si Pepi era un adolescente, contar con un apoyo como el del sacerdocio helipolitano sería importante para él.

Inmediatamente después de descubrirse la conjura, Pepi I se casó con las dos hijas de un matrimonio de nobles asentados con posterioridad en Abydos: la dama Khui y Nebet, rebautizándolas Ankhesenpepi I y II.

La primera de ellas daría a luz al futuro rey Merenre y la segunda al sucesor de éste, Pepi II. Se desconoce el motivo de estos matrimonios, pero no tiene nada que ver con una supuesta necesidad del soberano de contar con el apoyo de una poderosa familia provincial. En primer lugar, porque, durante el Reino Antiguo, Abydos sólo consiguió relevancia tras el nombramiento de la dama Khui como «visir del sur» y su consiguiente traslado a esta ciudad. De hecho, casi con seguridad el origen de la dama Khui y Nebet no es Abydos, porque su hijo Djau (futuro visir de Pepi II), en su tumba en esta ciudad, se esfuerza por dejar claro que él *sí* nació en ella ¿al contrario que sus padres? En segundo lugar, porque los soberanos de la VI dinastía tuvieron mucho cuidado en cambiar a menudo la sede del visir del sur y en repartir el cargo entre varias familias, para que ninguna de ellas creara una base de poder lo bastante fuerte como para competir con la de la monarquía. Así, durante la última dinastía del Reino Antiguo, la sede del visirato meridional fue saltando entre las ciudades de Edfú, Deir el-Gebrawi, Akhmin, Abydos y Coptos.

A pesar de la conjura organizada en el harén real, parece que Pepi I no se sintió en absoluto cohibido a la hora de desposarse de nuevo; pues las modernas excavaciones de su complejo funerario han sacado a la luz un grupo de siete pirámides subsidiarias, cada una dentro de su propio recinto, destinadas a seis reinas (Nubunet, Inenek-Inti, «¿reina? anónima occidental», Meritites IV, Ankhesenpepi II y Ankhesenpepi III) y un príncipe (Hornetjerkhet). El hallazgo es notable, porque además ha permitido descubrir que las criptas de las reina se empezaron a decorar con *Textos de las pirámides* antes de lo que se pensaba, concretamente con la reina Ankhesenpepi II. Los *Textos de las pirámides* de las reinas resultan muy interesantes, porque sólo cuentan con una mínima selección de ellos, pese a lo cual mantienen la cuidada distribución topográfica.

El complejo funerario de Pepi I se convirtió además en un importante punto de referencia dentro de la geografía de la capital de Egipto, porque con el tiempo su nombre, Mennefer, terminaría siendo asumido por ella transformado en Menfis. El complejo se encuentra en Saqqara sur (convertida en el cementerio de la dinastía), del mismo lado del *wadi* donde se encuentra la tumba de Djedkare.

Pero las tribulaciones políticas de Pepi I no terminaron con sus matrimonios, porque parece que se libró de un segundo intento de asesinato. Las pruebas son sutiles. En un decreto fechado en el año después del vigésimo primer recuento del ganado, el nombre del visir Rawer aparece borrado y lo mismo sucede con el nombre, la cara, las manos y los pies de las imágenes del visir en su tumba de Saqqara. Esta *damnatio memoriae* sólo se puede explicar si consideramos que a finales del reinado sucedió algo grave y que el visir Rawer estuvo implicado en ello. La documentación sugiere que Pepi I no sólo descubrió el complot, sino

que, para evitar futuros incidentes de las mismas características, nombró corregente a su hijo Merenre. Al incorporarlo a la cadena de mando de forma oficial y reconocida por todos, no había modo de que al fallecer Pepi I se produjera un vacío de poder, listo para ser aprovechado por pretendientes espúreos a la corona. Fue un modo de evitar futuros incidentes sucesorios e inauguró un medio de transmisión del poder que quizá se utilizara también durante el Reino Medio. No obstante, los especialistas no se ponen de acuerdo en si de verdad existieron corregencias en el antiguo Egipto, ni siquiera la de Pepi I y Merenre, pues las pruebas en contra son igual de sólidas que las a favor.

Merenre es un monarca del que sabemos muy poco y pese a la supuesta corregencia sólo llegó a reinar diez años. Precisamente, una inscripción en el templo de Satet, en la isla de Elefantina, nos informa de que mantuvo una activa política en la región de Nubia:

> «El año de la quinta ocasión, segundo mes de la estación de *shemu,* día 24. Una visita del propio rey, cuando hizo prisioneros entre los gobernantes de las tierras extranjeras: el rey del Alto y el Bajo Egipto Merenre, que viva para siempre» (*Inscripción de Merenre en el templo de Satet)*[47].

El complejo funerario de Merenre está situado al lado del de su progenitor, en Saqqara sur, y mantiene las dimensiones y estructura propios de los de la dinastía.

A lo que parece, Pepi II sucedió a su hermanastro Merenre siendo sólo un niño, pues estuvo sentado en el trono más que ningún otro soberano egipcio. Manetón menciona noventa y seis años de reinado, aunque la fecha más tardía presente en la documentación es el año sexagésimo cuarto. No sabemos quién pudo haber ejercido la regencia durante la minoría de edad del faraón; pero que Pepi II consiguiera alcanzar la mayoría de edad sugiere que su padre consiguió terminar con las ansias de conjura de la corte.

El de Pepi II sería el último complejo funerario con pirámide construido durante el Reino Antiguo. El lugar elegido de nuevo fue Saqqara sur, aunque esta vez del otro lado del *wadi,* apenas a unas decenas de metros al oeste de la mastaba de Shepseskaf. En la tumba de Pepi II vemos reflejada la tranquilidad dinástica de la que gozó este soberano. Teti continuó con la costumbre de permitir el enterramiento de grandes funcionarios en la cercanía de la tumba del faraón, interrumpida de forma muy evidente por Pepi I, quien, receloso de sus cortesanos tras dos intentos por derrocarlo, sólo accedió a situar junto a su tumba las de sus reinas. Terminados al fin los problemas dinásticos, Pepi II de nuevo permitió a algunos escogidos construir sus tumbas a la sombra de la suya.

Uno de los elementos claves del reinado de Pepi II parece haber sido una activa política en Nubia. La atención prestada por los egipcios a

esta región siempre fue importante, hasta el punto de haberse sugerido que la desaparición durante la Época Tinita de la población autóctona de la Baja Nubia (el llamado grupo A) se debió a la presión egipcia. El interés de los faraones por esta región no menguó en todo el Reino Antiguo. No tenemos más que recordar la expedición punitiva de Esnefru y su regreso con miles de prisioneros e importante botín; además de la explotación continuada, pero irregular, de los minerales del desierto nubio. En un momento dado, la presencia egipcia en la zona fue tan importante que se llegó incluso a construir algún fuerte fronterizo, como el de Buhen, donde se han encontrado sellos de monarcas de la IV y de la V dinastía: Menkaure, Khaefre, Userkaf, Sahure y Neferirkare.

Al parecer, durante la VI dinastía cambiaron las circuntancias y da la impresión de que esta vez fue la presión demográfica del Grupo C (la población autóctona nubia) la que obligó al desalojo de este enclave egipcio en la Baja Nubia. Algunos textos autobiográficos de nobles de la zona de Elefantina demuestran lo peligrosos que podían ser los viajes hacia el sur. Sabni, por ejemplo, nos cuenta que su padre encabezaba una expedición a la zona cuando el contingente egipcio fue asaltado y muerto. Como resultado de ello, tuvo que organizar su propia expedición de rescate para traerse el cuerpo de su progenitor, que encontró tendido sobre el asno que montaba. Por otra parte, el texto de Sabni nos permite constatar que durante todo el Reino Antiguo el embalsamamiento fue un procedimiento caro y excepcional. En realidad, durante este período, la intención, más que preservar la carne muerta, fue convertir el cadáver del difunto en una especie de estatua del mismo. La técnica empleada no implicaba evisceración, sino el vendado con tiras de tela empapadas en resina o yeso, que se ajustaban al cadáver para reproducir sus rasgos con todo el detalle posible, tanto los del rostro como los del cuerpo. Una vez secas las vendas, la transformación en estatua se completaba con el uso de colores sobre la tela: negro para el pelo, rojo para la boca y verde para los ojos y las cejas. También se podía añadir detalles personales, como un pequeño bigote pintado o una peluca.

> «Cuando este Iry regresó de la Residencia trajo un decreto que confería los cargos de *haty-a,* portador del sello del rey del Bajo Egipto, compañero único y sacerdote lector a este Mekhu. También trajo [...] dos embalsamadores, un sacerdote lector superior, uno que se encuentra en su tarea anual, al inspector del *wabet,* plañideras y todo el equipo del *per-nefer*» (*Autobiografía de Sabni*)[48].

Como queda claro por el texto anterior, al menos en algunos casos la transformación en momia del cadáver era un obsequio del soberano, lo cual parece implicar la existencia de un grupo de embalsamadores reales,

que se encargaba en la capital del procesado de los cuerpos de los nobles a quienes el monarca concedía la gracia. Hasta finales de la V dinastía, no parece haber habido ningún problema para que el faraón monopolizara la conservación de los cuerpos. No obstante, al comenzar a enterrarse en provincias a los gobernadores, bastantes de los cuales merecerían el privilegio, la cosa se volvió algo más compleja. Pese a lo cual, parece que el rey no tuvo problemas para conservar al menos parcialmente el monopolio y enviar a provincias a grupos de embalsamadores para realizar su labor. En realidad era otro medio para controlar ideológicamente a los nobles alejados de la corte, los cuales seguían dependiendo del soberano para ciertos privilegios, quien además difundía así desde Menfis una práctica que acabaría por convertirse en un referente cultural de la civilización egipcia.

Pese al peligro de las expediciones, los contactos entre Egipto y Nubia no disminuyeron. Elefantina se convirtió en una activa frontera política y sus gobernadores se hicieron cargo de la labor de mantener el comercio, la paz y la presencia egipcia en la región. La importancia del enclave queda de manifiesto por las numerosas donaciones de los soberanos al templo de Satet y por las visitas que algunos de ellos realizaron personalmente al mismo; en el caso de Pepi II, parece que con motivo de su segunda fiesta *Sed*. La autobiografía de Herkhuf (fig. 4.19) es un magnífico ejemplo de las vicisitudes que implicaban la labor de estos funcionarios del soberano.

Herkhuf comenzó su andadura como funcionario a una edad relativamente temprana, porque nos dice que estuvo al servicio de Teti durante



Figura 4.19. El interior de la tumba de Kherkhuf en Qubet el-Hawa. La conocida carta de Pepi II se encuentra escrita sobre la fachada de la misma.

sus últimos años de reinado; pero cuando de verdad se implicó en la política nubia fue durante el reinado de Merenre, cuando acompañó a su padre Iry a una larga expedición hasta las tierras de Yam, de donde regresaron siete meses después con un importante cargamento de valiosos bienes. Alcanzada la madurez y con la experiencia anterior, el soberano volvió a enviar a Herkhuf a Yam, esta vez como jefe único de la expedición, regresando a los ocho meses con un cargamento similar al anterior. Su última expedición fue con mucho la más compleja y lograda. Siguiendo la ruta de los oasis marchó hacia el sur por el desierto, encontrándose de camino con el soberano de Yam, que marchaba decidido junto a sus tropas para atacar y aniquilar al país de Tjmeh (Libia). Hasta allí le acompañó Herkhuf, consiguiendo por el camino aplacar la ira del nubio. Retomado su destino inicial, al llegar a Yam nuestro protagonista se estableció allí durante algún tiempo mientras reunía todos los bienes deseados. De regreso a Egipto, en su marcha hacia el norte se encontró con el soberano de Irhet, cuyas aparentemente aviesas intenciones, avivadas por la riqueza del cargamento, quedaron en nada al ver la fuerza militar tanto egipcia como nubia, que acompañaba a la expedición. De hecho, al comprobar el poderío del grupo le entregó numerosos rebaños y agregó una escolta para acompañarlo en la travesía del desierto.

Al llegar de nuevo al Nilo, cuyas aguas terminarían por transportar a toda la expedición hacia Egipto, Herkhuf se encontró con la agradable sorpresa de un barco cargado con vituallas egipcias. Era un obsequio del soberano, a cuyos oídos habían llegado nuevas del éxito de la empresa gracias una carta enviada por el propio Herkhuf. Junto a la cerveza, el vino y los panes, éste se encontró con algo todavía más inesperado y precioso, una carta del propio faraón, Pepi II, quien le felicitaba y se mostraba completamente encantado con uno de los productos conseguidos por Herkhuf: un pigmeo. El entusiasmo demostrado por el soberano y las prolijas instrucciones proporcionadas a Herkhuf para que protegiera al pigmeo de todo mal parecen demostrar bien a las claras que nos encontramos ante un niño embargado ante la perspectiva de ver una maravilla como no se había visto desde el reinado de Djedkare. El navío con vituallas en realidad estaba allí para que Herkhuf pudiera desplazarse con toda rapidez y comodidad hacia el norte con su preciosa carga:

> «¡Ven de inmediato hacia el norte, a la Residencia! Deja todo lo demás de lado, trae contigo ese pigmeo que está a tu cargo, el cual has traído de la tierra de los Moradores-del-Horizonte. Que viva y sea próspero y tenga salud, de modo que pueda bailar para el dios y llene de gozo y placer al rey del Alto y el Bajo Egipto Pepi II Neferkare, ¡que viva para siempre!
>
> Cuando esté a tu cargo en el barco, coloca gente de confianza en torno a él en el puente, ¡no vaya a ser que se caiga al agua! Cuando duerma por la noche asegurate de que gente de confianza duerma a su alrededor en su camarote. ¡Haz inspecciones diez veces cada noche! Mi Majestad desea ver a ese pigmeo más que el tributo del Sinaí o del Punt.

> Cuando estés cerca de la Residencia y este pigmeo a tu cargo esté con vida, próspero y con salud, Mi Majestad hará grandes cosas para ti, más de lo que se hizo por el portador del sello del dios Werdjeba en tiempos de Djedkare Izezi, todo debido a la alegría del corazón de Mi Majestad a la vista de este pigmeo» (*Autobiografía de Herkhuf* )[49].

El relato nos habla de un Estado egipcio muy bien organizado, donde las comunicaciones entre sus extremos funcionan con cierta fluidez y permiten mantener la comunicación entre el soberano y sus enviados, incluso cuando éstos se encuentran en el extranjero desempeñando sus labores. El desarrollo del Estado y la economía redistributiva hicieron que la Administración y su burocracia crecieran hasta alcanzar un punto que casi podríamos llamar de «rendimientos decrecientes». Sobre todo en Menfis, pudo haber un exceso de funcionarios que en muchas ocasiones no hacían sino entorpecer la labor que teóricamente debían facilitar:

> «Año 11, primer mes de la tercera estación, día 23. Es el comandante de las tropas de trabajo quien dice:
>
> La carta del jefe de justicia y el visir me ha sido entregada, a mí, tu humilde servidor, de modo que llevara el destacamento de la tripulación de las canteras de Tura para recibir ropa en su presencia en el Recinto Occidental [= el complejo funerario de Netjerkhet]. No obstante, yo, tu humilde servidor, protesto contra la necesidad de los lugares fuera del camino, puesto que de cualquier modo vas a venir a Tura con la barca, mientras que yo, tu humilde servidor, tengo que pasar seis días en la Residencia con este destacamento antes de recibir la ropa. Esto es lo que obstaculiza el trabajo del que yo, tu humilde servidor, estoy encargado, puesto que sólo se necesita malgastar un día para que este destacamento reciba ropa. Yo, tu humilde servidor, hablo para que estés informado» (*Papiro Cairo JE 49623*)[50].

Estamos ante un caso típico de incompetencia administrativa: un grupo de trabajadores tiene que abandonar sus tareas para personarse en un lugar a tras mano para, una vez allí, tener que esperar durante días sin motivo aparente, dilatando de forma innecesaria una labor que podía haberse realizado en mucho menos tiempo. Lo peor es que el desplazamiento era inútil desde un primer momento, pues estaba previsto que alguien de la Administración pasara por el lugar donde estaba realizando su labor el grupo y podría haberles llevado todo lo necesario. Es un caso típico de Estado centralizado y con un organigrama poco definido. Si en las primeras dinastías del Reino Antiguo esta presencia de la Administración no se dejaba notar sino esporádicamente en las zonas de Egipto alejadas de Menfis, durante la VI dinastía esto no sucede, porque los nomarcas se encargan de reproducir a pequeña escala los modos y costumbres de la corte. Sus tumbas se convierten en puntos de referencia

del paisaje, mientras ellos mismos toman parte en el culto religioso mediante la presentación de ofrendas en las capillas *ka* del soberano y, de este modo, hacen de la corte una presencia evidente en zonas que el soberano sólo visita en contadas ocasiones.

Son, en resumidas cuentas, eslabones de la cadena que mantiene unido a todo el país, controlada siempre por el monarca. Un dominio que en estos momentos finales de la VI dinastía se extendió incluso a la cadena de cuatro oasis[51] que salpican el desierto occidental formando una curva y son el punto de conexión de las muchas rutas caravaneras que recorrían esta región (fig. 4.20). Una de ella, conocida en árabe como «el camino de los cuarenta días» (Dar el-Arbain), comenzaba en Abydos para dirigirse hacia el oasis de Kharga y desde allí hacia el sur. Otra partía de este mismo oasis para penetrar en el desierto en dirección a poniente y terminar llegando al oasis de Dakhla, donde durante el reinado de Pepi II se desarrolló notablemente el asentamiento de Ayn Asil.

El alejamiento y el uso discrecional del poder del que seguramente hacían gala los nomarcas se deja sentir en la documentación; pues no son pocos los decretos reales donde se especifica que determinados templos, sus trabajadores y su producción no podían ser destinados a ninguna otra labor sino a la que originalmente se les había encomendado:

> «Con respecto al supervisor de sacerdotes de Min en Coptos del nomo coptita; todos los dependientes de las posesiones de la heredad de Min; los funcionarios del entorno y servicio diario de Min; los trabajadores y constructores de este templo que están allí de servicio.
>
> Mi Majestad no permite que sean empleados en la azofra real o en labores similares, en pastos de ganado o pastos de asnos o con otros animales, en la administración de los guardias o en ninguna tarea o pago de impuestos que esté incluido en la heredad real, por toda la eternidad. Su exención es renovada hoy por orden del rey del Alto y el Bajo Egipto Pepi II Neferkare, que viva par siempre y por la eternidad» (*Decreto de Pepi II. Coptos B*)[52].

Desde siempre, las autoridades egipcias dispusieron durante un determinado número de días al año del trabajo obligatorio de las personas bajo su mando, la azofra[53]. Como demuestran los Papiros de Gebelein, hombres y mujeres estaban registrados en listas y se controlaba su asistencia para la realización de trabajos para el faraón, desde construir un canal para facilitar el paso de los barcos a formar parte de un ejército o una expedición a las minas del desierto. Sin duda los abusos no eran desconocidos, aumentando quizá al hacerlo el número de puestos de responsabilidad con capacidad para exigir el cumplimiento de las tareas obligatorias. Se ha solido considerar que el largo reinado de Pepi II y la existencia de los nomarcas supuso una merma terrible para el poder del faraón, sobre todo en los años finales de este soberano; pero no hay tal,

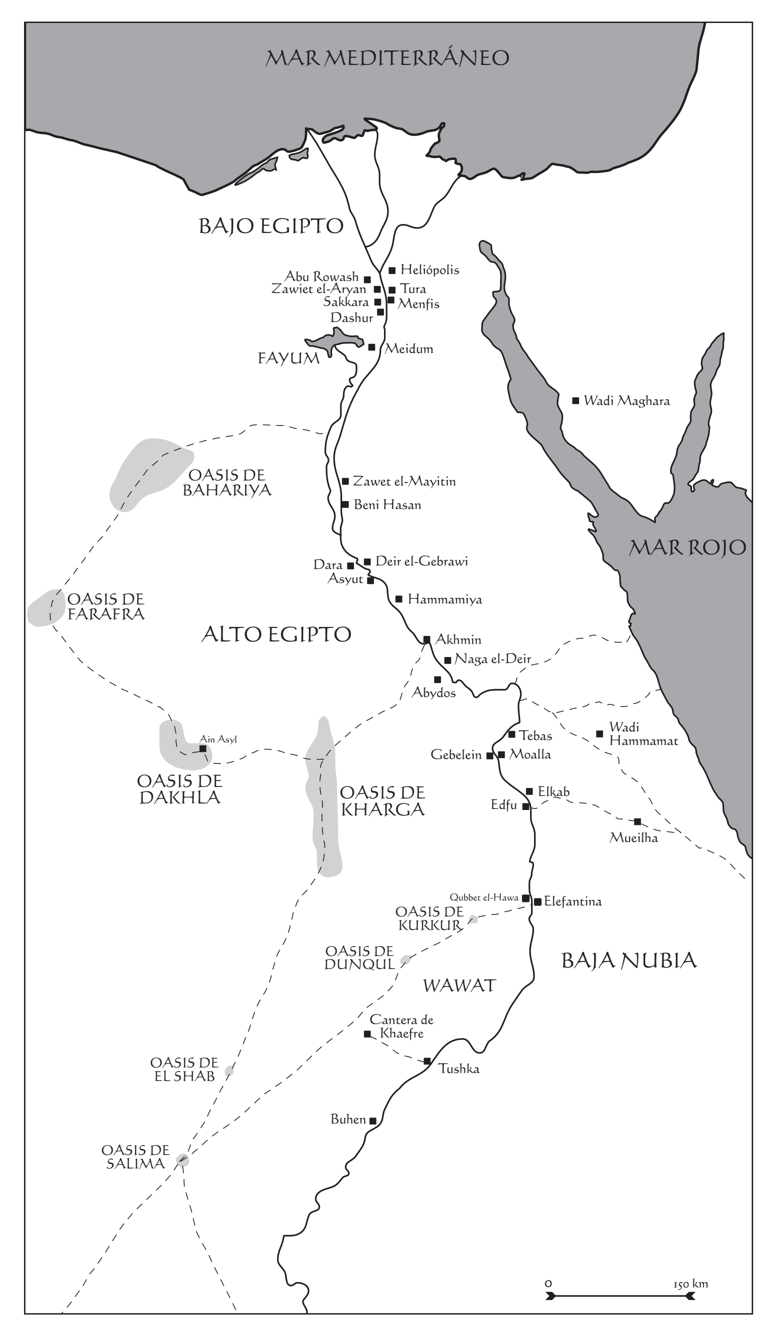



Figura 4.20. Rutas y oasis principales del desierto occidental durante el Reino Antiguo.

los decretos reales destinados a controlar abusos ponen de manifiesto que el valle del Nilo estuvo siempre bajo el control absoluto del soberano de las Dos Tierras.

Tras el longevo reinado de Pepi II, las fuentes se vuelven opacas y sus sucesores no se conocen con certeza, aunque parece que inmediatamente después de él se coronó Merenre II, quedando la existencia de la legendaria reina Nitocris, que en realidad podría ser incluso la corrupción del nombre de un monarca masculino, como una posibilidad sin confirmar. El punto final del Reino Antiguo lo puso una oscura dinastía, que en las listas manetonianas aparece duplicada de forma errónea como la VII y VIII dinastías. Está compuesta por un número impreciso de soberanos, que fueron el preludio inmediato al Primer Período Intermedio.

Como se ha visto en las páginas anteriores, el Reino Antiguo fue una época de constante cambio. En modo alguno se trató de una sociedad estática. Desencadenado el proceso evolutivo debido a la construcción del primer complejo funerario real con pirámide, con el paso de las diferentes dinastías los recursos del país fueron siendo explotados de forma cada vez más eficiente, comenzado por la región del Delta (IV dinastía), la zona del Medio Egipto (V dinastía) y el Alto Egipto y los oasis (VI dinastía). Al mismo tiempo, el control aumentó el tamaño de la Administración y durante el reinado de Pepi II la corona poseía y controlaba centros de poder distribuidos a todo lo largo de Egipto.

Por eso la desaparición del Reino Antiguo resulta tan llamativa, pues se produjo justo en el momento en que la monarquía se encontraba más asentada. En el proceso tuvieron que ver tanto el cambio climático como las tensiones internas inherentes a cualquier sociedad. En este caso, la mengua en las crecidas y la subsiguiente disminución de las cosechas, sometidas pese a ello al afán recaudador del Estado, terminaron por incrementar hasta el punto de ruptura las tensiones sociales existentes y fragmentar el país, convirtiendo en políticamente autónomas algunas de las divisiones provinciales creadas por la corona para mejor controlar el valle del Nilo.

# CAPÍTULO IV

# EL PRIMER PERÍODO INTERMEDIO

Juan Carlos MORENO GARCÍA

Creo que no es exagerado afirmar que la crisis del Estado egipcio a finales del Reino Antiguo constituye uno de los desafíos historiográficos más fascinantes de toda la historia del Próximo Oriente antiguo. La aparente estabilidad de la monarquía faraónica durante casi todo el tercer milenio constituye un fenómeno sin parangón en el Creciente Fértil, sobre todo si lo comparamos con la breve duración de los Estados mesopotámicos en parte contemporáneos, como el Imperio de Akkad o el reino de Ur III. Egipto, en cambio, atravesó casi todo el milenio como un Estado unitario donde sus soberanos no parecen haber encontrado graves problemas para recaudar los tributos con que acometer, por ejemplo, algunas de las imponentes obras arquitectónicas que han inmortalizado el país de los faraones. Y, sin embargo, a finales del tercer milenio el Estado se descompone en un breve espacio de tiempo y es sustituido por varios poderes regionales enfrentados entre sí, de los que surgirán dos reinos con base en Heracleópolis Magna y Tebas. Del combate entre ambos surgirá victoriosa Tebas, lo cual dará lugar al Reino Medio.

La imagen de estabilidad de la monarquía faraónica durante tantos siglos, seguida de una rápida y aparentemente inexplicable disgregación territorial, sin claros signos precursores del colapso, ha dejado perplejos a los historiadores, acostumbrados a tópicos tales como la inmutabilidad y el conservadurismo milenarios de la civilización de los faraones. Es cierto que nadie, que yo sepa, se ha referido a este proceso tildándolo de «escándalo histórico», como sí han hecho algunos asiriólogos al valorar el rápido final del Imperio Asirio. Sin embargo, la obsesión de los egiptólogos por la continuidad y la estabilidad del Estado egipcio ha privilegiado la búsqueda de factores externos como causa del final del Reino Antiguo: la crisis climática, unida a fuertes variaciones en la crecida del Nilo, ha sido una de las explicaciones favoritas, ya

que la combinación de ambas habría desarticulado el sistema de irrigación del país, arruinado el Estado y producido una gravísima crisis de subsistencia de la que algunos textos conservarían el recuerdo. Sin embargo, los estudios paleoclimáticos más recientes han demostrado la ausencia de indicios convincentes de tales cambios catastróficos en las condiciones medioambientales del valle del Nilo. La reevaluación de algunos textos literarios y epigráficos también ha ayudado a comprender mejor el trasfondo retórico e ideológico de las numerosas alusiones a unas hambrunas que siempre afectaban a los vecinos, nunca al autor de los textos.

Tampoco algunas fuentes pertenecientes al género de las sabidurías o de las profecías (como, por ejemplo, *El lamento de Ipuur, La profecía de Neferti* o *La enseñanza para Merikare*) son ya consideradas como una fiel ambientación de fenómenos ocurridos tras el colapso de la monarquía unitaria, sino como parte de un programa de rearme ideológico promovido y utilizado por los faraones del Reino Medio para legitimar su autoridad. Finalmente, la arqueología ha demostrado la extraordinaria vitalidad del Primer Período Intermedio, con ciudades que duplicaron su superficie (como Edfú), con objetos preciosos que aparecen en tumbas de individuos de rango modesto, con amplios sectores sociales que, sin pertenecer a la élite dirigente, pudieron acceder, por primera vez, a objetos de lujo que indicaban un cierto estatus social, como ataúdes decorados, estelas inscritas, estatuas o amuletos.

Esta renovación producida en los ámbitos de la paleoclimatología, el análisis literario o la arqueología nos recuerda dos cosas. En primer lugar, que las causas de la crisis del Estado egipcio a finales del tercer milenio hay que buscarlas en el interior del país, en factores estructurales descuidados por una historiografía más preocupada por cantar los logros de la monarquía que por comprender las bases políticas, económicas o sociales que sustentaban su poder. Y, en segundo lugar, que es necesario estudiar tendencias a largo plazo para comprender cómo la confluencia de esos factores condujo a la quiebra de un modelo de Estado aparentemente estable durante tantos siglos. Por ello la división cronológica de la historia de Egipto en «períodos» induce a error: no hubo una división tajante entre el Reino Antiguo y el Primer Período Intermedio ni una ruptura repentina entre ambos, sino que el segundo fue fruto de tendencias a largo plazo llegadas a la madurez a finales del primero. Creo que sería poco esclarecedor centrar este breve capítulo en el análisis de los vericuetos de la cronología o en la discusión erudita de algunas de las fuentes históricas más célebres de este período. Privilegiaré, por tanto, el estudio de los elementos estructurales que, en mi opinión, permiten introducir algo de inteligibilidad histórica en una época donde la arqueología tiene aún mucho que aportar y la egiptología bastantes dogmas que revisar.

## Las raíces del auge provincial

El Primer Período Intermedio ha sido denominado frecuentemente el período de las regiones. Y es que una de las principales características de esta época es que los centros provinciales cobran una importancia extraordinaria en la política del país, con la aparición de múltiples poderes locales, incluso en lugares con una escasa actividad documentada hasta entonces (Tebas, Siut, zona de Heracleópolis). Sin embargo, este papel no es novedoso, y la documentación disponible para las primeras dinastías revela que ya entonces hubo importantes polos administrativos en provincias, como en Elefantina, Elkab o la zona de Beni Hasan. Incluso el hallazgo reciente de tumbas imponentes de la III dinastía en Elkab, en las inmediaciones de Tebas o en Beni Hasan demuestran que al frente de estas localidades hubo potentados bien conectados con la corona, a juzgar por el tipo y dimensiones de sus monumentos, mientras que la construcción de múltiples pirámides escalonadas en provincias da fe de la intervención efectiva de aquélla por todo el país. Incluso la donación de tierras a los santuarios locales fue una práctica habitual de la realeza durante todo el Reino Antiguo, digna de figurar en los Anales Reales. Sin embargo, en ningún momento las provincias parecen haber actuado como poderes políticos independientes o disfrutado de una gran autonomía con respecto al poder central, tal y como ocurrirá por el contrario durante el Primer Período Intermedio. ¿Cómo explicar este fenómeno ocurrido a finales del tercer milenio? Probablemente como resultado de la coincidencia de tendencias a largo plazo de carácter económico y administrativo con circunstancias políticas concretas.

La llegada al poder de la VI dinastía parece haber ocurrido en un trasfondo de inestabilidad política: a la tradición del asesinato del faraón Teti se añade la posible existencia de un usurpador, Userkare —si bien textos contemporáneos, como los Anales Reales de la VI dinastía, no parecen considerarlo como tal—, sin olvidar que las fuentes contemporáneas mencionan acontecimientos excepcionales, como la destitución de cortesanos o el juicio a una reina. Los testimonios arqueológicos corroboran esta imagen de luchas políticas: a la rápida sucesión de numerosos individuos en cargos de la máxima responsabilidad (como el de visir) se añade la extraordinaria juventud de algunos de ellos, a la vez que se producen frecuentes casos de destrucción intencionada de tumbas o de reasignación de las mismas a nuevos titulares. La inestabilidad de la nueva dinastía en el poder, e incluso sus raíces provinciales, puede explicar por qué sus primeros representantes en el trono de Egipto parecen haber buscado apoyos en ciertos sectores de la élite dirigente del país mediante una compleja política matrimonial: el faraón Teti casó a varias de sus hijas con importantes dignatarios del reino, mientras que la arqueología ha ido

sacando a la luz las pirámides de numerosas esposas de Pepi I, algunas de las cuales tienen nombres típicamente provinciales y dos de las cuales se sabe procedían de Abydos.

Sin embargo, son las biografías de algunos altos oficiales del reino los documentos que mejor ilustran uno de los aspectos de esta hipotética ampliación de la base del poder real a comienzos de la VI dinastía. En efecto, varios de ellos procedían de provincias y, tras ejercer diversos cargos de confianza en la corte, terminaron regresando a sus regiones de origen para continuar realizando misiones al servicio del rey. Los casos de Uni de Abydos, Mehu de Mendes, Qar de Edfú o Tjeti-Kaihep de Akhmim son los mejor documentados; estos dos últimos incluso se construyeron tumbas provisionales en el entorno de la pirámide de Teti antes de marchar a su destino definitivo. Ambos coinciden también en indicar, junto a Weni de Abydos, que se educaron en la corte o que formaron parte de ella antes de iniciar sus carreras administrativas respectivas.

La novedad de este fenómeno radica en que ciertas familias del Alto Egipto fueron incorporadas *oficialmente* a las más altas magistraturas del reino. Por supuesto, también lo fueron algunas familias oriundas del Delta, como la «dinastía» de visires inaugurada por Mehu de (probablemente) Mendes. Sabemos que algunos potentados del Alto Egipto ejercieron con anterioridad misiones para los faraones, como Khabaubet, jefe del nomo XVII, que dirigió una expedición militar contra Nubia a comienzos de la IV dinastía. Sin embargo, no dejaron rastro ni en sus provincias, ni en las necrópolis que rodean Menfis, ni en documentos administrativos tales como los papiros del templo funerario de Neferirkare, de la V dinastía, que sí mencionan administradores del Delta. En cambio, durante la VI dinastía, dignatarios de Abydos, Akhmin o Edfú edificaron tumbas en los alrededores de Menfis, y numerosos fueron los dignatarios provinciales que mencionan en sus biografías o en sus títulos la realización de actividades rituales y administrativas en la capital.

La importancia del Alto Egipto quizás haya que buscarla en el desarrollo de las provincias, un fenómeno que alcanzó incluso los lejanos confines saharianos del oasis de Dakhla. Aquí, en localidades como Balat, los faraones impulsaron un activo centro administrativo que servía, probablemente, como base logística de expediciones enviadas a la búsqueda de materias preciosas en el desierto. Elefantina también fue la base de operaciones de diversos jefes de caravanas, en cuyas biografías describieron con nitidez sus avatares al frente de misiones comerciales hacia territorio nubio.

Pero es en el valle del Nilo donde se advierte el alcance del desarrollo administrativo y de las iniciativas económicas emprendidas por los faraones de la VI dinastía. La principal de ellas fue la creación de una red de centros agrícolas y administrativos de la corona, llamados *hwt,* implantados por casi todos los nomos del Alto y Medio Egipto. Las inscripciones

de Herkhuf de Elefantina o de Ibi de Der el-Gebraui revelan cómo los *hwt* disponían de campos, trabajadores, animales de tiro y simiente a su disposición y cómo constituían, junto a los templos, la base de la fiscalidad del Estado en provincias.

También conoció un importante auge la función de intendente del Alto Egipto, encargado de recaudar tributos para la corona y de organizar las prestaciones en trabajo de los habitantes de los nomos, como lo expresan los decretos reales de Coptos o la biografía de Weni de Abydos. La multiplicación de las instalaciones de la corona y de los funcionarios corrió pareja al desarrollo de la administración provincial y a la elevación de numerosos potentados locales a la condición de agentes oficiales de la corona, inhumados en tumbas de estilo y decoración menfitas y habiendo ostentado cargos y honores antaño documentados casi exclusivamente en el entorno de la capital.

La existencia de redes de instalaciones de la corona no es nueva y aparece documentada desde los albores del Estado egipcio y celebrada en los textos y escenas del reinado de Esnefru. Lo novedoso de la VI dinastía es el alcance de la misma, quizás como la culminación de un proceso secular de ordenación del territorio y de crecimiento demográfico, que permitió sustituir las viejas instalaciones presentes en algunas provincias (las torres *swnw,* los «grandes *hwt*», las explotaciones *grgt* o las «localidades nuevas») por otras más flexibles y presentes en casi todos los nomos (los *hwt*). En este contexto, se produjo en paralelo el crecimiento del número de agentes y administradores de la corona y el desarrollo de las élites locales, cuya colaboración con aquélla era fundamental para asegurar el control de Menfis sobre los nomos. Por tanto, me parece bastante probable suponer que los faraones de la VI dinastía buscaron apoyo entre estos nuevos grupos sociales y que éstos también accedieron a un reconocimiento oficial de su posición, manifiesto en el acceso a honores antes reservados a la élite palaciega menfita: tumbas decoradas, estatuas, monumentos inscritos, equipamiento funerario, títulos de rango y de función o acceso a funciones palatinas.

El caso de Nebet de Abydos puede ser paradigmático. Esta importante dama oriunda de Abydos vio cómo dos de sus hijas contraían matrimonio con los faraones Pepi I y Merenre y cómo ella misma era distinguida con importantes títulos honoríficos (incluido el de visir), al tiempo que varios miembros de su familia, como su marido e hijos, alcanzaron una elevada posición social. Incluso el rango eminente alcanzado por Weni de Abydos no parece haber sido ajeno a sus contactos con esta familia, ya que fue visir, padre e hijo de visires y alguno de los miembros de su familia fue representado en compañía de una de las esposas de Pepi I originarias de Abydos.

Sin embargo, el crecimiento de la Administración y de los polos de poder en provincias pudo traer fenómenos no deseados, aunque inevitables. A nivel vertical se produjo el alargamiento de las cadenas de mando y de

circulación de información, una mayor delegación de poder y de responsabilidades en las autoridades provinciales y la permanencia *in situ* de parte de los tributos debidos al fisco. A nivel horizontal, los diversos polos de poder presentes en provincias, especialmente los templos, pudieron comenzar a desarrollar estrategias e intereses propios, y a constituir bases de poder al servicio de quienes los dirigían, como se advierte en los templos de Min de Akhmin o de Nekhbet de Elkab. Además, la incorporación de estos magnates provinciales a los círculos palatinos pudo ir acompañada de la formación de facciones tentadas de movilizar los recursos y clientelas de sus provincias de origen en apoyo de sus proyectos. De este modo, la combinación de tendencias administrativas y económicas a largo plazo pudo coincidir con movimientos políticos y con una difuminación gradual de la autoridad faraónica en una multitud de poderes locales y palatinos que, por un lado, dificultaron la transmisión de sus órdenes o la recopilación de información, mientras, por otro, reforzaban la posición de sus interlocutores y agentes locales.

La documentación disponible para finales del Reino Antiguo y comienzos del Primer Período Intermedio permite estudiar los casos de varios potentados provinciales, cuyas trayectorias personales, muy diferentes entre sí, pueden ayudar a entender mejor las bases de poder que sustentaron su posición preponderante a nivel local.

La necrópolis de Qubbet el-Hawa en Asuán (fig. 5.1) ha proporcionado numerosas tumbas que pueden ser fechadas en torno a finales del Reino Antiguo y el Primer Período Intermedio. En algunas de estas tumbas



Figura 5.1. La necrópolis de Qubbet el-Hawa. Asuán.

fueron depositadas una gran cantidad de jarras, tanto en la cámara principal como en los pozos secundarios, y muchas de ellas presentan breves textos en hierático que detallan quién efectuó las ofrendas al difunto y cuál era la procedencia de los bienes presentados. De este modo es posible reconstruir los vínculos familiares y sociales del propietario de la tumba. Un ejemplo es Sobekhotep, propietario de la tumba 88 de la necrópolis y centro de una red familiar de la que se conservan datos pertenecientes a cuatro generaciones. Aunque las inscripciones son muy parcas en contenido, sabemos que Sobekhotep pertenecía a una familia de tesoreros y dignatarios donde los varones ostentaban el rango de «amigo único (del rey)» mientras que las mujeres poseían títulos como «adorno único (del rey)» o «noble del rey». Sobekhotep era, por tanto, un personaje eminente en la sociedad local, que alcanzó a constituir un patrimonio lo suficientemente importante como para que su «casa» (es decir, el conjunto de sus bienes personales) fuera el origen de productos diversos disfrutados por sus familiares, quienes en ocasiones los presentaron como ofrenda a Sobekhotep: así, su abuela, su padre y al menos una de sus hijas le ofrecieron productos procedentes de su «casa».

Pero otros potentados locales también depositaron ofrendas en su tumba, incluyendo dos jefes de sacerdotes, una noble real, otras personas de quienes se indican su nombre y filiación e incluso subordinados adscritos a su «casa». La práctica de depositar ofrendas en la tumba de un potentado local constituye un valioso indicio para conocer la existencia de redes de circulación de dones que reforzaban los vínculos entre los miembros de la élite dirigente, que expresaban la cohesión de un grupo familiar extenso y que se extendían fuera de la familia propiamente dicha para incluir a colegas, clientes y subordinados. Así, la tumba de otro «amigo único» llamado Iyshema ha proporcionado varias jarras de la cuales la mitad aproximadamente procedían de su propia «casa» y el resto de la familia de Sobekhotep.

En cambio, otras tumbas contemporáneas de la misma necrópolis apenas poseían jarras procedentes de la casa de Sobekhotep, a pesar de contener una abundante cerámica inscrita. Es el caso de la tumba 105/I, donde los textos mencionan a numerosos «tesoreros del dios», «jefes de grupos de sacerdotes» y al «gobernador» Meju. Su propietario formaba parte, al parecer, del entorno inmediato (puede que incluso familiar) de las máximas autoridades de Elefantina; unos contactos que al parecer escapaban a las posibilidades de Sobekhotep, entre cuyas ofrendas no figuran jarras ofrecidas por los gobernadores locales. Tenemos, por tanto, una élite jerarquizada internamente, pero que de cara al exterior expresaba su posición dominante gracias a que compartía en exclusiva la misma necrópolis y a que participaba en el culto a Heqaib, el antepasado de la familia local de gobernadores y titular de un santuario donde generaciones de potentados locales presentaron ofrendas

y expresaron, de este modo, su conciencia de grupo a la vez que legitimaban su papel dirigente.

Sin embargo, otros potentados llegaron a acumular un gran poder local, aunque no por ello deban ser considerados como elementos desestabilizadores del reino. Tal es el caso de Shemai de Coptos, de finales del Reino Antiguo, un dignatario bien documentado gracias a las inscripciones de su tumba, a los textos procedentes del santuario edificado en su honor y a los numerosos decretos hallados en el templo de Min de Coptos, que relatan los nombramientos y honores de que fueron objeto él mismo y otros miembros de su familia. Shemai era el «gobernador de Coptos» e «intendente de sacerdotes del templo de Min» y, además, fue nombrado «gobernador de todo el Alto y Medio Egipto», funciones que transmitió a sus hijos. Pero además, Shemai contrajo matrimonio con la hija de un faraón.

Su caso revela que a finales del Reino Antiguo los mecanismos de gobierno característicos de la Administración del Estado seguían plenamente vigentes incluso en el remoto sur, sin que nada sugiera un debilitamiento del poder de la realeza en esta zona. De hecho, el caso de Shemai ofrece numerosos paralelos con respecto a otros dignatarios eminentes del tercer milenio, como Weni de Abydos: ambos fueron potentados locales que alcanzaron el rango de gobernadores del Alto Egipto, que lograron transmitir a sus hijos al menos parte de la posición social alcanzada y que, además, emparentaron con la familia real (en el caso de Weni de manera indirecta, ya que miembros de su familia aparecen representados en compañía de una reina).

Sin embargo, la ruptura del poder real en el Medio y Alto Egipto era ya una realidad poco después. El caso de Ankhtifi de Moalla constituye quizá un buen ejemplo de las ambigüedades que rodean el final del Reino Antiguo. Su autobiografía (fig. 5.2) rompe con el modelo clásico del Reino Antiguo ya que, de acuerdo con su testimonio, su llegada a Edfú no se debe al mandato real, sino a la intervención del mismísimo dios Horus, usurpando de este modo una de las prerrogativas de la monarquía, la de ser el ejecutor directo de la voluntad divina en la tierra. Además, Ankhtifi se presenta como un jefe militar cuyas campañas no se dirigen contra enemigos extranjeros, sino contra rebeldes del interior del país, oriundos de las provincias vecinas de Armant y Coptos. Sin embargo, su caso no es aislado, ya que numerosos magnates provinciales de finales del Reino Antiguo y del Primer Período Intermedio ejercieron la función de «jefes de tropas», e incluso Ankhtifi no escapaba del todo al control de los agentes del rey, ya que en un pasaje de su biografía indica que respetaba de algún modo la autoridad del intendente del Alto Egipto, ejercida desde el nomo tinita.

Es probable que el caso de Ankhtifi sea revelador de una nueva política de la realeza, fundada en el nombramiento de gobernadores cada

uno de los cuales controlaba simultáneamente varias provincias del Alto Egipto: Ankhtifi (nomos I-III), Abihu (nomos VI-VIII) y Onurisankh (nomos VIII y X). El desdén que se desprende de su autobiografía revela un grado de independencia (al menos ideal) impensable en el Reino Antiguo, donde parece que el poder del faraón en el sur dependía de la buena disposición de potentados locales poderosos a su servicio y donde las luchas justifican la mención frecuente de jefes de tropa y de fortalezas. De hecho, cuando los reyes tebanos conquisten años después ciertas zonas del Medio Egipto, sus inscripciones conmemorativas mencionarán a los «jefes de tropa» junto a los «gobernadores» como las principales autoridades locales. Incluso los reyes heracleopolitanos, rivales de los dinastas de Tebas, se apoyarán también en jefes militares locales, como los gobernadores de Siut o el-Bersheh, para combatir a sus enemigos.

Pero si Ankhtifi actuaba al menos como agente o defensor de los intereses de la corona, otros magnates provinciales no dudaron en proclamarse reyes a sí mismos, lo que explicaría la importancia del elemento militar en la sociedad egipcia del Primer Período Intermedio: la fuerza y no las intrigas políticas entre facciones palatinas permitían imponer la voluntad de un individuo frente a sus rivales. El carácter provincial de estos combates también sugiere que el final del Reino Antiguo no se produjo en un contexto de guerra civil general impulsada por bandos palaciegos, sino de luchas entre señores locales, cuyo poder no parece haber trascendido más allá de los límites de sus provincias respectivas o poco más. Estas guerras revelan, en definitiva, la importancia adquirida



Figura 5.2. El interior de la tumba de Ankhtifi en Moalla.

por los potentados locales hacia finales del Reino Antiguo, al ser capaces de movilizar hombres y recursos suficientes como para desafiar el poder de los faraones o para obligar a los reyes a acudir a otros magnates locales, leales, para combatir a los rebeldes. La política deja de ser «nacional» para trocarse local, indicando con ello que los faraones perdieron su posición tradicional central en unas redes de poder que ya no pasaban por Menfis. Quizás sea significativo a este respecto que el nuevo poder dominante surgido en el norte del país no tuviera como sede la capital tradicional, Menfis, a pesar de su importancia simbólica, y prefiriera instalarse en una localidad situada más al sur, Heracleópolis.

Algunos de estos magnates provinciales se presentaron a sí mismos como reyes. Uno de los ejemplos más espectaculares es Khui de Dara, en el Medio Egipto, que inició la construcción de un monumento colosal, cuya forma correspondería a una mastaba inmensa e incluso quizá a una pirámide. Pero no fue el único, y otro dinasta local, Uni, está documentado en Ezbet Rushdi, en el Delta oriental. Otros reyezuelos de ámbito de soberanía indeterminado fueron recordados en inscripciones del Wadi Hammamat, lo que sugiere que el final del Reino Antiguo se produjo por la disolución del poder de la corona en provecho de magnates locales que se independizaron en un contexto político desconocido, pero de auge del mundo provincial y de incapacidad del poder central para controlar los circuitos de recaudación y circulación de recursos y tributos.

En definitiva, el impulso económico y administrativo proporcionado por los reyes de la VI dinastía a las provincias pudo desencadenar complejos procesos políticos, sociales y económicos que cristalizaron en una mayor acumulación proporcional de recursos en provincias que en Menfis, como demuestra la multiplicación de administradores locales y la aparición de múltiples pequeñas cortes provinciales. El hecho de que muchos individuos sin títulos pudieran costearse objetos de prestigio (estatuas, estelas decoradas o sarcófagos inscritos) o que localidades como Edfú duplicasen su tamaño precisamente durante el Primer Período Intermedio, demuestra que los recursos económicos del reino, antaño concentrados en el área menfita, desde la VI dinastía se hallaban mucho más repartidos por todo el país. La consecuencia política de este fenómeno pudo ser la distribución, en paralelo, de parte del poder concentrado en la capital en una multitud de micropoderes locales que, aunque individualmente eran demasiado pequeños como para constituir un desafío serio al poder central, tomados colectivamente podían ser un contrapoder efectivo a las directrices marcadas desde palacio. El éxito de algunos de estos poderes locales para instalar a su frente «faraones», a menudo efímeros, puede expresar también su renuncia a influir en los asuntos de Menfis, por ejemplo, apoyando a facciones palatinas favorables a sus intereses: definitivamente el centro del poder político escapaba al control de los últimos faraones del Reino Antiguo.

## Familia extensa y nuevos valores sociales

Los rasgos esbozados indican que el ámbito local y las clientelas centradas en potentados locales cobran gran importancia. Pero también en el ámbito doméstico se advierte una mayor cohesión del grupo familiar y de los valores centrados en el esfuerzo personal y no en las recompensas obtenidas del faraón. La ideología real pierde la hegemonía de la cual había disfrutado hasta entonces, en paralelo a la pérdida de poder político, y afloran en cambio nuevos valores que más que ser auténticas innovaciones del momento representan probablemente la incorporación a la esfera «oficial» de elementos ideológicos mantenidos hasta entonces en el ámbito privado, doméstico. Por ello la aparición de nuevas expresiones ideológicas nos advierte del peligro de considerar los valores presentes en las inscripciones oficiales como compartidos por la mayor parte de la población. De hecho, las mismas precauciones deben ser aplicadas al estudio de, por ejemplo, la religión oficial.

Las inscripciones de finales del Reino Antiguo y, sobre todo, del Primer Período Intermedio indican con frecuencia que el propietario del monumento se preocupó del bienestar de su familia extensa *(abet)*, lo que constituye una de las grandes novedades del repertorio epigráfico de la época. Antes, los funcionarios y los agentes del faraón expresaban únicamente ciertos motivos ideológicos en sus monumentos: la realización satisfactoria de las misiones encomendadas por el faraón, la confianza única depositada por el soberano en sus diligentes dignatarios o las recompensas entregadas por el rey como reconocimiento a la valía de sus subordinados. Y resulta llamativo comprobar que las menciones a la vida privada de los funcionarios brillan por su ausencia: matrimonios, herencias, problemas familiares, etc., apenas son tratados. Sin embargo, la crisis de la realeza durante el Primer Período Intermedió afectó también a la esfera ideológica, y el colapso del sistema redistributivo de recompensas y remuneraciones centrado en palacio, o la aparición de múltiples reyezuelos de ámbito local, explica probablemente que el servicio al monarca dejara de ser considerado prestigioso.

Además, la desaparición de los vínculos tradicionales de clientelismo que ligaban a los altos cortesanos menfitas con las autoridades locales explica también que en este contexto convulso las redes sociales que proporcionaban seguridad a los individuos sufrieran cambios y se fundasen, sobre todo, en el apoyo ofrecido por el grupo familiar amplio o por los potentados locales. Así, el servicio a la monarquía ya no es motivo de orgullo en las inscripciones; ahora el esfuerzo personal y la adquisición de bienes gracias a la iniciativa propia, al margen de la realeza, constituyen el nuevo eje articulador de la ideología privada. Los viejos conceptos de ser un «noble (*sah*) eminente» o un «cortesano (*semer*)

prestigioso» ceden su posición preeminente al hecho de ser un «humilde» (*nedyes*) excelente. El origen de la fortuna personal ya no llega del servicio al soberano o de la integración en la Administración, sino del hecho de heredar, conservar y aumentar el patrimonio familiar, la «casa del padre». Incluso el prestigio social ya no se fundamenta en las alabanzas recibidas en la corte, sino en la admiración suscitada en el medio local; así, los protagonistas de las inscripciones son «uno amado por mi ciudad», «uno amado por mi dios local» o «uno amado por sus gentes». Y la protección de la familia extensa aparece en las fórmulas estereotipadas junto a las viejas expresiones de protección del padre, de la madre y de los hermanos.

La arqueología demuestra que estas proclamaciones ideológicas obedecen realmente a cambios en la esfera social. Durante el Reino Antiguo la construcción de una mastaba o de un hipogeo iba destinada, en principio, a albergar un único cadáver, el del funcionario cuyos títulos y narraciones autobiográficas constituían el centro del programa decorativo de la tumba. Otros pozos secundarios podían albergar los cuerpos de otros miembros de su familia o de su entorno; pero la tumba era construida en principio para un único difunto. Sin embargo, durante el Primer Período Intermedio se advierten cambios importantes. Seidlmayer ha estudiado numerosas mastabas de construcción pobre, modestas dimensiones y ausencia de decoración fechadas en esta época y ubicadas en la necrópolis de Elefantina. Cada una de ellas presenta una o varias cámaras que albergan numerosos cadáveres. El hecho de que los difuntos fuesen inhumados en mastabas revela que pertenecían a una cierta élite local y, aunque ciertamente no formaban parte de los dirigentes locales propietarios de las tumbas rupestres de Qubbet el-Hawa, sin embargo se distinguían de los modestos individuos enterrados en simples agujeros en la arena del desierto. Tenemos, por tanto, que las mastabas siguieron siendo consideradas inhumaciones prestigiosas; pero ya no servían para ensalzar el papel de un individuo sino del grupo familiar enterrado en ellas. Enterramientos similares han sido excavados en otros yacimientos del valle del Nilo. Pero en otros casos se han descubierto grupos de tumbas constituidas por simples pozos y donde las inhumaciones de mayor tamaño aparecen rodeadas por muchas otras en lo que, probablemente, se trate de la expresión del poder de ciertos magnates locales que encabezaban redes de clientelismo.

En otros casos, las excavaciones demuestran que algunos de estos grupos familiares desarrollaron cultos donde se honraba la memoria de un antepasado prestigioso. La proclamación de vínculos estrechos con él mediante la entrega de ofrendas servía para legitimar el poder detentado por ciertas familias locales, fuesen sus descendientes reales o imaginarios. El santuario de Heqaib en Elefantina constituye un buen ejemplo. Heqaib fue un importante dignatario y jefe de caravanas que vivió en Elefantina durante la VI dinastía. Miembro del linaje local más poderoso, varios de

sus miembros fueron objeto de culto en un santuario anejo al palacio de los gobernadores. Sin embargo, fue Heqaib quien alcanzó mayor notoriedad, y a finales del Reino Antiguo se construyó una capilla en su honor donde sucesivas generaciones de magnates locales depositaron objetos votivos. Pero el culto de Heqaib no era popular, sino que estaba reservado a la alta sociedad de Elefantina que, al honrar a un antepasado prestigioso (poco importa que realmente fueran o no sus descendientes), reforzaba su prestigio local y legitimaba el poder que ejercía en ausencia de un poder central fuerte.

El caso de Elefantina es excepcional debido a la abundante documentación arqueológica y epigráfica disponible, donde las tumbas de los altos dignatarios, las mastabas de otros potentados locales, la capilla de Heqaib o las inscripciones hieráticas halladas en algunas tumbas dan fe de una élite jerarquizada en diversos niveles y cuyos miembros constituían a su vez el centro de redes de relaciones de clientelismo que vinculaban a potentados menores con otros más poderosos o con la familia local de gobernadores. El caso del santuario de Heqaib tampoco es el único documentado: la tumba de Isi de Edfú o la capilla de Medunefer de Balat, en el oasis de Dakhla, son otros testimonios del culto dispensado a ciertos prohombres locales. En ocasiones este culto fue apoyado por los faraones: el decreto de Pepi II en Balat autorizaba la creación de capillas de culto para los gobernadores que vivieron en el oasis de Dakhla a finales del Reino Antiguo, mientras que Shemai de Coptos también obtuvo el permiso del faraón para edificar capillas de culto para sí y para otros miembros de su familia en el interior del templo del dios Min, toda vez que construyó un santuario en su memoria ricamente dotado y conservado por sus descendientes.

Pero no debe considerarse que el recurso a los antepasados servía únicamente a propósitos legitimadores o que estaba reservado a los sectores dominantes de la sociedad. Las cartas a los muertos son un tipo de documento que expresa la consideración de los difuntos como miembros activos de la familia de los vivos, y demuestran la introducción de la escritura en ámbitos nuevos, hasta entonces dominados por la cultura oral. La mayor parte de las cartas a los muertos conocidas procede del Primer Período Intermedio. Se trata de textos redactados en recipientes utilizados para presentar ofrendas a los difuntos en sus capillas funerarias, generalmente boles, y en ellos determinadas personas se dirigen a miembros difuntos de su familia o de su entorno para recabar su ayuda ante las dificultades que los amenazan, tales como conflictos por la herencia de los bienes del difunto, embargos de bienes por impagos de deudas o conflictos familiares diversos. El difunto no es considerado, sin embargo, como un ente sobrenatural dotado de poderes especiales, sino como un intermediario que habita un medio especial (el mundo de los muertos) desde el cual puede prestar ayuda a sus parientes vivos, del

mismo modo que éstos pueden ayudar al difunto mediante la presentación de ofrendas o la realización de libaciones rituales. El uso de boles inscritos, un utensilio frecuente en los rituales funerarios, sugiere que las cartas a los muertos forman parte de rituales donde se establece un acuerdo mutuamente satisfactorio que refuerza la alianza familiar de las partes, y que se resume en la presentación de ofrendas a cambio de ayuda.

El reforzamiento de la conciencia de grupo está, obviamente, mejor documentado en el caso de los sectores más pudientes de la sociedad provincial. Sus inscripciones proclaman con orgullo la importancia del linaje familiar, de pertenecer a familias de gobernadores desde antiguo, de haber transmitido la función de gobernador de generación en generación y de fundar su legitimidad en el hecho de pertenecer a la familia que ejercía tradicionalmente la autoridad local y no en ser los representantes del rey. Uno de los ejemplos más espectaculares procede de Meir, donde uno de los jefes locales decoró su tumba con una escena única, al aparecer en ella representados varias decenas de gobernadores locales predecesores suyos, acompañados de sus esposas. En cambio, en Elkab dominan las genealogías inscritas en una colina por el personal al servicio del templo de la diosa Nekhbet. Un rasgo característico de estos breves textos es que las menciones de los autores de cada inscripción están acompañadas de su filiación, que a menudo se remonta a varios antepasados directos, hasta seis en la genealogía más extensa conservada. Por último, hay que señalar los casos en los que un potentado local no dudaba en reforzar su posición intentando establecer un vínculo directo con la anterior familia de gobernadores. Es el caso de Djehutinakht de Bersheh, autor de nueve inscripciones en las tumbas de varios gobernadores de Bersheh y Seikh Said donde proclama haber restaurado estos monumentos de sus antepasados. Sin embargo, el análisis detallado de las tumbas ha revelado que no fueron restauradas y que, probablemente, Djehutinakht ni siquiera pertenecía a este linaje de jefes locales, habiéndose contentado con establecer un vínculo ficticio con quienes habían ostentado la autoridad local antes que él.

Fuera del ámbito de la élite dominante los testimonios son menos numerosos; pero no por ello desdeñables, ya que corroboran la importancia de la familia extensa en la organización de las relaciones sociales del común de la población egipcia. Así, diversos ejemplares de textos de execración extienden sus invectivas no sólo contra el autor de un delito, sino contra los miembros de su entorno familiar, más allá de su familia inmediata. También las fórmulas de *Los textos de los ataúdes,* el corpus de fórmulas funerarias que conoció una gran expansión durante el Primer Período Intermedio, incluyen a menudo menciones no sólo de la esposa e hijos del difunto, sino también de sus padres, hermanos, siervos y familia extensa.

Sin embargo, el recurso a los valores familiares (orgullo por el linaje, protección de la familia extensa y de la casa del padre, uso de genealogías

y culto a los antepasados prestigiosos) no agota los medios con que las autoridades del Primer Período Intermedio buscaron legitimar su papel dominante en ausencia de una realeza unitaria. De hecho, también adaptaron ciertos elementos de la ideología faraónica al nuevo contexto local, provinciano, en el que se desenvolvían sus actividades.

Uno de estos elementos es el motivo de la hambruna. Como ya he señalado en la introducción a este capítulo, las inscripciones de la época utilizan con frecuencia el motivo del dignatario eficaz que alimenta a los suyos o a su provincia en épocas de hambre. Tradicionalmente se han venido aceptando al pie de la letra estas declaraciones retóricas, que han contribuido en gran medida a ofrecer una imagen tenebrosa del Primer Período Intermedio, dominado por la penuria, la guerra y el caos. Sin embargo, la arqueología ha revelado que, al contrario de lo que cabría esperar, las tumbas de la gente corriente contienen un ajuar más rico que en períodos anteriores.

También sectores más amplios de la población pudieron permitirse la adquisición de objetos de lujo antaño reservados a los miembros de la corte o del aparato administrativo del Estado, que eran producidos y distribuidos por talleres especializados dependientes de las instituciones del Estado, como los templos, el tesoro o el palacio real; así, las estatuas, los sarcófagos inscritos o las estelas fueron adquiridas por muchos egipcios que no ostentan ningún título de rango o función. Y no sólo esto, sino que también hubo un aumento notable de la producción y distribución de objetos que imitaban en materiales humildes las producciones de lujo exhibidas antaño por los dignatarios del reino, como sucede con los amuletos, escarabeos inscritos o figurillas. Incluso la extraordinaria difusión de los ataúdes decorados y la aparición en los mismos de *Los textos de los ataúdes* obedece al mismo principio.

En efecto, los ataúdes son un verdadero compendio del programa ideológico antes presente en las tumbas del Reino Antiguo, y las fórmulas inscritas en ellos sustituyen tanto los rituales dirigidos por los sacerdotes-lectores en las capillas de las mastabas como a la propia decoración de estas últimas (fig. 5.3). Más que de democratización de la religión hay que hablar de difusión de los valores de la alta cultura palaciega entre sectores más amplios de la sociedad egipcia, probablemente como indicador de prestigio para quienes no podían permitirse el tipo de construcciones y de equipamiento funerario, reservados únicamente a una reducida minoría de cortesanos. La difusión de objetos rituales como las «casas del alma» debe entenderse en este mismo contexto sociológico. Se trataría, por tanto, de la continuación de un proceso iniciado durante la VI dinastía, cuando las élites locales comenzaron a utilizar los símbolos de estatus (tumbas decoradas, estatuas o estelas) que marcaban su incorporación oficial a la jerarquía administrativa del Estado o su pertenencia a una cierta élite. Lo mismo cabe señalar a propósito de la difusión de la

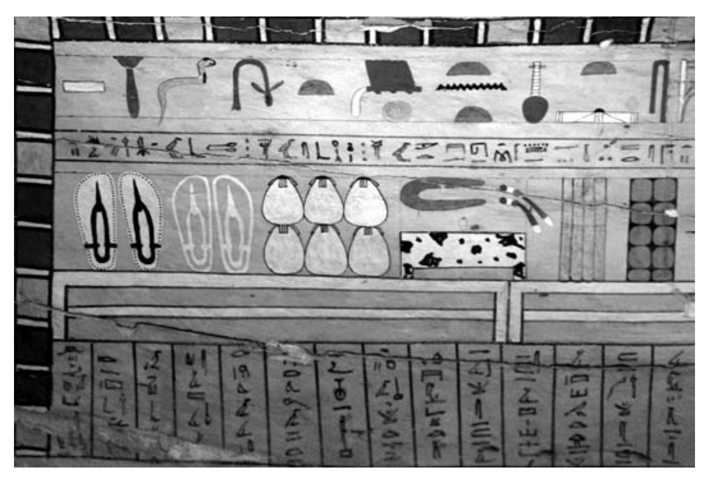


Figura 5.3. Interior decorado de un ataúd de finales del Primer Período Intermedio. Museo de Beni Suef.

escritura, cuyos usos conocen una expansión hacia ámbitos nuevos y desconocidos —privados— en el Reino Antiguo, como ocurre con las cartas a los muertos.

Este contexto de cierta prosperidad material coincide con la expansión de algunos centros urbanos (la localidad de Edfú duplicó su superficie entonces) o el auge de otros (Siut), y es sobre este telón de fondo sobre el que debe ser analizado el motivo de la hambruna. De hecho, la imagen del extranjero hambriento fue profusamente utilizada en la iconografía y en los textos egipcios para caracterizar a los territorios exteriores a Egipto: la penuria, la escasez de recursos, el vagabundeo y el pillaje eran todo lo que cabía esperar a las poblaciones que vivían al margen del gobierno paternal de los faraones. Todo lo contrario de lo que ocurría en el valle del Nilo, donde el papel del faraón como intermediario entre los dioses y los hombres aseguraba una inundación vivificadora renovada cada año, cosechas abundantes y prosperidad sin fin.

La potencia de este motivo ideológico, donde la prosperidad era la prueba del buen gobierno y del favor de los dioses —y, por tanto, de la legitimidad de la autoridad ejercida— y donde la penuria simbolizaba el caos y el desorden, explica su uso por los dinastas provinciales durante el Primer Período Intermedio, aunque adaptado a la escala local en que ejercían su poder. De este modo, surge el motivo del dignatario eficaz que alimenta a los suyos en épocas de hambre, lo que permite a sus subordinados vivir en la prosperidad mientras las localidades vecinas pasan penurias. Se trata, en definitiva, de la aplicación a escala local del *topos* del centro próspero rodeado por una periferia caótica. Incluso se da el caso de que dinastas vecinos proclamen simultáneamente, cada uno en su circunscripción

respectiva, que su provincia está bien alimentada mientras que es el vecino quien sufre por la penuria de alimentos.

Pero la usurpación de motivos ideológicos antaño exclusivos de la realeza no se limita al *topos* de la hambruna. Algunos potentados provinciales de esta época no dudaron en utilizar sus propios años de gobierno como instrumento de cómputo temporal. Incluso la aproximación a las divinidades y a sus templos por parte de ciertos magnates locales obedece a las pautas antaño reservadas a la realeza. Así, algunos funcionarios, como Ankhtifi de Moalla, indican que actuaban por mandato de los dioses, mientras que otros comparan sus cualidades con atributos propios de ciertas divinidades. En otros casos, los potentados proclaman haber restaurado los templos locales y haber reanudado los rituales tras dotar ricamente con ofrendas la morada de la divinidad local, mientras que el acceso directo a los dioses en los santuarios de los templos pasa a ser también una actividad más realizada por los magnates locales y que refuerza a ojos de sus súbditos su papel como intermediarios entre dioses y hombres y como agentes legítimos de la voluntad divina.

## Autoridades locales y jerarquía de la sociedad provincial

Como hemos visto, el Primer Período Intermedio fue una época donde la sociedad provincial es más visible en las fuentes, lo que, unido a las transformaciones ocurridas en los ámbitos de la cultura y de la ideología, permite que sectores sociales o valores culturales antes prácticamente invisibles en la documentación sean ahora protagonistas de los textos o aparezcan mencionados con frecuencia.

Las principales autoridades provinciales en el Reino Antiguo parecen haber sido los «grandes jefes de nomo», aunque con matices. El título fue utilizado únicamente por potentados del Alto Egipto pero también hay que señalar que no está documentado en todas las provincias; por otra parte, ciertos funcionarios parecen haber ejercido un control regional amplio, como los «intendentes del Alto Egipto», los responsables de Hen-Nekhen (un término geográfico que designa los siete u ocho nomos más meridionales de Egipto) o ciertos supervisores de las «provincias medias», un área de límites imprecisos pero que podría corresponder más o menos al Medio Egipto. La función de «gran jefe de nomo» continuó en vigor hasta el Reino Medio, con algunos testimonios tardíos y concretos a comienzos del Imperio Nuevo, y ya el propio título da a entender que su portador era una especie de *primus inter pares* y que, posiblemente, era reconocido como el principal potentado local y como un interlocutor privilegiado entre la corona y los habitantes de su provincia. En efecto, la noción de «gran jefe» da a entender que el magnate así honrado era el primero de un grupo de «jefes» en su circunscripción respectiva.

De hecho, algunas fuentes del Primer Período Intermedio mencionan que ciertos funcionarios actuaron a las órdenes de varios jefes en una misma provincia. Fuentes anteriores, de la VI dinastía, como los decretos de Coptos, indican que entre los encargados de poner en práctica las órdenes reales se hallaban los responsables del templo y determinados altos funcionarios, pero también «jefes» cuya autoridad resulta difícil de definir. En todo caso, parece lógico suponer que se trate de potentados locales designados mediante un término deliberadamente impreciso. Otros términos, como *wr,* «grande», designan magnates provinciales, como sucede en algunos textos autobiográficos de Akhmin. Sin embargo, es el término *heqa,* «gobernador», el más habitual para designar las autoridades locales cuyo ámbito de gobierno quedaba limitado a una localidad. Así, una inscripción recientemente descubierta en el desierto nubio menciona a un «jefe de artesanos» llamado Irunetjeru cuyo hijo era gobernador de Hieracómpolis *(heqa Nekhen).*

La inscripción autobiográfica de Merer de Gebelein contiene la curiosa mención de su papel como responsable de rituales en dos templos y al servicio de trece gobernadores. Parece lógico suponer que en este caso tales gobernadores ejercían su autoridad sobre ciertas localidades del Alto Egipto meridional, lo suficientemente próximas a los centros de culto como para participar en los rituales celebrados en ellos o incluso en ciertos aspectos de su gestión, como ya ocurriera con los jefes de aldea de las inmediaciones de Coptos a finales de la VI dinastía. Otros dignatarios proclaman haber servido a varios «gobernadores», y ciertas fórmulas estereotipadas donde se proclama con orgullo haber sido alabado por «gobernadores» entran en el repertorio habitual de la epigrafía del Primer Período Intermedio. Y cuando el rey tebano Antef II conquiste una zona del Medio Egipto, sus primeras medidas parecen haber consistido en granjearse el apoyo de las autoridades locales, integradas por «gobernadores» *(heqa)* y «jefes de tropa».

La más frecuente mención de las autoridades locales en las fuentes escritas del Primer Período Intermedio parece congruente con el localismo detectable en los textos de la época, sobre todo como ámbito habitual de actuación de los dignatarios, toda vez que el servicio en la corte ya no podía ser invocado ni como motivo de prestigio, ni como fuente de legitimación de la autoridad ejercida, ni como fundamento de la posición social de los protagonistas de los textos. El mayor peso de las autoridades provinciales es sobre todo evidente en los testimonios originarios del santuario del dios Min en Coptos o en la provincia. Si las fuentes anteriores al Primer Período Intermedio mencionan con frecuencia las autoridades del templo, los jefes de sacerdotes aparecen con posterioridad como autores de iniciativas habitualmente reservadas al rey durante el Reino Antiguo: en un caso se indica que impulsaron la reorganización de una zona que había atravesado dificultades, mientras que algunas inscripciones rupestres

proclaman su papel como promotores de expediciones hacia las canteras. Incluso en un caso un funcionario local describe su carrera a las órdenes de varios «jefes de sacerdotes» sucesivos cuando, durante el Reino Antiguo, lo habitual era que un funcionario evocase las funciones desempeñadas bajo el reinado de varios faraones. También una curiosa inscripción de un carpintero de Akhmin confirma lo dicho, ya que proclama que muchas de sus actividades fueron realizadas al servicio de un «jefe de sacerdotes» local.

En definitiva, las fuentes revelan con algo más de detalle la existencia de potentados locales que, sin llevar títulos administrativos y siendo mencionados bajo denominaciones imprecisas como «jefe» o «gobernador», vieron realzada su posición social en el medio provincial, hasta el punto de que algunos funcionarios no dudarán en utilizar como fuente de prestigio personal el hecho de haber desempeñado misiones diversas a su servicio. Quizás esta importancia de los jefes locales explique otra característica de la época, como es la reaparición de topónimos formados con el elemento *per* «casa» más el nombre de una persona, presumiblemente de rango elevado. El caso más célebre es *per Khuu,* «la casa de Khuu», que designa las tres provincias más meridionales del Alto Egipto y que está formado a partir del nombre de un gobernador de Edfú llamado Khuu. Este rasgo perdurará en fuentes posteriores, del Reino Medio, cuando se indique la procedencia geográfica de ciertos grupos de trabajadores mediante términos formados con *per,* «casa», o *remeny,* «dominio», más el nombre de un individuo, o bien escribiendo tras el nombre de una persona el jeroglífico que representa una localidad *(nwt).*

Fuentes tales como las inscripciones de Metjen, de comienzos del Reino Antiguo, o los Papiros de Heqanajte, de comienzos del Reino Medio, revelan que un *per* comprendía varias localidades. Por este motivo, cabe pensar que los topónimos formados con el elemento *per* más un nombre personal constituyen un valioso indicio de la existencia de potentados cuyo poder se extendía sobre una circunscripción territorial de dimensiones variables. Y que tales topónimos sean más frecuentes en épocas de crisis de la monarquía unitaria revela la existencia de realidades organizadoras de la sociedad y del territorio que, aunque raramente evocadas por las fuentes oficiales, parecen constituir poderosos polos de articulación social y territorial con los que la monarquía hubo de negociar. Sin duda, el reconocimiento oficial de algunos de sus elementos más eminentes mediante la atribución de títulos y responsabilidades administrativas, como sucede en el caso de los «grandes jefes de nomo», representa el reconocimiento expreso de una delegación de poder indispensable para asegurar el gobierno de las provincias.

Pero también hubo otras realidades sociales que afloran por primera vez en las fuentes y que reflejan aspectos habituales en las sociedades campesinas, pero que permanecen ocultos tras la retórica de la prosperidad y

el buen gobierno que caracteriza los relatos oficiales. Y es que las inscripciones mencionan de manera clara las amenazas que se cernían sobre los sectores más humildes de la población. Algunos dignatarios incluyen por primera vez en sus autobiografías un motivo que muestra el lado más paternal de sus intervenciones, ya que se jactan de no haberse apropiado de las tierras de otras personas ni de haberlas reducido a servidumbre. El endeudamiento campesino es citado expresamente como causa de la pérdida de los bienes familiares, tanto en las cartas a los muertos como en ciertas inscripciones de particulares, aunque los conflictos surgidos en torno a las herencias también podían conducir a la disolución del patrimonio familiar. Otros motivos que pueden estar ligados a éste son el del funcionario eficaz que protege a sus subordinados de las intervenciones de los poderosos, o el del dignatario que se preocupa porque los hijos perciban la parte que les corresponde de la herencia paterna o que proclama no haber arrebatado a un hijo los bienes que debería recibir de su padre.

En este contexto se entiende mejor la relevancia adquirida por el motivo del individuo diligente que, gracias a sus acertadas decisiones, conserva y engrandece la casa paterna; o la importancia de la familia extensa como medio de protección del individuo en un mundo donde el orden dominado por la realeza ha desaparecido. La contrapartida también aparece simultáneamente en otros textos, cuando otros individuos se jactan de haber adquirido tierras, personas, campos, rebaños y bienes de prestigio, como barcos. Incluso hay quien afirma haber proporcionado yuntas a quien carecía de ellas o haber prestado medios de trabajo a quien se veía privado de ellos. La novedad e importancia de este motivo retórico radica en que por lo general era el rey quien concedía trabajadores (a menudo de origen extranjero) a sus oficiales como recompensa por sus servicios. En cambio, la mención expresa del endeudamiento campesino, de la adquisición privada de tierras, rebaños y gentes, o de la amenaza de los abusos de los poderosos, ayuda a comprender mejor las bases sobre las cuales se sustentaba el predominio de las élites locales y de las redes de clientelismo que controlaban.

## Luchas políticas y consolidación de los reinos tebano y heracleopolitano

Las fuentes revelan que la política matrimonial de los faraones de la VIII dinastía, que buscaba quizás estrechar lazos con la familia dominante en Coptos —el núcleo, junto con Tebas, del futuro reino tebano—, fue seguida poco después por la descomposición política precisamente de esta región. Varias inscripciones procedentes del nomo tebano revelan, en efecto, la fragmentación de la provincia en varios centros de poder y la existencia en la misma de numerosos jefes locales

—o de una rápida sucesión de los mismos— y de una gran inestabilidad en la dirección de sus asuntos: «... yo alcancé la condición de venerable en el nomo tebano y serví como escriba para siete jefes»[1], «yo actué como administrador para seis administradores, sin que nunca cometiese una falta»[2], o «yo estaba purificado para efectuar sacrificios y ofrendas en dos templos en nombre del gobernador, y realicé ofrendas para trece gobernadores sin cometer nunca una falta»[3].

Las autobiografías de Ankhtifi de Moalla y de Merer de Gebelein sugieren que uno de estos magnates locales, Khuu, posiblemente el gobernador homónimo de Edfú, consiguió ejercer durante algún tiempo un poder lo suficientemente sólido en la zona comprendida entre Gebelein y Edfú —provincias 2, 3 y, parcialmente, 4 del Alto Egipto— como para que el término *«casa de Khuu»* designase esta región. Otros textos evocan la rivalidad existente entre varios centros situados en el nomo tebano o en su entorno inmediato, como Tebas, Armant y Gebelein. Algunas inscripciones halladas recientemente en el desierto occidental, en la ruta terrestre que comunicaba la zona de Tebas con Hu, revelan luchas durante las cuales un potentado de Coptos bloqueó la ruta a rebeldes, lo que quizá sugiere una primera fase de conflictos entre tebanos y coptitas.

A continuación, las provincias de Tebas y de Coptos aparecen unidas y sublevadas contra el poder del rey, siendo encomendada la lucha contra los rebeldes a Ankhtifi de Moalla, un gobernador leal que dirigía las provincias vecinas y que era el hombre fuerte de la corona en el extremo sur de Egipto. De hecho, Ankhtifi reconocía la autoridad del gobernador del Alto Egipto, residente entonces en el nomo tinita, lo que demuestra que la cadena de mando provincial seguía, nominalmente, en vigor y que el centro desde el que los gobernadores del Alto Egipto ejercían su autoridad había pasado de Coptos a Tinis, en el nuevo entorno político surgido tras la rebelión. Sin embargo, la autoridad de estos agentes del rey establecidos en Tinis parece haber sido prácticamente nominal, ya que Ankhtifi se enfrentó en solitario a los rebeldes, después de haber restaurado el orden en la provincia vecina de Edfú. Pero el nombramiento de Ankhtifi como gobernador de varias provincias del Alto Egipto no fue un fenómeno aislado, ya que las fuentes mencionan casos similares, como el de Abihu de Dendera, que controlaba las provincias VI, VII y VIII del Alto Egipto, o como Onurisnajt, «gobernador» de las provincias VIII y X y «gobernador» también del Alto Egipto.

De repente, da la impresión de que el viejo sistema de jefes provinciales cuya autoridad no iba más allá de los límites de su nomo respectivo cedió el paso a otro sistema donde unos pocos magnates controlaban varias provincias, y donde algunos de ellos, como Khuu, dejaron una fuerte impronta personal, incluso en la toponimia, mientras que otros, como Ankhtifi, exhibieron una independencia que anunciaba la tendencia de las décadas siguientes. De hecho, el recurso a familias locales poderosas

continuó siendo utilizado por los soberanos tebanos y heracleopolitanos para afianzar su poder territorial, como sucede con la familia de gobernadores de Siut, baluarte del reino heracleopolitano en el Medio Egipto, o con funcionarios como Hetepi de Elkab, que permitió la incorporación de las tres provincias más meridionales de Egipto al naciente reino tebano.

Sin embargo, los esfuerzos de Ankhtifi fueron efímeros, ya que a continuación los protagonistas de las inscripciones son los rebeldes tebanos, que fueron consolidando poco a poco su poder sobre el Alto Egipto, quizás respetando nominalmente la autoridad de los reyes heracleopolitanos. Así, un funcionario anónimo de Dendera afirma haber realizado una misión para el jefe Antef *el Grande,* precursor del linaje real tebano, donde la ausencia de calificativos reales sugiere que éste aún se presentaba a sí mismo como un potentado a las órdenes de Heracleópolis: «realicé una misión [...] para el gran jefe del Alto Egipto Antef el Grande y para el sacerdote de la diosa Hathor, Señora de Dendera...»[4]. El origen de esta dinastía local es oscuro, aunque algunos indicios sugieren un posible origen nubio; teniendo en cuenta que en las inmediaciones de Tebas, concretamente en Gebelein, hubo un importante contingente de mercenarios de esta procedencia, es posible que un jefe de tropas nubias instalado en el entorno de Tebas haya decidido actuar por su cuenta. De hecho, se conocen varios reyezuelos nubios cuyo ámbito de soberanía desconocemos y que, durante la misma época, adoptaron la titulatura real, tal y como hacían otros personajes provinciales como Khuy de Dara, Uni de Ezbet Rushdi o Iti e Imhotep, dos faraones conocidos por inscripciones del Wadi Hamamat. De estos reyezuelos nubios, el más conocido fue Ini, que ha dejado un protocolo real completo: «Horus: Esnefertauyef, Las Dos Diosas: Esnefertauyef, Horus de Oro: Qakaré, Rey del Alto y del Bajo Egipto: Qakare, Hijo de Ra: Ini»[5].

Fuentes posteriores indican que la zona comprendida entre Abydos y Elefantina se hallaba firmemente en manos tebanas. La inscripción de un dignatario enterrado en Elkab puede ayudar a entender los mecanismos utilizados por los soberanos tebanos para extender su poder en esta región. En efecto, Hetepi de Elkab afirma haber puesto las tres provincias más meridionales del país bajo el control del rey Antef II de Tebas:

> «Este humilde servidor aplicó sus dictados [= del rey] en las siete provincias de Hen-Nejen, así como en Abydos, en el nomo tinita, en una época en que nadie aplicaba sus dictados en las provincias de Hieracómpolis, Edfú y Elefantina, excepto este humilde servidor» (*Autobiografía de Hetepi)*[6].

Es probable que la política seguida haya consistido en ir ganando los apoyos de los hombres fuertes locales. Quizás el caso de Hetepi de

Elkab sea ejemplar a este respecto, ya que en el pasaje citado de su autobiografía se jacta de haber integrado en el reino tebano exactamente las mismas provincias gobernadas antaño por Ankhtifi. Si tenemos en cuenta, además, que la tumba de Ankhtifi no fue destruida tras la incorporación de estas provincias a Tebas, no parece descabellado pensar que los sucesores de Ankhtifi llegaron a algún tipo de acuerdo con los jefes tebanos y favorecieron la incorporación pacífica del sur del país al naciente reino de los Antef. Lo mismo podría afirmarse a propósito de la zona comprendida entre Dendera y Abydos, justo al norte del incipiente reino tebano, cuando las provincias VI, VII y VIII aparecen formando un conjunto territorial bajo el control del gobernador Abihu justo antes de la expansión de Tebas.

Esta política tebana de obtener los apoyos de las autoridades locales como vía de expansión parece deducirse de otras inscripciones, como en el caso de un enviado de Antef, el hombre fuerte tebano, a una reunión de magnates:

> «Navegué hacia el norte y el sur en misión para el príncipe, gobernador y gran jefe del Alto Egipto Antef, hacia el lugar donde acudieron los gobernadores del Alto y del Bajo Egipto. Cada gobernador, una vez llegado allí, se alegró de encontrarme, pues yo era uno bueno en el discurso, que sobresalía en la oratoria y cuyos consejos eran sensatos, de palabra dominante el día de la asamblea, que profería declaraciones y que era comedido en el día de la conferencia, el venerable Antef»[7].

En otro caso, una victoria tebana en el norte fue seguida de actos destinados a ganarse el apoyo de las autoridades locales:

> «... mi brazo con mis tropas. En cuanto a todas las tropas transportadas en barco [...] Yo volví de allí en paz y sin pérdidas, por lo que se dice al respecto: "[...] de planes únicos y cuya frontera meridional está en Tjetemshenedy" [...] Yo daba órdenes conforme a mi plan y actuaba por mis propios medios. Entonces, entablé combate con la localidad/provincia [...] pero alimenté a sus gobernadores y a sus jefes de ejército...»[8].

Al término de estas escaramuzas el poder tebano aparece sólidamente asentado en las ocho provincias meridionales de Egipto, desde Elefantina hasta Abydos, con la ocupación temporal de la zona situada inmediatamente al norte. Al norte de esta región, en cambio, el poder heracleopolitano contaba con el sólido apoyo de varios gobernadores locales poderosos, como los de Siut y Bersheh, lo que dificultó el avance tebano. Nada sabemos sobre el origen del reino heracleopolitano. Las excavaciones españolas en Heracleópolis Magna han demostrado que parte de la necrópolis del Primer Período Intermedio fue concienzudamente

destruida, probablemente tras la conquista tebana, lo que dificulta obtener información que permita conocer la historia política del reino. Algunos soberanos se hicieron inhumar, sin embargo, en las necrópolis menfitas, mientras que los títulos de los dignatarios heracleopolitanos revelan la introducción de novedades que anuncian el sistema de organización de rangos propio del Reino Medio.

Si a esto añadimos la excelente calidad de algunos de los monumentos procedentes de los cementerios del entorno de Menfis, cabe deducir que los niveles de pericia artesanal y de organización administrativa sugieren una continuidad de las prácticas administrativas anteriores y el mantenimiento de parte al menos de las estructuras de gobierno características del Reino Antiguo. El contraste es notorio con los monumentos de los primeros reyes tebanos, donde aparecen representados sin los atributos característicos de la realeza y en actitudes propias de sus subordinados, lo que confirma que surgieron de un medio social sin conexiones aparentes con la realeza del Reino Antiguo. Poco se sabe de la estructura territorial y administrativa del reino hereacleopolitano, aunque hallazgos recientes de santuarios de planta levantina en el Delta oriental pudieran indicar el asentamiento de poblaciones procedentes de Palestina en una zona donde su presencia será manifiesta durante el Reino Medio.

Las relaciones entre los reinos tebano y heracleopolitano alternaron fases de combates con otras de coexistencia pacífica e incluso de pago de tributos por parte heracleopolitana, como parece deducirse de la inscripción de un funcionario tebano:

> «El Horus Uahankh, el rey del Alto y del Bajo Egipto, el hijo del dios Re, Antef, hijo de Nefru me envió después que hube luchado con la Casa de Khety [= el reino heracleopolitano] al oeste de Tinis y se ocupó de que se llevase a cabo su misión. Así pues, el gran gobernante me hizo navegar al norte para obtener alimentos consistentes en cereal para todo este país, desde Elefantina en el Sur hasta Afroditópolis en el norte, debido a mi conocimiento en la materia y a la excelencia de mi oratoria, pues yo era alguien influyente entre los dignatarios y tranquilo en la adversidad, y me envió para decir: "¡Ven a mí, oh Khety, tú que has provocado una tormenta en esta provincia, gobernante poderoso! He establecido mi frontera en el Wadi Hesi"»[9].

En cuanto a los soberanos tebanos, dedicaron importantes esfuerzos a reorganizar administrativamente su reino, dedicándose a nombrar funcionarios y a restaurar una jerarquía de gobierno que parece haber quedado en gran parte desmantelada durante el Primer Período Intermedio. Así, el funcionario Redikhnum declara:

> «Ella [= la reina tebana Nefrukayet] ha organizado el Alto Egipto —la vanguardia de los hombres—, desde Elefantina en el sur hasta

Afroditópolis en el norte, con mujeres, con gobernadores de *hwt* y con dignatarios de todo el país» (*Autobiografía de Redikhnum)*[10].

Mientras que Henenu afirma:

«Él [= el rey tebano Mentuhetep II] hizo de mí su chambelán y un sirviente caro a su corazón. Yo sometí a contribución para él el nomo tinita, Tinis y el nomo afroditopolitano inferior, todo cuanto crece sobre el dios Geb [= el dios de la tierra], los jardines [...], y todo lo que ilumina el dios Re [...] préstamos de grano [...] como productos del oasis. Además, establecí cuotas de ganado vacuno y de cabras en las provincias del Alto Egipto [...]» (*Autobiografía de Henenu)*[11].

Y el tesorero Tjeti indica:

«He pasado muchos años bajo la Majestad de mi señor, el Horus Uahankh, el rey del Alto y del Bajo Egipto, el hijo de Ra, Antef, mientras este país estaba a su cuidado, desde Elefantina por el sur hasta Tinis, en el nomo tinita, por el norte, pues yo era su siervo personal y su chambelán, en verdad. El me hizo grande, me promocionó y me tomó en confianza en su palacio privado. El tesoro estaba a mi cargo bajo mi sello, y consistía en toda clase de productos hermosos traídos a la Majestad de mi señor desde el Alto y el Bajo Egipto, en todo aquello que alegra el corazón como tributo de todo este país —debido al respeto que inspiraba en todo este país—, y en lo que es presentado a la Majestad de mi señor por los jefes que gobiernan las tierras foráneas, debido al temor que inspira en los países extranjeros. El me entregó estos productos, sabedor de la excelencia de mi quehacer. Yo los inventarié para él sin que nunca se produjese una falta por mi parte merecedora de castigo, dado que mi competencia era grande» (*Autobiografía de Tjeti*)[12].

Por parte heracleopolitana los testimonios son más escasos e imprecisos, debido al estado fragmentario de las principales inscripciones conservadas, que se encuentran sobre todo en las tumbas de los gobernadores de Siut. Éstos parecen haber repelido un ataque procedente del sur o haber dirigido contra los tebanos una campaña victoriosa, tras la cual quedó restablecido el orden en la zona:

«El país temblaba, el Alto Egipto era como un barco abandonado, todo el mundo estaba angustiado y las ciudades aterrorizadas, el temor anidaba en su cuerpo, el consejo de palacio estaba atemorizado y las tropas llenas de temor hacia Heracléopolis, pues el país estaba abrasado por sus llamas [de Heracléopolis] y la pena en el rostro de quienes se alzaron contra ella. Grande es su [...] era como un canal para el soberano y no se produjo ninguna adversidad. La vanguardia de la flota llegaba hasta

> Shasahotep y su retaguardia hasta el Distrito del Combatiente. El cielo permitía que soplase el viento del norte, con lo que los barcos pudieron desplazarse por el agua. Heracléopolis tomó tierra y la ciudad clamaba "¡bienvenidos!", llena de gozo por su señor, el hijo de su señor, tanto las esposas como los maridos, los ancianos como los jóvenes. El hijo del gobernador llegó a su ciudad y entró en el dominio de su padre. Devolvió a los emigrados a sus casas, sepultó a sus ancianos, cada cual estaba en su posición habitual y los habitantes de la ciudad se encontraron en buenas condiciones por toda la eternidad, y la estabilidad perduró. ¡Cuánto te ama el dios de tu localidad, Khety, hijo de Tefib!»[13].

Las inscripciones de Hatnub, al norte de Siut, aluden a un conflicto donde intervino el rey, pero sin ofrecer más detalles y sin que sea posible precisar la cronología de los acontecimientos narrados, ya que sólo se alude vagamente al «terror de la Casa del Rey». Sin embargo, tras la conquista tebana, las tumbas de los gobernadores de Siut tampoco fueron destruidas, lo que puede indicar algún tipo de acuerdos entre los faraones del sur y los señores locales, siguiendo la pauta puesta en práctica en otras zonas conquistadas. La incorporación del Medio Egipto fue seguida por la toma de Heracleópolis Magna y la destrucción sistemática de parte de sus necrópolis.

Pero las campañas de los reyes tebanos no se limitaron solamente al territorio heracleopolitano. Desconocemos las modalidades de incorporación del Delta o de la zona de Menfis, si bien llama la atención que la nueva capitalidad del país durante el Reino Medio no fuera restablecida en Menfis, sino en el área heracleopolitana, en la ciudad de Ititauy, lo que podría indicar tanto la falta de apoyos sólidos en el entorno de la vieja capital como el deseo de controlar estrechamente el núcleo del reino recién conquistado. Algunas inscripciones mencionan el establecimiento de fortalezas en las inmediaciones de Heracleópolis; pero más al norte los reyes tebanos dejaron una presencia limitada de su autoridad: sus pirámides no fueron construidas en los antiguos centros prestigiosos de Guiza, Abusir o Saqqara, e incluso su representación en la iconografía de los templos se caracteriza por una posición menos dominante que la de sus homólogos del Reino Antiguo. En cambio, estamos mejor informados de las campañas lanzadas contra territorio nubio gracias a los grafitos de Abisko, redactados por Tjehemau, un militar nubio al servicio de los reyes tebanos y que evocan la campaña conducida por Mentuhetep II contra sus enemigos heracleopolitanos en la zona de El Fayum, núcleo del poder de estos últimos:

> «... poniendo en fuga a las gentes del norte. Entonces reunieron su flota y atravesaron todas las provincias de su país para protegerse. Tjehemau navegó hacia el norte como un león [...] en compañía del soberano tebano y del ejército que había traído consigo. El [= el faraón tebano] disfrutó

con el combate, siendo su brazo firme debido a los daños que infligió a los norteños» (*Autobiografía de Tjehemau*)[14].

Otros grafitos aluden, en cambio, a la campaña lanzada contra Nubia:

«Inscripción realizada por Tjehemau. El año de someter al país foráneo meridional: yo comencé a luchar en el ejército durante el reinado de Nebhepetre [= el faraón tebano Mentuhetep II] cuando remontó el río hasta Buhen, y mi hijo acudió conmigo ante el rey. El [= el faraón] recorrió todo el país después que hubo resuelto aniquilar a los Aamu del país de Djati, ya que cuando ellos avanzaban Tebas huía. Pero ahora, son los nubios quienes se repliegan después que él derrotase al país de Djati» (*Autobiografía de Tjehemau*)[15].

Por último, en el terreno ideológico, los reyes tebanos desplegaron un verdadero programa legitimador destinado a dotarles de un pasado «respetable» con que justificar su acceso al poder y conferir prestigio a una dinastía surgida en provincias. Este esfuerzo por reescribir la historia se manifiesta a diversos niveles. Uno de ellos consistió en esculpir listas de reyes en ciertos lugares situados en las fronteras de Egipto o en preparar listas de faraones que son conocidas sobre todo por documentos más tardíos. En estos textos se evoca a un antepasado de los Antef llamado Mentuhetep con el título de «padre del dios», lo que ha sido interpretado como una forma de expresar que la dinastía de reyes tebanos partió de él aun cuando este Mentuhetep nunca ostentó la realeza. Sin embargo, ningún documento contemporáneo ha podido ser atribuido a este Mentuhetep, y ni siquiera su sucesor, Antef I, aparece designado como rey en los documentos del Primer Período Intermedio. Por ello, parece ser que fueron los sucesores de ambos personajes —Antef II, Antef III y Mentuhotep II— quienes atribuyeron *a posteriori* a sus antepasados el rango de reyes, aun cuando no lo hayan sido en la realidad, para dotarse de este modo de un pasado «presentable» y a pesar de que algunos de ellos sean representados en sus propios monumentos como simples particulares, sin alguno de los atributos característicos de los faraones.

No hay que olvidar a este respecto que la primitiva expansión del reino tebano tuvo lugar en dirección a las provincias vecinas situadas al norte y al sur del núcleo formado por Tebas y Coptos, y que en algunas de estas provincias —como Edfú y Elefantina— las autoridades locales habían impulsado otras formas originales de legitimación de su poder mediante la divinización de un antepasado prestigioso —Isi y Heqaib, respectivamente—. Alguno de estos reyes tebanos no dudó en depositar objetos votivos en el santuario de Heqaib de Elefantina, quizás como una forma de atraer a las élites locales recién incorporadas a su reino. Es el caso de Antef III,

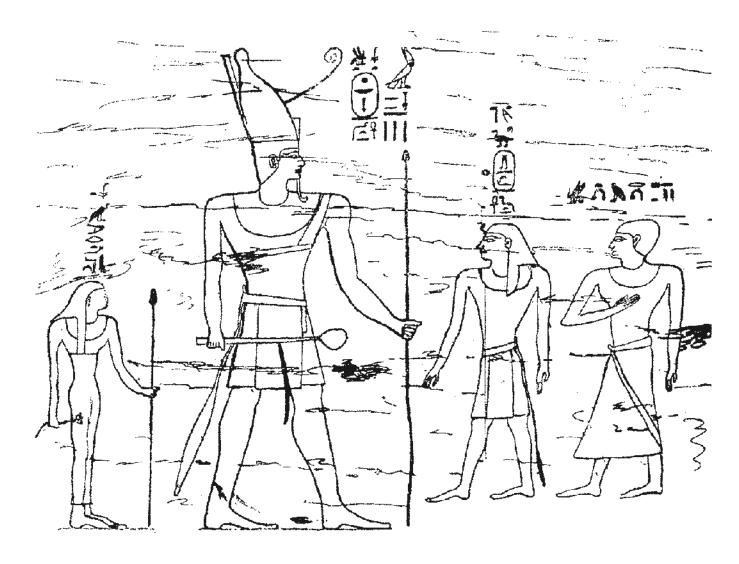


Figura 5.4. Inscripción de Mentuhotep II en el Wadi Shatt el-Rigal.

quien además realizó obras de restauración en la capilla de Heqaib. También es significativo de los tanteos y de los esfuerzos por reescribir la historia de la dinastía que Mentuhetep, el supuesto ancestro de la XI dinastía tebana, no aparezca citado ni en algunas de las listas reales elaboradas por esta misma dinastía —como la que aparece en el templo de Montu en Tod o la que figura en un relieve rupestre en Shatt el-Rigal (fig. 5.4), ambas datadas en el reinado de Mentuhetep II— ni en las inscripciones de los dignatarios que sirvieron a los reyes tebanos. Parece ser, por tanto, que la versión «histórica» definitiva sobre los orígenes de la dinastía que inauguró el reino tebano no adoptó una forma canónica hasta comienzos del Reino Medio. De hecho, una estela ahora perdida, datada a comienzos de la XIII dinastía, evocaba la existencia de un culto a «las casas/dominios del rey Antef, verdadero de voz», lo que revela la veneración de que era objeto el precursor de la línea dinástica de los soberanos de Tebas.

Como conclusión, podemos sugerir que los cambios producidos en el transcurso del Primer Período Intermedio parecen ser la consecuencia lógica de un largo proceso iniciado mucho antes, a raíz de las reformas administrativas y fiscales introducidas desde comienzos de la VI dinastía. Queda, por tanto, fuera de lugar recurrir a supuestos factores externos, como invasiones o cambios en el nivel de la crecida del Nilo, como causa de estas transformaciones y más bien cabe buscarlas en factores internos, donde la política y los mecanismos de incorporación a la estructura del Estado de unas élites provinciales en expansión desde la VI dinastía desempeñaron un papel fundamental.

# CAPÍTULO V

# EL REINO MEDIO

Andrés Diego Espinel

## Definición, objetivos y problemas

Los grandes períodos en los que hoy se divide la historia del Egipto antiguo no son una herencia del pasado más lejano. Son una convención que lleva modelándose desde hace menos de dos siglos. De este modo, el Reino Medio «nació» en 1845 como uno de los tres grandes «imperios» (*Reiche*) (Antiguo, Medio y Nuevo) en los que, según el investigador prusiano C. K. J. Bunsen, se dividía la historia faraónica. Esa división tripartita y sus nombres no fueron adoptados por la mayoría de los egiptólogos hasta bien entrada esa centuria. A partir de entonces ese esquema se fue enriqueciendo con la inclusión de nuevas etapas, como es el caso de la Baja Época o de los tres Períodos Intermedios. Éstos, que representan los diferentes momentos de división interna en Egipto, fueron concebidos en torno al final del siglo XIX, no siendo empleados de forma genérica por los egiptólogos hasta los años cuarenta del siglo XX.

La delimitación temporal del Reino Medio entre los dos primeros períodos intermedios resulta, aún hoy, complicada. Esta etapa histórica, de unos cuatro siglos de duración, comprende *grosso modo* las XI, XII y XIII dinastías manetonianas. Mientras que su inicio tiene como hito prácticamente indiscutible la unión de Egipto por parte de Mentuhetep II, el cuarto rey de la XI dinastía, su final sigue siendo objeto de debate. Los investigadores aún no se han puesto de acuerdo en qué momento preciso se escindió el Estado unificado del Reino Medio en dos reinos, uno «egipcio» (la XIII dinastía) y otro «asiático» (la XIV dinastía). Las evidencias tanto materiales como textuales al respecto son confusas. Según Ryholt, esta fase de división (el Segundo Período Intermedio) comenzó nada más terminar la XII dinastía. Sin embargo, la mayoría de los egiptólogos consideran, con más prudencia, que Egipto se mantuvo unido durante una parte de la XIII dinastía y que la ruptura debió de producirse poco

después del reinado del faraón Sobekhotep IV, que dejó monumentos a lo largo de todo el país en contraste con sus sucesores, cuyas evidencias, muy escasas, están limitadas al Alto Egipto.

En las próximas páginas se describirán, siguiendo un orden diacrónico, las transformaciones socioeconómicas, políticas y culturales más importantes que tuvieron lugar a lo largo de este período de unidad territorial teniendo en cuenta, sobre todo, sus posibles causas, desarrollos y consecuencias. Presentar una historia del Reino Medio que dé mayor preferencia a «procesos» globales (generalmente de índole económica, social y cultural) que a «sucesos» concretos (de carácter político) no es una tarea fácil. Los procesos tienen orígenes heterogéneos (desde iniciativas reales hasta prácticas populares), duraciones diversas (a veces muy largas y, en otros casos, muy precisas y breves) y delimitaciones espaciales y temporales muy vagas, llenas de precedentes y excepciones. El análisis de tales transformaciones dará como resultado una historia bastante genérica y a veces confusa, ya que los acontecimientos que se incluyen en ella se desarrollan en un lapso de tiempo que va más allá de un reinado o incluso de una dinastía precisa, mezclándose con eventos de muy variada naturaleza y duración. Este tipo de exposición requerirá del lector no familiarizado con la historia egipcia cierto esfuerzo. Por ello, para situar mejor los hechos en el tiempo, recomiendo que, antes de iniciar la lectura de las páginas siguientes, se consulte el anexo con la cronología de este período y también la figura 6.1.

Dentro de los procesos estudiados en este capítulo se ha querido poner especial énfasis a dos aspectos poco tratados en otros manuales de historia de Egipto. En primer lugar, me he alejado de la descripción que tradicionalmente se ha hecho de ese período como una etapa de fuerte centralización y de una serena madurez del Estado, mostrándolo como un momento que, pese a tal solidez, estuvo marcado constantemente por diferentes conflictos, tensiones y contradicciones. En segundo lugar, he querido enfatizar que, dentro de unas estructuras estatales centrales poderosas y omnipresentes, la población egipcia gozó de la suficiente libertad y capacidad de movimiento como para emprender un número muy variado de iniciativas privadas

Como antes he indicado, redactar una historia del Reino Medio (o de cualquier otro período del Egipto faraónico) es una empresa compleja. El conocimiento que los egiptólogos tienen del pasado se basa casi exclusivamente en las evidencias generadas por unos sectores de la sociedad muy concretos: la corona, las élites y la Administración, que debieron de ser una porción reducida de una población que en este período, según algunas estimaciones, debió de rondar el millón o millón y medio de habitantes. Los restos arqueológicos, textos y obras de arte dejados por estos grupos y, en mucha menor medida por otros más humildes, constituyen un número muy reducido de las piezas de este gran

| | *Canon de Turín* | ***Manetón*** (según Sexto Julio Africano vía Sincelo) | **Estimaciones actuales** | |
|---|---|---|---|---|
| Dinastía XI<br>Reino Tebano (c 2100-2055 a.C.)<br>Egipto unificado<br>(c 2055-1985 a.C.) | **"Reyes (…)**<br>El Rey Dual <Tepy-aa> [Mentuhetep I] (…)<br>El Rey Dual <Sehertawy> [Intef I] (…)<br>El Rey Dual <Wahankh> [Intef II] (…) 29 <+20 años><br>El Rey Dual <Nakhtnebtepnefer> [Intef III] (…) 8 <años>.<br>El Rey Dual Nebhepetre [Mentuhetep II] (…) 51 <años>.<br>El Rey Dual Seankhka<re> [Mentuhetep III] (…) 12 <años><br>6 reyes que hacen un total de (…) años <y una laguna> de 7 <años>.<br>Total: 143 <años>" | **"16 reyes de Diospolis (Tebas)**<br>que gobernaron durante 43 años.<br>eguidamente a éstos, Ammenemes gobernó durante 16 años" | Tepy-aa Mentuhetep I (personaje sin título real)<br>Sehertawy Intef I (gobernador local sin título real)<br>Wahankh Intef II (c 2112-2063 a.C.)<br>Nakhtnbetepnefer Intef III (c 2063-2055 a.C.)<br>Nebhepetre Mentuhetep II (c 2055-2004 a.C.)<br>Seankhkare Mentuhetep III (c 2004-1992 a.C.)<br>Nebtawyre Mentuhetep IV e interregno (?) (c 1992-1985 a.C.) | -<br>(?)<br>49<br>8<br>51<br>12<br>2 + 5 (?)<br>Total:<br>127 + x |
| Dinastía XII<br>(c 1985-1793 a.C.) | **"<Reyes de la residen>cia de Iti-Tawy (…)**<br><El Rey Dual Sehete>pib<re> [=Amenemhat I] Él reinó (…)<br><El Rey Dual Kheper>ka<re> [=Senusert I] (…) 45 años (…).<br><El Rey Dual Khakheperre> [=Senusert II] (…) 1<o + x> años (…).<br><El Rey Dual Khakaure> [=Senusert III] (…) 19 años (…)<br><El Rey Dual Nubkaure> [=Amenemhat II] (…) 30 <+ x> años (…).<br><El Rey Dual Nimaatre> [=Amenemhat III] (…) 40 <+ x> años (…).<br>El Rey Dual Maakherure [=Amenemhat IV]. Él reinó 9 años, 3 meses y 27 días.<br>El Rey Dual Sebeknefrure [praenomen: Sebekkare] (…) 3 años, 10 meses y 24 días.<br>Reyes de la residencia <de Iti-Tawy> (…)8 reyes que hacen 213 años, 1 mes y 17 días" | "Siete reyes de Diospolis (Tebas):<br><br>Sesonchosis, hijo de Ammenemes, durante 46 años.<br>Ammanemes, durante 38 años (…).<br>Sesostris, durante 48 años (…).<br>Lachares, durante 8 años (…).<br>Ameres, durante 8 años.<br>Ammenemes, durante 8 años.<br>Scemiophris, su hermana, durante 4 años" | Sehetepibre Amenemhat I (c 1985-1956 a.C.)<br>Kheperkare Senusert I (c 1956-1911 a.C.)<br>Nubkaure Amenemhat II (c 1911-1877 a.C.)<br>Khakheperre Senusert II (c 1877-1870 a.C.)<br>Khakaure Senusert III (c 1870-1851 a.C.)<br>Nimaatre Amenemhat III (c 1851-1806 a.C.)<br>Maakherure Amenemhat IV (c 1806-1797 a.C.)<br>Sobekkare Sobeknefru (c 1796-1793 a.C.) | 30<br>45<br>35<br>8<br>19<br>46<br>9<br>3<br>Total:<br>195 |
| Dinastía XIII<br>(c 1793-1639 a.C.) | "Reyes <que siguieron> después de <¿la casa? de> <Sehete>pibre (…)"<br>A este encabezamiento le sigue una lista de más de un centenar de reyes en donde se incluyen los faraones tanto de las dinastía XIII (en torno a unos 50) como de la XIV. Debido a las lagunas es imposible saber si el papiro distinguió ambos grupos de retes y si incluyó algún recuento de monarcas y de años de reinado. | "Sesenta reyes de Diospolis (Tebas), que reinaron durante 453 años" | En torno a 60 reyes durante unos 150 años divididos en tres grandes fases:<br>1ª Fase: Unos diez reyes durante unos 10 ó 20 años.<br>2ª Fase: Unos 20 reyes durante unos 60 años.<br>3ª Fase (coincidiendo con la dinastía XIV):<br>Unos 30 reyes durante unos 70 años. | |

Figura 6.1. Los problemas de la cronología egipcia. Las tres columnas de texto mencionan, de izquierda a derecha, el orden y duración de los reinados de las dinastías XI y XIII según los datos ofrecidos por *El canon de Turín* (XIX din.); la *Aegyptiaca* de Manetón (siglo III a.C.) según la versión de Sexto Julio Africano (siglo III d. C.) y la documentación coetánea a esas dinastías conocida actualmente (dada su extensión, el elenco de reyes de la dinastía XIII ha sido omitido). La comparación entre unas y otras, con diferencias en la distribución y orden de los reyes (véase la alteración de los reyes en *El canon*), así como en la duración de sus reinados, es un buen ejemplo del cuidado que ha de tener el historiador al usar cualquier tipo de fuente histórica.

puzle, incluidas las que se han perdido o quedan por descubrir. En algunos casos se tienen fichas que casan (un archivo administrativo localizado en un área o momento determinado, un cementerio con tumbas de una misma familia o varios asentamientos erigidos en un mismo momento) y que permiten hacerse una idea aproximada, pero siempre parcial y sesgada, de determinados aspectos del pasado.

Sin embargo, la inmensa mayoría de la documentación son piezas desconectadas entre sí por el espacio y por el tiempo. A cada historiador le corresponde la tarea de crear puentes entre esa multitud de datos desperdigados con el fin de presentar un paisaje histórico coherente y relativamente detallado. Ello da lugar, según el uso que cada autor haya hecho de las evidencias, a interpretaciones muy diferentes. Por ello, aunque resulte obvio es necesario recordar al lector que, como toda historia, la expuesta en estas páginas no puede ser vista como una «reconstrucción» objetiva, sino como una «recreación» personal de «lo que pudo pasar» durante el Reino Medio y no de «lo que pasó».

Las dataciones relativa y absoluta de esta etapa son, como se verá, un claro ejemplo de lo que pueden hacer la parcialidad y ambigüedad (por no decir discordancia) de las fuentes y las múltiples interpretaciones que se derivan de ellas. El esqueleto fundamental de la cronología del Reino Medio se basa, como ocurre con la del resto de la historia faraónica, en: *a)* su parcelación en dinastías; *b)* el orden de sucesión de sus faraones; y *c)* el establecimiento de la duración del reinado de cada uno de ellos. Respecto a las dinastías egipcias cabe hacer una observación importante. La primera es que no tienen, en contra de su significado actual, un fundamento familiar. De hecho, el término adoptado por los egiptólogos procede del griego δυναστείαε, «gobierno», que Manetón empleó en su *Aigyptiaka* para agrupar a los reyes en diferentes grupos no según su linaje sino según la ciudad en la que establecieron su capital. Para complicar aún más las cosas, las divisiones históricas establecidas en *El canon de Turín,* la lista de reyes y reinados más exhaustiva que nos ha transmitido la civilización egipcia, no se ajustó totalmente ni al criterio «familiar» actual ni al «topográfico» manetoniano.

La secuencia de faraones en esas dinastías es, gracias a *El canon* (pese a que contenga erratas como las observadas en la fig. 6.1), a catálogos reales similares y, sobre todo, a la documentación contemporánea, bastante fiable en lo que respecta a las dinastías XI-XII, aunque siempre queda la incertidumbre suficiente como para que se puedan proponer pequeños añadidos o cambios, como es la inclusión de Mentuhetep IV como el séptimo y último rey de la XI dinastía, pese a no aparecer ni en la lista turinesa ni en otros elencos; o como es el emplazamiento, poco verosímil, del rey Awibre Hor, tradicionalmente emplazado en la XIII dinastía, entre Amenemhat III y Amenemhat IV. En cuanto a la XIII dinastía, sus reyes son tan abundantes (se documentan en torno a los sesenta) y las

fuentes tan lacónicas que los investigadores no han logrado establecer de forma definitiva ni su número, ni su orden, ni la duración de sus reinados.

Si la división dinástica y el orden de sucesión no ofrecen, a excepción de la última dinastía, demasiados elementos de discusión, la duración de cada reinado es un tema mucho más espinoso como puede verse, por ejemplo, en el período relativamente bien conocido de la XII dinastía. De este modo, *El canon de Turín* o Manetón dan para sus reyes unos años de reinado que no coinciden totalmente con los datos conocidos de ese período (fig. 6.1). Además, hay una serie de documentos de esta dinastía que los egiptólogos han interpretado como pruebas de que en varias ocasiones hubo corregencias. La adhesión o no a la existencia de esos reinados conjuntos (o de varios de ellos) no es un asunto baladí. Acarrea, por ejemplo, la aceptación de personajes ejerciendo un cargo durante un lapso de tiempo muy largo (o breve); o la existencia sea de una institución monárquica bicéfala, sea de una estrictamente individual.

Los datos y argumentos a favor o en contra de la existencia de estos gobiernos simultáneos, así como las duraciones dadas a determinados reinados (como la del de Senusert III que oscila entre diecinueve y cuarenta años) son demasiado numerosos y complejos como para ser explicados en las páginas siguientes. Baste indicar aquí que he seguido la postura de investigadores como Obsomer o Tallet, que cuestionan la existencia de todas las corregencias de esa dinastía, y he adoptado la duración de diecinueve años para el gobierno de Senusert III. Ello ha supuesto, como se verá, que la cronología empleada a lo largo de este capítulo difiera en gran medida de aquella adoptada de forma genérica para el libro y que acepta la existencia de tres corregencias durante esa dinastía.

Queda, por último, hablar de la cronología absoluta de este período. Las dataciones radiocarbónicas son, en el caso de la cronología de Egipto, poco útiles debido tanto a su imprecisión como también al hecho de que no se haya establecido aún una secuencia dendrocronológica (esto es, un registro completo de la sucesión de los anillos de los árboles de crecimiento anual desde nuestros días hasta la prehistoria) que permita contrastar o calibrar tales mediciones con mayor seguridad. Uno de los pocos amarres firmes para establecer una fecha absoluta para este período es el papiro hierático Berlín 10012. En esta carta, procedente de la ciudad de Lahun, se informa de que la aparición de la estrella Sirio en el horizonte durante el año 9 de Senusert III tuvo lugar el día 25 del tercer mes de *peret*. Tal dato permite situar esa fecha entre el 1876 a. C. y el 1841 a. C. según el lugar en el que el fenómeno se registrase (la región menfita, Dashur, Lahun o, incluso, Elefantina) y el arco de visión con el que se observase[1].

En las siguientes páginas he estructurado la historia egipcia en períodos que no coinciden con la división dinástica tradicional. Una primera

sección tratará la XI dinastía excluyendo el reinado de Mentuhetep IV, debido a que éste está estrechamente ligado a la ascensión al poder de la XII dinastía. La segunda se referirá al momento de transición comprendido entre ese reinado y el de Senusert I, el primer gran reformador de Egipto durante el Reino Medio. Un tercer apartado analizará el período que va desde la subida al trono de Senusert II hasta la muerte de Amenemhat III, que supuso el apogeo del Estado en esta época, mientras que el cuarto analizará el final del Reino Medio desde el reinado de Amenemhat IV hasta la aparición de la XIV dinastía. Finalmente, en una última sección se tratará brevemente por áreas la política exterior egipcia durante todo el Reino Medio.

## Los reinados de Mentuhetep II y de Mentuhetep III

Según *El canon de Turín,* la XI dinastía incluye indistintamente a los faraones que sólo gobernaron el reino tebano, que comprendía el Alto Egipto, y a sus sucesores que terminaron gobernando todo el país. Según ese papiro, la dinastía tendría «seis reyes que gobernaron 136 años y una laguna (*wesef*) de 7. Total: 143 años». Dicha laguna posiblemente refleja el estado del documento original, que *El canon* reproduce y se corresponde, al menos en parte, con el reinado del último faraón de la dinastía, Mentuhetep IV. Dejando a un lado la omisión de este rey, el número de monarcas concuerda bastante bien con los cinco que se conocen por las fuentes coetáneas a los que *El canon* sumó el supuesto fundador de la dinastía, Mentuhetep I, quien no parece que se proclamase faraón en vida.

Curiosamente, en este documento no se hace ninguna mención especial a un hito al que los egipcios dieron una gran importancia y que los egiptólogos han tomado como el acontecimiento que marca el inicio del Reino Medio: la victoria del faraón tebano Mentuhetep II sobre el reino heracleopolitano y la consiguiente unificación del país tras más de un siglo de escisión política. La fecha exacta de este hecho se desconoce, pero parece haber tenido lugar durante la segunda mitad de su reinado de cincuenta y un años.

El hallazgo en la capital heracleopolitana, por parte de una misión arqueológica española, de una necrópolis completamente arrasada datada en torno al inicio del Reino Medio es un buen recordatorio, dejando a un lado su polémica cronología, aquello que los egiptólogos denominan «unificación» fue, sobre todo, la subyugación de una parte del país a manos de la otra. En otras palabras, la victoria de Mentuhetep II supuso la existencia de unos vencedores y de unos vencidos, así como el mantenimiento de un *statu quo* en el ámbito provincial similar al del Primer Período Intermedio, lo cual dio lugar a numerosas tensiones que no desaparecerían hasta la XII dinastía.

La victoria supuso la implantación por todo Egipto de las estructuras administrativas del reino tebano, que diferían en varios aspectos de las del Reino Antiguo y quizá, aunque apenas se conozcan, de las del Estado heracleopolitano. Al igual que durante el Reino Antiguo, el principal cargo en el nuevo organigrama burocrático y judicial fue el de «visir», que parece haber sido unipersonal durante todo el Reino Medio. Tras él estaban dos oficios que durante el Primer Período Intermedio habían adquirido en Tebas una gran importancia al estar ligados a la gestión y control del patrimonio de sus reyes: el tesorero o «supervisor del sello», encargado de la obtención y reparto de los recursos estatales; y el mayordomo o «supervisor de la casa», dedicado a su registro. Tales títulos, conocidos en el Reino Antiguo únicamente en relación con la gestión de pequeñas propiedades, evocan unos orígenes modestos, inicialmente «domésticos», para el reino tebano.

La mayoría de las personas que ejercieron estos cargos durante la XI dinastía y el inicio de la dinastía siguiente parecen haber sido de origen tebano. Sin embargo, hay algunas excepciones que sugieren una política de integración dentro del nuevo organigrama administrativo de personajes no tebanos procedentes del antiguo reino heracleopolitano e, incluso, de su corte, como es el caso del visir Ahanakht, gobernador de la provincia de Hermópolis. Sin embargo, la presencia en la propia Heracleópolis de los nobles tebanos Intefnakht, que «pasó muchos años de vida en la casa de Khety [= el palacio de los reyes heracleopolitanos]», e Intef, nacido de Tjefi, a quien el rey «emplazó en la provincia heracleopolitana como supervisor del reclusorio/cárcel que había en ella»[2], también muestra que Mentuhetep II se mostró desconfiado con sus antiguos enemigos.

La victoria de Mentuhetep debió dar lugar a un paisaje político turbulento, lleno de represalias que no sólo tuvieron como objetivo la propia Heracleópolis, sino también a otras localidades que apoyaron a dicha ciudad durante la guerra. Durante el enfrentamiento entre los reinos tebano y heracleopolitano debieron de establecerse diferentes alianzas políticas entre las respectivas coronas y determinados gobernadores provinciales del Medio Egipto, que pudieron desempeñar un papel político determinante según su apoyo a uno u otro bando. Terminado el conflicto, el destino de estos personajes, según el bando al que se hubieran adherido, fue variado, tal y como se observa al estudiar a los gobernadores (o «nomarcas», del griego νομός, «provincia») de Siut y de Hermópolis. La prosperidad de los primeros, en la frontera entre los dos reinos, parece haberse truncado con la caída de sus señores, que dan la impresión de haberse mantenido fieles a Heracleópolis. Los segundos, sin embargo, debieron de navegar mejor entre dos aguas ya que, pese a ser súbditos de los vencidos, no sólo sobrevivieron a la unificación, sino que, en el caso del ya citado Ahanakht, lograron ocupar cargos de gran importancia en la nueva Administración.

Estas medidas de «tebanización», integración y represalia no dieron lugar, en cualquier caso, a un paisaje administrativo, social o económico distinto al existente antes de la unificación. Durante el reinado de Mentuhetep II parecen haberse mantenido sin demasiados cambios las estructuras de poder previas, consistentes en un Estado que, al menos en el Medio Egipto, estaba compuesto de una serie de provincias dirigidas por unos gobernadores con un gran poder y libertad de acción. Las inscripciones procedentes de la tumba de uno de estos personajes, el nomarca de Tebas, Intef, hijo de Myt, en Dra Abu el-Naga, son un llamativo ejemplo de la iniciativa propia y de la libertad de estos potentados locales frente a la corona. En ellas puede leerse:

> «Encontré la hacienda del *ka* del *iry-pat* Nakht-iquer en ruinas, sus muros envejecidos, cada una de sus estatuas rotas. No había quien la recordara. Fue reconstruida y se ampliaron sus dimensiones. Sus estatuas se renovaron. Se hizo para ella puertas en piedra haciéndose nuevas como hoy para que su lugar fuera más prominente que los otros de los dignatarios y nobles. Hice todo esto para hacerme un nombre sobre la tierra y que mis buenas obras se recordaran en la necrópolis, para que los hombres lo vieran, para que obraran para su bien después de que mi *ka* descansara en vida [= yo muriese]» (*Estela de Intef, hijo de Myt*)[3].

> «Construí esta capilla y su [...]. Erigí las hojas de sus puertas [...] su [...] en piedra-*iat*, sus ortostatos/losas en caliza. Las hojas de las puertas son de madera de acacia» (*Estela de Intef, hijo de Myt*)[4].

> «Obtuve ganado mayor y menor, vestidos de lino, objetos preciosos del tesoro, cebada y farro gracias a mi boca y haciéndolo a través de mi propio brazo/fuerza o a través de lo que el rey Nebhepetre (= Mentuhetep II) hizo para mí a causa de lo mucho que me quería [...]. Sellé un contrato con el sacerdote funerario Nakhti, hijo de Niusir, hijo de Nakhtiu para hacer libaciones y para derramar una ofrenda de bebida mientras el sacerdote-*mehunu* le extiende su mano y el sacerdote-*khenty-wer* tiene el pan-*shenes* y el vaso-*duiu* cuando suben trayendo y haciendo ofrendas allí para mi estatua a lo largo de todo el día a diario. Además he sellado un contrato con el sacerdote lector Intef, hijo de Nisumentu, hijo de Intef, hijo de Tjetu, para realizar su tarea en la casa de la purificación y para recitar los rituales para mi persona en cada fiesta mensual y en cada fiesta quincenal con el fin de que mi nombre sea bueno, que mi recuerdo exista hasta este día y para que se haga excelente el templo [= capilla funeraria] para este noble excelente. Por otro lado entregué 20 vestidos a este sacerdote funerario y entregué 10 vestidos a este sacerdote lector, un sirviente y una sirvienta a cada uno, y les di una porción de los campos en las tierras de la inundación cada año a fin de que mi nombre viviera eternamente y por siempre» (*Estela de Intef, hijo de Myt*)[5].

En estos textos Intef, pese a gobernar el área donde se asentaba la corte, se describe como un gran emprendedor cuyas iniciativas en la apropiación de su tumba, en la administración de sus propiedades agrarias y en la creación de una «fundación piadosa» dedicada a su culto funerario[6], además de legítimas, no estaban supeditadas a la decisión real. Gracias a esas acciones, o pese a ellas, se describe como un personaje apreciado por el faraón que, lo cual no deja de ser llamativo, es citado en una sola ocasión, privado de títulos, epítetos e incluso de cartucho real. Este hecho contrasta, por ejemplo, con otras inscripciones de personajes que formaban parte de la corte y que incluían numerosas muestras de fidelidad y eficiencia ante los deseos del faraón. Un ejemplo de ello es la siguiente inscripción, quizás de Tebas, perteneciente a un personaje anónimo:

> «El Horus Neter-hedjet, el hijo de Re Mentuhetep II, ¡que viva como Re eternamente! Su [= del rey] siervo auténtico, el de su satisfacción, quien revela lo precioso, quien conoce sus movimientos, el habilidoso en cada tarea, quien comienza el camino, quien está en su sitio, quien conoce su entorno, quien equipa a sus artesanos [...] quien dobla su brazo [= en actitud de respeto] a lo largo de su vida, el único del séquito, quien está al frente de sus iguales, quien informa correctamente, a quien el rey ha enviado a cada lugar de su recreo» (*Estela Louvre C 252*)[7].

En sus inscripciones, Intef también se muestra como un hombre tan preocupado por el pasado como por la permanencia de su nombre y la integridad de su tumba tras su muerte. Esta inquietud no sólo hay que verla como un ejemplo de piedad hacia sus ancestros y a su linaje —aunque no hay ningún indicio de que Nakht-iquer fuese familiar suyo—, sino también como un gesto político con el que quería justificarse como el sucesor legítimo de los nomarcas anteriores y como un ejemplo a seguir en el futuro.

Esa manipulación con fines legitimadores del pasado, habitual, como podrá verse, a lo largo del Reino Medio, también se aprecia en las «restauraciones» que el nomarca Djehutynakht —quizás el padre del visir Ahanakht— realizó en nueve tumbas de diferentes cementerios de la provincia de Hermópolis durante un momento impreciso de la XI dinastía o del Primer Período Intermedio. Tales intervenciones se limitaron a inscribir en la entrada de ciertas tumbas antiguas un texto dedicado a «sus padres», recordando la supuesta «restauración» y enfatizando que se trataba de una iniciativa sin precedentes. Estas acciones, así como otras similares de otros personajes posteriores en la misma provincia, reflejan el interés de sus promotores por emparentarse con los personajes pasados más prestigiosos del lugar (las tumbas «restauradas» suelen ser las únicas decoradas que se conocen del Reino Antiguo en la provincia).

El reconocimiento del poder legítimo y la búsqueda del prestigio personal no se manifestaron sólo en la esfera privada. Resulta paradójico que donde son más evidentes tales pretensiones es en la institución que teóricamente menos las necesitaba: la corona. Probablemente cuestionado como rey de todo Egipto por el bando derrotado, Mentuhetep II reafirmó su legitimidad y su autoridad sobre sus súbditos a través de diferentes medidas. Una de ellas fue cambiar en varias ocasiones los nombres de su titulatura real. En este sentido, la forma final de su nombre de Horus, «quien une las Dos Tierras», conocida al menos desde el año 39 de su reinado, es un claro ejemplo del énfasis que el rey quiso dar a su papel como señor de todo Egipto.

Otra medida, quizás en respuesta a posibles campañas de deslegitimación por parte del bando derrotado, fue su vinculación tanto al pasado tebano como, también, al menfita-heracleopolitano. Por un lado, Mentuhetep II dejó claro en algunos monumentos su relación familiar con sus antecesores de la XI dinastía, los reyes Intef, quienes descendían de un personaje de sangre no real, Mentuhetep (I), a quien en este momento se le confirió pedigrí real a través del título póstumo de «padre de los dioses». Por otro lado, el faraón también buscó un acercamiento a las tradiciones menfitas y heracleopolitanas incluyendo en uno de sus nombres reales el teónimo Re (Nebhepetre) que le entroncaba con las costumbres protocolarias del Reino Antiguo y también, por lo poco que se sabe de ellas, con las de la realeza heracleopolitana; y también incorporando a la corte los gustos y cánones artísticos del Reino Antiguo heredados por los reyes de Heracleópolis y que acabarían convirtiéndose en los elementos esenciales del arte oficial durante todo el Reino Medio (fig. 6.8).

La construcción de su templo mortuorio (y tumba) en Deir el-Bahari, al oeste de Tebas, puede verse como la materialización de esa búsqueda de legitimidad. Esta construcción refleja claramente la adopción de las diferentes tradiciones artísticas y arquitectónicas vigentes en ese momento y, también, la manifestación y perpetuación del poder del rey sobre sus súbditos a través de un gran complejo funerario rodeado de una necrópolis privada monumental.

Además, la decoración del templo muestra con frecuencia a Mentuhetep II en estrecha relación con el dios tebano Amón-Ra, cuyo santuario se encontraba justo en la orilla opuesta del río, en Karnak. Pese a que no hay evidencias claras de la actividad del rey en dicho lugar, es evidente que ya en ese momento la divinidad tenía una significación especial al elegirse Deir el-Bahari como lugar de enterramiento. De hecho, tanto este faraón como sus inmediatos sucesores parece que quisieron hacer de Tebas un importante centro cultual a través de la construcción de diferentes santuarios en la zona. A su templo-tumba hay que añadir la erección de un santuario a Amón en la zona de Medinet Habu y, quizás, en Karnak y Luxor, así como el complejo mortuorio de Mentuhetep III en la

llamada «colina de Thot». A estas medidas en la capital se les pudieron sumar también otras similares en el área de la Tebaida y en Abydos, donde se documentan templos de Mentuhetep II y de Mentuhetep III.

El contexto sociocultural en el que tuvieron lugar todas estas iniciativas, dejando a un lado el ámbito de la corte y de la capital (e incluso en ésta, como sugieren los textos de Intef, hijo de Myt) parece haber sido el mismo que el del momento precedente. Durante la XI dinastía, las biografías privadas provinciales suelen ceñirse a los temas y expresiones habituales de los textos del Primer Período Intermedio, que ensalzan la resolución, eficiencia e iniciativa del individuo ante su comunidad. Un ejemplo de ello es la siguiente inscripción del monumento funerario de cierto Hornakht, en Dendera, datada en la segunda mitad del reinado de Mentuhetep II:

> «Construí la casa [= tumba] de mi padre, la que había encontrado como unas estancias de ladrillos [...] cada puerta tenía cinco codos [= 2,5 m] de alto. Erigí 50 columnas allí. Construí esta casa [= tumba] mía en el segundo año de la construcción de esta casa con el mismo equipo de 30 personas. El pastor tenía a su] lado [...]; el pastor tenía a su lado la piara; los lavanderos lavaban. Di trigo y cebada a toda Dendera en su totalidad durante 56 años, 400 sacos cada año como aprovisionamiento y cuando estaba en combate con Abydos. Construí [...] barcos [...] cada barco con 46 remos. Construí 12 naves grandes y 8 naves pequeñas. Di pan al que venía hambriento y cerveza al que venía sediento. Di sandalias al que venia descalzo y agua al que venía sofocado/pálido. Di grano a quien pidió grano. Di [vestidos a quien] pedía vestidos. Di metal [¿cobre?] a quien pedía metal. Di hilo y di lino. Nunca lo di quedándome justo. He aquí que di a mis hijas maridos y de ellos nacieron 24 personas de las cuales 14 varones y [...] 10 mujeres [...] Construí casas para mis hijos como si fueran sus propias casas. Di ganado a quien me pedía ganado. Di burros a quien me pedía burros. Di un barco a quien me pedía un barco» (*Biografía de Hornakht*)[8].

El contenido de la inscripción, que recoge las pretensiones de lo que debería de ser la vida ejemplar de un egipcio de provincias, retrata el mismo tipo de sociedad que hubo en el Primer Período Intermedio, al mostrar unas comunidades urbanas o rurales cuya cohesión y, por tanto, su subsistencia dependían en buena medida de la capacidad de sus jefes locales y de los líderes familiares. Por otro lado, la mención en el texto de un conflicto entre las ciudades de Abydos y Dendera resulta significativa. Junto a la alusión de una «rebelión de la ciudad de Thinis» en otra estela en el año 14 de Mentuhetep II[9], recuerda que la campiña egipcia podía ser el escenario de diferentes conflictos intra e interlocales.

La arqueología tampoco ofrece ningún indicio de cambios culturales significativos respecto al Primer Período Intermedio. Las formas cerámicas, las tradiciones funerarias y los estilos artísticos –con la salvedad del ámbito más

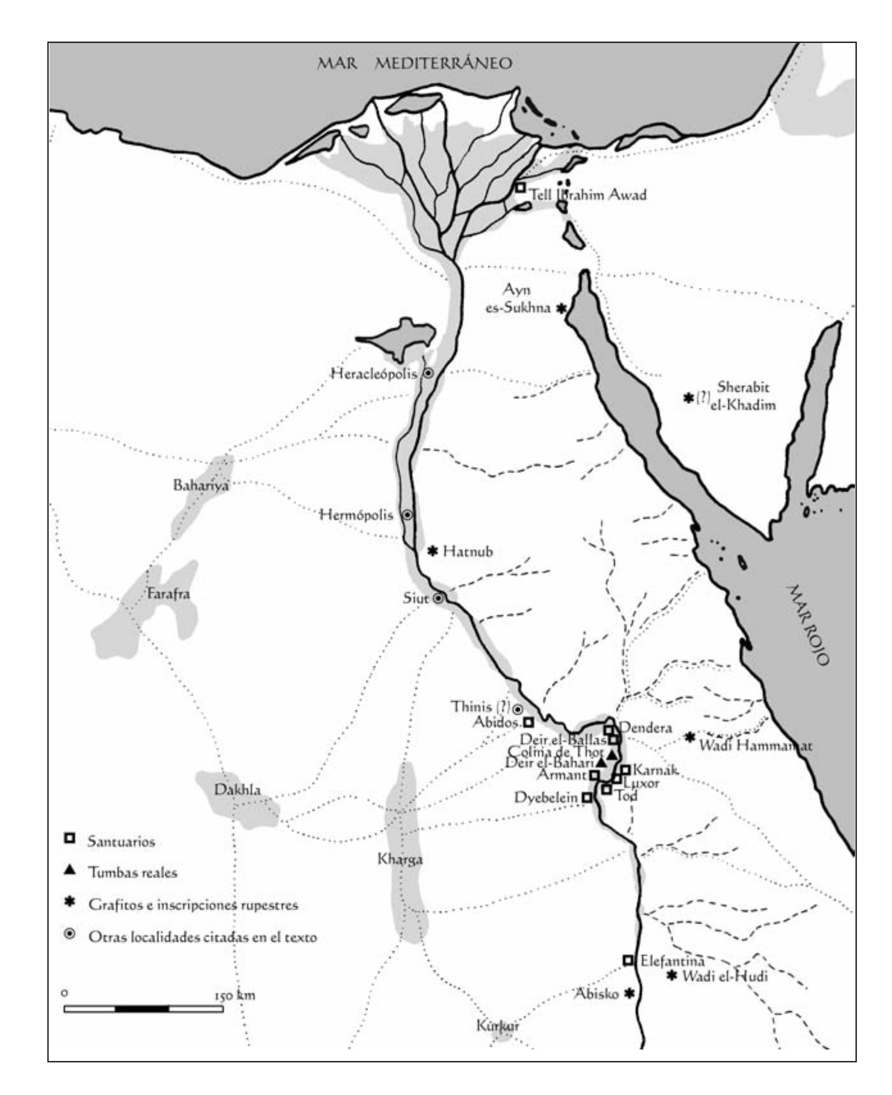



Figura 6.2.A. Mapa de Egipto durante la XI dinastía. En él se incluyen, además de los yacimientos donde se han detectado restos de construcciones reales, otros citados en el texto o de interés.

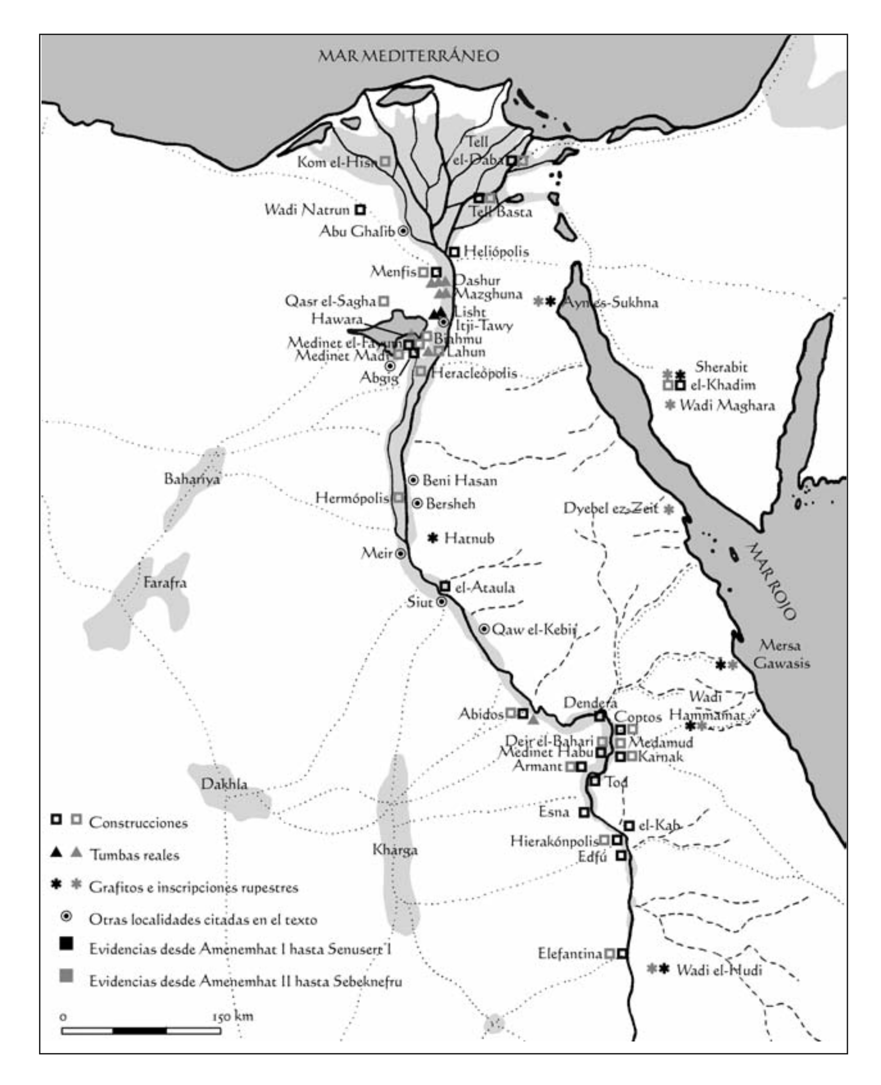



Figura 6.2.B. Mapa de Egipto durante la XII dinastía. En él se incluyen, además de los yacimientos donde se han detectado restos de construcciones reales, otros citados en el texto o de interés.

cercano a la corte tebana– apenas cambiaron respecto al momento anterior, observándose la permanencia de diferencias notables entre las tradiciones cerámicas desarrolladas en las tierras del antiguo reino heracleopolitano (el Delta y el Medio Egipto) y en las del de Tebas (el Alto Egipto), o la existencia de diversas interpretaciones locales de la escritura o del arte.

Pese a la presencia a lo largo de todo Egipto de unas prácticas funerarias heterogéneas o de tradiciones artísticas o cerámicas variadas, no se puede hablar de una divergencia cultural en el país. Todas las diferencias desarrolladas a lo largo del siglo y poco más del Primer Período Intermedio han de verse, sobre todo, como la manifestación de ciertas idiosincrasias locales derivadas de un sólido sistema de creencias, usos e ideas comunes que hundían sus raíces en tradiciones ya por aquel entonces milenarias.

La personalidad tan fuerte como heterogénea, flexible, plural y extremadamente receptiva de la cultura egipcia de este período se observa bien en las características de *Los textos de los ataúdes.* Este corpus religioso de tipo mortuorio, documentado ya al final del Reino Antiguo, no comienza a aparecer de forma continuada en las inhumaciones de las élites cortesanas y provinciales hasta precisamente el final de la XI dinastía, haciéndose mucho más frecuente durante la XII dinastía y desapareciendo bien entrada la XIII dinastía. Según su procedencia (se conocen ejemplos desde el Delta hasta la primera catarata) se observan muchas diferencias en su forma (hay indicios de variedades dialectales) y en su contenido (algunos «capítulos» o «fórmulas» de este corpus sólo se conocen en una sola localidad). No obstante, pese a la presencia de estas variantes locales, hay casos en los que determinadas fórmulas aparecen en ejemplos temporal y espacialmente muy distantes, demostrando que la accesibilidad a este grupo tan heterogéneo y tan disperso de textos era grande y que ni las particularidades regionales ni las distancias geográficas eran determinantes a la hora de establecer el repertorio de las fórmulas que serían incluidas en cada ataúd.

Los doce años de reinado de Mentuhetep III, el sucesor de Mentuhetep II, fueron un momento de continuidad donde no se observan cambios importantes respecto al momento anterior. Esto se aprecia bien en la titulatura del nuevo rey, que vuelve a resaltar su conexión con las tradiciones solares del Reino Antiguo a través de su *praenomen,* Seankhkare, así como su vocación por gobernar un país unificado con su nombre de Horus y de las Dos Señoras, «quien hace vivir las Dos Tierras».

La aparente prosperidad y creciente autoridad de la corona bajo este monarca se deduce a partir de su actividad constructiva (restringida, como sucedió bajo Mentuhetep II, al Alto Egipto) (fig. 6.2.A) y también del principal documento de este reinado: la inscripción que el supervisor de la casa Henenu dejó en el Wadi Hammamat para conmemorar la expedición que el rey ordenó enviar a Punt. Dejando a un lado la importante iniciativa de los contactos con esa lejana región, que comentaré al final de

este capítulo, el texto muestra un ambicioso programa para restablecer la explotación minera del Desierto Oriental a través de varios pasos: 1) la pacificación de la población local; 2) el establecimiento de una red de pozos y cisternas en la zona; y, por último, 3) la explotación de las canteras de grauvaca de Wadi Hammamat. Todas estas iniciativas parecen haberse llevado a cabo gracias a una gran expedición de 3.000 individuos «del Alto Egipto, de los centros-*wabu* [un hápax de significado desconocido] de la provincia tebana, desde Imiteru a Shabet», en otras palabras, de diferentes centros del área de la Tebaida.

Quizá sea un dato significativo que la misión sólo tuviera como componentes a gentes de la zona donde radicaba el poder de los reyes de la XI dinastía, especialmente teniendo en cuenta la procedencia heterogénea de los miembros de otras expediciones y los proyectos anteriores y posteriores esta dinastía (fig. 6.3). Sin embargo, viendo que es

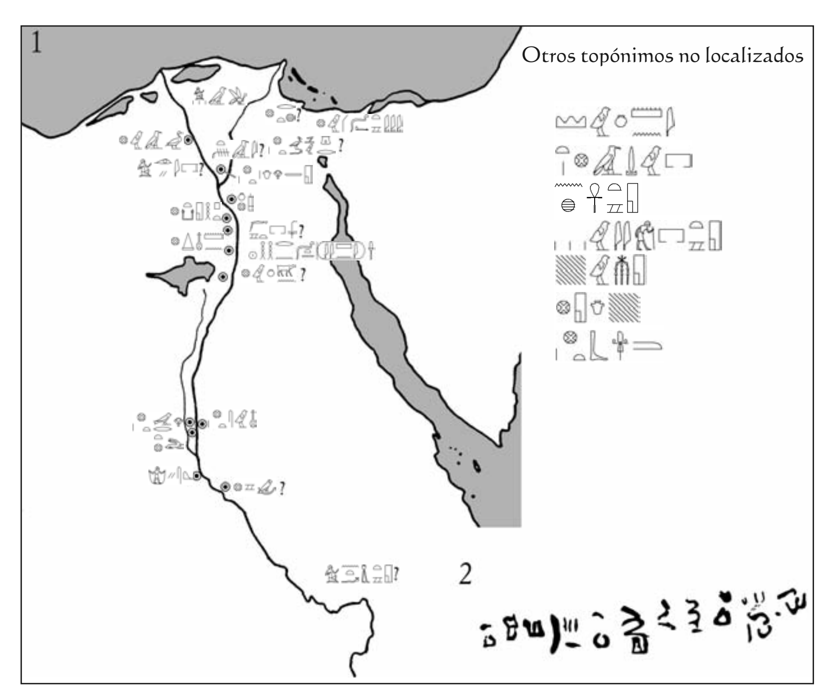



Figura 6.3. La capacidad estatal de movilización de la población. 1) Mapa señalando la procedencia (en muchos casos dudosa) de diferentes grupos de trabajadores según los textos dejados en los bloques de algunos complejos mortuorios reales de la XII dinastía, especialmente en el de Senusert I en Lisht. A estos ejemplos hay que sumarles, además, otros muchos citando nombres personales y numerosas marcas y signos que se referían a distintos equipos de trabajo; 2) Ejemplo de una de estas pintadas hieráticas procedente, en este caso, de la pirámide de Senusert I. En ella se lee: «Tercer mes de Ajet, día 7. Los equipos de Hermópolis y de Menfis».

una expedición ambiciosa, que demuestra una gran capacidad de organización por parte del Estado, también puede explicarse por motivos logísticos como la cercanía del Wadi Hammamat al área donde se reclutaron todos los efectivos.

El hecho de que las actividades de los reyes de la XI dinastía estén acotadas al Alto Egipto no debe de llevar a engaños: había «vida» en el Bajo Egipto, aunque resulte muy difícil conocer sus condiciones y su grado de integración dentro del Egipto recién unificado. Esta región sigue siendo en gran parte *terra incognita* para los egiptólogos. Una de las pocas excepciones a esta norma es el hallazgo de un templo del final de la XI dinastía en Tell Ibrahim Awad. Su gran tamaño y su planta, similar a la de ciertos templos tebanos contemporáneos, permiten suponer que la autoridad y la iniciativa de los primeros reyes del Reino Medio, conocida sólo a través de sus restos en el Alto Egipto, debió de ir más allá de los territorios del antiguo reino de Tebas.

## Una larga transición: desde el reinado de Mentuhetep IV hasta el de Senusert I

Como ya se ha señalado, el paisaje sociopolítico y administrativo provincial al inicio del Reino Medio no debió de variar demasiado de aquel del Primer Período Intermedio, al menos en el Medio Egipto. Las iniciativas administrativas y políticas de los primeros Mentuhetep en relación con dicha región debieron de limitarse, como ya se ha visto, a eliminar nomarcas molestos o poco fieles. Sin embargo, no parece que se estableciera ningún tipo de iniciativa oficial para minar la autoridad y poder de aquellos líderes locales que no planteaban problemas a la corona, pero que no estaban ni se sentían excesivamente sometidos a ella. Dicha situación y ciertos problemas de índole dinástica permiten explicar la profunda crisis política que Egipto parece haber vivido entre los reinados de Mentuhetep IV y de Senusert I. En este momento, de más de medio siglo de duración, se observa una serie de importantes cambios que acabarían transformando el Egipto que Mentuhetep II concibió o, mejor dicho, encontró tras conquistar Heracleópolis, en otro mucho más centralizado y cohesionado.

Después del reinado de Mentuhetep III, *El canon de Turín* cita una «laguna» de siete años tras la que seguiría el reinado de Amenemhat I. Es seguro que ese lapso, o parte de él, estuvo ocupado por el reinado del sucesor directo de Mentuhetep III, Mentuhetep IV. Gracias a un gran número de inscripciones rupestres se sabe que este faraón acometió numerosas iniciativas mineras en el Desierto Oriental egipcio, dejando indicios de su vasta actividad en el Wadi el-Hudi, el Wadi Hammamat y también en Ayn es-Sukhna, lo cual, como se verá más abajo, parece indicar que envió

una expedición al Sinaí. El año 2, en el que se datan varias de sus inscripciones en Wadi Hammamat, es el último que se conoce de su mandato. El hecho de que el director de la misión que el rey envió a ese lugar fuera su visir Amenemhat, considerado por muchos estudiosos, probablemente con fundamento, como el futuro Amenemhat I, ha llevado a pensar en una usurpación del poder real por parte de éste y de un período de conflictos civiles que no quedarían resueltos hasta su victoria y su consiguiente subida al trono como primer rey de la XII dinastía.

Esta reconstrucción de los acontecimientos, aunque atractiva, puede ser errónea. La proximidad de una inscripción de Amenemhat I a otra intacta de Mentuhetep IV en Ayn Sukhna parece indicar que el primero, además de respetar los pasos del segundo, los siguió. No sería descabellado pensar que, a falta de descendientes, Mentuhetep, como después haría Amenhotep I con Tutmosis I, señalara como sucesor a un hombre de confianza no ligado de forma directa a su linaje (de hecho, según Manetón, Amenemhat I sería el último rey de la XI dinastía) (fig. 6.1).

Legítima o no, la subida al trono de Amenemhat I desembocó en una profunda crisis política tal y como se observa a través de varios sucesos acaecidos durante ese último reinado y, también, durante el de su hijo y sucesor Senusert I. El más significativo fue, sin duda el abandono repentino de Tebas como capital (el rey dejó sin concluir su monumento mortuorio y el cementerio de nobles adyacente que apenas habían comenzado a construirse) a favor de otra creada *ex novo* por el rey. La nueva ciudad, *Amenemhat-Itji-Tawy*, «Amenemhat es quien toma legalmente [o, también, según otro significado del verbo *iṯi*, «por la fuerza»] las Dos Tierras», fue construida en un lugar probablemente no alejado de su nueva tumba: la pirámide de Lisht.

Su fundación, acaecida en un momento indeterminado de su reinado, parece haber sido un acontecimiento especialmente significativo para los egipcios ya que *El canon de Turín* califica a esta dinastía como la de los reyes de «la residencia de Itji-Tawy». Con su creación Amenemhat I debió de buscar tanto el distanciamiento de la corte tebana (quizás afín en parte a otros candidatos a la corona) como un lugar más idóneo para establecer un gobierno más sólido y centralizado sobre Egipto. En ese sentido, Lisht está próximo al lugar donde se unen el Alto y Bajo Egipto, a la depresión fértil y rica en caza de El Fayum y, también, a Heliópolis y Menfis (quizás elegida capital en un primer y breve momento), que fueron, respectivamente, los centros religioso y político más importantes del país durante el Reino Antiguo. Que el rey quiso emular los logros de esa última etapa histórica es evidente a través, una vez más, de su titulatura real y también de la construcción de un complejo mortuorio real que imitaba claramente en su concepción básica, arquitectura y decoración a los de los reyes del período menfita.

El traslado de la capital debió de coincidir con el cambio de varios elementos de la titulatura del rey. El apelativo inicial original, «quien

pacifica/complace el corazón de las Dos Tierras», que formaba los nombres de Horus y de las Dos Señoras, pasó a ser «quien renueva la creación». La transformación de este nombre no sólo implicaba un distanciamiento de las tradiciones de sus antecesores inmediatos, sino también la intención del monarca de entrar en una nueva era o «creación», que no se diferenciaba de la precedente sólo por un cambio de titulatura, de linaje o de capital, sino también por un giro en la forma de gobernar el país y de expresar plástica y textualmente tales transformaciones. Buen ejemplo de esa conciencia es que varios reyes posteriores (Seti I y Ramsés XI) adoptaron ese mismo epíteto en momentos similares de inflexión política.

Otro indicio de los problemas políticos subyacentes de este momento es la casi total ausencia de expediciones al extranjero bajo Amenemhat I (las únicas conocidas datan de los dos últimos años de su reinado) y, también, la relativa escasez de edificios o monumentos erigidos por este rey, pero que en cualquier caso se extienden por todo Egipto. Varias obras literarias ligeramente posteriores, como *Las enseñanzas de Amenemhat* o *La profecía de Neferti,* muestran a este faraón como el pacificador del interior y exterior de Egipto y como el constructor de un país próspero y rico. Por desgracia, ni estos textos ni la documentación contemporánea de ese reinado describen las iniciativas que pudieron dar lugar a tales logros.

Una de las pocas medidas citadas en estos textos fue la erección de las «murallas» o «fortalezas del gobernante» en el Delta oriental con el objeto de vigilar y, probablemente también, colonizar el área del Delta limítrofe con Asia. Esas «murallas», aún por descubrir, quizás guarden relación con la creación por este rey de la «Hacienda (*hwt*) de Amenemhat», hallada en Tell el-Daba, que debía de estar próxima a otra fundación de Época Heracleopolitana. De dicha «hacienda» se han hallado, de momento, un templo (Ezbet Rushdi) y un centro urbano, probablemente provisional, que puede datarse durante los reinados de Amenemhat I/Senusert I y que es el primer ejemplo conocido de una serie de grandes fundaciones reales creadas a lo largo de la XII dinastía (fig. 6.7). Este tipo de asentamiento tiene en la ciudad de Lahun, creada seguramente bajo Senusert II, su ejemplo más paradigmático. Es posible que, como la capital, todos estos centros creados *ex novo* buscaran materializar una realidad nueva desvinculada de intereses y relaciones enraizadas, con el fin de establecer de una forma más eficiente las líneas de una nueva política administrativa y económica.

El asesinato de Amenemhat I, mencionado en *Las enseñanzas de Amenemhat* y en la célebre *Historia de Sinuhé,* muestra que la situación política de este rey fue, pese a su deseo de alejarse de un pasado intrincado y peligroso, muy vulnerable. El regicidio sugiere que existían otros personajes que reclamaban para sí el papel de herederos legítimos de los reyes de la XI dinastía. Este crimen debió de ser, de hecho, el

punto de partida de un conflicto que Nisumentu, un supervisor del ejército, denominó en uno de sus monumentos como la «guerra de las Dos Tierras»[10]. El enfrentamiento debió de implicar una vez más a los gobernadores locales del Egipto Medio, que bien se alinearon con el hijo de Amenemhat I, Senusert I, bien con sus rivales. Diferentes inscripciones en la cantera de Hatnub dejadas por los nomarcas de la provincia de Hermópolis, en el Medio Egipto, mencionan expresiones de violencia y de combate («el día de la lucha», «un día de rebelión», etc.) relacionadas con el rey o con el palacio real.

El inicio del reinado de Senusert I, uno de los más largos e importantes de la XII dinastía, fue, de este modo, un momento extremadamente crítico para la supervivencia de este faraón, quien, no obstante, logró imponerse a sus enemigos en una fecha temprana. Su victoria debió de ser contundente, ya que le permitió continuar con las medidas centralizadoras inauguradas por su padre (el nombre de Horus del rey, siguiendo al de su progenitor, fue «El activo vivo en la creación»). La iniciativa más visible, quizás ya emprendida parcialmente por Amenemhat I, fue la de emplazar en el cargo de nomarca a personas fieles al rey (véase la biografía del gobernador Mentuhetep más abajo).

Esta medida política y administrativa estuvo acompañada por otra de tipo cultural. Quizá ya desde el reinado del fundador de la XII dinastía, la corte fue creando una nueva tradición artística y literaria que, como bien ha indicado Franke, supuso la recuperación de la tradición del Reino Antiguo (ya iniciada por los reyes de la dinastía anterior) y, sobre todo, la formación, recreándose en aquélla, de una nueva. El objetivo principal de esta «nueva cultura» fue potenciar la lealtad de los nobles y de los funcionarios hacia su rey. Inspiradas en tal fin y, a la vez, inspirándolo, durante toda la dinastía se crearon obras como *Las enseñanzas de lealtad, La historia de Sinuhé, La profecia de Neferti, Las enseñanzas de Amenemhat, Las enseñanzas de un padre a su hijo,* así como *Las enseñanzas de Kagemni*, *Las enseñanzas de Ptahhotep, Las enseñanzas para el rey Merikare* o *El campesino elocuente,* que se ambientaron en épocas pasadas, como el Reino Antiguo y el Período Heracleopolitano.

Aunque las expresiones de lealtad al rey ya eran habituales en la fraseología privada de momentos anteriores, la redacción de estas obras supuso la profundización y divulgación de esa actitud y, también, la creación de un código ético claro y bien delimitado para los súbditos del rey y, lo que resulta más admirable, para el propio monarca. Los conceptos principales sobre los que se basaban estas obras eran el buen gobierno o ejecución responsable de las tareas impuestas, la fidelidad al rey, el respeto a ciertas tradiciones y valores morales (con el faraón como principal punto de referencia) y el recuerdo de que el incumplimiento de estos aspectos podía acarrear nefastas consecuencias a quien los vulnerase, incluido el propio soberano.

Estas composiciones, que constituyen una buena parte de las obras «clásicas» de la literatura egipcia faraónica, estuvieron destinadas a un público tan reducido como decisivo a la hora de controlar el país: las élites cortesana y provincial. El impacto que tuvo su mensaje entre estas clases gobernantes parece haber sido inmediato. Desde el inicio de la XII dinastía diferentes discursos y elementos fraseológicos «leales», ya presentes en la dinastía anterior (véase la Estela Louvre C 252 antes citada), se multiplican considerablemente en las inscripciones funerarias de la élite. Textos como el ya citado de Hornakht, donde los individuos son caracterizados como líderes de su comunidad que superan dificultades y la proveen (la *Brot-Kleider-Schiff-Formel* o «fórmula del pan, vestido y barca» acuñada por Franke) sin apenas hacer mención a su rey, se fueron solapando con otros donde se mostraban a personajes con un comportamiento ético intachable que eran fieles y eficientes ante su señor (véase la biografía de Mentuhetep o la inscripción de Iikhernefret más abajo).

Los reyes de la XII dinastía no sólo buscaron la fidelidad de estas élites. Durante su reinado de cuarenta y cinco años hay algunas pruebas que señalan que Senusert I también pretendió la integración del resto de la población en el aparato del Estado involucrándolo en los proyectos estatales. La importante actividad constructiva del rey, materializada en numerosos monumentos construidos íntegramente en piedra a lo largo de todo Egipto, así como el envío de expediciones mineras con numerosos efectivos a diferentes puntos del desierto oriental, pudieron ser un instrumento muy útil para unir a la sociedad egipcia agrupando en proyectos comunes a trabajadores de muy diferentes puntos del país.

Los principales focos de estas iniciativas constructivas debieron de ser los santuarios de la antigua capital política, Tebas; los de la capital religiosa del Reino Antiguo, Heliópolis; y, por supuesto, el complejo funerario del rey en Lisht, cerca de la capital. Los textos hieráticos dejados por los trabajadores en muchos de los bloques de ese monumento muestran la diversidad de sus procedencias, que incluye tanto el Alto como el Bajo Egipto (fig. 6.3). El hecho de que sea precisamente en este lugar donde se detectan los primeros ejemplos de unas nuevas formas cerámicas que acabarían adoptándose en todo Egipto dos generaciones después, durante el reinado de Senusert II, permite pensar que las construcciones reales también sirvieron como epicentro de una difusión lenta pero eficiente por todo el país de las ideas, formas y gustos originados en la corte.

La creciente centralización del Estado, con unos nomarcas fieles designados por el rey, no debe de hacer olvidar que éstos, como se verá, continuaron siendo esenciales para la organización de paisaje agrario egipcio y para el mantenimiento de la autoridad real a lo largo de buena parte del país. Ello les confería un gran poder y seguramente también, una gran capacidad de iniciativa privada, pese a la autoridad real. Esta

circunstancia no sólo se observa a través de la magnificencia de sus monumentos funerarios, sino asimismo en el hecho de que podían gestionar en gran medida —y a su favor— los recursos de los templos locales (uno de los cargos característicos del nomarca era precisamente el de «supervisor de los sacerdotes»). Además, como ya se ha visto en la inscripción de Intef, hijo de Myt, y como se verá más adelante en la de Sarenput I en Elefantina, también podían establecer «fundaciones piadosas» con nuevos cultos sin necesidad de mandato real. Su control sobre las actividades económicas de los diferentes tipos de santuarios debió de incrementar la autoridad y propiedades de los nomarcas, pues dichas instituciones, como poseedoras de tierras y receptoras de productos, constituían importantes centros económicos en el paisaje rural egipcio, en cuya gestión y definición confluían además diferentes circunstancias y actores, entre los que se incluían tanto la autoridad local y estatal como los intereses públicos y privados.

En algunas inscripciones de estos nomarcas se aprecia que, pese a la aparente prosperidad de Egipto en esta «nueva era», la sociedad egipcia era muy vulnerable ante determinadas vicisitudes de la naturaleza, debido a una base económica esencialmente agrícola y dependiente en gran medida de los niveles de la inundación del Nilo. En un reinado tan próspero como el de Senusert I hay diferentes textos que atestiguan la presencia de carestías puntuales. Estas menciones, lejos de ser sólo un *topos,* recuerdan que, como sucediera en épocas mucho más cercanas, la supervivencia de la población egipcia dependió en gran medida de la dadivosidad del río y, también y sobre todo, de la capacidad del Estado para responder ante tales episodios[11]. En tales circunstancias, tan excepcionales como graves, los nomarcas parecen haber desempeñado un papel vital en la distribución de los recursos provinciales, como se observa en la biografía de Ameny, el gobernador de la provincia de Hermópolis:

> «Acontecieron años de hambre. Entonces yo aré todos los campos de la provincia de Hermópolis hasta sus límites meridional y septentrional. Hice vivir a sus sujetos e hice su aprovisionamiento y no hubo hambre en ella. Proveí indistintamente a la viuda y a la mujer casada y no hice distinción entre el rico [lit. "grande"] y el pobre [lit., "pequeño" en todo lo que yo entregué. Entonces vinieron grandes inundaciones, ricas en cebada y farro y ricas en cada cosa y no exigí el pago de los atrasos de los impuestos agrícolas» (*Biografía de Ameny, Beni Hasan*)[12].

Otro buen ejemplo de estos problemas es la estela del nomarca Mentuhetep, un documento ejemplar del «espíritu» de esta nueva época al mostrar sus luces, representadas por la ingente cantidad de epítetos relacionados con las virtudes y la lealtad de este noble hacia su rey, y también, aunque sea de forma muy peculiar, algunas de sus sombras:

«Yo era de paso firme y era obediente; uno a quien la Majestad de mi señor dio su amor. Era un grande en la cámara secreta [= los apartamentos íntimos] del rey, un hombre paciente, libre de perfidia; alguien que no es arrogante ante el poderoso; el amor hacia mí está en el pecho de los compañeros, de los grandes del palacio y de quien aparece allí [= el rey]; que tiene acceso a su señor cuando los dignatarios están detrás de él; y ante quien los guardianes del patio [del palacio] se inclinan hasta que alcanzo el lugar donde está Su Majestad. Cuando salgo allí mi corazón se honra y los elogios sobre mi están ante todos. Su Majestad hizo esto para su servidor, tanto que le fui fiel; él me puso como quien colma su corazón en Armant, que está a la cabeza de sus provincias. El sabio y el ignorante me aman y cada uno ruega al dios y pide para que yo permanezca sobre la tierra. Su Majestad me ha recompensado tanto, más que a los otros que están en esta ciudad. Soy uno que ha criado a cada niño, que ha enterrado a cada anciano y a cada desgraciado, que ha ofrecido pan al hambriento y vestido al desnudo. Soy el hijo de Nepri y el marido de Tayt, para el que Sekhat-Hor ha hecho existir al ganado[13]; el señor de cada riqueza consistente en cada piedra preciosa de la morada de Khnum, el creador de los hombres. He aquí que llegó una mala inundación en el año 25 pero no dejé que mi provincia pasara hambre. Le ofrecí grano del Alto Egipto y farro. No permití que hubiera miseria en ella hasta que llegó una gran inundación. Alimenté a los niños ofreciendo ungüento a las viudas y ningún hombre humilde sufrió a mi alrededor» (*Estela de Mentuhetep*)[14].

Los logros políticos y administrativos de Senusert I tampoco han de eclipsar otro importante aspecto: pese a una mayor presencia del poder real, el día a día de los ricos potentados debió de seguir siendo similar al de períodos precedentes, al igual que la vida cotidiana, mucho más precaria, de las clases menos favorecidas. Los únicos cambios sociales durante este período parecen haberse dado en las llamadas «clases medias» o «medias-bajas» (sobre este grupo véase más abajo) cuya prosperidad fue incrementándose continuamente desde el final del Reino Antiguo. Durante el Reino Medio los enterramientos de estos sectores muestran tumbas y ajuares bastante ricos y elaborados, que contrastan con las tumbas de las clases más bajas (para la pobreza de éstas véase la fig. 6.5). Los equipamientos funerarios de ese grupo intermedio, que incluyen con frecuencia *exotica* procedente del extranjero o de los desiertos próximos a Egipto, atestiguan unas redes de distribución y de venta muy extensas cuya existencia ha de explicarse aceptando la presencia de mercados e intercambios de índole privada paralelos a aquellos de redistribución estatal probablemente más austeros.

Los «Papiros de Heqanakht», un archivo de cartas descubierto en una tumba de Tebas que se data al inicio del reinado de Senusert I, muestran con realismo las principales aspiraciones de los miembros más privilegiados de la sociedad egipcia al inicio del Reino Medio (y que, como también se ve en la Estela de Hornakht, pueden hacerse extensibles a

otros períodos de la historia faraónica): la búsqueda, no siempre con éxito, de una gestión eficiente de su hacienda y del bienestar de su entorno doméstico. Heqanakht, el autor de la mayor parte de la correspondencia, era un sacerdote funerario ligado a una fundación piadosa dedicada al culto de la estatua de un alto oficial, quizás el visir Ipi, en Tebas. El remitente era, por tanto, un personaje secundario dentro de la Administración, que pertenecía al ámbito doméstico de un personaje muy poderoso: el visir. Dentro de ese microcosmos económico, Heqanakht estaba a su vez a cargo, desde la distancia, de otro aún más reducido formado por un grupo de unas veinte personas entre familiares y sirvientes que vivían cerca de Perhaa, una localidad desconocida probablemente cercana a El Fayum o a Menfis.

En los siguientes pasajes de una de sus misivas, quizás escrita en respuesta a una petición de comida por parte de su familia, se puede entrever que, en ocasiones, los problemas de subsistencia antes citados podían exacerbarse hasta convertirse en tragedias:

> «Mirad, vosotros sois de los que coméis más que quien se harta habiendo estado famélico hasta el blanco de sus ojos. Mirad, todo el país está muerto pero vosotros no habéis pasado hambre. Mirad, antes de que haya llegado allí navegando río arriba os he despachado vuestras provisiones [o paga] hasta lo adecuado/perfecto. ¿Acaso hay una gran inundación? Mirad, hemos despachado nuestras provisiones de acuerdo al nivel de la inundación que todo el mundo sufre/soporta. Mirad, he logrado manteneros vivos hasta ahora» (*Papiros de Heqanakht. Carta II, verso, cols. 3-5a)*[15].

> «Por si estáis enojados por esto [= el recorte de provisiones], mirad, toda la gente de mi casa es como si fueran mis hijos. Cada cosa es mía porque se dice que es mejor estar medio vivo que estar muerto completamente. Mirad, que se diga "hambre" para referirse al "hambre" de verdad. Mirad, aquí se ha comenzado a comer personas. Mirad, en ninguna otra parte se han dado este número de provisiones. Tenéis que guiaros con un corazón fuerte hasta que yo regrese con vosotros. Mirad, yo pasaré la estación de *shemu* allí» (*Papiros de Heqanakht. Carta II, verso, cols. 24-29*)[16].

Es curioso constatar que en estas cartas, así como en otras similares y en documentos jurídicos y administrativos de todo el Reino Medio, el nombre del rey apenas se cita, en contraste con su frecuente presencia en estelas o lápidas funerarias. Tal ausencia es llamativa, sobre todo si se tiene en cuenta que la mayoría de los documentos que se conocen proceden o bien de centros administrativos importantes como Tebas o Lahun, o bien estaban dirigidos, como es el caso de la correspondencia de Heqanakht, a un lugar cercano a la residencia real. Tal omisión vuelve

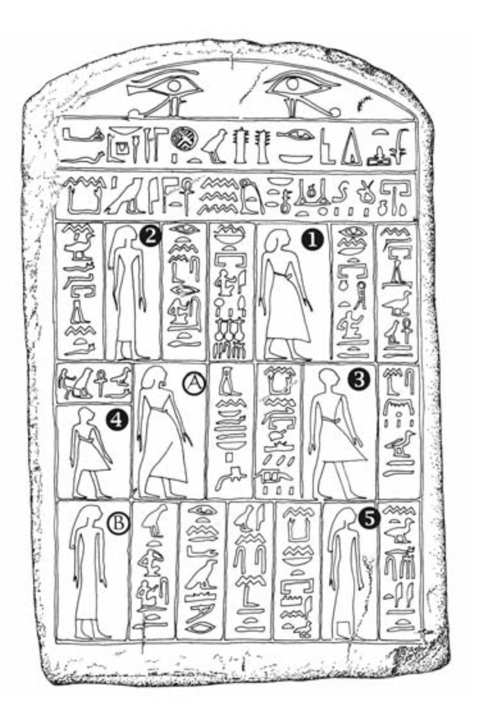
a sugerir que, en el ámbito de lo cotidiano, a la sombra de un Estado todopoderoso y omnipresente existía un paisaje sociopolítico y económico de relativa independencia, en el cual la población gozaba de cierto margen de maniobra, cuyos límites, sin embargo, no se pueden precisar.

Dentro del complejo panorama social egipcio, donde confluían instituciones y entidades de muy diferente naturaleza, poder y tamaño, el núcleo familiar, es decir, el ámbito doméstico formado por un grupo familiar extenso y por las gentes que trabajaban con o para él, constituía la columna vertebral de la sociedad egipcia. Su importancia, bien ejemplificada en las cartas de Heqanakht, se aprecia en muchos otros textos, representaciones artísticas e, incluso, en la propia estructuración de los monumentos funerarios, concebidos con frecuencia como panteones (fig. 6.5). Sin embargo, su trascendencia, quizás por obvia, quizás por olvidada, apenas se recalca en los trabajos de historia de Egipto. En una estela del inicio de la XII dinastía, un personaje llamado Mentuhetep subrayó indirectamente el valor de esta institución al mencionar que consiguió prosperar en su ciudad por méritos propios, pese a ser huérfano y a no tener ningún respaldo de una familia o del poder real (aquí, en un ámbito estrictamente local, la figura del rey está completamente ausente, tal y como sucede en la estela más antigua de Hornakht):

> «Soy uno cuyos propios consejos le servían como una madre en casa, como un padre desempeñando su trabajo, como un hijo de buen carácter; uno cuya naturaleza le educaba como a un muchacho crecido junto a su padre. Pese a que caí huérfano llegué a adquirir ganado vacuno e hice un hato (?). Hice desarrollar mi negocio de cabras. Construí una casa y excavé una parcela/estanque. Así dice el sacerdote Mentuhetep» (*Estela de Mentuhetep*)[17].

Mentuhetep además se hizo representar en esa estela en compañía de una familia ideal, que incluía a su esposa, a sus padres difuntos, a sus hermanas, a sus hijos y a sus sirvientes, lo cual resalta el valor que daba a su gente. Dicho ejemplo, al igual que las cartas de Heqanakht (o la fig. 6.4), demuestra que en torno a los núcleos familiares, especialmente los que gozaron de mayores recursos e influencia, orbitaban numerosas personas que estaban sujetas a aquéllos por clientelas que hacían aún más enrevesada la compleja trama de autoridades e intereses que amalgamaban la sociedad egipcia desde la alquería rural más modesta hasta la corte.

El peso de la familia y de las redes de clientelismo, entre otros factores, hacían de la sociedad egipcia del Reino Medio una entidad predominantemente inmovilista. Pese a ello, la promoción social existió, sobre todo en lo que respecta a los cargos más elevados del Estado donde, en cualquier caso, hay ejemplos de parientes sucediendo a familiares en cargos como el de visir. En una esfera más modesta, el caso anterior de



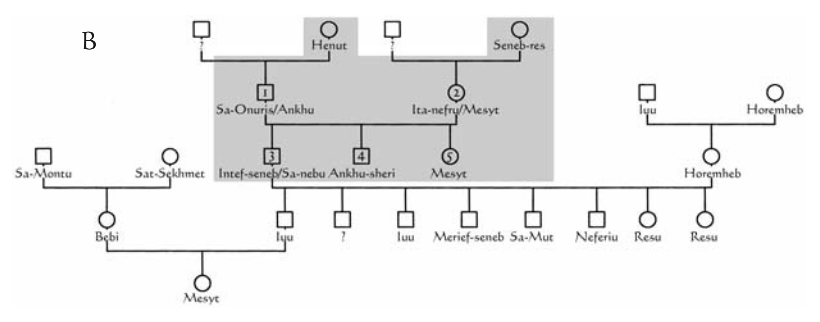




Figura 6.4. A) Una familia egipcia de Elefantina según la Estela Hermitage 1065. Este monumento es característico del «estilo Elefantina» creado probablemente por un taller local entre el final de la XII dinastía y el inicio de la XIII dinastía. La estela muestra a cinco miembros de una misma familia (1-5) junto a otros dos personajes (A-B) cuya relación con ellos no está precisada; B) El árbol genealógico ofrece una reconstrucción de dicha familia a través de la información contenida en esta estela (las personas citadas en ella aparecen en sombreado), así como por la Estela Kyoto University Inv. núm. 36 y por otra procedente de las excavaciones egipcia y alemana en Elefantina. Dada la ambigüedad de los términos de parentesco egipcios y la parquedad de las fuentes, hay que tomar este esquema sólo como uno entre los varios posibles. Los cuadrados indican los hombres y los círculos las mujeres (los números en el interior señalan las personas marcadas en B).

Mentuhetep *el huérfano* podría ser otro buen ejemplo, al igual que el ascenso de ciertos personajes extranjeros en el organigrama administrativo faraónico. Así, la promoción profesional, que solía pasar de padre a hijo, podía mejorarse (o empeorarse) a través de la valía personal o —así lo certifican algunos documentos— a través de la compra de cargos y funciones.

Pese a que la numerosa documentación que se posee de este período deja constancia, entre otros aspectos, de la presencia de diferentes clases sociales, de ejemplos de ascenso social o de clientela, resulta imposible perfilar con claridad y al detalle la estructura de la sociedad faraónica. La terminología egipcia es demasiado genérica y opaca como para establecer con rigor límites entre los diferentes grupos sociales. Éstos, en cualquier caso, debieron de estar formados según un esquema tripartito tan genérico como aparentemente obvio, consistente en clases «bajas», clases «medias» y «élites». Por supuesto, el uso del plural y de las comillas para designar cada escalón es intencionado, porque la delimitación de cada uno de ellos es imprecisa y porque cada grupo debió de estar formado por muchas subdivisiones que actualmente no pueden definirse.

Entre estos grupos, el más difícil de precisar es el de las ya citadas clases «medias» o «medias-bajas», pues su delimitación depende de qué entiende cada egiptólogo por «bajo», «alto» o «medio». Un reciente estudio llevado a cabo por Janet Richards ha precisado la presencia de ese grupo intermedio a través del análisis de la riqueza de los ajuares funerarios y de la complejidad estructural de las tumbas de diferentes necrópolis de este período. Aunque tal análisis no permite precisar aspectos tan básicos como la significación social o el papel político y económico del grupo, seguramente muy variado, es posible advertir a través de sus monumentos y ajuares funerarios que su relativa prosperidad debió de radicar tanto en la solidaridad familiar como en una serie de iniciativas y prácticas económicas privadas, que están bien ejemplificadas en las inscripciones de Hornakht y, sobre todo, de Mentuhetep *el Huérfano*.

La imposibilidad de reconstruir con certeza los criterios de diferenciación y estructuración sociales en Egipto también se hace patente en otros muchos aspectos, con frecuencia claves, de la investigación egiptológica. Es el caso, por ejemplo, del estudio de los títulos administrativos. Su interpretación, que en teoría nos daría la clave para conocer mejor el esquema de la Administración y de la sociedad egipcias, está llena de obstáculos debido a motivos tan variados como que las fuentes no precisan con claridad las responsabilidades de cada cargo; que frecuentemente es difícil discernir entre un cargo y un epíteto; que la documentación es muy parcial e incompleta; o que entre esos títulos y los egiptólogos hay una profunda brecha semántica en la que cargos que a los historiadores les «suenan» como más influyentes pueden haber tenido, en realidad, mucha menos relevancia que otros de apariencia más modesta.

La problemática definición de un fenómeno como el esclavismo o la valoración del papel de la mujer son otros ejemplos de dicha dificultad para categorizar y aproximarse a la sociedad egipcia. Respecto al último aspecto, un análisis reciente de las imágenes de individuos en las tumbas de los nobles (varones) del Reino Medio en Beni Hasan ha mostrado que por cada mujer representada aparecen 13,2 hombres. Tan escasa representatividad, que también se aprecia en muchos otros documentos creados por y para una élite masculina (véase como muestra nuestra fig. 6.4), ilustra claramente el carácter sexista de la sociedad egipcia y de los obstáculos que el egiptólogo encuentra en la documentación escrita e iconográfica egipcia a la hora de realizar estudios de sexo. A excepción de su importante papel en las tejedurías de lino, una actividad económica de gran importancia, los documentos suelen limitar a la mujer a su papel de madre, esposa, hija o sirvienta, ocultando el importante papel socioeconómico, y posiblemente cultural, de la mujer en la sociedad egipcia (una buena prueba de ello es el hecho de que los egipcios consideraron como principal elemento de filiación a la madre frente al padre).

Hay, no obstante, algunas excepciones que evidencian el acceso de las mujeres a cargos de cierta importancia en la Administración o su capacidad para poseer propiedades. El estudio de las distintas improntas administrativas halladas en la fundación creada por Senusert III en Abydos y su distribución por diferentes lugares muestra, por ejemplo, que durante la XIII dinastía una tal Reniseneb pudo poseer y dirigir espacios domésticos dentro de uno de los edificios más importantes de la ciudad. No obstante, este caso, como otros similares, ha de verse como la excepción que confirma la regla. El alto estatus de Reniseneb se entiende al comprobar que ostentaba el título de «hija del rey», que sin duda la situaba dentro de la élite. En general, la mujer, pese a desempeñar un papel vital en la sociedad egipcia y gozar de cierta protección legal, debió de encontrarse en una situación de gran desigualdad y precariedad frente al hombre, tal y como se observa en tantas otras sociedades pasadas y actuales. Para darse cuenta de ello basta ver su llamativa ausencia de los textos incluidos en este capítulo o leer (véase más abajo) las disposiciones dejadas por cierto Wah en su testamento para proteger las propiedades de su futura viuda.

## El Estado en su madurez: desde Amenemhat II hasta Amemenhat III

Los cambios culturales, políticos y socioeconómicos inaugurados por Amenemhat I y Senusert I fueron consolidándose, con transformaciones y adiciones, bajo sus sucesores. Así, durante los reinados de Amenemhat II y de Senusert II, quizás los peor conocidos de esta dinastía desde el punto de vista político o fáctico, se observan importantes indicios

sobre la finalización de diferentes iniciativas políticas, sociales y culturales comenzadas al inicio de la dinastía.

El primer reinado nos ha dejado uno de los documentos más importantes de este período para conocer las actividades de la corte: los llamados anales de Amenemhat II, hallados en Menfis. Esta inscripción, conocida exclusivamente a través de dos bloques de granito que formaban parte de un documento mucho mayor, es una especie de diario de palacio que describe diferentes iniciativas de la corona durante un lapso de tiempo de menos de dos años de ese reinado. Dejando a un lado diferentes acciones en el exterior, este documento registra un gran número de noticias, entre las que incluyen diferentes disposiciones para el culto de Senusert I, de Amenemhat I y de varios nobles; donaciones de ofrendas para ciertas festividades y cultos divinos en el Delta, en Tebas y en el Medio Egipto; una dotación para el complejo funerario del rey; un episodio de cacería y pesca en El Fayum; recompensas a una expedición militar; y la realización de ofrendas a Hapi, el dios de la inundación. En conjunto, este documento, al mencionar la distribución o empleo ordinario de diferentes recursos, en algunos casos de origen foráneo o de alto valor económico, o ambas cosas, retrata una corte próspera y dinámica tanto dentro como fuera del país.

La mayoría de los investigadores han asumido sin demasiadas reticencias que durante el reinado de su sucesor, breve y mal conocido, tuvo lugar una de las grandes iniciativas económicas que se atribuyen a este período: el comienzo de la explotación agrícola de la depresión de El Fayum. Para ello se basan en la construcción del complejo funerario de este faraón, acompañado de un asentamiento, en Lahun, justo en la entrada de esa región. A día de hoy, sin embargo, no hay evidencias sólidas que sostengan tal suposición, por fundada que parezca. Por un lado, los restos del gran dique que, desde esa localidad hasta Gurob, protegen a la depresión de la inundación del Nilo aún no han sido estudiados debidamente y su datación está por determinar, pudiendo ser posteriores. Por otro, como ha indicado Ulrich Luft, la documentación de este período apenas se refiere a la gestión y construcción de canales o presas.

La suma de evidencias no permite saber con certeza si dicho oasis fue durante ese período un área de producción agrícola mediante la creación de un sistema hidráulico sofisticado de diques y presas; si fue un espacio silvestre vinculado casi en exclusiva a actividades cinegéticas; o si fue ambas cosas a la vez. Si bien es cierto que en el lugar se desarrollaron numerosos proyectos constructivos, sobre todo templos, es posible que se haya sobrevalorado su importancia económica, que no estratégica o religiosa, durante los últimos reinados de la dinastía. Pese a su proximidad, los papiros hallados en la propia Lahun, contemporáneos en gran medida a la edificación de esos monumentos, apenas se refieren a esta región o a las actividades que pudieron realizarse allí. Su existencia sólo

se detecta a través de la mención, habitual, de algunas de sus divinidades locales, como el dios cocodrilo Sobek.

Por otro lado, el reinado de Senusert II parece haber sido, junto con el de su sucesor Senusert III, un momento de inflexión en el desarrollo sociocultural egipcio del Reino Medio. Entorno a ese momento se culminaron o iniciaron una serie de importantes cambios, que acabarían perfilando la sociedad egipcia de esta época y, también, la de una parte del Egipto del Segundo Período Intermedio. Uno de los más visibles se dio en la titulatura real y consistió en el empleo por primera vez de apelativos diferentes para los nombres de Horus («quien guía a las Dos Tierras») y de las Dos Señoras («quien hace aparecer la *maat*»), hasta ese momento iguales. Debido al carácter programático de las titulaturas reales, esta medida, a partir de entonces habitual, debió de ser de gran importancia en la ideología real, aunque se desconocen los más que improbables efectos prácticos que pudo acarrear. Lo mismo puede decirse de las innovaciones arquitectónicas de su complejo funerario en Lahun, con una planta nueva alejada de las tradiciones constructivas del Reino Antiguo y unas cámaras funerarias subterráneas dentro de la pirámide que debían de reflejar las ideas egipcias de cómo debía de ser el sepulcro de Osiris, divinidad cuyo culto en Abydos conoció, como se verá, un gran auge durante esta dinastía.

Las transformaciones más importantes se dieron, sobre todo, en diferentes aspectos culturales asociados a aspectos de la vida y de la muerte de la población egipcia. Como ya se ha dicho más arriba, en el caso del mundo de los vivos un cambio muy interesante fue la generalización por todo Egipto de determinadas formas cerámicas originadas en la capital. En el ámbito funerario, mejor conocido para los investigadores gracias a la excavación de numerosas necrópolis, hubo muchas novedades. A partir de ese momento, la orientación de los muertos cambió y la decoración de los ataúdes evolucionó, incorporando motivos de fachada de palacio o suprimiendo la decoración interior. También aparecieron los ataúdes antropomorfos y ciertas figurillas de función mágica (los *ushebtis*), al tiempo que desaparecían los modelos o maquetas funerarios. Probablemente estos cambios no se debieron a órdenes o imposiciones reales, sino a un proceso de emulación cuyo origen debió de estar en las prácticas de los miembros de la corte y de la Administración central, transmitiéndose desde allí al ámbito provincial y, por último, al resto de la población que podía permitirse un enterramiento relativamente suntuoso.

Por supuesto, estos cambios conocieron numerosos matices. Muchos de los elementos antes descritos pervivieron o se manifestaron con anterioridad aunque, por lo general, tales casos son una excepción. Como sucedió en la ya citada configuración del repertorio de *Los textos de los ataúdes* de cada féretro, los cambios culturales conocieron numerosas variables, dependientes del carácter conservador del individuo enterrado (o de su familia), de sus recursos económicos y de las idiosincrasias locales o

regionales en las que vivió. De este modo, como ya se ha visto, los egipcios manifestaron, consciente o forzosamente, su posición social y sus creencias a través de una gama muy heterogénea de recursos. Mientras que la mayoría, humilde, debió de enterrarse en tumbas muy modestas, las gentes con más medios pudieron optar bien por tumbas de cierta complejidad arquitectónica pero con ajuares pobres, bien por otras mucho más sencillas pero con un equipamiento más rico. Entre ambas tendencias, por supuesto, cabían muchas posibilidades que, condicionadas por otras circunstancias, dieron lugar, por ejemplo, a la reutilización o usurpación de sepulcros y ajuares más antiguos o a enterramientos grupales. Además, por encima de todo este repertorio de posibilidades estaba el fenómeno del robo de tumbas, que con frecuencia debió de condicionar la localización y tipología de las inhumaciones, además de suponer una actividad económica nada desdeñable.

A Senusert II le sucedió Senusert III, el «divino en creación» según su nombre de Horus. Su reinado, probablemente de diecinueve años de duración, parece haber sido, junto con aquel de Senusert I, el más innovador y dinámico de la dinastía. Durante este período, además de una intensa actividad militar en el exterior, se llevó a cabo un gran número de proyectos constructivos a todo lo largo de un país próspero, culminándose importantes medidas político-administrativas que pudieron haberse iniciado en reinados anteriores.

La más importante fue, sin duda, el establecimiento de una nueva realidad administrativa, con nuevas responsabilidades y cargos burocráticos, que convirtió al Estado en un organismo más centralizado, cuya estructura, bien configurada a partir de este reinado, se mantendría con pocos cambios hasta prácticamente el inicio del Reino Nuevo. El Estado, dirigido por un único visir y un único «supervisor del tesoro», quedaba dividido con estas reformas en dos administraciones diferentes: aquella que dirigida desde Itji-Tawy gobernaba el Delta y el Medio Egipto, y «el distrito de la cabeza del sur» que, desde Tebas, se encargaba de la gestión del sur de Egipto desde Akhmin hasta Elefantina, incluyendo, tal vez, los dominios de la Baja Nubia.

Otra medida de gran peso fue la denominada «supresión» del cargo de nomarca, que supuso la culminación del largo proceso de centralización de las provincias puesto en marcha al inicio de la dinastía. Bajo Senusert III se percibe la desaparición total de algunos de los títulos más representativos de los gobernadores locales y, también, de la mayoría de los linajes que éstos habían establecido a lo largo de la XII dinastía. Tradicionalmente, los egiptólogos han considerado que la «supresión» se debió a la negativa de ese rey a asignar herederos para los gobernadores locales fallecidos durante su reinado. Esa interpretación, sin embargo, parece demasiado simplista. Como Franke ha indicado de forma convincente, el final de estos líderes locales debió de ser el resultado de

un proceso más complejo, gradual e iniciado con anterioridad, consistente en su absorción progresiva dentro de la corte y de la Administración central.

Los logros de esta iniciativa, por otro lado, fueron parciales. Pese a la importante reducción de nomarcas bajo Senusert III, hay evidencias que muestran que la eliminación de dichos líderes contempló (e incluso pudo favorecer) algunas excepciones notables. Su pervivencia en Elefantina hasta bien entrada la XIII dinastía es un claro ejemplo de que dicho faraón no logró —si es que lo intentó— erradicar por completo ni el cargo ni la realidad de tipo socio-económico que estos individuos personificaban en determinados lugares. Precisamente bajo Senusert III, cuando el poder de los nomarcas debería de haber sido más débil, se observan algunos de los ejemplos más llamativos y espectaculares de sus recursos y autoridad. Es el caso de la famosa escena del traslado de un coloso en la tumba de Djehutyhetep en el-Bersheh. Según esta representación y sus epígrafes, dicho gobernador erigió una estatua en alabastro de sí mismo de 13 codos (unos 6,5 metros) de altura, cuyo peso se ha calculado en unas 80 toneladas. Ejemplos similares son las tumbas de otros jefes locales de este período en El Fayum (Kom el-Khelua) o, sobre todo, en Qaw el-Kebir, donde el nomarca Wahka II edificó uno de los monumentos funerarios privados de mayor tamaño y con una decoración más esmerada de toda la dinastía (fig. 6.5).

Las iniciativas administrativas y políticas para crear un Estado más centralizado estuvieron acompañadas por otras de índole cultural que continuaron, con ligeras modificaciones, aquellas emprendidas al inicio de la dinastía. Entre las mismas destacan la profunda homogeneización de la cultura material por todo el país y, también, como ya se ha indicado, la redacción a lo largo de todo este período de diferentes composiciones que promovían la lealtad de las élites para con el faraón y el respeto a sus leyes. Estas nociones conocieron, a partir de los reinados de Senusert III y de su sucesor Amenemhat III, un significativo cambio. Las representaciones artísticas idealizadas de los primeros reyes de la dinastía dieron paso a unos retratos más realistas, donde los monarcas aparecían en la estatuaria con bocas serias, profundas ojeras y orejas de gran tamaño. Estos rasgos, imitados también por algunos personajes privados, fueron empleados, según Tefnin, como símbolos que mostraban un nuevo aspecto de los gobernantes, el de soberano atento y vigilante ante y para sus súbditos que se describe en una serie de himnos dedicados a Senusert III escritos sobre un papiro procedente de Lahun. En uno de ellos se lee:

> «Él [= el rey] ha venido a nosotros, ha tomado el Alto Egipto y las dos poderosas [la corona roja y la corona blanca] se han unido sobre su cabeza.

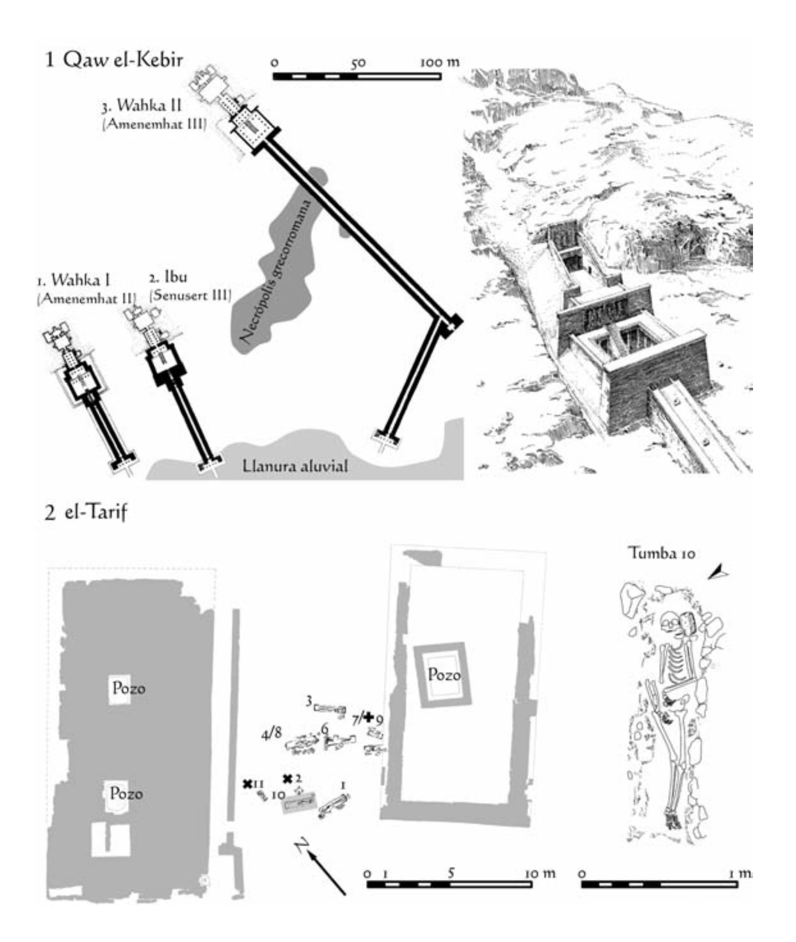



Figura 6.5. Los ricos y los pobres. Las siguientes necrópolis, pese a su distancia temporal y espacial, son un buen reflejo de la heterogeneidad económica y cultural de la sociedad egipcia. 1) Plano de los monumentos funerarios de los nomarcas de la provincia X del Alto Egipto en Qaw el-Kebir donde, a través de la monumentalidad y la imitación de los complejos mortuorios reales, se observa la gran riqueza y poder conseguidos por estos personajes en la segunda mitad de la XII dinastía. El dibujo muestra la reconstrucción hipotética de la parte superior del complejo mortuorio de Wahka II (según Steckeweh, 1936); 2) Planta de una pequeña necrópolis en el-Tarif (Tebas) al inicio de la dinastía XI (momento previo a la unificación). Este cementerio, de gente modesta, se realizó aprovechando los escombros y sedimentos depositados entre dos mastabas del inicio del Reino Antiguo (las tumbas de los niños están marcadas con aspas mientras que la de un perro está marcada con una cruz). En general las tumbas estaban formadas por inhumaciones dentro de ataúdes muy modestos pintados con colores planos casi totalmente destruidos que estaban acompañados por alguna cerámica. El dibujo de la derecha muestra la tumba 10, en la que el difunto descansaba su cabeza sobre un adobe.

> Él ha venido, ha unido las Dos Tierras y ha juntado la realeza-*nisut* con la realeza-*bity*.
> Él ha venido, ha gobernado a los egipcios y ha puesto la tierra roja a su cargo.
> Él ha venido, he aquí que ha protegido las Dos Tierras y ha acallado a las dos orillas.
> Él ha venido, ha hecho vivir a los egipcios y ha alejado a sus vecinos.
> Él ha venido, ha hecho vivir a los nobles-*pat* y ha hecho respirar las gargantas de la gente-*rekhit*[18].
> Él ha venido, ha pisoteado las tierras extranjeras y ha golpeado a los extranjeros-*iuntiu* y a los asiáticos-*aamu* que ignoran el terror que él inspira.
> Él ha venido, ha [...] sus fronteras y ha salvado a quien ha sido asaltado.
> Él ha venido, [...] sus brazos al venerado porque nos ha traído su brazo/espada.
> Él ha venido, [...] nuestros hijos y que enterremos a nuestros ancianos» (*Papiro University College de Londres 32157, III 1-10*)[19].

Estos himnos, como otros documentos del momento, ofrecen una imagen de la realeza que, aunque sujeta al poder de los dioses, no muestra hacia ellos una dependencia tan evidente como la que se observa en los textos del Reino Nuevo, donde cada logro real es el resultado de la inspiración o de la ayuda de la divinidad, o de ambas cosas a la vez, especialmente de Amón.

Por otro lado, es curioso que a lo largo de todo este período, pero sobre todo en esta parte final de la XII dinastía, los nobles copiasen numerosas expresiones y epítetos reales en sus textos (como es el caso, entre otros muchos, de «quien pisotea las tierras extranjeras» citado en el himno precedente). La adopción de esta fraseología de los faraones, que en algunas ocasiones supuso la sorprendente apropiación de atributos reales, ha de verse como una consecuencia de la medida iniciada por Senusert I de crear una élite fiel que en lo cultural dependía de la realeza. En algunos casos, al desconocer los límites que la emulación a la figura real no debía traspasar, este grupo llegó a asimilar mal la forma de manifestar su fidelidad, tal y como se observa en ciertas representaciones donde los nobles aparecen detentando atributos reales.

La imagen de Senusert III mostrada en sus retratos e himnos puede complementarse con el decreto que emitió con el fin de mantener el culto funerario de Mentuhetep II en su templo mortuorio de Deir el-Bahari. Tal acción, además de ser otra muestra del respeto a los ancestros, pudo obedecer al deseo de Senusert de mostrarse a sí mismo como un nuevo Mentuhetep o, en otras palabras, como un nuevo unificador tal y como también se observa en el himno de Lahun. Ese decreto, que ilustra la creciente prosperidad del templo de Amón en Karnak, dice:

> «Decreto real para el sacerdote de Amón y para los sacerdotes horarios de Amón en Karnak, y para los sacerdotes lectores, los sacerdotes-*wab*, los que están a cargo de las ofrendas y los sacerdotes horarios del Rey Dual Nebhepetre, justificado, en el valle de Nebhepetre [= el templo mortuorio del rey]. Mi Majestad ha decretado que se establezcan ofrendas divinas para el rey Nebhepetre, justificado, consistentes en 50 panes, 50 panes-*pat* y cerveza como preparación de sus ofrendas divinas como dádivas cotidianas de cada día, y que se disponga que se traigan para él ofrendas divinas como dádivas del templo de Amón consistente en los 10 panes y dos medidas-*seta* de cerveza como dádivas adicionales cotidianas de cada día que estaban establecidas tiempo atrás y que se disponga que se traigan para él asados de carne cuando se mate a un buey en el templo de Amón, señor de los tronos de las Dos Tierras que preside Karnak. Mi Majestad actuó porque deseaba hacer perdurar las ofrendas para su [= mi] padre Nebhepetre, justificado» (*Estela de Senusert III en Deir el Bahari*)[20].

Las disposiciones establecidas por el rey en honor a su antepasado usando los recursos del templo de Amón permiten ver la tan obvia como estrecha conexión de los faraones con el culto oficial de los dioses y el importante papel de aquéllos como gestores y promotores de tales centros. Junto a otras muchas evidencias arqueológicas y epigráficas, los anales de Amenemhat II o el Papiro Bulaq 18 (como se verá más adelante) muestran la constante preocupación de los reyes del Reino Medio para construir y mejorar los santuarios divinos (fig. 6.2.A-B) y también para proveerlos de bienes, tierras y personal, a veces usando recursos de otras capillas.

Esas prácticas oficiales no alcanzaron por igual a todos los focos de religiosidad popular. De hecho, es probable que parte de ellos quedara en gran medida al margen de la piedad real por su menor relevancia o lejanía. En los próximos párrafos se expondrán dos ejemplos que permiten observar cómo los cultos oficiales y privados no siempre fueron de la mano. Así, los misterios de Osiris en Abydos son una muestra de la coincidencia del interés religioso del rey y de la población. En cambio, el culto a varios potentados locales en Elefantina y Edfú es una prueba de cómo la iniciativa privada suplió sin problemas la falta del respaldo de la corona en determinadas prácticas religiosas.

Conocidas desde al menos el Reino Antiguo, las procesiones y ritos celebrados en Abydos en honor de la divinidad local Osiris-*Khenty Imentyu* («quien preside a los occidentales»), adquirieron una creciente importancia durante el Reino Medio. En un momento impreciso de este período o incluso antes (las evidencias arqueológicas no ofrecen indicios claros al respecto), se identificó la tumba del faraón Djer de la I dinastía con la mismísima tumba de Osiris. Tal hallazgo y el apoyo de la realeza a este culto debieron de constituir el espaldarazo definitivo para que este dios, cada

vez más popular por su relación con el renacimiento y regeneración del difunto, alcanzara trascendencia nacional, terminando por hacer que los egipcios (y en especial su élite) peregrinaran al lugar y dejaran allí exvotos, construyeran tumbas o erigieran «cenotafios» y estelas con los que conmemorar y perpetuar en el tiempo su participación simbólica en los misterios del dios. Por ello, para los egiptólogos Abydos es un escaparate ejemplar para conocer el uso que hicieron de sus recursos diferentes sectores de la población, a la hora tanto de enterrarse como de rendir culto a dicha divinidad (fig. 6.6). A excepción del área de la necrópolis real tinita, la mayor parte de los alrededores de la ciudad se llenaron de un sinfín de capillas y sepulcros. Tanto fue así, que al inicio de la XIII dinastía hubo de acotarse la zona de procesiones con una serie de estelas que recogían sanciones muy duras contra quienes construyesen sus monumentos dentro del espacio dedicado a las celebraciones.

Entre las numerosas inscripciones halladas en dicha localidad, la estela de un funcionario llamado Iikhernefret deja claro que los festejos de Osiris, quizás de carácter «popular», fueron potenciados y enriquecidos por la corona. En ella se reproduce una orden de Senusert III a este noble para enriquecer las ceremonias religiosas y, seguidamente, la descripción por parte de éste de cómo llegó a cumplir de forma eficaz los deseos de su señor:

> «Orden real para [...] Iikhernefret, poseedor de veneración. Mi Majestad ha ordenado que navegues río arriba, hacia Abydos, para hacer un monumento para mi padre Osiris, que preside a los occidentales, para hacer excelente su imagen secreta con el electro y el oro que él permitió que Mi Majestad trajese desde Nubia como una victoria declarada justa. He aquí que harás esto de forma acertada para hacer lo adecuado para mi padre Osiris puesto que Mi Majestad te envía seguro de que harás cada cosa para colmar el deseo de Mi Majestad [...]. Ahora Mi Majestad te ha enviado a hacer esto. Mi Majestad sabe que no hay nadie que pueda hacer todo esto excepto tú. Ve pues y vuelve cuando hayas actuado de acuerdo a todo lo que Mi Majestad ha ordenado.
>
> Actué de acuerdo a todo lo que Su Majestad había ordenado haciendo excelente las ordenes de mi señor para su padre Osiris, que preside a los occidentales, el señor de Abydos, el gran jefe que está en el nomo tinita. Actué como su hijo amado para Osiris, que preside los occidentales. Hice excelente su gran barca de eternidad y de perpetuidad. Hice para él un palanquín llamado "portador de la belleza de quien preside los occidentales" en oro, plata, lapislázuli, madera-*sesendjem* y madera de cedro. Los dioses [= sus imágenes] que están en su séquito fueron modelados y sus capillas fueron construidas de nuevo [...] Dirigí el trabajo en la barca-*neshmet*. Creé su cabina. Decoré el pecho del señor de Abydos [= Osiris] con lapislázuli y turquesa, con electro y cada piedra preciosa como ornamentos de las extremidades del dios. Vestí al dios con sus coronas bajo mi responsabilidad de "encargado de los secretos", en mi tarea de sacerdote "estolista",

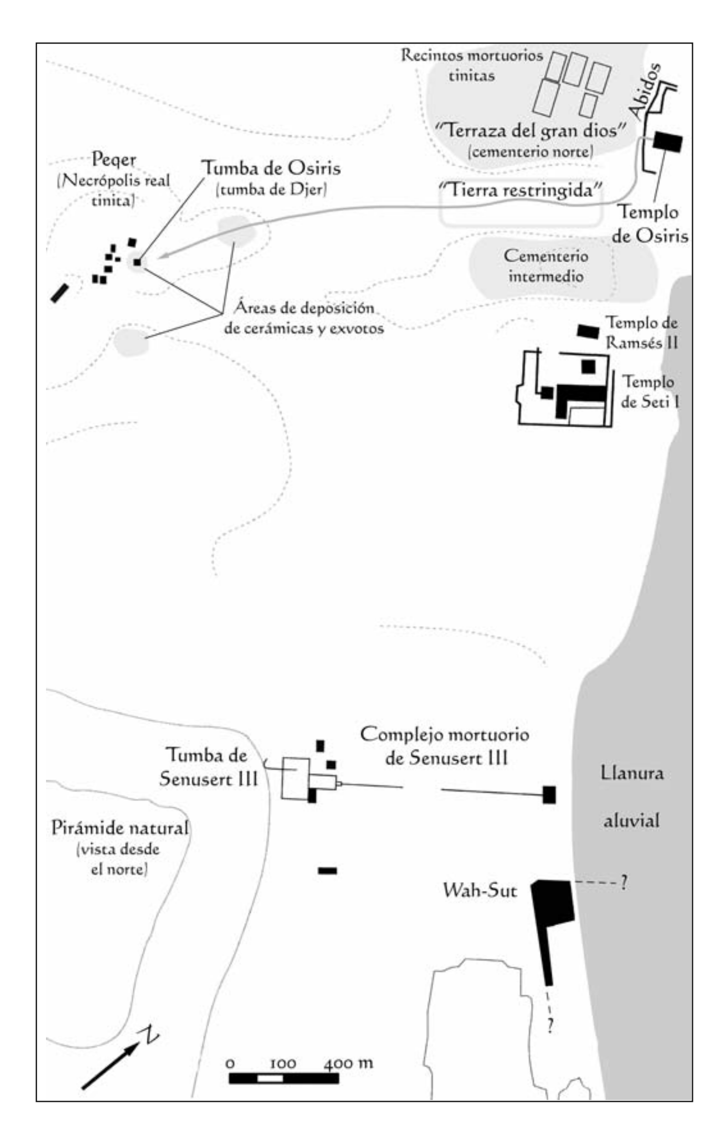
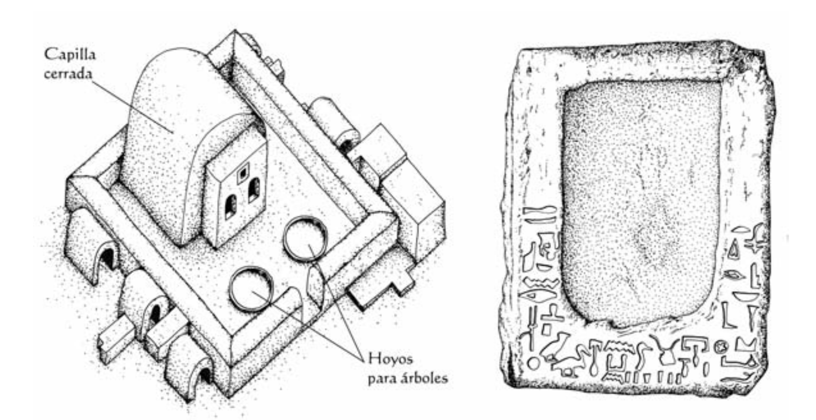



Figura 6.6.A. Un lugar de peregrinaje durante el Reino Medio: Abydos. Plano de la ciudad con los lugares más relevantes del Reino Medio (los templos posteriores de Seti I y de Ramsés II omitidos por ser importantes referentes topográficos). Durante la mayor parte del período el principal foco de interés religioso fue el área comprendida entre Abydos (Kom el-Sultan) y la supuesta tumba de Osiris (en realidad la tumba del rey Djer). A ambos lados del camino que comunicaba estos dos lugares se levantaron numerosas tumbas y cenotafios de muy diferente tamaño (el que aparece a la izquierda de la fig. 6.6.B es, en este sentido, de gran tamaño) que estaban decorados con monumentos de muy diverso tipo (estelas, estatuas, etc.).

porque era uno puro de brazo en la decoración del dios, un sacerdote-*sem* cuyos dedos estaban limpios. Dirigí la salida de Upuaut que viaja para vengar a su padre. Repelí a los enemigos de la barca-*neshmet*. Derroté a los enemigos de Osiris. Dirigí la gran salida y guié al dios en sus idas. Dispuse que la nave del dios navegara y el dios Thot guió la navegación. Equipé la nave "verdadera es la aparición del señor de Abydos" con una cabina y mantuve sus bellas coronas y él llegó hasta el distrito de Paquer. Despejé los caminos del dios hasta su tumba que preside Paquer y protegí a Wenennefer [= Osiris] aquel día del gran combate. Yo derroté a todos sus enemigos sobre la colina de Nedit. Dispuse que él viajara en el interior de la gran barca y ella transportó su belleza. Provoqué el júbilo del desierto oriental y causé la alegría en el desierto occidental. Ellos vieron la belleza de la barca-*neshmet*. Ella desembarcó en Abydos trayendo a Osiris que preside a los occidentales, señor de Abydos a su palacio. Guié al dios hasta su casa. Se hicieron sus purificaciones y su sede se amplió» (*Estela de Iikhernefret*)[21].

El texto describe, con un detallismo inusual, no sólo las medidas para hacer más espléndida la procesión, sino también los diferentes pasos por los que ésta debía de llevar al dios desde el templo local hasta su tumba en Umm el-Qaab (Paquer) (fig. 6.6.A). Las disposiciones de Senusert III




La Fig. 6.6.B. A la derecha la base de una estatua dedicada por un personaje, Ukhhetep, que por su nombre debió de proceder de la región de Meir. Estos lugares, cuyo principal espacio fue lo que se llamó «terraza del gran dios», únicamente respetaron la «Tierra restringida» (o «sagrada») que estaba delimitada por estelas fronterizas. Por ese *wadi* natural, indicado por un rectángulo, pasaba la procesión de Osiris que en las festividades del dios se dirigía desde su templo hacia Peqer (el área de Umm el-Qaab). Posiblemente con motivo de esa procesión se depositaran a partir del Reino Medio numerosas cerámicas y exvotos de muy diferentes épocas. Al final de la XII dinastía se creó otro foco importante en el área: el complejo mortuorio de Senusert III que supuso la creación de una ciudad (Wah-sut) y una necrópolis en torno a la tumba del rey.

no se limitaron a hacer más suntuosos los elementos básicos del culto de Osiris. El rey, pese a construirse una pirámide en Dashur, debió de ser enterrado en Abydos, yendo un paso más allá que Senusert II con las innovaciones de ecos osirianos en las cámaras de su pirámide en Lahun. Como en el complejo funerario de este rey, la tumba de Senusert III, consistente en una larga y sofisticada galería excavada debajo de una montaña cuya forma recordaba a una pirámide, también fue dotada con un templo y una ciudad.

El boato y popularidad de los cultos osirianos, respaldados por la corona, contrastan con las actividades piadosas, mucho más modestas y de carácter mayoritariamente privado que se realizaron en torno a dos potentados locales del Reino Antiguo, Heqaib e Isi, en Elefantina y Edfú respectivamente. El porqué y el cuándo del origen de su relevancia religiosa resultan difíciles de precisar. Originalmente, ambos cultos debieron de ser fundaciones piadosas que, por motivos desconocidos, cobraron gran importancia varias generaciones después de la muerte de sus creadores. La aceptación de estas figuras como divinidades o intermediarios divinos pudo ser parte del espíritu de la época que veía en el pasado un período a seguir (recuérdese la Estela de Senusert III en Deir el-Bahari). Su culto, sin embargo, también pudo tener su origen en las ideas egipcias que, conformadas a partir del Primer Período Intermedio (precisamente cuando se comenzó a adorar a Heqaib), buscaban nuevas formas de religiosidad alejadas de las oficiales, favoreciendo por su proximidad a divinidades y personajes locales.

El culto de Heqaib, originado durante el Primer Período Intermedio parece haber decaído al final de esa etapa o al inicio del Reino Medio. Bajo Senusert I, sin embargo, volvió a cobrar importancia gracias a la iniciativa personal del gobernador provincial Sarenput I. En una serie de inscripciones dejadas en la capilla, éste registró sus motivos para erigir un nuevo santuario sin estar respaldado por ninguna iniciativa del monarca[22]:

> «Construí esta hacienda del *ka* [= templo] del *iry-pat* Heqaib después de haberla encontrado muy arruinada. Le construí su capilla, hice excelente su lugar, renové lo que había encontrado que faltaba después de que estuviera totalmente destruida. Sus muros estaban en ruinas. Nadie la reconocía incluso viéndola con frecuencia [...] Entonces la construí de nuevo. Lo que hice para él, fue más que lo que hicieron los gobernadores que estuvieron antes de mí. Fue mejorada más de lo que se suponía que tenía que haber sido y fue equipada para el futuro; preví para el futuro y la mejoré para lo que habría de venir. Hice para él una capilla en piedra, con ortostatos de piedra. Hice para él un patio como un trabajo de eternidad circundado de árboles/sicomoros. Traje productos a cada uno de sus lados/partes que habían sido construidos para ella el templo sobre sus cuatro lados. Sus muros fueron excavados como fundamentos hasta el nivel de la arena. Realicé una estancia para los sacerdotes

puros y un lugar para beber para Elefantina. Construí una capilla a la derecha de esta capilla con una estatua en pie en ella y una estatua sedente en ella. ¡Que el dios Sokar me ame por ello! El deseo de Heqaib por quien yo actué se regocijó enormemente por mi amor. Él comenzó a hacer manifestar su poder en medio de su ciudad. Construí su casa, sacrifiqué para él un toro, complací su corazón con gacelas» (*Estela de Sarenput I en la capilla de Heqaib*)[23].

Mientras que el santuario de Heqaib terminó atrayendo la atención de algunos reyes como Senusert III o Amenemhat III, el de Isi en Edfú parece haber quedado completamente al margen del interés real. Este culto, peor conocido, más tardío (XIII dinastía) y aún más modesto, debió de seguir pautas similares al anterior, al igual que el realizado brevemente al final del Reino Medio en la llamada capilla de Sobekemsaf, al otro lado de la calle en la que prosperó el de Heqaib durante mucho más tiempo (fig. 6.7).

En conjunto, estos «santos» muestran que en Egipto florecieron cultos que, originariamente creados como fundaciones piadosas privadas, poco o nada tenían que ver con las iniciativas religiosas reales. Su función religiosa, probablemente ligada a otras de tipo económico, debió polarizar las creencias locales (o incluso de un determinado barrio) y quizá también respaldar prácticas económicas al margen de las iniciativas y regulaciones gubernamentales. En cualquier caso, estos casos no significan que Edfú o Elefantina estuvieran fuera de las redes de la Administración central y carecieran de cultos de tipo oficial. En esta última población, por ejemplo, a pocas calles de la capilla de Heqaib se alzaban un centro de recepción y distribución gubernamental y un templo, quizás dos, de gran importancia (el de Satet y, posiblemente, aquel de Khnum). Es más, en torno a la primera catarata hay indicios de la confluencia de prácticas religiosas populares y oficiales. La intervención de diferentes faraones del Reino Medio en los santuarios en honor a las divinidades locales (Khnum, Satet o Anuquet) estuvo en estrecha conexión con diferentes ceremonias y festividades de estas divinidades, las cuales implicaban procesiones que, gracias a diferentes documentos (especialmente grafitos), se sabe que constituyeron algunas de las contadas ocasiones en las que la población tuvo acceso a sus dioses, por lo general encerrados y aislados en sus centros de culto.

El reinado del sucesor de Senusert III, Amenemhat III, fue uno de los más largos y prósperos de todo el Reino Medio. Libre de conflictos externos, parece haber sido el momento en el que pudieron disfrutarse plenamente los logros de las medidas económicas y administrativas iniciadas más de un siglo antes. La intensa actividad de su política exterior probablemente sea el reflejo de esta circunstancia que, de forma paradójica, está mal documentada en el interior del país. Pese a la presencia de monumentos suyos a lo largo de todo Egipto se sabe muy poco de su reinado, salvo

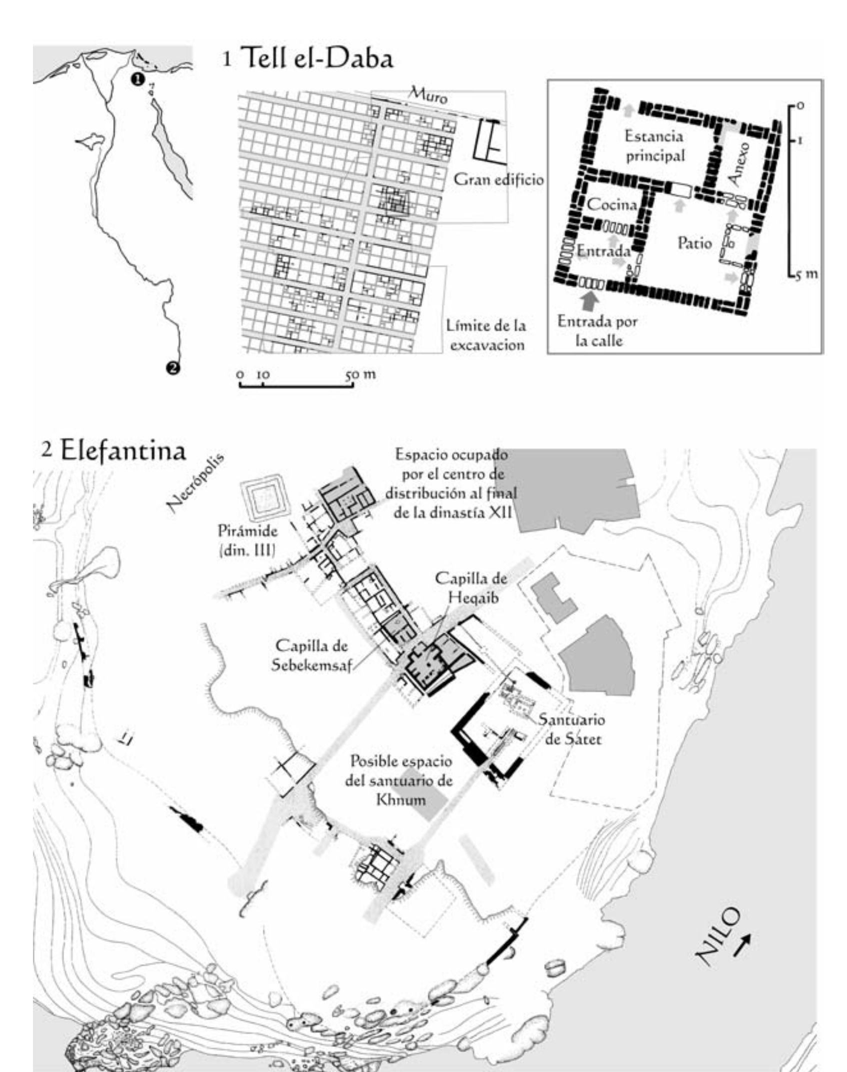



Figura 6.7. Dos ciudades egipcias de la XII dinastía a la misma escala.
1) El asentamiento de Tell el-Daba en el Delta Oriental, datado al inicio de la dinastía, es un buen ejemplo de una ciudad planificada creada ex novo. La planta de la casa es la de una vivienda tipo que, como puede verse a través de los accesos indicados por las flechas, fue ampliándose a costa de algunas colindantes. Estas reformas indican que en este tipo de asentamientos las viviendas fueron adaptándose a las exigencias y recursos de sus ocupantes; 2) La planta ortogonal de este centro contrasta con Elefantina, un claro ejemplo de ciudad «orgánica», donde casas, templos, centros oficiales y necrópolis convivían estrechamente siguiendo una trama de calle irregular (sombreada) configurada a través del tiempo. El plano representa la ciudad durante la XIII dinastía XIII. Nótese que en ambos centros el conocimiento de la planta y extensión es parcial.

su especial interés por el oasis de El Fayum, donde ordenó construir diferentes templos, colosos y una de sus dos pirámides: la de Hawara, que quizá sea el célebre «laberinto» de los autores clásicos.

La creciente importancia política y económica de la capital como núcleo del Estado durante la segunda mitad de la XII dinastía se observa de forma clara en dos hechos fácilmente contrastables. El primero es que durante este período se concentren en torno a la capital y El Fayum un gran número de construcciones reales, algunas tan importantes como los monumentos mortuorios (entre los cuales se incluyen incluso un complejo piramidal de Amenemhat III en Dashur que nunca fue utilizado por el rey), y también muchas necrópolis privadas. El segundo es la decadencia o abandono de algunas necrópolis provinciales del Medio Egipto hasta entonces muy importantes como Meir, Beni Hasan, el-Bersheh o Siut.

La mayoría de los llamados «Papiros de Lahun», descubiertos al final del siglo XIX en ese asentamiento, se datan en torno al reinado de Amenemhat III. Este importante conjunto documental, formado por textos procedentes de diferentes archivos en la ciudad, está repartido actualmente entre los museos de Berlín, de Londres y, en menor medida, de El Cairo. Su contenido, heterogéneo, comprende desde obras literarias hasta documentos contables, pasando por obras médicas y matemáticas. Entre ellos también hay textos legales y cartas que son de especial interés porque ofrecen algunos destellos de la vida cotidiana de este período y de las preocupaciones y problemas de sus habitantes. Es el caso de las instrucciones dadas por cierto Wah en su testamento para asegurar el futuro de su viuda:

> «Año 2 de Amenemhat IV, día 18 del segundo mes de Akhet. Documento de propiedad hecho por el sacerdote puro de la file de Sopdu, señor del Oeste, Wah:
>
> Yo hago este documento de propiedad para mi esposa, la mujer de la localidad llamada “El lado Este”, la hija de Sopdu, Sheftu, llamada Teti, de cada propiedad que mi hermano, el portador del sello predilecto del director de los trabajos, Ankhreni, me dio, con todos los bienes de su casa y de todo lo que él me dio. Ella misma, de acuerdo a su deseo, lo ofrecerá a todos los hijos que me dé. Yo le ofrezco a ella cuatro asiáticos que mi hermano, el portador del sello predilecto del director de los trabajos, Ankhreni me dio. Ella misma se lo dará a cualquiera de cada uno sus hijos, según ella quiera. En cuanto a mi tumba, que yo sea enterrado en ella con mi esposa sin que haya ninguna persona que interfiera en ello. Ahora, en cuanto a las casas/habitaciones que mi hermano, el portador del sello predilecto Ankhreni, construyó para mí, serán para mi esposa sin que haya ninguna persona que pueda echarla de ellas. El representante Gebu hará de guardián para mi hijo.
>
> Lista de las personas ante las cuales se hizo esto:
> El escriba de los pilares Kemnu.

> El portero del templo, el hijo de Ankhtify, Ipu.
> El portero del templo, el hijo de Seneb, Seneb» (*Papiro Londres UC 32058*)[24].

En otros documentos se ve con claridad el uso, no se sabe bien si por parte de la corona o de grandes terratenientes, de la azofra. Es el caso de las siguientes cartas. La primera muestra cómo las tareas asignadas a ciertos individuos podían ser realizadas por sus familiares si aquéllos se ausentaban, mientras que la segunda atestigua la deserción y absentismo ante ese servicio obligatorio:

> «Al escriba del templo Horemsaef. Año 11, primer mes [...] traído por el obrero del templo...
> El gobernador, el supervisor del templo Senusert dice al escriba del templo Horemsaef: Debes saber que el portero del templo, Senet, el hijo de Ameny, se me acercó para decirme: "Sustituí forzosamente a mi hijo, el obrero del templo allí [...] el administrador para decir que él tenía poco personal de la azofra". Así dijo. Mira, su hijo ha cumplido en relación con estar...» (*Papiro Berlín 10023A*)[25].

> «Al supervisor de la casa de las ofrendas Sobeknakht.
> El gobernador, el supervisor del templo, Nubkaure dice al supervisor de la casa de las ofrendas Sobeknakht: Debes saber que la trabajadora-*iwayt* del encargado de las libaciones Senusert, hijo de Senet, Meni ha faltado a su recuento. Mira, él está destituido (?). Tú deberás disponer que la trabajadora-*iwayt* sea traída al supervisor del área de los siervos cuando él esté aquí» (*Papiro Berlín P 10019*)[26].

Como se ha indicado a lo largo de las páginas anteriores, el pulso diario de la vida egipcia, incluso en zonas próximas a la corte, no parece haber estado marcado por un poder real asfixiante y omnipresente sino, más bien, por una autoridad lejana. Pese a esa distancia, el Estado estaba capacitado para imponer sin cortapisas su voluntad y derecho cuando era necesario. El poder de la corona, en este sentido, era inmenso tal y como se ve en la movilización de millares de trabajadores de diferentes puntos de Egipto en las empresas estatales (fig. 6.2.A y B). De hecho, la última carta muestra que ante las temidas prestaciones, a la población sólo le quedaba la huida. Tal recurso está bien registrado en el Papiro Brooklyn 35.1446, que incluye diferentes documentos administrativos, fechados entre el reinado de Amenemhat III y el de Sobekhotep II. Uno de ellos es una lista que registra la huida o falta de unas 80 personas a la azofra durante varios años del reinado de Amenemhat III y que describe algunas de las medidas tomadas para suplir tales ausencias como la de sustituir al fugado por un «dependiente», que en muchos casos podía ser un familiar, tal y como indica la primera de las cartas antes citadas.

Todos estos ejemplos muestran lo difícil que resulta, ante la escasez de datos, intentar crear un marco coherente que pueda explicar, integrando aspectos y personajes muy diferentes, una realidad siempre compleja en la cual la amplitud de movimientos privados y la aparente ausencia de la figura del rey de la vida cotidiana convivía con las exigencias de un Estado que podía hacer sentir todo su poder y autoridad anulando, por ejemplo, exenciones, medidas o privilegios previos.

Interpretar la documentación egipcia desde la perspectiva de un Estado todopoderoso o, como se prefiere en el presente capítulo, desde una visión más «liberal» de la sociedad faraónica que, no obstante, reconoce implícitamente la primacía del poder real, es un dilema que no sólo se da cuando el historiador se encuentra ante un texto. El análisis de la cultura material del período también permite optar por una de las muchas posibilidades emplazadas entre ambos extremos. Esta disyuntiva aparece, por ejemplo, cuando a través de la planta de los centros urbanos de la XII dinastía se pretende deducir el grado de autoridad de la corona sobre la población (fig. 6.7). En este sentido, Barry Kemp ha analizado los asentamientos con plantas hipodámicas, tales como Tell el-Daba, Lahun, Abydos o las fortalezas egipcias en la Baja Nubia, sugiriendo que, durante el Reino Medio, el Estado egipcio alcanzó su momento de mayor control sobre la población. Esta deducción, evidente por otros datos como la adopción a todo lo largo de Egipto de unos tipos cerámicos comunes emanados de la corte, admite algunos matices cuando se analiza el urbanismo. Es indudable que los nuevos centros, fundados por la corona con el fin de colonizar determinadas tierras, son un buen ejemplo de hasta dónde podía llegar la Administración egipcia a la hora de planificar sus proyectos, siempre y cuando éstos se realizaran sobre un terreno virgen libre de la carga del pasado. Sin embargo, que sean los mejor conocidos no significa que este tipo de asentamiento fuera el más frecuente en Egipto durante este período. Algunas excavaciones recuerdan que ese concepto de ciudad «dirigida» no se dio en los centros urbanos tradicionales, que probablemente fueron los más numerosos. Los pocos ejemplos excavados de este tipo de ciudades o pueblos durante el Reino Medio tienen unas plantas «orgánicas» o «espontáneas» que son el resultado de las circunstancias que condicionaban la vida de sus pobladores a lo largo del tiempo. Es el caso de los yacimientos de Abu Ghalib, la ciudad «vieja» de Abydos (que no hay que confundir con la fundación de Senusert III en esa localidad y con la que seguramente convivió) o Elefantina (fig. 6.7).

Este tipo de urbanismo, que no seguía los dictados de la autoridad central, se observa incluso en el desarrollo de las fundaciones reales. En ellas, las casas, originalmente con plantas idénticas, fueron adaptándose, dividiéndose o agrandándose según las exigencias de sus habitantes. Estos cambios, así como la adquisición o venta de inmuebles que

se documenta en algunas cartas de este período, debieron de ejecutarse en un ámbito estrictamente privado (recuérdese el testamento de Wah), aunque a la vez debieron de quedar registrados y arbitrados por la Administración central, en los casos de desavenencias y pleitos.

## El final de la XII dinastía y la XIII dinastía

La XII dinastía terminó con los reinados de Amenemhat IV y de la reina Sobeknefru (o Nefrusobek), que gobernaron nueve y tres años respectivamente. La brevedad de sus reinados en contraste con el de su antecesor, de cuarenta y seis, y la circunstancia anómala de que esta etapa se cierre con la subida de una mujer al trono de Egipto —el primer caso en siglos de historia faraónica— parecen indicar una falta de herederos varones para el trono de Egipto. Tal sospecha se ve respaldada también por el hecho de que una de las hijas de Amenemhat III, Ptahnefru (o Nefruptah), gozó de ciertas prerrogativas reales como el empleo del cartucho real, hasta entonces usado exclusivamente por los faraones.

El reinado de Amenemhat IV, conocido sobre todo por sus actividades en el exterior, no muestra indicio alguno de crisis política o económica. Quizás no suceda lo mismo con el de Sobeknefru. La interrupción de las expediciones a lugares como el Sinaí, el Punt o el Wadi el-Hudi bajo su gobierno pudo ser debida a la debilidad del Estado en ese momento, aunque también podría deberse simplemente a la temprana muerte de la reina, que no parece haber dejado ningún heredero.

Tras su desaparición se inició la XIII dinastía, una nueva etapa bien diferenciada respecto a la anterior en lo que se refiere a los mecanismos de transmisión real. A través de *El canon de Turín* se observa que la sucesión de los faraones de este período fue compleja, llegando posteriormente a ser confusa incluso para los propios egipcios. En dicho papiro, redactado cuatro siglo después de este momento, las dinastías XIII y XIV fueron agrupadas sin distinción bajo el nombre común de «los reyes que están detrás de la casa (?) de Sehetepibre [= Amenemhat I]», no realizándose en ese listado ningún recuento final del total de años de todos estos faraones, en contra de lo que era habitual. Pese a estos problemas, gracias a esta lista y a otras fuentes se sabe que la XIII dinastía fue un momento excepcional en la historia de Egipto, debido tanto a su gran número de reyes (en torno a los sesenta o más) como a la escasa duración de sus reinados (este período sólo se extendió algo más de siglo y medio o incluso menos).

La dinastía conoció tres fases diferentes. La primera estuvo formada por mandatos muy breves (unos diez reyes durante quizá sólo una o dos décadas). A este momento de sucesiones muy rápidas le siguió, a partir del reinado de Sobekhotep II, un segundo de reyes con reinados más largos, activos y mejor documentados (unos 17 en unas seis décadas, de los que

sólo dos tuvieron reinados de más de diez años), que concluyó con la muerte de Sobekhotep IV. Tras él la dinastía fue una larga sucesión de monarcas (una treintena) de vida muy breve (aunque hubo varios que se mantuvieron en el trono en torno a los veinte años) y que apenas han dejado trazas de su existencia. En algún momento de esta última etapa, probablemente en su inicio, comenzó el Segundo Período Intermedio, al dividirse Egipto en dos dinastías: una nueva de origen extranjero gobernando el Delta (la XIV dinastía), y la XIII dinastía, que mantuvo el control de Menfis y el Alto Egipto hasta la subida al poder de los hyksos (XV dinastía).

La XIII dinastía no muestra indicios de crisis económica o inestabilidades sociopolíticas graves, pese a los continuos cambios en el trono y a la clara falta de capacidad del Estado para llevar a cabo grandes iniciativas constructivas o grandes expediciones. La capital permaneció en Itji-Tawy y el aparato administrativo central, tras los dos siglos de reformas y fortalecimiento de la XII dinastía, se mantuvo sólido y eficiente, al margen de la ajetreada sucesión real. De hecho, como en la dinastía anterior, algunos visires y otros miembros del gobierno mantuvieron sus cargos durante varios reinados, indicando la existencia de políticas continuistas en las que la institución de la realeza, que no los propios reyes, demostró también una gran solidez. De este modo, aunque las estelas y monumentos funerarios privados de este período apenas incluyen, en contraste con las dinastías anteriores, nombres de faraones, la documentación administrativa y otros aspectos fraseológicos muestran, como ha indicado Quirke, que el grado de presencia y autoridad del faraón no varió con respecto a la XII dinastía.

Los documentos de esta dinastía, como el ya citado Papiro Brooklyn 35.1446, así como otras muchas fuentes escritas (estelas, chatones de escarabeos, ataúdes, etc.), muestran una administración y una economía bien organizadas, que difieren muy poco de las descritas durante la segunda mitad de la XII dinastía. Un ejemplo de ello es el Papiro Boulaq 18, un documento contable que registra las actividades diarias durante la visita de la corte de un rey (cuyo nombre se ha perdido) a su palacio en Tebas. Como los anales de Amenemhat II, aunque de forma más detallada, este «diario» incluye un gran número de datos sobre las tareas efectuadas en dicho palacio a lo largo de unos trece días y muestra el dinamismo de la corte en un momento que por lo general se ha considerado de gran precariedad. El papiro recoge, por ejemplo, la elaboración de resina de terebintácea para fumigaciones cultuales, diferentes actividades religiosas y edilicias del rey o de sus representantes en el templo de Mentu en Medamud, la recepción de dos embajadas de gentes *medjaiu* (los habitantes del desierto oriental egipcio) o un viaje del rey por el río con una finalidad desconocida, además de numerosas entregas de productos de los almacenes del palacio a miembros de la corte, funcionarios o artesanos.

Como en la dinastía precedente, el Estado debió de mantener una amplia autoridad. Un ejemplo de ello es el rollo de cuero Berlín 10470, que también podría datarse durante el Segundo Período Intermedio. El documento, mal conservado y confuso (sensible por tanto a otras interpretaciones), registra la intervención de la oficina del visir para declarar a cierta sirvienta Senbet como propiedad tanto de un individuo llamado Seankhu como de «las gentes de Elefantina» o «la ciudad». El hecho de que este asunto, aparentemente banal y de ámbito local, llegara hasta la oficina del visir parece indicar la eficiencia, el alcance y la respetabilidad de las instituciones centrales en la vida cotidiana.

No deja de ser una paradoja que durante la segunda mitad de la XII dinastía, al mismo tiempo que el Estado egipcio lograba centralizar todo el país minimizando el poder local de los nomarcas, se estuvieran plantando las semillas del principal desencadenante del final del Reino Medio. Diferentes documentos oficiales y privados de ese período (como el testamento de Wah) y de la XIII dinastía recogen un progresivo aumento de extranjeros en Egipto, que tiene su mejor expresión en los hallazgos de tumbas y asentamientos asiáticos en la ciudad egipcia de Tell el-Daba (Avaris), en el Delta oriental. Por motivos desconocidos esa nueva realidad étnica, radicada en torno a la Avaris de los hyksos, acabó escindiéndose de la autoridad de los reyes de la XIII dinastía, inaugurando la XIV dinastía, cuyos reyes tenían nombres extranjeros.

La partición del país en dos Estados independientes debió de provocar una profunda crisis, permitiendo la llegada de nuevos actores a un nuevo capítulo de la historia del Egipto faraónico. Este nuevo paisaje, con numerosos vacíos de poder y lleno de posibilidades, se observa bien en la inscripción de la estatua de un personaje llamado Khnumhetep en Elefantina que puede datarse al final de la XIII dinastía:

> «En este período de tiempo de 6 (?) años este templo estaba en ruinas. Construí y dir[igí (?) [...] en el templo y no dormí tanto de noche como el día en la progresión de los trabajos para su señor puesto que él [= el dios] estaba desprovisto de un gobernador al que sustituí numerosas veces a la perfección, como uno al que su dios conoce desde niño; como uno del que él conoce sus acciones» (*Estatua de Khnumhetep*)[27].

## La política exterior

Entre la definición del período aquí tratado como «reino» (*kingdom, regno, royaume*) o como «imperio» (*Reich, empire*), la historiografía española ha adoptado generalmente por la segunda opción, mucho más rimbombante e imprecisa. Tal alternativa ofrece a la persona poco familiarizada con la historia faraónica una imagen engañosa de buena parte

del pasado egipcio y, sobre todo, de su política exterior. «Imperio» suele denotar unas actividades de conquista militar y explotación económica de grandes áreas externas que poco tienen que ver con las que se desarrollaron durante los Reinos Antiguo y Medio en el extranjero. Exceptuando la ocupación egipcia de la Baja Nubia, en el Reino Medio no hay ningún capítulo de conquista u ocupación militar de territorios en Asia o de otras áreas cercanas. Esta circunstancia, por supuesto, no quiere decir que Egipto no llegara a intervenir militarmente en esas zonas de forma concreta, aunque tales episodios debieron de quedar en un segundo plano con respecto a las acciones de tipo diplomático y comercial.

La política exterior de un país es, en cierto modo, reflejo o consecuencia, o ambas cosas a la vez, de su política interior. Esto se ve con cierta nitidez en el Reino Medio, donde la documentación referida a los contactos con sus vecinos no choca demasiado con la información que se conoce sobre la situación interna de Egipto, pudiéndose interrelacionar muchos procesos y eventos de ambos aspectos. En cualquier caso, conviene recordar al lector que, como sucede al reconstruir la situación interior, toda interpretación de las relaciones exteriores egipcias se basa en un cúmulo de pruebas de muy escasa entidad y de una información muy sesgada. Al igual que ningún investigador se atrevería a deducir la política exterior de Napoleón a partir de las inscripciones de algunos de los bloques de su arco del triunfo de París, que sólo citan sus victorias, el egiptólogo ha de tomar con mucha precaución los pocos textos egipcios que tienen a su disposición. El estudio de las actividades en el extranjero durante el largo reinado de Mentuhetep II es un buen ejemplo de lo que quiero decir. De ellas apenas se sabe nada, a excepción de lo que dicen varios epítetos reales bombásticos y diversas inscripciones biográficas y representaciones que, en cualquier caso, relatan una serie de iniciativas llevadas a cabo en unas localidades de ubicación incierta. Tales documentos, siempre hay que tenerlo en mente, pueden reflejar no tanto realidades como intenciones. Es más, es posible que emulen ejemplos ligeramente anteriores o coetáneos que, a su vez, podrían copiar otros aún más antiguos como bien se ve en ciertas representaciones artísticas de este momento (fig. 6.8).

El historiador suele reconstruir la política exterior a través de elementos concretos, como la presencia de *aegyptiaca* bien datados en una localidad extranjera o la mención de una campaña militar en un determinado documento. Esta reconstrucción política es por supuesto lícita, aunque, como se ha visto, entraña riesgos. Conviene siempre intentar contrastar este tipo de evidencias con otras más modestas, pero más habituales, que se documentan en el registro arqueológico. Es el caso de la presencia de determinadas cerámicas foráneas, prácticas cotidianas, etc., que, como se verá en las próximas páginas, pueden ofrecer información mucho más fiable sobre los contactos exteriores que las contenidas en los textos o en las representaciones artísticas.

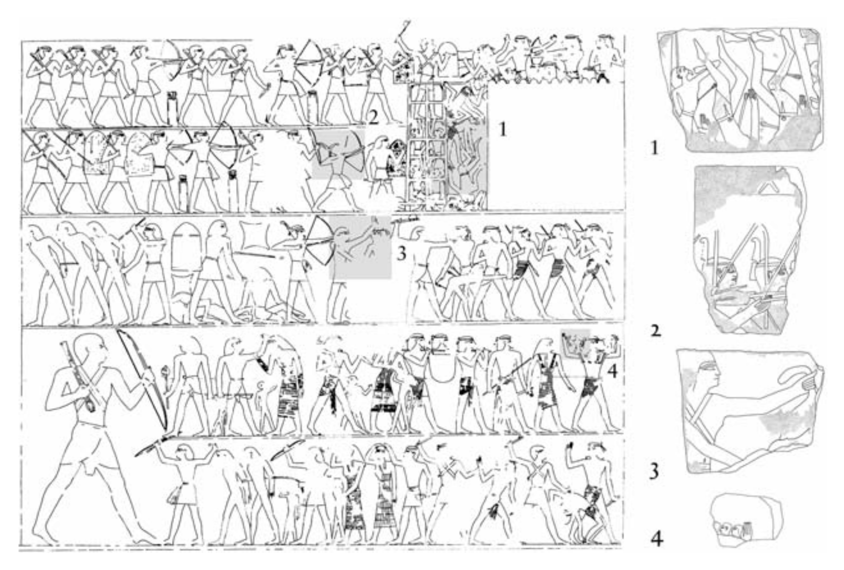



Figura 6.8. La fiabilidad de las fuentes egipcias. Escena de asedio de una ciudad asiática por ejércitos egipcios representada en la tumba tebana de Intef, un contemporáneo de Mentuhetep II. La imagen puede representar un hecho real, pero también podría ser la recreación de una escena similar procedente del complejo mortuorio real de ese monarca en Deir el-Bahari. La semejanza entre algunas escenas de esta tumba (en sombreado y numeradas) con ciertos bloques procedentes del monumento del rey (a la derecha) es llamativa. Las escenas del monumento real podrían, a su vez, copiar escenas semejantes del Reino Antiguo conservadas tanto en complejos reales (Unis y Userkaf) como en tumbas privadas (Kaiemhaset en Saqqara e Inti en Deshasha).

En las próximas páginas se expondrá la política exterior egipcia durante este período de forma diacrónica y dividida en cinco apartados diferentes, que se corresponden a otras tantas áreas geográficas. Las más importantes son sin duda Nubia y Asia (entendiendo como tal el espacio comprendido entre el Sinaí y Siria). A ellas se le han sumado los desiertos circundantes junto a lo que los egiptólogos denominan «Libia», así como otros dos espacios que pueden calificarse, por el volumen de los contactos y la importancia económica de los mismos, como marginales: la región de Punt, por un lado, y las áreas del Egeo y Anatolia, por otro.

## *Nubia*

La política egipcia en la Baja Nubia durante el Reino Medio puede resumirse en tres grandes etapas: conquista, ocupación y abandono. Las tentativas de apropiación de esta región, comprendida entre la primera y

segunda cataratas, se iniciaron ya durante el reinado de Mentuhetep II. En este momento algunas inscripciones rupestres en Abisko, a unos pocos kilómetros al sur de Elefantina, mencionan una campaña militar egipcia que parece haber fracasado en su intento de conquista de este territorio. Es posible que en este momento la Baja Nubia estuviera gobernada por una serie de reyes que, con una iconografía y titulaturas similares a las egipcias, dejaron diferentes inscripciones en la zona. Existieran o no estos reyes (algunos autores los datan en el Segundo Período Intermedio), lo cierto es que la región debió de ser independiente durante toda la XI dinastía, pues a excepción de los grafitos de Abisko, las únicas pruebas seguras de actividades egipcias al sur de la primera catarata de ese período (en concreto del reinado de Mentuhetep IV) se encuentran en el Wadi el-Hudi, una cantera de amatista a tan sólo 10 kilómetros al sureste de Elefantina.

Sólo a partir de los últimos años de Amenemhat I y durante el reinado de Senusert I tuvieron éxito las iniciativas egipcias de conquista. En dos campañas militares, una en el último año de Amenemhat I y otra en el decimoctavo de su hijo, los egipcios lograron apoderarse de toda la región hasta más allá de Buhen. Su avance por la zona estuvo acompañado de la creación de fortalezas en Ikkur, Kubban, Aniba, Buhen, Kor y Mirguissa, que controlaban espacios de gran interés estratégico y económico.

La conquista de la Baja Nubia debió de tener como fin la explotación de diferentes recursos minerales, como el oro, el gneis anortosítico o la cornatina, además del control de una región que para los egipcios significaba la puerta de acceso a numerosos exótica africanos como el marfil elefantino, el ébano (madera de granadilla o *mpingo,* para ser más precisos), ciertos animales salvajes y minerales o incluso *aromata* procedentes del área de Punt.

A esos objetivos iniciales se les debieron de sumar de inmediato otros de carácter político y militar. Los castillos, sobre todo en el extremo meridional de la Baja Nubia, también protegían a Egipto y sus conquistas de las poblaciones de la Alta Nubia, que desde el reinado de Senusert I aparecieron en las fuentes egipcias con el nombre de «Kush la derrotada». Detrás de este topónimo, a localizar en el área del Dongola en torno a la actual ciudad de Kerma, se encontraba un poderoso Estado, que desde ese momento y hasta mediados de la dinastía XVIII se convirtió en el gran rival meridional de Egipto.

La preocupación egipcia por Kush se observa en los llamados «textos de execración». Éstos eran listas que, escritas sobre figurillas destinadas a ser destruidas en actos de magia simpática, recogían los nombres de tierras, etnias y personajes de diferentes orígenes, especialmente *aamu* (asiáticos) y *nehesy* (nubios). La minuciosidad con la que se compilaron estos auténticos catálogos onomásticos —actualizados con frecuencia— demuestra la existencia de un servicio de inteligencia egipcio atento, eficiente

y preocupado por vigilar a sus vecinos con el fin de derrotarlos y controlarlos a través de la magia, la política o la guerra.

Tras la muerte de Senusert I, sus sucesores fueron incrementando el número, tamaño y sofisticación de las fortalezas egipcias, probablemente debido a la amenaza militar kushita (fig. 6.9). Con Senusert III esas medidas acabaron adoptando la forma de una guerra abierta, en la cual los egipcios lograron tomar la parte norte de Batn el-Haggar («el vientre de piedras»), un tramo del valle del Nilo especialmente árido y rocoso que constituía la frontera natural entre la Baja y Alta Nubia. El alcance de las conquistas de este faraón, apenas unos 50 kilómetros tras cuatro campañas militares en el corto período de once años, además de la creación de un *limes* formado por seis nuevas fortalezas (Askut, Shalfak, Uronarti, Semna Norte, Kumma y Semna Sur), nos hablan de grandes dificultades por parte de los egipcios ante su poderoso vecino meridional, que incluso pudieron suponer la muerte del propio rey.

La contemporaneidad de la ejecución de estas campañas, que supusieron un gran esfuerzo económico y probablemente humano, y de las reformas administrativas que Senusert III llevó a cabo en Egipto quizá no fuese casual. Es posible que ante el creciente poder de Kush, el estado faraónico se reestructurara centralizando los recursos con el fin no sólo de realizar numerosas iniciativas en el interior del país, sino también, y quizás de forma más urgente, de anular la amenaza que se divisaba en la Alta Nubia.

La ocupación egipcia en la Baja Nubia dio lugar a situaciones variopintas debido a la coincidencia en la región de diferentes culturas materiales, que quizás fuesen reflejo de otras tantas etnias. Los egipcios parecen haber ocupado la región de espaldas a la población indígena, que los historiadores denominan con el nombre de «Grupo C». La presencia de materiales egipcios en las tumbas y en los asentamientos de estas gentes, así como de materiales nubios en los núcleos egipcios es escasa, lo cual sugiere unos contactos muy limitados entre ambos grupos. Este hecho no ha de verse como el reflejo de una resistencia autóctona organizada sino, más bien, como resultado de la confluencia del rechazo natural de la población local hacia sus invasores con el de la propia política egipcia en la zona, que buscó sobre todo su control territorial y económico, sin perseguir la captación de la población local ni de sus líderes.

A estos contactos se les sumaron otros con las poblaciones del desierto oriental denominadas *Pan-Grave*, que seguramente haya que identificar con los *medjaiu* citados en las fuentes egipcias. Resulta curioso que mientras este etnónimo, que se refiere a los habitantes de los desiertos al este del Nilo, se conoce desde el Reino Antiguo, su cultura material sólo se detecte a partir del Reino Medio. Desde entonces se empieza a tener más información sobre estas gentes, que probablemente desempeñaron un importante papel como intermediarios entre Egipto y los mercados del este

de África (Punt y otras áreas más al sur de Kush). Como en el caso de los asiáticos, sobre los que se hablará más abajo, la entrada de los *medjaiu* en Egipto parece haber sido abundante entre el final de la XII dinastía y el inicio de la dinastía XVIII. Los denominados *Despachos de Semna,* un

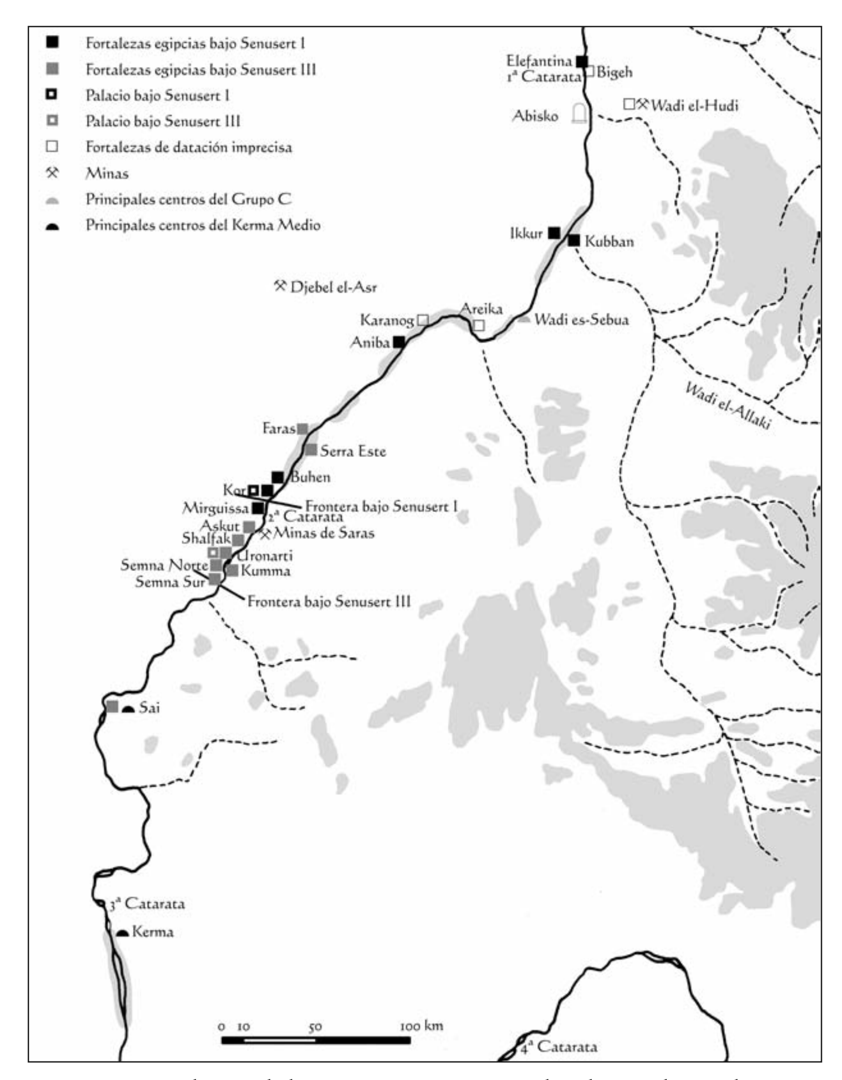



Figura 6.9. Evolución de la presencia egipcia en Nubia durante la XII dinastía. El mapa recoge, sobre todo, los asentamientos egipcios. La mayor parte de los yacimientos indígenas han sido omitidos incluyéndose, únicamente aquellos de relevancia arqueológica e histórica (algo similar sucede con los lugares con inscripciones).

conjunto heterogéneo de mensajes intercambiados entre varias fortalezas egipcias de Nubia recogidos en un papiro hallado en una tumba tebana, describen el control férreo que los egipcios mantuvieron sobre estas gentes y sobre toda la población nubia en general, los contactos comerciales con ellos y también los motivos de su entrada en Egipto que, como en el caso de los asiáticos, obedecieron sobre todo al deseo de mejorar sus condiciones de vida. El siguiente mensaje es un buen ejemplo de ello:

> «Copia de un documento que le fue traído como mensaje desde la fortaleza de Elefantina del modo que una fortaleza envía a otra fortaleza: Infórmate —¡que puedas tener salud y estar vivo!— sobre dos hombres *medjaiu*, tres mujeres medjaiu y dos niños (?) que bajaron del desierto en el año 3, en el tercer mes de Peret, día 24, diciendo: "Hemos venido para trabajar en el palacio ¡que viva, esté íntegro y tenga salud!". Entonces se les preguntó acerca de la situación en el desierto. Ellos dijeron: "No hemos escuchado nada pero el desierto se está muriendo de hambre", eso es lo que fue dicho. Entonces un servidor dispuso que fueran despedidos hacia su desierto en ese mismo día. Entonces una de las mujeres *medjaiu* dijo: "¡Oh! Permitid que mi marido esté entre esta gente [= los egipcios]". Entonces un hombre *medjay* dijo: "¿Acaso he hecho negocio?"» (*Despachos de Semna*)[28].

Estos documentos, la sofisticación de los sistemas defensivos y el hallazgo en las fortalezas egipcias de diferentes materiales, improntas de sellos, etc., prueban cuán compleja y eficiente fue la Administración central desarrollada por el Estado egipcio durante la segunda mitad de la XII dinastía y la XIII dinastía. Pese a su emplazamiento periférico, los castillos estuvieron sujetos a un férreo control administrativo, siendo bien provistos tanto con bienes procedentes de otros fuertes vecinos como también de la propia metrópoli, incluyendo productos tanto del Alto como del Bajo Egipto.

Los contactos con Kush durante la parte final de la XII dinastía, pese a estar marcados por la guerra y el conflicto, debieron de basarse en gran medida en la diplomacia y en el comercio. Buena prueba de ello es la estela erigida por Senusert III en Semna Norte, que regula los contactos comerciales entre ambos Estados de forma estricta y que ejemplifica el interés egipcio por controlar todo movimiento en la frontera establecida con los kushitas:

> «Frontera meridional establecida en el año 8 bajo la majestad del Rey Dual Khakaure [= Senusert III] [...] para evitar que cualquier *nehesy* pueda traspasarla yendo río abajo, caminando o en barcas-*kai,* así como todo rebaño de los *nehesiu;* excepto el *nehesy* que vaya para realizar transacciones comerciales en Iquen [= la fortaleza de Mirguissa] como

> emisario y para hacer negocios provechosos con ellos, no permitiendo que ningún barco-*kai* de los nubios pase Heh [= Semna] navegando hacia el norte, eternamente» (*Estela de Senusert III en Semna Norte*)[29].

La fecha del documento, precisamente en una época de hostilidades, muestra que incluso en el momento en el que las relaciones entre Egipto y Kush fueron más tensas, existieron contactos comerciales, aunque fuese de forma limitada y muy controlada. Esto es obvio tanto en Egipto, donde se han encontrado numerosos *exotica* africanos, como en la Alta Nubia, donde se han hallado contenedores cerámicos egipcios que permiten pensar en unas relaciones basadas en el intercambios de materias primas lujosas por parte kushita a cambio de productos alimenticios y manufacturas egipcias. Un trueque que, por otro lado, parece hacerse extensible a otros territorios como el Punt.

Los contactos pacíficos entre ambas regiones se observan mucho mejor a partir de los tres últimos reinados de la XII dinastía y durante la XIII dinastía, momento en el que los conflictos militares dieron paso a relaciones comerciales más intensas entre Kush y la Baja Nubia egipcia. En esta última dinastía se observa una mayor cantidad de bienes egipcios en Kerma y kushitas en Egipto, pero a la vez se asiste al progresivo abandono de las fortalezas egipcias; persistiendo, curiosamente, aquellas más cercanas a Kush. Tal situación dio lugar a un variado mosaico étnico (gentes del grupo C, población local de origen egipcio, kushitas y *medjaiu*) que acabaría dando lugar a un complejo panorama sociopolítico durante el Segundo Período Intermedio.

### *Asia*

Con el término «Asia» se entiende el vasto espacio comprendido entre el extremo oriental del Delta del Nilo y el norte de Siria. Los contactos egipcios con ese territorio tan amplio fueron variados. Frente a la visión trasnochada de un control militar directo egipcio sobre una parte de él, se ha pasado a contemplar una realidad más intrincada que incluye, según sus regiones y el momento, actividades comerciales, diplomáticas, contactos indirectos y, en menor medida, explotación directa.

El único lugar en este territorio donde pudo haberse dado una ocupación egipcia más o menos permanente fue en la parte sudoccidental del Sinaí que, sin duda, fue el área con la que los faraones mantuvieron contactos más estrechos. Aunque no hay pruebas de una expedición durante su reinado, el culto a Mentuhetep II que hubo en esa zona parece sugerir que fue este faraón quien, tras más de un siglo de ausencia, retomó la explotación de las minas de turquesa y cobre de la región. Es posible que también otro rey de esa dinastía, Mentuhetep IV, enviara

expediciones a la zona, como sugiere una inscripción en Ayn es-Sukhna, el lugar de la costa egipcia desde donde pudieron partir las naves hacia la península del Sinaí.

No es hasta la XII dinastía cuando se encuentran claras evidencias de las actividades egipcias en la zona. A excepción de Sobeknefru, todos los reyes de esa dinastía parecen haber explotado la región, especialmente la zona de Sherabit el-Khadim y, en menor medida, la del Wadi Maghara. Bajo Amenemhat III y IV las visitas a la península se incrementaron enormemente. En el reinado del primero hubo 28 misiones, mientras que en el de su sucesor hubo cuatro. Esta frecuencia debió de obedecer a una gran demanda de turquesa y de cobre en la corte que fue aprovechada por ésta para formar y curtir a numerosos funcionarios de la Administración en las tareas de organización y dirección. Esta intensidad contrasta con la súbita interrupción de las actividades egipcias en la zona tras la muerte de Amenemhat IV, que no parecen haber sido retomadas hasta el Reino Nuevo. El cese de la actividad en ese momento indica que estas visitas demandaban no sólo una gran cantidad de recursos, sino unos preparativos bastante complejos que el Estado de la XIII dinastía, debido a la brevedad de los reinados de sus faraones, no pudo mantener.

Los contactos con áreas más al norte del Sinaí, como Palestina, el Líbano o Siria, son peor conocidos. Es curioso observar que, tanto durante la XI dinastía como durante la primera mitad de la XII dinastía, las evidencias al respecto son escasas en contraste con el momento inmediatamente posterior. Algunos textos oficiales mencionan que ya bajo Mentuhetep II hubo acciones militares contra Asia, aunque, como ya se ha indicado, las evidencias son tan genéricas que resulta muy difícil localizarlas e incluso fiarse de ellas (fig. 6.8).

Es posible que durante el Primer Período Intermedio parte del Delta fuese ocupada por poblaciones asiáticas atraídas por un territorio fértil, dando lugar a una creciente ocupación de esa zona. Este hecho, aún no detectado claramente en el registro arqueológico, aparece mencionado en composiciones como *Las enseñanzas para Merikare* o *La profecía de Neferti.* En esta última obra, ambientada en el reinado de Esnefru (dinastía IV), el protagonista «profetiza» que durante el reinado de Amenemhat I:

> «Se construirán "las fortalezas del Gobernante", ¡que viva, esté intacto y tenga salud! No se permitirá descender a los *aamu* [asiáticos] a Egipto. Ellos pedirán agua como es la costumbre, para que su ganado pueda beber». (*La profecía de Neferti*)[30].

En el Delta, como en Nubia, una de las principales preocupaciones de los egipcios debió de ser regular y evitar la entrada masiva de población extranjera dentro de sus fronteras. En un primer momento, como

parecen sugerir algunos textos del reinado de Senusert I, esto pudo llevar a severas medidas de control y a ciertas campañas militares en la zona. Sin embargo, como se observa en *La historia de Sinuhé,* donde el protagonista consigue burlar ese sistema fronterizo cruzándolo de noche, es más que probable que tales acciones no surtieran efecto. Como ya se ha visto, a partir de la segunda mitad de la XII dinastía se documenta una presencia cada vez mayor de asiáticos como trabajadores en el valle del Nilo. Es más, es probable que los egipcios los reclutaran para proteger su frontera septentrional como se percibe en muchas tumbas de asiáticos en Tell el-Daba durante la segunda mitad de la XII dinastía, que incluyen armas en sus ajuares.

La entrada de asiáticos en Egipto como soldados y, también, como trabajadores agrícolas y domésticos, así como los contactos políticos egipcios con Asia dieron lugar a casos llamativos de egipcianización de la cultura de Levante. Aquí sólo citaré unos pocos ejemplos de ese fenómeno. En el Sinaí, donde desde el reinado de Amenemhat III hubo evidencias de la presencia de trabajadores asiáticos junto a los egipcios, apareció la llamada «escritura protosinaítica», una apropiación local de signos jeroglíficos egipcios en combinación con otros de creación propia. En el mismo lugar, así como en Biblos, también se dieron fenómenos de sincretismo religioso, donde las diosas locales se identificaron con la egipcia Hathor. Por último, en toda Asia, las élites y el resto de la población adoptaron diversos elementos iconográficos y artísticos que, ya desde antes, se habían difundido por la región a través de medios tan diferentes como los chatones inscritos de los escarabeos o algunas estatuas que, como se verá, llegaron a esas tierras por diferentes vías.

Las evidencias textuales y materiales señalan que, exceptuando el Sinaí, los contactos egipcios con el Levante durante la XII dinastía se centraron preferentemente en la zona libanesa, quedando la parte más cercana a Egipto, Palestina, en un segundo plano. Tal tendencia, similar a la seguida durante el Reino Antiguo, es evidente, por ejemplo, en los estudios petrográficos de la cerámica cananea en los niveles de la XII dinastía en Tell el-Daba, lugar que debió de servir como un importante puerto comercial egipcio hacia el Líbano. Dichos análisis muestran que su procedencia fue, sobre todo, el área libanesa. Sólo a partir del final del Reino Medio las importaciones palestinas comenzaron a incrementarse de forma considerable.

La preferencia por el Líbano pudo obedecer al deseo egipcio por contactar con determinadas redes comerciales y acceder a productos (como diferentes aceites, madera, lapislázuli o plata) que los centros urbanos de Palestina quizás no eran capaces de ofrecer en grandes cantidades o de forma continuada. Esto no significa que esa zona fuera ignorada. En sus ciudades se han encontrado abundantes *aegyptiaca,* especialmente escarabeos que, primero importados desde Egipto y luego producidos

localmente, se popularizaron integrándose en los usos funerarios locales. Por otro lado, la zona fue bien conocida por los egipcios, como demuestra la amplia lista de líderes y topónimos pertenecientes a ella que se recogieron en diferentes elencos de los textos de execración o la mención de una de las pocas campañas militares egipcias contra la zona que, dirigida por el general Khusobek, durante el reinado de Senusert III alcanzó una localidad que quizás haya que identificar con la bíblica Siquem, en la región de Samaria.

Biblos, como en etapas anteriores, desempeñó un importante papel en los contactos levantinos de Egipto, aunque, sin duda, no debió de monopolizarlos. Las excavaciones en Beirut, y sobre todo en Sidón (interrumpidas recientemente por la guerra), muestran que la presencia egipcia en diferentes ciudades portuarias libanesas pudo ser más intensa de lo que se piensa, tal y como también sugiere un texto biográfico muy fragmentario del reinado de Senusert III, que describe las peripecias de Khnumhetep (miembro de una familia de nomarcas integrado en la corte) al verse envuelto en un conflicto entre las ciudades de Biblos y Ullaza. Dicho relato, aún inédito y en curso de estudio por James P. Allen, concuerda bien con las siguientes noticias de los anales de Amenemhat II, que recogen respectivamente la recepción de una delegación asiática, el envío de una expedición militar al Levante y la llegada de una misión comercial egipcia desde esa región:

> «Llegada bajando la cabeza de Chempau. Ellos han traído con ellos 238 y ¼ *debens* de plomo...
>
> Un ejército fue enviado para destruir Iwai y para destruir Iasy. Recuento de prisioneros capturados vivos/atados traídos de estas dos tierras extranjeras: 1.554 hombres y mujeres *aamu*; objetos de bronce y madera: 10 hachas; 33 hoces; 12 dagas; 4 y ¼ (?) sierras; 79 cuchillos; 1 cincel; 3 o 4 hojillas de afeitar [...] 330 [...] 2 varas para asar 5 aves (?); 45 postes (?); 66 arpones (?); 3 elementos-*djeret* de balanza; 60 objetos-*djehaat;* 646 *debens* de cobre cortado [= ¿material reciclado?]; 125 *debens* de cobre nuevo [= ¿lingotes?]; objetos de bronce: 30 puntas de lanza-*nesa;* 26 puntas de lanza-*nestit;* objetos de cobre y madera: 1 lanza-*sek;* 3 *debens* de oro; 38 objetos-*ises* (?); objetos de madera y plata: 8 bastones decorados con aros; [...] 58 *debens* de [...] ½ *deben* de mineral (?)-*khesudj;* 1.734 *debens* de malaquita; objetos de marfil: 4 planchas; objetos de madera: 54 recipientes de los *aamu;* 1 caja/cofre portátil (?); 13 peines(?)-*meshdedet;* 8 ejes/radios (?) de rueda (?); 375 *debens* de plomo.
>
> Regreso de la expedición a Khenti-She [= ¿Líbano?] en dos barcos. Ellos han traído 1.676 y ½ *debens* de plata; [...] 4.882 *debens* de bronce; 15.961 *debens* de cobre; 1410 *debens* de cerusita; 13 bloques de mármol; 16.588 *debens* de polvo de mineral-*ismer;* 39.556 *debens* de mineral-*hemut;* objetos de mineral-*nemehef:* 1 soporte; 6 objetos-*seriu;* 6 bloques de mineral-*nemehef;* objetos de piedras de color blanco y negro: 4 objetos-*djaru;* objetos de oro y plata: 1 sello de *aamu* [...] 2 cajas de [...]; cuarzo/obsidiana

[...]; 3/8 *heqats* de ungüento [...]; 5 + x *heqats* de aceite de moringa en 1 + x jarras; 1 jarra de 64 *heqats* + 3/8 y un resto más 176 jarras de aceite-*sefesh;* 271 sacos de madera-*tishepses*; 5+x vasos-*henu* de sustancia-*djerhet* (?); 82+x vasos-*henu* de resina de terebintácea; 8+x *heqats* y 1/2 o 1/16 de fruto-*chentem;* 45+x *heqats* + 3/4 de fruto-*shaut;* 4 *heqats* de fruto-*kesh;* ¼ de *heqat* de "auxilio del remedio de las armas" [= ¿un tipo de medicina o antídoto?]; [...] árbol de [...]; 73 higueras; 1 sicomoro; 65 hombres y mujeres *aamu;* objetos de bronce y oro con marfil: dos espejos; objetos de bronce, plata y marfil: 16 dagas; objetos de bronce y marfil: 21 dagas; 4 sacos de planta-*shabet;* 197+x sacos de planta-*behau;* [...] sacos de planta-*shefshefet;* 231 troncos de madera de ciprés». (*Anales de Amenemhat II*)[31].

Pese a la imposibilidad de identificar con seguridad los topónimos y los materiales citados, la inscripción muestra que los contactos exteriores dieron lugar a una gran variedad de intercambios, que pusieron en circulación una amplia gama de productos. Entre todas esas relaciones, las peores conocidas son, sin duda, las diplomáticas por la falta de un archivo similar a aquellos de Amarna o de Hattusa, datados en el Bronce Reciente. Las escasas informaciones escritas al respecto de este período se ven complementadas por algunos hallazgos de determinados *aegyptiaca* en diferentes centros del Levante. Es el caso de varios objetos de lujo, sin duda regalos, con los nombres de Amenemhat III y IV que fueron hallados en dos tumbas reales de Biblos; o de las estatuas y vasos de piedra egipcios exhumados en algunos centros de la región (fig. 6.10). La mayoría de estos materiales, pese a que con frecuencia han aparecido en contextos arqueológicos de fecha posterior, han de verse como el resultado de intercambios de *luxuria* entre las diferentes cortes con el fin reforzar sus lazos de unión. En este sentido, los objetos egipcios parecen haber sido muy estimados, ya que los reyes del área siro-palestina adoptaron con frecuencia, a veces de forma muy libre, motivos de la iconografía real y religiosa egipcias[32].

Durante la XIII dinastía los contactos con el Levante se intensificaron aún más, tal y como se observa de nuevo en la cultura material. Hay indicios sólidos para pensar que durante este período el puerto palestino de Ascalón, por aquel entonces bajo una poderosa influencia cultural egipcia, pudo servir como un nodo comercial a mitad de camino entre el área libanesa y el puerto de Tell el-Daba que, a día de hoy, es el yacimiento que ofrece más información sobre la política exterior egipcia de este período y, también, sobre el principal desencadenante del final del Reino Medio: la importante presencia asiática en el Delta oriental, que acabaría dando lugar primero a la XIV dinastía y después al reino de los hyksos (XV dinastía). La creciente apropiación asiática del lugar no sólo permitió la entrada en Egipto de un amplio número de extranjeros, sino también de sus productos. De este modo, durante esa dinastía se observa en Lisht, probablemente un barrio de la capital Itji-Tawy, un importante incremento de cerámicas de formas cananeas.

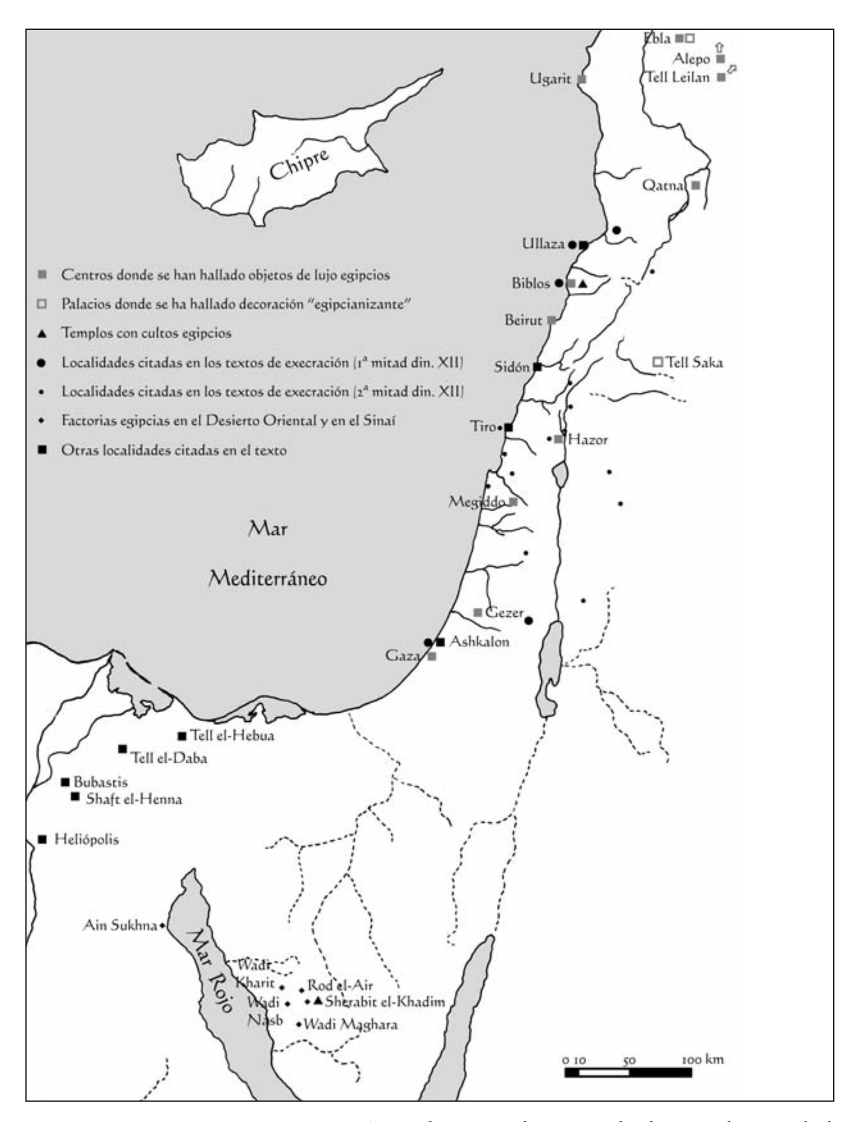



Figura 6.10. La presencia egipcia en Asia. El mapa incluye tanto los lugares de actividad directa egipcia (el Sinaí) como las áreas con las que Egipto comerció. El plano recoge únicamente la distribución de los principales *aegyptiaca* (estatuas y vasos de piedra con nombres reales) de ese período, omitiendo otros objetos egipcios como cerámicas, escarabeos, etc. En muchos casos, debido a su carácter exótico y a su valor, estos objetos pudieron llegar a los centros donde se hallaron mucho después de su fabricación. También hay que subrayar que la identificación de los topónimos citados en los textos de execración es, en la mayoría de los casos, hipotética. Todo ello nos da un mapa impreciso, pese a lo cual muestra un radio de acción bastante extenso de la influencia egipcia en el ámbito siro-palestino.

*Los desiertos y las poblaciones «libias»*

Las actividades en las áreas circundantes a Egipto fueron muy variadas y hay que asociarlas tanto a actividades económicas complementarias a las realizadas en el valle, como también a otras vinculadas con acciones de vigilancia y de envío de expediciones a regiones más lejanas. De los dos desiertos, el que debió de acaparar mayor interés fue el oriental. La explotación de esa región, rica en recursos minerales (grauvaca, amatista, cobre, galena u oro, entre otros) e importante estratégicamente para el envío de expediciones al Sinaí o a Punt, parece haber sido iniciada sólo a partir del reinado de Mentuhetep III, tal y como indica la inscripción ya mencionada de Henu en el Wadi Hammamat. Desde ese reinado en adelante se documentan numerosas actividades en la zona, en especial en el área del desierto a la altura de la Tebaida (Wadi Hammamat y *widian* adyacentes, Wadi ez-Zeit, etc.), así como en zonas más al sur como el Wadi Barramiya o el Wadi el-Hudi.

Las numerosas inscripciones dejadas por las expediciones egipcias en el desierto oriental a lo largo de las dinastías XI y XII, así como diferentes restos materiales hallados en él ofrecen datos muy interesantes sobre la composición y organización de las expediciones y, también, de otros aspectos como la vida cotidiana o las creencias religiosas de sus miembros. Uno de los momentos de mayor actividad en esta zona, y más concretamente en el Wadi Hammamat, fue durante el reinado de Senusert I, cuando se enviaron tres —quizás cuatro— expediciones formadas en dos ocasiones por varios millares de participantes. En una ocasión, en el año 38, la cifra, si nos fiamos de las fuentes egipcias, superó los 18.000 individuos. Tan gran número de efectivos, en contraste con las cifras mucho menores documentadas en reinados posteriores, no sólo refleja la gran autoridad del Estado sobre sus súbditos, sino también, como ya se ha visto, la búsqueda de la implicación de buena parte de la población egipcia en los proyectos estatales dirigidos por y para el rey.

En un momento posterior, durante el reinado de Amenemhat III y en menor medida el Amenemhat IV, se observan numerosas iniciativas en este desierto. Durante el reinado del primero, por ejemplo, hay constancia de la explotación no sólo del Sinaí, sino también de las minas de cobre en el puerto de Ayn Sukhna, de las minas de galena de Gebel ez-Zeit, de las canteras de grauvaca del Wadi Hammamat o de las minas de amatista de Wadi el-Hudi. Tales intervenciones, secundadas en menor medida por su sucesor, cesaron repentinamente a partir del reinado de Sobeknefru, restableciéndose brevemente durante uno de los reinados más dinámicos de la XIII dinastía, de Sobekhotep IV, quien envió expediciones al Wadi el-Hudi y al Wadi Hammamat.

La presencia egipcia en el desierto occidental a lo largo de todo el Reino Medio es peor conocida. En esta región se documentan actividades de vigilancia y en la zona de la Tebaida probablemente también religiosas (algún tipo de procesión o culto). Más al oeste de esa región, las evidencias proceden sobre todo de los oasis. Especialmente de los de Dakhla-Kharga y Bahariya. El primero (los egipcios consideraron ambos oasis como uno solo) parece haber sido ocupado ya durante la XI dinastía, tal y como indican algunos textos oficiales y títulos administrativos. Bajo la XII dinastía hay pruebas de la presencia de gobernadores tanto en uno como en otro, habiendo menciones a ciertas actividades de control en Dakhla-Kharga, porque la región parece haber sido el destino de los fugitivos del valle del Nilo. Finalmente, se sabe que en la XIII dinastía tanto Bahariya como Dakhla-Kharga permanecieron ocupadas, según se observa gracias a diferentes títulos administrativos y, sobre todo, al hallazgo en ambas áreas de necrópolis de este período.

Estos oasis, así como otros como el Wadi Natrun, cerca del Delta, debieron de ser importantes áreas agrícolas relacionadas, al menos en el caso de los primeros, con la producción vitivinícola. En lo que respecta a la última región, el cuento de *El campesino elocuente* incluye un amplio repertorio de productos, que el protagonista lleva a Egipto «para traer provisiones de allí para mis hijos» y que permite ver cómo estas regiones eran económicamente complementarias al valle, pues producían una gama muy diversa de bienes (aunque muchos de ellos resulten imposibles de identificar):

> «Entonces este campesino fue a la tierra negra [= Egipto] habiendo cargado sus asnos con cañas, plantas-*redemet,* natron, sal, palos de la región de [...] *tyu,* bastones del oasis de Farafra, pieles de felino, pellejos de chacales, plantas-*nesha,* piedra-*anu;* planta-*tenem;* planta-*kheperwer;* serpentina; mineral-*sakesut;* plantas-*misut;* ocre; mineral-*ab*[...]*u;* menta silvestre; plantas-*inbi;* palomas; aves-*naru;* carne de ave; plantas-*weben;* plantas-*tebes;* producto-*guenguenet;* alholva; planta-*inset* [= ¿anís?] y cada cosa buena del Campo del Natron [= Wadi Natrun]. Entonces este campesino se dirigió haci el sur hacia Heracleópolis» (*El campesino elocuente*)[33].

Si la documentación sobre los oasis es escasa, aquella sobre los llamados «libios» es aún más reducida. Bajo ese término los historiadores han agrupado dos etnónimos egipcios, *tjehenu* y *tjemehu,* cuyo emplazamiento es bastante problemático, siendo posible que ambos designaran durante el Reino Medio a una misma etnia cuya subsistencia parece haberse basado, como en etapas posteriores, en la ganadería. La ausencia de evidencias arqueológicas y la parquedad de los textos sólo permiten hacer cábalas sobre su localización. Dejando a un lado las menciones de estos términos en la fraseología oficial, donde ya aparecen desde el reinado de Mentuhetep II, no hay evidencias de unos contactos más precisos hasta el

inicio de la XII dinastía. Gracias a *La historia de Sinuhé* se sabe que, cuando Amenemhat I fue asesinado en su palacio, el futuro Senusert I estaba «trayendo prisioneros a los *tjehenuiu* y a todo su ganado sin fin». Esta campaña podría guardar relación con los restos de una construcción, quizás un templo o fortaleza del reinado de Amenemhat I, hallados en el Wadi Natrun y que bien pudieron tener como finalidad el control o vigilancia fronteriza del Delta frente a estas poblaciones.

El silencio de las fuentes y la escasa presencia de etnónimos, topónimos o antropónimos libios en los textos de execración y en otros documentos egipcios, permite sospechar —aunque todo argumento *ex silentio* siempre sea cuestionable— que, al contrario de lo que sucedería a partir de la segunda mitad de la XVIII dinastía, las poblaciones libias no constituyeron durante este período una amenaza seria para los egipcios salvo en momentos muy concretos, como el reinado de Amenemhat I.

### *Punt*

Como en el caso de los libios, el conocimiento de los contactos entre Egipto y Punt es muy limitado, pues se desconoce el lugar o lugares que se identificaron con esta región. Lo único seguro es que detrás de ese topónimo, probablemente genérico, se ocultaba un espacio que producía o comerciaba, o ambas cosas, con los *exotica* que siglos después caracterizarían el comercio entre el mundo mediterráneo y el ámbito afro-árabe, en otras palabras, el área del Cuerno de África (Sudán oriental incluido) y la parte sudoeste de la península Arábiga. Según las fuentes egipcias, tales productos eran sobre todo el *sentjer,* una resina de terebintáceas que también se producía en Asia e incluso, en Nubia y Egipto, y el *antiu,* un término que probablemente designaba tanto al incienso (resina de la especie *Boswellia*) como a la mirra (resina de la especie *Commiphora*), así como otros muchos productos como la madera de granadilla, el marfil de elefante, los animales exóticos y también el oro.

Los contactos comerciales entre Egipto y este ámbito comercial dependieron en gran medida de la capacidad del Estado egipcio para, desde el valle del Nilo hasta el mar rojo, transportar naves desmontadas, volver a ensamblarlas y, por supuesto, fletarlas. Esta operación, costosísima, sólo pudo ser ejecutada en momentos de gran prosperidad y calma. Tras su interrupción al final del Reino Antiguo, los contactos directos entre las dos regiones sólo pudieron retomarse a partir de los reinados de Mentuhetep III y sobre todo de Senusert I. Antes de que estos reyes enviaran sus misiones hay pruebas de que el *antiu* siguió llegando tanto al reino tebano como al heracleopolitano, señalando la existencia de intercambios entre ambos reinos y Punt mediante intermediarios entre los que probablemente figuraban los *medjaiu*.

A partir de Senusert I y a lo largo de toda la XII dinastía, al menos Amenemhat IV inclusive, hay constancia del envío desde la rada de Mersa Gawasis de misiones a Punt y, en menor medida, quizá al Sinaí. En ese punto del mar Rojo, a la altura de la Tebaida, las excavaciones de un equipo egipcio en la década de 1970 y de otro ítalo-estadounidense en los últimos años están ofreciendo importantes detalles sobre los contactos entre ambas regiones y, también, sobre cómo se organizaron las expediciones egipcias. La presencia en el lugar de trazas de obsidiana, ébano y cerámicas yemeníes y eritreas confirma la sospecha de que Punt era un importante actor comercial en el ámbito afro-árabe, cuyo puesto sería ocupado en momentos muy posteriores por reinos tales como Axum o Saba.

Aunque las relaciones entre Egipto y Punt durante este período —y por extensión durante toda su historia— pueden considerarse como una parte marginal de la política exterior egipcia, hay que indicar que desempeñaron un interesante papel en la cultura de la élite egipcia. Debido al carácter remoto de esa tierra (raramente incluida en los textos oficiales como un territorio amenazador), a su emplazamiento oriental (esto es, el lugar por donde nacía el sol) y a los productos que producía (estrechamente ligados al culto divino), Punt fue un elemento de fascinación y de atracción en el imaginario egipcio de este período tal y como demuestran por ejemplo *El cuento del náufrago,* inspirado en parte en las evocaciones de esta tierra, o la aparición del topónimo en diferentes composiciones religiosas.

### *El espacio egeo, Chipre y Anatolia*

Los contactos de Egipto con el ámbito egeo constituyen, sin duda, el aspecto peor conocido de la política exterior egipcia durante el Reino Medio. Algunos textos egipcios de este período ya mencionan, aunque sin dar demasiados detalles, el topónimo Keftiu, que la mayoría de los egiptólogos identifican con Creta. La existencia de relaciones bilaterales entre ambas regiones es evidente, tal y como demuestran la presencia de *aegyptiaca* y de influencias artísticas egipcias en dicha isla y en otros puntos del Egeo, así como el hallazgo en Egipto, especialmente en la segunda mitad del Reino Medio, de cerámicas minoicas (en su mayoría procedentes del palacio de Festos) y de la presencia en el arte egipcio de ciertos motivos, temas y tratamientos artísticos cretenses. Todos estos datos, sin embargo, no permiten precisar cómo y dónde tuvieron lugar esos contactos, que pudieron ser directos o indirectos, o ambos a la vez, teniendo en regiones como Chipre o la costa siro-libanesa a sus posibles intermediarios.

Los intercambios con Chipre y Anatolia tampoco son bien conocidos. En ambas regiones se han hallado algunos objetos egipcios en niveles

contemporáneos al Reino Medio. Lo mismo sucede en Egipto, donde han aparecido algunas cerámicas chipriotas y objetos de plata que probablemente procedan del Asia Menor y/o Grecia. Como en el caso de Creta y del ámbito egeo, no es posible precisar si la distribución de estos objetos y materiales obedece a ciertas relaciones directas o probablemente a otras de tipo indirecto, consecuencia de la compleja y vasta red comercial que ya en el Bronce Medio estaba bien desarrollada en el Mediterráneo oriental.

Un ejemplo de las dificultades que supone reconstruir las relaciones entre Egipto y todas estas regiones es el llamado «Tesoro de Tod», hallado en 1936 dentro de cuatro cajas de metal con el nombre de Amenemhat II emplazadas bajo los cimientos de un templo del Reino Medio en la localidad homónima, en el área de la Tebaida. En su interior se hallaron diferentes cuencos (hasta 153), objetos de plata (anillos y lingotes), así como otros elementos de lapislázuli procedente de la región del Badakhstán (Afganistán). Su carácter foráneo lleva a pensar que el tesoro pudo ser una adquisición o regalo llegado en un primer momento a la corte egipcia, que posteriormente, por motivos desconocidos, acabó siendo depositado bajo ese santuario.

La datación y origen de las piezas que componen este hallazgo han sido objeto de numerosos debates. Algunos autores creen que pudieron ser enterradas mucho después del reinado de Amenemhat II, aunque no hay ningún argumento que lo pruebe. Respecto a su procedencia se ha sugerido Siria, Anatolia y el ámbito egeo (serían minoicas o, según algunos autores, incluso micénicas). Recientes análisis de la plata de algunos de los objetos señalan que el metal de los lingotes y cadenas podría proceder del norte de Grecia, mientras que la de las copas procedería de esa zona o de la Tróade o de la cordillera del Tauro, o de ambas.

Más difícil aún resulta establecer el modo en que el tesoro llegó a Egipto. En una de las copas un texto en hierático menciona al «mensajero Nenenitef (?)», lo cual sugiere la llegada de estos productos por intercambios comerciales o diplomáticos que quizás haya que localizar en el Levante en vez de en las tierras, más remotas, donde se elaboraron, ya que por su tipología los objetos de lapislázuli del tesoro parecen ser de origen sirio (quizás de Ebla o Mari), aunque esa identificación sea de nuevo incierta. Con todas sus incertidumbres y misterios, este tesoro muestra hasta qué punto el Mediterráneo oriental había desarrollado durante el Bronce Medio una compleja red de intercambios en la que Egipto fue un importante actor económico, pese a que su presencia apenas quede constatada en los archivos de esa época en el Levante.

# CAPÍTULO VI

# EL SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO

Juan Carlos MORENO GARCÍA

El final del Reino Medio es, como sucediera con el final del Reino Antiguo, un período impreciso y de difícil delimitación cronológica, donde las fuentes son cada vez más escasas. La transición al Segundo Período Intermedio resulta apenas visible en las fuentes epigráficas o en el registro arqueológico, y el investigador sólo puede constatar que al cabo de un cierto tiempo, cuya duración es objeto de arduos debates entre especialistas, Egipto estaba dividido en diversos centros de poder. En ambos casos, el final de la monarquía unitaria marca el inicio de una época donde se suceden los enfrentamientos, pero también la coexistencia pacífica entre entidades políticas de extensión territorial limitada y duración a menudo efímera. De ellas terminarán por surgir dos reinos que, en la fase final de su existencia, conocerán enfrentamientos militares que culminarán con la eliminación de uno de los contendientes y con la reunificación del país. Por último, ambos episodios históricos se caracterizan por una profunda elaboración historiográfica *a posteriori* de los acontecimientos traumáticos vividos, con un objetivo doble: por un lado, reclamar la legitimidad para el bando vencedor, que queda así reintegrado en la continuidad de la historia faraónica y cuyos dirigentes son considerados como los nuevos —únicos— representantes de los dioses al frente del país, mientras que los perdedores quedan relegados a las brumas del caos, de la impiedad, quedando en entredicho su mismo carácter egipcio al ser considerados como excrecencias históricas, llegadas del exterior y destinadas a la expulsión y a la eliminación del discurrir legítimo de la historia egipcia. Por otro lado, las producciones historiográficas pretenden explicar cómo pudo suceder algo tan impensable como la desaparición temporal de la realeza y la instauración del caos en el país; la respuesta consiste en atribuir toda la responsabilidad a un Otro —los perdedores— caracterizado con aquellos rasgos que, en períodos de unidad estatal, eran exclusivos de las poblaciones que habitaban

fuera de las fronteras egipcias. Así, los dinastas rivales aparecen como extranjeros, impíos, incapaces de asegurar la prosperidad del país; de ahí que los territorios que gobiernan estén minados por hambrunas, crecidas insuficientes, guerras o infiltraciones de extranjeros. En cambio, la reinstauración de la prosperidad y el orden constituyen la evidencia misma de la intervención renovada de los dioses en el país y que, al designar a un líder político como instrumento de su voluntad, lo dotan de una legitimidad que lo distingue de la multitud de aspirantes al poder. La vivacidad y la elocuencia de tales elaboraciones ideológicas e «historiográficas» producidas por los vencedores ha impregnado a menudo la propia interpretación de los egiptólogos, tentados de aceptar como veraces los puntos de vista o la presentación de los hechos elaborados por los triunfadores, tebanos en ambos casos.

Sin embargo, si abandonamos el terreno de las grandes inscripciones de claro contenido ideológico y nos centramos en otras fuentes escritas (como los textos administrativos) o en los vestigios arqueológicos, observaremos que la continuidad de las estructuras y de la organización del reino son dos rasgos dominantes durante las primeras fases de ambos Períodos Intermedios, siendo difícil discernir una ruptura clara. De hecho, las fuentes administrativas y las inscripciones de los funcionarios son más abundantes a comienzos del Segundo Período Intermedio que del Primer Período Intermedio. Quizás por esta razón los estudiosos del final del Reino Medio han considerado con menos credulidad las menciones de hambrunas presentes en los textos y, en vez de proponer reconstrucciones fundadas en factores naturales extraordinarios tales como cambios climáticos o alteraciones del nivel de la crecida del Nilo (aceptados, en cambio, para explicar el final del Reino Antiguo), han centrado sus pesquisas en otros elementos, como las invasiones foráneas. Además, si el paso del Reino Antiguo al Primer Período Intermedio ha sido caracterizado como una época de autonomía de las regiones, donde numerosos gobernadores locales actuaban como las únicas autoridades administrativas y militares *de facto* en sus circunscripciones respectivas, el Segundo Período Intermedio vio la aparición de numerosos reyes cuyos nombres han sido conservados tanto en papiros (como el célebre *El canon de Turín*) como en multitud de escarabajos. Quizás por ello el Segundo Período Intermedio tiende a ser contemplado como una época de una cierta continuidad con respecto al Reino Medio, debido a la presencia documentada y continua de reyes, lo que haría innecesario recurrir a fenómenos naturales como agentes del cambio histórico y permitiría centrar los análisis sobre todo en los factores políticos.

En suma, el peso de las ideas de continuidad histórica y legitimidad dinástica que impregnan los relatos egipcios ha influido de tal modo en las interpretaciones de los egiptólogos que, de manera inconsciente, éstos han aceptado que los factores de cambio de la sociedad egipcia sólo

podían llegar del exterior y que la unidad es un rasgo consustancial de Egipto, de tal modo que las fases de fragmentación política sólo pueden ser explicadas por la intervención de circunstancias extraordinarias que interrumpen el devenir «normal» de la historia del país. De todo ello se deduce un inmovilismo de las estructuras que ha favorecido la explicación de numerosos aspectos del Egipto antiguo a partir de un uso indiscrimidado de las fuentes procedentes de las épocas mejor documentadas: debido al supuesto conservadurismo de la sociedad egipcia, ¿para qué explicar la organización de la agricultura, el papel de los templos, el peso de las regiones o la formación de los grupos dirigentes en cada período de la historia de Egipto? Bastaría con atribuir a las épocas peor conocidas las mismas características presentes en aquellas mejor documentadas. Añadamos a todo ello el rígido corsé temporal donde alternan períodos «brillantes» (los reinos/imperios) con otros de «decadencia» (los Períodos Intermedios), cuyas trayectorias históricas respectivas se repetirían sucesivamente, y la imagen del Egipto eterno e inmutable queda definitivamente fijada... y el uso de las argumentaciones circulares también.

Sin embargo, el estudio de los restos arqueológicos, la aplicación de metodologías más sofisticadas y la lectura más informada de las fuentes escritas están permitiendo abandonar los viejos clichés historiográficos y descubrir una variedad y una complejidad impensables hasta hace apenas dos décadas en el estudio del Egipto faraónico. La vieja división en «Períodos», por ejemplo, sugiere unas fronteras temporales claras, desmentidas, sin embargo, por tendencias de fondo (económicas, sociales, políticas, territoriales) que desbordan ampliamente los límites de las periodizaciones... y la rigidez de nuestras perspectivas historiográficas. Una de las épocas más favorecidas por los nuevos avances de la investigación ha sido, precisamente, el Segundo Período Intermedio. Sin embargo, el peso de las viejas interpretaciones sigue dominando nuestra comprensión de esta época. Por ello, en las páginas que siguen, insistiré sobre todo en el análisis de los elementos estructurales de fondo que permiten comprender tendencias históricas que rebasan ampliamente los límites cronológicos del Segundo Período Intermedio. También intentaré poner de relieve hasta qué punto muchas interpretaciones admitidas hasta hace poco son, en realidad, deudoras de inercias investigadoras que vuelven incomprensibles los cambios producidos en el Egipto antiguo. El papel de la arqueología es fundamental, no sólo por la masa de nuevas informaciones que proporciona, sino porque, al mismo tiempo, ofrece contextos nuevos que permiten una relectura más productiva de las fuentes escritas y una mejor comprensión de los fines con que fueron redactadas. Dadas las limitaciones de espacio, prefiero privilegiar el estudio de las tendencias de fondo antes que centrarme en los vericuetos de la cronología y de las reconstrucciones genealógicas, donde el desacuerdo entre los especialistas conduce con frecuencia al estancamiento en los detalles.

## El final del Reino Medio

La XII dinastía está considerada como el período clásico de la cultura egipcia y una de sus más brillantes fases históricas. Muchas de las obras más conocidas de la literatura egipcia fueron compuestas en esta época (aunque esta datación comienza a ser cuestionada en favor de cronologías algo más tardías), el arte alcanzó cotas de una gran calidad y los testimonios epigráficos y arqueológicos dan fe de la notable expansión egipcia en el exterior, tanto hacia Nubia como hacia el área de Levante y Palestina, objeto de campañas militares conmemoradas en los anales reales. Sin embargo, la duración de esta fase «brillante» de la historia egipcia resulta llamativamente breve (apenas doscientos años), sobre todo si la comparamos con el Reino Antiguo o el Reino Nuevo, notablemente más duraderos. Cabe pensar, por tanto, que, tras esta fachada de aparente esplendor, el Reino Medio fue en realidad una época donde las tensiones estructurales que condujeron a la crisis del Estado faraónico al final del Reino Antiguo sólo fueron resueltas en parte y de manera precaria, de tal modo que la reconstrucción de la realeza, durante el Reino Medio, no llegó a consolidarse y terminó precipitando al país a una nueva crisis política.

De hecho, los faraones del Reino Medio no establecieron en Menfis la capitalidad del Estado recién reunificado, ni tampoco parecen haber sido capaces de asegurar un control duradero del Delta oriental. Incluso en el plano ideológico su papel ante los dioses aparece relativamente disminuido si lo comparamos con la realeza del Reino Antiguo. Desde un punto de vista territorial, se advierte que la vieja red de instalaciones de la corona en el medio rural (los *hwt*) no fue restablecida y que los templos locales pasaron a desempeñar un papel más relevante, tal y como demuestra el hecho de haber sido edificados en materiales nobles y no en adobe y haber sido objeto de importantes proyectos decorativos, ausentes en cambio en la mayor parte de los templos provinciales conocidos del Reino Antiguo.

En el plano social, mientras la ideología oficial expresada en los monumentos funerarios privados del Reino Antiguo llegó a eclipsar por completo el papel de las familias extensas, durante el Reino Medio, por el contrario, las estelas funerarias indican la existencia de complejas redes de parentesco cuyo alcance llega mucho más allá de los miembros de la familia nuclear del difunto. Y en la administración, los faraones del Reino Medio parecen haber perseguido la disolución de las bases de poder de las grandes familias provinciales, que tanta importancia habían tenido en la historia de Egipto desde comienzos de la VI dinastía. El procedimiento seguido consistió en integrarlas en el aparato del Estado y en diluir el papel del nomo como unidad administrativa en favor de unidades territoriales mucho mayores (las *waret*) o más reducidas, como la ciudad/localidad

y su distrito inmediato, que aparecen como los núcleos básicos de la organización administrativa en los títulos de los funcionarios o en las inscripciones donde se menciona la movilización de trabajadores.

Una presencia más débil de las instalaciones de la realeza en provincias, el auge de los templos como nuevos polos de poder, la multiplicación de niveles en la jerarquía administrativa territorial, la cooptación de las grandes familias provinciales en el aparato del Estado y el desarrollo consiguiente de la corte, pudieron ser factores que condujeron a la multiplicación de micropoderes locales, al consiguiente debilitamiento de la cadena de transmisión de las órdenes reales y a una mayor importancia de las facciones palatinas y de los intereses de las grandes familias del reino en la elaboración de la política real. Sin olvidar los costes de una política exterior agresiva hacia Nubia y Levante, incluida la creación de una red de fortalezas en el área de la segunda catarata del Nilo.

Sin embargo, nada indica una ruptura traumática del país durante la XIII dinastía. Las órdenes reales y los documentos administrativos continuaron siendo producidos y aplicados sin problemas aparentes, al tiempo que los monumentos de los funcionarios dan fe de la continuidad de los departamentos gubernamentales y de la cadena de mando, al menos a un nivel formal. Sin embargo, otros factores indican también si no cambios profundos, al menos la afloración de tensiones estructurales que anuncian, precisamente, el frágil carácter del Estado construido tras el Primer Período Intermedio. Uno de estos factores es la multiplicación del número de faraones durante la XIII dinastía y la abundancia de soberanos que no parecen descender inmediatamente de otros reyes; al mismo tiempo, las fuentes revelan la estabilidad de ciertas familias de altos dignatarios, que proporcionarán no solamente los cuadros superiores de la Administración, sino también los príncipes, princesas y reyes que nutrirán la realeza de finales del Reino Medio.

Actualmente no se acepta ya la vieja hipótesis que consideraba la XIII dinastía como una época dominada por una monarquía débil, donde la rápida sucesión de faraones y la pervivencia en su cargo de algunos visires durante varios reinados indicaría que los reyes eran títeres en manos de sus poderosos ministros. Ante la evidencia de que los visires siempre aparecen como ejecutores de la voluntad real, y que sus monumentos no superan las dimensiones de los erigidos por los soberanos de Egipto, ahora se admite más bien que un grupo de importantes familias controló la realeza, imponiendo a los miembros de una u otra en el trono de Egipto conforme a criterios políticos, pactos o luchas por el poder cuyos detalles se nos escapan. Este tipo de prácticas nada tiene de extraño o de excepcional en la historia de Egipto, si bien choca con nuestra percepción europea y dinástica de la realeza moderna, donde cada ocupante del trono es el hijo de su predecesor y el padre de su sucesor.

Recordemos el caso de la llegada al trono de Egipto de los faraones de la VI dinastía, marcada aparentemente por luchas por el poder y por un aumento del peso político de las familias provinciales y donde se advierte un fenómeno contrario al que estamos analizando, ya que los reinados de los tres primeros faraones contemplaron una vertiginosa sucesión de visires y dignatarios en las más altas magistraturas del país. Probablemente los inicios de la VI dinastía se caracterizaron por una ampliación de la élite dirigente del país y de la base de poder de los nuevos soberanos mediante la incorporación de poderosas familias de magnates locales a los más altos puestos del poder, incluyendo las alianzas matrimoniales entre éstas y la familia real; las tensiones resultantes (destrucción de tumbas, menciones de usurpadores, asesinato de un faraón) pudieron consolidar el papel de los faraones como árbitros entre diversas facciones de la élite del país, muchos de cuyos miembros accedían brevemente a las principales funciones administrativas. En cambio, la XIII dinastía parece haberse caracterizado por nuevas formas de organización del reparto del poder, donde las familias poderosas prefirieron colaborar, más que competir, en la colocación de sus candidatos en el trono de Egipto. En ambos casos, afloran el papel y el peso de poderosas familias en la organización del reino; un peso y un papel a menudo ocultos por una ideología oficial donde la omnipotencia del faraón oculta las realidades cotidianas del poder.

Por supuesto, estos cambios en la esfera política no tienen por qué haber ido acompañados de crisis sociales o económicas extendidas o de un deterioro en las condiciones de vida de la población, pues su alcance e influencia pudo muy bien haber quedado limitada en un primer momento al entorno de los círculos palatinos. Es significativo a este respecto que la documentación conservada sea relativamente abundante y que revele que las prácticas administrativas prosiguieron inalteradas. E incluso nos informan de algunas cuestiones importantes relativas a la organización de la corte o a las modalidades de imposición fiscal vigentes en la XIII dinastía.

El Papiro Brooklyn 35.1446, por ejemplo, es un texto administrativo que nos ayuda a comprender el funcionamiento de una institución conocida sobre todo por los títulos de los funcionarios que estaban a su cargo, la *kheneret*. Una *kheneret* era un campo de trabajo, en ocasiones fortificado (como han puesto de manifiesto recientemente las excavaciones en Qasr el-Sagha), cuya mano de obra era reclutada periódicamente por el Estado para realizar tareas diversas. El Papiro Brooklyn 35.1446 contiene el listado de un numeroso grupo de personas así empleadas, con la salvedad de que en ocasiones fueron asignadas de manera permanente a la realización de trabajos obligatorios, como castigo por haber huido de sus obligaciones en ocasiones anteriores. El documento indica, además, cómo parte de la mano de obra era asignada a la

condición de *ihuti,* mientras que su filiación revela que en ocasiones eran clientes o subordinados de personajes de un cierto rango social, desde militares a sacerdotes. Por último, la mayoría de las personas mencionadas eran asiáticos, sin que sea posible precisar su origen: ¿prisioneros de guerra?, ¿poblaciones asentadas que convivían con egipcios?

La asignación de algunos de estos individuos a tareas propias de los *ihuti* contribuye a arrojar luz sobre esta categoría de población, ya que documentos posteriores, del Reino Nuevo, indican que se trataba de labradores obligados a entregar cuotas de producción fijas al Estado o, por delegación, a las instituciones que los empleaban. En algunos casos se trataba de labradores de condición social elevada, a juzgar por las enormes cantidades de cereal que debían entregar a las instituciones de las que dependían. Pero en otros casos eran personas empleadas forzosamente en las labores agrícolas y que incluso podían ser compradas y vendidas. Fuentes del Reino Nuevo indican que criminales y prisioneros de guerra podían ser convertidos en *ihuti,* incluyendo los funcionarios que contravenían las órdenes reales. Pero el Papiro Brooklyn 35.1446 también indica que estos trabajadores podían ser transferidos por el Estado a los altos dignatarios del reino como recompensa o remuneración por sus servicios, siguiendo una práctica bien arraigada en Egipto, por la cual el Estado retribuía a sus funcionarios mediante la entrega de tierras y de los medios necesarios para cultivarlas, como animales, simiente y trabajadores. La imagen resultante de este documento excepcional es que durante la XIII dinastía los engranajes del Estado continuaron funcionando sin problemas aparentes y que los visires aparecen como los ejecutores de las órdenes reales.

También la corte real continuaba en activo, y el Papiro Bulaq 18 contiene valiosa información sobre su composición. Así, podemos intuir el peso de una institución bien conocida durante el Reino Medio, el *kap*, y cuya denominación ha sido interpretada, a menudo de manera demasiado reduccionista, como un harén. Sin embargo, se trataba en realidad de los apartamentos privados del rey y de su familia, donde eran educados no solamente los príncipes, sino también los hijos de los principales dignatarios del país. De este modo se reforzaban los vínculos entre los futuros soberanos de Egipto y el círculo de potentados de donde surgirían sus hombres de confianza y los responsables de las principales funciones administrativas. Sin embargo, también constituían un polo de formación de camarillas y de intrigas, y documentos excepcionales como la inscripción de Uni de Abydos, de la VI dinastía, o los papiros relativos a la intrigas de finales del reinado de Ramsés III, en el Reino Nuevo, muestran cómo las conspiraciones o los proyectos de regicidio nacían en ocasiones en estas dependencias. Pero el Papiro Bulaq 18 contiene sobre todo información sobre las raciones y los preparativos necesarios para atender los gastos corrientes de la corte, e incluye

enumeraciones de altos funcionarios y de los cortesanos que constituían el círculo más próximo al soberano, donde el transcurrir rutinario de la vida palaciega tampoco augura el final del Reino Medio.

En fin, otro importante lote de documentos administrativos son los Papiros de Ilahun, descubiertos en las inmediaciones de esta localidad próxima a El Fayum y que corresponden a los archivos del templo funerario del faraón Sesostris II. Las actividades registradas en estos documentos no se limitan sólo a listados de fiestas y de las cantidades de ofrendas que debían ser presentadas periódicamente conforme a la ejecución de los rituales encargados a un personal administrativo especializado. En efecto, también aparecen numerosos documentos de carácter privado que ilustran la vigencia de las prácticas burocráticas encomendadas a diversas oficinas gubernamentales como, por ejemplo, transmisiones de bienes mediante testamento, ventas de funciones sacerdotales entre el personal del templo funerario, adquisiciones de siervos o listados de los miembros que integraban diversas unidades domésticas y que incluían en ocasiones a asiáticos.

Otros documentos mencionan con detalle el proceso de creación de explotaciones agrícolas destinadas a proporcionar los productos que debían alimentar el flujo constante de ofrendas en el templo; así, el proceso de selección de un terreno apropiado, su división en parcelas y su asignación a los trabajadores que debían cultivarlas era cuidadosamente registrado por escribas y funcionarios dependientes de las oficinas del Estado. En otros casos, sacerdotes y funcionarios diversos asumían la explotación de parte de las tierras del templo a cambio del pago de una renta en cereales. Las cantidades de grano entregadas son a menudo demasiado grandes como para corresponder al terreno cultivado por un individuo y su familia y, de hecho, otros papiros revelan que eran *ihuti* quienes se ocupaban en ocasiones del trabajo efectivo de la tierra.

Por último, otros textos indican las parcelas entregadas a los sacerdotes como remuneración por sus servicios. Todo ello proporciona una información fascinante sobre la organización de un microcosmos social y económico organizado según pautas administrativas bien arraigadas en el Estado egipcio y que cuentan con numerosos precedentes en el Reino Antiguo. Nada sugiere en estos documentos un declive en el alcance del poder del faraón sino, al contrario, la rutina de una burocracia bien rodada cuyos departamentos ejecutan las tareas encomendadas por palacio y que encuadra a una jerarquía de dignatarios respetuosa de los procedimientos tradicionales, como lo demuestra la copiosa correspondencia conservada.

En estas circunstancias, la ruptura de la unidad del país aparece como un fenómeno más ligado a circunstancias políticas que económicas, como ya ocurriera a finales del Reino Antiguo. La aparición del reino tebano en el sur y la secesión del Delta oriental ilustran perfectamente

tendencias de fondo que ponen de manifiesto la existencia de factores de tensión muy anteriores a la división del reino. Sobre todo en un contexto en que diversas familias y facciones palatinas imponen a sus candidatos en el trono de Egipto en una rápida sucesión de reyes cuya abundancia revela cambios en la organización de la monarquía.

## La ruptura de la unidad del país: el auge de Tebas y de Avaris/Tell el-Daba

En efecto, cabe pensar que si individuos que no pertenecían a la realeza podían imponer a sus hijos en el trono de Egipto, la propia institución real pudo terminar cayendo en el desprestigio y alentando las ambiciones de familias bien asentadas en la periferia y tentadas de no seguir las directrices emanadas de una capital lejana y ensimismada en intrigas palaciegas. Sin embargo, también se advierte que algunas familias influyentes durante la XIII dinastía siguieron ocupando una posición privilegiada en el reino tebano del Alto Egipto y contando con una importante base de poder en el sur, lejos del entorno de Itji-Tawy, la capital del país. Sea como fuere, las circunstancias del abandono de Itji-Tawy permanecen aún en la oscuridad, al igual que los inicios del reino tebano. En cambio, el origen del reino hykso ha sido objeto de una completa reinterpretación gracias a los hallazgos producidos en Tell el Daba (fig. 7.1).

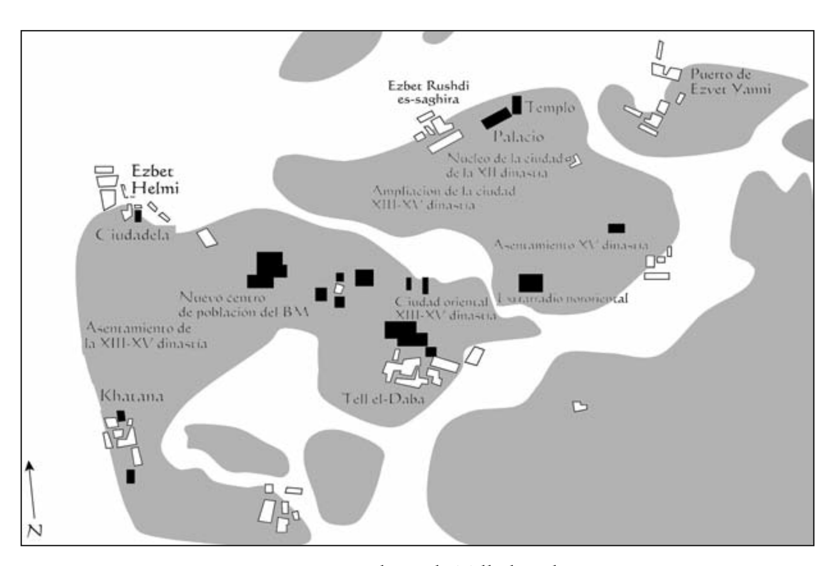



Figura 7.1. Plano de Tell el-Daba.

Generalmente se ha admitido que el final propiamente dicho del Reino Medio tuvo lugar cuando los faraones de la XIII dinastía abandonaron Itji-Tawy y establecieron en Tebas la capitalidad de un reino reducido ahora al Alto Egipto, dando así lugar a la XVII dinastía, cuyos últimos representantes iniciarían la guerra que culminaría con la reunificación de Egipto y con la fundación del Reino Nuevo. Sin embargo, esta interpretación adolece de numerosos problemas cronológicos, que quedarían solventados en parte si se acepta que el reino tebano surgió *antes* del final de la XIII dinastía y que durante algún tiempo los reyes de Itji-Tawy (XIII dinastía) fueron coetáneos de un nuevo reino surgido en el sur. Si bien la continuidad directa entre ambas dinastías queda así rota, el contexto histórico sugiere que esta explicación no es descabellada, y de este modo el final de la XIII dinastía coincidiría con la aparición de nuevos focos de poder político independientes de la autoridad de Itji-Tawy, tanto en el Delta como, significativamente, en el Alto Egipto, en torno a Tebas, lo que terminaría por precipitar el final de la monarquía unitaria.

En este contexto, la continuidad de ciertas familias poderosas en Itji-Tawy y después en Tebas parece indicar que los factores políticos fueron determinantes en la crisis del Estado, ya que esas familias contaban con sólidas bases de poder tanto en Ititauy como en Tebas y sus intereses desbordaban los límites de cada uno de estos reinos. De hecho, *El canon real de Turín* contiene una numerosa lista de reyes que, aun admitiendo una gran inestabilidad política en el país, difícilmente pudieron sucederse unos a otros. Más bien cabe pensar en la aparición de numerosos reyezuelos en diversas partes de Egipto, de los que algunos bien pudieron haber sido vasallos de otros aun cuando todos se considerasen a sí mismos como reyes. Nehesy es uno de ellos, bien documentado gracias a numerosos monumentos hallados en el Delta oriental, que reflejan de manera aproximada la extensión de sus dominios. Actualmente se reserva la denominación de «XIV dinastía» para todos estos reyezuelos del Delta anteriores a los hyksos y de soberanía indeterminada, mientras el término «XVI dinastía» designa, según los estudiosos, bien a otros dinastas del Delta bien a los reyes tebanos anteriores al dominio de los hyksos sobre el Alto Egipto meridional.

El paralelo es evidente con el Primer Período Intermedio, cuando la crisis que terminó con el Reino Antiguo alentó las veleidades de numerosos personajes que también se proclaman reyes en sus monumentos, si bien la autoridad de tales faraones no parece haber rebasado el ámbito local, como sucede con Khui de Dara, en el Egipto Medio, o Uni de Ezbet Rushdi, en el Delta oriental, entre otros. Los reyes tebanos también aparecen entonces y en el Segundo Período Intermedio como unos reyezuelos locales más, que con el paso del tiempo afirmarán su poder en el sur antes de terminar enfrentados a reinos que controlan, al menos, el Delta y el área menfita, aunque su capitalidad no se halle,

significativamente, en Menfis sino en localidades como Avaris/Tell el Daba o Heracleópolis Magna.

Por ello, a falta de datos más precisos, cabe pensar que la crisis del Reino Medio puede ser caracterizada como la implosión de un reino del que fueron independizándose personajes ambiciosos que crearon bases territoriales de poder efímeras. En cambio, el reino tebano pudo contar con algunas ventajas, de las cuales la presencia del templo dinástico de Amón de Karnak, con su potente papel legitimador, no es una de las menores; además, la exigüidad del valle del Nilo en el sur y la presencia de templos en manos de familias vinculadas a la corona tampoco permitían la existencia de grandes propietarios ni la consolidación de rivales serios para la autoridad de los reyes de Tebas; probablemente, algunas de las familias más influyentes a finales del Reino Medio eran oriundas del sur o contaban allí con importantes intereses, lo que explica la continuidad de algunas de ellas en el nuevo reino tebano, así como la estabilidad de su poder y la permanencia de sus relaciones privilegiadas con la monarquía.

Sin embargo, la pobre calidad de los monumentos de algunos reyes tebanos datables a comienzos de la XVII dinastía indica que su poder o los recursos a su disposición eran exiguos. Incluso la posible presencia de una guarnición hyksa en Gebelein, al sur de Tebas, sugiere un cierto grado de sometimiento a la autoridad de los reyes que gobernaban la mayor parte de Egipto desde Tell el Daba. En efecto, la aparición de un poderoso foco de poder político en Tell el Daba y la reinterpretación del contexto social, político y económico en que surgió han sido posibles gracias a los descubrimientos arqueológicos y han permitido reevaluar completamente el papel tradicionalmente atribuido a los hyksos.

Que documentos como el Papiro Brooklyn 35.1446, los Papiros de Ilahún, los Anales Reales del Reino Medio o ciertas inscripciones de particulares mencionen asiáticos capturados, sometidos a servidumbre o empleados como domésticos en las casas de los egipcios pudientes, revela una presencia notable de personas oriundas de Levante en Egipto. No cabe pensar en una invasión, sino en la llegada de poblaciones debido a circunstancias diversas y en oleadas espaciadas en el tiempo: prisioneros de guerra, poblaciones pastoriles que llegaban al Delta en busca de pastos (y que han dejado abundantes restos arqueológicos en el Wadi Tumilat) y especialistas cuyas habilidades eran de interés para la realeza. De hecho, la zona donde surgirá Avaris/Tell el Daba poseía una gran importancia estratégica como base de partida de caravanas y expediciones desde el Delta oriental hacia el Sinaí y Levante. Una inscripción del Reino Medio revela que precisamente en esta encrucijada de rutas fue fundada una instalación *hwt,* un tipo de centro agrícola de la corona que cumplía las funciones de almacén, fortín y núcleo administrativo de varios campos y centros de procesamiento de productos

agrícolas. El hallazgo reciente de una marca de sello de la XII dinastía en la zona constituye el testimonio más antiguo del nombre de Avaris (*Hwt-waret*) y revela que ya entonces era una localidad controlada por un gobernador (*haty-a*) de nombre inequívocamente egipcio, Imeniseneb. Estos elementos prueban que el origen de Avaris/Tell el Daba se encuentra ligado al interés de la monarquía por controlar el acceso hacia Asia.

La excavación de una zona de Tell el Daba (área F/I) ayuda a comprender el origen de los hyksos, ya que sugiere que no surgieron de la nada o de una supuesta invasión procedente de Levante, sino que, probablemente, su origen remonte a poblaciones asiáticas asentadas desde mucho tiempo atrás en el Delta oriental, presumiblemente como especialistas al servicio de la corona egipcia parcialmente aculturados, que desempeñaban funciones muy precisas en la estructura del Estado egipcio. Así, la presencia de numerosas inhumaciones de asnos y de armas en el cementerio del área F/I ha sido interpretada como el indicio de un uso particular del espacio, reservado al enterramiento de especialistas tales como transportistas o guerreros, de gran importancia en una localidad como Avaris/Tell el Daba por constituir la ventana de Egipto hacia Levante en el Reino Medio. La estatua de un individuo hallada en la zona es egipcia en la forma y en la representación de las ropas, pero su propietario lleva también insignias de poder típicas de los potentados sirio-palestinos.

La importancia de los contactos con Levante queda bien manifiesta en los títulos utilizados por estos oficiales, como «intendente de los países extranjeros» o «intendente de Retenu». Todo ello sugiere que el Estado egipcio instaló en Avaris/Tell el Daba especialistas asiáticos en la guerra, la navegación y el transporte y que, a pesar de estar aculturados, desarrollaron una cultura propia que con el tiempo daría lugar a la formación de una tradición nueva, que conserva elementos propios de sus países de origen. No cabe, por tanto, considerar a estos pobladores asiáticos como una población homogénea: su diversa procedencia, su instalación en Avaris/Tell el Daba en épocas diferentes durante el Reino Medio y su coexistencia con egipcios terminaron por producir una población que no era ni propiamente egipcia ni tampoco cananea.

La crisis del Estado egipcio y de su Administración centralizada a finales del Reino Medio afectó a la capacidad de la corona para financiar y organizar los contactos comerciales con el exterior, de tal modo que las funciones de una parte de la población de Avaris/Tell el Daba dejaron de tener razón de ser. Y así, en el cementerio se advierte que las antiguas agrupaciones de tumbas por funciones ceden en importancia ante otras donde predominan criterios familiares, con el retroceso de las inhumaciones de asnos, la aparición de formas clánicas de organización de los enterramientos y el surgimiento de nuevas marcas de estatus ligadas sobre todo a la posesión de armas. Por este motivo, se considera que el abandono de algunos rasgos culturales egipcios corre parejo a la

transformación de los antiguos guerreros y comerciantes instalados en Avaris/Tell el Daba en una nueva élite que comienza a definirse mediante un nuevo universo simbólico. En definitiva, más que considerar a los hyksos como invasores llegados a Egipto desde Levante, las excavaciones arqueológicas permiten proponer una interpretación diferente, donde la particular composición étnica de Avaris/Tell el-Daba terminó por producir una población con una cultura original y que, al igual que otros actores locales de Egipto a finales del Reino Medio, terminará también por participar en la vida política del país mediante la creación de una entidad política propia.

## Los templos, nuevo elemento articulador del reino tebano

Una característica particular del Reino Nuevo es la enorme importancia económica de los templos en Egipto, su autonomía organizativa y la ausencia de instalaciones de la corona con un peso semejante en el medio rural. Este hecho novedoso no ha atraído la atención de los investigadores como mereciera y, de hecho, el Reino Nuevo se distingue de las fases precedentes de la historia egipcia por la posición excepcional de los templos en la organización económica del país. Hasta entonces, ciertas instalaciones agrícolas y productivas de la corona, como los *hwt* en el Reino Antiguo o las *kheneret* en el Reino Medio, habían constituido polos importantes de organización del trabajo y de la producción en el valle del Nilo e incluso en su ordenamiento territorial, como sucede con los *hwt*. Los templos no eran entonces sino otras instituciones más en el medio rural, al frente de recursos agrícolas ciertamente notables, pero sin gozar de la posición dominante que ostentarán durante el Reino Nuevo. Analizar el origen de esta situación particular durante el Segundo Período Intermedio puede ayudar a comprender mejor la base de poder que permitió a los reyes tebanos contar con los recursos necesarios para consolidar su reino y terminar conquistando el resto del país.

La importancia de los templos en esta región hunde sus raíces en el Predinástico, y parece haber limitado en cierto modo el poder de la corona en la región. Es significativo a este respecto que algunas de las principales instalaciones agrícolas y administrativas del Estado (gran *hwt, swnw*) falten llamativamente en los nomos más meridionales de Egipto durante todo el Reino Antiguo, una zona donde, en cambio, los templos locales ocupan una posición dominante en la sociedad local, como lo revelan las inscripciones de el-Hawawish, Coptos y Elkab. Conviene recordar que incluso a comienzos de la IV dinastía, cuando las fuentes relativas a las autoridades provinciales son sumamente parcas, los sacerdotes aparecen ya como personajes eminentes en Elkab. La escasez de tierra cultivable en el extremo sur del país, unida a una densidad demográfica históricamente

más elevada que en el resto de Egipto, sumada a la existencia de importantes templos locales desde los albores del Estado faraónico, explican probablemente que en esta zona fuese difícil la aparición de grandes terratenientes o la implantación de centros agrícolas de la corona, lo que ayudó a que los templos conservasen una posición privilegiada como centros de la vida económica y como depositarios de la legitimidad dispensada por los dioses, sobre todo en las épocas de colapso del poder central.

Baste recordar que durante el Primer Período Intermedio algunos jefes locales no dudaron en presentarse a sí mismos como instrumentos de los dioses, usurpando una prerrogativa hasta entonces exclusiva de los faraones, mientras que algunos responsables de santuarios aparecen desempeñando un papel activo en la organización del territorio, en el aprovisionamiento de sus distritos o en el envío de expediciones, asumiendo también funciones tradicionalmente reservadas a la realeza. En suma, es probable que esta legitimidad fuera fundamental a la hora de consolidar el poder de los reyes del naciente Reino Medio, como lo sugieren sus extensas construcciones en piedra en los santuarios del Alto Egipto meridional o la presentación de ofrendas en la capilla de Heqaib en Elefantina.

También el Alto Egipto pudo haber sido una base sólida de poder de los faraones al ser el punto de partida tanto hacia Nubia, donde los faraones del Reino Medio construyeron una impresionante red de fortalezas, como hacia la costa del mar Rojo, de donde partían expediciones hacia el país de Punt. En cambio, Menfis o el Delta pudieron haber sido áreas donde su poder fue más contestado, tanto por ser el centro del vencido reino heracleopolitano como por la instalación de poblaciones asiáticas en el Delta. Es llamativo a este respecto que Menfis no recuperase su condición de capital, siquiera secundaria, del reino y que los faraones prefiriesen instalarse en Itji-Tawy. O que construyesen sus monumentos funerarios en Der el-Bahari, Lisht, Dashur, Ilahun, Hawara e incluso, sorprendentemente, en Abydos (por primera vez desde los comienzos de la realeza unitaria), pero no en las prestigiosas necrópolis reales de Guiza, Saqqara o Abusir. Es probable también que, a cambio de este apoyo, los reyes tebanos ofreciesen protección militar a las élites locales centradas en los templos del Alto Egipto durante los períodos críticos que sucedieron a los Reinos Antiguo y Medio: una inscripción recientemente descubierta revela que Elkab fue atacada en el Segundo Período Intermedio por una coalición de tribus nubias que incluía elementos procedentes del país de Punt; y las inscripciones de los primeros reyes tebanos mencionan luchas en el área de Tebas con la participación de extranjeros.

De este modo, los lazos entre los templos, las élites locales y los faraones pudieron salir reforzados durante los períodos de crisis del poder central. Y la autonomía de los santuarios también. Es significativo a este respecto que las transacciones privadas entre miembros de la familia dominante en Elkab hayan sido recogidas en una estela (la célebre Estela Jurídica)

depositada en el templo de Karnak, junto a las estelas de los faraones del Segundo Período Intermedio. En todo caso, los templos del Alto Egipto meridional aparecen como importantes centros de poder económico en el Segundo Período Intermedio, sin que la monarquía haya podido o querido refundar instituciones agrícolas como los *hwt* o las *kheneret* en la región. Y los soberanos tebanos aparecen estrechamente vinculados a los santuarios de la región, bien sea mediante intervenciones en sus asuntos internos, como sucede en el templo de Coptos (que ocultan probablemente recomposiciones en las élites locales), mediante la reorganización de sus patrimonios agrícolas (casos de Medamud o Elkab), instalando miembros de la familia real al frente de importantes funciones rituales (Karnak) o levantando en los mismos estelas conmemorativas de las hazañas reales (Karnak).

En efecto, el decreto del soberano tebano Nebukheperure Antef V menciona la intervención real para expulsar a un ritualista que había cometido un delito en el templo del dios Min, una expulsión extensiva a los miembros de su familia, pero también a todos aquellos que pudieran prestarle apoyo y a sus familias respectivas. La decisión real no sólo implicaba la imposibilidad de ejercer como ritualista, sino, además, la pérdida de los ingresos correspondientes y de la porción de las ofrendas presentadas en el templo. Por último, el decreto concluye con el nombramiento de un nuevo beneficiario que obtiene, para sí y para su descendencia, el cargo y la remuneración vacantes. Dado que el nombre del ritualista castigado es idéntico al de un jefe local aliado de los hyksos y enfrentado a los reyes tebanos, se ha querido ver en este decreto el alejamiento del reino del sur de un peligroso rival o del cabecilla de una facción palatina opuesta a los soberanos tebanos.

Una inscripción de la tumba de Sobeknakht, «gobernador de Elkab» y «jefe de sacerdotes», contiene una declaración donde su protagonista se jacta de haber reorganizado los dominios agrícolas de una divinidad local en nombre del faraón, a la vez que indica la extensión de estas tierras:

> «... uno que efectúa peticiones en la oficina de los campos, uno que acudía al rey con respecto a los campos de su dios en la localidad de Ageny, campos fijados mediante mojones que llevaban el gran nombre del dios perfecto Sobekhotep III, justificado, el amado por la diosa Nekhbet. Lista de las tierras bajas: 20 *(kha)* [= 200 aruras] que se hallan en las tierras altas y 120 *(kha)* [= 1.200 aruras] que son tierras *kha-to*. Total: 140 *(kha)*» (*Tumba de Sobeknakht*)[1].

Las dimensiones de esta heredad provincial (1.400 aruras) son comparables a las de otros santuarios locales de épocas diversas, como el de Medamoud (1.672 aruras), el de Amón de Taudji (unas 1.350 aruras), o a las del dominio de Horus de Edfú en ciertas provincias del sur, como las

2.242 aruras que poseía en el nomo pathyrita o las 1.750 en el nomo latopolita. En cuanto a la inscripción comemorativa de la reorganización de la heredad del dios Montu en Medamud, por un lado, indica que el rey había concedido al santuario campos por una extensión de 39 aruras, pero que no constituían más que una pequeña parte de su heredad, que ascendía a unas 1.672 aruras aproximadamente. Además, el decreto de Medamud precisa que los bienes atribuidos al dios Montu consistían en campos cuyos beneficiarios son designados mediante un término (*sah*) que posee el matiz de remuneración y de recompensa, lo que prueba que los campos de los templos podían ser atribuidos de manera subsidiaria a individuos que, sin ser necesariamente sacerdotes ni formar parte de los ritualistas del santuario, aseguraban, no obstante, la explotación de las tierras del templo.

Por último, la estela de la esposa real Ahmes Nefertari conmemora su adquisición de una función sacerdotal en el templo de Amón de Karnak y se establece la cantidad que debía ser abonada por la misma y que consiste en una elevada cantidad de oro y plata y objetos diversos. En realidad se trata de la cesión de una importante función bajo la forma de una venta ficticia y que presenta un interesante paralelo en la Estela Jurídica de Karnak, un documento algo anterior donde un individuo vende a un pariente la función de gobernador de Elkab.

Todos estos elementos indican que el apoyo de los templos fue fundamental a la hora de consolidar la posición de los reyes tebanos en el Alto Egipto, al permitirles acceder a los recursos y a las redes de poder controlados por las élites a su frente. Pero, al mismo tiempo, los soberanos no eran actores políticos pasivos, sino que contribuyeron a modelar las élites locales y los elementos al frente de los templos, bien sea apoyándose en ciertos potentados y excluyendo a otros (como ocurrió en Coptos) o colocando a miembros de su propia familia en posiciones elevadas en los santuarios (caso de Karnak). Cabe incluso pensar que la reorganización de los patrimonios agrícolas de templos como el de Medamud o el de Elkab constituya un precedente aplicado después a gran escala en todo Egipto una vez conquistado y los hyksos expulsados, al confiar la gestión de gran parte de las tierras del país a los santuarios en vez de crear instalaciones propias de la corona que pudieran actuar como polos de poder económico y territorial local y como contrapoder de los templos. En todo caso, la hipertrofia excepcional del templo de Amón de Karnak durante el Reino Nuevo quizá hunde sus raíces en la política seguida por los reyes tebanos del Segundo Período Intermedio.

## Horizontes regionales: la evidencia de la cultura material

Conocer la historia política de Egipto durante el Segundo Período Intermedio es una tarea harto complicada. A la escasez de testimonios

epigráficos para la mayor parte de las regiones del país se añade el carácter fragmentario de los pasajes correspondientes a esta época en el *El canon real de Turín*. Por ello, y salvo en ciertas zonas del Alto Egipto, es difícil seguir los avatares que rodean la formación y consolidación de los reinos tebano e hykso, y mucho más descorazonador intentar escribir la historia local o la política seguida por las élites locales. Sin embargo, la multiplicación de estudios aplicados a los vestigios arqueológicos, sobre todo en las necrópolis, permite paliar en parte nuestra ignorancia y atisbar la aparición de culturas locales tras el hundimiento de la monarquía del Reino Medio. De hecho, como ha señalado justamente Bourriau, la disgregación territorial del Estado egipcio durante el Segundo Período Intermedio obliga al investigador a analizar Egipto en términos de regiones, cada una de las cuales cuenta con su propia secuencia arqueológica, como ya sucediera durante el Primer Período Intermedio. Estas regiones son: el Delta oriental más el área de Menfis y El Fayum, el Egipto Medio hasta Siut, el Alto Egipto y la región de Asuán.

Así, el análisis de la cerámica descubierta en Avaris/Tell el-Daba revela que en su elaboración predominan las arcillas procedentes del Nilo y que tanto las formas tradicionales egipcias como las propias del Bronce Medio fueron producidas *in situ*. De hecho, Avaris/Tell el-Daba se convirtió en un importante centro de producción cerámica, con Chipre en el papel de nuevo socio comercial de importancia. Teniendo en cuenta además que las jarritas de estilo Yahudiya, aunque distribuidas desde Siria y Chipre hasta Kerma en Nubia, aparecen raramente fuera del Delta oriental y que otras formas cerámicas son propias de esta región, cabe pensar que la cultura material del Delta oriental se caracteriza por una notable unidad que la distingue de otras zonas de Egipto. Otra característica importante es que el repertorio de algunas vasijas aparece muy estandarizado, donde la reducción del tamaño y la simplificación de las formas coinciden con un fuerte aumento de las cantidades producidas, apuntando así a una producción en masa en el área central del dominio hykso.

Por tanto, Avaris/Tell el-Daba se convirtió en el centro económico y administrativo de, al menos, el Delta oriental, muy probablemente como consecuencia de la consolidación de una nueva unidad política cuyos contactos con el resto de Egipto disminuyeron en gran medida y donde las vías tradicionales de suministro de materias primas quedaron interrumpidas: por un lado, se aprecia un deterioro de la calidad del bronce producido, debido a la peor calidad de las aleaciones; por otro, el suministro de sílex, tradicionalmente en manos de la Administración central egipcia y centralizado en Wadi el-Seikh, quedó interrumpido y se hubo de recurrir a diferentes tipos de sílex, producido probablemente a nivel local. La naturaleza de esta interrupción es discutible y no tuvo por qué ser consecuencia de enfrentamientos con los vecinos del sur (de hecho, hubo

guarniciones hyksas al menos en Gebelein, en pleno corazón del reino tebano), sino quizá resultado de la menor sofisticación del sistema administrativo en vigor en el Delta oriental, limitado quizás a Avaris y a su entorno inmediato.

Esta segunda opción resulta probable a la luz de los análisis de los títulos administrativos presentes en objetos tales como los escarabajos y las estelas del Segundo Período Intermedio. En ellos se advierte la continuidad de las estructuras administrativas del Reino Medio tardío hasta, al menos, los comienzos de la XVII dinastía en Tebas y la XIV dinastía o más tarde en el Delta. Así, los títulos que predominan en las fuentes jeroglíficas, sobre todo estelas, en el área tebana durante el final de la XIII dinastía y la XVII dinastía son los de «hijo del rey», los de naturaleza militar y los relacionados con el visir; después, ya a finales del Segundo Período Intermedio, se aprecian cambios en el sur, coincidentes con la consolidación del reino tebano y de su aparato de gobierno, que demuestran la influencia de los títulos en vigor a comienzos del Reino Medio. Por otro lado, el equipamiento funerario de los reyes de la XVII dinastía incluye muy pocos textos funerarios, aunque es notable que el sarcófago de la reina Mentuhetep contenga la versión más antigua conocida de *El libro de los muertos;* como no hay precedentes similares procedentes del entorno de la realeza a finales de la XIII dinastía, se ha supuesto que el paso desde *Los textos de los ataúdes* hasta *El libro de los muertos* se explica por la falta de acceso de la corte tebana a los antiguos centros de conocimiento de Heliópolis, Menfis y Hermópolis, en manos hyksas.

En cambio, la situación es muy diferente en el Delta. No sólo las fuentes son significativamente más escasas, sino que, cuando a finales del Segundo Período Intermedio se produzca también una reformulación de la identidad de las élites gobernantes durante el reinado del soberano hykso Apopi, similar a la producida en el reino tebano, los títulos dominantes serán los de «tesorero» y «escriba». Además, aunque se había supuesto que los hyksos habían producido muy poca documentación escrita de carácter administrativo, el hallazgo reciente de los vestigios de un archivo en el recinto palaciego de Ezbet Helmi, en Avaris/Tell el-Daba, fechado en el reinado de Tutmosis III y que ha conservado marcas de sellos desde el Reino Medio hasta el reinado de Tutmosis III, pero con predominio de sellos de Época Hyksa, indica la producción abundante de documentos bajo el mandato de los soberanos hyksos y que fueron conservados hasta bien entrado el Reino Nuevo. En suma, la desaparición de las designaciones departamentales características de finales del Reino Medio dio lugar a dos tradiciones distintas en el Delta y en el sur, quizás como consecuencia de los reajustes y de las diferentes necesidades de ambas zonas con motivo de las guerras que las enfrentaron y que culminarían con el dominio de Tebas.

En cuanto a la región menfita, durante el Segundo Período Intermedio aparece de repente un nuevo tipo de cerámica cuyos precedentes no se hallan en Menfis sino en el Alto Egipto y que se remontan a la XIII dinastía. Por debajo de estos restos se encuentra la cerámica característica del Reino Medio. Del estudio de las formas menfitas se deduce que la cultura del Reino Medio de la ciudad conoció una evolución sin cambios importantes hasta el advenimiento del dominio tebano, cuando aparece una nueva tipología cerámica coincidiendo con las guerras contra los hyksos. Incluso se ha detectado la presencia de cerámica de Kerma, del mismo tipo hallado en Der el-Ballas, el cuartel militar de los reyes tebanos situado en las proximidades de Dendera, y que fue empleada por los mercenarios nubios. Lo más llamativo es que, a pesar de que esta zona formó parte del reino hykso, los soberanos no parecen haber realizado construcciones de importancia en la misma a pesar de su enorme relevancia simbólica e ideológica. También al sur de Menfis, en las inmediaciones de Lisht, se observa la misma supervivencia del estilo de cerámica típica del Reino Medio.

En cuanto al Egipto Medio, excavaciones recientes en las necrópolis del área de el-Bersheh, en el Egipto Medio, muestran indicios de reocupación de las tumbas del Reino Medio durante el Segundo Período Intermedio y el Reino Nuevo, y que apuntan a importantes cambios ligados a las circunstancias políticas que atravesaba el país. Así, mientras en el Reino Medio se observa una clara influencia norteña, sobre todo en el uso de grandes jarras de almacenaje empleadas para el transporte de mercancías hacia el sur, sin embargo, a comienzos del Segundo Período Intermedio y de la XVIII dinastía, la cerámica muestra afinidades con producciones locales, sobre todo con los corpus de cerámica de Qau, Tebas y Elefantina. Al mismo tiempo, las influencias norteñas desaparecen: ciertas formas cerámicas se desvanecen del registro arqueológico tras la XIII dinastía, pero aparecen otras originadas en el Alto Egipto, e incluso se aprecian algunas importaciones chipriotas.

En lo que respecta al Alto Egipto, se trata de una región que posee una fase cerámica propia, que cabe identificar como del Segundo Período Intermedio y que fue precedida por otra que hunde sus raíces en la XIII dinastía.

## El reino de Tebas (XVII dinastía)

Pocos debates historiográficos han hecho correr más tinta recientemente que el relativo a los orígenes del reino tebano durante el Segundo Período Intermedio. Tradicionalmente se había supuesto que los problemas dinásticos, la aparición de reyezuelos independientes en el Delta y la infiltración de poblaciones asiáticas en el Delta oriental habrían agravado la crisis

de autoridad de los faraones del Reino Medio y empeorado las condiciones de seguridad en el área de Menfis y de la capital, Itji-Tawy. Por ello, los faraones habrían abandonado Itji-Tawy para refugiarse en Tebas, cuna de los reyes del Reino Medio, donde habrían inaugurado la XVII dinastía, heredera directa de la XIII dinastía y de la legitimidad dinástica del Reino Medio.

Ryholt, en su provocativo e influyente estudio del Segundo Período Intermedio, acepta en parte esta interpretación tradicional aunque, para hacer frente a algunas de las inconsistencias cronológicas que plantea, introdujo varias novedades sorprendentes. Una de ellas fue considerar que durante unos veinte años existió un reino independiente en Abydos que actuó como estado-barrera entre los conquistadores hyksos y el naciente reino tebano ubicado más al sur. Otra, sugerir que el reino tebano estuvo constituido en realidad por dos dinastías: a la primera de ellas le reserva el término de «XVI dinastía», de escasa duración tras ser vencida por los hyksos, que habrían continuado sus conquistas hacia el sur derrotando primero a los supuestos reyes de Abydos y, después, a los soberanos tebanos de la XVI dinastía tras una dura lucha de unos cincuenta años donde, tras avances y retrocesos diversos, se habría producido la caída definitiva de Tebas. Pero después, al iniciarse la revuelta tebana, los soberanos del sur de la XVII dinastía aparecerían controlando de repente la zona comprendida entre Abydos y Edfú y entregados a una activa política de reconstrucción de santuarios.

Sin embargo, como ya he señalado en páginas anteriores, cada vez parece menos seguro que los faraones tebanos (XVII dinastía) o los reyes hyksos (XV dinastía) hayan sido los sucesores inmediatos de los últimos soberanos del Reino Medio (XIII dinastía), y diversos autores, como Spalinger, Bennet o Schneider, abogan por una transición más compleja espacial y temporalmente en las décadas finales del siglo XVIII a. C. Los numerosos faraones efímeros de finales de la XIII dinastía están muy mal documentados y sus monumentos se limitan a unos pocos lugares, sobre todo en el Alto Egipto (Abydos, Tebas, Der el-Bahari, Gebelein, Edfú). Si a esto añadimos el hecho de haber sido incapaces de mantener el control administrativo sobre el conjunto del país, cabe suponer que pudo haber entonces varias dinastías locales rivales, una de las cuales pudo ser el reino tebano, surgido unas décadas antes de producirse el final de una XIII dinastía que coexistió todavía durante algunos años con los tebanos al sur y los hyksos al norte. De este modo, aunque el reino tebano no fue el heredero de la XIII dinastía, sí existieron vínculos entre las élites dominantes de ambos reinos, como parecen indicar algunas informaciones biográficas contemporáneas.

Los monumentos de los primeros reyes tebanos sugieren una sucesión de reinados pacíficos de unos veinte años de duración, durante los cuales realizaron trabajos de construcción en los templos de Montu de Medamud,

Min de Coptos y de Osiris de Abydos, a la vez que intervinieron con otras obras en Deir el-Ballas, Karnak, Deir el-Bahari y Edfú, lo que da idea de la extensión de su dominio. También fue enviada una expedición al Wadi Hammamat. Estos años de relativa paz fueron seguidos después por conflictos que afligieron los reinados de otros dos reyes tebanos, Neferhotep y Mentuhetep. Las hipótesis ofrecidas para explicar los orígenes pacíficos de la XVII dinastía han coincidido en suponer que hubo un reino tapón entre los hyksos del norte y los tebanos. Según Ryholt, este reino habría sido una efímera dinastía radicada en Abydos, mientras que para otros autores, como Bennett, se trataría más bien de los últimos estertores de la XIII dinastía, cuyo dominio se habría visto reducido al área menfita y el Egipto Medio.

Después, las fuentes son escasísimas, aunque el hallazgo reciente de algunas inscripciones en la ruta de Alamat Tal, en el desierto occidental y cerca de Tebas, indican que los reyes tebanos mantenían el control de, al menos, Coptos y Tebas, aunque el hecho de que las comunicaciones entre ambas localidades hubiesen de realizarse por tierra sugiere una cierta inseguridad en el uso de la vía fluvial. Quizás quepa considerar que esta época coincide con las guerras mencionadas en las inscripciones de los reyes Neferhotep y Mentuhetep, donde participaron extranjeros. Incluso los escarabajos reales de Mentuhetep y de su sucesor Nebiriau son de mala calidad, elaborados en arcilla o fayenza, lo que puede ser un indicio de dificultades de acceso a los yacimientos de esteatita del desierto oriental y que, por consiguiente, Coptos había caído en manos de un poder hostil durante esta época.

Poco después la situación es ambigua: el monarca tebano Seuserenre Bebiankh grabó una inscripción en Djebel Zeit, en la costa del mar Rojo, lo que implica el control de Coptos y del Wadi Hamamat. Además, la combinación de los datos ofrecidos por *El canon de Turín* y por las genealogías de Elkab apuntan a que el período comprendido entre los reinados de Bebiankh y de Sequenenre Tao, el faraón que inició la lucha contra los hyksos, pudo ser de unos cuarenta o sesenta años. Pero el hallazgo en Gebelein, justo al sur de Tebas, de un bloque de granito extraído de Asuán y que lleva el nombre del rey hykso Khayan y de un bloque de caliza con el nombre del soberano hykso Apopi, indica que los monarcas hyksos fueron capaces de mantener una cierta presencia en el Alto Egipto.

Quizás sea en este contexto turbulento donde quepa interpretar el conflicto que afectó al templo de Coptos durante el reinado de Antef V: el sacerdote destituido, Minhotep, hijo de Teti, puede haber pertenecido a la misma familia de Teti, hijo de Pepi, el personaje derrotado en Nefrusi, cerca de Beni Hassan, por Kamose en su campaña contra los hyksos. Cabe, por tanto, suponer que la presencia hyksa en el Alto Egipto se explica por el apoyo de una parte de las élites locales. Puede ser significativo a

este respecto que el dignatario nombrado por Antef V como gobernador de Coptos tras este oscuro episodio, Minemhat, haya dejado también una inscripción en Djebel Zeit, lo que demuestra un sólido control de nuevo sobre Coptos y las rutas que conducían al Wadi Hammamat. Sin embargo, hay que señalar que la ubicación cronológica de muchos de estos faraones y de los escasos datos históricos que ofrecen sus monumentos es insegura, de tal modo que seguir el hilo de los acontecimientos es una tarea harto compleja y pendiente de los cambios introducidos por nuevos descubrimientos.

Sin embargo, los aproximadamente cuarenta o sesenta años que preceden el reinado de Sequenenre Tao y el inicio de la guerra contra los hyksos sugieren el afianzamiento de un reino tebano que comprendía el área situada entre Edfú y Abydos. Algunas breves inscripciones indican que hubo al menos dos guarniciones tebanas al norte de Tebas, en Coptos y Abydos, y que el responsable de esta última guarnición era, además, jefe de sacerdotes del templo de Osiris de Abydos, lo que revela la estrecha asociación con los templos que parece haber caracterizado el poder de los soberanos de Tebas. Además, inscripciones tales como el decreto de Coptos de Antef V o la Estela Jurídica de Karnak apuntan a una recuperación de la epigrafía monumental que, unida a la restauración de numerosos santuarios, dan fe de la reconstrucción gradual de un aparato de gobierno y de una jerarquía administrativa apenas perceptibles si juzgamos tan sólo los monumentos de los primeros reyes tebanos.

También las tradiciones artesanales fueron ganando en calidad, a juzgar por la descripción del ajuar funerario de algunos reyes de la XVII dinastía que consta en los informes elaborados por los funcionarios ramésidas acerca del saqueo de las tumbas de sus lejanos predecesores. La mayor seguridad de los reyes tebanos en su poder parece evidente si consideramos que fijaron su residencia en Der el-Ballas, al norte de Tebas y en las proximidades de Dendera, donde se han excavado los restos de una gran localidad y de dos palacios fortificados, y que parece haber acogido una importante guarnición militar con numerosos efectivos nubios. Probablemente Der el-Ballas sirvió como cuartel general y centro de operaciones de las campañas militares emprendidas por los últimos reyes tebanos contra los hyksos.

## El reino de los hyksos (XV dinastía)

El peso de las secuencias cronológicas utilizadas tradicionalmente en la egiptología («reinos/imperios», «períodos intermedios») ha introducido, como ya he señalado páginas atrás, importantes distorsiones en la comprensión del pasado faraónico, al conceder un relieve desmesurado a los límites entre secuencias temporales en detrimento de las continuidades y

de los procesos que las atraviesan. A esto se añade otro problema, que es la atribución al Egipto antiguo, por parte de la historiografía decimonónica, de valores articuladores («unidad nacional/estatal», homogeneidad étnica) tomados en préstamo de las formaciones políticas de la Europa contemporánea, pero cuya aplicación a las sociedades del Bronce Reciente constituye un anacronismo ingenuo y deformador.

Como hemos visto, las condiciones particulares en que creció Avaris/Tell el-Daba pudieron muy bien obedecer a factores endógenos, como el interés de la corona egipcia por centralizar en esta localidad y su entorno las actividades de especialistas de origen diverso (sobre todo levantino, pero también egipcio) al servicio del Estado: transportistas, mineros, guerreros, intérpretes, comerciantes, etc. La comparación con Elefantina, en el extremo sur del país, con su variopinta población de mercenarios nubios, militares y funcionarios egipcios, intérpretes, jefes de caravanas y comerciantes, ilustra la naturaleza de estas sociedades de frontera. Por esta razón, las interpretaciones actuales tienden a abandonar la imagen tradicional de unos hyksos considerados como invasores extranjeros o de un Segundo Período Intermedio interpretado como una época de declive, sojuzgamiento y liberación «nacional» sucesivos.

En todo caso, los descubrimientos más recientes sugieren que Avaris/Tell el-Daba fue el centro de una entidad política cuyas relaciones tanto con Egipto como con ciertas zonas de Palestina siguieron las pautas habituales en las sociedades levantinas de la Edad del Bronce: en torno a un polo político importante se articulaban una multitud de entidades de dimensiones más limitadas, cuyas relaciones se fundaban en el vasallaje, el clientelismo o la independencia, según pautas descritas en detalle por fuentes más tardías, como las cartas de el-Amarna. Tal parece haber sido la naturaleza de las relaciones entre hyksos y tebanos, y entre los hyksos y otras entidades del Delta o de la Palestina meridional, como sugiere la multitud de sellos con menciones de reyes cuyo ámbito de soberanía parece haber sido muy reducido.

La crisis de la monarquía unitaria durante la XIII dinastía llevó, al parecer, a que Avaris/Tell el-Daba perdiera su razón de ser en ausencia de un poder central capaz de organizar las expediciones o las campañas militares que empleaban a la población local. Ello pudo llevar a la formación de unas élites gradualmente independizadas del poder central, que comenzaron a definirse mediante un nuevo universo simbólico. Es en este momento cuando surge un Estado que podemos denominar, siguiendo la tradición historiográfica, como «hykso», aunque teniendo bien presente que se trata de un término sin connotaciones étnicas. En este Estado se produjo la consolidación y la normalización de una nueva cultura material que aúna elementos egipcios y levantinos, como corresponde a una población nacida de la coexistencia de personas de

procedencias diversas. Así, los cementerios comenzaron a ser edificados en los *tells,* mientras que la vieja práctica egipcia de realizar el culto funerario en las cámaras de tumbas individuales dejó paso a la edificación de capillas funerarias donde se efectuaban cultos clánicos. Pero la coexistencia de templos y de cultos tanto egipcios como asiáticos da fe de un entorno multicultural donde los santuarios desempeñaron un importante papel en la elaboración y consolidación de nuevos valores. También se introdujo una nueva costumbre funeraria de raigambre levantina, al integrar las inhumaciones en las casas. Tal innovación puede ser interpretada o bien como un reforzamiento de la conciencia de pertenencia a un grupo familiar amplio (perceptible también en las capillas funerarias) o bien como un indicador de estatus común a las élites de los centros urbanos de Siria y Palestina. Otro elemento nuevo, la inhumación de armas en las tumbas, sugiere también puntos de contacto entre el Delta oriental y Levante en lo tocante a la definición y representación de las élites gobernantes.

Las importaciones de cerámica indican una reactivación del comercio y una reorientación del mismo: las importaciones chipriotas aumentan extraordinariamente y se difunde un tipo de jarrita (de estilo el-Yahudiyya) desde Levante hasta la Baja Nubia, pero no en el Alto Egipto. Los contactos fueron igualmente intensos con la Palestina meridional, de donde se importaba aceite y vino y de donde se introdujo el caballo y el carro de guerra. Incluso se ha supuesto que la difusión del culto al dios marino de la tormenta Hadad en sellos cilíndricos junto al motivo del toro, más el auge al culto de Set, el dios egipcio asociado con las tormentas y los países extranjeros, serían valiosos indicios del auge de la navegación en el reino hykso y de sus contactos no sólo con Levante sino incluso con el Egeo.

El hallazgo en Ezbet Helmi, en la zona de Avaris/Tell el-Daba, de un bloque inscrito perteneciente a un rey desconocido, Sokarhor, que se denominaba a sí mismo «gobernador de los países extranjeros», ayuda a comprender cómo definieron los reyes hyksos su identidad. Esta denominación, que para los egipcios no era sino un simple título, terminó por convertirse en la seña de identidad de los soberanos de Avaris/Tell el-Daba, sobre todo si tenemos en cuenta que pudieron encabezar una importante red de relaciones políticas de naturaleza clientelista o vasallática que englobaba a príncipes y dinastas de Egipto y de Levante, incluidos los reyes tebanos durante un breve período de tiempo. Es decir, los reyes hyksos asumieron únicamente ciertos aspectos de la ideología faraónica y los adaptaron a sus necesidades, del mismo modo que su administración utilizó sólo ciertos títulos de función heredados del Reino Medio, aunque continuó con el uso de archivos, como queda de manifiesto en las marcas de sellos halladas en el archivo de Tutmosis III en Ezbet Helmi. Tampoco hay que olvidar que los reyes hyksos fueron

incluidos en la lista de gobernantes de Egipto de *El canon real de Turín* aunque, de manera significativa, ninguno de ellos aparece mencionado con el título de «rey del Alto y del Bajo Egipto», tradicional de la realeza egipcia.

En lo que respecta a la organización territorial del Estado hykso, poco se conoce aparte el yacimiento de Avaris/Tell el-Daba. La zona del Wadi Tumilat constituyó otra zona de paso hacia el Sinaí y Levante, y en él se han hallado numerosos vestigios de campamentos nómadas que atestiguan el tránsito de poblaciones entre Asia y el valle del Nilo. Los bloques inscritos descubiertos en Gebelein y la mención de luchas entre el rey tebano Kamose y un presumible aliado de los hyksos instalado en Nefrusi llamado Teti sugieren que los soberanos de Avaris/Tell el-Daba pudieron haber contado con guarniciones y vasallos en el Alto Egipto.

Sin embargo, la escasa presencia de ciertas formas de cerámica o de escarabajos típicos del Delta oriental en el Alto Egipto es un indicador, entre otros, de los escasos contactos entre ambas zonas. Unos contactos que, por el contrario, aparecen bien documentados con el reino nubio de Kerma. De hecho, las inscripciones de Kamose donde se narran sus campañas contra los hyksos evocan la existencia de una vía directa de contacto entre los reinos hykso y de Kerma, a través de los oasis del desierto occidental, que evitaba el paso de mensajeros por territorio tebano. También los tebanos utilizaron el desierto como ruta alternativa al curso del Nilo en épocas de conflicto con los soberanos norteños de Avaris/Tell el-Daba, como lo demuestran las inscripciones halladas en Alamat Tal.

## El inicio de las guerras entre tebanos e hyksos

Cuando se inician las luchas entre los soberanos hyksos y los reyes tebanos, éstos controlaban la zona comprendida entre Elefantina y Cusae, en el Egipto Medio (fig. 7.2). Parece seguro que no hay que buscar motivaciones «nacionalistas» a las campañas que enfrentaron a tebanos e hyksos. En vísperas de su enfrentamiento ambos se hallaban en el cénit de su poder en sus ámbitos de gobierno respectivos, con lo que, si recurrimos al contexto regional en que ambos se combatieron, nos hallaríamos ante un episodio más de las luchas endémicas que enfrentaban entre sí a los pequeños reinos levantinos, y donde el control estable de los accesos a rutas comerciales importantes pudo ser un motivo importante del inicio de las hostilidades.

Además, la extraordinaria simbología militar que caracterizará a los faraones del Reino Nuevo, unida al carácter carismático de la imagen del rey conquistador, parece indicar que la conquista exterior constituyó

un pilar fundamental en la consolidación del papel político de los faraones. No hay que olvidar que los templos controlaban importantes recursos en el naciente reino tebano, con lo que la conquista exterior pudo ser una vía interesante (si no única) de ampliación de la base tributaria y de los recursos propios de los soberanos tebanos, al margen de los santuarios.

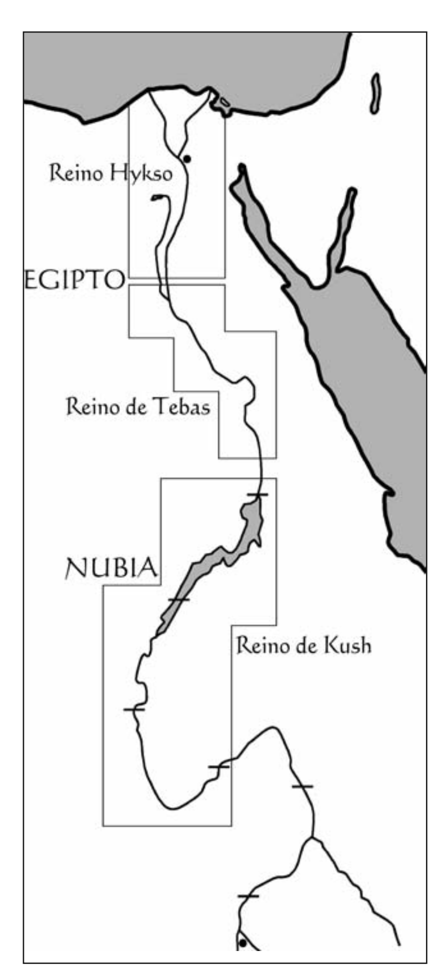



Figura 7.2. Las zonas de influencia en Egipto durante el Segundo Período Intermedio.

El relato de *La querella entre Apofis y Sequenenre* transmite de manera vívida la imagen de un reino tebano constreñido entre los hyksos al norte y los nubios al sur de sus fronteras. Que el soberano hykso sea calificado de rey *(nesut)* en esta narración mientras que el monarca tebano deba conformarse con el término «jefe» *(wr)* apunta de nuevo a un contexto de rivalidades típicamente levantino, donde los gobernantes de las múltiples entidades políticas del Bronce Reciente próximo-oriental eran clasificados como «grandes reyes» o «pequeños reyes» dependiendo de la percepción general de su poder. La conquista permitía alcanzar una nueva estatura internacional y participar de igual a igual en las complejas redes diplomáticas de la época, donde los intercambios de regalos entre soberanos servían igualmente para precisar la condición de señor o de vasallo. En estas condiciones, la alternancia de períodos de guerra y de paz era habitual entre los contendientes. De ahí que las luchas entre hyksos y tebanos estén marcadas por la alternancia de períodos de conflicto con otros de paz, y que las guerras tengan más el aspecto de incursiones en busca de botín que de campañas sostenidas y planificadas a largo plazo.

En todo caso, el relato de las hostilidades procede de fuentes tebanas, sobre todo del reinado de Kamose. El rey Sequenenre Taa, protagonista de *La querella entre Apofis y Sequenenre,* inició la lucha contra los hyksos, pero murió de manera violenta, probablemente en combate a juzgar por las heridas de hacha y de maza que presenta su momia (fig. 7.3). Del reinado de su sucesor Kamose proceden tres estelas y una copia de parte de los contenidos de las anteriores. En efecto, a las dos estelas conocidas hasta ahora hay que añadir otra más, conocida sólo por una fotografía tomada por Legrain a comienzos del siglo XX, pero que ha sido redescubierta recientemente en el templo de Karnak. También hay que añadir algunos relieves procedentes del templo de Abydos, en curso de estudio actualmente, que se refieren a los combates mantenidos por Ahmose contra los hyksos en el entorno de Avaris. La tercera estela alude sobre todo a acontecimientos relacionados con Nubia, y es que los últimos soberanos de la XVII dinastía combatieron en dos frentes.



Figura 7.3. Cabeza de la momia de Seqenenre Taa II. Las flechas señalan las heridas causadas por traumatismo de arma blanca.

Los inicios del reinado de Kamose fueron relativamente pacíficos, pero a su victoria sobre Teti (un aliado de los hyksos) en Nefrusi le siguió la toma de Hardai, también en el Egipto Medio y una campaña sorpresa contra Avaris que terminó con la captura de abundante botín y el repliegue hacia el Egipto Medio. Otros episodios de esta campaña fueron algunos combates imprecisos en esta región y la interceptación del correo enviado por el soberano hykso Apofis al rey nubio de Kerma a través de la ruta de los oasis, donde solicitaba la ayuda de este último para combatir a Kamose mediante ataques contra la retaguardia del reino tebano. Otra campaña de Kamose fue dirigida hacia Nubia y culminó con la conquista de Buhen. Sin embargo, fue su sucesor Ahmose quien solamente a partir del año 18 de su reinado pudo emprender nuevas campañas, en el transcurso de las cuales tomó la región de Heliópolis y después la zona más oriental del Delta, antes de lanzarse al asedio y conquista de Avaris.

Aunque la ciudadela de Avaris fue destruida, los primeros reyes del Reino Nuevo construyeron en la ciudad nuevos palacios y dependencias administrativas. El mismo Ahmose edificó dos palacios en plataformas elevadas que le sirvieron como base de operaciones contra los restos del poder hykso en Palestina meridional. Pero sus conquistas le permitieron también acceder a los circuitos de intercambios comerciales hasta entonces dominados por los hyksos, y la construcción de parte de su palacio con motivos arquitectónicos y ornamentales egeos, como las célebres escenas de salto del toro, prueban la incorporación del reino tebano a la red de relaciones internacionales de la que hasta entonces estaba excluido. Con él se inicia el Reino Nuevo.

# CAPÍTULO VII

# EL REINO NUEVO I: LA CONSTRUCCIÓN DEL IMPERIO

José Manuel GALÁN ALLUÉ

## Ahmose

La ciudad de Tebas era percibida a mediados del siglo XVI a. C. como la capital[1] del sur de Egipto (fig. 8.1). El gobernador de Tebas ejercía su influencia a lo largo del valle del Nilo, desde la primera catarata en Asuán hasta la provincia de Hermópolis en el Egipto Medio, una extensión de unos quinientos kilómetros, con Tebas prácticamente en el centro. Antes de convertirse en capital del reino tras la toma de la ciudad de Avaris y la persecución y expulsión de los hyksos fuera de Egipto, Tebas ya había sido la capital bajo el reinado de Mentuhotep Nebhepetra y sus inmediatos sucesores de la XI dinastía, en el siglo XXI a. C. Pero si entonces tras algunos años se acabó optando por trasladar la capital a la parte septentrional del Alto Egipto, a un céntrico enclave al norte de El Fayum donde se estableció la corte, la ciudad de Itji-Tawi/Lisht, cinco siglos después la importancia de Tebas quedaría sólidamente establecida y perduraría por centenares de años.

Una de las claves que convirtió a Tebas en un centro consolidado de poder político y económico fue el desarrollo del clero local, a la par que la divinidad principal del lugar, Amón, era catapultada a la categoría de divinidad nacional y dios creador universal al asociarse con el dios solar Ra y formar juntos el híbrido Amón-Ra.

Las inscripciones que se mandaron grabar y colocar en el templo de Amón en Karnak para conmemorar la campaña del gobernador de Tebas, Kamose, contra los hyksos de Avaris reflejan circunstancias políticas y planteamientos ideológicos muy significativos para entender los comienzos de la XVIII dinastía y los acontecimientos que acaecieron años después. En primer lugar, los nobles que formaban el consejo de Kamose sostienen durante las deliberaciones previas a la campaña militar que la influencia política de Tebas alcanzaba desde Asuán hasta Hermópolis.

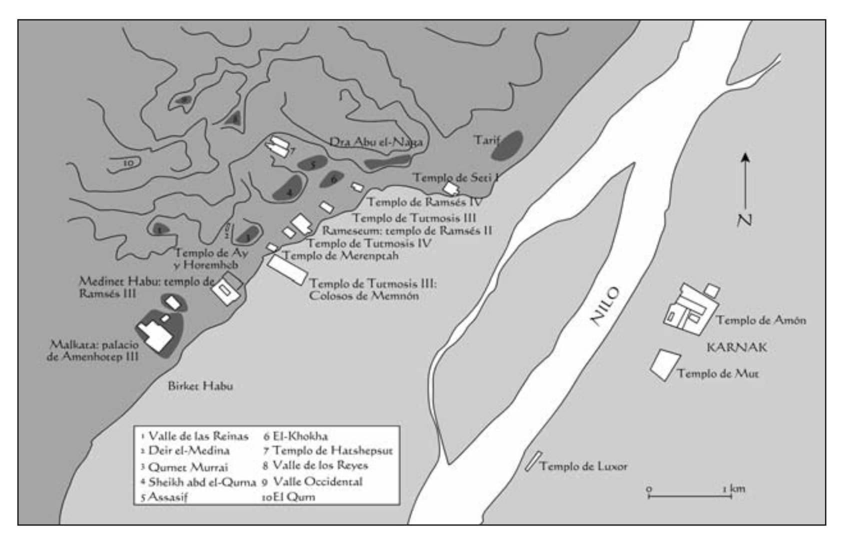



Figura 8.1. Mapa de Tebas durante la XVIII dinastía.

Efectivamente, cuando acto seguido Kamose lanza su campaña militar contra el norte, sus problemas comienzan en Cusae, provincia al sur de Hermópolis. Esta provincia del Egipto Medio ya ejerció de frontera entre el Norte y el Sur durante el Primer Período Intermedio, como bien refleja la composición conocida como *Las instrucciones para el rey Merikara,* y volvería a ser frontera en el Tercer Período Intermedio, cuando el control de Egipto volvió a estar dividido en dos mitades, como también queda patente en otra obra literaria, *El viaje de Unamon*.

En segundo lugar, los nobles del consejo de Kamose trataron de evitar el conflicto armado argumentando de forma alegórica que en última instancia ellos estaban en posesión de (el verdadero) Egipto, mientras que el rey hykso sólo poseía la tierra de los semitas, el Delta. Kamose estaba de acuerdo, según narra la inscripción, en que los verdaderos egipcios eran sólo ellos, los del sur, los tebanos; pero al mismo tiempo no estaba dispuesto a compartir con nadie el territorio que creía le pertenecía y pretendía rescatar la parte del «gran» Egipto que los semitas, según él, habían destruido[2]. Así, los hyksos, a pesar de que llevaban gobernando Egipto cien años, y de que su rey, Apofis, portaba la corona y titulatura de rey del Alto y del Bajo Egipto, serían tachados por Kamose de extranjeros, de reyes ilegítimos y de infieles.

Es interesante reflexionar sobre cómo el sentimiento nacionalista de Kamose supone el punto de partida de una política imperialista en busca de la ampliación territorial y el incremento en la recaudación de ingresos. A la par, su carácter y actitud xenófoba, paradójicamente, conducirían a la monarquía egipcia a un constante y estrecho contacto con las poblaciones

extranjeras de los territorios circundantes: nubios, libios y sobre todo los semitas de Palestina y Siria.

En tercer lugar, Kamose disfraza su ofensiva militar de «guerra santa», presentándose como un mero instrumento de la voluntad de dios, quien supuestamente le había comunicado directamente sus deseos y planes. Así, la decisión no podía contravenirse, la acción no podía detenerse, pues era dios mismo quien así lo quería y ordenaba. Los nobles del consejo de Kamose trataron de persuadirle argumentando que no habían sufrido hasta el momento agresión alguna y que sólo se debía actuar violentamente en respuesta a un ataque. La postura defendida por los nobles formaba parte de la ideología del ejercicio del poder en Egipto, como expresó de forma clara muchos años antes el rey Senusert III en la inscripción de las dos estelas que levantó en la fortaleza de Semma y de Uronarti para conmemorar el establecimiento de la frontera sur de Egipto en la Segunda catarata. Así justificaría también años después el rey Tutmosis III[3] sus acciones militares en territorio extranjero: aduciendo legítima defensa.

Pero la voluntad de dios anulaba de entrada cualquier otra argumentación, pues convertía automáticamente a la otra parte en enemigo e infiel, despojándole de cualquier derecho. El mandato divino era suficiente por sí mismo y no necesitaba de ningún argumento circunstancial. Revestir la acción bélica con el apelativo de «guerra santa», como de forma tan clara expresa Kamose en la inscripción, sería una política mantenida y desarrollada por los monarcas de Egipto durante todo el Reino Nuevo en la presentación pública de sus gestas contra los enemigos extranjeros. Los pasajes de la inscripción de Kamose que mejor reflejan su planteamiento ideológico de la contienda son los siguientes:

> «Ha sido el propio Ra quien le ha hecho rey y quien permitió su victoria en verdad.
>
> Su Majestad estaba hablando en su palacio al consejo de magistrados que estaba con él: Yo me pregunto, ¿cuál es mi fuerza? Un jefe está en Avaris y otro está en Kush. Estoy sentado en medio de un semita y un nubio, cada uno de ellos posee su porción de Egipto, dividiéndose la tierra conmigo [...] Me enfrentaré a él y rajaré su cuerpo, pues es mi deseo rescatar a Egipto y expulsar al semita...
>
> Navegué río abajo con mi fuerza para expulsar a los semitas debido al mandato de Amón, de consejos exactos...
>
> Él entrega [= Amón] la cimitarra al hijo de Amón —¡vida, prosperidad y salud!—, al rey eterno Uadj-kheper-ra, el hijo de Ra Kamose el fuerte —¡que se le conceda vida!—, quien ha subyugado el sur y ha hecho retroceder al norte...» (*Estela de Kamose*)[4].

Las Estelas de Kamose sirven también para ilustrar la parcialidad de las fuentes que los historiadores han de manejar en la reconstrucción

de un acontecimiento o de una situación determinada. Si bien los escribas insisten en que sus relatos son verdaderos y están exentos de exageración, en ningún momento pretenden adoptar un papel objetivo y parcial, sino que, muy al contrario, se vanaglorian de formar parte del bando triunfador. La redacción de los hechos se manipula en función de un objetivo muy claro: la glorificación del rey o de la divinidad principal (o de ambos a la vez) según el momento. Así, Kamose se hace titular rey del Alto y del Bajo Egipto cuando su autoridad no llegaba más allá del Egipto Medio, como su propia inscripción revela. Por otro lado, el rey hykso, teóricamente el verdadero rey de Egipto por entonces, aparece en la inscripción mencionado con el término «gobernante» y nunca con alguno de los términos utilizados para referirse específicamente al soberano de Egipto.

Hecha esta advertencia sobre la parcialidad y subjetividad de las fuentes, cabe señalar a continuación el carácter eminentemente tebano de aquellas disponibles para la reconstrucción histórica de la XVIII dinastía. Dejando a un lado algunas importantes excepciones, como pueden ser los templos egipcios en Nubia, los asentamientos mineros de Serabit el-Khadim y Magara en la península del Sinaí, la ciudad de el-Amarna y desde hace unos años la necrópolis de Saqqara, la mayoría de las fuentes documentales y arqueológicas para este período provienen del área de Tebas. Este desequilibrio provoca serios problemas cuando se pretende conseguir y transmitir una visión de conjunto de Egipto, comparar unas regiones con otras o saber hasta qué punto un aspecto concreto de la realidad podría extrapolarse al conjunto de la sociedad o, por el contrario, debería ser considerado una peculiaridad exclusiva de una región, de Tebas por ejemplo.

Kamose regresó victorioso a Tebas en su tercer año de gobierno, que es cuando está fechada la inscripción conmemorativa de su gesta. Sin embargo, no debió de ser capaz de culminar su objetivo último, pues no llegó a tomar la ciudad de Avaris. Su corto gobierno, de sólo seis años aproximadamente, no le permitió volverlo a intentar. Fue su sucesor, Ahmose, quien por fin asaltó la capital de los hyksos y unificó la Dos Tierras bajo su gobierno, haciéndose llamar, ahora con toda razón, rey del Alto y Bajo Egipto.

Ahmose no era hijo de Kamose, sino probablemente su sobrino. El padre de Ahmose fue el gobernante anterior a este último, Seqenenra Tao I, y su madre la reina Ahhotep, esposa principal y a su vez hermana de Seqenenra. El hecho de que Kamose ocupara el trono durante unos años entre la muerte de Seqenenra Tao I y Ahmose no parece responder a problemas dinásticos, sino más bien a la repentina muerte de Seqenenra, la corta edad por entonces del hijo heredero y los momentos de tensión política por los que debía estar atravesando el país.

Ahmose, al igual que hiciera su padre, nombró a una de sus hermanas «gran esposa real». Se llamaba Ahmes[5] Nefertari y ejerció un enorme

poder e influencia en Egipto, sobre todo en Tebas, como esposa del rey Ahmose y como reina madre de su sucesor Amenhotep I. Su madre, la reina Ahhotep (madre también del rey), y ella fueron las primeras damas de la realeza en ostentar el título de «esposas divinas» o «esposas del dios», lo que les otorgaba un papel esencial en el culto a Amón y, por tanto, en la administración de los recursos económicos del templo de Karnak. Las reinas desempeñaban un papel importante en la sucesión al trono a la hora de legitimar al nuevo faraón, que no para transmitirle la realeza; una circunstancia que aprovecharon en algunos momentos para ejercer de forma efectiva el poder que la ideología real les otorgaba. Tanto fue así a comienzos de la XVIII dinastía que, cuando años más tarde se recordó y «divinizó» a los fundadores y padres de la dinastía tebana, a los antepasados más ilustres que «vivían» en la necrópolis de la orilla occidental de Tebas, se rescató del pasado al rey Amenhotep I, a su madre la reina Ahmes Nefertari y a su abuela la reina Ahhotep.

En el templo de Karnak, entre el pilono VIII y el IX, se halló una estela conmemorativa (Cairo CG 34001) que describía los poderes del rey Ahmose dentro de Egipto. Inesperadamente, al final de la larga inscripción se incluye un himno laudatorio a su madre, la reina Ahhotep, en el que se refleja el poder efectivo que debió llegar a ejercer, al menos en el sur de Egipto. De forma significativa, Ahmose asocia su poder al de su madre. Un pasaje dice así:

> «... esposa real, hermana del soberano —¡vida, prosperidad y salud!—, hija del rey y augusta madre del rey, quien conoce los asuntos y se preocupa por Egipto. Ella ha reunido a su tropa y la ha puesto a resguardo. Ella ha hecho volver a sus fugitivos y recuperado a sus desertores. Ella ha calmado el Sur, ha aplastado a sus rebeldes. La esposa real Ahhotep —¡que viva!—» (*Estela de Ahmose en Karnak*)[6].

En este contexto, cabe traer a colación una espléndida estela conmemorativa (Cairo CG 34002) tallada en piedra caliza que mandó levantar en el cementerio de Abydos el rey Ahmose, en honor a su abuela la reina Tetisheri. El acto por el que se establecen las donaciones para el mantenimiento del culto funerario de Tetisheri se dramatiza en la inscripción como la consecuencia de una conversación mantenida entre el rey y la reina Ahmes Nefertari, dejando claro que fue una decisión consensuada entre ambos, el rey y la reina juntos.

En la inscripción de la Estela de Karnak antes mencionada, el rey Ahmose, además de considerarse «hijo verdadero de Amón-Ra, su amado, su heredero, a quien él ha colocado en su trono», menciona algunas frases que, aunque acabarían volviéndose tópicos frecuentes en las inscripciones reales, en esta época todavía son significativas, expresando elementos esenciales de la ideología de la monarquía egipcia y reflejando la

división territorial y social que caracterizaba a Egipto. La estela se debió de grabar hacia finales de su reinado, entre el año 16 y el 22, pero se hace muy bien eco de los complicados primeros años a los que debió hacer frente el joven rey Ahmose. En este sentido cabe mencionar que cuando fue coronado, en torno al año 1550 a. C., uno de los cinco nombres oficiales que adopta en la ceremonia y que describe su «programa» político significa literalmente «Quien mantiene atadas las Dos Tierras»:

> «... quien gobierna lo que el disco solar circunda, la corona blanca y la corona roja están colocadas sobre su cabeza, las partes de Horus y Set están bajo su autoridad [...] El sur, el norte, el este y el oeste vienen hacia él, pues él ha sido nombrado dueño suyo. Sus Dos Tierras han sido establecidas, habiendo él tomado la herencia de quien le creó. Todas las personas se vuelven hacia él, habiéndoselo concedido su augusto padre [= Amón-Ra]. Él ha agarrado a los parroquianos, él ha atrapado a las gentes. Los nobles le dan gracias, diciendo: "Él es señor de la gente y señor nuestro". Los lugares más recónditos dicen: "Nosotros le seguimos a él". Las tierras llanas dicen: "Nosotros existimos debido a él"...
>
> ¡Escuchad! Oh nobles, parroquianos, gentes y todas las personas. Seguid a este rey en todas sus andanzas, propagad sus poderes a los demás, realizad libaciones en su nombre, tomad juramento por su vida, pues para vosotros él es dios en la tierra. Dadle gracias a él como al sol Ra-Horakhty, alabadle como a la luna Iah, el rey del Alto y del Bajo Egipto Neb-pehty-Ra —¡que viva eternamente!—, quien sujeta atadas a todas las tierras extranjeras» (*Estela de Ahmose en Karnak*)[7].

La campaña contra Avaris debió de tener lugar entre el año 11 (la fecha que aparece escrita en el Papiro matemático Rhind) y el año 15 de su reinado. Probablemente no se llevó acabo antes debido a la corta edad del rey Ahmose cuando accedió al trono. No se ha conservado ninguna inscripción conmemorativa de la trascendental victoria de Ahmose. Sin embargo, conocemos algunos detalles gracias a la inscripción biográfica que uno de los marineros que tomó parte en la contienda grabó en una pared de su tumba. El personaje en cuestión se llamaba Ahmose hijo de Ebana y se construyó una tumba-hipogeo, pequeña pero profusamente decorada e inscrita, en una ladera rocosa de Elkab, su pueblo natal, a unos ochenta kilómetros al sur de Tebas. Participó con éxito en las campañas militares conducidas, tanto al sur como al norte de Egipto, por los primeros reyes de la XVIII dinastía, Ahmose, Amenhotep I y Tutmosis I. Después de la definitiva toma de Avaris, el marinero Ahmose menciona que, acto seguido, la tropa marchó hasta Sharuhen, al norte de la península del Sinaí o al sur de Palestina, probablemente persiguiendo a los hyksos que habían escapado o para acabar con los que ya estaban asentados allí, con el fin de evitar su regreso al Delta. Recuérdese que los hyksos, como el propio apelativo indica, eran «gobernantes de tierras extranjeras» (*heka-khasut*),

lo que probablemente no sólo hacía referencia a su origen foráneo, sino también a su control directo o indirecto sobre territorios de Palestina, lo que explicaría que ellos mismos se autodefinieran utilizando este término como epíteto. Las tropas del rey Ahmose sitiaron la ciudad amurallada de Sharuhen por tres años, hasta que también acabó cayendo.

Una vez sometido el norte, habiendo unificado el Alto y el Bajo Egipto bajo su mandato y habiendo asegurado la frontera nororiental —que tantos problemas ocasionaba—, el rey Ahmose estuvo entonces en disposición de llevar a cabo una incursión hacia el sur, en Nubia. Su tropa alcanzó, según el marinero Ahmose, el sur de la tercera catarata, el área que los egipcios denominaban *Khenthennefer,* que correspondía *groso modo* con la región bajo control de la ciudad de Kerma, el centro político y comercial más importante de Nubia durante el Reino Medio, el Segundo Período Intermedio y los comienzos del Reino Nuevo. Su área de influencia era muy extensa y controlaba importantes recursos económicos de gran interés para la corona egipcia, como la extracción de mineral (sobre todo oro) y las rutas comerciales que comunicaban con áreas más al sur, en particular con las regiones que los egipcios englobaban bajo el término de Punt y que probablemente haya que ubicar en la actual Eritrea y sus inmediaciones, incluyendo Yemen al otro lado del mar Rojo. Recuérdese que, como ya informó Kamose en su estela conmemorativa, el gobernante de Kerma mantenía relaciones diplomáticas con el rey hykso de Avaris, manteniéndose en comunicación mediante la ruta de los Oasis por el desierto líbico, evitando así pasar por la parte del valle bajo control tebano. La documentación arqueológica confirma e ilustra esta situación, pues en las excavaciones en Kerma ha salido a la luz una importante cantidad de cerámica característica del mediterráneo oriental (del estilo denominado «Tel el-Yahudiya») y en el asentamiento de Avaris, actual Tell el-Daba, se ha hallado cerámica nubia.

El marinero Ahmose hijo de Ebana relata sus servicios al monarca adoptando una perspectiva muy personal, haciendo hincapié en sus méritos y éxitos con el fin de utilizarlos como argumento para hacerse merecedor de una vida eterna plenamente satisfactoria (recuérdese que la inscripción está grabada en su tumba):

> «Habiendo fundado ya una casa, fui tomado para el barco del norte debido a mi valentía. Seguía al soberano a pie cuando marchaba sobre Su carro. Cuando la ciudad de Avaris era sitiada, fui un valiente de pie junto a Su Majestad. Cuando fui asignado al barco "Aparición en Menfis", se luchaba en las aguas del canal de Padjeku de Avaris. Hice entonces una captura y me traje una mano, y cuando el heraldo real fue informado, se me otorgó el oro del valor. Cuando se repitió la lucha en este lugar, volví a efectuar una captura allí, me traje una mano y se me otorgó otra vez el oro del valor. Luego, cuando hubo lucha en el valle, al sur de esta ciudad,

me traje a un hombre prisionero, habiendo tenido que meterme en el agua. En efecto, había sido atrapado en el extremo de la ciudad, por lo que atravesé el agua llevándole. El heraldo real fue informado y se me concedió entonces mi recompensa en oro por duplicado. Cuando la ciudad de Avaris estaba siendo saqueada, yo me traje como botín a un hombre y a tres mujeres, en total cuatro, y Su Majestad me los concedió como dependientes. Luego, la ciudad de Sharuhen fue sitiada por tres años y, cuando Su Majestad por fin la saqueó, yo me traje como botín a dos mujeres y una mano. Se me concedió entonces el oro del valor y, además, las capturas se me concedieron como dependientes.

Después de que Su Majestad hiriera a los *montiu*[8] de Palestina, navegó río arriba hasta Khenthennefer para atacar a los *iuntiu*[9], y Su Majestad llevó a cabo una gran matanza entre ellos. Yo me traje como botín a dos hombres vivos y tres manos. Se me recompensó con el oro del valor por duplicado y, además, se me otorgaron dos mujeres dependientes. Su Majestad navegó río abajo, su corazón henchido de valor y victoria, pues había dominado a los del sur y a los del norte» (*Autobiografía de Ahmose hijo de Ebana*)[10].

El relato de Ahmose hijo de Ebana revela algunos detalles interesantes sobre el funcionamiento del ejército. Su padre había sido también soldado, sirviendo bajo las órdenes de Seqenenra. Probablemente muriera en una contienda y su hijo tomó su puesto de forma prematura, siendo aún adolescente. Pero su carrera militar comienza de verdad con la mayoría de edad, es decir, cuando se establece por su cuenta y funda un hogar. Los soldados demostraban su arrojo en la batalla entregando al final de la misma alguna mano cortada al enemigo o algún prisionero capturado. El heraldo del rey recibía los «trofeos» y hacía entrega de la correspondiente recompensa, que solía ser un brazalete, un collar o una o más figurillas de oro con distintas formas (mosca, león, etc.). Especial interés tiene el hecho de que el marinero Ahmose recibiera como pago por los servicios prestados algunos de los extranjeros que él mismo capturó y, además, tierras de cultivo junto a su pueblo. Los dependientes extranjeros trabajarían en las labores domésticas y agrícolas de las tierras recién adquiridas por Ahmose y, al mismo tiempo, constituían la mejor prueba «viviente» de sus méritos como soldado al servicio del rey. Ésta debió de ser la razón por la que Ahmose mandó grabar en una de las paredes de su tumba los nombres de sus diecinueve sirvientes, hombres y mujeres de Siria-Palestina y de Nubia, que consiguió a lo largo de su dilatada carrera militar.

Los nombres originales de los extranjeros que formaron parte del servicio doméstico de Ahmose hijo de Ebana fueron adaptados a la lengua egipcia o directamente sustituidos por nombres egipcios. El proceso de «camuflaje» o asimilación, que voluntaria o involuntariamente sufrieron o llevaron a cabo los extranjeros dentro de la sociedad egipcia,

fue un fenómeno común a lo largo del Reino Nuevo (en realidad, ya lo fue en el Reino Antiguo). Los extranjeros se diluyen entre los egipcios sin dejar casi testimonio de su lengua, de sus costumbres o de sus creencias. Por eso, a pesar de que las inscripciones reales y privadas y textos de otros géneros nos informan del elevado número de extranjeros que fueron llegando de un modo u otro al valle de Nilo en esta época, a penas queda rastro de ellos.

No muy lejos de la tumba de Ahmose hijo de Ebana se encuentra otra tumba de un contemporáneo y homónimo, Ahmose Pennekhbet. Éste también fue soldado bajo las órdenes de los primeros reyes de la XVIII dinastía, desde el rey Ahmose hasta Tutmosis II. En su tumba hace referencia a los cautivos que atrapó en Siria-Palestina y en Nubia bajo cada uno de los monarcas y las recompensas que recibió de ellos: brazaletes, pectorales y adornos de oro, además de dagas y hachas.

En la misma colina de El kab hay una tercera tumba de un importante jefe local de la época, Reneni. La sala central de su tumba también está abovedada y la decoración en relieve de las paredes incluye escenas agrícolas (entre ellas una piara de cerdos), un gran banquete funerario con sus familiares y la narración de su propia procesión funeraria, terminando con una representación del más allá.

En la actualidad, el Museo Británico está excavando y restaurando la tumba de un dignatario que vivió a comienzos de la XVIII dinastía y se hizo enterrar en la localidad de Hagr Edfú. La decoración de su tumba incluye interesantes inscripciones y escenas que pueden aportar nuevos datos sobre las relaciones entre Egipto y Nubia en esta época. Paradójicamente, en la necrópolis tebana se conservan pocas tumbas decoradas de este período en el que Tebas se convirtió en el centro de Egipto. Bernard Bruyère y el Instituto Francés de Arqueología Oriental excavaron la necrópolis. Éste junto al poblado de Deir el-Medina; Howard Carter y el Museo Metropolitano de Nueva York excavaron en Deir el-Bahari, en las zonas conocidas como el-Asasif y el-Birabi; Carter, junto con Lord Carnarvon, excavó en Dra Abu el-Naga, al igual que antes hicieran Flinders Petrie y el marqués de Northampton acompañado de Wilhelm Spiegelberg y Percy Newberry.

En estas áreas de la necrópolis tebana, alejadas entre sí cientos de metros, se han descubierto enterramientos muy similares, característicos de comienzos de la XVIII dinastía. Consisten en pozos de poca profundidad con una o más cámaras funerarias en el fondo abriéndose a los lados. Las paredes no fueron decoradas, ni siquiera llegaron a alisarse del todo. Dentro de las cámaras, de dimensiones muy ajustadas, se fueron depositando en distintos momentos ataúdes de madera pintados, acompañados de un pequeño equipamiento funerario de escaso valor: vasijas de cerámica, instrumentos musicales, armas de guerra, juegos de mesa similares al *senet,* etc. Este conjunto de bienes personales que debían

acompañar al difunto en su vida eterna en el más allá ilustra parte de la vida cotidiana de los individuos de clase media o media-alta que habitaban entonces el lugar. Los ataúdes de esta época que poseen en la tapa la representación de las plumas de dos alas que abrazan desde atrás el ataúd se denominan *rishi*. El color es bastante oscuro, y el rostro y la decoración del tocado sobre la cabeza son toscos. Sin embargo, otro tipo de ataúdes contemporáneos se pintaban de blanco o de un color claro, con figuras humanas en los laterales y en los pies de un estilo naïf, arcaizante, muy atractivo.

Otros individuos optaron por reutilizar una tumba construida muchos años antes y cuyo culto funerario se había abandonado. Así, a comienzos de la XVIII dinastía, algunas de las tumbas más grandes de la XIII dinastía fueron limpiadas y reexcavadas para albergar más enterramientos. Se tallaron nuevos pasillos y cámaras, pero las paredes siguieron quedando desnudas, sin decoración.

En la actualidad se ha perdido la localización exacta de la mayor parte de las pocas tumbas de la época que se encontraron con decoración, como la tumba abovedada y pintada de Tetiki, descubierta por Howard Carter en la zona sur de Dra Abu el-Naga, o la conocida como «tumba de las bailarinas», también abovedada y descubierta por Petrie al norte de Dra Abu el-Naga, una parte de cuya decoración pintada fue trasladada al museo Ashmolean de Oxford. En estas dos tumbas se percibe una gran influencia artística del Reino Medio.

Prácticamente la única tumba que se conserva decorada de este período es la de Hery (TT 12), «supervisor del doble granero de la esposa real y madre del rey, Ahhotep». Fue visitada y documentada por primera vez por François Champollion e Ipollito Rosellini en 1824. Se encuentra también en Dra Abu el-Naga y su estado de conservación es relativamente bueno, a pesar de los robos que sufrió en la última década del siglo XX. El techo en este caso no es abovedado, sino liso. La decoración en relieve del pasillo central incluye la procesión funeraria del difunto y un gran banquete funerario con sus familiares. El nombre que más abunda en la familia es el de Ahmose, tanto en hombres como en mujeres (= Ahmes). Dos de sus hermanos se llamaban Ahmose, pero uno recibió el peculiar apodo de «el semita» (en egipcio *aamu*) (fig. 8.2), que era como se les denominaba a los hyksos, por lo que probablemente se ganara este atributo tras participar en la toma de Avaris. Aunque Hery debió vivir bajo el reinado de Ahmose, moriría bajo Amenhotep I, ya que el estilo de la decoración de su tumba es más propio de este reinado.

Dra Abu el-Naga era una colina especialmente atractiva para enterrarse a comienzos de la XVIII dinastía por una serie de razones. En primer lugar, está ubicada justo en frente de Karnak, de tal forma que si el sol se eleva al amanecer por encima del templo en la orilla oriental, se

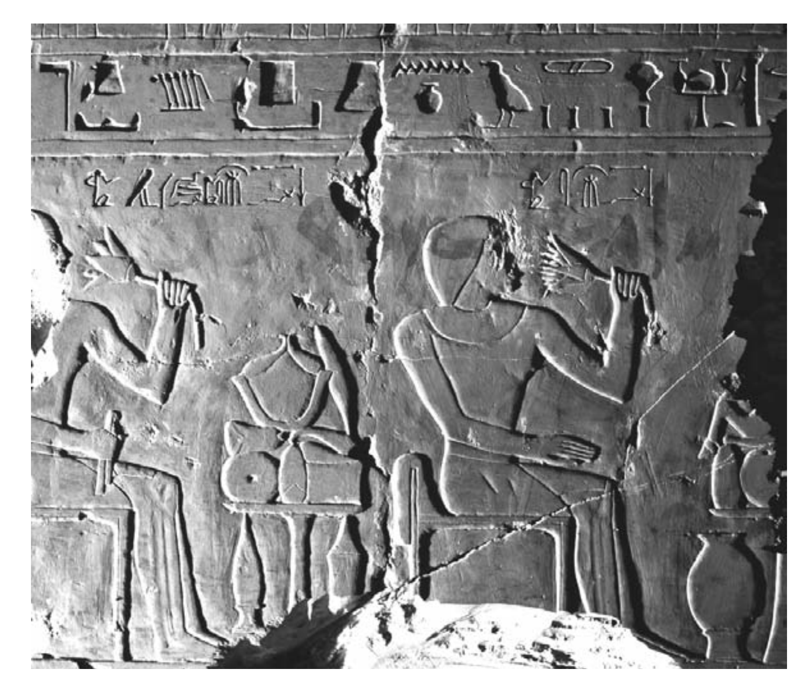


Figura 8.2. Tumba de Hery (TT12). Imagen de Ahmose llamado Aamu, hermano del dueño de la tumba.

esconde al atardecer por detrás de esta colina en la orilla occidental. En segundo lugar, la procesión anual que para honrar a los difuntos unía el templo de Amón en Karnak con Deir el-Bahari alcanzaba la necrópolis a la altura de esta colina. En tercer lugar, aquí estaban enterrados los legendarios gobernadores de Tebas, los reyes de la XVII dinastía. Por ejemplo, la tumba de Hery se encuentra a poco más de cincuenta metros de la pirámide del rey Nub-kheper-ra Intef. Pero, por si fuera poco, los primeros reyes de la XVIII dinastía y sus familiares continuaron la tradición y también se hicieron enterrar aquí, convirtiendo Dra Abu el-Naga en un área llena de connotaciones religiosas y políticas.

Por desgracia, no se sabe con exactitud dónde fueron enterrados Ahmose y los principales miembros de su familia; pues, a caballo entre las dinastías XXI y XXII, los sacerdotes de Amón sacaron los ataúdes fuera de sus tumbas y los alojaron todos juntos dentro de una tumba (DB 320) cercana a Deir el-Bahari; su intención era proteger al menos los cuerpos de los faraones de las acciones violentas de los saqueadores que por aquel entonces campaban a sus anchas por la necrópolis. Esta tumba, descubierta en 1881 y conocida como el *cachette*, «el escondite», había sido diseñada como la tumba familiar del sumo sacerdote de Amón Pinedjem II, de la XXI dinastía.

Lo que está fuera de toda duda es que los miembros de la familia real de comienzos de la XVIII dinastía fueron enterrados en algún lugar de Dra Abu el-Naga. En diciembre de 1857 los hombres del ausente Mariette, entonces director del Servicio de Antigüedades, hallaron en el suelo recubierto con tierra y cascotes el ataúd de Kamose; su momia se encontraba en el interior acompañada de unos cuantos objetos. En febrero de 1859, de nuevo sin estar presente Mariette, hallaron, dentro de un pozo de seis metros de profundidad, el ataúd y la momia de la reina Ahhotep, con un rico ajuar funerario que incluía objetos de oro y plata inscritos con los nombres de Kamose y Ahmose.

La momia del rey Ahmose fue hallada en el *cachette* de Deir el-Bahari y su fisonomía parece ser propia de un individuo de unos treinta y cinco años, lo que confirma que debió acceder al trono a una edad muy joven, pues se sabe que reinó poco más de veinticinco años.

## Amenhotep I

Ahmose fue sucedido por uno de los hijos que tuvo con su esposa y hermana Ahmes Nefertari. En su coronación adoptó, entre otros, el nombre de Amenhotep, casándose con una de sus hermanas, llamada Meritamon. Ella debió de morir pronto y, al parecer, el rey no volvió a contraer matrimonio. En las representaciones se hace acompañar generalmente de su madre, Ahmes Nefertari. Años después, madre e hijo serían percibidos como los santos patrones de la necrópolis tebana y los nobles y artesanos les representaban en sus monumentos funerarios como si fueran dioses del más allá.

Según nos informan los dos soldados Ahmose de Elkab, la primera acción militar fuera de las fronteras naturales del reino se dirigió contra Kush. Turi, el jefe de la guarnición de Buhen, junto a la segunda catarata, fue nombrado virrey de Nubia y levantó un templo en la isla de Sai, un poco más al sur, para conmemorar la consolidación del dominio egipcio sobre Nubia. Ninguno de los dos soldados Ahmose menciona que el rey Amenhotep I condujera una campaña en Siria-Palestina.

Parece que su reinado fue tranquilo, más volcado en el desarrollo interno del país que en aventuras en el exterior. A esta época tal vez pertenezcan los papiros médicos de Edwin Smyth y Ebers (aunque quizá fueran escritos unos años antes, a finales de la XVII dinastía). Este último es uno de los compendios de medicina práctica más completos y mejor conservados del antiguo Egipto. En él se describe cómo tratar enfermedades internas y refleja cierto conocimiento del sistema circulatorio, percibido como un sistema de vasos que parten del corazón hacia otros órganos, llevando por todo el cuerpo sangre, agua, aire y sustancias de deshecho. Casualmente, conocemos a un hombre que ejerció de médico

bajo su reinado, un tal Nefer, quien además fue «supervisor de los graneros de Amón en Karnak» y de joven había sido soldado. Un fragmento de su biografía, conservada en un bloque de piedra hallado en Deir el-Bahari, señala: «Yo soy en verdad un escriba excelente, un médico magnífico que conoce recetas de múltiples usos y que ha investigado las enfermedades de los cuerpos»[11]. Supuestamente también es de esta época la invención del reloj de agua (clepsidra), obra de un súbdito llamado Amenemhat.

Amenhotep I debió aplicarse a fondo en el desarrollo administrativo y arquitectónico del templo de Amón en Karnak, lo que era de esperar teniendo en cuenta uno de los nombres que adoptó en su coronación, «Amenhotep», que significa literalmente «El que satisface a Amón». En Karnak se han encontrado bloques de una gran puerta de piedra caliza y una capilla de alabastro para albergar la barca sagrada de Amón durante una de las paradas en el transcurso de una procesión, decoradas con escenas en relieve de una calidad excepcional. Las capillas y otros edificios fueron años después desmantelados y los bloques de piedra enterrados para servir de base al pilono III que levantó a la entrada del templo el rey Amenhotep III. Hoy están expuestos en el Museo al Aire Libre al norte de la sala hipóstila del templo de Amón en Karnak.

En la biografía que Ineni inscribe en su tumba (TT 81) señala que él fue el encargado de dirigir todas las obras arquitectónicas y decorativas en Tebas encargadas por Amenhotep I o al menos las de los últimos años de su reinado. Ineni alude al fallecimiento del monarca mediante un recurso literario utilizado cuatrocientos años antes al comienzo del relato de *Sinuhé:* «Habiendo Su Majestad transcurrido una vida de años buenos y en paz, partió hacia el cielo y se unió con el disco solar, y se mezcló con aquel de quien él había partido»[12].

Amenhotep I reinó veintiún años aproximadamente. Su momia fue hallada en el *cachette* de Deir el-Bahari (fig. 8.3) y el paradero de su tumba

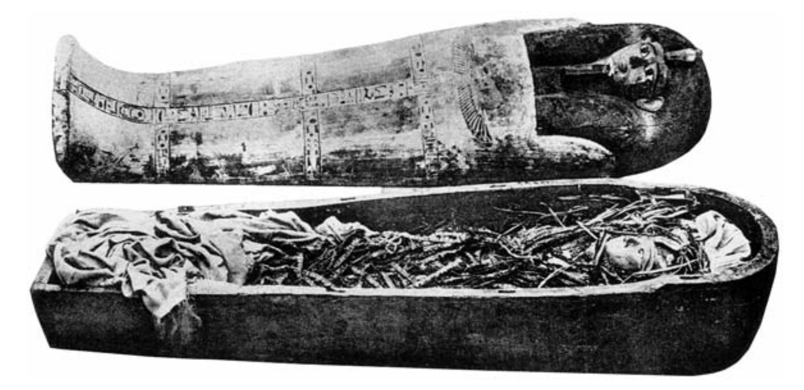


Figura 8.3. La momia de Amenhotep I en su ataúd. Museo de El Cairo. XVIII dinastía.

sigue sin conocerse. Muy probablemente el rey siguiera la costumbre de sus predecesores y fuera enterrado en Dra Abu el-Naga, aunque algunos investigadores han argumentado en favor del Valle de los Reyes o de Deir el-Bahari. En uno de los papiros que tratan sobre el robo de tumbas, el papiro Abbott, se informa que en el año 16 del reinado de Ramsés XI su tumba fue inspeccionada y hallada intacta, pero las referencias geográficas que se aportan para su localización resultan hoy difíciles de identificar. Por otro lado, restos de un templo dedicado a Amenhotep I y a Ahmes Nefertari fueron hallados al comienzo del valle de Deir el-Bahari, delante de la zona sur de la colina de Dra Abu el-Naga, lo que podría indicar que su tumba podía estar en esa zona de la necrópolis.

## Tutmosis I

Amenhotep I murió sin descendencia. Le sucedió en el trono Tutmosis I, de cuyos progenitores se sabe muy poco. Su madre se llamaba Seniseneb y recibe el título de «madre del rey», pero no era «esposa real». La identidad de su padre se ignora por completo. Se le conocen dos esposas, una llamada Mutnofret y otra, Ahmes. La primera de ellas lleva el título de «hija del rey» y probablemente fuera hija de Ahmose. La esposa favorita era, sin embargo, Ahmes, cuyo origen se desconoce. En las inscripciones se le asigna el título de «hermana del rey», pero probablemente éste fuera consecuencia de su matrimonio con Tutmosis I.

El nombre «Tutmosis» significa literalmente «El nacido de Djehut», es decir, del dios Tot, el escriba de los dioses y quien mejor conocía las escrituras sagradas. Al dios Tot se le asociaba con la luna y en este sentido los «Tutmosis» están relacionados con los «Ahmose»/«Ahmes», pues la palabra egipcia para luna era «Ah» o «Iah», por lo que el nombre significa literalmente «El/la nacido/a de la Luna». Los nombres Ahmose/Ahmes y Djehut(y) fueron muy populares entre la élite de la XVII dinastía y de comienzos de la XVIII dinastía.

En la ceremonia de coronación, como era costumbre, el heredero adoptaba cinco nombres oficiales que le definían y describían como rey. Los altos dignatarios de la Administración debían ser informados de ello, para poder realizar ofrendas y tomar juramento a los súbditos utilizando los nombres del nuevo rey. Así aparece reflejado en un documento que, nada más ascender al «trono de Horus de los que están vivos», Tutmosis I envió al «virrey de Nubia», Turi, y que éste copió en piedra por triplicado. Las estelas que informan y conmemoran la coronación de este rey de enigmático origen incluyen un detalle significativo que refleja, una vez más, el poder que las reinas tenían en la sucesión al

trono. En la escena grabada sobre la inscripción aparece Tutmosis I acompañado de las reinas Ahmes y Ahmes Nefertari, no mencionándose a ningún rey anterior.

Aproximadamente siete meses después de su coronación, Tutmosis I llevó a cabo una expedición por Nubia que sobrepasó la tercera catarata. Allí, en una localidad ligeramente al norte de Kerma llamada Tombos, se grabó en una roca de la cantera de granito gris una inscripción conmemorativa de esta gesta militar. El soldado Ahmose, hijo de Ebana, relata en su biografía cómo uno de los jefes del lugar fue abatido y su cuerpo llegó a Tebas colgado de la proa del barco del rey. Además, se trajeron numerosos prisioneros a Egipto. En la región al sur de la tercera catarata se debieron levantar al menos dos fortalezas para reprimir posibles insurrecciones y guardar ganado, según señala en una inscripción su sucesor en el trono años después. Pero la expedición de Tutmosis I debió llegar todavía más lejos, pues en Hagar el-Merwa, junto a el-Kenisa, río arriba de la cuarta catarata, se grabó una inscripción con el nombre del rey.

Un año y siete meses después, el «virrey de Nubia», Turi, se encargó de despejar de piedras el canal de paso por la primera catatara con motivo de una nueva expedición real en Nubia. Para dejar constancia por escrito de la ejecución del encargo, Turi mandó grabar una inscripción en Asuán y otros dos en la isla de Sehel. El canal, que medía unos setenta y cinco metros de largo por diez metros de ancho, ya había sido despejado en época del rey Senusert III y tendría que ser de nuevo arreglado a finales del reinado de Tutmosis III.

El objetivo de las expediciones en territorio extranjero era fundamentalmente la obtención de materias primas y productos exóticos por medio del saqueo o de la recaudación de tributos. Ineni informa en una inscripción de su tumba que un grupo de nubios, probablemente los cautivos traídos de esta expedición, fueron entregados como sirvientes a la fundación del templo de Amón en Karnak. En la inscripción real de Tombos, Tebas aparece como sinónimo de Egipto cuando se afirma que el principal objetivo de gobierno de Tutmosis I es «extender las fronteras de Tebas, el territorio de Khefet-her-nebes (personificación de Tebas), para que trabajen para ella los nómadas, los habitantes de tierras extranjeras»[13].

Habiéndose asegurado el sur, el rey emprendió una campaña por Siria-Palestina hasta alcanzar la región de Naharina, en las fuentes egipcias asociada al reino de Mitani y probablemente localizada en el río Éufrates, en las proximidades de la ciudad siria de Emar. En algún farallón junto al río, el rey debió de mandar grabar una inscripción conmemorativa, pues años después Tutmosis III dice haber grabado una inscripción junto a la de su abuelo. Probablemente como consecuencia de esta campaña, Ineni menciona que los habitantes de Palestina, que el

califica de «nómadas», «traían sus productos como si se tratara del tributo del Alto y del Bajo Egipto, y cada año Su Majestad lo dirigía a Tebas para su padre Amón»[14].

Tutmosis I sobrepasó con su tropa la cuarta catarata y por el norte llegó hasta la región de Naharina, estableciendo lo que sería el límite meridional y septentrional del dominio egipcio sobre las tierras circundantes. Años después, su nieto Tutmosis III confirmaría estas «fronteras» del dominio de la monarquía faraónica, alcanzando el Imperio Egipcio una extensión de casi 2.500 kilómetros de norte a sur (Egipto propiamente dicho, de la primera catarata hasta el Mediterráneo, tenía una extensión de casi 1.000 kilómetros). Tutmosis I estableció así las dimensiones del Imperio Egipcio (fig. 8.4).

Ineni fue el gran arquitecto de Tutmosis I en Tebas, sobre todo en el templo de Karnak. Su biografía detalla las obras de las que él fue el máximo responsable:

> «Fui nombrado líder y supervisor del granero, por lo que los campos de las ofrendas estaban a mi cargo. Todos los trabajos de construcción estaban bajo mi autoridad. He inspeccionado los grandes monumentos que él ha construido en Karnak, cómo se levantó la sala hipóstila con columnas, cómo se levantaron los grandes pilonos a sus dos lados con piedra caliza de Tura, cómo se levantaron los nobles mástiles junto a las dos puertas del templo con madera de cedro de la ladera del Líbano y sus puntas con electro. He inspeccionado cómo se levantaron [...] labrados en electro. He inspeccionado cómo se levantó la gran puerta llamada "Amón es rico en abundancia", su gran batiente hecho en cobre de Palestina y la imagen divina sobre él moldeada en oro. He inspeccionado cómo se levantaron los dos [grandes] obeliscos [de granito junto a las dos puertas del templo. He inspeccionado] cómo se tallaba una noble barca de ciento veinte codos de largo y cuarenta codos de ancho para transportar estos obeliscos, que vinieran sanos y salvos y que fueran desembarcados en la orilla de Karnak» (*Autobiografía de Ineni*)[15].

Todavía se conserva en pie uno de los obeliscos que levantó a la entrada del templo de Karnak, delante del pilono IV. Al noreste de la área central del templo, justo por fuera del recinto sagrado, se excavó recientemente lo que se denomina el «Tesoro de Tutmosis I», un edificio que sirvió de centro administrativo, donde se halló gran cantidad de vasijas de cerámica, restos de estatuas, estelas votivas, etc.

Tutmosis I reinó unos doce o trece años. Ineni fue el responsable de la construcción de la tumba del rey y se refiere a ello con las siguientes palabras: «He inspeccionado la excavación de la tumba/enterramiento de Su Majestad, estando totalmente sólo, sin que nada se viera o se oyera»[16]. Tutmosis I parece que fue el primer monarca en enterrarse en el Valle de los Reyes, pero no se sabe con seguridad cuál fue su tumba, si

la KV 38 o la KV 20. Según J. Romer y N. Reeves, entre otros, la KV 20 parece ser la más antigua de las dos y en un primer momento sólo se talló hasta la primera sala. Años más tarde, Hatshepsut la habría ampliado con un largo pasillo que desciende hasta una segunda, donde supuestamente ella se habría enterrado junto a su padre, cuyo cuerpo habría transportado hasta la nueva sala y depositado dentro de un sarcófago de cuarcita con las inscripciones modificadas para referirse a él. La larga y profunda tumba acaba en tres cámaras funerarias, habiendo ocupado la tercera el esposo de Hatshepsut, el rey Tutmosis II. Pero los

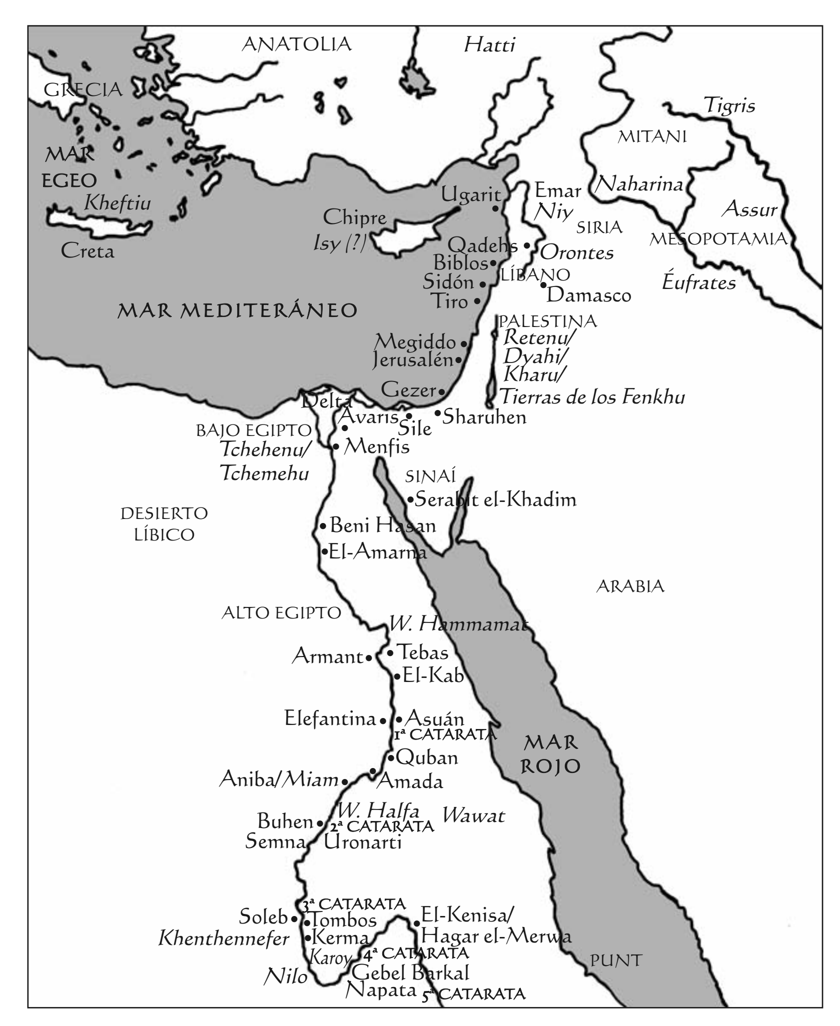



Figura 8.4. Mapa del Imperio Egipcio, c. 1450 a. C.

planes de Hatshepsut se habrían visto truncados cuando Tutmosis III extrajo de la tumba el cuerpo de su abuelo Tutmosis I, depositándolo en un nuevo sarcófago de cuarcita dentro de la tumba KV 38.

Sin embargo, otros investigadores como C. Roehrig opinan que la tumba de Tutmosis I fue desde el principio la KV 38. De cualquier forma, los avatares póstumos de Tutmosis I no acabaron aquí; pues la tumba KV 38 fue abierta a finales de la XX dinastía o a comienzos de la XXI, como así se hace constar en una inscripción sobre una de las paredes. Como consecuencia de esta intrusión, los dos ataúdes de madera de Tutmosis I (uno encajaba dentro del otro) fueron reutilizados por un sumo sacerdote de Amón que acabaría adoptando la titulatura real, Pinedjem I. Los ataúdes fueron hallados en el *cachette* de Deir el-Bahari, pero su momia sigue sin ser identificada.

**Tutmosis II**

Ineni vuelve a hacer referencia a la muerte del monarca, ahora Tutmosis I, y a la ascensión al trono de su sucesor, Tutmosis II, utilizando un lenguaje poético similar a la vez anterior: «El rey descansó de la vida y ascendió al cielo, habiendo cumplido sus años felizmente. El halcón que estaba en el nido voló sobre el trono de Horus, el rey del Alto y Bajo Egipto Aa-kheper-en-ra [= Tutmosis II]. Él reina en el valle y gobierna el desierto, él ha conquistado los dos territorios legítimamente»[17].

Tutmosis II no era el hijo mayor, pues se sabe que éste era un tal Amenmose, quien aparece representado con otro de sus hermanos, Uadjmose, en la tumba del tutor real Paheri en Elkab. Desafortunadamente no se sabe quién era la madre de éstos, ni qué fue de ellos.

Tutmosis II era hijo de Tutmosis I y de una de sus dos esposas, Mutnofret, quien a su vez era hija de un rey, probablemente de Ahmose. Adoptó como esposa a una de sus hermanastras, Hatshepsut, también hija de Tutmosis I y de su esposa favorita, Ahmes, quien probablemente fuera también de sangre real. Cuando Tutmosis II accedió al trono debía de ser muy joven. En la escena superior de la estela del museo de Berlín 15699, Ahmes aparece detrás de Tutmosis II y Hatshepsut, de forma muy similar a cómo las reinas Ahhotep y Ahmes Nefertari fueron representadas acompañando a sus respectivos hijos, los reyes Ahmose y Amenhotep I. Esta composición tan particular parece reflejar que no fue su madre, sino su madrastra y suegra, Ahmes, quien verdaderamente ejerció de regente, preparando el camino para que Hatshepsut tomara las riendas del gobierno años después.

Al igual que hiciera su predecesor, al poco tiempo de su coronación Tutmosis II envió un destacamento militar a Nubia, conmemorando la expedición mediante una inscripción grabada en una roca junto a la

primera catarata, en el camino entre Asuán y Filae. El texto señala que el monarca puso en marcha la campaña cuando fue informado que territorios vasallos del rey habían comenzado a rebelarse y conspirar. Al parecer, tribus nubias al sur de la tercera catarata estaban aprovechando la coyuntura del cambio de rey y la juventud e inexperiencia del nuevo monarca para tratar de sacudirse de encima la autoridad de Egipto y el consiguiente pago de impuestos anuales. Habían comenzado a organizarse, dividiendo el territorio en cinco «provincias», cada una de ellas bajo el mando de un cabecilla. Tras la rotunda y sangrienta victoria del destacamento del rey egipcio, el territorio en cuestión volvió a ser sometido y obligado a pagar tributo como siervo o vasallo. Uno de los hijos rebeldes del jefe de Kush fue llevado prisionero a Egipto junto con algunos de sus súbditos para ser humillados en público durante una ceremonia oficial protagonizada por el rey.

La inscripción menciona, además, que ciertas tribus de Palestina le enviaban productos y que sus comisionados reales, quienes simultáneamente desempeñaban funciones de mensajeros, diplomáticos y comerciantes, no eran detenidos a su paso por las denominadas «tierras de los Fenkhu». En ningún lugar se menciona explícitamente que el rey organizara una campaña por Siria-Palestina, pero el soldado Ahmose Pennekhbet señala en su resumen biográfico que, bajo el reinado de Tutmosis II, él capturó numerosos prisioneros en Shasu, un topónimo que probablemente hiciera referencia a una amplia región al sur de Palestina.

Ahmose Pennekhbet, laureado soldado de joven, acabó sus días ejerciendo de tutor de la hija de Tutmosis II y Hatshepsut, llamada Neferumaatra, cuando ésta era todavía una niña. El pasaje de la biografía de Ineni correspondiente al reinado de Tutmosis II refleja muy bien la cómoda situación que alcanzaban los altos dignatarios al final de sus carreras profesionales, viviendo a expensas del rey y manteniendo una estrecha relación con él. Un pasaje ilustrativo dice lo siguiente: «Yo era el hombre de confianza del rey en todas las ocasiones, y grande fue lo que él hizo para mí comparado con mis predecesores. Yo alcancé una senectud honorable, gracias a recompensas diarias de Su Majestad: fui servido de la mesa real con panes del desayuno del rey y cerveza, carne sabrosa, vegetales y fruta variada, miel, pasteles, vino y aceite. Mientras, yo era saludado "¡Salud y vida!", como decía por mí Su Majestad en persona»[18].

Tutmosis II llevó a cabo construcciones en Karnak, en Deir el-Bahari y en muchos otros templos de Egipto y Nubia. Su tumba no ha sido identificada con certeza, entre otras razones porque no se ha hallado ningún objeto de su ajuar funerario dentro de ninguna. Algunos investigadores opinan que fue enterrado en la KV 20 del Valle de los Reyes, al margen de que esta tumba fuera en un principio planeada y

construida para él o para otro rey (Tutmosis I) y luego reutilizada por él y por Hatshepsut.

Tutmosis II, como su predecesor, reinó unos doce años. Su momia fue hallada en el *cachette* de Deir el-Bahari y parece que tenía entre veinticinco y treinta años cuando falleció. Según se indica en una «etiqueta», la momia fue vendada otra vez en el año 6 de Esmendes y depositada en un ataúd nuevo.

## Hatshepsut

Ineni, una vez más, hace referencia a la muerte del rey y al ascenso del legítimo heredero. En este caso, cuando Tumosis II murió, el único hijo varón que había engendrado había sido con una esposa secundaria de sangre no real, llamada Isis. Debido a su corta edad, cuando fue coronado se estableció que su madrastra, la reina viuda Hatshepsut, ejerciera de regente. Ineni describe la situación de la siguiente forma: «Partió hacia al cielo [Tutmosis II] y se reunió con los dioses. Su hijo [= Tutmosis III] subió a su puesto como rey de las Dos Tierras. Cuando él gobernaba sobre el trono de quien lo creó, su hermana, la esposa del dios, la reina Hatshepsut, ejercía la autoridad sobre la tierra. Las Dos Tierras estaban bajo los designios de ella y se trabajaba para ella. Egipto inclinaba la cabeza...»[19].

Hatshepsut era hija del rey Tutmosis I y de su esposa favorita Ahmes, probablemente también de sangre real. Como ya se indicó más arriba, Ahmes debió de ejercer de regente de su hijastro Tutmosis II cuando éste fue coronado rey siendo todavía muy joven. Así, Hatshepsut tenía en su madre un modelo cercano al que emular. De hecho, volviendo la vista atrás, los reyes Ahmose, Amenhotep I y Tutmosis II habían accedido al trono siendo niños, en torno a los cinco años de edad, lo que provocó que sus madres u otras mujeres próximas a ellos ejercieran el poder *de facto* durante los primeros años de reinado. Así, puede decirse que al menos la mitad de la primera parte de la XVIII dinastía estuvo probablemente gobernada por mujeres, lo que hacía que la situación de Hatshepsut no fuera percibida por sus coetáneos ni deba interpretarse hoy como una aberración, ni siquiera como una excepción.

Hatshepsut, a diferencia de la mayoría de las mujeres que habían ejercido el poder anteriormente[20], no podía asumir el título de «madre del rey», el cual, a falta de un término específico en egipcio para designar a un/a «regente», parece ser que fue la llave para poder actuar como tal. Ella, efectivamente, no era la madre del heredero, sino su madrastra; de sangre real, sí, pero sólo madrastra del rey. Por ello, a diferencia de las mujeres que ostentaron el título de «madre del rey», su capacidad de influencia en el gobierno de Egipto tenía fecha de caducidad si no ponía remedio a ello.

Durante sus años como regente, en las inscripciones Hatshepsut hacía acompañar su nombre del título «hermana del rey» o «gran esposa del rey» y del de «esposa del dios». Este último título correspondía a un importante cargo del templo de Amón y, por tanto, le otorgaba potencialmente una gran influencia sobre el clero de Amón en Karnak y los recursos económicos asociados al templo. Hatshepsut se hacía representar entonces con cuerpo y vestimenta de mujer, apareciendo con los adornos y parafernalia característicos de una reina o de una esposa del dios. Esta circunstancia se aprecia bien en una inscripción de la isla de Sehel, en la primera catarata, que conmemora el transporte de dos obeliscos de granito a Karnak y en el que se aparece la reina frente a Senenmut.

En estos primeros momentos se percibe en los escribas y artistas cierta incertidumbre y experimentación sobre la forma de representar y denominar a Hatshepsut. Pronto se creó un nombre real (*prenomen*) que pudiera ir precedido del título «rey del Alto y Bajo Egipto». Éste fue «Maat-ka-ra», que significaba algo así como «Ella es la verdadera fuente de vida de Ra». A pesar de que el título de «rey» era masculino, siguió representándose con cuerpo y vestimenta femenina, hasta que en algún momento debió parecer que la incongruencia generaba demasiada confusión y algunas de sus figuras fueron retocadas y transformadas en masculinas. Así, el paso de mujer-reina a hombre-rey tuvo lugar de forma gradual y refleja un proceso de reflexión y búsqueda de una fórmula apropiada para hacer encajar a una mujer en un cargo político y religioso perfilado por la fuerza de la tradición para un hombre.

En el séptimo año del reinado del joven Tutmosis III, Hatshepsut era ya consistentemente representada como hombre y como rey de Egipto, aunque en ningún momento ocultó totalmente su feminidad y en las inscripciones se siguió utilizando el género femenino para referirse a ella. Para explicar y legitimar su nueva categoría de rey se recurrió al padre de la reina, Tutmosis I. Por un lado, se elaboró un texto, que fue grabado en su templo funerario de Deir el-Bahari y en la Capilla Roja, que narraba cómo siendo ella niña, en el transcurso de una procesión en el templo de Luxor, el dios Amón anunció su futura condición de rey. El oráculo divino la predestinaba para gobernar Egipto. Por otro lado, se elaboró una serie de cuadros con imágenes e inscripciones que describían cómo Hatshepsut fue engendrada por el propio dios Amón, quien, siguiendo los consejos del dios Tot, adopta la apariencia del rey Tutmosis I y yace en el lecho conyugal con su madre. Acto seguido, el dios anunció a la reina Ahmes que la hija que nacería de su unión gobernaría Egipto. El pasaje que narra la concepción divina dice así:

> «El dios Amón se transformó en la Majestad/apariencia de su esposo, el rey del Alto y Bajo Egipto Aa-kheper-ka-ra [= Tutmosis I]. Él la encontró durmiendo en su cama, en los aposentos privados de su palacio.

> Ella se despertó frente a Su Majestad al oler la fragancia del dios. Él se encaminó hacia ella con presteza. Estaba excitado por ella, la deseaba e hizo que ella le viera con su imagen de dios. Cuando llegó junto a ella, ésta se regocijó al ver sus perfecciones. Su amor recorría el cuerpo de ella, [inundado con la fragancia del dios, con su] fragancia del Punt.
>
> Palabras pronunciadas por la esposa real y madre del rey, Ahmes, delante de la Majestad del dios Amón, señor de los tronos de las Dos Tierras: "¡Cuán grandes son tus poderes! Es ennoblecedor verte de frente. Has unido mi Majestad con tu esplendor, tu rocío recorre todo mi cuerpo".
>
> Entonces, la Majestad del dios hizo todo lo que deseaba con ella.
>
> Palabras pronunciadas por Amón, señor de las Dos Tierras delante de ella: "Khenemet-Amón Hatshepsut será el nombre de la hija que yo he dejado dentro de ti [...] Ella llevará acabo una beneficiosa realeza en toda esta tierra. Mi persona le pertenece, mi [...] le pertenece, mi gran corona es suya, y así ella gobernará las Dos Tierras, ella liderará a todos los vivos..."» (*Concepción divina de Hatshepsut*)[21].

El cuerpo de Hatshepsut fue moldeado sobre un torno de alfarero por el dios Khnum. Después del parto, la recién nacida fue presentada al dios Amón, quien la reconoce como hija suya y rey de Egipto y la presenta ante los demás dioses. Durante su adolescencia continuó el «mito» de Hatshepsut, que viajó por todo Egipto para ser bendecida por cada uno de los dioses locales. El dios Atum en persona fue quien la coronó como rey del Alto y Bajo Egipto delante de Amón. Luego, la coronación se repitió en el ámbito terrenal, siguiendo las instrucciones de Tutmosis I. Es el propio Tutmosis I en persona quien la corona un día de año nuevo y quien la presenta ante la corte como su legítima heredera. En su discurso público, el rey exige a todos obediencia y lealtad a Hatshepsut, diciéndoles:

> «Debéis obedecer sus palabras, debéis congregaros a sus órdenes. Aquél que la alabe, vivirá. Aquél que la difame con blasfemias contra Su Majestad, morirá. En verdad, todos aquellos que obedezcan y se congreguen tras el nombre de Su Majestad podrán entrar rápidamente en las oficinas del rey, igual que se hizo por el nombre de mi Majestad» (*Coronación de Hatshepsut*)[22].

El padre de Hatshepsut, el rey Tutmosis I, interpreta un papel esencial en la legitimación del poder de la soberana y por ello fue ensalzado en todos sus monumentos, especialmente en su templo funerario de Deir el-Bahari; mientras que su difunto marido, Tutmosis II, era discretamente relegado a un segundo plano y olvidado.

En el séptimo año de reinado, Hatshepsut comenzó la construcción de su fabuloso templo funerario en terrazas (fig. 8.5), claro síntoma de

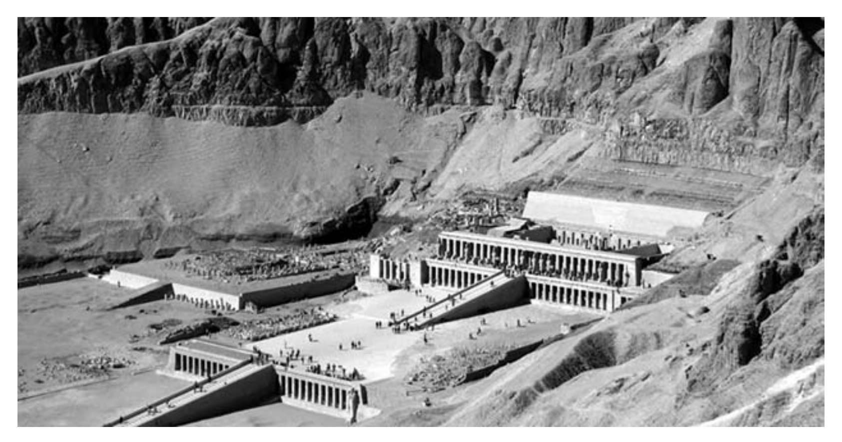


Figura 8.5. Vista de conjunto de los templos de Deir el-Bahari.

que percibía su posición como monarca de Egipto suficientemente consolidada. La ubicación está pensada como una proclamación política, al levantarse justo al lado del templo funerario y tumba de Mentuhetep Nebhepetre, el gran monarca tebano de la XI dinastía que unificó el país tras el Primer Período Intermedio y estableció la capital en Tebas, en torno al año 2030 a. C. De hecho, en una extensa inscripción grabada sobre la entrada del santuario conocido como Speos Artemidos, Hatshepsut se arroga el mérito de haber expulsado a los hyksos del Delta del Nilo y haber reconstruido los santuarios que ellos dejaron en ruinas, poniendo fin al Segundo Período Intermedio, presentándose, así, como la artífice de la reunificación del país. Asociándose con el legendario Mentuhetep II, Hatshepsut pretendía enlazar con la línea real más tebana y tradicional.

Además de los relieves que describen al detalle su origen divino, grabados sobre la pared del lado norte de la terraza intermedia, en la pared del lado sur se narran los momentos clave de la expedición que envió a las tierras de Punt y que culminó con su triunfal regreso a Tebas en el año 9.

No se sabe dónde ha de ubicarse con exactitud el lugar que los egipcios denominaban Punt. Los estudiosos del tema piensan hoy que es un topónimo que usaban con cierta laxitud para referirse a una región amplia que correspondería con la actual Eritrea, al norte del denominado «cuerno de África», y que probablemente incluiría también la costa de Yemen, al otro lado del mar Rojo. Los habitantes de Punt son representados de forma muy distinta a los nubios. Tienen el mismo color de piel y facciones que los egipcios, teniendo como único rasgo físico diferenciador una pequeña barba puntiaguda.

Punt era la principal fuente de productos exóticos y especias para los egipcios y los contactos con ella se venían repitiendo al menos desde

el Reino Antiguo. Al parecer había más de una forma de llegar hasta allí. Una consistía en alcanzar la costa del mar Rojo siguiendo uno de los *wadis* que salen hacia el este perpendiculares al valle del Nilo, como el Wadi Gasus, y luego seguir la costa hacia el sur haciendo escalas. La complicación de esta opción era transportar desmontado el barco de madera a lo largo de los casi ciento cincuenta kilómetros de desierto hasta llegar a la costa, donde se volvería a montar. Otra posibilidad era navegar río arriba atravesando el reino de Kush; pero esta ruta era más complicada debido a las cataratas y más peligrosa por la presencia de tribus poco amistosas a lo largo del valle. Por ello, los egipcios se surtían de estos productos de lujo principalmente a través de comercio con Nubia. Así lo relata un pasaje inscrito en Deir el-Bahari, en el que se afirma explícitamente que el propósito de la expedición que despachó Hatshepsut era acceder directamente al lugar de origen de las especias y productos exóticos para evitar a los intermediarios que encarecían su precio. La expedición incluso da un paso más y se trae en canastos arbustos de incienso con cepellón para replantarlos en Tebas y tratar de ser así autosuficientes.

Cuando la flota egipcia alcanza las costas de Punt, las imágenes muestran en detalle todos los productos que los habitantes de allí les entregaron. Tanto es así que la escena parece representar la recaudación de un impuesto o la toma de botín. Sin embargo, los textos que acompañan a las figuras dejan claro que lo que tuvo lugar entre el comisionado real egipcio y los jefes de Punt fue un intercambio en toda regla. Según sus palabras, el primero trajo consigo y entregó «productos típicos de Palacio: carne, pan, vino y frutas». El jefe principal de Punt, llamado Palahu, aparece representado junto a su esposa Aty, dos hijos y una hija, haciendo entrega al comisionado real egipcio, llamado Nehesi, de aros de oro, terrones de incienso y mirra, pieles de pantera, colmillos de elefante, rabos de jirafa, etc. (fig. 8.6). El intercambio parece haber sido desequilibrado; pero hay que tener en cuenta, primero, que a los escribas no les interesaba inmortalizar lo que la parte egipcia entrega, sino lo que recibe y trae a Tebas, y, en segundo lugar, que los intercambios internacionales adquirían cierto carácter diplomático, por lo que el valor intrínseco de lo que entrega cada parte no es lo único a considerar, también entraba en juego el valor simbólico del gesto y el prestigio de un bien exótico extranjero entregado por su rey o su representante.

Se conocen al menos dos expediciones de la tropa egipcia en Nubia bajo la corregencia de Hatshepsut y Tutmosis III. En la inscripción biográfica del tesorero real, Ty, grabada en la isla de Sehel, en la primera catarata, se dice que él fue testigo de la acción de castigo contra las gentes y el territorio de Nubia perpetrada por el rey de Egipto. Por otro lado, una inscripción en Tangur, al sur de la segunda catarata, informa de una expedición llevada a cabo en el año 12.

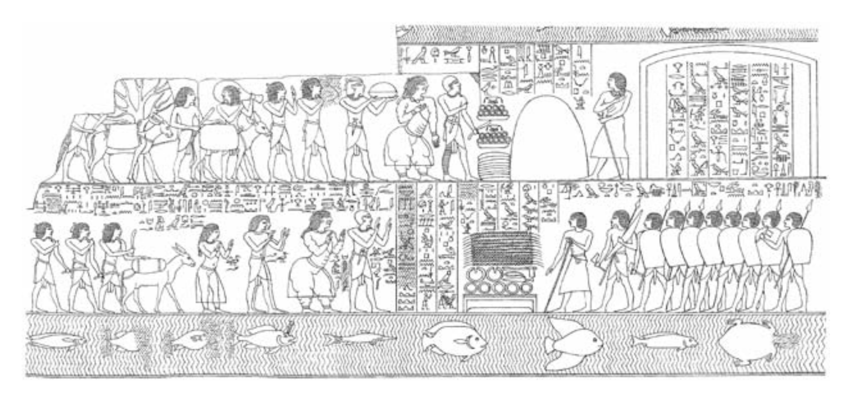


Figura 8.6. Detalle del intercambio de bienes entre el enviado egipcio, Nehesi, y el jefe de Punt, Palahu. Templo funerario de la reina Hatshepsut en Deir el-Bahari.

Como consecuencia de las sucesivas victorias egipcias sobre Nubia desde comienzos de la XVIII dinastía y el consiguiente reordenamiento político y social de la región, algunos de los nuevos miembros de la élite comenzaron a adoptar y promover un creciente gusto por lo egipcio. Ruiu, un jefe local de la región de Teh-khet, al norte de la segunda catarata, tuvo dos hijos que adoptaron nombres egipcios. Uno se hizo llamar Djehutihotep, aunque conservó también su nombre nubio, Paitsi. Su tumba en Debeira Este fue decorada por artistas egipcios, reproduciendo los temas y el estilo propios de los monumentos funerarios de Egipto. El otro hermano se llamó Amenemhat y su esposa nada más y nada menos que Hatshepsut. Su tumba quedó sin decorar, pero un número significativo de estatuas y estelas suyas fue hallado en Buhen, mostrando un incuestionable estilo egipcio[23]. De hecho, ostenta en ellas títulos de la Administración egipcia y epítetos que revelan que debió de ser un hombre de confianza de la reina Hatshepsut.

No se conocen expediciones por Siria-Palestina durante los años de gobierno de Hatshepsut. Aun así, el contacto entre Egipto y sus vecinos del norte debió de continuar siendo fluido e intenso. El mejor reflejo de ello tal vez sean los frescos de estilo y ejecución minoica hallados en la antigua fortaleza de Avaris. El palacio donde se encontraron los fragmentos que formaron parte de una escena de tauromaquia con acróbatas saltando por encima de los toros muy similar a la del palacio de Cnosos, con grifos y frisos decorativos con espirales, data de la época de la corregencia entre Hatshepsut y Tutmosis III. Según el director de la excavación de este fabuloso asentamiento en el Delta oriental, el austriaco M. Bietak, después de la expulsión de los hyksos de Avaris la fortaleza se utilizó principalmente como enclave militar y lugar de almacenamiento de grano; además, tal vez pudiera ser identificada con el importante puerto llamado Peru-nefer mencionado en los documentos de

esta época. Allí sabemos que siguieron residiendo y trabajando gentes de origen cananeo, que mantuvieron el culto a divinidades de Siria-Palestina y que en el puerto atracaron barcos cretenses. Muchos egiptólogos, sin embargo, siguen manteniendo que Peru-nefer era el nombre con el que se conocía el puerto de la ciudad de Menfis.

La llegada a Egipto de embajadas o grupos de gentes de Creta comenzó a ser representada en las tumbas de los altos dignatarios de la corte de Tebas precisamente en época de la reina Hatshepsut, primero en la tumba de su más apreciado cortesano, Senenmut (TT 71); luego en la del «segundo profeta de Amón» Puiemra (TT 39), en la del «heraldo real» Intef (TT 155), en la del «visir» Useramon (TT 131) y en la de otros importantes oficiales de la Administración de Tutmosis III. En las fuentes egipcias, los cretenses son llamados *keftiu* y en las tumbas privadas se les representa con falda corta blanca o de vistosos colores, pelo largo con trenzas y rostro sin barba. La mayoría portan vasijas y jarras de estilo minoico (ritones) y lingotes de bronce en forma de piel de vacuno. Los cretenses marchaban junto a jefes o representantes de ciudades-Estado de Siria-Palestina, de barba larga y puntiaguda y vestidos con largas túnicas blancas, que traían consigo caballos, carros, armas y también vasijas y productos exóticos.

Los relieves e inscripciones del templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari son un claro exponente de la sofisticación intelectual que la corte de Tebas alcanzó bajo su reinado. Tanto los artistas como los escribas vieron motivada su creatividad ante la necesidad de expresar nuevas ideas o reformular las tradicionales para contribuir a la legitimación de Hatshepsut. La narración de la concepción divina de la reina, su gestación y nacimiento, así como su doble coronación, primero por los dioses y luego en la tierra por su padre Tutmosis I, forman un conjunto verdaderamente original. Prueba de su éxito es el hecho de que fuera literalmente copiado años después por el rey Amenhotep III para ilustrar parte del templo de Luxor. Por otro lado, la narración de la expedición a Punt está llena de detalles anecdóticos, guiños humorísticos, paralelismos entre escenas y textos que se refieren al ámbito humano y divino, así como de divergencias entre el mensaje que transmiten las imágenes y el que transmiten los textos asociados a ellas, estos últimos destinados a una audiencia restringida formada por la élite que era capaz de leer, el uno por ciento de la población aproximádamente. Este desarrollo intelectual y creativo no sólo se hizo patente en los monumentos reales, sino también en los privados, en las tumbas, estatuas e inscripciones de los altos dignatarios de la época.

Los monumentos funerarios que construyeron para su descanso eterno los principales funcionarios de Hatshepsut incluyen detalles singulares que los distinguen del resto y que pretenden subrayar la originalidad y conocimientos sobresalientes de su propietario. Así, por ejemplo, el

«supervisor del Tesoro», «supervisor del ganado de Amón» y «supervisor de los artesanos» que trabajó decorando los monumentos de la reina, Djehuty, construyó su «casa para la eternidad» en Dra Abu el-Naga (TT 11), cerca del comienzo del camino que conducía hasta Deir el-Bahari. El patio de entrada a su tumba es excepcionalmente alargado y la fachada, tallada en la roca de la montaña, está cuidadosamente diseñada, dando una primera sensación de simetría que se ve totalmente alterada cuando se observan con atención los detalles. A un lado de la puerta de entrada se talló un estela con una larga inscripción biográfica en horizontal, que utiliza un recurso visual para evitar la repetición de una frase, mientras que al otro lado se talló una estela con una inscripción religiosa (un himno a Amón-Ra) en columnas verticales que comienzan repitiendo una misma fórmula de saludo a la divinidad. En un panel lateral también del exterior se representa al propietario realizando ofrendas y dando gracias a dios, estando los himnos escritos en un tipo peculiar de escritura, denominada «criptográfica» porque utiliza signos inexistentes en el sistema convencional de escritura y cuya lectura debe deducirse de su apariencia visual. Los himnos reproducen pasajes de los *Textos de la pirámides,* con lo que Djehuty pretendía mostrar su dominio del lenguaje y su conocimiento de los textos religiosos más arcanos.

Si bien la tumba del «sumo sacerdote de Amón» Hapuseneb, se conserva hoy en muy mal estado (TT 67), la del «segundo sacerdote de Amón» Puiemra (TT 39) (sita en el área del valle de Deir el-Bahari conocida como el-Asasif) fue excavada y reconstruida por Davies a comienzos del siglo XX, descubriendo que él también decoró la fachada de su tumba con inscripciones biográficas y con escenas figurativas en relieve.

Useramon fue nombrado «visir» en el año 5 del reinado conjunto de Hatshepsut y Tutmosis III, manteniéndose en el cargo hasta bien adentrado el reinado en solitario de este último, hasta el año 34 concretamente, cuando fue sucedido por su sobrino Rekhmira. El monumento funerario de Useramon (TT 61), en Sheikh Abd el-Qurna, no sólo llama la atención por la sucesión de «puertas falsas» talladas en la fachada que emulan el motivo arquitectónico conocido como «fachada de palacio», sino por la pirámide que coronó en su día la entrada y que constituye hasta la fecha la pirámide privada más antigua en Tebas. El visir se construyó un segundo monumento (TT 131) diseñado para actuar de capilla funeraria del anterior, pues el énfasis se puso en la cámara subterránea, que fue decorada de forma muy similar a la del propio rey Tutmosis III, como un enorme papiro desenrollado, conteniendo *La letanía de Ra* y *El libro del Amduat* (el más allá). Useramon no fue el único en decorar su cámara funeraria de esta manera; pues la tumba de su asistente, el «contable» y «registrador del cereal de Amón» Amenemhat

(TT 82), también tiene todas las paredes de la cámara funeraria inscritas con textos religiosos, con pasajes de *El libro de los muertos* y de los *Textos de las pirámides*[24], al igual que el «supervisor del granero de Amón» y «supervisor del Alto y Bajo Egipto» Nakhtmin (TT 87).

Pero sin duda el más singular de todos los altos dignatarios de la época fue Senenmut, quien se construyó dos monumentos funerarios. Uno, en lo alto de la colina de Sheikh Abd el-Qurna (TT 71), con una vista espectacular del río, mirando a oriente y teniendo la tumba de sus padres a los pies, justo debajo de su patio de entrada. Y el segundo (TT 353), en el mismo valle de Deir el-Bahari, junto al templo funerario de su reina. Además de por su diseño arquitectónico, que recuerda en parte el de las primeras tumbas reales del Valle de los Reyes, la tumba destaca por tener el techo de la primera cámara decorado con una representación astronómica del cielo, incluyendo las constelaciones del cielo del norte, los doce meses del año lunar, una lista de las estrellas que los egipcios usaban para medir el paso del tiempo durante la noche (decanos), la constelación de Orión, la estrella Sirio y cinco planetas. Las paredes de esa misma sala están inscritas con capítulos de *El libro de los muertos* y con liturgias funerarias. Parece que el monumento funerario de la montaña estaba previsto principalmente como capilla para las ofrendas y el culto a su memoria y a la de sus padres, mientras que el del valle estaba concebido como el lugar donde sería enterrado. Esta separación entre tumba y templo funerario es excepcional entre los nobles (véanse también los monumentos del visir Useramon, TT 61 y 131), pero común entre los reyes de la dinastía.

Senenmut fue el funcionario más influyente de la época y el más cercano a la reina, llegando a establecer una estrecha relación personal con ella. Fue, junto o después de Ahmose Pennekhbet, el tutor y custodio de su única hija y administrador de sus propiedades, así como de las de Hatshepsut durante sus años de consorte de Tutmosis II. Aunque no ostentó el título de «visir», realizó la mayoría de sus funciones y acumuló numerosos títulos de todo tipo. El más importante de ellos fue el de «supervisor de la casa/templo de Amón», que le otorgaba el control sobre los enormes ingresos asociados a esta institución religiosa. Además, actuó de «supervisor de las obras en todos los templos de Tebas».

Se han conservado veinticinco estatuas de Senenmut, una cantidad verdaderamente excepcional para un funcionario de la Administración. La mayoría de ellas fueron, según las inscripciones que figuran en ellas, regalos que le hicieron los monarcas para ser depositadas dentro de los templos de Tebas. En muchos casos las composiciones son totalmente originales, reflejándose también en la estatuaria la energía creativa e innovadora del momento. En siete ocasiones es representado en su papel de tutor de la hija de Hatshepsut, Neferura, mientras que otras veces aparece sosteniendo un emblema del nombre de la reina en escritura criptográfica, otras sosteniendo

un sistro de Hathor, un capilla/naos, una cuerda ceremonial de agrimensor, etc. No se sabe cuándo, ni cómo murió Senenmut. Su último documento fechado es del año 16 del reinado conjunto de Hatshepsut y Tutmosis III. Debió de fallecer inesperadamente y debió de ser enterrado con celeridad, dejándose sus tumbas tal y como estaban en ese momento, sin terminar y con escombros dentro. El hecho de no haber tenido hijos sin duda influyó en su entierro y en el estado en que quedaron sus monumentos funerarios.

Se conocen construcciones y reconstrucciones de Hatshepsut en diferentes lugares de Egipto (Elefantina, Kom Ombo, Elkab, Cusae, Speos Artemidos, Hermópolis, Armant), Nubia y la península del Sinaí. Pero fue sobre todo en Tebas donde se llevaron a cabo las obras arquitectónicas de mayor envergadura, poniendo de manifiesto su especial interés por contentar al clero de Amón (el cual constituía el principal apoyo para su legitimación) y en convertir a Tebas en el principal centro religioso, económico y político de Egipto. Para llevar a cabo parte de este plan constructivo a gran escala se reabrió la cantera de arenisca de Gebel es-Silsila (entre Asuán y Edfú), donde algunos de sus funcionarios más destacados dejaron testimonio escrito de su presencia allí y se construyeron cenotafios. En Karnak rehizo el corazón del templo, que databa del Reino Medio, añadiéndole nuevas salas laterales y levantando dos parejas de grandes obeliscos. Creó una nueva vía procesional en dirección sur, perpendicular a la vía central, que tenía un eje este-oeste, levantando un gran pórtico de entrada, el pilono VIII. Se sabe que dos de sus obeliscos fueron extraídos de la cantera de Asuán y transportados a Tebas por Senenmut en el año 16. También se sabe que Djehuty supervisó a los artesanos que los recubrieron con electro. Por su parte, Hapuseneb dice haber sido el responsable de la construcción del pilono del templo.

Al sur del templo de Amón en Karnak se levantó otro templo dedicado a su consorte, la diosa Mut, que también fue ampliado por Hatshepsut. Más al sur, a tres kilómetros de distancia, la reina construyó de nueva planta o desarrolló otro templo, conocido como el «templo de Luxor», para rendir culto a la faceta creadora del dios Amón, que se manifestaba a través de su asociación con el dios itifálico Min, formando el híbrido Amón-Min. Una importante celebración anual, la Fiesta Opet, sacaba en procesión al dios Amón acompañado de Mut y de su hijo Khonsu, para conducirles hasta el templo de Luxor.

Las procesiones eran un aspecto importante de las prácticas religiosas de la época, pues, entre otros motivos, era cuando el pueblo podía estar más próximo a la divinidad, generalmente oculta e inaccesible dentro del sanctasanctórum del templo. La estatua del dios viajaba dentro de un sagrario o pequeña capilla portátil, colocado sobre un «paso» de madera tallado en forma de barca, que un grupo de hombres purificados o

sacerdotes transportaba a hombros. Durante la «bella Fiesta del Valle», la figura del dios Amón volvía a salir de su confinamiento para cruzar a la orilla oeste y visitar a los difuntos, teniendo a Deir el-Bahari como destino final. Otra fiesta anual cruzaba el río en barca con el dios Amón-Min de Luxor, que era transportado hasta un pequeño templo en la orilla oeste, donde renovaba su fuerza creadora. Este templete quedaría años más tarde incluido dentro del recinto sagrado de Medinet Habu y sería ampliado en repetidas ocasiones hasta Época Ptolemaica. En la actualidad está siendo restaurado, dibujado y estudiado por la misión epigráfica del Instituto Oriental de la universidad de Chicago.

En el transcurso de las procesiones se realizaban paradas en el camino, en lugares donde se acabaron levantando pequeñas edificaciones de piedra para albergar dentro a la divinidad durante el descanso. Uno de estos santuarios es la denominada Capilla Roja de Hatshepsut, construida con bloques de cuarcita y granito gris. La decoración muestra a Hatshepsut seguida de Tutmosis III realizando ofrendas y acompañando a la barca sagrada de Amón en distintas procesiones (fig. 8.7). También incluye la inscripción del oráculo del dios Amón que anunciaba el futuro reinado de Hatshepsut (la versión grabada en el templo de Deir el-Bahari se conserva en mucho peor estado que ésta). La Capilla Roja debió de ser uno de los últimos monumentos que construyó la reina, pues su decoración quedó sin terminar y poco después de comenzar su reinado en solitario Tutmosis III la desmanteló.

Durante los quince años de reinado compartido entre Hatshepsut y Tutmosis III no hay ninguna prueba de que hubiera rivalidad o tensión

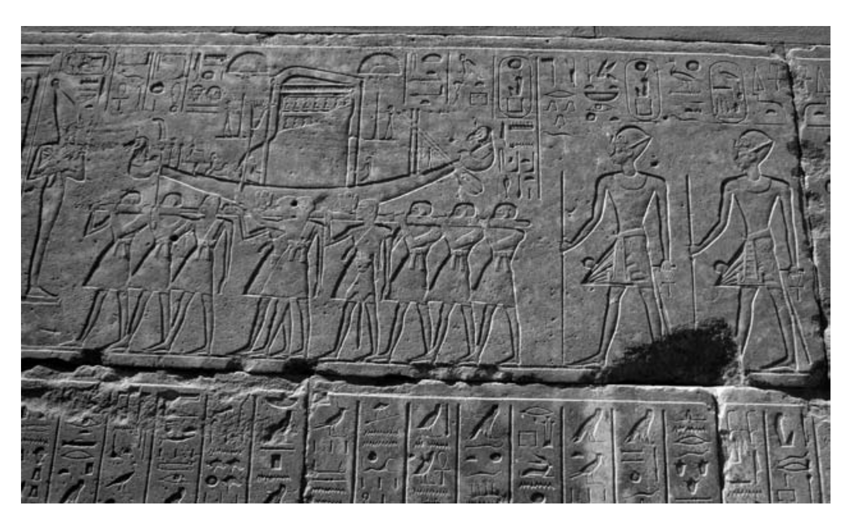


Figura 8.7. Detalle de los relieves de la Capilla Roja. Hatshepsut y su hijastro Tutmosis III siguiendo a la barca de Amón.

entre ellos dos. En primer lugar, en los monumentos de esta época con frecuencia aparecen representados juntos, si bien ella marchando delante de él. En segundo lugar, ella mantuvo como referencia cronológica para fechar sus actuaciones la coronación de Tutmosis III. En tercer lugar, en algunas inscripciones y documentos de tipo administrativo figura en solitario el nombre de Tutmosis III. En cuarto lugar, la mayoría de los altos dignatarios de la Administración que sirvieron bajo Hatshepsut siguieron en sus cargos bajo el reinado en solitario de Tutmosis III. Un documento que refleja bien la convivencia entre ambos reyes es la inscripción rupestre que grabó un funcionario llamado Kheruef en las minas de turquesa de Wadi Maghara, en el Sinaí, mostrando a los dos realizando una ofrenda a sendas divinidades locales bajo una sola fecha conjunta que sirve de título de la inscripción: «Año 16 bajo la Majestad de: el rey del Alto y Bajo Egipto Maat-ka-ra [= Hatshepsut] y el buen dios, el señor de las Dos Tierras, Men-kheper-ka-ra [= Tumosis III]»[25]. Cuatro años después, una composición muy similar, sólo que ahora con el nombre de ambos monarcas precedido del título «buen dios», fue inscrita por un comisionado real llamado Nakht en el asentamiento minero de Serabit el-Khadim, también en el Sinaí.

No se conocen los detalles del final del reinado de Hatshepsut, que debió de terminar en el año 22. En su época de consorte del rey Tutmosis II, se construyó para ella una tumba que tenía una entrada enormemente difícil, pues se encuentra a media altura de una imponente pared rocosa en un lugar llamado Wadi Sikket Taqa el-Zeide, al sur de la necrópolis tebana. Howard Carter investigó la tumba en 1916 y dentro encontró un sarcófago de cuarcita con el nombre de la reina inscrito y acompañado de sus títulos como consorte. Después de autoproclamarse rey en el año 7, Hatshepsut debió comenzar los preparativos de su tumba real relativamente cerca de la de su padre Tutmosis I, en el Valle de los Reyes, justo detrás de la colina que arropaba su templo funerario en Deir el-Bahari. El «sumo sacerdote de Amón» Hapuseneb afirma haber supervisado la construcción de la tumba de la reina. En la tumba KV 20, descubierta muchos años antes pero investigada por primera vez por Carter en 1903, se encontró un sarcófago de cuarcita con el nombre y titulatura real de la soberana, junto a otro sarcófago con el nombre de su padre Tutmosis I.

Sobre la adjudicación de tumbas reales, se barajan tres hipótesis: *a)* La tumba KV 20 fue construida de nueva planta para Hatshepsut y luego ésta trasladó allí a su padre, que estaba enterrado en la KV 38; *b)* Hatshepsut reutilizó y amplió la tumba KV 20, que había sido construida para su padre Tutmosis I; *c)* la KV 20 fue construida para Tutmosis II y luego reutilizada y ampliada por Hatshepsut, quien trasladó allí también a su padre Tutmosis I, que había sido antes enterrado en la KV 38. Su momia no fue hallada dentro de ninguna de la tumbas relacionadas de una u otra forma con ella. Se ha especulado que pudiera ser uno de los dos

cuerpos femeninos hallados en una cámara lateral de la tumba de Amenhotep II (KV 35), sin ningún tipo de inscripción u objeto que las pudiera identificar, pero con indicios de pertenecer a la realeza.

El nombre inscrito de la reina Hatshepsut y la mayoría de sus imágenes, en relieve o estatuaria, comenzaron a ser intencionadamente dañados (fig. 8.8) después del año 42 del reinado de Tutmosis III. Esta acción violenta, fríamente orquestada y ejecutada, duró sólo unos años, probablemente hasta la muerte de Tutmosis III y la ascensión de su sucesor al trono. El objetivo era borrar por completo el recuerdo de Hatshepsut y hacer como si nunca hubiera existido, por lo que esta práctica recibe el nombre de *damnatio memoriae*. ¿Por qué se daña el nombre y el rostro? Porque los egipcios, desde los comienzos de su historia, pensaban que la identidad de una persona, y por extensión su recuerdo y sus esperanzas de gozar de una vida plena después de la muerte física, residía en su nombre y en su rostro. La *damnatio memoriae* de Hatshepsut no se puede atribuir, por tanto, a una venganza de su hijastro por haber tenido que compartir el trono con ella durante veintidós años, pues empezó a llevarse a cabo al menos veinte años después de que la reina desapareciera de la escena política.

¿Qué motivó, entonces, la persecución del recuerdo de Hatshepsut? No se sabe con certeza. Tal vez las razones haya que buscarlas en la situación política al final del reinado de Tutmosis III y la cuestión abierta

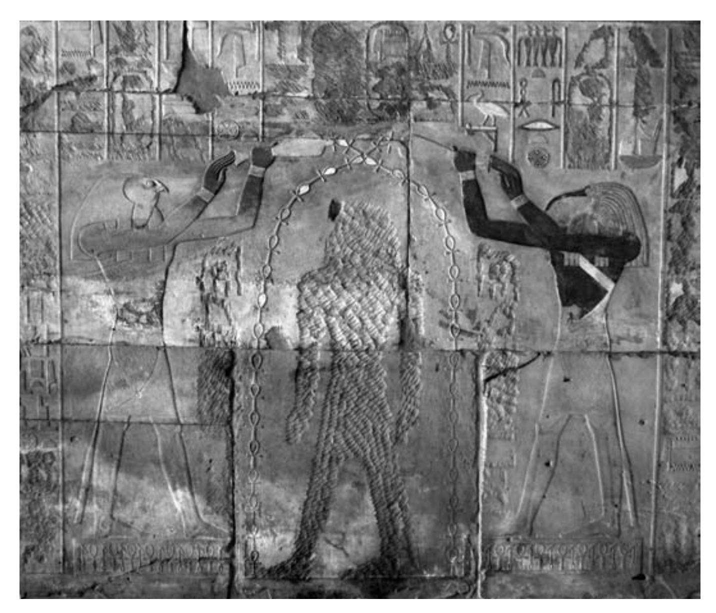


Figura 8.8. *Damnatio memoriae* de la figura de Hatshepsut en los relieves del templo de Karnak.

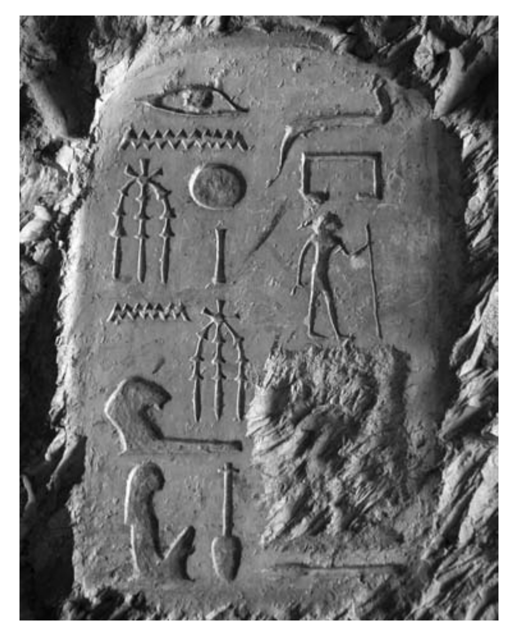


Figura 8.9. *Damantio memoriae* del nombre Senenmut en una de las estelas grabadas en su tumba (TT 71).

de su sucesión. La *damnatio memoriae* podría estar relacionada con los planes y actuaciones para asegurar la coronación del príncipe heredero Amenhotep II, coronación que por entonces debía creerse muy próxima (Tutmosis estaría casi en los cincuenta) y que unos años después incluso se adelantaría a la propia muerte del rey, estableciéndose una corregencia entre el desgastado Tutmosis III y el enérgico Amenhotep II que duraría un par de años. Por otro lado, es significativo el hecho, y también pudiera estar relacionado con la *damnatio memoriae,* que el título que Hatshepsut ostentó como consorte y que de algún modo le posibilitó su ascenso al trono, «esposa del dios Amón», no fuera utilizado después por ninguna otra reina consorte de la dinastía.

El nombre y la efigie de la reina Hatshepsut fueron borrados incluso de los monumentos de sus súbditos. Algunos de ellos sufrieron también su propia *damnatio memoriae* de forma parecida a la de la reina, pero no hay motivos suficientes para asociar la *damnatio* de la reina con la suya. Incluso en el caso de Senenmut, su nombre fue borrado de muchos de sus monumentos (fig. 8.9), pero no de todos, y ni su figura, ni su rostro fueron dañados en sus estatuas y relieves. En la tumba de Puiemra, por ejemplo, mientras que la figura de la reina es sustituida por estandartes reales de Tutmosis III, el nombre y la figura del propietario fueron respetados. En la tumba del «supervisor del Tesoro» Djehuty, el nombre

de la reina y el suyo fueron sistemáticamente martilleados. En unos casos la figura de Djehuty fue enteramente borrada y en otros sólo su rostro; pero lo más intrigante es que todos sus familiares sufren la misma *damnatio,* especialmente su padre, mientras que el nombre de su madre fue respetado. ¿Por qué? El fenómeno de la *damnatio* en monumentos privados de esta época no sigue un patrón consistente y probablemente responda a razones diversas de tipo más personal, familiar o local.

## Tutmosis III

La primera referencia al reinado en solitario de Tutmosis III (fig. 8.10) está fechada a finales del año 22, aunque esta inscripción, a la entrada del templo del dios guerrero Montu en Armant, a veinte kilómetros al sur de Tebas, debió de escribirse al menos una década después del acontecimiento. Otra inscripción, conocida como los «Anales de Tutmosis III», grabada sobre las paredes que rodeaban el sanctasanctórum del templo de Amón en Karnak, nos informa de que dos meses y medio después de la desaparación de Hatshepsut, Tutmosis III pasaba con su tropa por la fortaleza principal que custodiaba la frontera oriental del Delta, Sile (Tcharu), en dirección a Palestina y Siria en su «primera campaña de victoria». La inscripción señala que, si bien el objetivo de la campaña era «extender las fronteras de Egipto», el motivo que la había originado era que una serie de territorios se habían rebelado y ya no aceptaban estar sometidos a la autoridad del monarca egipcio. De nuevo, la acción militar se explica y se trata de justificar argumentando legítima defensa, como respuesta a una traición previa.

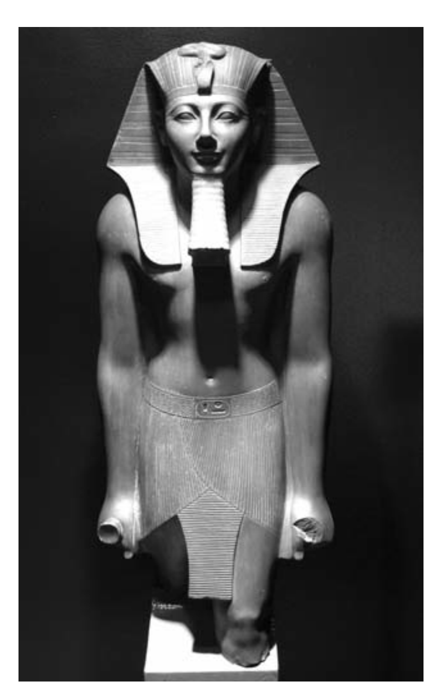


Figura 8.10. Estatua de Tutmosis III en el Museo de Luxor.

Hasta qué punto estas frases se habían convertido ya un tópico en las inscripciones reales o reflejaban una situación real es difícil de saber.

Tal vez los jefes de algunas ciudades-Estado de Siria-Palestina, que habían pasado a ser vasallos del monarca egipcio cuando su abuelo Tutmosis I alcanzó el Éufrates, aprovecharan la muerte de Hatshepsut para tratar de sacudirse el yugo y el consiguiente pago de tributo. Pero quizá lo que Tutmosis III buscaba era conseguir prestigio como monarca después de tantos años de corregencia y, a la vez, ganarse el apoyo de la clase militar, que se enriquecería con el botín y las recompensas en el campo de batalla, así como el apoyo del clero de Amón, que al final recibiría la mayor parte del tributo y botín recogido durante la campaña. Probablemente entraría más de una razón en juego, pero sin duda alguna el móvil principal de las campañas que llevaron a cabo los monarcas egipcios en tierras extranjeras era el beneficio económico, bien fuera por medio de la captura de botín de aquellos que se resistían a aceptar su autoridad, bien fuera por medio de la recaudación de tributo de aquellos que preferían evitar un enfrentamiento bélico. La capacidad del monarca para adquirir bienes, fuera del modo que fuera, es la idea que subyace al término con el que los propios egipcios calificaban sus campañas: «victoria», y a la expresión con la que se referían al objetivo final de las mismas: «extender las fronteras».

Los anales de Tutmosis III son, como la propia inscripción señala, un breve resumen de lo que durante las campañas se registró por escrito en un rollo de cuero o en papiro y fue luego guardado en los archivos del templo de Amón en Karnak[26]. Según la inscripción, que fue grabada en el año 42, el rey había llevado a cabo hasta entonces diecisiete campañas, prácticamente una por año. Si bien la inscripción incluye la mención, y en algunos casos la descripción detallada, de algunas gestas militares o acontecimientos especialmente significativos, el resumen tiene como objetivo dejar constancia de los bienes que el rey adquirió o ingresó anualmente y que, acto seguido, entregó en su mayor parte al templo de Amón. La enumeración incluye tanto el botín capturado y la cosecha recogida en Siria-Palestina, como el tributo del Líbano, la contribución pagada por Nubia, los productos exóticos llegados desde Punt o los regalos diplomáticos que fueron enviados por los reyes de Asiria, Hatti y Babilonia. La escena que acompaña a la inscripción se centra en la entrega de productos que el monarca le hace a Amón, sentado sobre el trono como rey de los dioses. Tutmosis III quiso así que quedara grabada en piedra para siempre su más que generosa contribución al templo y, por extensión, al clero de Amón.

La primera campaña del año 22-23 fue la que asentó las bases del Imperio Egipcio en Siria-Palestina, junto con la periodicidad anual de las sucesivas campañas, que dieron a la presencia egipcia y a la autoridad del monarca en la región cierta raigambre y estabilidad. El principal conflicto bélico que tuvo lugar ocurrió en el extremo norte del territorio sobre el que Egipto había ejercido cierta influencia y que, por tanto, era el más proclive a abandonar el control de la Administración

egipcia. La inscripción informa que el rey de la ciudad-Estado de Qadesh había reunido a los jefes de muchas ciudades de la zona para organizar un frente común contra el rey egipcio. En el momento en el que Tutmosis III llega a la región con su tropa, los soldados de la coalición oponente se encontraban formando un solo ejército en las inmediaciones de la fortaleza de Megiddo, tal vez la ciudad rebelde situada más al sur. El rey egipcio, después de discutir con sus oficiales, opta por la ruta más peligrosa y toma por sorpresa a sus enemigos, que huyen a refugiarse detrás de las murallas de la ciudad. Tutmosis III sitia la ciudad, que acaba rindiéndose y abriendo sus puertas. Los jefes extranjeros allí reunidos piden clemencia al rey, le juran fidelidad y le prometen el pago de tributo. Éste acepta, captura todos sus bienes y les deja volver a sus respectivas ciudades, donde seguirán siendo jefes, aunque ahora vasallos. Para los egipcios, como se dice en los Anales de forma hiperbólica, «la captura de Megiddo es la captura de mil ciudades».

Esta hazaña fue considerada la más importante del reinado de Tutmosis III y por ello se menciona en un gran número de inscripciones conmemorativas en distintos lugares de Egipto e incluso Nubia. En la estela conmemorativa que el monarca mandó grabar en el año 47 y levantar en el centro más importante al sur de sus dominios, el templo de Amón en Gebel Barkal, cien kilómetros al norte de la cuarta catarata, la primera campaña se recuerda todavía de forma elocuente y expresiva:

> «Repetiré para vosotros, ¡escuchad!, gente. Él [= Amón] había ordenado para mí las tierras de Retenu en la primera campaña. Ellos vinieron para encontrarse con Mi Majestad, consistiendo en cantidades de hombres, cientos de miles, de lo mejor de cada tierra extranjera, 330 jefes montados en sus carros y cada uno con su tropa. Ellos estaban en el valle de Qina, preparados, agrupados. El éxito surgió de mi acción contra ellos. Mi Majestad les atacó y ellos huyeron al instante, cayéndose y arrastrándose, hasta entrar en Megiddo. Mi Majestad les sitió durante siete meses, hasta que se asomaron para implorar a Mi Majestad, diciendo: "Otórganos tu aliento, oh nuestro señor. No se repetirá que los habitantes de las tierras de Retenu desobedezcan otra vez". Aquel enemigo, junto con los jefes que estaban con él, hizo que salieran hacia Mi Majestad todos sus hijos/súbditos llevando numerosos productos de oro y plata, todos los caballos que estaban con ellos, sus grandes carros de oro y plata y los pintados, todas sus mallas para luchar, sus arcos, sus flechas y todas sus armas de combate. Aquellos que vinieron desde lejos portándolas para luchar contra mi Majestad, las traían ahora como productos para Mi Majestad. Ellos estaban de pie en sus murallas alabando a Mi Majestad para que les fuera concedido el aliento de vida. Mi Majestad hizo entonces que se les tomara el juramento de lealtad, diciendo: "No repetiremos el mal contra el rey Men-kheper-ra —¡que se le conceda vida!—, nuestro señor, durante nuestro periodo de vida, puesto que hemos presenciado sus poderes. Él nos ha concedido el aliento porque él quiere. Su padre es quien lo ha

> hecho, Amón-Ra señor de los tronos de las Dos Tierras, y no la acción de los hombres". Mi Majestad hizo entonces que se les permitiera tomar el camino hacia sus ciudades. Todos ellos marcharon en burros, pues yo había tomado sus caballos. Tomé a los ciudadanos de allí para Egipto, al igual que sus propiedades» (*Estela de Tutmosis III en Gebel Barkal*)[27].

La inscripción sobre una estatua de un personaje llamando Minmose señala que él siguió al monarca por tierras extranjeras del norte y del sur, y que, en calidad de agente de Palacio, estuvo encargado de fijar y cobrar el tributo que cada jefe local de Siria-Palestina y de Nubia debía pagar al rey de Egipto, igual que lo hacía cualquier súbdito de Palacio. La inscripción de los Anales añade que, como consecuencia de su victoria sobre Qadesh, los campos de cultivo de la región fueron registrados y organizados para que la Administración egipcia pudiera cobrar el impuesto anual:

> «Los campos de cultivo fueron convertidos en parcelas, las cuales fueron asignadas a los agentes de Palacio —¡vida, prosperidad y salud!— para recoger su cosecha. Relación de la cosecha que Su Majestad trajo de las parcelas de Megiddo: 207.300 sacos de trigo, además de lo que se segó al paso de la tropa de Su Majestad» (*Anales de Tutmosis III*)[28].

Las campañas que se sucedieron después año tras año por tierras de Palestina y Siria recaudaban el tributo de las ciudades leales y capturaban botín tras derrotar a aquellas que se resistían a pagar. A pesar de que el objetivo de las inscripciones monumentales era conmemorar los éxitos del rey, en un par de ocasiones al escriba «se le escapa» (como ocurrió ya en los relieves de Deir el-Bahari que narran la expedición a Punt) que la tropa egipcia llevaba consigo productos para entregárselos a los vasallos fieles al monarca; es decir, que en muchos casos existía una cierta reciprocidad entre el rey egipcio y los jefes de las ciudades-Estado. En las fuentes egipcias no interesaba recalcar esta reciprocidad porque su función no era presentar de forma objetiva una realidad, sino conmemorar los éxitos del rey, por lo que la atención se fija en los ingresos recibidos y no en los pagos efectuados.

Para asegurarse el cobro de los tributos de forma regular, el rey egipcio ponía y quitaba a los gobernantes de las ciudades-Estado según le interesaba. Ahora incluso estableció en el norte la política, utilizada con anterioridad en Nubia, de que los príncipes herederos viajaran a la corte del rey para ser educados a la egipcia y luego volver a gobernar las ciudades de sus padres con una actitud favorable hacia Egipto. Un pasaje extraído del resumen del año 30 dice así:

> «Los hijos y los hermanos de los jefes fueron traídos para ser guerreros fieles a Egipto. En cuanto a todos aquellos que murieran de entre

> estos jefes, Su Majestad haría entonces que su hijo ocupara su trono. Relación de los hijos de los jefes que fueron traídos en este año: 35 hombres, 181 dependientes hombres y mujeres, 188 caballos, 40 carros labrados en oro y plata y pintados» (*Anales de Tutmosis III*)[29].

Las alianzas con sus nuevos vasallos de Siria-Palestina se reforzaban además mediante matrimonios y los gobernadores locales le enviaban sus hijas al rey de Egipto para que formaran parte de su harén. Así, en el año 40 sabemos que un jefe envió a su hija a Egipto, acompañada de un séquito de casi cien personas y una rica dote, que incluía caballos, carros, ganado, objetos de oro y plata, tallas en maderas especiales, incienso y licores. La arqueología corrobora esta práctica, al haberse hallado en el extremo sur de la necrópolis tebana, en un *wadi* llamado Gabbanat el-Qurud, una tumba donde fueron enterradas tres princesas de Siria-Palestina acompañadas de un impresionante ajuar de piezas de oro y joyas. Sus nombres, de etimología semítica, eran Manuwai, Manhata y Maruta.

Qadesh volvió a soliviantarse al menos en el año 30 y en el año 42, probablemente instigada y apoyada por el vecino reino de Mitani, cuya área de influencia debía alcanzar también las ciudades vecinas de Tunip, Arvad, Irqata y Simira/Sumur. En esos años el principal enemigo de los intereses del monarca egipcio en Siria empezó a ser Mitani, en concreto la región que las fuentes egipcias llaman Naharina, probablemente en torno a la ciudad de Emar a orillas del río Éufrates. Por aquel entonces Mitani era, efectivamente, el reino más poderoso de la zona. Las inscripciones de Tutmosis III repiten cómo en más de una ocasión hizo retirarse despavoridos a los soldados mitanos/hurritas, que huyeron eludiendo el combate. Como sustituto de la batalla, el rey egipcio hacía gala de sus habilidades guerreras cazando animales salvajes. Un pasaje de la Estela de Armant dice así:

> «Él mató 7 leones disparando flechas en un instante, y se trajo un grupo de 12 toros salvajes a la hora del almuerzo, sus colas colgándole por detrás. Abatió a 120 elefantes en la tierra de Niy, volviendo de Naharina. Cruzó el Éufrates y pisoteó los poblados a ambos lados, consumidos por el fuego para siempre. Inscribió una estela de victoria en su lado oeste. Se trajo un rinoceronte disparando en la tierra del sur de Nubia, después de que procediera hasta Miu para buscar a quien le había desobedecido en aquella tierra. Inscribió su estela allí, igual que lo había hecho en los confines de la tierra» (*Estela de Armant*)[30].

Las campañas militares no sólo se conmemoraron mediante inscripciones en los templos, sino también mediante estelas o inscripciones rupestres en los enclaves más significativos y distantes alcanzados por el monarca y su tropa. Así, en su octava campaña, en el resumen del año 33,

Tutmosis III cuenta en los Anales que hizo grabar una inscripción al lado de la que grabó su abuelo Tutmosis I junto al río Éufrates. Aunque la tropa egipcia llegó a alcanzar la ciudad de Karkemish, según informa uno de los oficiales que participó en las campañas, Amonemheb, también llamado Mahu, probablemente las inscripciones de ambos reyes debieron grabarse un poco más al sur, no muy lejos de la ciudad de Emar. Para marcar el límite meridional del poder o influencia del monarca egipcio, se erigió una estela en Gebel Barkal, a pesar de que tanto Tutmosis I como Tutmosis III habían llegado más al sur todavía, hasta Kurgus. El «agente de Palacio» Minmose dice en un grafito en las canteras de Tura haber sido él quien grabó las inscripciones en Naharina y en Gebel Barkal.

El soldado Amonemheb, al igual que hiciera antes Ahmose hijo de Ebana, detalló en la biografía inscrita en su tumba (TT 85) sus acciones valerosas durante las contiendas que se sucedieron en Siria-Palestina, los prisioneros que capturó y las recompensas de las que se hizo valedor (objetos de oro, sirvientes y telas). Ejerciendo de guardia personal del rey Tutmosis III, alcanzó la región de Naharina y cruzó el río Éufrates, corroborando la información que transmiten las inscripciones reales. Un par de anécdotas pretenden resaltar su cercanía a la persona del monarca:

> «Volví a presenciar otra ocasión magnífica llevada a cabo por el señor de las Dos Tierras en Niy. Cazó 120 elefantes con sus colmillos. Yo tomé entonces al elefante más grande de entre ellos, que estaba luchando contra Su Majestad. Fui quien cortó su trompa, cuando todavía estaba vivo ante Su Majestad y yo estaba de pie en el agua, entre dos rocas. Mi señor me recompensó, entonces, con oro [...] y cinco piezas de tela.
>
> El jefe de Qadesh hizo que saliera un único caballo al galope, adentrándose entre la tropa, y yo lo perseguí a pie con mi lanza, lo herí en el vientre, le corté su cola y la puse ante el rey, quien dio gracias a dios por ello: "Él ha provocado mi alegría, pues ello ha llenado mi cuerpo; ha provocado mi regocijo, pues él ha reunido mis miembros". Entonces, Su Majestad hizo que salieran todos los valientes de su tropa para derruir la muralla reconstruida de Qadesh. Yo fui quien la derruyó, pues estaba a la cabeza de todos los valientes, sin que hubiera nadie que actuara delante de mí» (*Autobiografía de Amonemheb*)[31].

Los Anales de Tutmosis III informan de que en el transcurso de las campañas se capturó una gran cantidad de prisioneros, a los que se sumaron los sirvientes que se le enviaron al rey como parte del tributo anual o como regalo diplomático. En total se contabilizaron al menos 7.943 extranjeros (hombres y mujeres) que fueron traídos a Egipto, de los cuales 4.931 eran sirvientes de Siria-Palestina y sólo 413 eran sirvientes de Nubia (la categoría de los restantes no se especifica). Menfis era el lugar donde comenzaban y terminaban las campañas por Siria-Palestina.

Allí se reunía la tropa que acompañaría al rey y allí llegaban los extranjeros que eran traídos prisioneros como parte del botín. Los cautivos eran repartidos desde allí a distintos centros de Egipto, siendo Tebas, en concreto el templo de Amón en Karnak, uno de los principales receptores de mano de obra extranjera. Tutmosis afirma que entre el año 23 y el 42 entregó al templo de Amón 1.588 hombres y mujeres provenientes de Siria (la cantidad de los otros lugares se ha perdido en la inscripción). La administración del templo los empleaba como sirvientes en los campos asociados a la institución religiosa, en tareas de construcción, en los almacenes o en los talleres, donde la mayoría de ellos se dedicaría a la confección de diferentes tipos de telas, según nos informan las inscripciones. Bajo el reinado de Tutmosis III y de su sucesor, Tebas recibió una gran cantidad de población extranjera proveniente de Siria-Palestina que poco a poco fue integrándose en la sociedad egipcia, hasta llegar a no poderse distinguir su procedencia en la documentación. Algunos de ellos llegaron a ocupar puestos de relevancia en la Administración, como es probablemente el caso de Benia, también llamado Paheqamen (TT 343), que fue educado en la corte y ejerció los cargos de «supervisor de los trabajos» y «supervisor del sello del Tesoro».

El dominio egipcio sobre Nubia siguió siendo efectivo, recaudándose tributo de forma anual sin aparentemente demasiados problemas. Por entonces el «virrey de Kush» era un tal Nehy. En relación con la estabilidad política en la región y una efectiva explotación económica de las riquezas naturales del territorio, bajo el reinado de Tutmosis III los templos egipcios en Nubia fueron ampliados y embellecidos. Es importante recordar que los templos eran, además de lugares de culto, importantes centros económicos de almacenamiento y redistribución de productos, ubicados junto a zonas de extracción de piedra o mineral o en enclaves estratégicos de las rutas comerciales. Los ejemplos más significativos son el templo de Buhen al norte de la segunda catarata y el templo de Gebel Barkal al norte de la cuarta. Tal vez gracias al control que la Administración egipcia ejercía sobre el valle del Nilo hasta la cuarta catarata, el incienso y la mirra de Punt llegaban a Tebas con cierta regularidad. Los principales funcionarios que sirvieron en la Administración de Tutmosis III representaron en sus tumbas la llegada de grupos de extranjeros formados por hombres y mujeres procedentes de distintas regiones del norte y del sur, que traen consigo objetos típicos de sus lugares de origen: vasijas de lujo, telas, armas, carros, caballos, animales exóticos, colmillos de elefante, especias, lapislázuli, turquesas, lingotes de bronce, aros de oro, etc. (fig. 8.11). Muchos de los grupos traen consigo también niños pequeños, para entregarlos como sirvientes formando parte del tributo o para ser educados en la corte egipcia como parte de los intercambios diplomáticos.

La información que transmiten estas escenas complementa, desde el ámbito privado, la representación que acompaña a los Anales de Tutmosis III,

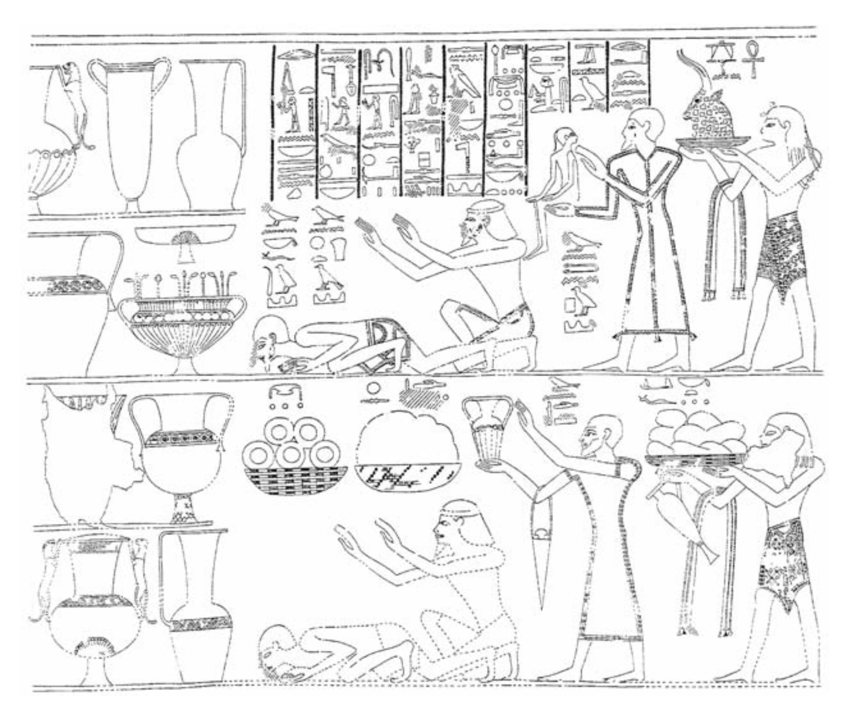


Figura 8.11. Extranjeros representados en la tumba de Menkheperraseneb (TT 86), «sumo sacerdote de Amón» bajo Tutmosis III, incluyendo a los jefes de Chipre, Hatti, Tunip y Qadesh.

en la que aparece el rey ofreciendo al dios Amón una selección de los objetos obtenidos como resultado de su política exterior. Al igual que ocurre en la inscripción de los Anales, los artistas que compusieron las escenas en las tumbas privadas no tenían especial interés en diferenciar claramente entre una embajada que traía regalos diplomáticos al rey de Egipto, un vasallo que entregaba su tributo anual o un jefe derrotado que llegaba con sus pertenencias como parte del botín de guerra. Generalmente se hacía una distinción básica entre el norte y el sur, para acentuar que los dominios del rey se extendían en todas direcciones. Los escribas que compusieron los textos que acompañan a las escenas tampoco tenían interés en precisar la periodicidad con la que estos grupos llegaban a Egipto con sus productos, lo que ha provocado cierto debate sobre si constituyeron un evento singular o si la situación representada se repitió con regularidad. Las escenas de esta época mejor conservadas se encuentran en la tumba del «primer heraldo del rey» Imunedyeh (TT 84), del soldado Amonemheb llamado Mahu (TT 85), del «sumo sacerdote de Amón» Menkheperraseneb (TT 86), del «segundo profeta de Amón» Puiemra (TT 39), del «visir» Useramon (TT 131) y de su sucesor

Rekhmira (TT 100), esta última tal vez la más elaborada, completa y mejor conservada de todas.

La tumba del visir Rekhmira, de enormes dimensiones y enteramente pintada, incluye además numerosas escenas que describen los diferentes trabajos que se llevaban a cabo bajo su dirección en las instalaciones del templo de Karnak y en los talleres reales, los cuales abarcaban desde la producción de adobes, la cocción de pan y la recolección de miel, hasta el curtido y tinte de la piel, el trabajo del metal, la talla de muebles de madera y de estatuas de piedra, la elaboración de vasijas y sandalias, etc. Una extensa inscripción narra su nombramiento para el cargo por el rey Tutmosis III, sucediendo a su tío Useramon, y describe las principales tareas que estaban a cargo del visir, la mayoría de ellas relacionadas con organización del territorio, la recaudación de los impuestos y la administración de justicia. Él era el director de la Administración y de los recursos económicos asociados al palacio real, de los talleres y almacenes donde se guardaba el metal (asistido por el «supervisor del Tesoro»), nombraba a los administradores de menor rango y velaba porque se respetaran las leyes y la propiedad privada. De él dependía también la seguridad, tanto la policía como la custodia de las fronteras. Su predecesor, Useramon, ya había inscrito un texto similar en su tumba (TT 131), pero se conserva en peor estado.

La tumba de Rekhmira también es una importante fuente de información sobre las creencias religiosas y los rituales funerarios. En sus paredes se representan escenas que describen distintos momentos del ritual de la «apertura de la boca», en el que un sacerdote-*sem* llevaba a cabo una serie de ofrendas, sacrificios y fumigaciones de incienso delante de la momia o de una estatua del difunto, a la vez que un sacerdote-lector recitaba sortilegios que devolverían al difunto sus funciones vitales para que pudiera gozar de una existencia plena en el más allá. También se representan escenas que describen la procesión funeraria hasta alcanzar la tumba y la visión que se tenía de cómo era el tránsito hacia el reino de los muertos, habitado por dioses menores presididos por Osiris, Anubis y la diosa de Occidente.

Durante sus treinta y dos años de reinado en solitario, Tutmosis III llevó a cabo una intensa labor constructiva, interviniendo en los principales centros de culto de Egipto y de Nubia. En Tebas, el templo de Karnak fue transformado. Parte de las capillas que levantó Hatshepsut junto al sanctasanctórum fue desmantelada para construir un recinto alrededor con la inscripción de sus gestas militares y, sobre todo, sus donaciones a Amón. Desmanteló también la Capilla Roja que acababa de construir Hatshepsut para hospedar la barca portátil de Amón. En la parte trasera del templo, pasado el patio abierto del Reino Medio, levantó un conjunto de capillas que llamó *Akh-menu*. Una de ellas se conoce hoy con el nombre de «gabinete de curiosidades», pues en sus

paredes se representan las plantas y aves que se observaron durante la campaña del año 25 en Siria-Palestina, como así señala la inscripción que las acompaña. En esta parte del templo debió de levantarse el obelisco que se encuentra hoy en Roma junto a la iglesia de san Juan de Letrán, el más alto que se conoce (36 metros). En la vía procesional hacia el templo de Mut y el templo de Luxor, Tutmosis III levantó un nuevo pilono (el VII), sobre el que grabó su imagen manteniendo postrados, agarrándoles por los pelos y dispuesto a golpearles con su maza, a los jefes de Siria-Palestina a un lado de la puerta de acceso (fig. 8.12) y a los jefes de Nubia al otro lado.

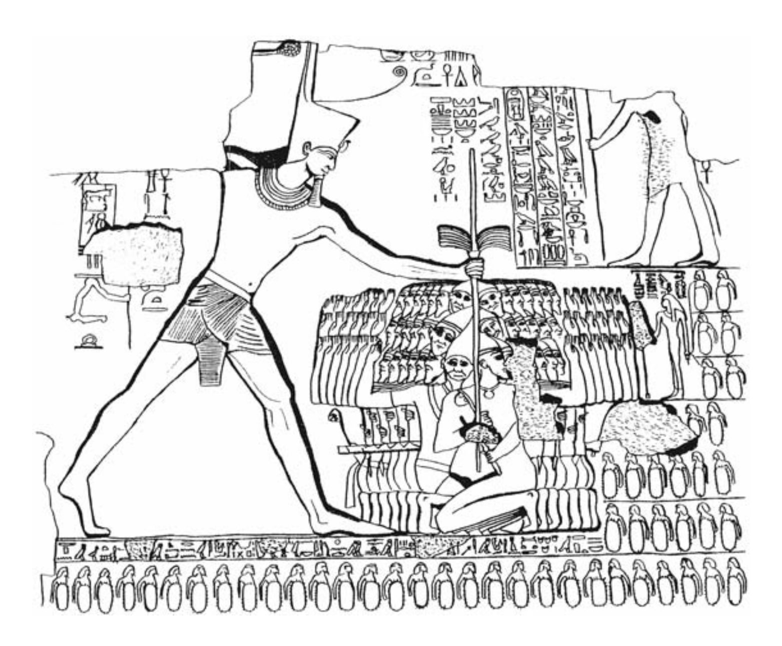


Figura 8.12. Detalle de la cara externa del pilono VII del templo de Karnak: Tutmosis III dispuesto a golpear a un grupo de jefes de Siria-Palestina que mantiene bien sujetos.

El templo era, para los antiguos egipcios, la recreación arquitectónica del cosmos ordenado, es decir, del espacio geográfico y político que se encontraba bajo la influencia benefactora de la divinidad (Amón-Ra en el caso de Karnak) y la tutela activa del monarca, responsable último de oficiar los rituales, que constituían la máxima expresión del orden. Fuera del espacio ordenado reinaba el caos, por lo que el lugar simbólico donde entraban en contacto el orden y el caos era en la cara externa de los muros que rodeaban el templo, motivo por el cual se representaba

allí el conflicto y el progresivo triunfo del orden sobre el caos, personificado en la figura del monarca egipcio subyugando a los jefes extranjeros que se resistían a aceptar su autoridad o derrotando en la batalla a una masa informe de enemigos del norte o del sur.

El espacio era concebido por los antiguos egipcios como un rectángulo. Si bien Egipto se dividía en dos partes, el sur y el norte, el Alto y el Bajo Egipto, el cosmos ordenado y su expansión se concebían siguiendo sus cuatro lados, los cuatro puntos cardinales. Una inscripción de Hatshepsut grabada sobre uno de sus obeliscos levantados en Karnak describe su influencia y su capacidad de obtener productos en las cuatro direcciones posibles, extendiéndose sus fronteras hacia el sur (Punt), este (Palestina/Sinaí), oeste (Manu/Tchehenu) y norte. Una percepción similar se expresa en la denominada «estela poética de Tutmosis III», en la que se describe cómo Amón-Ra ayuda al monarca a transfigurarse en un animal distinto según la región geográfica a la que se enfrente. En la Estela de Gebel Barkal se da un paso más, concibiendo el espacio dividido en cinco partes, Egipto figurando como una quinta región ubicada en el centro, expresando de forma muy clara la distinción ideológica y la relación/tensión entre centro y periferia.

En la última década de su reinado, bajo la supervisión del visir Rekhmira, Tutmosis III levantó un templo en Deir el-Bahari, encajándolo en el poco espacio que quedaba libre entre el templo funerario de Hatshepsut y el de Mentuhetep Nebhepetra (fig. 8.5), con el objetivo de estar presente durante la procesión de la «bella Fiesta del Valle». El edificio siguió el mismo diseño que los otros dos templos, superponiendo terrazas con rampas de acceso y, a los lados, pórticos con pilares y columnas. También en la orilla oeste de Tebas, Tutmosis III amplió el templete de Hatshepsut dedicado a la capacidad regeneradora de Amón-Min, dentro del actual recinto de Medinet Habu.

Su templo funerario se construyó al sur de la vía procesional que conducía al valle de Deir el-Bahari. Se comenzó durante la corregencia con Hatshepsut y fue sucesivamente ampliado. En su mayor parte estuvo construido en adobe, por lo que hoy está muy derruido.

Su tumba fue descubierta por los hombres del entonces director del Servicio de Antigüedades, Victor Loret, en 1898, en el Valle de los Reyes (KV 34), justo detrás de Deir el-Bahari. La entrada fue abierta en la ladera de roca, a unos metros por encima del suelo. El pasillo no fue decorado, pero las paredes de las cámaras fueron enyesadas y pintadas, al igual que los techos, que se pintaron de azul con estrellas amarillas simulando el cielo nocturno. Antes de alcanzar la primera cámara, se abre en el suelo un pozo, elemento que aparece aquí por primera vez y que será común en las tumbas reales posteriores. La primera cámara está pintada con la representación de las 741 divinidades del más allá (*Amduat*). La cámara funeraria adopta una forma ovalada, imitando un

cartucho real, forma que también adopta el sarcófago del rey hallado al fondo de la sala. Las paredes están pintadas como si fueran un papiro funerario desenrollado, con las figuras trazadas muy esquemáticamente y el texto en escritura jeroglífica cursiva. El motivo representado es el viaje nocturno del sol a través de la tierra, narrando lo que ocurre en cada hora hasta el amanecer. Este documento ayudaría al monarca a acompañar con éxito al sol y renacer triunfante con él por la mañana. Los dos pilares de la sala están escritos con *La letanía de Ra,* salvo una de las caras, que tiene un curioso dibujo en tinta negra representando a Tutmosis III siendo amamantado por un árbol, que representa a su madre Isis, y tras él tres de sus esposas y una hija. La decoración sin duda se terminó de forma apresurada.

La tumba fue violentamente saqueada en época antigua y, de hecho, un escriba de finales de la XX dinastía escribió dos inscripciones en la pared. Su momia se encontró en *cachette* de Deir el-Bahari dentro de uno de sus ataúdes de madera. El cuerpo había sido vuelto a vendar, utilizando cuatro remos pequeños de su equipamiento funerario para ayudar a mantener firme el maltrecho cuerpo. El sudario original tenía escrito en tinta negra capítulos de *El libro de los muertos*.

No se sabe con certeza si Tutmosis III se casó o no con la hija de Hatshepsut, Neferura. Si lo hizo, debió de ser en los últimos años de la corregencia y poco después ella desaparece de las inscripciones oficiales. En uno de los pilares de la cámara funeraria de la tumba real se representan en fila a tres esposas del rey, primero Meritra Hatshepsut, luego Sat-Iah y en último lugar Nebtu, seguida de la hija del rey Nefertiri. La primera en casarse con Tutmosis III fue Sat-Iah, quien probablemente diera a luz a un hijo llamado Amenemhat, nombrado «supervisor del ganado» en el año 24. Cuando Sat-Iah murió, su lugar lo ocupó Meritra Hatshepsut, quien en el año 33 o 34 había dado a luz a un niño que se convertiría en el heredero al trono y futuro rey Amenhotep II. Además, Meritra Hatshepsut tuvo otro hijo varón, Menkheperra, y cuatro hijas, todos ellos representados en una estatua de la madre de la reina y nodriza real Huy, conservada en el Museo Británico (EA 1280). Se conoce el nombre de otro hijo del rey, Siamun, y de otra hija, Baketamun, pero no se sabe quién fue la madre de éstos.

La biografía del soldado Amonemheb llamado Mahu menciona la muerte de Tutmosis III y el ascenso al trono de su sucesor Amenhotep II de forma muy similar a cómo lo hiciera Ineni para los monarcas anteriores:

> «El rey completó su tiempo de numerosos y propicios años, con valentía, con poder y con legitimidad, desde el año 1 hasta el año 54, último día del tercer mes de la estación *Peret,* bajo la Majestad del rey de Egipto Men-kheper-ra, justificado. Él ascendió al cielo, se reunió con el disco solar, el cuerpo divino mezclándose con quien le creó.

> Al despuntar el alba, el disco solar surgió brillante y el cielo resplandeció. El rey de Egipto Aa-kheperu-ra, el hijo de Ra Amon-netcherheqa-uaset —¡que se le conceda vida!— se ha sentado sobre el trono de su padre, ha adoptado la titulatura real, ha tomado posesión de la totalidad, ha reunido a los levantiscos [...] del desierto y ha golpeado las cabezas de sus jefes. Aquél que ha aparecido oficialmente como Horus hijo de Isis ha conquistado [...], a los *genuntiu* y a los *kenemtiu*. Todas las tierras están postradas debido a sus poderes, sus productos sobre sus espaldas, solicitando para ellos el aliento de vida» (*Biografía del soldado Amonemheb*)[32].

## Amenhotep II

Si bien la ausencia de un hijo varón podía ocasionar problemas en la sucesión al trono, la existencia de más de un posible heredero era susceptible de generar tensiones entre las diferentes esposas reales y sus correspondientes facciones en palacio. Una de las formas de evitar futuros conflictos era nombrar en vida al legítimo heredero y auparle al trono estableciendo con él una corregencia. Así hizo Tutmosis III con Amenhotep II, hijo suyo y de la gran esposa real Meritra Hatshepsut, reinando como corregente de su padre durante unos dos años antes de la muerte de éste.

Los conflictos en la sucesión al trono que las fuentes reflejan tímidamente, la práctica de las corregencias entre padres e hijos y la necesidad que a menudo sentía el monarca de legitimarse, muestran que el carácter hereditario de la monarquía egipcia podía ser cuestionado. Otros criterios, además del de sangre, podían entrar en juego a la hora de designar al sucesor y, en esos momentos, distintos grupos de presión aspiraban a ejercer su influencia en la decisión y en la puesta en escena final. Igual que en cualquier otra profesión o empleo, como el de escriba, artista, soldado o tutor del rey, existía una fuerte tendencia a que las ocupaciones pasaran de padres a hijos; pues, entre otras razones, el sistema de aprendizaje seguía en gran medida los vínculos familiares, lo que convertía al hijo en el candidato idóneo para suceder al padre, fuera cual fuera su ocupación. Pero es conveniente distinguir entre la base ideológica y jurídica del carácter hereditario de un empleo y la práctica, es decir, lo que se produce de forma casi espontánea y natural por la costumbre y la lógica intrínseca de la situación. El hecho de que un rey fuera sucedido en el trono por su hijo no convertía a la monarquía egipcia en hereditaria sin más.

Las inscripciones reales de Amenhotep II muestran, de forma más clara que en reinados anteriores, la necesidad del monarca de legitimarse como el rey idóneo, presentando argumentos que le elevaran sobre cualquier otro posible candidato, lo que indirectamente refleja que los había o podría

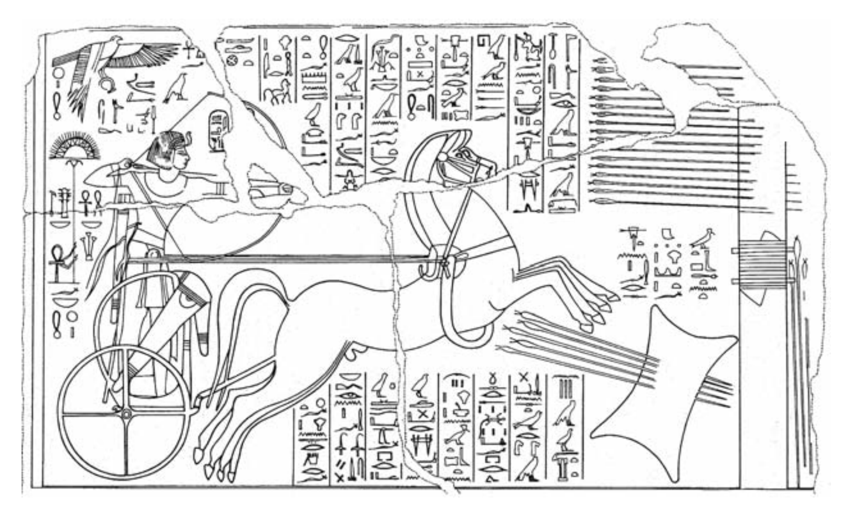


Figura 8.13. Amenhotep II realiza una exhibición de destreza militar disparando flechas a una diana de metal desde su carro de caballos.

haberlos habido. El rey aparece así como un *primus inter pares,* destacando por su fortaleza física, su habilidad en el uso de las armas (fig. 8.13), su valentía en la batalla, su buen gobierno y su estrecha relación con la divinidad. Un pasaje de una de las dos estelas del rey que se encontraron junto a la esfinge de Guiza, dice así:

> «Entonces, Su Majestad apareció como rey siendo todavía joven, de cuerpo fornido, habiendo cumplido dieciocho años con fuerza y valentía. Conocedor de los trabajos del dios Montu, no tiene igual en el campo de batalla. Conocedor del manejo del caballo, no existe su semejante entre su numerosa tropa. Nadie puede tensar su arco, nadie se le acerca en una carrera. De brazos victoriosos, nunca se fatiga cuando toma el remo/timón. Cuando navegó en la popa de su barca "Halcón" junto con doscientos hombres, ellos abandonaron cuando habían recorrido la mitad de un largo, agotados, sus brazos languideciendo, no siendo capaces de respirar. Su Majestad, sin embargo, siguió victorioso con su remo/timón de veinte codos de longitud. Abandonó y atracó su barca "Halcón" cuando había recorrido tres largos navegando sin dejar de remar. Los rostros brillaban viéndole hacer esto.
>
> Tensó trescientos arcos de guerra, comparando el trabajo de sus artesanos para distinguir a los que no saben de los que saben. Cuando regresaba de hacer esto que os menciono, entró en el recinto norte y halló colocadas para él cuatro planchas de cobre de Palestina de un palmo de grosor, habiendo veinte codos entre una y otra. Su Majestad apareció sobre su caballo como Montu con sus armas. Tomó su arco, cogió cuatro flechas a la vez y marchó disparándolas como Montu con sus galas. Sus flechas

> salían por detrás, mientras él se hacía con otra plancha. Fue algo nunca antes visto, nunca se había oído contar que una flecha se disparara contra un plancha de cobre, saliera y cayera a tierra, salvo en el caso del rey, poderoso, a quien Amón ha fortalecido, el rey del Alto y Bajo Egipto Aa-kheperura, campeador como Montu...» (*Estela de Amenhotep II en Guiza*)[33].

El relato de la exhibición de tiro con arco pretende mostrar la superioridad de Amenhotep II incluso con respecto a su padre Tutmosis III. En un pasaje de la estela que este último levantó en el templo de Montu en Armant se relata una exhibición similar, en la que la flecha que dispara Tutmosis III atraviesa (sólo) tres palmos una plancha chapada en cobre de (sólo) tres dedos de grosor, mientras que las flechas de su hijo atraviesan por completo dianas de metal de un palmo de grosor. Dejando a un lado los episodios anecdóticos, Amenhotep II se presenta a sí mismo como continuador de la política y acciones de su padre, como el encargado de completar y mejorar lo iniciado por Tutmosis III, llegando incluso a superar las hazañas de su predecesor. El deber de superar lo realizado o conseguido por los antecesores formaba parte de la ideología de la monarquía egipcia desde prácticamente sus comienzos.

Un mismo texto laudatorio del nuevo monarca se inscribió en el año 3 en una estela empotrada en la pared del fondo del templo de Amada, entre la primera y la segunda catarata, y en otra estela levantada en templo de Khenum en Elefantina. La inscripción resume una campaña punitiva que tuvo lugar probablemente durante la corregencia con su padre, en la región de Takhsi, al sur de Palestina[34]. Allí, derrotó a siete jefes locales e hizo colgar sus cuerpos cabeza abajo de la proa de su barco. Seis de ellos fueron colgados delante de las murallas de Tebas, con las manos cortadas, y al séptimo se le llevaron hasta la cuarta catarata para ser colgado de la muralla de Napata y que todos comprobaran el alcance de las victorias de Su Majestad. La práctica de exhibir el cuerpo del jefe enemigo derrotado ya fue mencionada por el soldado Ahmose hijo de Ebana cuando describe la incursión victoriosa de Tutmosis I en Nubia.

Otras dos estelas con un texto muy similar, una levantada en Menfis y otra en el templo de Karnak en Tebas, informan sobre las campañas por Siria-Palestina del año 7 y del año 9. Amenhotep II cruzó el río Orontes y alcanzó la región de Niy, al oeste de los dominios del reino hurrita de Mitani, donde capturó a varios guerreros *marianu,* famosos por su dominio del uso del caballo en la contienda. El rey egipcio también dice haber capturado (fig. 8.14) en la llanura de Sharon a un mensajero de Naharina (Mitani), llevando al cuello una tablilla de arcilla, anécdota que nos habla por primera vez del contacto de Egipto con las prácticas diplomáticas del ámbito de la escritura cuneiforme de Siria-Palestina y Mesopotamia.

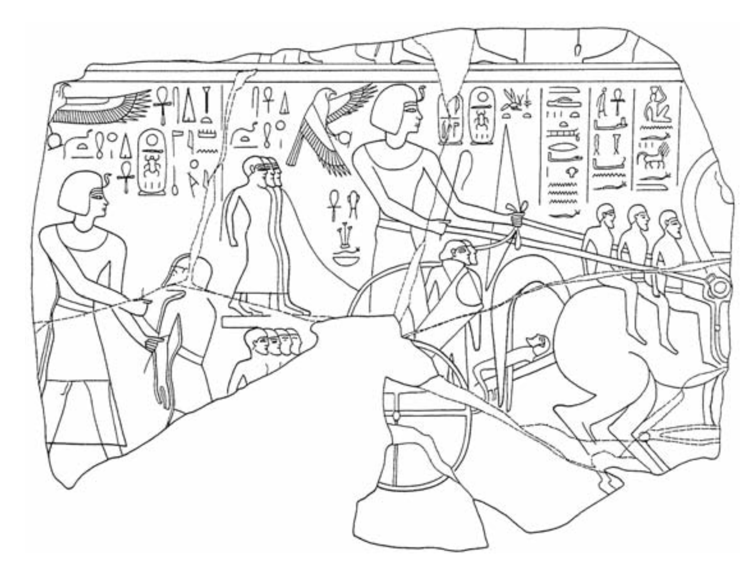


Figura 8.14. Amenhotep II transporta prisioneros atados a su carro de caballos.

Un papiro[35] de esta época registra las raciones de cereal y cerveza que les fueron entregadas en Palacio a los comisionados de diferentes ciudades-Estado de Siria-Palestina, todos ellos calificados como *marianu*. Entre las ciudades se encuentran Lakish, Megiddo, Taanakh, Sharon, Ashkalon y Hazor.

Amenhotep II recuerda de forma especial en sus inscripciones de Menfis y Karnak su intervención en la política interna de Ugarit, en la costa siria. Esta ciudad sería, en la práctica, el límite septentrional de la influencia egipcia en la región, pasando por períodos de fidelidad a Egipto, períodos en los que gozó de cierta independencia y períodos en los que se encontraba dentro de la órbita hitita. El rey egipcio dice haber evitado un golpe de Estado que pretendía expulsar al gobernante de la ciudad, que le era fiel, y a la guarnición egipcia allí establecida.

Según rezan las inscripciones reales, sus «campañas de victoria» tenían el objetivo de «extender sus fronteras y dar cosas a los que le eran leales». A su paso, muchos jefes locales, incluyendo el de Qadesh, salían de sus ciudades amuralladas para rendirse a Su Majestad y jurarle lealtad. Efectivamente, Amenhotep II continúa con la política de nombrar a los gobernantes de las ciudades-Estado, protegiendo y premiando a los que le eran leales, y castigando y destituyendo a los que le desobedecían. Así, un pasaje de la Estela de Menfis señala: «Se trajo prisionero al jefe de Qabasumin, llamado Qaqa, y también a su mujer, a sus hijos y a todos sus dependientes, y otro jefe fue nombrado en su puesto»[36].

El número de prisioneros de guerra y de cautivos extranjeros que fueron traídos por la tropa del rey a Egipto fue en aumento. Las inscripciones reales contabilizan más de 89.300 individuos, pero la cifra es tan elevada que muchos egiptólogos dudan de su veracidad, mientras otros buscan fórmulas de interpretar dicha cantidad. De cualquier forma, la llegada de sirvientes extranjeros que fueron empleados como mano de obra supuso un factor importante en el desarrollo de la economía y de las «obras públicas» de la XVIII dinastía.

La ciudad de Menfis siguió siendo el punto de partida y de llegada de las campañas, desempeñando un papel importante en la logística el puerto de Peru-nefer. Al parecer, según la Estela de Menfis, los reyes de Naharina (Mitani), Hatti y Babilonia le enviaron regalos diplomáticos, igual que lo habían hecho antes con su padre. Una carta fechada en el año 23, que el monarca escribe de su puño y letra y envía al «virrey de Nubia» Usersatet y que éste transcribe en piedra y coloca como un monumento en la fortaleza de Semna, hace alusión a Naharina, Hatti, Babilonia, así como a Biblos, Alalakh y Takhsi.

Como la mayoría de los altos dignatarios de Amenhotep II, Usersatet había sido educado en la corte, formando parte de una institución de palacio cuyos miembros reciben en las fuentes el título de «niño del *Kap*». Desde entonces, mantuvo una relación muy estrecha con el monarca. Comenzó su carrera administrativa como «heraldo del rey», acompañándole en la expedición punitiva contra la región de Takhsi del año 3. Más tarde fue nombrado virrey de Nubia, dejando numerosas inscripciones en las inmediaciones de la segunda catarata. Otro de los personajes principales de la época, Qenamon, también tuvo una relación personal con el monarca. Su madre fue nodriza del rey y aparece representada con el soberano sobre su regazo en la tumba de su hijo (TT 93). Desempeñó, entre otros, el cargo de «comandante de la tropa» y «supervisor de los trabajos», pero sin duda su mayor responsabilidad fue la de «mayordomo jefe de la casa del rey en Peru-nefer». En las inscripciones de su tumba se define como «los ojos y los oídos del rey del Alto y Bajo Egipto».

Muchos de los altos cargos de la Administración de Amenhotep II comenzaron su carrera bajo Tutmosis III. Userhat participó en las campañas por tierras extranjeras como «asistente del primer heraldo del rey» Tutmosis III, y bajo el siguiente monarca desempeñó el cargo de «escriba y contable del pan del Alto y Bajo Egipto». La decoración de su tumba (TT 56) capta algunos detalles de la logística de la tropa, como el abastecimiento de pan y la peluquería, además de una escena de caza en el desierto sobre un carro tirado por caballos a la carrera.

Otro importante personaje a caballo entre los dos reinados fue posiblemente Maiherpri, quien de niño también fue educado en la corte y llegó a ostentar el cargo de «portador del abanico real». Fue enterrado en el Valle de los Reyes (KV 36) y su tumba fue hallada por Victor Loret en

1899. Probablemente algunos de los que habían intervenido en su construcción y equipamiento abrieron luego la tumba y robaron las joyas y objetos de mayor valor. Poco tiempo después, la tumba fue rápidamente arreglada para disimular el crimen. Los rasgos faciales de su momia indican que era de tipo negroide, tenía los lóbulos de las orejas perforados para llevar pendientes y debió morir relativamente joven, en torno a los veinticinco años de edad. La tumba consiste en un pozo de poco más de cinco metros de profundidad, con una única cámara funeraria. Las paredes no fueron decoradas, pero su ajuar funerario debió de ser bastante rico, incluyendo un papiro con *El libro de los muertos,* que se ha conservado en muy buen estado y que incluye una viñeta representándole con el rostro pintado de negro, un juego de vasos canopos, una imitación de una jarra chipriota, un juego de *senet,* flechas, dos carcajes de cuero repujado, dos collares de perro, una caja de madera con telas, cajas conteniendo carne en conserva y grandes vasijas con material empleado en la momificación.

Por otro lado, el «alcalde de Tebas», Sennefer, se construyó una tumba (TT 96) ubicada en la colina de Sheikh Abd el-Qurna, con las paredes decoradas con maravillosas pinturas que se conservan en muy buen estado. El techo de la sala principal, intencionadamente ondulado, simula un emparrado poblado de numerosos racimos de uvas negras. En otros lugares la decoración del techo imita una tela de vistosos colores y motivos geométricos propia de una *jaima*. En las paredes se representa su procesión funeraria y el transporte de su equipamiento funerario, los rituales de purificación que realiza un grupo de sacerdotes sobre su cuerpo o estatua, la peregrinación que supuestamente llevó a cabo en vida hasta Abydos y las ofrendas que le son presentadas por su esposa, la cantante de Amón y sacerdotisa del templo de Mut, Meryt. Parte de su equipamiento funerario, sin embargo, fue hallado en una tumba construida en el Valle de los Reyes (KV 42) para un miembro de la familia real. De Sennefer se ha conservado, entre otras cosas, una estupenda estatua sedente encontrada en el templo de Karnak (Cairo CG 42126) en la que aparece acompañado de una de sus hijas y de su esposa Senetnay, «nodriza real». De forma excepcional, los escultores Amenmes y Djed-Khonsu firman la obra. Además, ha llegado hasta nosotros una carta en papiro que le envió a uno de sus subordinados, un granjero llamado Baki en el Egipto Medio, para que le suministrara plantas, flores y, sobre todo, madera. La carta se halló sellada y sin abrir, y se conserva hoy en el Museo de Berlín (núm. 10463).

El hermano de Sennefer, el «visir» Amenemopet, construyó su tumba (TT 29) muy cerca de él (en la actualidad está siendo restaurada por un equipo de la Universidad Libre de Bruselas). Sin embargo, su momia y parte de su equipamiento funerario (incluyendo *shabtis* con su nombre) fueron hallados en una tumba-pozo en el Valle de los Reyes (KV 48). Si en el reinado de Tutmosis III la familia de Useramon y Rekhmira había dominado el panorama político de Tebas, en el reinado de Amenhotep II

quienes debieron ejercer su influencia por encima de los demás cortesanos fueron Amenemopet y Sennefer, ambos hijos de la «concubina real», Nebu, y de Ahmose Humay, «supervisor del harén» e «instructor del rey».

Amenhotep II reinó al menos veintiséis años. Su madre, Meritra, desempeñó el papel de «gran esposa real» y «esposa del dios Amón», relegando a un segundo plano a las esposas del rey. Sólo en los últimos años de su reinado, cuando el futuro rey Tutmosis IV resultó elegido príncipe heredero, pasó a considerarse a la madre de éste, Tiaa, como la esposa principal del rey. Quizá fuera un intento del rey por evitar que se repitiera una situación como la que había llevado a Hatshepsut a ocupar el trono. Probablemente por esta misma razón, a partir de ahora los reyes elegirían como esposas a mujeres fuera de la familia real y de no excesiva relevancia; de hecho, su madre Meritra tampoco era de una familia poderosa cuando se casó con Tutmosis III. Amenhotep II tuvo al menos ocho hijos varones más, cuyos nombres son conocidos por diferentes inscripciones.

Los restos del templo funerario de Amenhotep II, al noreste del Rameseum, están siendo excavados en la actualidad por un equipo italiano liderado por Angelo Sesana. La tumba real (KV 35) fue descubierta por Victor Loret en 1898, pero fue robada un par de años después por miembros de la familia Abd el-Rasul. El comienzo de la tumba es muy similar a la de su predecesor, con un pozo justo delante de la antecámara. La cámara funeraria tiene seis pilares y el suelo de la parte del fondo, donde se colocó el sarcófago, está más bajo que el resto de la sala y se accede a él por unas escaleras. La cámara funeraria es la única que fue pintada, de forma muy similar a la de su predecesor, con escenas del más allá. En los pilares se representa al rey haciendo ofrendas a Osiris, Anubis y Hathor. El sarcófago de cuarcita tiene la forma de un cartucho real y dentro de conservaba la momia del rey, acompañada de flores. La momia real tiene agujeros en los lóbulos de las orejas para llevar pendientes, lo que convierte a Amenhotep II en el primer monarca egipcio que adopta esta moda, tal vez de influencia nubia. Los sacerdotes de la XXI dinastía, probablemente en el año 13 del rey Esmendes o poco después, se ocuparon de volver a vendar la momia e introducirla en un nuevo ataúd. A pesar de que Amenhotep II había construido una tumba (KV 42) para su madre, Meritra Hatshepsut, ésta fue enterrada junto con su hijo Webensenu en la tumba del soberano. Además, otras doce momias pertenecientes a la realeza fueron escondidas en dos de las salas laterales por el mismo grupo de sacerdotes que rehicieron la momia del rey.

## Tutmosis IV

Hijo de Amenhotep II y de la reina Tiaa, en las inscripciones se hacía llamar «hijo mayor del rey», lo que le destacaba sobre sus muchos

hermanos. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que las inscripciones que aluden a la infancia y primeros años del rey se escribieron tiempo después, por lo que la información que transmiten puede estar condicionada por el curso que tomaron los acontecimientos, es decir, por su elección como príncipe heredero. Su tutor fue Heqareshu, quien aparece representado en la tumba de su hijo, Heqaerneheh (TT 64), con el príncipe Tutmosis sentado sobre sus piernas. Se convirtió en un miembro importante de la corte, acompañando al rey en todo momento y recibiendo el título honorífico de «padre del dios». Algunos egiptólogos piensan que los nombres de estos dos tutores reales, Heqareshu y Heqaerneheh, pudieran reflejar un posible origen extranjero.

En su primer año de reinado, Thutmosis IV levantó una estela de granito entre las patas de la esfinge de Guiza, en la que relata cómo, siendo príncipe, se le anunció en un sueño que él sería rey de Egipto:

> «Cuando Su Majestad era aún un niño, era como el pequeño Horus en Chemmis[37], sus perfecciones como las del "vengador de su padre", su apariencia como la del mismo dios. La tropa se regocijaba debido a su amor, los príncipes y todos los nobles también. Su fortaleza hacía que sus victorias florecieran. Repitió el ciclo, siendo sus poderes como los del hijo de Nut[38].
>
> Pasaba tiempo entreteniéndose en el desierto de la Muralla Blanca [= Menfis], al norte y al sur, disparando contra planchas de cobre, cazando leones y cabras salvajes, galopando sobre su carro, sus caballos más rápidos que el viento, junto con uno sólo de sus asistentes, sin que nadie más lo supiera...
>
> Uno de esos días, el príncipe Tutmosis vino galopando a medio día. Se tomó un descanso a la sombra de este gran dios. El sueño se apoderó de él justo cuando el sol estaba en su zenit. Se encontró, entonces, a este augusto dios hablando por su propia boca como un padre habla a su hijo, diciendo: "Mírame, obsérvame hijo mio, Tutmosis. Yo soy tu padre, Horus-en-el-horizonte–Khepri–Atum. Te otorgaré la realeza sobre la tierra al frente de los vivos. Portarás la corona blanca y la corona roja sobre el trono del dios Geb[39], el noble. La tierra a lo largo y ancho te pertenecerá, todo lo que ilumina el ojo del 'señor de la totalidad'. Las provisiones del interior de las Dos Tierras serán tuyas, los valiosos productos de todas las tierras extranjeras y una vida larga en años. Mi rostro es para ti, mi corazón es para ti, y tú eres para mí. Pero, ¡mira! Mi estado es como el de un enfermo, todos mis miembros están enterrados. La arena del desierto sobre la cual yo estaba se ha vuelto contra mí. He estado esperando para hacer que tú lleves a cabo lo que está en mi corazón, pues yo te conozco, tú eres mi hijo, mi protector. ¡Venga! ¡Mira, estoy contigo! Yo soy tu guía", terminó la intervención.
>
> El príncipe estaba atónito por lo que había escuchado [...] comprendió las palabras del dios y guardó silencio en su corazón...» (*Estela del sueño de Tutmosis IV*)[40].

El pasaje es un buen exponente del valor narrativo y literario de muchas de las inscripciones reales, y muestra cómo los autores de un texto conocían y tomaban en consideración textos anteriores. En el relato desempeña un papel importante la sombra que proyecta el monumento, es decir, la divinidad, sobre el joven príncipe, pues la sombra tenía la connotación positiva de ejercer protección. El sueño aparece como una alternativa al oráculo como medio através del cual la divinidad se comunica con sus elegidos (caso de Hatshepsut y Tutmosis III). En la Estela de Menfis de Amenhotep II, el dios Amón se le aparece en sueños al rey para otorgarle valentía en plena campaña por Palestina; pero ahora, con Tutmosis IV, el sueño adquiere un papel esencial en el desarrollo de los acontecimientos.

Dos «visires» actuaban simultáneamente, uno responsable del sur, Hepu (TT 66), y otro del norte, Ptahhotep. El «supervisor del sello del Tesoro» Sobekhotep era hijo de un tal Min, que también había sido «supervisor del sello del Tesoro» bajo Tutmosis III. Sobekhotep administraba los graneros de Palacio y se encargaba de la recaudación de impuestos. De joven había sido educado en la corte y su primer cargo de importancia fue el de «alcalde de El Fayum», lo que le debió acercar a la persona de la esposa del rey, Tiaa, que residía en el palacio de Medinet Ghurab. Su estrecha relación con la familia real reforzó su poder en la Administración y le debió facilitar la construcción de una muy elaborada tumba (TT 63) en Sheikh Abd el-Qurna.

En el año 8 de su reinado, Tutmosis IV emprende una campaña militar en Nubia para sofocar una revuelta entre la primera y la segunda catarata. La inscripción que conmemora el éxito de la expedición fue grabada en una roca de la isla de Konosso, junto a la primera catarata, y el texto incluye nuevas fórmulas para expresar la creciente interrelación entre política y religión. El rey es informado de la rebelión cuando había realizado una serie de ofrendas a Amón en el templo de Karnak y estaba oficiando un ritual. Antes de pasar a la acción, el rey consulta a la divinidad sobre la conveniencia de la expedición y Amón le anuncia el triunfo que ocurriría. Tutmosis IV (igual que años después Ramsés II en Qadesh) acaba derrotando al enemigo en solitario, sin esperar a su tropa, tan sólo acompañado por un asistente.

En esta misma línea, un brazalete de marfil hallado en el-Amarna, pero perteneciente a Tutmosis IV (Museo de Berlín, núm. 21685), muestra al dios guerrero Montu entregándole una espada curva o cimitarra al rey, a la vez que le dirige las siguientes palabras: «Toma para ti la espada, buen dios, para que puedas golpear las cabezas de todas las tierras extranjeras» (fig. 8.15). Éste es el primer testimonio iconográfico en el que la divinidad toma parte activa en el castigo infligido a los jefes extranjeros, pasándo a ser el responsable directo de la acción violenta que llevará a cabo el monarca. Los textos ya le habían otorgado protagonismo a la divinidad en



Figura 8.15. Brazalete de Tutmosis IV, mostrando al dios Montu entregándole al rey la espada (Museo de Berlín, núm. 21685).

las acciones bélicas emprendidas por el rey, pero la iconografía siguió hasta ahora representándole como un mero testigo de la acción del monarca, como en el pilono VII de Karnak, en el que Amón-Ra aparece saliendo del templo para presenciar la capacidad de castigo de Tutmosis III sobre los jefes del norte y del sur. Ahora es la propia divinidad quien incita a la «guerra santa» y proporciona materialmente el arma del castigo, convirtiéndole al rey en un mero instrumento del dios.

Sobre la actividad del monarca en Siria-Palestina no se ha conservado ninguna inscripción real conmemorativa, pero sí disponemos de numerosas referencias indirectas que permiten deducir que la autoridad egipcia sobre los territorios del norte siguió siendo efectiva desde Naharina (Mitani), al norte, hasta la cuarta catarata en Nubia. En el templo funerario de Tutmosis IV, en la orilla oriental de Tebas, al suroeste del Rameseum, Flinders Petrie encontró dos pequeñas estelas[41] que hacen alusión a un «Asentamiento llamado "Men-kheperu-Ra" constituido por habitantes de Palestina, capturas de Su Majestad en la ciudad de Gezer» y a un «Asentamiento del maldito Kush, que se trajo Su Majestad de sus victorias». Estas dos inscripciones parecen aludir a la existencia de campamentos de prisioneros de guerra, tanto del norte como del sur, capturados por Tutmosis IV y que fueron utilizados como mano de obra en el templo.

Referencias indirectas en las inscripciones de algunos de sus subordinados corroboran esta situación. La tumba de Tjanuny (TT 74) incluye imágenes muy ilustrativas de la organización del ejército bajo su mando como supervisor de la tropa y escriba de los reclutas. Tjanuny había participado en las campañas anuales del rey Tutmosis III por Siria-Palestina, y dice haber sido el responsable de registralas, «quien lo escribió tal y como ocurrió». Acompañó también a Amenhotep II y Tutmosis IV, durante cuyo reinado dice, «inscribí para él a la numerosa

tropa»[42]. Tjanuny llegó a ser un influyente cortesano de Tutmosis IV, desempeñando el cargo de «mayordomo jefe» y «mayordomo de Amón».

Además, a través de referencias posteriores en una carta diplomática hallada en el-Amarna (EA 29: 16-20), enviada por el rey Tushrata de Mitani al rey egipcio Amenhotep IV, sabemos que Tutmosis IV contrajo matrimonio con una hija del rey de Mitani Artatama I. Por aquel entonces, Mitani había dejado de ser el máximo rival de Egipto en Siria-Palestina para pasar a ser su aliado. Como ya había hecho antes Tutmosis III, las alianzas de «hermandad» entre reyes del Próximo Oriente se materializaban y sellaban mediante matrimonios interdinásticos.

La decoración tallada sobre la caja de madera del carro de combate de Tutmosis IV, que fue depositado en su tumba como parte de su ajuar funerario, representa la autoridad del monarca sobre las tierras extranjeras del norte y del sur. Aunque ni las imágenes ni los textos han de entenderse literalmente, sí puede decirse que reflejan, de forma hiperbólica, la influencia de Egipto entre los reinos más poderosos del momento en el Próximo Oriente. El rey dice «pisotear todas las tierras extranjeras ocultas del norte: Naharina, Babilonia, Tunip, Shasu[43], Qadesh y Takhsi», y además «pisotear todas las tierras llanas y montañosas del sur... Karoy, Miu, Irem, Gurases y Tiurek»[44]. Algunos de los enemigos son representados con una mano mutilada, lo que supone la primera representación de la costumbre de los soldados del ejército egipcio de cortar la mano al enemigo como prueba de su arrojo en la batalla, y que simbolizaba la inutilización del enemigo para cometer de nuevo una acción contra el rey. En los textos esta costumbre se mencionó ya muchos años antes, por ejemplo en la biografía del soldado Ahmose hijo de Ebana.

Tutmosis IV se compara con Montu, el dios guerrero tebano, pero también compara su destreza sobre el carro de caballos (fig. 8.16) con la de la diosa semítica Ashtarté. Anteriormente, en la Estela de Menfis, el rey Amenhotep II se había comparado con el dios semita Rashpu cuando vadeó el río Orontes durante su campaña del año 7 por Siria-Palestina. Los antiguos egipcios no depreciaban a los dioses extranjeros, sino todo lo contrario, los adoptaban y esperaban atraerse en su favor las cualidades y poderes de éstos, sobre todo cuando se encontraban en sus dominios, es decir, en tierras extranjeras.

Tutmosis IV debió de reinar unos diez años, doce a lo sumo. Su madre, Tiaa, adoptó el título de «esposa del dios Amón». Se le conocen cuatro esposas, la «hija del rey» Iaret, Nefertiri, Mutemuia y la princesa de Mitani. Mutemuia, la madre del futuro rey Amenhotep III, nunca fue reconocida como esposa principal. Tutmosis IV tuvo al menos siete hijos varones y un número indeterminado de hijas.

La tumba de Tutmosis IV (KV 43) fue descubierta por Howard Carter en 1903. El plano es muy similar a la de su predecesor. La tumba fue tallada en la roca con gran esmero, pero quedó prácticamente sin

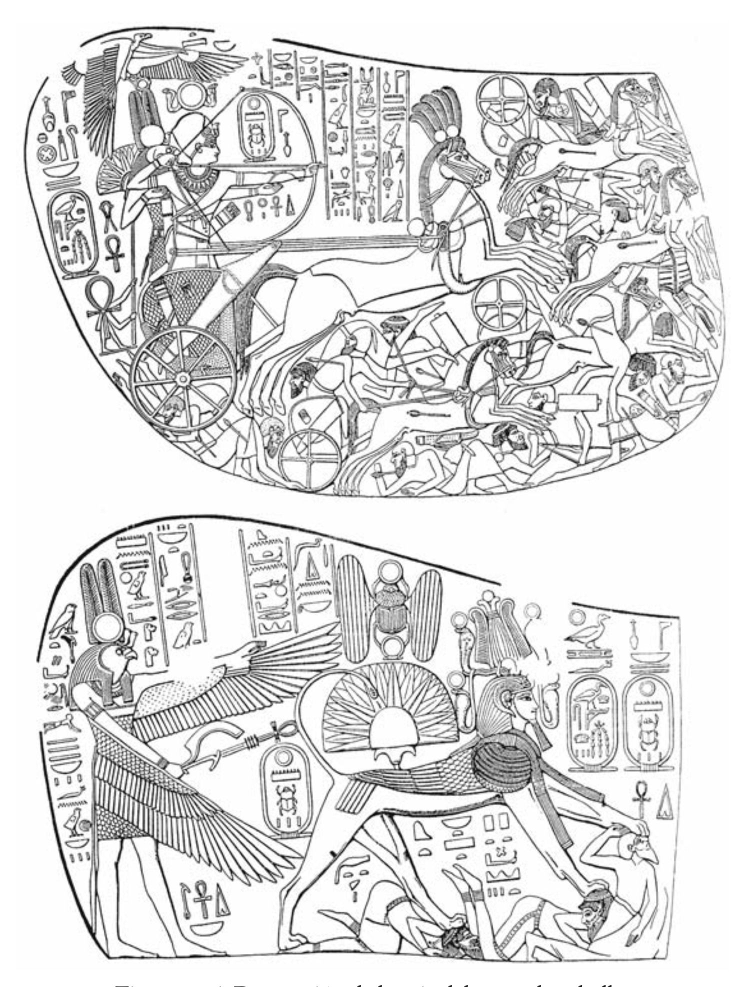


Figura 8.16. Decoración de la caja del carro de caballos de Tutmosis IV, hallada en su tumba.

decorar. Tan sólo se pintaron muy rápidamente algunas partes del pozo y de la antecámara, con imágenes del rey ante diferentes divinidades que le otorgan vida por medio del signo jeroglífico *ankh*. Parece ser que tres de sus hijos, que habían muerto antes que él, fueron enterrados en la tumba real. La tumba fue saqueada en época antigua. En la antecámara, dos inscripciones informan de que el «portador del abanico a la derecha del rey», «supervisor del Tesoro», «líder en la fiesta de Amón en Karnak» y «supervisor de los trabajos en la necrópolis», Maya, asistido por el «alcalde de Tebas» Djehutymose, se encargó de arreglar la tumba real en el año 8 del reinado de Horemheb, es decir, aproximadamente

cincuenta y dos años después de su enterramiento. Pero la tumba sería saqueada una vez más, y la momia del rey fue sacada de su tumba en la XXI dinastía y escondida en una cámara lateral de la tumba de Amenhotep II.

## Amenhotep III

Hijo del rey Tutmosis IV y de una esposa secundaria llamada Mutemuia, aunque él dice ser hijo carnal del propio dios Amón-Ra, quien adoptó la apariencia del rey Tutmosis y se coló en los aposentos privados de la reina para fecundarla. La narración de su concepción y nacimiento, en imágenes y textos, fue grabada en las nuevas salas que mandó construir a un lado del sanctasanctórum del templo de Luxor, copiando los relieves sobre el origen divino de la reina Hatshepsut grabados en su templo funerario de Deir el-Bahari. Igual que hicieran Amenhotep II y Tutmosis IV con sus respectivas madres, Amenhotep III se representa en numerosas ocasiones con la suya, Mutemuia.

En la tumba de quien fuera su tutor, Heqaerneheh (TT 64), el futuro rey Amenhotep III aparece representado a mayor escala que sus hermanos, reflejando que debió de ser elegido príncipe heredero antes de la muerte de su padre. Aún así, debía de tener diez o doce años cuando fue coronado rey del Alto y Bajo Egipto.

Amenhotep III, siendo todavía muy joven, recién coronado rey, contrajo matrimonio con Teye, hija de Yuya y Tuya, una pareja de provincias de no excesiva relevancia. Los títulos de Yuya le asocian con Akhmin, en el Egipto Medio, y con el manejo de caballos y carros. Por las diferentes formas usadas para escribir su nombre, algunos egiptólogos piensan que pudiera ser de ascendencia extranjera, pero no hay pruebas definitivas al respecto. La tumba de los suegros del rey fue hallada en el Valle de los Reyes (KV 46) por Theodore Davies en 1905 y excavada por Quibell y Weigall. A pesar de que había sido robada dos o tres veces en época antigua, la mayor parte del equipamiento funerario, salvo las joyas y objetos de especial valor en aquel entonces, se encontraba en la cámara funeraria, incluyendo los ataúdes y las dos momias. Los muebles y la amplia variedad de vasos, espejos, sandalias, pelucas, etc., son una buena muestra del grado de sofisticación que la vida cortesana había alcanzado en la primera mitad del siglo XIV a. C., la cual, por otro lado, aparece representada detalladamente en las escenas de banquete que decoraban las tumbas de los altos dignatarios de la época.

A diferencia de las esposas de los reyes anteriores, Teye fue representada junto a Amenhotep III en numerosas ocasiones, en estatuas, relieves en templos y tumbas, inscripciones en pequeños objetos, etc. Se convirtió en el complemento femenino del rey divinizado, papel que años después

adoptaría también la reina Nefertiti con respecto a Akhenaton. El rey incluso hizo construir para ella, en su asociación con Hathor, un templo en Nubia, en una localidad llamada Sedeinga, a quince kilómetros al norte del levantado en su honor en Soleb, al norte de la tercera catarata. La construcción de una pareja de templos relacionados entre sí y asociados con el rey y la reina inspiraría años después la construcción de los templos de Ramsés II y Nefetari en Abu Simbel, al norte de la segunda catarata.

Amenhotep y Teye tuvieron cuatro hijas, las cuales desempeñaron un importante papel en la concepción religiosa e ideológica de la monarquía, siendo representadas en numerosas ocasiones junto a sus padres en estatuas y relieves. Dos de ellas llegaron a ostentar el título de «gran esposa real» al final del reinado de su padre. Los hijos varones, sin embargo, no aparecen ni representados ni mencionados en los monumentos reales, salvo muy rara vez. Teye fue la madre del sucesor en el trono, Amenhotep IV, habiendo muerto prematuramente su hermano Tutmosis, quien llegó a ocupar el cargo de «sumo sacerdote de Ptah» en Menfis.



Figura 8.17. Escabeo del año 10 de Amenhotep III y la reina Teye conmemorando la llegada de la princesa de Mitani/Naharina Gilukhepa junto con una selección de 317 mujeres de su harén.

Siguiendo la política iniciada por su padre, Amenhotep III se casó con dos princesas de Mitani, llamadas Gilukhepa, hija de Shutarna, y Tadukhepa, hija de Tushrata. El matrimonio con la primera tuvo lugar en el año 10, y se conmemoró mediante la «publicación» de una serie de escarabeos de gran tamaño con una inscripción en la base plana («chatón») informando del enlace (fig. 8.17). La princesa mitania llegó a Egipto acompañada de 317 mujeres. Tadukhepa, por su parte, llegó a Egipto mucho después, en los últimos años del reinado de Amenhotep III, y es mencionada en la correspondencia diplomática hallada en el-Amarna (EA 22, 25, 29), donde se enumeran los regalos que Tushrata le envió al rey egipcio y la rica dote que acompañó a su hija,

junto con 270 mujeres y 30 hombres. En el año 36 del reinado de Amenhotep III, Tushrata envió a la corte egipcia una estatua de la diosa Ishtar de Nínive, deseándole al monarca una larga vida llena de felicidad, probablemente con motivo del enlace con su hija. Amenhotep III firmó con su suegro un tratado de defensa mutua (EA 24). Tushrata le dice al rey egipcio: «Este país es el país de mi hermano y esta casa es la casa de mi hermano»[45] (EA 19, 59-70), y le saluda de la siguiente manera:

> «Decid a Nimmureya [= Amenhotep III], el rey de Egipto, mi hermano, mi yerno, a quien yo quiero y quien me quiere a mí. Así dice Tushrata, el rey de Mitani, quien te quiere, tu suegro. Todo me va bien. Que todo te vaya a ti bien. A tu casa, a Tadukhepa, mi hija, tu esposa, a quien tu quieres, que todo vaya bien. A tus esposas, a tus hijos, a tus jefes, a tus carros, a tus caballos, a tus tropas, a tu país y a cualquier cosa que te pertenezca, que todo les vaya muy, muy bien» [*Cartas de el-Amarna (EA 23, 1-12)*][46].

A través de la correspondencia de el-Amarna sabemos que Amenhotep III contrajo matrimonio, además, con una princesa de Arzawa (al sur de Anatolia) (EA 29, 31) y otras dos princesas de Babilonia (EA 4, 11, 20). Si bien los reyes egipcios estaban dispuestos a aceptar princesas extranjeras en su harén, se negaban en rotundo a enviar a princesas egipcias a cortes extranjeras, ni siquiera para sellar alianzas de «hermandad».

En la parte trasera de su templo funerario, sobre la base de diez estatuas del rey de gran tamaño que en su día se levantarón allí, se grabaron los nombres de las localidades con las que Egipto se relacionó de una u otra forma en aquellos años. Los topónimos y gentilicios extranjeros, como era costumbre, se escribieron dentro de un óvalo que representaba la planta de un asentamiento amurallado, asociado al torso de un hombre de rasgos foráneos con las manos atadas a la espalda. Los catorce topónimos legibles de una de las estatuas se han identificado con lugares del Egeo, formando parte de una «lista» que incluiría más nombres. Se mencionan los términos «Keftiu», identificado con los habitantes de la isla de Creta, y «Tinay», identificado con los Danaoi o micénicos (el Peloponeso o Grecia continental), además de Amnisos, Festos, Cidonia, Micenas, Tegea (?), Metana o Mesenia, Nauplia, Citera, Ilion (Troya), Cnosos, Amnisos y Lictos. La «lista del Egeo» como tal no aparece en monumentos anteriores, ni vuelve a ser escrita después.

Probablemente Egipto mantuvo con estos lugares contactos comerciales esporádicos, pero también es posible que ocurriera sólo una vez, quizá en una única expedición comercial. La arqueología parece apoyar la hipótesis de que sí hubo realmente contacto entre Egipto y el Egeo, al haberse encontrado objetos egipcios con el nombre de Amenhotep III o de la reina Teye, o de ambos, en varios de los centros mencionados en

la lista, y, por otro lado, al hallarse en esta época cerámica y objetos micénicos en cantidades muy significativas tanto en Siria-Palestina como en Egipto, en el-Amarna.

En su quinto año de reinado, Amenhotep III llevó a cabo su primera y única campaña militar en Nubia, con el objetivo de sofocar un intento de rebelión liderado por un tal Ikheni en un área algo incierta. Su triunfo fue conmemorado en tres inscripciones rupestres, una en la isla de Konosso, la segunda en el camino entre Asuán y Filae y la última en Sai, junto a la tercera catarata. Es interesante la mención que se hace en una de ellas de que parte de las «decenas de miles» de prisioneros capturados no fueron traídos a Egipto, sino que se dejaron en su tierra «para no acabar del todo con la semilla del maldito Kush»[47] y pudieran así seguir contribuyendo con su trabajo al herario de la Administración real egipcia.

Años después, el «virrey de Nubia», Merimose, llevó a cabo una expedición de castigo contra una región llamada Ibhet, que se resistía a pagar el tributo anual de la cosecha recogida, como debían hacer todos los súbditos del rey. El «virrey» dice haber capturado a 740 prisioneros, entre hombres, mujeres y niños, y haber cortado 312 manos. Para conmemorar el éxito de su misión, levantó una estela en la segunda catarata, en Semna. Merimose fue «virrey de Nubia» durante la mayor parte del reinado de Amenhotep III, siendo además el responsable de la obtención de oro de Nubia, que incluía no sólo las explotaciones junto al Nilo entre la segunda y tercera catarata, sino también las de los *wadis* que se abren hacia el este (Gabgaba y Allaqi) y las minas de Barramiya que se alcanzan desde Edfú a través del Wadi Abbad, pasando por Kanayis. Numerosas estatuas, estelas e inscripciones rupestres documentan la intensa actividad de Merimose. La importancia de Nubia para la monarquía egipcia había ido creciendo con el paso de los años, no sólo como la región principal de donde obtener riquezas, sino también como el lugar donde la religión oficial egipcia podía expresarse con una mayor libertad, recibiendo influencias locales y desarrollando ideas que presentaban al monarca con atributos que en Egipto habrían sido vistos como poco ortodoxos.

Una novedad del reinado de Amenhotep III fue la elaboración, en el año 11 o poco después, de escarabeos de un tamaño superior al convencional (hasta 11 centímetros de largo) para conmemorar los principales hitos del monarca hasta entonces: los nombres reales adoptados en la coronación junto con el nombre de la reina Teye, los nombres de los padres de ésta y las fronteras norte (Naharina) y sur (Karoy) de la autoridad del monarca; en el año 2 una cacería de toros salvajes; en el año 10 su matrimonio con la princesa mitania Gilukhepa y otro con el número de leones cazados por el rey hasta entonces; y en el año 11 la construcción de un lago artificial. De los cinco eventos «publicados» se

han hallado en total más de doscientos ejemplares, en lugares tan distantes como Ugarit, en Siria, o el templo de Soleb, en Nubia.

Amenhotep III reinó treinta y ocho años. Llegó a celebrar tres fiestas *Sed,* una celebración que se remonta a los comienzos de la monarquía en Egipto y que supuestamente regeneraba la fuerza y la autoridad del rey para seguir gobernando después de haber cumplido treinta años sobre el trono (muchos reyes, por motivos prácticos, lo celebraron antes). Amenhotep III celebró sus tres jubileos en su palacio de Malqata, donde se construyó un edificio específico para este propósito y donde se han hallado cientos de fragmentos de vasijas, que en su día contuvieron vino, cerveza, carne y grasa, con etiquetas escritas haciendo referencia a las tres celebraciones. Kheruef señala que el rey se informó en documentos antiguos de cómo celebrar la fiesta de la forma tradicional, como lo habían hecho los reyes de época de las pirámides. Escenas representando la celebración de la fiesta *Sed* se esculpieron en el templo de Soleb, al norte de la tercera catarata, y en su templo funerario de la orilla occidental de Tebas (Kom el-Hetan). Algunos de los altos dignatarios que participaron en las festividades incluyeron en sus monumentos escenas aludiendo al evento, como el escriba real Amenhotep, hijo de Hapu, en su templo funerario y en las tumbas de Khaemhat (TT 57) y de Kheruef (TT 193). Con este motivo se esculpieron también numerosas estatuas del rey, que fueron distribuidas por los principales templos de Egipto y Nubia.

El palacio de Malqata pudo ser la residencia del rey y su familia durante la última parte de su reinado, siendo abandonado poco después de la muerte del monarca. Ubicado en la orilla occidental de Tebas, al sur de la necrópolis, contrasta con la localización de las residencias reales de sus predecesores, que supuestamente estarían en la orilla oriental, al norte del templo de Karnak. En su mayor parte construido con adobes, poco es lo que ha llegado de él hasta nosotros. Incluía un templo dedicado a Amón, un palacio y un puerto.

Amenhotep III llevó a cabo un intenso programa constructivo en los principales centros religiosos de Egipto y Nubia, levantando grandes edificios y estatuas colosales, pero cuidando la proporción, el estilo y el detalle. El templo de Luxor, iniciado por Hatshepsut, experimentó ahora una gran ampliación, destacando el gran patio solar. Una vez al año, durante la fiesta de Opet, las estatuas de Amón-Ra, Mut y Khonsu llegaban aquí desde Karnak, sumándoseles además una estatua del rey. Los rituales llevados a cabo propiciaban el renacimiento del rey como hijo del dios solar Amón-Ra en las habitaciones decoradas con escenas que narraban su nacimiento divino (copiadas del templo funerario de Hatshepsut, veáse *supra*). Por su parte, el rey oficiaba un ritual llamado «la apertura de la boca» (similar al ritual que supuestamente restituía al difunto sus facultades vitales) por el que devolvía a la vida a una imagen itifálica del dios Amón,

adoptando el rey el papel de hijo protector de la divinidad. La misión epigráfica del Instituto Oriental de la universidad de Chicago ha posibilitado la mejor comprensión de los rituales que se llevaban a cabo en las distintas partes del templo, arrojando luz sobre algunas cuestiones que todavía hoy permanecen sin comprenderse bien.

Los vínculos e interdependencia entre el monarca y la divinidad solar Amón-Ra se escenificaban de una forma clara y contundente. La religión solar se había desarrollado intensamente bajo el reinado de Hatshepsut y Tutmosis III, haciéndose representar muchos de sus cortesanos realizando una plegaria al dios solar en su curso desde el amanecer hasta el ocaso. El monarca toma ahora el protagonismo y se representa a sí mismo como el hijo del sol, él también radiente y creador de vida.

En el templo de Karnak, Amenhotep III desarrolló el eje procesional hacia el sur, que unía el templo principal con el templo de Mut y el de Luxor, levantando el pilono X. En la avenida principal erigió también otro pilono (III) de entrada al templo.

El lugar donde se elevó su templo funerario, en la orilla occidental de Tebas, se conoce hoy con el nombre de Kom el-Hetan. En su día fue el más grande que ningún rey construyera, pero hoy sólo quedan en pie dos de las enormes estatuas sedentes del rey que flanqueaban la puerta de entrada al templo, conocidas como los «colosos de Memnon» (fig. 8.18). Los bloques de piedra de los edificios fueron reutilizados años después en la construcción de otros templos, como en el vecino templo funerario



Figura 8.18. Los «colosos de Memnon». Entrada al templo funerario de Amenhotep III.

del rey Merneptah. Las recientes excavaciones del Insituto Arqueológico Suizo, dirigidas por Horst Jaritz, descubrieron aquí bloques decorados en relieve con la imagen de Amenhotep III que se reutilizaron de base para levantar los pilonos de Merneptah. Por otra parte, las excavaciones que en la actualidad se están llevando a cabo en Kom el-Hetan, dirigidas por Hourig Sourouzian, están sacando a la luz las bases de las columnas de los edificios levantados dentro del recinto sagrado, numerosas estatuas que en su día poblaron las estancias e incluso restos de otros «colosos».

El personaje más importante de la Administración real fue, sin duda, Amenhotep, hijo de Hapu, aunque éste nunca ocupara el cargo de «visir». Era natural de Athribis, en el Delta, y su biografía puede reconstruirse a través de las inscripciones grabadas sobre las numerosas estatuas suyas que colocó dentro del templo de Karnak. Primero fue nombrado «escriba real», luego «escriba del reclutamiento» y, por último, «supervisor de todos los trabajos». Él fue el responsable de la explotación a gran escala de la cantera de cuarcita en Gebel Ahmar, en el Delta. Dos de sus estatuas, que lo representan como escriba con un rollo de papiro desplegado sobre sus piernas, fueron ubicadas a los pies de una estatua colosal del rey a la entrada del pilono X, es decir, la puerta de acceso al templo viniendo desde el sur, desde el templo de Mut y el de Luxor. Las inscripciones grabadas en las bases invitan a los visitantes a dirigirle a él las súplicas, para que él, a su vez, se las transmitiera de forma más efectiva (como escriba que fue en vida) a la divinidad.

> «¡Oh gente de Karnak!, quienes deseáis ver a Amón. Venid a mí, que yo transmitiré vuestras peticiones. Yo soy el heraldo del dios, de igual forma que Nebmaatra [= Amenhotep III] me nombró para repetirle lo que decían las Dos Tierras. Haz una ofrenda por mí, invoca mi nombre cada día como se hace para alguien venerado...
>
> ¡Oh Alto y Bajo Egipto!, todos los ojos que miran al disco solar, todos los que vienen río abajo y río arriba hasta Tebas para suplicar al señor de los dioses. Venid a mí para que yo transmita lo que decís a Amón en Karnak. Haz una ofrenda por mí y vierte para mí el líquido que lleves en la mano. Yo soy un heraldo, a quien el rey nombró para escuchar las palabras de súplica, para elevar los peticiones de las Dos Tierras...» (*Estatuas de Amenhotep hijo de Hapu como escriba*)[48].

Este mismo papel de intermediario con la divinidad lo adoptaría, años después, el propio rey Ramsés II. Al final de su carrera, Amenhotep, hijo de Hapu, fue nombrado «mayordomo de la princesa y gran esposa real, Setamon» y «portador del abanico a la derecha del rey», entre otros cargos. Obtuvo el privilegio real de construirse su propio templo funerario junto al del monarca, y su culto estaba todavía en funcionamiento trescientos años después, según informa una copia del decreto real de su

fundación escrita en la XXI dinastía (Museo Británico EA 138). Su fama creció incluso tras su muerte, siendo divinizado en Época Ptolemaica junto al arquitecto Imhotep.

El «visir del sur» al final del reinado de Amenhotep III, sucediendo en el cargo al menos conocido Ptahmose, fue Ramose. Su tumba (TT 55) es una de las más imponentes de la época, decorada con exquisitos bajo relieves y un panel pintado representando la llegada a la tumba del cortejo fúnebre y el transporte de su equipamiento funerario. Ramose murió bajo el reinado de Amenhotep IV, quien es representado asomándose a la «ventana de aparaciones» junto a Nefertiti en los primeros años de su reinado. Contemporáneo de Ramose fue otro visir llamado Amenhotep. La tumba de un cuarto «visir», encargado del norte, fue hallada por la misión francesa dirigida por Alain Zivie, que excava en Saqqara desde 1980. El nombre de este «visir» es claramente semítico, Aper-el. Además, éste desempeñó las funciones de «sumo sacerdote del dios Atón».

El «mayordomo jefe del rey en Tebas» y «portador del abanico a la derecha del rey» era un tal Amenemhat, también llamado Surero, que gozó del favor real, como bien refleja su tumba (TT 48) en lo que queda de la decoración en relieve de las paredes interiores. La tumba (TT 57) de quien fuera el «supervisor de los graneros del Alto y Bajo Egipto» en las postrimerías del reinado, Khaemhat, es de menor tamaño, pero los relieves se conservan en bastante buen estado. La «gran esposa real» Teye tuvo su propio «mayordomo», Kheruef, cuya tumba (TT 192) se encuentra en la zona de la necrópolis tebana conocida como el-Asasif y que, como la de Ramose, fue espléndidamente decorada en relieve y parte pintada. La tumba del «supervisor de los trabajos» y «jefe de la necrópolis», Kha (TT 8), que vivió desde el reinado de Amenhotep II hasta el de Amenhotep III, está ubicada al norte de Deir el-Medina. Es mucho más modesta de tamaño y decoración, pero, al haberse descubierto intacta, su ajuar refleja muy bien las costumbres funerarias, así como la cultura material de un personaje de clase alta a finales de la XVIII dinastía. Kha tenía dos ataudes de madera pintados, sobre los cuales se colocaron guirnaldas de flores, numerosas cajas de madera pintadas, túnicas de lino, sillas, banquetas, cestas, bandejas con panes, platos con semillas, vasijas de múltiples formas, un juego de *senet,* paletas de escriba, un papiro con *El libro de los muertos,* etc.

Los egiptólogos todavía hoy debaten sobre si durante los últimos doce años del reinado de Amenhotep III su sucesor, Amenhotep IV, había sido nombrado corregente. Las pruebas no son definitivas y se basan en criterios artísticos y en la interpretación de objetos del equipamiento funerario.

Amenhotep III fue enterrado en una estribación del Valle de los Reyes, en el denominado Valle Occidental. Su tumba (WV 22) fue explorada y parcialmente dibujada por dos ingenieros de la expedición de

Napoleón, en 1799. Howard Carter la excavó en 1915, y en la actualidad la universidad japonesa de Waseda está llevando a cabo la restauración de la decoración pintada de las paredes. Las figuras destacan sobre un fondo azul, representándose por primera vez en una tumba real las diosas Hathor y Nut. Junto a la cámara funeraria del rey se abren dos habitaciones, que deberían haber sido ocupadas por la reina Teye y la princesa Setamon. Sin embargo, como ambas mujeres vivieron después de la muerte y enterramiento del rey, probablemente fueron inhumadas en otro lugar para evitar abrir la tumba real después de haber sido sellada.

La momia del rey fue hallada en el *cachette* de la tumba de Amenhotep II, dentro de un ataúd de madera confeccionado para Ramsés III y con una tapadera preparada para Seti II y luego «etiquetada» con el nombre de Amenhotep III. La momia, hallada en un estado lamentable, había sido recompuesta en el año 12/13 de Esmendes (XXI dinastía). También la momia de su esposa Teye ha sido identificada como uno de los cuerpos que acabaron siendo escondidos allí.

## Amenhotep IV/Akhenaton

Amenhotep IV era hijo de Amenhotep III y Teye. Su hermano mayor murió prematuramente, y hoy sigue debatiéndose si él fue nombrado corregente antes de la muerte de su padre o si ascendió al trono tras la muerte de éste. Su esposa principal fue la afamada Nefertiti, de cuyos padres no se sabe nada y sólo se puede deducir que no pertenecían a la familia real. La nodriza de Nefertiti fue una mujer llamada Tey, cuyo esposo era el «padre del dios» Ay, quien llegaría a ser rey del Alto y Bajo Egipto durante unos años. Por muy sugerente que sea la posibilidad, no se puede asegurar que el padre de Nefertiti fuera Ay.

Nefertiti interpretó desde el principio un papel esencial en la ideología de la monarquía, desempeñando la función de «doble» femenino del rey, acompañándolo en todas sus apariciones en público y repitiendo las acciones que él realizaba, tanto en un contexto religioso, haciendo ofrendas a la divinidad (fig. 8.19), como en un contexto político, premiando a los subordinados leales, en su caso a las esposas de los altos dignatarios.

Se conoce la existencia de al menos seis princesas, frecuentemente representadas en los monumentos reales, donde se señala a Nefertiti como la madre, pero se deja sin mencionar el nombre del padre, lo que ha suscitado las más variadas interpretaciones. Teniendo en cuenta el precedente de las representaciones de las hijas de Amenhotep III en los monumentos reales, la explicación más probable es que tanto su imagen, como la mención exclusiva de la madre pretendían enfatizar el

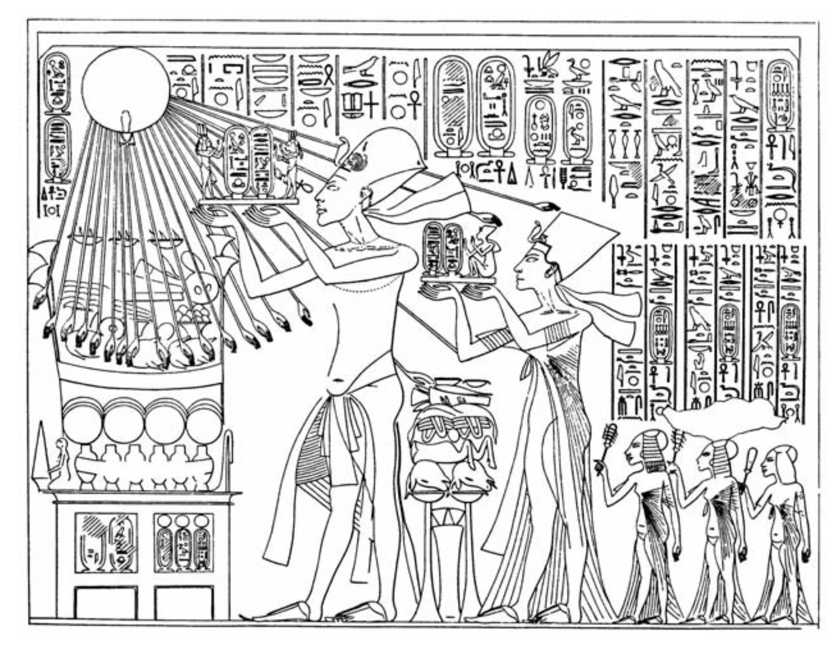


Figura 8.19. Detalle de la entrada a tumba de Apy que muestra a la familia real ofreciendo al disco solar Atón el propio nombre de la divinidad dentro de una pareja de cartuchos reales.

componente femenino de la monarquía, necesario para expresar la capacidad creadora del rey-dios.

En la XVIII dinastía no es común que los reyes se representaran con sus hijos varones, por lo que la ausencia de éstos en los monumentos reales no debe utilizarse como argumento en contra de su existencia. Así, pruebas circunstanciales parecen indicar que Semenkhkara y Tutankhamon eran hijos de Amenhotep IV.

Los primeros cinco años del reinado de Amenhotep IV fueron una continuación del reinado de su padre, tanto en política interior como exterior. También se mantuvo la concepción ideológica de la monarquía y su relación directa con el sol, principalmente en la forma del dios Amón-Ra y el disco solar Atón, que en los primeros momentos se representó con cuerpo humano y cabeza de halcón coronada por el disco solar. En el templo de Karnak, terminó las obras comenzadas por su padre (pilono III) y levantó cuatro templetes dedicados principalmente al aspecto más físico y visual de la divinidad solar, al dios Atón, representado ahora como un disco que irradia sus rayos sobre la tierra posibilita la vida. Estos primeros templos, como muestra su decoración en relieve, estaban en conexión con la celebración de la primera fiesta *Sed* del monarca en su segundo o tercer año de reinado (sin esperar a cumplir treinta años como

hiciera su padre). El soberano, además, pretendía mostrar cómo el dios Atón habría renovado en fecha temprana las fuerzas y autoridad del nuevo monarca, al tiempo que honraba la memoria del recién fallecido Amenhotep III, convirtiéndole en coprotagonista del jubileo (para el cual pudo haber estado pensado en origen).

La religión solar se convierte en el epicentro religioso y político de Amenhotep IV desde los primeros momentos de su reinado, llevando hasta el extremo la adoración al sol y a su aspecto creador, que comenzó en época de Hatshepsut y Tutmosis III en la forma de Amón-Ra y se asoció al culto al monarca con Amenhotep III. Ahora, se hace hincapié en el aspecto luminoso de la divinidad (*shu*), exento de representación antropomorfa, omnipresente y, como consecuencia, adorado en espacios abiertos. Las ofrendas pasan a realizarse en amplios patios, contrastando con el secretismo y carácter restringido de Amón, «el oculto», con su figura bien guardada y apartada de la cotidianeidad. La conexión del culto a Atón con la concepción religiosa del templo de Heliópolis es clara, como bien demuestra el nombre de uno de los templos que levantó en Karnak, *Hutbenben* «el recinto (sagrado) del *benben*», la piedra o montículo con forma piramidal que surge de las aguas primordiales del caos y que representa el origen de la vida ordenada e iluminada por la divinidad solar. Además, el título del principal sacerdote, «jefe de los videntes de Atón», emula el título del sumo sacerdote de Heliópolis.

Ya en esta primera etapa, las figuras del rey y de la familia real muestran un estilo muy particular, tanto en relieve como en escultura. El cuerpo se estiliza, sobre todo los brazos y las manos, y se exageran las curvas de las caderas y el vientre, así como la parte trasera del cráneo. Los rasgos faciales también se perfilan más pronunciados, particularmente los labios y los pómulos. El resultado final es una sensación de hiperrealismo, un naturalismo que produce un efecto onírico de clara connotación religiosa. El rey y la reina se presentan como la encarnación del dios solar en la tierra, aprovechando que el dios Atón carece de su propia representación antropomorfa. De forma inversa, el nombre del dios se escribe dentro de cartuchos reales, acercándole así a la pareja real.

Los ejemplos más claros del primer «estilo Amarna» son las dos estatuas colosales del monarca (una de ellas probablemente represente a Nefertiti) procedentes de Karnak y hoy en el Museo de El Cairo, o la escena dejada inacabada en la tumba del veterano visir Ramose (TT 55), que muestra a la pareja real premiándole y recibiendo a grupos de extranjeros desde la «ventana de las apariciones oficiales» (la cual sustituye ahora al palio o baldaquino sobre una tarima en el que el rey llevaba a cabo las recepciones oficiales).

En el año 5 de reinado, Amenhotep IV toma una decisión drástica y cambia su nombre oficial de coronocación, que le asociaba estrechamente

al dios Amón, por un nombre que le une al dios Atón: Akh-en-aton, que significa «Espíritu de Atón»[49].

Más aún, el monarca decide ese mismo año abandonar Tebas (y Menfis), para fijar su residencia oficial en el Egipto Medio, en un lugar deshabitado que él llamó Akhet-aton, «Horizonte de Atón» y hoy se conoce con el nombre de el-Amarna. El rey elige ese apartado lugar precisamente para no ofender a nadie, a ningún hombre ni a ningún dios, pues, como señala la inscripción de su fundación, esa porción de tierra estaba totalmente libre. La inscripción establece las dimensiones del territorio, dedicado en exclusiva al dios Atón, y el rey hace público su juramento de no ampliar sus dimensiones en ninguna dirección y bajo ningún concepto. El área, de forma rectangular, ocupaba unos 200 kilómetros cuadrados a ambos lados del río, si bien el asentamiento se ubicaría únicamente en la orilla oriental, al igual que la necrópolis. Y para disipar cualquier duda o mal pensamiento, al año siguiente se esculpen en los límites montañosos del territorio al menos quince grandes inscripciones conmemorativas que hacen la función de estelas de frontera y que reproducen *in situ* el juramento del rey de no sobrepasarlas. El juramento se repite y se inscribe de nuevo en el año 8.

La inscripción de la fundación de Akhetaton/el-Amarna no está fechada en el año 5 del reinado de Akhenaton, sino en el año 5 del reinado conjunto de la tríada formada por Atón, Akhenaton y Nefertiti. Los pasajes más significativos dicen así:

> «Estando hoy en Akhetaton. Aparición de Su Majestad cabalgando sobre un gran carro de electro, como el disco-solar [= Atón] cuando brilla sobre su horizonte y llena la tierra con sus bendiciones...
>
> Tomando el buen camino hacia Akhetaton, su lugar de la primera vez, el cual creó él para reposar en su interior por el día, y que su hijo, “El único que pertenece a Ra”, ha construido para él como su monumento. Ha medido/fundado Akhetaton para él, actuando según se le había ordenado que hiciera. El cielo está contento, la tierra está en júbilo. Todos los corazones se regocijan cuando le ven.
>
> Presentando una gran ofrenda a su padre “Viva Ra-Horakhty, quien se regocija en el horizonte, en su capacidad de luz [= Shu] que está en el disco-solar [= Atón]”, consistente en panes y jarras de cerveza, vacas, terneros, aves, vino, frutas, incienso, libaciones y todo tipo de verduras en el día de la fundación de Akhetaton...
>
> Acto seguido, una vez realizada la ofrenda Su Majestad dijo: “Que me sean traídos los asistentes del rey, los cortesanos de Palacio, los supervisores de infantería [...]”. Le fueron traídos inmediatamente. Entonces, se postraron ante Su Majestad, besando el suelo frente a él. Su Majestad les dijo: “Observad Akhetaton. Atón desea que se le haga como monumento en su nombre por siempre y para siempre. En efecto, Atón, mi padre, es quien solicita Akhetaton. Ningún jefe lo solicita; ningún hombre en toda la tierra lo solicita, diciendo: [...] construye

Akhetaton en este distante lugar", sino que es Atón, mi padre, quien lo solicita para construir para él Akhetaton [...] Observad, el faraón lo ha descubierto. No pertenecía a ningún dios o diosa, a ningún gobernante, a ningún jefe o a ninguna persona en usufructo [...] Mi padre, "Viva Ra-Horakhty, quien se regocija en el horizonte, en su capacidad de luz [= Shu] que está en el disco-solar [=Atón]" me dijo: "Me pertenece a mí para ser Akhetaton por siempre y para siempre"...

Los funcionarios que estaban con el rey respondieron: [...] dirige hacia él todas las tierras, graba impuestos a todas las ciudades para él [...], todas las tierras llanas y montañosas llevando sus aportaciones, con sus productos sobre sus espaldas para el que crea sus vidas, aquel de cuyos rayos uno vive y respira el aliento de su boca...

Su Majestad alzó entonces su brazo al cielo, hacia quien le creó, "Viva Ra-Horakhty, quien se regocija en el horizonte, en su capacidad de luz [= Shu] que está en el disco-solar [= Atón]", diciendo: "Juro por mi padre, 'Viva Ra-Horakhty, quien se regocija en el horizonte, en su capacidad de luz [= Shu] que está en el disco-solar [=Atón]', el perfecto Atón viviente, quien comienza la vida, quien reanuda la vida, mi padre [...] que yo construiré Akhetaton para Atón, mi padre, en este lugar. No construiré Akhetaton ni al sur, ni al norte de él; ni al oeste, ni al este de él. No sobrepasaré hacia el sur la estela sur de Akhetaton, ni sobrepasaré hacia el norte la estela norte de Akhetaton para construir allí Akhetaton. No construiré para él sobre el lado oeste de Akhetaton; sólo construiré Akhetaton para Atón, mi padre, sobre el lado por donde sale el sol en Akhetaton. Este lugar está flanqueado por colinas, y él se regocijará en el medio cuando yo realice ofendas para él allí".

Y además, la reina no me deberá decir: "Mira, existe un lugar mejor para Akhetaton en otro sitio". No la escucharé. Ningún funcionario de entre los funcionarios preferidos deberá decirme: "Mira, existe un lugar mejor para Akhetaton en otro sitio". No les escucharé. Ningún hombre en toda la tierra deberá decirme: "Mira, existe un lugar mejor para Akhetaton en otro sitio". No les escucharé. Ni al norte, ni al sur, ni al oeste, ni al este, nunca diré: "Traslado Akhetaton: se me ha encargado construir Akhetaton en otro sitio mejor..."

Construiré el templo de Atón para el Atón, mi padre, en Akhetaton, en este lugar [...] [el texto continúa enumerando los templos y edificaciones previstos].

Se construirá una tumba para mí en la colina este de Akhetaton, y se llevará a cabo allí mi enterramiento con millones de fiestas que el Atón, mi padre, ha ordenado para mí y lo mismo se establece para la reina Nefertiti y para la princesa Meritaton.

Si me muero en cualquier otra ciudad al norte, al sur, al este o al oeste, en millones de años, que me traigan y me entierren en Akhetaton y lo mismo para la reina Nefertiti y para la princesa Meritaton.

Se construirá una necrópolis para el toro Mnevis[50] en la colina este de Akhetaton, y su enterramiento tendrá lugar allí.

Se construirán las tumbas para el Gran-vidente, para los padres-divinos del Atón y para los sirvientes del Atón en la colina este de Akhetaton,

> y allí se celebrarán sus enterramientos. Las tumbas de todos los oficiales y de todas las personas se construirán en la colina este de Akhetaton, y allí se celebrarán sus enterramientos...» (*Estela de frontera de Akhetaton*)[51].

Las razones del abandono de Tebas y el traslado de la corte a el-Amarna no están del todo claras. Tal vez fuera, como se ha venido repitiendo hasta la saciedad, para alejarse del cada vez más poderoso e influyente clero de Amón. Recientemente incluso se ha sugerido que podía haber detrás del cambio un motivo de salud pública, pues en algunas fuentes se menciona una plaga o «peste cananea». Ello explicaría la elaboración de centenares de estatuas de la diosa Sekhmet, diosa de la guerra y de la peste, al final del reinado de Amenhotep III; estatuas que, años después, habiendo perdido su razón de ser, se enterrarían en los templos tebanos a los que estaban asociadas. También explicaría la ubicación de su palacio (Malqata) en la orilla occidental de Tebas, separado por el río del asentamiento de la mayor parte de la población, de los principales templos y de los palacios de los reyes anteriores. Años más tarde, la huida de Tebas por parte del nuevo rey y su corte sería una medida más para evitar los efectos de la plaga. Esta hipótesis, sin embargo, tampoco puede ser corroborada con las fuentes documentales disponibles.

Si bien el clero de Amón no habría apoyado la decisión del traslado, el rey gozó probablemente del respaldo de parte de la sociedad. Por un lado, la clase militar saldría reforzada de la «época de Amarna», llegando tres de sus generales a ser coronados más tarde reyes del Alto y Bajo Egipto. Por otro lado, los nuevos administradores del reino se vieron rápidamente ascendidos en ausencia de los escribas veteranos, muchos de los cuales no secundaron el cambio. La nueva clase de escribas, «advenedizos» que reconocen que su éxito se lo deben enteramente al rey en persona, escriben de forma distinta a la tradicional, utilizando formas y estructuras de la lengua hablada, lo que los egiptólogos denominan «neoegipcio».

Aproximadamente tres años después de su fundación, el rey Akhenaton se trasladaría a el-Amarna con su familia y toda la corte. Allí se construyó un palacio, se levantaron templos a Atón, casas para sus subordinados, talleres y almacenes. Gracias a que el-Amarna se levantó de nueva planta y sólo doce años después, tras la muerte de Akhenaton, fue totalmente abandonada, el plano de la ciudad y de muchos de sus edificios se puede reconstruir con bastante exactitud. Esta tarea, junto con el análisis de los restos materiales de la actividad humana allí desarrollada, la lleva realizando de forma admirable desde hace años un grupo de arqueólogos coordinados por Barry Kemp.

Se estima que en la nueva ciudad debieron de vivir entre veinte mil y cincuenta mil personas. Entre los talleres, destaca el hallazgo en 1912 del taller del escultor Djehutimose, que contenía un número considerable de

bustos inacabados que ilustran magníficamente las fases por las que pasaba la talla de una escultura, entre los que se encontraba el famoso busto de la reina Nefertiti, hoy en el Museo de Berlín. Otros miembros de la familia real también fueron retratados, incluyendo una segunda esposa real llamada Kiya, que vivió en el-Amarna al menos hasta el año 12, cuando pudo haber fallecido o haber sido apartada de la escena pública por la omnipresente Nefertiti, quien a partir de ese momento parece adquirir un peso político todavía mayor, asumiendo el papel de corregente.

La inscripción sobre la fundación de la ciudad señala que el rey, la familia real y los cortesanos serían enterrados dentro de los confines del territorio consagrado al dios Atón. Así, con el abandono de Tebas en el año 5, también se abandonó la construcción de su tumba en el Valle de los Reyes, para comenzar una nueva en el-Amarna (núm. 26), en las colinas del extremo oriental del territorio, en el punto del horizonte por donde se elevaba el sol al amanecer, visto desde la ciudad. Mientras las tumbas de sus predecesores en el Valle de los Reyes buscaban unirse al sol en el horizonte occidental para acompañarle en su viaje nocturno por el subsuelo y renacer con él a la mañana siguiente, Akhenaton emplaza su morada para la eternidad directamente en el lugar por donde el sol renace cada día, para acompañarle en su viaje resplandeciente por el cielo. De hecho, la tumba real se concibe como una fuente de luz en sí misma, que irradia su energía hacia todo el territorio de el-Amarna. Su diseño fue sufriendo sucesivas modificaciones para albergar en su interior a los miembros de la familia real que fallecieron antes que el rey. La decoración de las paredes está muy dañada, pero puede apreciarse que, a diferecia de la de sus predecesores, cuyas imágenes aludían a las horas nocturnas del ciclo solar y al encuentro del monarca con diferentes divinidades del más allá, la tumba de Akhenaton estaba decorada con escenas «terrenales», centradas en la familia real y en la realización de ofrendas al dios Atón.

Las tumbas de los altos dignatarios también están emplazadas en las colinas de la orilla oriental y se agrupan en dos áreas: al norte se encuentran veinticinco tumbas de los personajes más próximos a Akhenaton, mientras que en el área sur se enterraron los cargos de tipo más administrativo, dieciocho tumbas en total. Ninguna de ellas fue terminada y la mayoría nunca fue ocupada, quedando abandonadas con el regreso de la capitalidad a Tebas tras la muerte del rey. Consecuentemente, se han hallado muy pocos objetos pertenecientes a equipamientos funerarios. En esta misma línea, cabe señalar que no se han hallado hasta la fecha enterramientos de la gente que ocupaba una posición social más humilde. el-Amarna no llegó a gozar del tiempo suficiente para generar un sentimiento de arraigo y tal vez sus habitantes prefirieron ser enterrados en sus lugares de origen, junto a sus antepasados.

La decoración de las tumbas de los altos dignatarios, al igual que la del rey, también difiere de las de sus predecesores tebanos. Desaparecen por completo las referencias a Osiris y al mundo funerario, para centrarse en escenas que recrean la vida en la ciudad, sobre todo aquellos momentos en los que la pareja real es el centro de atención, realizando ofrendas a Atón en uno de los templos, presidiendo una recepción oficial en palacio, marchando sobre un carro de caballos por la avenida principal, o disfrutando en familia de un momento de esparcimiento. La familia real no es sólo fuente de vida sobre la tierra, sino también fuente de vida eterna en el más allá. La decoración de las paredes se convierte así en una importante fuente de información para la reconstrucción de la historia política, social y religiosa de aquellos años.

Uno de los textos religiosos más elocuentes del antiguo Egipto, el denominado *Gran himno a Atón,* se escribió en la tumba del «padre del dios», «comandante de la tropa» y «maestro en el manejo del caballo», Ay (núm. 25). En él, la creación se presenta como una acción divina que tiene lugar todos y cada uno de los días, de forma cíclica, asociándose con la luz, con la vida y con el orden. El dios creador, Atón, origina todos los seres de la naturaleza, cada uno ocupa un sitio y desempeña una función específica dentro de un complejo sistema. El dios supremo, además, protege y cuida de sus criaturas durante su existencia, procurándolas todo lo que pudieran necesitar, empezando por el aire para respirar que les otorga por medio de su aliento. Entre todas ellas destaca el ser humano, apuntando el himno que dios ha creado a todos los hombres y que, por tanto, los extranjeros de Siria-Palestina y de Nubia son también criaturas suyas, sin importar las diferencias en el habla, en el color de la piel, en la gastronomía o en la forma de recibir el agua, ya sea por medio de la inundación del río o de la lluvia.

> «Cada vez que apareces perfecto en el horizonte del cielo, oh Atón viviente, la vida comienza. Habiendo tú despuntado por oriente, has llenado toda la tierra con tus perfecciones. Eres deslumbrante, eres grande, tu resplandor se ha alzado sobre toda la tierra y tus rayos abarcan las tierras hasta el límite de lo que tú has creado. Tu eres como Ra, pues te has traído sus límites y los has rodeado para tu hijo amado. Aún cuando estás lejos, tus rayos caen sobre la tierra y en sus rostros.
>
> Cuando tu movimiento cesa y reposas por poniente, la tierra está a oscuras, como si se tratara de la muerte: tumbados en sus dormitorios, tapados y sin abrir sus ojos. Uno puede tomar todas sus propiedades de debajo de sus cabezas sin que ellos se den cuenta. Todos los leones han salido de su guarida y todos los reptiles muerden. La oscuridad es tenebrosa, la tierra está en silencio, pues quien los creó se ha puesto por su horizonte.
>
> La tierra se esclarece cuando emerges por el horizonte y centelleas como el disco-solar [= Atón] durante el día. Disipas la oscuridad y,

cuando emites tus rayos, las Dos Tierras son una fiesta de luz, espabilados y en pié tras haberles tú despertado. Su cuerpo está ahora limpio y vestido, y sus brazos adorando tu aparición gloriosa. La tierra entera realiza su actividad: cada clase de ganado se sacia con sus pastos; los árboles y arbustos florecen; los pájaros vuelan de sus nidos, sus alas adorando tu *ka,* y todas las cabras brincan con sus patas. Todo lo que vuela alto vive cuando tú les iluminas. Las embarcaciones navegan río abajo y río arriba, y todos los caminos están abiertos cuando tú apareces. Los peces saltan sobre el agua delante de ti al alcanzar tus rayos el mar.

Tú eres quien hace crecer la semilla en las mujeres, quien crea el fluido en los humanos, quien hace que el hijo viva en el vientre de su madre, quien le consuela para que sus lágrimas cesen. Eres la nodriza en el vientre de la mujer, quien otorga el aliento para que viva todo lo que él ha creado. Y cuando él [= el hijo] sale fuera del vientre, el día de su nacimiento, abres completamente su boca y creas lo que él necesita. Cuando el pollito en el huevo habla dentro de la cáscara, tú le otorgas el aliento para que pueda vivir. Tras haberle completado para romper el huevo, sale del huevo para comunicar que está completo y anda sobre sus patas fuera de él.

Cuán numeroso es lo que has creado y que está escondido de la vista, oh único dios, sin otro junto a él. Has dado forma a la tierra por tu propio deseo, estando tú solo, incluyendo la humanidad, todo el ganado mayor y menor, todo lo que marcha a pie sobre la tierra y lo que vuela con sus alas en lo alto, las tierras extranjeras de Siria-Palestina y de Kush y la tierra de Egipto. Tú colocas a cada hombre en su lugar y creas lo que ellos necesitan; cada uno tiene su propia comida, su tiempo de vida está calculado, sus lenguas difieren en el habla, como también su naturaleza; sus pieles son diferentes, pues tú distingues entre las gentes.

Tú creas la inundación en el subsuelo; la traes cuando tú quieres para hacer que la gente viva, pues tú les creas para ti; su señor de la totalidad, quien se preocupa por ellos; el señor de toda la tierra, quien brilla para ellos. El disco-solar del día, grande en majestuosidad. Todas las tierras extranjeras lejanas, tú también creas su vida tras hacer que la inundación descienda desde el cielo sobre ellos, la lluvia haciendo olas por las laderas como si fuera el mar; agua para regar las parcelas cultivadas de sus pueblos. ¡Cuán eficaces son tus recursos! oh señor de la eternidad: la inundación desde el cielo para las gentes de tierras extranjeras y todos sus rebaños que caminan de pie, y la inundación que surge del subsuelo para Egipto...» (*Gran himno a Atón*)[52].

En su mayor parte, las ideas religiosas que subyacen y se manifiestan explícitamente en el himno a Atón ya habían sido expresadas en textos de épocas anteriores. Himnos dedicados a la divinidad solar Amón-Ra por particulares comenzaron a estar en voga en el reinado de Hatshepsut y Tutmosis III, y un himno a Atón con frases similares a las empleadas en la tumba de Ay fue escrito años antes por los hermanos Suty y Hor, arquitectos

de Amenhotep III en Tebas (estela en el Museo Británico EA 826). Por otro lado, la concepción de un solo dios creador de todas las cosas, responsable del triunfo del orden sobre el caos de las aguas primordiales, origen de la luz que disipa las tinieblas, padre de la humanidad, etc., formaba parte de la teología egipcia desde prácticamente los comienzos de su historia. Si bien ahora el interés político y personal del monarca hace énfasis en la existencia de un único dios creador por encima de las demás manifestaciones divinas, el denominado «monoteísmo» de la época de Amarna, a menudo comparado con el Salmo 104 de la Biblia, debe percibirse como el extremo del desarrollo de una concepción religiosa bien antigua y tradicional.

El rey se presenta a sí mismo como el único ser capaz de entrar en contacto directo con el dios Atón y, por tanto, como el único que le conoce y sabe interpretar sus designios. Akhenaton, la reina Nefertiti y sus hijas son los únicos capacitados para realizar ofrendas al dios, por lo que a los demás sólo les queda la opción de adorar a la familia real como único camino para acceder a la divinidad. El culto a Atón se convierte en la práctica en el culto a la familia real; la nueva tríada divina queda compuesta entonces por Atón, que se equipara al dios creador Atum; el rey, que se equipara al dios de la luz Shu; y la reina, que adopta el papel de su pareja femenina, la diosa Tefnut. Así, en las casas de el-Amarna pertenecientes a los altos dignatarios se han hallado altares domésticos con estelas representando a la familia real, iluminados por los rayos vivificantes del disco solar.

El «estilo de Amarna» representa a Akhenaton, Nefertiti y sus hijas componiendo escenas de tema cotidiano y familiar, relajados e interactuando entre ellos, cogiéndose de la mano, acariciándose, besándose (fig. 8.20). La imagen del rey héroe y guerrero, característica de Tutmosis III, Amenhotep II y Tutmosis IV para expresar la excepcionalidad del monarca, deja paso ahora a la imagen más privada del rey. El objetivo tal vez fuera expresar que la realeza y divinidad de su persona y de su familia estaban presentes aun en los momentos más distendidos del día, incluso en las circunstancias menos formales y protocolarias, pues no era algo que se adoptara en las apariciones oficiales en público, sino que formaba parte de su esencia.

El nuevo mensaje político-religioso que el arte pretende transmitir a través de las poco ortodoxas composiciones familiares debe relacionarse con el nuevo estilo de realizar las figuras humanas, especialmente los cuerpos de la familia real, con perfiles estilizados y curvas exageradas, en particular la cabeza y la zona del vientre. Por un lado, ha de tenerse en cuenta que la esencia de los seres se expresa en el arte egipcio principalmente a través de la cabeza, del rostro y de los tocados, diademas o coronas que se lleven. Por otro lado, el vientre está vinculado a la capacidad de generar vida, lo que conecta la representación de las figuras de



Figura 8.20. La familia real retratada de forma relajada y espontánea en el-Amarna.

los monarcas con el papel que asumen de dioses creadores. A partir de la nueva estética que adopta la familia real, las demás figuras humanas también se modelan siguiendo el nuevo estilo. Los posibles problemas genéticos, trastornos o enfermedades que pudiera haber habido dentro de la familia real no han sido aún analíticamente demostrados y, por tanto, conviene relegarlos a un segundo plano en el análisis histórico y artístico de la documentación disponible.

Durante los primeros años de reinado, el culto a los demás dioses siguió llevándose a cabo sin mayores problemas, incluyendo el culto al dios Amón en Karnak. Pero, una vez instalado el rey en su nueva ciudad, entre el año 8 y el año 12, comenzó una política de abierto hostigamiento, especialmente contra Amón y su consorte, la diosa Mut. Su imagen en estatuas y relieves fue sistemáticamente martilleada, al tiempo que sus nombres eran borrados de las inscripciones, no sólo de los templos oficiales, sino también de los monumentos funerarios privados y de muchos pequeños objetos.

Si bien la tumba de Ay es importante desde el punto de vista religioso, las tumbas de Huya y de Meryra II incluyen información política de

interés. Ambos ostentaron el cargo de «supervisor del Tesoro» y el de «supervisor del harén»; el primero de ellos lo fue de la reina Teye, esposa de Amenhotep III, y el segundo de la reina Nefertiti. En sus paredes se representan sendas escenas consecutivas en el tiempo sobre la recepción de tributo extranjero en el año 12. Delegaciones del norte y del sur son presentadas ante el rey y la reina, acompañados de sus hijas. La representación de nubios cautivos tal vez refleje la consecuencia de una acción punitiva llevada a cabo por tropas de Akhenaton en la región de Ikayta. El virrey Tutmosis fue el responsable de esta intervención, cuyo objetivo era terminar con los robos de la cosecha.

La tumba del alto dignatario Tutu, «primer sirviente del rey en el templo de Atón», muestra su labor como intermediario de las delegaciones provenientes de Siria-Palestina, encabezadas por un intérprete, durante una ceremonia oficial presidida por Akhenaton. La correspondencia diplomática hallada en el-Amarna confirma su papel de portavoz o representante de los jefes extranjeros en la corte egipcia. Aziru, gobernante de la región siria de Amurru, escribió repetidas veces a Tutu para que intercediera por él ante el rey:

> «Y como quiera que tú [= Tutu] estás en aquel lugar [= el-Amarna] como padre mío, cualquier cosa que quiera Tutu, mi padre, sólo tienes que escribir y te la concederé. Puesto que tú eres mi padre y señor, y yo soy tu hijo, la tierra de Amurru es tu tierra y mi casa es tu casa. Escríbeme con cualquier cosa que desees y te las concederé todas. Tú estás al servicio personal del rey, mi señor. Que el cielo no permita que traidores hablen perniciosamente en mi contra en presencia del rey, mi señor. No debes permitírselo. Puesto que tú estás al servicio personal del rey, mi señor, representándome, no debes permitir habladurías perniciosas contra mí» [*Carta de el-Armarna (EA 158, 10-31)*][53].

El principal rival de Aziru en la región era el gobernante de la ciudad de Biblos, Ribada, quien escribió al rey de Egipto más cartas que ningún otro vasallo, pretendiendo utilizar a un tal Amanappa como su intermediario ante Akhenaton. Las cartas de los vasallos de Siria-Palestina, más de trescientas en total, son un vivo testimonio de las rivalidades que surgían entre ellos y de cómo trataban de influenciar la opinión de los cortesanos y del rey en su favor. Además, reflejan cómo eran las relaciones entre señor y vasallo en el ámbito internacional, qué era lo que cada uno esperaba de la otra parte y hasta qué punto se cumplían esas expectativas. Si bien la situación internacional que describen las cartas del archivo de Amarna se ha venido utilizando para argumentar que el mecanismo que mantenía viva la autoridad de la monarquía egipcia sobre Siria-Palestina a finales de la XVIII dinastía había entrado en decadencia, hoy en día la interpretación que se hace de la correspondencia es

bien distinta. Gracias a los estudios de Mario Liverani, entre otros, puede decirse que el conjunto documental testimonia cómo la autoridad egipcia en la región seguía siendo respetada e influyente. Las quejas de los jefes locales sobre la ausencia de tropas egipcias en la zona para protegerles de sus vecinos revelan de forma indirecta que esa situación era una excepción, que lo normal era lo contrario y precisamente por ello la queja era pertinente y se transmitía al rey egipcio.

La situación política en Siria-Palestina debía de ser difícil, surgiendo constantemente conflictos entre vecinos. Además de las fricciones entre Amurru y Biblos, sabemos también que Sidón presionaba sobre Tiro, y Qadesh sobre Damasco. Grupos seminómadas de bandoleros o mercenarios, según las circunstancias, denominados en las fuentes «*(h)apiru*», causaban constantemente todo tipo de problemas a los centros urbanos y a sus gobernantes. Además, los hititas no dejaban de presionar por el norte, tratando de incluir en su órbita de influencia (y recaudación de ingresos) a las ciudades más próximas. La situación política era ciertamente inestable, pero también lo era en época de Tutmosis III y sus inmediatos sucesores, como bien reflejan los Anales y otras inscripciones reales. Igual que en aquellos años, el monarca egipcio seguía siendo capaz de intervenir en la política doméstica de las ciudades-Estado y nombrar a sus jefes, como sabemos que ocurrió en el caso de Abdiashirta y Aziru de Amurru, Zimredda de Sidón, Abimilki de Tiro y Abdiheba de Jerusalén.

Los jefes locales manifestaban en sus cartas su lealtad al rey egipcio de forma muy expresiva, equiparándole al dios sol, Shamash, o al dios de la tormenta, Baal. El gobernador de la ciudad de Tiro muestra en sus cartas una notable influencia de la fraseología egipcia. Dos pasajes de una misma carta dirigida al monarca egipcio dicen así:

> «Mi señor es el Sol [= Shu] que sale sobre todas las tierras día tras día de la misma forma que el Sol [= Atón], su padre bondadoso, quien otorga vida mediante su dulce aliento y vuelve con su viento del norte, quien pacifica la tierra entera mediante su fuerte brazo, quien ruge en el cielo como Baal y todas las tierras se atemorizan con su grito. Servidor comunica a su señor que ha escuchado al bondadoso mensajero del rey que vino hasta su siervo y así ha escuchado el dulce aliento surgido de la boca del rey, mi señor, para su sirviente. ¡Su aliento ha vuelto! Antes de la llegada del mensajero del rey, mi señor, cuando no había vuelto el aliento, mi nariz estaba bloqueada. Ahora que el aliento del rey ha llegado hasta mí, estoy contento día tras día. [...]
>
> Quienquiera que obedezca al rey, su señor, y le sirva desde su puesto, el Sol sale sobre él y el dulce aliento regresa desde la boca de su señor. Si no obedece a la palabra del rey, su señor, su ciudad es destruida, su casa es derruida, su nombre no existirá más en toda la tierra. Mira al sirviente que obedece a su señor, su ciudad prospera, su casa prospera,

> su nombre existirá para siempre. Tú eres el Sol que sale sobre mí y una muralla acorazada, y debido a tu fuerte brazo yo estoy tranquilo» [*Carta de el-Armarna (EA 147: 5-28, 41-56)*][54].

El acto oficial del año 12 representado en las tumbas de Huya y Meryra II tal vez fuera algo más que una recepción diplomática, adquiriendo el valor de inauguración de la nueva capital y su presentación internacional. La ceremonia pudo convertirse, al mismo tiempo, en la conmemoración de la nueva ideología real, en la que el rey se equipara al dios Atón y la figura de la reina Nefertiti se une a la de Akhenaton. En la tumba de Huya la ceremonia está fechada en el año 12 del reinado de Atón, y no de Akhenaton. Por otro lado, en la tumba de Mery II se les representa al rey y a la reina sentados uno junto al otro en el baldaquino o palio, pero sus cuerpos aparecen fundidos en una sola figura.

A partir del año 12 la reina Nefertiti adquiere muy probablemente el papel de corregente de Akhenaton. En este momento, la figura de Nefertiti se desvanece de las fuentes y las inscripciones pasan a mencionar el nombre de un corregente llamado Ankhkheperura Neferneferuaton. Éste es muy probablemente la transformación del nombre completo de la reina Nefertiti, que era Neferneferuaton Nefertiti. En este momento también, su hija Meritaton es elevada a la categoría de «gran esposa real», que antes ostentaba su madre Nefertiti.

Algunos egiptólogos sostienen que Nefertiti se cambió una segunda vez el nombre por el de Ankhkheperura Semenkhkara, quien se sabe que también fue corregente de Akhenaton y años después su sucesor en el trono, aunque por un tiempo muy breve (no se ha encontrado su tumba). Sin embargo, la opinión mayoritaria es que Semenkhkara era probablemente un hijo de Akhenaton. Los datos son confusos y dan pie a las más diversas hipótesis.

El problema de la identidad de cada uno de los personajes mencionados en las fuentes es consecuencia de distintos factores que entran en juego a la vez: 1) las posibilidades que deja abierta la opción que tenían los monarcas de cambiarse el nombre oficial; 2) la ambigüedad susceptible de confusión entre la parte masculina y la parte femenina que integraban la compleja figura del monarca como dios creador; 3) la alteración de los nombres inscritos en los monumentos y objetos del equipamiento funerario; 4) la reutilización de éstos por otros miembros de la familia; 5) la difícil identificación de los cuerpos momificados hallados en la tumba del Valle de los Reyes KV 55 y en el *cachette* de dentro de la tumba de Amenhotep II (KV 35).

Akhenaton murió en el año 17 de su reinado. Se había construido una tumba real en el extremo oriental del territorio dedicado al dios Atón, pero en ese momento estaba todavía inacabada. No se ha encontrado o identificado su momia.

Gracias al archivo de tablillas de arcilla hallado en la capital hitita de Bogaköy, a través de una composición histórico-literaria sobre las gestas del rey Supiluliuma recordadas por su hijo Mursili II, sabemos que en esos momentos de incertidumbre dinástica una reina escribió informando de la muerte del rey egipcio y de la ausencia de un sucesor. En estas circunstancias, la reina viuda dice negarse a casarse con uno de sus súbditos, por lo que solicita al rey hitita, Supiluliuma, que envíe a uno de sus hijos para desposarse con ella y convertirse en rey. La situación era anómala para ambas partes, pues si bien había sido habitual la solicitud y envío de princesas para materializar acuerdos de hermandad y amistad, invitar a un príncipe extranjero a convertirse en rey de Egipto era, ciertamente, algo sin precedentes, aunque fuera a ser rey consorte.

El rey hitita acaba accediendo y envía a un príncipe llamado Zananza, pero éste nunca llegó a Egipto, pues fue asesinado en el camino. La reina egipcia en cuestión es llamada en las fuentes Dahamunzu. La mejor candidata para ser identificada con ella es Nefertiti, que sin duda había llegado a ocupar una posición mucho más poderosa que la que conseguiría alcanzar la otra posible cadidata, la viuda de Tutankhamon, Ankhesenamon.

Nefertiti debió de morir poco tiempo después que Akhenaton, sin haber sido capaz de resolver satisfactoriamente la cuestión de la sucesión dinástica. Aunque la tumba real estaba preparada para albergar su cuerpo y equipamiento funerario, no se sabe si llegó a ser enterrada en el-Amarna o en Tebas, en el Valle de los Reyes.

## Tutankhamon, Ay y Horemheb

Poco es lo que se sabe de los orígenes del joven Tutankhaton, pues no es mencionado en las fuentes antes de ser coronado rey del Alto y Bajo Egipto, aproximádamente a los nueve años de edad. No se sabe quiénes fueron sus padres, aunque parece lo más probable que fuera hijo de Akhenaton. Si Nefertiti no tuvo hijos varones, tal vez Tutankhaton y también Semenkhkara fueran hijos de la misteriosa segunda esposa Kiya. Recientemente, Alain Zivie ha hallado en Saqqara la tumba de su nodriza, llamada Maya, en la que se representa en relieve al joven rey sentado sobre sus rodillas. Tutankhaton contrajo matrimonio con una de sus hermanas o hermanastras, Ankhesenpaaton. Ambos se cambiaron pronto el nombre a Tutankhamon y Ankhesenamon, respectivamente.

Si bien en los primeros años no parece que hubiera un rechazo frontal al dios Atón, una vez que la ciudad de el-Amarna perdió la presencia de la familia real, su razón de ser desapareció por completo y fue rápidamente abandonada.

En el tercer o cuarto año de reinado, el joven rey publicó un decreto por el que se pretendía volver al *statu quo* anterior al cisma de Akhenaton,

y ya entonces utiliza su nuevo nombre. El decreto se ha conservado copiado sobre dos estelas (una de ellas muy dañada), que fueron halladas en el templo de Karnak y que se conocen como «*la(s) estela(s) de la restauración*» (Cairo CG 34183). El decreto fue promulgado desde la ciudad de Menfis y pretende devolver a los dioses su dignidad pasada, reinstaurar su clero, sus rituales, sus ofrendas y, por supuesto, sus ingresos. Imágenes de los dioses tradicionales comenzaron entonces a ser esculpidas de nuevo.

Durante el reinado de Tutankhamon la influencia egipcia en el exterior siguió proporcionando beneficios a la corona y provocando la llegada de extranjeros a Egipto. En la tumba tebana (TT 40) del «virrey de Nubia», Huy, se representan delegaciones del norte y del sur trayendo regalos al rey egipcio. El grupo del sur muestra el grado de penetración y aceptación de la cultura egipcia por parte de la élite nubia. Uno de los personajes que encabeza la delegación es el jefe de la región de Miam, que posee un nombre egipcio, Heqanefer. La tumba rupestre de este jefe nubio egiptianizado se ha hallado en la orilla este de Toshka/Aniba, al norte de Abu Simbel. Las inscripciones jeroglíficas de su interior informan que fue educado en la institución del *kap,* en la corte egipcia, lo que explicaría su nombre, la forma y decoración de su tumba y el atuendo puramente egipcio de los personajes que le siguen en la escena representada en la tumba de Huy.

En la tumba del general Horemheb en Saqqara, cautivos tanto del norte como del sur son presentados ante el rey, custodiados por guardianes con palos, así como embajadas de Siria-Palestina, que se dirigen al monarca egipcio por medio de un intérprete (fig. 8.21). En la necrópolis



Figura 8.21. El general Horemheb, ayudado por un traductor, ejerciendo de intermediario entre el rey y delegaciones de Siria-Palestina.

de Saqqara se han encontrado otras tumbas de esta época que muestran el grado de sofisticación y refinamiento de las capas más altas de la sociedad, así como la gran calidad que habían alcanzado los talleres de artistas en los principales centros del valle del Nilo. Las excavaciones llevadas a cabo por la misión conjunta de la Egypt Exploration Society y la Universidad y Museo de Leiden, dirigidas primero por Geoffrey Martin y después por Maarten Raven, son el mejor exponente de la cultura funeraria a finales de la XVIII dinastía en el norte.

Fijando de nuevo la atención sobre Tebas, Amón iba poco a poco recuperando su papel de divinidad principal y los templos de Karnak y Luxor volvieron a ver nuevas construcciones en marcha. En la orilla occidental, Tutankhamon se construyó un templo funerario, unos metros al norte del templo de Medinet Habu.

El breve reinado de Tutankhamon, que duró nueve años, ha pasado a la historia sobre todo por el hallazgo de su tumba en el Valle de los Reyes (KV 62) en noviembre de 1922. Cuando Howard Carter y Lord Carnarvon se asomaron por primera vez a su interior no daban crédito a lo que veían sus ojos. A pesar de que la tumba había sido robada al menos dos veces en época antigua, se encontraba en un estado de conservación excepcional la mayor parte del equipamiento funerario, incluyendo el sarcófago, los ataúdes y la momia del rey (fig. 8.22). Después de los robos, el contenido de la tumba fue reorganizado en la medida de lo posible, entre otros por el escriba Djehutimose, quien había también intervenido en la restauración de la tumba de Tutmosis IV después de haber sido saqueada, en el año 8 del reinado de Horemheb.



Figura 8.22. La máscara de oro de Tutankhamon. Museo de El Cairo.

La tumba es de pequeño tamaño y había sido comenzada para ser ocupada por otra persona, probablemente por un alto dignatario de la época. Sólo llegó a decorarse la cámara funeraria, recuperando temas en uso de antes de la época de Amarna, e introduciendo elementos nuevos. Las figuras destacan sobre un fondo dorado,

representando al rey seguido por Anubis y siendo recibido por la diosa Hathor, Nut y Osiris. La ceremonia de la «apertura de la boca» la lleva a cabo Ay, representado como rey de Egipto y justificando así sus pretensiones al trono. En otra escena que representa el cortejo fúnebre, destaca un personaje que tal vez haya que identificar con Horemheb.

Ay y Horemheb fueron, sin duda, los personajes más influyentes en el entorno del joven rey. Cuando Tutankhamon murió tenía unos dieciocho años. No consiguió tener descendencia, encontrándose en su tumba los cuerpos de dos fetos dentro de sendos ataudes de pequeño tamaño, de madera pintada al estilo de la época.

Los detalles de cómo el veterano Ay consiguió la doble corona del Alto y Bajo Egipto se nos escapan. Estaba casado con la nodriza de Nefertiti, Tey. Vivió en la ciudad de el-Amarna al servicio de Akhenaton y comenzó a construirse una tumba en el área sur (núm. 25). Consiguió sobrevivir a la crisis que supuso el reinado de Akhenaton y la religión de Atón y, después, al regreso a Tebas y a la ortodoxia del culto a Amón. Fue el hombre de confianza de Tutankhamon y, probablemente, el artífice de la reconciliación con el clero de Amón y con la ciudad de Tebas. Ay pudo haberse casado, una vez muerta Tey, con la reina viuda Ankhesenamon, puesto que los cartuchos reales de ambos aparecen juntos grabados en un anillo conservado hoy en el Museo de Berlín. Uno de sus hijos, Nakhtmin, fue nombrado «virrey de Nubia» bajo el reinado de su padre, pero cuando éste murió no parece haber tenido la ocasión de representar ningún papel en la sucesión.

A pesar de su corto reinado, de sólo cuatro años, se construyó una tumba real al fondo del Valle Occidental (WV 23), en el que había sido enterrado años antes Amenhotep III. Esta tumba también había sido pensada, y en este caso tal vez incluso ocupada, por otra persona. La decoración de las paredes es muy similar a la de Tutankhamon, siendo digna de mención la escena (representa ahora por primera vez en una tumba real) en la que se muestra al rey cazando patos en los cañaverales, una composición muy común en las tumbas de los altos dignatarios desde el Reino Antiguo.

Tras la muerte de Ay, otro comandante de la tropa consiguió hacerse con el trono de Egipto. Se trata de Horemheb, quien probablemente era natural de una localidad al sur de El Fayum llamada Hnes. Siendo general del ejército egipcio asociado al norte del país (tal vez fuera también «visir») bajo Akhenaton y Tutankhamon, se hizo construir una tumba en la necrópolis de Saqqara, decorada con espléndidos relieves que documentan con gran lujo de detalle, entre otras cosas, la llegada de extranjeros a Egipto y su papel de intermediario entre las delegaciones provenientes de Siria-Palestina y el monarca.

Horemheb fue coronado rey del Alto y Bajo Egipto y ejerció como tal durante veintiocho o treinta años. Su segunda esposa, que llegó a ser reina,

se llamaba Munedjemet, igual que la hermana de Nefertiti, pero no hay pruebas que permitan afirmar que las dos mujeres fueran la misma persona. En la parte posterior de una estatua que muestra a Horemheb sentado junto a su esposa (conservada hoy en el Museo de Turín), una inscripción describe la personalidad del soberano y las circunstancias previas a su designación como rey por parte del dios Horus de Hnes, la aprobación y presentación por parte de Amón-Ra, y el regocijo de los demás dioses. Se describe, además, la ceremonia de coronación y las primeras actuaciones de Horemheb como monarca en favor de los dioses tradicionales de Egipto.

Bajo su reinado se llevó a cabo la revancha del dios Amón contra su rival Atón, ordenándose que su nombre fuera sistemáticamente borrado de todas las inscripciones y sus monumentos desmantelados y enterrados los bloques[55]. Incluso se llegó a desmantelar el templo funerario de Tutankhamon y las inscripciones en los templos principales se usurparon, borrándose el nombre de Semenkhkara, Tutankhamon o Ay para poner el suyo en su lugar. Horemheb quería presentarse así como el sucesor de Amenhotep III, como el verdadero restaurador del orden previo al cisma de Akhenaton, como el máximo defensor de los intereses de Amón y su clero y como el reorganizador de Tebas.

Como prueba de su interés por devolver el orden y la legalidad a la sociedad civil, Horemheb publicó una serie de normas o leyes que se han conservado en una larga inscripción conocida como el «Decreto de Horemheb», hallada en Karnak. El texto incluye restricciones contra el abuso de la Administración en el requisamiento de embarcaciones y de mano de obra para la realización de obras públicas, contra el abuso en la recaudación de impuestos, contra la apropiación indebida de ganado, se establecen normas para el funcionamiento de juzgados locales, para la asignación de recompensas a los oficiales de la Administración y para el protocolo que habría de seguirse en palacio.

Durante el reinado de Horemheb se organizó (o reorganizó) la comunidad de trabajadores de la necrópolis real, asentada en el poblado de Deir el-Medina, en la orilla occidental de Tebas. Horemheb se construyó una tumba de gran tamaño (KV 57) en el Valle de los Reyes. La decoración, en relieve pintado, quedó inacabada, mostrando las distintas fases del trabajo de los artistas. El fondo volvió a ser de un color azul oscuro, como en la tumba de Amenhotep III. Las figuras del rey se repiten, acompañadas por diferentes divinidades protectoras del más allá, y se incluyen escenas de *El libro de las puertas*. Dentro se conservaba el sarcófago de granito rosado, algunos restos humanos y una muy pequeña parte de su ajuar funerario.

No se tiene constancia de que Horemheb tuviera hijos. El sucesor al trono fue elegido, por tercera vez consecutiva, entre los generales del ejercito egipcio. Se llamaba Paramessu, más conocido como Ramsés I,

considerado el fundador de la XIX dinastía e iniciador de la denominada «época ramésida».

Durante la XVIII dinastía, que cubrió los siglos XV y XIV a. C., Egipto desarrolló una intensa actividad internacional, contactando e interactuando con otros pueblos del Próximo Oriente y África. Si bien el objetivo principal era el beneficio económico, la política exterior egipcia tuvo consecuencias de distinto carácter en el valle del Nilo. La cultura egipcia se expandió y caló fuera de sus fronteras, al tiempo que Egipto recibía la influencia de culturas foráneas, lo cual acabó reflejándose en la lengua, las artes plásticas, la religión y las costumbres egipcias. La sociedad faraónica, sobre todo los grupos más pudientes de los principales centros urbanos, alcanzó un elevado grado de complejidad y sofisticación que podría calificarse como «edad de oro».

Entre el año 1550 y 1500 a. C., Tebas pasó a ser la capital del reino y la de un extenso imperio, con vasallos a miles de kilómetros al norte y al sur que pagaban anualmente tributo al rey. A medida que progresan las investigaciones, las fuentes documentales, tanto arqueológicas como textuales, demuestran con mayor nitidez que el movimiento de población entre territorios muy distantes era mucho más constante e intenso de lo que cabría imaginar teniendo en cuenta los precarios medios de transporte empleados. Los desplazamientos se efectuaban bien a pie (utilizando asnos para el transporte de mercancías y formando caravanas que seguían rutas terrestres establecidas muchos años atrás), bien dejándose arrastrar por las corrientes de los ríos más caudalosos sobre pequeñas embarcaciones a remo o vela (o ambas a la vez), bien costeando el Mediterráneo oriental o el mar Rojo utilizando embarcaciones de mayor calado. El transporte de mercancías, sobre todo de artículos considerados de lujo o exóticos en los territorios de destino, derivó en influencias recíprocas de todo tipo y en todos los niveles sociales.

Aunque durante el Reino Antiguo y el Reino Medio las incursiones en territorios extranjeros fueron importantes desde un punto de vista económico y social —lo cual se reflejó tanto en las inscripciones reales y privadas como en las composiciones de ficción (véase la biografía de Harkhuf, de la VI dinastía, o *La historia de Sinuhé,* de la XII dinastía)—, en el Reino Nuevo la cotidianeidad del contacto con lo extranjero, el conocimiento de sus distintas personalidades, sus fisionomías, sus lenguas y sus modas tuvieron un impacto sin precedentes en la vida de los egipcios. Lo más interesante, lo más novedoso, siempre estaba relacionado con lo extranjero.

Los reyes, ahora más que antes, gustan de representarse a la entrada de los templos en plena acción punitiva contra un grupo de jefes extranjeros maniatados; al mismo tiempo que, en lugares de menor impacto público, muestran una relación con el extranjero más sutil y equilibrada, como vemos en la descripción de la expedición comercial de Hatshepsut

a Punt (grabada en una de las terrazas de su templo funerario) o el llamado «gabinete de curiosidades» de Tutmosis III (el cual decora una de las habitaciones de la parte trasera del templo Karnak). Las inscripciones de Amenhotep II, por su parte, están llenas de anécdotas que tienen lugar en territorio extranjero; mientras que Amenhotep III da publicidad a sus matrimonios con dos princesas de Mitani emitiendo decenas de escarabeos con la noticia y enviándolos incluso a los territorios más distantes de sus dominios.

Los altos cargos de la Administración pretenden ganar categoría y prestigio al presentarse en sus tumbas entrando en contacto con grupos de extranjeros, recaudando tributos, contabilizando y registrando las mercancías que aquéllos traen consigo a Egipto o actuando como intermediarios suyos durante una audiencia con el rey. En sus inscripciones mencionan su participación en las campañas reales por territorios extranjeros, no es coincidencia que la principal composición literaria de la época —conocida hoy como *El príncipe predestinado*— narre las aventuras de un noble egipcio en tierras del sur de Siria.

El basto territorio ahora bajo la autoridad del monarca egipcio obligó a ampliar la Administración real y la de los templos, ya que estos últimos eran también importantes centros de almacenamiento y redistribución de los productos y riquezas recaudados. El número de funcionarios aumentó muy considerablemente, al igual que su capacidad adquisitiva, lo que les permitió llevar una vida cada vez más lujosa y sofisticada, construirse tumbas más grandes y profusamente decoradas, depositar en ellas ajuares funerarios más suntuosos y encargar la talla de estatuas para depositarlas en los principales templos.

Las inscripciones de las tumbas privadas, por lo general utilizando un lenguaje muy cuidado, insisten en su lealtad y servicio al monarca, a la vez que en su piedad religiosa, tanto hacia los dioses del mundo de los vivos, principalmente Amón-Ra, como hacia los dioses de los muertos: Osiris, Anubis y la diosa de Occidente o la diosa Hathor. La unidad familiar seguía desempeñando un papel social y económico fundamental y los principales integrantes de la familia solían encontrar un hueco en las representaciones plásticas e inscripciones de las personalidades más pudientes de la época, el padre y la madre, por un lado, y los hijos e hijas, por otro.

Aunque muchos oficios y cargos administrativos tendían a ser hereditarios, y así lo deseaban quienes los ejercían, no siempre era ése el caso. Esta misma circunstancia es aplicable al cargo de monarca, quien, a pesar de presentarse a sí mismo como de ascendencia divina, acentuando cada vez más los aspectos divinos de su naturaleza, en muchos momentos aparenta ser más bien un *primus inter pares,* debiendo justificar o legitimar su posición demostrando ser un buen gobernante, un buen guerrero y un buen interlocutor con la divinidad.

La construcción del imperio produjo, además de un notable desarrollo de la Administración, un incremento de la clase militar y de su presencia e influencia en la sociedad. Hacer carrera en la milicia era la vía más rápida de enriquecerse y prosperar, pues el rey recompensaba a sus valientes soldados con oro, sirvientes y tierras. Al final de la XVIII dinastía serían los generales del ejército quienes ejercerían una mayor influencia sobre el monarca y los que estarían en mejor posición para ocupar el trono de Egipto cuando aquél no tuviera un claro sucesor.

Los textos didácticos que se empleaban en las escuelas de escribas años después —conocidos como *Misceláneas* por ser compendios de pasajes de diferentes géneros— animan a los principiantes a continuar su educación y no sentirse seducidos por el posible éxito de una carrera militar, señalándoles los numerosos peligros de la vida del soldado en campaña por tierras extranjeras. Al mismo tiempo, estos textos ensalzan la posición del escriba dentro de la sociedad, insistiendo en que son ellos quienes gozan de bienestar económico, respeto, comodidades e independencia. Saber leer y escribir convertía a los individuos casi automáticamente en miembros de la élite social, pues sólo alrededor del uno por ciento de la población poseía esta capacidad. Aunque la inmensa mayoría eran hombres, existen referencias a mujeres que sabían manejar la paleta de escriba.

Salvo excepciones, las mujeres no tuvieron un papel preponderante en la sociedad de la época. Bien es verdad que la reina madre aparece como una figura significativa en la ideología de la monarquía, que en algunos momentos la principal esposa del rey pudo desempeñar un papel relevante en la sucesión al trono y que ambas figuras podían ostentar títulos de prestigio como el de «esposa del dios», amén de poseer y administrar importantes propiedades y riquezas. Sin embargo, una mujer no era considerada apropiada para ejercer de rey del Alto y Bajo Egipto. El carácter excepcional del reinado de Hatshepsut y la *damnatio memoriae* que sufrió años después de su muerte confirman esta circunstancia. Del mismo modo, aunque las mujeres de las familias poderosas pudieron llegar a ejercer mayor o menor influencia en círculos privados o familiares, siempre aparecen en público a la sombra de sus respectivos maridos. Si bien gozaban de plenos derechos, incluyendo el de la propiedad, en general estaban relegadas a un segundo plano y no podían ocupar cargos en la Administración. En las inscripciones, la mujer aparece referida generalmente como «señora de la casa» y algunas de ellas ejercían determinados cargos en los templos, sobre todo como cantantes y músicos.

La novedad más sustancial entre las clases más bajas que vivieron durante la XVIII dinastía fue el importante incremento de población extranjera. Hombres, mujeres y niños de los territorios que rodeaban Egipto fueron llegando paulatinamente en gran número, unos, como inmigrantes «ilegales», evitando los controles fronterizos; otros, de forma

más «legal», como mercenarios, como cautivos de guerra o como parte del tributo pagado por algún vasallo. Unos engrosaron las filas del ejército que permitió al rey egipcio conquistar nuevas tierras y recaudar riquezas. Otros acabaron siendo dependientes de la administración de un templo y se ocuparon de los almacenes donde se guardaba el alimento y los productos más preciados, como el vino y el aceite, trabajaron en los talleres que fabricaban las telas más finas, labraron los campos de cultivo, atendieron al ganado o colaboraron en la ampliación de templos y en la decoración de las tumbas de los faraones.

La construcción del imperio no pudo llevarse acabo sin un significativo aumento de población que sirviera de mano de obra para atender las crecientes necesidades de cada sector social y económico. Los extranjeros que inmigraron a Egipto, unos voluntariamente y otros a la fuerza, contribuyeron de forma muy significativa al aumento de población y de mano de obra requerida, permitiendo así el auge político, económico, social y cultural de Egipto en los siglos XV al XIII a. C.

# CAPÍTULO VIII

# EL REINO NUEVO II: LA ÉPOCA RAMÉSIDA

José Lull García

## Aproximación a la historia de la Época Ramésida hasta Ramsés III

Tras el período de Amarna y la delicada sucesión de reinados posteriores, el último faraón de la XVIII dinastía, Horemheb, que había sido general del ejército desde el reinado de Akhenaton hasta el de Ay, encontrándose sin descendencia optó por elegir como sucesor a uno de sus más fieles compañeros de gobierno, Paramsés, igualmente miembro del estamento militar.

Paramsés había ido ganando peso en el organigrama político egipcio durante el reinado de Horemheb, pasando por diversos cargos de relieve, como el de «inspector de las caballerizas reales», «enviado real a los países extranjeros», «general», «inspector de las Bocas del Nilo», «visir» y «príncipe heredero». Debido a esta envidiable trayectoria y a su creciente prestigio e influencia, Paramsés eliminó el artículo demostrativo *Pa* de su nombre, pasando a ser conocido desde entonces como Ramsés, el primero de una larga serie de faraones que, con distinta fortuna, harían uso de tan distinguido apelativo.

La subida al trono de Ramsés I supuso la inauguración de la XIX dinastía, iniciándose con él una época dorada en la historia del antiguo Egipto, período que conocemos como *ramésida*. Durante el mismo, que abarca las XIX y XX dinastías y un total de cerca de 215 años, Egipto llegará a uno de los momentos álgidos de su civilización. Sin embargo, también iniciará, como veremos con los últimos ramésidas, un progresivo declive que llevará a la pérdida de sus protectorados en el extranjero, así como una crisis social, moral y económica.

Entre los 66 nombres que contiene la famosa lista de reyes que Seti (sucesor de su padre, Ramsés I) mandó grabar en su templo funerario de Abydos, no aparecen ni Hatshepsut ni los soberanos pertenecientes a la época de Amarna. Este nuevo ordenamiento de la historia, en el cual se eliminan aquellos reyes recientes considerados usurpadores o heréticos,

quizá explique el hecho de que durante el reinado de Seti I se conozca una era *wḥm mswt,* «repetición del nacimiento», igual que sucederá a finales del reinado de Ramsés XI tras la guerra civil acontecida en el Alto Egipto.

La política exterior de Seti I buscó en el Próximo Oriente su marco principal de operaciones. El prestigio e influencia egipcios en la región se habían deteriorado en buena medida durante la época de Amarna, por lo que, durante su reinado, Seti I intentó corregir esta situación. En su primer año, y tras recuperar los pozos de agua básicos para mantener operativos los caminos de Horus, las tropas del faraón se adentraron más allá de Tiro en los montes del Líbano. En su segunda campaña llegó hasta Qadesh, pacificando el país de Amurru. Seti también hará frente a los libios.

Tras la muerte de Seti I accede al trono su hijo Ramsés II, inaugurando una época de gran actividad tanto en el interior del país (reflejada en los numerosos monumentos legados) como en el exterior (donde la guerra y la diplomacia desempeñaron un papel preponderante). De sus sesenta y siete años de reinado, son los primeros los que concentraron la mayor parte de sus actividades bélicas en el exterior. En su segundo año como soberano de las Dos Tierras, Ramsés II derrotó a los *sherden,* a quienes sumó a las filas de su ejército. Sin embargo, la principal potencia adversaria de los egipcios era Hatti, el país de los hititas, a los que que se habían aliado varios príncipes y señores de la región. Por ello, en el año 4, Ramsés inició una campaña que, después de pasar por Tiro y Biblos, se adentró en el país de Amurru hasta hacer rendir al príncipe Benteshina, uno de los filohititas. Esta campaña sirvió de prólogo para la célebre campaña del año 5, durante la cual la ciudad de Qadesh se convirtió de nuevo en escenario de luchas por la hegemonía de la región. Aunque el resultado de la contienda fue incierto, y aunque los egipcios no tomaron la plaza y la frontera de influencia política hitito-egipcia quedó establecida en este punto, lo cierto es que Ramsés II supo sacar rédito político a este acontecimiento, convirtiéndolo en la hazaña más importante de su tiempo y haciéndolo representar en sus grandes monumentos de Abu Simbel, Rameseum, Karnak y Luxor, así como en varios relatos sobre papiro.

En los años siguientes Ramsés II penetrará en Moab y Edom, recorriendo ambas orillas del mar Muerto, y se adentrará hasta Damasco y Kumidi. En el año 8 de su reinado, Ramsés II enviará a su ejército hasta Tunip, al norte de Dapur, consiguiendo, de este modo, aislar la influencia de Qadesh, situada más al sur.

Un hecho sobresaliente del reinado de Ramsés II fue el tratado de paz firmado con Hattusil III, rey de los hititas. Este tratado, fechado en el año 21, hermanó a egipcios e hititas. De esta época se conserva un buen número de cartas que demuestran las buenas relaciones que se establecieron entre los antiguos enemigos y sus casas reales. En este marco de paz, Ramsés II tomó como esposas a dos princesas hititas, hacia el año 34 y 44,

respectivamente. Parece que incluso Hattusil III y el príncipe heredero hitita (futuro Tudhaliya III) llegaron a visitar Egipto.

Ramsés II vio morir a doce de sus herederos, por lo que finalmente sería Merenptah quien acabara ocupando el puesto de su padre. En sus diez años de reinado, Merenptah tuvo que realizar campañas contra Askelón, Gezer, Israel (es la primera vez que aparece mencionado en un documento egipcio) y Kush. En el año 5 varios Pueblos del Mar intentarán introducirse en Egipto, si bien serán derrotados. El que se hable de 9.000 prisioneros y cerca de 6.000 muertos enemigos da fe del peligro que supuso esta incursión, que volvería a repetirse durante el reinado de Ramsés III.

Tras Merenptah, Egipto se vió envuelto en una crisis interna, provocada porque Amenemes usurpó el trono de Seti II (hijo de Merenptah) al conseguir hacerse con el control del Alto Egipto. La crisis continuaría con Siptah, hijo de Seti II, que por su corta edad permanecerá a la sombra del poder durante la regencia de la reina Tausert, cuya relación con el canciller Bay nos hace recordar el episodio vivido dos siglos y medio antes entre Hatshepsut y Senenmut. Con ellos finalizó la XIX dinastía, cuyos momentos finales son un período que aún contiene numerosas cuestiones por resolver.

La XX dinastía dio comienzo cuando se hizo con el poder Setnakht, cuyo reinado apenas se extendió dos años. Su hijo, Ramsés III, es considerado como el último de los grandes faraones que dio a Egipto el Reino Nuevo.

Es de sobra conocido que Ramsés III intentó emular al gran Ramsés II; llegando incluso a llamar a sus hijos igual que los de Ramsés II y en el mismo orden. Sin embargo, el comienzo de su reinado fue muy complicado, pues en los años 5 y 11 tuvo que hacer frente a los libios y en el año 8 a una gran coalición de los Pueblos del Mar, que tantos estragos causó en Anatolia y el resto del Levante mediterráneo.

El reinado de Ramsés III finalizó tras un intento de regicidio llevado a cabo por la reina Tiy, cuyo fin no era otro que sentar a su hijo Pentaur en el trono de Egipto. En la trama estaban implicadas más de treinta personas, entre mujeres del harén real, mayordomos, coperos, militares, escribas, sacerdotes, etc.; pero el complot fue descubierto, sin que se pueda determinar que Ramsés III fuera finalmente asesinado. Todos los participantes fueron juzgados ante un tribunal de doce personas, cinco de las cuales se vieron a su vez implicadas en la trama tras haber mantenido ciertos contactos con algunas mujeres del harén.

### *Economía y sociedad*

La economía local egipcia se basaba en el trueque; en la mayoría de los casos eran transacciones comerciales bastante simples, pues la variedad de

productos a los que podía acceder el egipcio del mundo rural era muy limitada. Sólo en las ciudades estas transacciones podían ofrecer mayor complejidad, pues no todas las mercancías eran igual de sencillas de adquirir. Sabemos que muchos mercaderes, agentes comerciales o tratantes (*šwtj*) se encargaban de la distribución de los productos a lo largo de Egipto. Así, en el Papiro Lansing se dice que «los mercaderes bajan y suben el río, ocupados como el cobre[1], llevando los productos de una población a otra y proveyendo a quien no los tiene»[2]. Los comerciantes no siempre estaban relacionados con las instituciones religiosas, aunque sí en la mayoría de los casos. Otros trabajaban por cuenta de personas dedicadas al comercio.

A veces, las transacciones comerciales eran notariadas, como en el caso reflejado en los ostraca Bruselas 6311 y Gardiner 36. Varios documentos muestran, además, que aunque en teoría la propiedad de toda la tierra estaba en manos del faraón, lo cierto es que mucha estaba no sólo en manos de los templos, sino también en manos privadas; unos propietarios privados que tenían el derecho de administrar o realizar cualquier operación comercial con estas tierras, tal y como parece quedar documentado en algunos ejemplos. Así, en el ostracon Gardiner 165, de época de Ramsés II, se nos da a conocer cómo una mujer obtuvo un animal a cambio de un terreno de su propiedad. En otras ocasiones el trueque se completaba tras el paso de varios días, de modo que se daba crédito a una de las partes, generalmente ante testigos.

Sin embargo, dado que el trueque no se realizaba siempre en el acto, podían darse casos en los que una de las partes no cumplía, aprovechándose quizá también de una posición de mayor influencia o poder. Así, en el Ostracon Berlín 12630, de época de Ramsés III, leemos:

> «El escriba Amennakht, vuestro esposo, cogió un ataúd que era mío, diciendo que a cambio me entregaría un ternero; pero hasta el día de hoy no me lo ha dado. Se lo dije a Paakhet, quien me dijo: "dame una cama, y yo te traeré el ternero cuando haya crecido", y le dí la cama. Así que hoy no tengo ni el ataúd ni la cama. Si me das el ternero, envíalo, y si no hay ternero, envía la cama y el ataúd» (*Ostracon Berlín 12630*)[3].

Probablemente, el escriba Amennakht aprovechó su privelegiada posición para estafar al denunciante. Este tipo de riesgos solían correrse cuando el trueque no se producía al instante, aunque después podía llevarse el caso a los tribunales.

Otro ostracón (Chicago 12073) vuelve a mostrarnos lo complicado que podía ser en ocasiones recibir el pago acordado en el trueque, incluso con juicios de por medio. Así, en tiempos de Ramsés III, en su año 17 de reinado, el trabajador Menna, de Deir el-Medina (fig. 9.1) vendió una vasija de grasa al jefe de policía Mentmose a cambio de cebada. Sin embargo,



Figura 9.1. El poblado de Deir el-Medina.

aunque Menna ya lo había denunciado hasta en tres ocasiones, no había obtenido ninguna compensación. El ostracón nos recuerda, además, cómo en el año tercero de Ramsés IV, once años después, en un nuevo juicio el policía juró que si no le pagaba la vasija en un plazo de cincuenta y cinco días, debería ser castigado a recibir cien bastonazos y además pagarle el doble de lo acordado originalmente.

Aunque los egipcios del Reino Nuevo no habían desarrollado la moneda ni ningún objeto que se le pareciera, de algún modo se encontraban casi en el umbral del desarrollo de este tipo de economía monetaria; pues hacía tiempo que habían establecido un sistema de equivalencias que permitía a los comerciantes valorar el precio de las cosas más allá del trueque. Se puede decir que existía una ley de mercado.

La mayoría de los trueques más simples, los cotidianos, no necesitaba de un precio de referencia con tal de equilibrar el valor de las mercancias, pues eran productos del día a día y de los que los egipcios tenían buen conocimiento. Sin embargo, para los productos elaborados, como metales, tejidos, adornos, objetos de lujo o algunos tipos de materias primas menos comunes, el comerciante debía conocer su valor para poder realizar un trueque equiparable.

Ya en el Reino Antiguo se habla del *shati,* una unidad de valor, aunque no monetario. Cuando llegamos al Reino Nuevo, el siguiente paso de esta evolución fue dar una estimación económica a las cosas, generalmente en relación a la plata, pero también al oro. Cuando en algunos contextos se habla del *seniu* o *shati* se pasa a indicar una unidad económica de valor útil para todas las mercancias y no vinculada a ninguna en concreto. Según Černý[4], es posible incluso que llegara a existir una pieza plana y redondeada de metal (con un peso de una doceava parte de un *deben*[5], es decir, 7,6 gramos) que pudo haber indicado su peso

mediante una inscripción, por lo que podría considerarse prácticamente una moneda. No obstante, la arqueología demuestra que los egipcios no disponían en esta época de ningún objeto asimilable a una moneda, aunque ciertamente estaban en la mejor situación para poder dar un paso más y desarrollarla. El uso del *seniu* como patrón estándar de valor se circunscribe, en el estado actual de nuestro conocimiento, al período comprendido entre la XIX dinastía (Ostracón DeM 233, de época de Ramsés II) y el comienzo de la XX dinastía (Ostracón Berlín 1268, de época de Ramsés III).

En muchos textos vemos cómo se manejan al unísono los *seniu,* generalmente en plata, y los *deben,* generalmente en cobre. La relación entre la plata y el cobre en época de Ramsés II era de 1:100, pero, debido a la devaluación de este metal, ya antes del reinado de Ramsés III la relación había bajado a 1:60. En todo caso, según esto, un *seniu* equivalía a 5 *deben* de cobre, si bien hay ejemplos de los que se desprende también una equivalencia de 4 y 6 *deben* de cobre.

Otro patrón de valor manejado por los egipcios del período ramésida era el *hin*, empleado originalmente como medida de capacidad[6]. El *hin* de aceite equivalía a 1/6 de un *seniu*, es decir, aproximadamente a un *deben* de cobre. Para los cereales, como medida de capacidad podía emplearse el *khar*[7], cuya cuarta parte era el *oipe*. Tanto el *khar* como el *oipe* se emplearon también como medidas de valor y generalmente se relacionan con mercancias muy baratas, siendo su equivalencia usual respecto al *deben* de cobre de un *khar* por dos *deben*.

La mujer no tenía el más mínimo impedimento para participar en el comercio, tanto como vendedora o como compradora y, de hecho, son muchos los documentos epigráficos y murales en los que vemos a mujeres participando en algún tipo de actividad comercial. Un caso cotidiano de mujer comerciante nos lo proporciona el Papiro Cairo 65739, en el que una mujer compró una esclava siria valorada en 4 *deben* y 1 *kite*[8] de plata. Obviamente, esta mujer no entregó al comerciante los 373 gramos de plata a los que equivalía el valor que se había dado a la siria, sino que ofreció al mercader toda una serie de objetos (valorados individualmente respecto a la unidad del *deben* de plata) hasta sumar esos 4 *deben* y 1 *kite* de plata. La mujer entregó un chal fino valorado en 5 *kite* de plata, una sábana fina valorada en 3 1/3 *kite* de plata, una capa fina de 4 *kite* de plata y diez túnicas finas valoradas en 4 *kite* de plata, hasta completar la suma acordada.

Generalmente, sin embargo, las transacciones comerciales cotidianas en el Reino Nuevo, tal y como vemos en numerosísimos casos en Deir el-Medina, se realizaban tomando como modelo de valor el *deben* de cobre y no el *deben* de plata. En ostraca no son demasiados los ejemplos en *deben* de plata y ninguno aparece en *deben* de oro, sólo en papiros. En el Ostracón Turín 9753, fechado en un año 5, se nos informa sobre la compra de una cabeza de ganado, esta vez en *deben* de cobre:

> «Año 5, III *akhet* 20. Entrega del jefe de policía Nebsmen a Hay de una cabeza de ganado que vale 120 *deben*. A él [= a Nebsmen] se le entregó a cambio: dos tarros de grasa, que hacen 60 *deben;* 5 camisas-*mss* de tejido fino, que hacen 25 *deben;* un vestido de tela del Alto Egipto, que hace 20 *deben;* y una piel, que hace 15 *deben*. Total: 120 *deben* de cobre» (*Ostracón Turín 9753*)[9].

Es enormemente interesante tener información sobre este tipo de transacciones comerciales, porque nos sirven para conocer el precio de las cosas y, por tanto, el nivel de vida de los egipcios de la Época Ramésida. Para muchos objetos, en los que la elaboración artesanal desempeña un papel fundamental, no se puede valorar si el incremento de los precios se debe a la inflación o simplemente a su mejor acabado. Los precios que más validez tienen para este tipo de estudios, en la Época Ramésida, son los de los productos de primera necesidad, como los cereales, el aceite y las verduras. Así, durante la XIX dinastía y hasta mediados de la XX dinastía, el precio del trigo osciló entre 1 y 2 *deben* de cobre por *khar*. Es posible que esta variación tenga alguna relación con las fluctuaciones estacionales del precio; pues no debía ser el mismo el precio del cereal una vez se hubiera producido la cosecha, que antes de la próxima, cuando el abastecimiento ya había menguado sensiblemente. Durante la XIX dinastía el precio de la cebada permaneció más o menos estable alrededor de los 2 *deben* por *khar,* si bien durante la XX dinastía (como veremos más adelante), del mismo modo que ocurrió con el trigo, su precio sufrió mayores oscilaciones, disparándose hasta los ocho *deben* de cobre por *khar* durante el reinado de Ramsés VII.

En el caso del aceite, parece que los precios fueron bastante estables. Durante la XIX dinastía el aceite de sésamo costaba 1 *deben* por *hin,* aunque sufrió alguna pequeña fluctuación a finales de la misma y mediados de la siguiente, cuando también aumentó el precio de los cereales. En el caso de las verduras el precio fue bastante regular, incluso para las épocas de mayor oscilación de los otros productos mencionados, estabilizándose en torno al medio *deben* por fardo.

En líneas generales se puede decir que durante la XIX dinastía los precios de los productos de primera necesidad permanecieron estables, aunque es posible que a finales de este período hubiera oscilaciones; si bien las fuentes documentales no son suficientemente precisas como para determinarlo con claridad. En todo caso, sí es evidente que durante el reinado de Ramsés III algunos productos sufrieron una variación al alza en su precio. No obstante, siempre hay que tener en cuenta que estos precios proceden, en su inmensa mayoría, de Deir el-Medina, por lo que tampoco sabemos hasta qué punto la economía de este poblado puede ser extrapolable al del resto de la economía egipcia durante el período ramésida. De hecho, Deir el-Medina tiene un primer elemento diferenciador respecto a

cualquier otro ámbito rural egipcio, y es que, en líneas generales, los productos básicos llegaban allí en forma de paga, no por el trabajo directo de sus pobladores en el campo.

El salario (*ḥtrj*) de los hombres del equipo de la tumba en Deir el-Medina se pagaba en especie, y nunca fue referido con relación a ningún valor económico, como el *deben*. Parece que, esencialmente, tuvo un valor constante durante la XIX dinastía y XX. Sin embargo, a tenor de los documentos que se han conservado tampoco parece que la paga fuera regular; pues, de hecho, cambiaba de unos meses a otros por muy diversas circunstancias, sin que conozcamos, en muchos casos, los motivos concretos. La tabla 1[10], a continuación, nos muestra perfectamente, a través de diversos documentos fechados entre los reinados de Ramsés II y Ramsés III, que el despacho de las raciones de cereal o sueldo no era puntual, pues usualmente presentaba cierto retraso.

TABLA 1

| *Documento* | *Fecha* | *Distribución* | *Previsto para* |
|---|---|---|---|
| O. DeM 621 | Año 64 – Ramsés II | IV *peret* 20 | I *shemu* |
| O. DeM 177 | Año 1 – Amenmese? | II *peret* 13 | II *peret* |
| O. DeM 611 | Año 1 – Siptah? | III *shemu* 19 | I *peret* [*sic*] |
| O. DeM 345 | XX din. | IV *akhet* 10 (+X) | IV *akhet* |
| O. DeM 379 | XX din. | IV *peret* 25 | IV *peret* |
| O. DeM 386 | XX din. | III *peret* 6 | IV *peret* |
| O. DeM 32 | Año 25 – Ramsés III | IV *shemu* 21 | – |
| *Hier. Ostr.* 19 | Año 25 – Ramsés III | I *akhet* 10 | – |
| *Hier. Ostr.* 19 | Año 25 – Ramsés III | I *akhet* 19 | – |
| O. DeM 34 | Año 27 – Ramsés III | IV *peret* 13 | – |
| O. DeM 34 | Año 27 – Ramsés III | IV *peret* 23 | – |
| O. DeM 156 | Año 28 – Ramsés III | IV *shemu* 5 | – |
| *Turin Strike P.* | Año 29 – Ramsés III | II *peret* 12 | I *peret* |
| *Turin Strike P.* | Año 29 – Ramsés III | II *peret* 17 | II *peret* |
| O. DeM 159 | Año 31 – Ramsés III | I *peret* 6 | IV *akhet* |
| O.Michaelides 73 | Año 31 – Ramsés III | III *peret* 16 | III *peret* |
| O. DeM 153 | Año 31 – Ramsés III | I *shemu* 5 | IV *peret* |
| O. DeM 153 | Año 32 – Ramsés III | I *shemu* 27 | I *shemu* |
| O. DeM 38 | Año 32 – Ramsés III | II *shemu* 11 | I *shemu* [*sic*] |

En una carta mandada al visir Pesiur, del reinado de Ramsés II, se lee: «El *ḥtrj* de la necrópolis ha sido entregado, estando absolutamente completo, sin atrasos. Los controladores del exterior lo recibieron y lo llevaron a la necrópolis»[11]. Estas pagas en especie eran distribuidas desde la «casa del Tesoro del faraón», desde el granero y desde el almacén, tal y como nos recuerda el Ostracón Chicago 16991. Estos productos podían ser distribuidos por el «jefe de las provisiones reales del faraón en la ciudad de Tebas», un funcionario que probablemente pertenecía al Tesoro. Otros documentos nos indican que parte de los productos entregados a los trabajadores de Deir el-Medina podían proceder, también, de otras instituciones y personas.

Los capataces recibían mensualmente cada uno 5 ½ *khar* de trigo y 2 *khar* de cebada, un montante similar al de un «escriba del equipo», mientras que un trabajador recibía 4 *khar* de trigo y 1 ½ *khar* de cebada, suficiente para mantener una familia compuesta por diez personas. Por tanto, podían tener un superávit con el que comerciar para obtener otros productos. Un médico recibía 1 ¼ *khar* de cereal, una cifra muy baja, por lo que debemos entender que en realidad esto era un extra que se sumaba al sueldo de trabajador. Lo mismo se entiende para el caso del «guardián de la puerta», que recibía un sueldo de 1 ½ *khar* de cereal (más 5 ½ *khar* del sueldo de trabajador).

Uno de los grandes estudiosos de la economía ramésida, Janssen, consiguió reunir más de 1.250 precios de diversos artículos de la Época Ramésida, lo cual ha ayudado a valorar mejor la relación existente entre los salarios de los trabajadores y el coste de la vida. El salario mensual medio de un trabajador de Deir el-Medina, 5 ½ *khar* de cereal, podía equivaler a 7 *deben* de cobre aproximadamente[12]. Sabemos que en la Época Ramésida una navaja de afeitar podía costar entre 1 y 2 *deben* de cobre, unas sandalias o una bolsa de cuero entre 1/2 *deben* y 3 *deben,* un cofre entre 1/2 y 10 *deben,* una cabra u oveja entre 1 y 3 *deben,* dos troncos de madera de sicomoro 2 *deben,* un vestido normal entre 5 y 25 *deben* (es decir, entre casi un sueldo y más de tres sueldos), una mesa cerca de 15 *deben* y una cabeza de ganado entre 20 y 150 *deben* (es decir, hasta más de 21 sueldos).

En lo que a los trabajadores de Deir el-Medina se refiere, parece que en tiempos de Ramsés éstos encontraron un magnífico patrón en su soberano, tal y como deja entender la orden del visir Paser, transmitida por el alcalde Ramose:

> «El alcalde de Tebas oeste, Ramose, saluda a los capataces y al equipo entero (?), a los capataces Nebnefer y Qaha, con el equipo completo, como sigue:
>
> Mirad, el gobernador y visir, Paser, me ha enviado, diciendo: "permite que los pagos sean llevados a los trabajadores de la tumba real, las verduras,

> pescado, leña, jarras de cerveza (?), vituallas y leche. No dejes que parte de ello quede pendiente [...] No dejes que encuentre nada de su paga retenido como saldo. E incluso cuida tú de esto"» (*Ostracon Berlín 11238*)[13].

Un documento, elaborado por el «jefe del tesoro», Suty, nos da cuenta de la cantidad de comida que era proporcionada por el faraón a la comunidad de artesanos de Deir el-Medina:

> «El escriba real y jefe del tesoro, Suty, saluda al faraón:
>
> ¡Saludos! Esta carta es para informar a mi buen señor de sus prósperos asuntos en el Lugar de la Verdad, de su fuerza de trabajo, y sobre sus gastos anuales, a decir:
>
> Panes horneados en jarros: 31.270; panes-*kyllesti:* 22.763; judías: 250 sacos; otros cereales, surtido: 132 sacos; surtido de pescado: 32.700; [...] verdura fresca: 43.150 manojos; pescado-*tapy* de los depósitos (?): 50 sacos; carne en conserva: 60 lotes; [...] surtido de ganado: 33 animales; piezas de carne, ijada: 2(?)18; piezas de carne, lomo: 200; vísceras: 10 puñados...» (*Ostracon Berlín P. 12337*)[14].

Con las cantidades que acabamos de mencionar debía procurarse el sustento de una comunidad que, en época de Ramsés II, rondaba el medio centenar de trabajadores. Pero, con esto, no sólo se alimentaban dichos hombres, sino también sus familias. Con cincuenta trabajadores, la población de Deir el-Medina podía rondar en aquella época las 400 personas. No sabemos, sin embargo, si con estos ingresos se pagaba también a los trabajadores externos.

Como hemos visto en la tabla 1, lo usual es que los pagos tuvieran cierto retraso, de medio mes o un mes. Sin embargo, en ocasiones, la paga llegaba al poblado con un retraso muy superior, creando un gran malestar entre los trabajadores. En ocasiones, la situación de los trabajadores debió ser penosa, como indica el Ostracón Chicago 16991, consistente en una carta enviada por el escriba Neferhetep al visir a finales del reinado de Ramsés III:

> «Nosotros estamos totalmente empobrecidos. Todas las raciones para nosotros que son del tesoro, del granero, y del almacén, han sido agotadas. Pero así no es fácil arrastrar piedras [...]. Quiera nuestro señor permitirnos que nuestro medio de subsistencia nos sea proporcionado. Pues nosotros estamos a punto de morir, casi no llegaremos a sostenernos en vida, si no se nos da cualquier cosa» (*Ostracon Chicago 16991*)[15].

Esta situación desembocó en el año 29 de Ramsés III en la primera huelga de trabajadores documentada de la historia. Excelente información

sobre este acontecimiento nos lo proporciona el Papiro de la Huelga de Turín, del que vale la pena recuperar algunos fragmentos y leer directamente lo que vivieron aquellos egipcios:

> «Año 29, VI, 10 (?). Este día, traspasaron las cinco murallas de la necrópolis el equipo de trabajadores, diciendo: "Estamos hambrientos: 18 días han transcrurrido del mes". Y ellos se sentaron en la parte trasera del templo de Menkheperra. Vinieron, el escriba de la tumba secreta (?), los dos capataces, los dos ayudantes, y los dos oficiales-*uartu*. Los llamaron diciendo: "¡Venid!" Ellos profirieron grandes juramentos diciendo: "¡Venid vosotros (?)! ¡Nosotros tenemos un asunto con el faraón!" Pasaron el día en este lugar, pasaron la noche en la necrópolis.
>
> Año 29, VI, 11. Ellos pasaron otra vez y llegaron a la puerta de la frontera (?) sur del templo de Usermaatra Setepenra.
>
> Año 29, VI, 12. Alcanzaron el templo de Usermaatra Setepenra. Pasaron la noche en desorden (?) en su puerta. Entraron en su interior...
>
> El escriba de la estera Hednakht y los padres divinos de este templo vinieron (?) a escuchar su relato. Ellos les dijeron: "Es a causa del hambre y de la sed que estamos aquí. No hay ropa, ni ungüento, ni pescado, ni verduras. Contadle al faraón, nuestro buen señor, lo que ocurre aquí, y decidle al visir, nuestro superior, que el sustento debe ser proporcionado a nosotros". Y las raciones del quinto mes fueron despachadas para ellos en ese día» (*Papiro de la huelga de Turín*)[16].

La huelga fue la respuesta social del equipo de trabajadores contra su lamentable situación y se saldó con una victoria parcial, pues las raciones fueron satisfechas de inmediato. Sin embargo, los problemas se prolongaron durante más tiempo y los trabajadores tuvieron que realizar nuevas manifestaciones, de tal modo que el «alcalde de Tebas», el «sumo sacerdote de Amón» e incluso el «visir» tuvieron que intervenir para conseguir apaciguar las protestas de los trabajadores proporcionándoles las pagas de diversos modos. Este tipo de huelgas y protestas siguieron repitiéndose durante la XX dinastía.

El censo realizado por Ramsés III sobre las propiedades de los grandes templos egipcios, recogido en un documento del reinado de Ramsés IV, el Gran Papiro Harris, aporta interesantísima información de orden social y económico; junto al Papiro Wilbour de Ramsés V, son los dos documentos de orden económico más importantes de la Época Ramésida. Gracias a ellos sabemos que, a principios de la XX dinastía, la riqueza del templo de Amón era inmensa y se extendía por muchas provincias egipcias. Sin embargo, contamos con otros textos que, aunque más breves, también nos ofrecen muchos datos de interés. Un texto de época de Ramsés II, consistente en una carta enviada por el «inspector

de la casa del Tesoro», Panehesi, al «primer sacerdote de Amón» en Tebas, Hori, nos indica con precisión los trabajadores que el templo de Amón tenía a su disposición en el Delta:

> «El "escriba real" y "jefe del tesoro" [...] en la región del norte, Panehesi saluda al "sacerdote de Amón" en la ciudad del sur, Hori:
>
> ¡Saludos! Esta carta es para informarte del estado de los dominios de Amón que están aquí, en la región del norte, bajo mi autoridad [...], desde los extremos del Delta, en los tres brazos del Nilo, el gran río, el río del oeste y las aguas de Avaris.
>
> ... Por la presente en adelante la lista de ellos, todo hombre [con su mujer] y sus hijos [...]. Yo los he evaluado por sus impuestos [...] en el año 24, primer mes de la estación de akhet, día 21, bajo la majestad del rey [= Ramsés II]...
>
> Información sobre ellos para el sacerdote Hori, de cada hombre en relación a su ocupación (?) [...]. Cultivadores: 8.760 hombres, cada uno productor de 200 sacos de cebada. Vaqueros: [...] hombres, con ganado por vaqueros, teniendo a cargo cada hombre 500 animales. Pastores de cabras: 13.080 hombres [...]. Cuidadores de aves: 22.530 hombres, teniendo cada uno 34.230 aves. Pescadores: [...] su producción es evaluada en 3 deben de plata por año. Cuidadores de burros: 3920 hombres, teniendo cada uno 2(?)870 animales. Los pastores de mulas (?): 13.227 hombres, teniendo cada uno 551 animales...
>
> Ahora, he cogido hombres de entre ellos y les he hecho que construyan un gran granero para el campo de trabajo (?) de Menfis, el cual tiene 10 *aruras*. Yo he hecho depósitos para el grano en él, en sus cuatro lados, totalizando 160 depósitos. Yo he acumulado (?) los bienes correspondientes al tesoro, una abundacia de plata, oro, cobre, ropas» (*Carta de Panehesi a Hori*)[17].

Las cifras indicadas en esta carta del «jefe del Tesoro» son realmente elevadas; pues se refieren únicamente a la producción del Delta para el templo de Amón tebano. Si cada campesino producía anualmente de media 200 sacos de cebada, teniendo en cuenta que Panehesi indica la existencia de 8.760 campesinos, el número de sacos de cebada es de 1.752.000. Sin embargo, esta cifra, aun siendo alta, no representa más que la quinta parte de lo que Ramsés III procuró para su templo funerario y otros cuatro templos menores. Puesto que falta parte de la información, no podemos contabilizar cuántas cabezas de ganado poseía el templo en el Delta, aunque posiblemente tanto el ganado vacuno como las cabras podrían sumar un total de doce millones de animales. En cuanto a aves, las cifras superan los 77 millones. Finalmente, por el texto sabemos que disponían, además, de más de 7 millones de mulas y, posiblemente, más de 11 millones de burros.

Para la época de Ramsés III, el Gran Papiro Harris indica que el dominio del templo de Amón poseía casi 2.400 kilómetros cuadrados de

tierra cultivable, 421.362 cabezas de ganado, 433 fincas, 65 pueblos, 83 barcos, 46 centros de producción y 81.322 trabajadores. Sin duda era la gran unidad económica de Egipto, pues la segunda, el templo de Ra en Heliópolis, quedaba muy lejos: casi 450 kilómetros cuadrados de tierra cultivable, 45.544 cabezas de ganado, 64 fincas, 103 pueblos, 3 barcos y 5 talleres de producción, sumando un total de 12.693 trabajadores.

Los templos egipcios eran las casas de los dioses y éstos debían recibir numerosas ofrendas para alimentarse, vestirse, perfumarse, etc. Todos estos bienes procedían de los dominios del templo y de los centros de producción que el templo tenía distribuidos no sólo en sus inmediaciones geográficas, sino por todo Egipto. Las tierras del templo, incrementadas por continuas donaciones de la casa real, eran la base de su poder y su economía, por lo que los templos y sus dioses constituían, en definitiva, las grandes estructuras terratenientes del país. Durante el Reino Nuevo, dada la gran afluencia de prisioneros de guerra nubios, libios y asiáticos a Egipto, es evidente que buena parte de la mano de obra que explotaba estas tierras era esclava. Sin embargo, también hay que considerar una numerosa masa de mano de obra campesina y libre, egipcia, que trabajaba la tierra favorecida por un sistema de arrendamiento. El campesino vinculado a este sistema debía pagar al templo, dueño de la tierra, hasta un 30 por 100 de la producción obtenida.

El templo funerario de Ramsés II tenía más de ocho mil metros cuadrados de su superficie dedicada al almacenaje del cereal (fig. 9.2).



Figura 9.2. Vista de uno de los almacenes del Rameseum.

A los almacenes se accedía por el techo, por donde debían llenarse tras cada cosecha. Se ha calculado que, llenando estos almacenes hasta unos dos metros de altura, la capacidad total ascendería a más de 16,5 millones de litros, es decir, unos 226.000 *khar* de cereal. Considerando que una familia egipcia necesitaba 66 *khar* de cereal anualmente, obtenemos que los almacenes del templo funerario de Ramsés II habrían podido mantener 3.400 familias, es decir, unas 20.000 personas. Teniendo en cuenta que en Tebas había otros templos funerarios de importancia, como el de Ramsés III, la cantidad de cereal que podía llegar a almacenarse debía ser muy alta. Sin embargo, estos templos, rebosantes en época de abundancia, constituían los mejores seguros para las épocas de escasez.

Se ha conservado una serie de documentos que nos ayudan a calcular los suministros de pan que, durante el reinado de Seti I, necesitaba el palacio real en Menfis, suministro que quedaba bajo la responsabilidad del alcalde de la ciudad. El total asciende a 50.000 sacos anuales, menos de la cuarta parte de lo que podía almacenar el Rameseum, aunque teniendo en cuenta que el cereal indicado aquí se dedicaba únicamente a la producción de pan, y no de cerveza, para la que obviamente también debieron existir otros registros. Sin embargo, estas cantidades eran suficientes para mantener a varios miles de personas.

El pueblo egipcio, como en épocas anteriores, seguía basando su sustento alimenticio en la cerveza, que por sus características e ingredientes era mucho más nutritiva que la actual; el pan, del que se conocía una gran cantidad de formas y tipos; algunas hortalizas, cebollas, lentejas y pescado seco. Parece que la carne era un bien alimenticio más caro y, por tanto, inusual para la mayoría de la población. En la Biblia, recordando la hambruna pasada en el desierto durante el Éxodo, se hace referencia a algunos de estos productos cuando se dice:

> «¿Quién nos dará carne para comer?, ¡cómo nos acordamos del pescado que comíamos de balde en Egipto, y de los pepinos, melones, puerros, cebollas y ajos! En cambio, ahora tenemos el alma seca. No hay de nada. Nuestros ojos no ven más que el maná» (*Números 11, 4-5*).

No obstante, es evidente que no todos los egipcios de las clases sociales más bajas tenían las mismas facilidades para acceder a una dieta más variada. Los campesinos del medio rural, posiblemente, podían gozar de ciertas ventajas respecto a los habitantes con menos recursos de las poblaciones y ciudades de mayor tamaño, donde el acceso a más productos sólo sería posible con mayores recursos económicos.

Tras la expulsión de los hyksos, los egipcios continuarán con un programa de conquistas que les permitirá constituir un dominio asiático, nuevamente consolidado desde comienzos de la XIX dinastía. Inevitablemente, el imperio también tuvo consecuencias a nivel social, pues supuso, entre

otras cosas, la llegada a Egipto de un elevado número de extranjeros, ya fuera como botín de guerra o, en menor número, como consecuencia de las relaciones internacionales. Buena parte de estos extranjeros llegaron a Egipto en calidad de esclavos, lo cual pudo suponer una relativa mejora en las condiciones de vida de la población indígena.

Los esclavos o sirvientes (*ḥm*) podían ser comprados y vendidos e incluso podían alquilarse por espacios de tiempo a convenir entre las partes, tal y como queda patente en numerosos documentos. También había esclavos egipcios, pero todos tenían unos derechos legales reconocidos, de modo que sus señores, en principio, únicamente tenían derecho de compra-venta sobre ellos y, por supuesto, de definir el carácter del servicio que éstos debían procurar, pues tampoco todos estaban integrados en el campesinado, sino que participaban en tareas muy diversas.

Algunos textos nos informan del duro tratamiento que recibieron inicialmente muchos hombres y mujeres extranjeros convertidos en esclavos después de algún acontecimiento bélico. Así, en época de Ramsés III, el Papiro Harris nos indica cómo el faraón estableció a sus jefes en fortificaciones, marcados al fuego con el cartucho real, como esclavos, tanto ellos como sus mujeres e hijos (fig. 9.3).

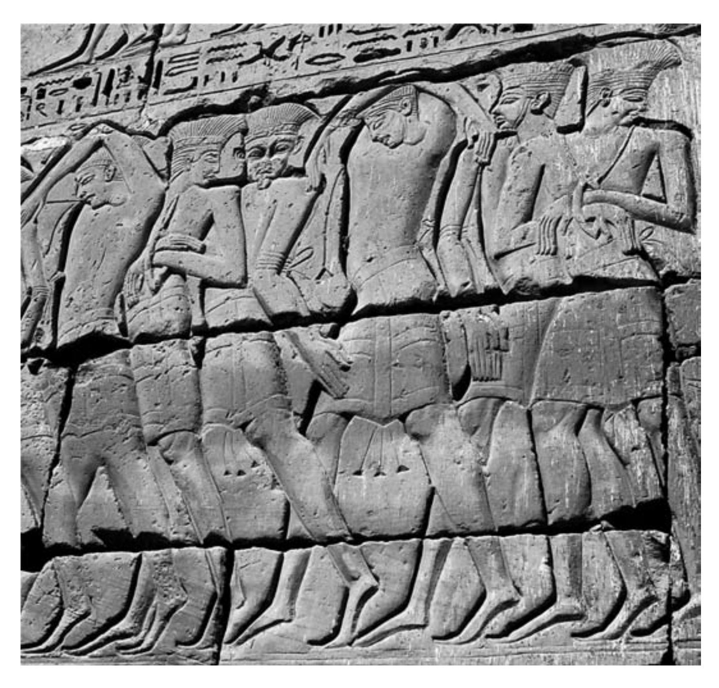


Figura 9.3. Soldados peleset capturados por Ramsés III.
Medinet Habu.

Durante buena parte de la Época Ramésida, coincidiendo con la época de prosperidad y apogeo del Imperio Egipcio, gracias a una buena y centralizada administración estatal, apenas van a aflorar hambrunas; todo lo contrario que cuando, ya en la XX dinastía, las condiciones cambien en gran medida y el engranaje administrativo deje de funcionar con eficiencia y pase a hacerlo con absoluta desidia y corrupción. De época de Ramsés II se conservan algunos documentos por los que parece deducirse que el faraón trató de beneficiar y mantener con buena predisposición a sus trabajadores. También este carácter protector y paternalista del faraón, en la cima del poder egipcio, se devaluará con posterioridad.

Del mismo modo, Ramsés II quiso aparecer como el benefactor de algunos de los grupos de trabajadores tradicionalmente vinculados a mayores calamidades, como eran los canteros y mineros que enviaban a lejanas minas de Nubia, Sinaí o los desiertos libio y arábigo. Así, la Estela de Kuban nos recuerda también la aparente preocupación que mostró el faraón por conseguir una mejora fundamental en las condiciones de vida de estos canteros, de las minas auríferas del Wadi Allaki, intentando proporcionarles un pozo de agua cercano para abastecerse y evitar las numerosas muertes que, en dichas expediciones, solían producirse. De hecho, la estela recuerda las infructuosas misiones que habían intentado hallar agua en un terreno tan inhóspito:

> «Cuando Su Majestad estaba en Menfis [...] sentado en el gran trono de electro, con la corona flanqueada por dos plumas, y enumeraba las regiones de donde provenía el oro, y trazaba planes para cavar pozos en un camino desprovisto de agua, después de haber oído decir que había mucho oro en la región de Akayta [...] y que de los que iban allí sólo volvía la mitad de los lavadores de oro, pues morían de sed en el camino...
>
> Allí se moría de sed y cada uno de los primeros reyes había deseado hacer perforar un pozo, pero sin éxito. También el rey Menmaatra [= Seti I] hizo la experiencia y, en su época, ordenó que se cavara un pozo de 120 codos, lo que fue en vano» (*Estela de Kuban*)[18].

Sin embargo, como faraón benefactor de carácter divino, garante de la justicia, el orden y la estabilidad del pueblo egipcio, siguiendo ese guión autopropagandístico que mantendrá durante todos sus años de reinado, Ramsés obra hazañas extraordinarias al conseguir para los suyos lo que otros faraones intentaron en vano:

> «Acaban de traer una carta del virrey del vil país de Kush, que dice: "El pozo está terminado; lo que Su Majestad dijo con su propia boca se ha realizado: el agua surgió a 12 codos [...] Nunca cosa semejante se había hecho desde la época del dios [...]". Su Majestad ordenó dar un nombre a ese pozo: el pozo de Ramsés Meriamon, fuerte en la victoria» (*Estela de Kuban*)[19].

Otro texto, procedente de la Estela Cairo 35.504, fechada en el año 8 de Ramsés II, nos recuerda también la preocupación del faraón por el bienestar de los trabajadores que embellecían con grandes monumentos de piedra la ciudad de Pi-Ramsés. Según este discurso, los trabajadores tienen asegurada su manutención e incluso los aceites perfumados con los que podían ungirse al final de la semana egipcia de diez días, cuando libraban:

> «¡Oh vosotros!, trabajadores elegidos, hombres valientes de destreza probada [...], artesanos de piedras valiosas, experimentados en el granito, familiarizados con la cuarcita [...], buenos compañeros, infatigables y atentos al trabajo todo el día, que ejecutáis vuestras tareas con energía y habilidad [...] Abundantes provisiones hay delante de vosotros [...] yo soy vuestro constante proveedor, los suministros asignados a vosotros son más pesados que el trabajo, en mi deseo de alimentaros y abrigaros. Conozco vuestro pesado y excelente trabajo, y ese trabajo es un placer con un estómago lleno. Los graneros rebosan de grano para vosotros [...] Yo he llenado los almacenes para vosotros con todo tipo de cosa: con pan, con carne, con pasteles, para sustentaros; sandalias, ropa, suficiente ungüento para ungiros vuestras cabezas cada diez días, vuestras prendas anualmente, para que vosotros perseveréis diariamente. Ninguno de vosotros necesita pasar la noche quejándose de la pobreza. He asignado a mucha gente para que os abastezcan: pescadores que os lleven pescados, otros en los jardines para proveer verduras (?), un ceramista para producir vasijas para enfriaros el agua en el caluroso verano...» (*Estela Cairo 35.504*)[20].

Dado que el estamento militar desempeñó un papel fundamental en el origen de la XIX dinastía, tampoco es extraño que éste se viera particularmente favorecido. Así parece reflejarse en el Poema de Pentaur, cuando Ramsés II, enfurecido por la actuación de sus hombres en la primera fase de la batalla de Qadesh, arremete contra ellos recordándoles lo defraudado que estaba después de haber hecho tanto por ellos:

> «¿Hay uno solo entre vosotros a quien yo no haya hecho el bien en mi país? Cuando yo me convertí en rey, ¿no erais vosotros humildes? ¿no he hecho de vosotros señores, por mi voluntad, día tras día? Yo puse al hijo al frente de los negocios de su padre y alejé todo mal de este país. Os concedí vuestros servidores y restituí lo que os habían quitado. A todo el que venía a presentarme una súplica, siempre le dije que sí. Ningún amo ha hecho por sus tropas lo que Mi Majestad ha hecho por vosotros. Os he permitido instalaros en vuestras ciudades, sin forzaros al servicio militar. Y lo mismo por lo que a mis carros se refiere: los he dejado volver a sus tierras diciéndome: volveré a encontrarlos, como hoy, el día que sea menester batirse» (*Poema de Pentaur*)[21].

El ejército del Reino Nuevo, compuesto en época de Ramsés II por cuatro divisiones permanentes que sumaban más de 20.000 hombres,

se había profesionalizado y se había constituido en una auténtica institución que evolucionó rápidamente a causa de dos factores. Por una parte, estaba el cada vez mayor porcentaje de mercenarios extranjeros que integraban sus filas y, por otra, las parcelas de terreno que regalaba a sus oficiales, convirtiéndoles en muchos casos en terratenientes de creciente influencia.

Según los textos del tipo conocido como *La sátira de los oficios,* que remontan sus orígenes al menos al Reino Medio, dentro de la sociedad egipcia el empleo más cómodo, próspero y mejor considerado era el de escriba. En el Reino Nuevo, sobre todo durante la XIX y la XX dinastías, encontramos textos que recuerdan las cualidades del trabajo del escriba en detrimento de otros, como el campesino, el soldado, el orfebre o el carpintero. Estos textos nos sirven, también, para obtener una imagen de la sociedad contemporánea, aunque sesgada por el punto de vista del escriba. Así queda reflejado en varios papiros, como el Sallier I, el Anastasi IV y el Anastasi V entre otros.

En el Papiro Anastasi V, de época de Seti II, podemos leer: «El escriba es el señor de todos. No hay impuesto que se exija a aquel que se dedica a la escritura y tampoco hay reclutamiento que le afecte»[22]. Del mismo modo, en el Papiro Lansing, de finales de la XX dinastía se dice: «Ponte como objetivo ser escriba, una profesión sin igual y que te conviene como ninguna. Cuando llames a uno responderán mil. Irás por los caminos sin obstáculos y no serás como el buey que todo el mundo maneja. Estarás por encima de los otros»[23].

### *Corrupción, robos y justicia*

En un país como el Egipto faraónico, donde el funcionariado era necesariamente abundante a fin de poder sostener toda una amplísima y jerarquizada red administrativa (organización, cuentas, censos, impuestos, etc.) de un territorio que contaba con varios millones de habitantes, la corrupción terminó por hacer acto de presencia y algunos de estos funcionarios buscaron sacar provecho de su influencia para su enriquecimiento personal. Tras la promulgación del decreto de Horemheb a finales de la XVIII dinastía, Egipto debió de reorganizarse mejor para evitar los casos de corrupción, que tanto daño terminarían haciendo cuando se generalizaron a finales de la XX dinastía. Durante los reinados de los poderosos Seti I y Ramsés II, que ocupan más de tres cuartas partes de la duración de la XIX dinastía, aparentemente existió un control más férreo sobre el funcionariado; no obstante lo cual también se produjeron algunos casos cuya existencia ha llegado hasta nosotros en papiros y ostraca.

Así, en tiempos de Ramsés II, en los largos años de tranquilidad que siguieron al tratado de paz con los hititas, encontramos textos que nos

informan de procesos llevados a cabo contra funcionarios corruptos. Alguno de éstos es muy interesante y viene a anunciar, sin duda, la creciente y extendida corrupción que afectará, al final de la Época Ramésida, a buena parte de la Administración egipcia, tanto civil como religiosa.

El escriba Hatiay denunció las continuas visitas que, sin permiso alguno, realizaba la mujer de un alto funcionario al almacén del faraón en la orilla occidental de Tebas; almacén encargado de abastecer a varios templos funerarios. Tras las primeras pesquisas se pudo comprobar que, efectivamente, aquélla extraía bienes del almacén de manera fraudulenta. Su marido, antiguo encargado del depósito, había sido elevado al rango de «inspector de los rebaños del norte del Delta»; pese a lo cual tanto su esposa como su hija seguían aprovechándose de su antiguo cargo para robar en el almacén:

> «Entonces empezó el proceso: "Danos la razón por la cual has abierto dos salas del almacén del dominio real, sin que fuera advertido el controlador". Entonces ella contestó: "Los lugares en los que entré estaban controlados por mi marido". Los jueces entonces le replicaron: "Tu marido estaba en el lugar para su administración. Ahora ya no tiene esa función, ha sido nombrado en otro puesto: la inspección del ganado en el norte del país. Has cometido un delito"» (*Ostracon Ashmolean 1945.37 + 1945.33 + O. Michaelides 90*)[24].

El hurto llevado a cabo por esta familia ascendía a grandes cantidades: 20.000 fardos de cereal, 1.200 sacos de sal, 1.300 trozos de cobre, 30 carros con todo su equipo completo, 424 vestidos de lino, 440 sandalias de cuero, 30 toros, 10 cabras, 30 ocas, jarras de vino, etc. A pesar de esta grave acusación, el inculpado se defendió de las evidentes acusaciones jurando que si algo de lo indicado se hallaba en su almacén, él pagaría el doble, pasando a inculpar, a su vez, a los encargados del faraón. Sin embargo, dado que el ostracon donde fue hallado el relato de este juicio no contiene el juicio completo, no sabemos cómo acabó el mismo y qué sentencia tuvieron que soportar los acusados.

Muchas veces, sin embargo, el fraude o abuso se producía cuando se desviaba a otros fines a trabajadores destinados a un templo o cualquier otra institución. Por ejemplo, los oficiales del ejército podían excederse en sus prerrogativas y funciones, creando malestar entre los terratenientes u otros funcionarios que podían ver disminuida la mano de obra a su disposición al sufrir reclutamientos. Un caso de este tipo parece que le sucedió al escriba real Iuny, de la época de Ramsés II. Iuny protestó enérgicamente contra los mandos militares, hasta el punto de que al final consiguió que un «comandante» y «portaestandarte» llamado Mai-Sutekh enviara una carta para advertir sin paliativos a los oficiales de las guarniciones que habían ocasionado el malestar de Iuny:

> «He escuchado que estáis interfiriendo al personal del dios en la Isla-de-Amón que está bajo la autoridad del escriba real, Iuny. ¿Qué significa que hagáis tal cosa? Por Amón y el soberano, si yo escucho que volvéis a interferir otra vez al personal del dios que hay en vuestros distritos, ¡os causaré verdaderos problemas! ¡Los grandes del faraón me están causando verdaderos problemas a mí!
>
> De este modo, vosotros debéis realizar vuestras obligaciones apropiadamente. No descuidéis esta carta que yo he puesto en vuestras manos. Y por todo lo que respecta a esta carta, ¡no la desantendáis! [...] Cuando esta misiva os alcance, ¡vosotros no deberíais permitir que no se trabajara para el dios para permanecer dormidos, pues vosotros seríais encarcelados! ¡Así que tomad buena nota de ello!» (*Carta de Mai-Sutekh*)[25].

En Deir el-Medina conocemos numerosos casos de capataces que usaron a los obreros del equipo de la tumba para trabajar en asuntos propios. Evidentemente, el uso particular de los trabajadores y sus herramientas, pagados ambos por las arcas del faraón, no debía ser legal, si bien no siempre estuvo penalizado. Así, en el Ostracón BM 5634, uno de los textos administrativos más extensos encontrados en Deir el-Medina, aparece un interesante listado de trabajadores del equipo en relación con su capataz, a un día concreto de trabajo y a la razón por la que no fue a trabajar. Entre las razones por las que los obreros faltaron a su tarea podemos encontrar excusas muy variadas: por estar bebiendo con otro, porque su hija o su esposa estuviera menstruando, porque estuviera realizando ofrendas al dios, por estar vertiendo agua a su padre, por estar enfermo, por estar construyendo su casa, por estar haciendo una libación, por estar haciendo cerveza, por tener una lesión ocular, por estar amortajando a un compañero difunto, a causa de una picadura de escorpión, por estar de luto, etc.; pero también por otras razones que llaman más la atención si cabe: por estar cargando piedras para el «escriba», por estar realizando un remedio para la mujer del «escriba» o por estar con el «escriba» o con el «capataz». Evidentemente, estos últimos casos se refieren a un uso particular de los trabajadores. El escriba al que se refiere este Ostracon es Qenherkhepeshef, de quien en el Ostracón DM 389 se recuerda que, en la calurosa hora del mediodía, llevó a un grupo de hombres a coger piedras de la cima de la montaña.

En ocasiones, los casos resueltos en los tribunales tenían su origen en litigios cotidianos, aparentemente sin excesiva importancia, pero que podían acabar con la pena capital. Un ejemplo lo encontramos en el Ostracon Nash 1 (BM 65930), fechado en el año 6 del faraón Seti II. Después del episodio de guerra civil vivida en el Alto Egipto entre el usurpador Amenmese y Seti II, un trabajador de Deir el-Medina llamado Nebnefer escondió una herramienta de trabajo en su casa. Sin embargo, la herramienta fue robada y, aunque él fue preguntando por el pueblo,

nadie le supo dar razón de la misma, hasta pasados unos días, cuando una vecina le informó de que la ladrona había sido Heria. Ante el tribunal, una vez formulada la acusación por parte de Nebnefer, Heria negó los cargos, incluso realizando el gran juramento.

Dado que el caso se había producido en Deir el-Medina, el litigio podría haberse resuelto en la *qenbet* o tribunal del propio pueblo; pues ésa era la costumbre al no tratarse de un «gran crimen de muerte». De hecho, según indica el ostracón, como miembros del tribunal formaron parte los «capataces» Paneb y Hay, los «escribas» Pashedu, Paser y Pentaur, el «jefe de policía» Mentmose, el «vigilante» Ipuy y el resto del «equipo». Este tribunal generalmente trataba faltas menores y, por tanto, imponía sentencias ligeras consistentes en la reprimenda del culpable o en la devolución de lo robado con una multa del doble de su valor, mientras que como castigo corporal podía establecer entre 100 y 200 bastonazos. En casos más graves, el tribunal local podía imponer penas consistentes en cinco heridas abiertas o diez marcas al hierro para deshonra permanente y visible del sentenciado.

Así que, en principio, por el robo de una herramienta a Heria no le hubiera caído una pena fuerte. Sin embargo, tras un buen rato de interrogatorio, Heria salió con el escriba Pashedu hacia su casa, donde no sólo fue hallada la herramienta sino también una vasija ritual perteneciente al dios Amón. El caso se complicó sobremanera para esta mujer, pues más allá de haber robado una simple herramienta de un vecino, ahora se veía implicada en el robo de un objeto sagrado, y esto estaba castigado muy duramente. El tribunal dictaminó sentencia y Heria fue condenada a muerte, pero dada la magnitud de la sentencia, el caso tuvo que aplazarse hasta la llegada del «visir»; pues era el único que, en nombre del faraón, podía hacer cumplir ese tipo de sentencias capitales.

Uno de los casos más turbulentos acaecidos en Deir el-Medina, no sólo de uso indebido de mano de obra y enseres, sino también de convivencia vecinal, ocurrió en los delicados tiempos de Seti II, Amenemes y Siptah, a finales de la XIX dinastía. El relato de esta curiosa historia lo encontramos en el Papiro Salt 124 (BM 10055). El texto, que no tiene desperdicio, queda conformado principalmente por una larga serie de acusaciones efectuadas por Amennakht contra Paneb; el mismo Paneb que en el ya mencionado Ostracón Nash 1 aparece como uno de los principales miembros del tribunal que sentenció a muerte a Heria.

Al morir el padre de Amennakht, el «capataz» Nebnefer, su cargo fue heredado por su hermano mayor, Nebhetep, el cual fue asesinado después por «el enemigo». Como primera acusación, Amennakht señala que, aunque el cargo debería de haber recaído en él, Paneb consiguió que lo nombraran a él sobornando al «visir» Paraemheb al regalarle cinco sirvientes, que además habían pertenecido a Nebhetep.

Paneb también fue acusado de haber robado algunas cosas de la tumba de Seti II tras haberse realizado el enterramiento del rey, adoptando en su fechoría actitudes del todo sorprendentes: «Él [= Paneb] robó sus vinos y se sentó sobre el sarcófago del faraón, incluso aunque él estaba enterrado en él»[26]. A continuación se le achacó haber estado dentro de tres tumbas y de haber pagado el silencio del escriba Qenherkhepeshef dándole algo. Por si esto fuera poco, también fue acusado de violación: «... au, con su vestido, y la lanzó contra la parte más alta del muro y él la violó»[27], así como de haberse acostado con varias mujeres casadas:

> «"Paneb se acostó con la ciudadana Tuy, mientras ella era la esposa del trabajador del equipo Qenna; se acostó con la ciudadana Huner, mientras ella estaba casada con Pendua; se acostó con la ciudadana Hunero mientras ella estaba casada con Hesysunebef". Así dijo su hijo. Ahora, cuando él se había acostado con Huner, luego él también se acostó con su hija Ubekhet, y su hijo Aapehti también se acostó con Ubekhet» (*Papiro Salt 124*)[28].

Si la violación había sido violenta podía ser penada con la emasculación del individuo o, si había sido «consentida», con cien bastonazos. De igual modo, la mujer acusada de adúltera podía ser fuertemente castigada, con la mutilación de nariz y orejas. En todo caso, las penas eran lo suficientemente duras como para que en el Papiro Harris se llegara a decir que en Egipto una mujer podía ir a cualquier lugar sin ser molestada.

Paneb fue, asimismo, acusado de emplear a los trabajadores para construir su propia tumba y de atacar al «capataz» Neferhetep, las puertas de cuya casa partió con una piedra cuando aquél se refugió tras ellas, logrando salvarse gracias únicamente a la protección de algunos trabajadores. Esa noche nueve de ellos resultaron golpeados por Paneb. Una situación realmente extraña, pero comprensible en la coyuntura histórica, se produjo cuando, en buena lógica, el capataz Neferhetep denunció al «visir» la conducta de Paneb:

> «El "capataz" Neferhetep informó al visir Amenmes y él le castigó [= a Paneb]. Pero luego, él [= Paneb] informó sobre la actuación del "visir" a Mesy y él lo cesó como visir, diciendo: "¡Él me ha pegado!"» (*Papiro Salt 124*)[29].

Tras el veredicto del «visir» Amenmes, Neferhetep consiguió que Paneb se llevara un buen número de bastonazos como pena por su violenta actuación. Pero, de manera totalmente inaudita, el trabajador Paneb acusó al mismísimo «visir» ante un tal Mesy y este último depuso al primero de su cargo. Mesy es, sin duda, la abreviatura de Amenmese, el

faraón que usurpó temporalmente el poder de Seti II en el Alto Egipto. Probablemente, estos hechos, por suerte para Paneb, se produjeron cuando Amenmese aprovechaba cualquier justificación para destituir a funcionarios leales a Seti II, como pudo haber sido el caso del «visir». Así se comprende mejor que, después de la muerte violenta de Neferhetep y a pesar de todo su historial, Paneb consiguiera el cargo de «capataz» en lugar de Amennakht.

En todo caso, las acusaciones contra Paneb no acabaron ahí; pues éste también amenazó de muerte al «capataz» Hay, saqueó la tumba del trabajador Nakhtmin, golpeó a muchos trabajadores tras una fiesta nocturna, lanzó ladrillos contra la gente desde lo alto de los muros del pueblo, robó cosas de la tumba de Henutmira (hija de Seti I) y asesinó a varias personas. Con este amplio repertorio de delitos, Paneb no podría superar indemne ningún juicio, así que la pena impuesta a comienzos del reinado de Siptah o Setnakht debió de ser la muerte.

El uso fraudulento de sirvientes o mano de obra perteneciente a un templo u otra institución para otro fin era un delito que sin duda debió de repetirse en numerosas ocasiones; de modo que decretos como el de Nauri, promulgado durante el reinado de Seti I, ejemplifican bien, mediante su listado de delitos y penas asociadas, qué tipos de problemas podían surgir ante situaciones similares.

El Decreto de Nauri, hallado a 35 kilómetros al norte de la tercera catarata e inscrito en una roca de grandes dimensiones, lleva la fecha del año 4 del faraón Seti I. El decreto enumera un conjunto de leyes y normas referidas al templo del faraón en Abydos, a pesar de lo cual fue expuesto también en este lugar tan lejano. Las primeras treinta líneas del decreto nos dan a conocer las enormes riquezas que Seti I había otorgado al templo, tanto en bienes materiales: «los tesoros están llenos de riquezas: plata, oro en una colección sobre el suelo, lino real y vestimentas en gran cantidad, millones de aceite de moringa, incienso, vino, miel, sin límite al contar su cantidad»[30], como en recursos humanos: «los esclavos eran los hijos de los grandes que él trajo de la tierra de Retenu»[31]. Tras este preámbulo, sigue el decreto propiamente dicho:

> «Ha sido realizado un decreto sobre los servicios de sus siervos a lo largo de los distritos del Alto y del Bajo Egipto. Toda su gente está protegida como las ocas en las orillas de su deseo, estando todas sus ocupaciones dedicadas a su *ka* sobre el gran nomo que él ama; ellos no deben ser ordenados por otros y no debe haber ninguna interferencia sobre ellos, de hijo a hijo, establecidos en sus ocupaciones hasta el final de los límites de la eternidad» (*Decreto de Nauri*)[32].

La principal preocupación expresada en el decreto no es sino el uso indebido de la fuerza de trabajo o los bienes del templo de Seti. Puesto

que en buena parte de los casos, y por razones obvias, ese uso indebido sólo podía ser llevado a cabo por funcionarios de alto rango, el decreto fue dado a conocer a los grandes del país en el palacio real:

> «Decreto anunciado en la majestad del palacio, en este día al “visir” (*ṯ3tj*), los “cortesanos” (*srw*), los “amigos” (*smrw*), los “magistrados” (*ḳnbt sḏmjw*), el “virrey de Kush” (*s3 nsw n Kš*), los “jefes de tropa” (*ḥrj pḏt*), los “inspectores del oro” (*jmjw-r3 nbw*), los “nomarcas” (*ḥ3tjw-ʕ*), los “comandantes de asentamiento” (*ṯsw wḥyt*) del Alto y del Bajo Egipto, los “conductores de carro” (*kḏnw*), los “jefes del ganado” (*ḥrjw jḥw*), los “portaestandartes” (*ṯ3w sryt*) y todo “agente” (*rwḏ*) del palacio del rey y toda persona que sea enviada a Kush» (*Decreto de Nauri*)[33].

Muchas de las leyes protectoras del Decreto de Nauri van dirigidas precisamente contra la intromisión de estos grandes cortesanos, militares y funcionarios a quienes se les dio a conocer el contenido del decreto. Por otra parte, dado que al templo de Seti I en Abydos se le habían asociado gentes y tierras nubias, en el decreto se menciona específicamente a algunos de los funcionarios de esta región para hacerles saber que, caso de infringirla, se les aplicaría la ley:

> «En cuanto a cualquier “virrey de Kush”, a cualquier “jefe de tropa”, a cualquier “nomarca”, a cualquier “agente” o a cualquier persona que tome a alguna persona del templo de Menmaatra, contento en Abydos, por requisamiento, de distrito a distrito, o por arrendamiento, o como fuerza de trabajo para arar, o como fuerza de trabajo para cosechar, e igualmente a aquél que cogiera a cualquier mujer o persona del templo de Menmaatra, contento en Abydos, e igualmente a sus sirvientes por requisamiento, para realizar algún asunto en todo el país, e igualmente a cualquier conductor de carros, cualquier “jefe de ganado”, y cualquier persona del palacio del faraón enviada en cualquier asunto del faraón, que tomara a cualquier persona del templo de Menmaatra, contento en Abydos, de distrito a distrito, por arrendamiento, como trabajo forzado para arar, como trabajo forzado para cosechar, e igualmente, para realizar cualquier asunto:
>
> Un castigo debe llevarse contra él golpeándole con 200 bastonazos y haciéndole 5 heridas abiertas, además de hacer el trabajo de la persona del templo de Menmaatra, contento en Abydos, por todos los días que aquella persona sustraída hubiera pasado con él, siendo dado al templo de Menmaatra» (*Decreto de Nauri*)[34].

Las penas son severas, sobre todo en cuanto al tratamiento físico de la persona infractora se refiere; pues ésta recibe un gran número de bastonazos y cinco heridas abiertas que debían ocasionar terribles dolores o la misma muerte por infección. Pero además constan de una parte de

«trabajo social», consistente en realizar la misma tarea que realizaba la persona a la cual alejó ilegalmente de su puesto de trabajo, por el mismo número de días que aquella hubiera estado fuera de su puesto.

El decreto también contiene leyes contra otro tipo de irregularidades que se pudieran producir contra la propiedad del templo de Abydos. Por ejemplo, contra la expropiación indebida de sus terrenos. En ese caso, cualquier funcionario que se viera involucrado en este delito sufriría la mutilación de su nariz y sus orejas y sería rebajado de su rango para convertirse en un sencillo campesino. Igualmente, cualquiera que fuera declarado culpable del robo de algún animal perteneciente al templo no sólo sufriría la pena mencionada anteriormente, sino que también vería cómo su mujer y sus hijos se convertían en siervos del «mayordomo (*jmj-r3 pr*) del templo». Además, si el robo de dichos animales o su uso comercial fraudulento fuera llevado a cabo por los encargados de éstos en el templo de Abydos, impidiendo así su sacrificio en honor de Osiris, la pena sería la capital mediante empalamiento, pasando al mismo tiempo la familia del reo a ser una pertenencia del templo y siendo obligada a devolver cien animales por cada uno que hubiera sido robado.

En algunos casos, estas penas son sensiblemente superiores a otras igualmente tipificadas en diversos lugares de Egipto, sobre todo cuando nos referimos al hecho de multiplicar por cien el objeto robado; pues normalmente al ladrón se le exigía que restituyera sólo el doble o el triple. Probablemente, la dureza de estas penas tenía como fin acabar de raíz con una práctica (el uso fraudulento de mano de obra o propiedades) que en absoluto era esporádica.

También conocemos interesantes casos, litigios de menor transcendencia, ocurridos principalmente en el seno del pueblo de artesanos de Deir el-Medina, cuyos textos resultan siempre tan jugosos en información para el investigador; pues nos ayudan a comprender mejor la vida cotidiana de estas personas, su sociedad y los problemas que surgían durante la convivencia.

Podemos volver a recordar el caso mencionado en el Papiro Cairo 65739. La dama Irynefret, casada desde hacía unos seis años con el funcionario del distrito Simut, estableció contacto con el mercader Raia, que le ofreció una jovencita esclava de origen sirio. Después de discutir sobre el valor de la joven siria, Raia e Irynefret acordaron un precio. Para poder pagar esa suma, Irynefret recogió productos que ella misma había elaborado y el resto del pago lo realizó entregando al mercader varios cacharros de cobre y bronce, así como cerámica de cocina. El problema surgió cuando la dama Bakmut, una de las vecinas de Irynefret, protestó, señalando que Irynefret había podido realizar el pago de la esclava siria (ahora llamada Gemniheramenti «la compré en el oeste»), gracias a algunas pertenencias suyas, con lo que pasaba a reclamar el uso parcial

de la esclava. Ambas mujeres fueron irremediablemente a juicio e Irynefret se defendió indicando que no había recibido absolutamente nada de Bakmut. Tanto es así que juró ante el tribunal que si algún testigo confirmaba que ella hubiera comprado la esclava gracias a la ayuda de Bakmut, no sólo debería recibir cien bastonazos, sino que además perdería el derecho a tener la esclava. Así las cosas, el soldado Nakhy, marido de Bakmut buscó testigos que apoyaran a su esposa y cada uno declaró ante los magistrados. Desgraciadamente, el papiro que nos relata este suceso está fragmentado y desconocemos cómo terminó el pleito.

Algunos casos llevados a los tribunales son dignos de mención, tanto por su mayor complejidad como por el larguísimo lapso de tiempo transcurrido entre el primer y el último juicio referentes al problema que había que dirimir. Uno de estos casos tuvo su final en el reinado de Ramsés II, aunque el inicio de la historia se remonta a tiempos del rey Ahmosis, a comienzos de la XVIII dinastía, más de trescientos años antes. En aquel tiempo, tras la victoria contra los hyksos, Ahmosis recompensó a muchos de sus más valiosos y valerosos súbditos con tierras. Uno de estos beneficiados fue el «almirante» Neshi, a quien se otorgó una finca cercana a Menfis. El primer juicio tuvo lugar durante el reinado de Horemheb, pues, aunque la finca era un mayorazgo indivisible, cada vez había más descendientes que creían poder reclamar una parte de sus beneficios. En este primer juicio la resolución fue que la dama Wernuro se convirtiera en la administradora única de la finca. Sin embargo, descontenta, su hermana Takhuru volvió a los tribunales en busca de algún beneficio y esta vez los magistrados decidieron que cada una de ellas recibiera una parte de los beneficios producidos por la finca. Entonces le tocó el turno a Wernuro y su hijo, el «escriba» Huy, de pasar a la acción y reabrir el caso hasta conseguir el reconocimiento de la finca de Neshi como una parcela indivisible de la que Huy era ahora el heredero legítimo.

A Huy le sobrevivieron su viuda, la dama Nubnefret, y un niño pequeño llamado Mose. Esta situación fue aprovechada por una nueva generación de demandantes, que gracias a los oscuros servicios del agente Khay consiguieron expulsar de ellas a los propietarios de las tierras de Neshi. Ello derivó en un cuarto juicio, celebrado en Heliópolis hacia el año 18 de Ramsés II, en el cual Nubnefret quiso demostrar mediante documentos que ella era la legítima heredera de la finca de Neshi. Los documentos fueron solicitados a la «casa del Tesoro» y a la «oficina del granero del faraón», en Pi-Ramsés. El funcionario encargado de llevarlos al tribunal fue acompañado por Khay y, a lo que parece, entre ambos pactaron un fraude y falsificaron la documentación que iban a presentar. Cuando el visir preguntó a Nubnefret dónde figuraba su heredero entre los citados en esos documentos, ella tuvo que admitir que no aparecía en la lista, por lo que el juicio finalizó reconociendo el tribunal la división de la finca de

Neshi entre los diversos familiares que deseaban repartirse la propiedad para hacerse con un pedazo de la finca.

Pasados los años, Mose se convirtió en «escriba de la casa del Tesoro» del templo menfita de Ptah. Fue entonces cuando, con el fin de recuperar los derechos perdidos que le correspondían, presentó ante el «gran tribunal de justicia» una querella contra Khay y la resolución anterior. Este quinto juicio comenzó cerca de un siglo después del primero. Durante el mismo, diversos testigos afirmaron que Mose era hijo de Huy y de Wernuro, descendiente directa del almirante Neshi; pero, lo que es más, apoyándose en viejos documentos, Mose pudo demostrar el fraude de Khay. Y así, finalmente, tras un siglo de disputas el «visir» reconoció la propiedad de la finca de Neshi a su descendiente directo, Mose, quien decoró su tumba menfita con relieves que recuerdan este feliz desenlace.

La corrupción y el soborno van siempre de la mano, por lo que los decretos reales, como el de Horemheb a finales de la XVIII dinastía o algunos decretos específicos de templos, como el comentado de Seti I en Nauri, intentaban advertir de las duras penas establecidas con el fin de frenar esa situación. En tiempos de Seti II, a finales de la XIX dinastía, volvió a promulgarse un decreto real destinado a luchar contra el soborno y la corrupción. En este decreto se indica que ningún sacerdote debe aceptar compensación (soborno) alguna en el cumplimiento de sus deberes, bajo pena de quedar desprovisto de su cargo y rebajado al estado de campesino.

Estas medidas, lejos de acabar con el problemas, no hacen sino anunciar el creciente grado de corrupción que aparecerá a finales de la Época Ramésida y sin duda favoreció el colapso de la propia dinastía.

## El final de la Época Ramésida, desde el reinado de Ramsés IV

### *Aproximación histórica*

Según el Papiro Harris I, tras la muerte de Ramsés III el legítimo heredero al trono fue Ramsés IV Heqamaat Meriamon. A pesar de su corto reinado de siete años, Ramsés IV tuvo una notable actividad constructiva. Para poder realizar estas obras tuvo que explotar diversas canteras y con este fin envió hasta cuatro expediciones al Wadi Hammamat. La gran expedición del año tercero sumó un total de 8.368 hombres. Al mismo tiempo, el faraón ordenó duplicar el número de trabajadores de Deir el-Medina, que se amplió de 60 a 120. No se tiene constancia de actividades militares egipcias fuera de Egipto.

Ramsés V Amonherkhepeshef I Meriamon, parece haber sido hijo de Ramsés IV y su esposa Duattentipat. La fecha más alta que se le conoce

es su cuarto año de reinado y se tiene constancia de él en el Sinaí. También está documentado en Timna, siendo el último faraón que tuvo relación con ese lugar. En Nubia sólo aparece mencionado en Buhen.

En cambio, Ramsés VI Amonherkhepeshef II Netjerheqaiunu era hijo de Ramsés III. El hecho de que en muchos monumentos borrase el nombre de Ramsés IV para añadir el suyo y ocupara la tumba inacabada de Ramsés V ha hecho sospechar que pudiera haber existido algún problema en la sucesión de Ramsés III. De hecho, el Ostracón Cairo 25254 indica que Ramsés VI llevó a cabo el entierro de su predecesor inusualmente tarde, en el «año 2, segundo mes de akhet, día 1».

A la muerte de Ramsés VI subió al trono de Egipto su hijo Ramsés VII Itiamon Netjerheqaiunu, con el prenomen Usermaatra Setepenra Meriamon. En los primeros años de su reinado, el templo de Amón envió expediciones al desierto oriental en busca de oro y galena. Del propio Ramsés VII poco es lo que se sabe. Su heredero, también llamado Ramsés, murió antes que su padre, de modo que la sucesión se desvió nuevamente. Ramsés VIII Setekhherkhepeshef Meriamon podría ser el último de los hijos de Ramsés III que tomó el poder. Este monarca reinó menos de un año, quizás dos. Se desconoce el emplazamiento de su tumba, aunque la KV 19 del Valle de los Reyes pudo haberse iniciado para él.

Ramsés IX Khaemwaset I Meriamon, coronado como Neferkara Setepenra, tiene orígenes oscuros. Su padre pudo haber sido el príncipe (hijo de Ramsés III) Mentuherkhepeshef. En sus diecinueve años de reinado, Ramsés IX llevó a cabo diversas actividades constructivas por el país, de las que quedan algunos restos en Heliópolis y Menfis. El sumo sacerdote de Amón Ramsésnakht murió en el año 2 y, tras el efímero gobierno de su hijo Nesiamon, el dominio de Amón pasó a manos de su segundo hijo, Amenhetep, que en el año 10 recibió del faraón numerosos beneficios.

Ramsés X Amonherkhepeshef III Meriamon, posible hijo de Ramsés IX, reinó tres años. Son muy escasos los restos hallados con su nombre y además se concentran en Karnak, excepto un pequeño vestigio en Aniba. Su tumba, la KV 18, se dejó inconclusa. Su momia no ha sido hallada.

Es posible que Ramsés XI Khaemwaset II Mereramon Nejerheqaiunu fuera hijo de Ramsés X y de la reina Tyti. Uno de los acontecimientos más importantes de su reinado fue la llamada «guerra del sumo sacerdote» de Amón. Dicho episodio, que provocó un clima de guerra civil, al menos en el Alto Egipto, se originó debido a la confrontación de poderes e intereses entre el «virrey de Kush», Painehesi, y el «sumo sacerdote de Amón», Amenhetep, que gobernaba en Tebas desde el reinado de Ramsés IX. El caos originado en esta contienda llevó a Ramsés XI a decretar el comienzo de una nueva era, la *uhem-mesut* o «repetición del nacimiento»,

con la intención de volver al orden mediante un inicio simbólico. Ésta era comenzó en su año 19. En el año 10 de la era *uhem-mesut,* el general Paiankh, que al menos desde el año 7 de esa era ostentaba el cargo de «sumo sacerdote», estaba en Nubia combatiendo con Painehesi. Es posible que siete años antes el general Paiankh hubiera participado como militar encargado de la recuperación de Tebas. Tras la muerte del general Paiankh, hacia el año 12 de la era (año 30 de Ramsés XI), y probablemente debido a la juventud de su primogénito, Painedjem, el poder pasó a Herihor, un «sumo sacerdote de Amón» que a la muerte de Ramsés XI adoptaría en Tebas el título real.

Los últimos años del Reino Nuevo llevarán a la extinción de los protectorados egipcios, primero en Siria y Palestina y después en Nubia. Tanto para el prestigio de Egipto como para su propia economía, la pérdida de estos territorios supuso un evidente revés: la actividad comercial disminuyó, así como los ingresos por tributación y el acceso a una mano de obra esclava. Pero en lo que respecta a la sociedad egipcia, es muy probable que la razón principal de la pérdida de su poder adquisitivo, de las hambrunas y otras penalidades que se darán en esta época tengan su foco principal en la desidia e ineficacia de la Administración, paralelamente a una corrupción generalizada que, por multitud de documentos, podemos constatar.

### *Sociedad y economía*

La crisis que afectará a los diversos sectores de la sociedad faraónica a finales de la XX dinastía será el perfecto escenario donde, como en otras épocas críticas en la historia de Egipto, se desarrollará todo un conjunto de acontecimientos que harán que el país entre en una fase de inestabilidad política y social que llevará al paulatino debilitamiento de la figura del faraón y a la aparición de otros focos de poder, principalmente el de los «sumos sacerdotes de Amón» en Tebas. El hecho de que muchos cargos de relieve se volviesen hereditarios, del mismo modo que había sucedido a finales del Reino Antiguo, condujo al empobrecimiento de las arcas del faraón; pues poderosas familias pudieron hacerse con el control de una parte notable de las fuentes económicas del Estado. También es probable que el faraón fuera desvinculándose progresivamente del Alto Egipto, haciendo de Pi-Ramsés la única residencia de su poder absoluto, con influencia especial sobre el Bajo Egipto. Muchas funciones vinculadas al faraón iban siendo adoptadas de forma paulatina por altos cargos de la Administración civil y religiosa.

El Papiro Wilbour, por otro lado, nos aporta suficiente información como para que, gracias a él, podamos recomponer los diversos estratos sociales que existían en el Egipto de esta época. En la cima de la pirámide

social se encontraban el faraón, sus familiares y los funcionarios que ostentaban los más altos e influyentes cargos del Estado. Por debajo de este nivel tendríamos una nobleza provincial al servicio del Estado y un conjunto formado por funcionarios, sacerdotes, agricultores ricos, militares y artesanos. Finalmente, la clase social más baja estaría integrada por soldados, campesinos, sacerdotes y funcionarios de menor rango, es decir, la mayoría de la población.

Para comprender la situación de la mujer en la sociedad del período es importante el testamento de la dama Naunakht, de Deir el-Medina; un documento escrito bajo el reinado de Ramsés V que constituye un buen ejemplo sobre la posición judicial de las mujeres en el Egipto de finales del Reino Nuevo. Al llegar a la pubertad, Naunakht se había casado con un hombre de cincuenta y cuatro años con el que viviría dieciséis años, hasta quedar viuda y sin hijos. Debía de ser casi una niña cuando se casó por vez primera, pues aún pudo hacerlo nuevamente cuando tenía unos veintiocho años. Con su segundo marido Naunakht vivió treinta años, teniendo esta vez ocho hijos. Naunakht no tuvo problemas para desposarse de nuevo siendo viuda; pero lo más interesante desde el punto de vista jurídico es saber que pudo reclamar la herencia que le correspondía de su padre (un almacén), además de la de su difunto primer esposo (tierras y propiedades) y que una vez fallecido su segundo esposo también tendría derecho a un tercio de las propiedades que tenían en común, siendo los dos tercios restantes para sus hijos. En su testamento, que redactó en Deir el-Medina cuando contaba con unos setenta y siete años de edad, la dama Naunakht demuestra perfectamente su completa capacidad legal a la hora de disponer de sus bienes cuando señala que, dado que no todos sus hijos se habían preocupado por ella del mismo modo, los más atentos deberían recibir una mayor parte de la herencia a costa de los otros:

> «He criado a estos ocho hijos, vuestros servidores; yo les he dado lo necesario para fundar una casa, con todos los bienes que se constituyen para aquellos que se encuentran en su situación. Pero mirad, me he hecho vieja y, mirad, ahora que les toca, ellos no cuidan de mí. A todos los que hayan puesto sus manos sobre las mías[35], voy a darles mis bienes; pero en cuanto a quien no lo haya hecho, no le daré mis bienes» (*Testamento de la dama Naunakht*)[36].

Es decir, que tenía potestad para señalar a sus herederos y manejar sus bienes.

Más allá de la información concreta que nos aporta el testamento de Naunakht, sabemos que las mujeres podían participar en el comercio y realizar transacciones comerciales. Nuevamente, nuestra principal fuente de información procede de Deir el-Medina. Hay documentación que

nos muestra cómo algunas mujeres comerciaban con sumas superiores al salario medio de un obrero, vendiendo tejidos, tierras u otros bienes o pidiendo préstamos. Sin embargo, en el total de las transacciones financieras sólo un 18 por 100 de las que mencionan nombres se refieren a mujeres. Además, lo cual es muy importante también para definir mejor su estatus social, las mujeres podían ir a los tribunales tanto para presentar querellas o como simples testigos.

La economía egipcia seguía teniendo un carácter eminentemente agrario y centralizado, y es posible que durante la fase final de la Época Ramésida se dieran unas condiciones climáticas desfavorables y durante una serie de años el Nilo no alcanzara los niveles mínimos necesarios de inundación, con lo que el grano almacenado en los silos reales no habría podido suplir las necesidades de la población (a finales de la XX dinastía ésta podía ser de entre 2.900.000 y 4.500.000 habitantes), parcialmente dependiente del Estado en esta economía redistributiva.

Durante cientos de años, los faraones del Reino Nuevo habían otorgado tierras y beneficios al principal templo de Egipto, el de Amón en Tebas. El Gran Papiro Harris, escrito en época de Ramsés IV, muestra cómo, ya a finales del reinado de su padre, un 30 por 100 de la tierra y un 20 por 100 de los habitantes de Egipto pertenecía a los templos; de estos valores, tres cuartas partes pertenecían al templo de Karnak. El papiro muestra cómo durante el reinado de Ramsés III éste donó al templo de Amón cerca de 240.000 hectáreas, haciendo del templo funerario de Medinet Habu uno de los más beneficiados. La riqueza de este templo puede comprobarse en el reparto diario de ofrendas, según queda indicado en las inscripciones que llenan su muro meridional (fig. 9.4). Se señala que eran entregados diariamente 110 sacos de cereal, es decir, 3.300 sacos al mes. Para hacernos una idea de lo que esto supone, debemos recordar que el pago que recibía cada trabajador de Deir el-Medina consistía en 5,5 sacos de grano por mes, que era suficiente para mantener a una familia de entre 6 y 8 personas. Es decir, que las donaciones diarias del templo de Medinet Habu eran suficientes para mantener mensualmente a unas 600 familias. Además, si estudiamos las ingentes cantidades de grano recibidas por los templos principales durante el Reino Nuevo, comprenderemos que, a pesar de los muchos factores que influyen en el rendimiento agrícola, la mala utilización de los recursos debió de desempeñar un papel importante en la debacle del sistema económico vigente.

A finales de la Época Ramésida la influencia del templo de Amón se hace patente. Económica, política y, por supuesto, religiosamente hablando, el poder e influencia de la heredad de Amón y sus sacerdotes permitirá que se fragüen unas condiciones favorables para la independencia del Alto Egipto cuando lleguemos a finales del reinado de Ramsés XI. La heredad de Amón se extendía por buena parte de Egipto. Los Papiros



Figura 9.4. Lista de las ofrendas diarias que se realizaban en el templo de Medinet Habu.

Louvre AF 6345-7 demuestran que algunos templos dependientes del templo de Amón explotaban parcelas en el nomo X del Alto Egipto, es decir, en el Medio Egipto.

Del breve reinado de Ramsés V nos han llegado cierto número de papiros de gran relevancia, como el Wilbour, un importantísimo documento para la historia económica de Egipto que recoge un catastro para recaudación de impuestos en una región de 145 kilómetros de longitud comprendida entre Cocodrilópolis (El Fayum) y el-Minia (Medio Egipto). El papiro es una copia de un informe llevado a cabo sobre una pequeña zona del Medio Egipto y de su lectura se deduce que los propietarios de las diversas parcelas debían pagar a la heredad de Amón en función de su producción estimada. El «sumo sacerdote» Ramsesnakht, documentado desde el reinado de Ramsés IV hasta el de Ramsés IX, tenía a familiares suyos situados en los principales cargos de la heredad de Amón y, de hecho, su cargo se convirtió en hereditario, afianzando más este poder

creciente. Durante el reinado de Ramsés IX, la heredad de Amón pasó a manos de Amenhetep, que en el año 10 recibió del faraón numerosos beneficios, tal y como recuerdan un relieve y las inscripciones grabadas en el muro exterior al norte del pilono VII de Karnak, en el que Amenhetep y Ramsés IX aparecen a la misma escala. Este detalle iconográfico evidencia un mayor protagonismo e influencia del sacerdote en detrimento del faraón.

Los estudios realizados sobre los precios del cereal demuestran cómo, desde finales de la XIX dinastía hasta mediados de la XX dinastía, el precio del trigo osciló entre 1 y 2 *deben* por *khar,* mientras que la cebada solía estar por encima de los 2 *deben* por *khar*. Sin embargo, a partir del reinado de Ramsés VII el precio se incrementa, subiendo a 4 o más *deben* por *khar,* si bien al final de la dinastía se volvió a los niveles anteriores a Ramsés III. Si nos referimos al precio de la cebada (fig. 9.5), mientras que en los años 23 y 29 de Ramsés III se dan precios de 2 *deben,* con Ramsés V el precio sube a 4 *deben* (Papiro de Turín 2104), para llegar al máximo de 8 *deben* 2/3 en el año 4 de Ramsés VII (Papiro de Turín 1907/1908), nuevamente 2 *deben* en el año 7 (Ostracón Estrasburgo 84), 4 *deben* en el año 7 de Ramsés IX (Papiro de Turín 1881), 2 *deben* en el año 3 de Ramsés XI (Papiro de Turín 2003) y 4 *deben* en el año 2 de la era *uhem-mesut* (Papiro Mayer A).

Las variaciones en el precio de los alimentos básicos, especialmente cereales, podrían estar relacionadas también con una mayor carestía de alimentos, por lo que su valor se habría disparado. De hecho, muchos ostraca nos informan de la escasez de alimentos vivida desde Ramsés VII hasta Ramsés IX. No obstante, esto se puede relacionar no sólo con problemas agrícolas naturales, sino también con el mal funcionamiento y la desidia de la Administración, algún suceso bélico y, como no, con los perturbadores

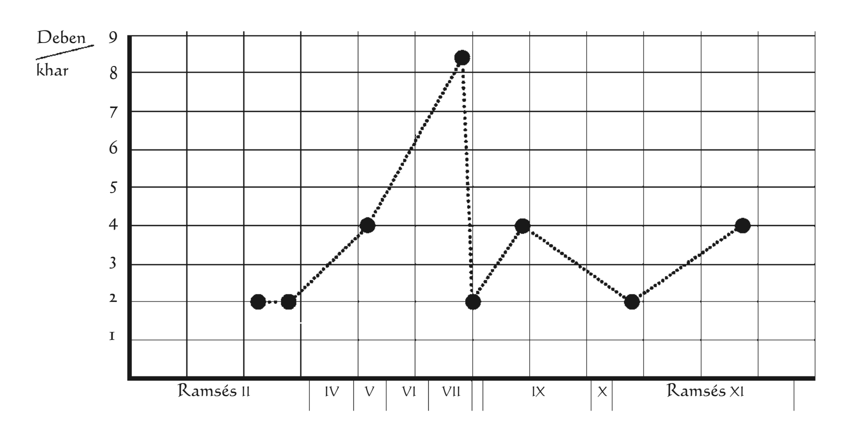



Figura 9.5. La fluctuación en el precio de la cebada durante la XX dinastía.

efectos de la corrupción, que en determinados momentos bien pudo causar problemas en el proceso redistributivo. Por ejemplo, gracias al diario de los trabajadores de Deir el-Medina sabemos que, en el año 17 de Ramsés IX, éstos interrumpieron su trabajo por hambre («inactividad del equipo de la tumba, ellos están hambrientos»)[37], algo que ya había sucedido en el año 13 de este mismo monarca. Las huelgas comenzadas durante el reinado de Ramsés III se repitieron durante la XX dinastía. Estos trabajadores, con prolongados retrasos en sus pagas, entendieron que era la única medida de presión que tenían contra las autoridades locales. Evidentemente, el problema de los obreros de Deir el-Medina era que no recibían su paga en especie por culpa de una Administración que no era capaz de cumplir con su obligación, por las causas ya mencionadas.

Un episodio de hambruna, tal vez relacionado con el año turbulento en el que el «sumo sacerdote de Amón» Amenhetep fue depuesto por el «virrey de Kush» Painehesi, hacia el año 17 o 18 de Ramsés XI, aparece mencionado en el Papiro BM 10052 vº como el «año de las hienas, cuando había hambruna»[38]. La falta de alimentos fue la causa de muchas movilizaciones. En ocasiones, la interrupción del proceso de distribución de grano podía deberse a la presencia de grupos de nómadas hostiles o libios. Así, en el Papiro de Turín 2009 + 1999 vº, del año 13 de Ramsés IX, el escriba de la tumba describe una situación insostenible, con retrasos en la paga de más de tres meses:

> «Año 13, primer mes de *akhet* día 4. Inactividad del equipo, aunque no hay libios aquí. Aún no hemos recibido las raciones del tercer mes de *shemu,* del cuatro mes de *shemu,* de los cinco días epagómenos, ni del primer mes de *akhet*» (*Papiro de Turín 2009 + 1999*)[39].

El motivo de que las raciones de alimentos estipuladas para los trabajadores de la necrópolis no llegaran ni en la cantidad ni en el momento adecuado era, sin duda, la corrupción generalizada en el ámbito sacerdotal y administrativo, a su vez una de las causas principales de los desequilibrios.

Un «capataz» de Deir el-Medina, persona muy bien situada en la jerarquía de los trabajadores del poblado, cobraba unos 9,5 *deben* de cobre al mes. Para hacernos una idea aproximada del precio de la vida, será interesante exponer aquí el precio de algunas cosas: un pollo costaba 1/4 *deben,* lo mismo que un trozo de pastel; las cestas o amuletos sencillos costaban 1 *deben;* 2 *deben* un par de sandalias; una jofaina de bronce unos 20 *deben;* los cofres para la ropa 5 *deben;* una silla hasta 8 *deben* y una cama 20 *deben* (más de dos sueldos de un «capataz»). Un cerdo podía costar 7 *deben,* un asno 30 y una vaca 140. Las camisas de paño corriente costaban unos 5 *deben,* pero un vestido lujoso podía salir por 60 *deben*. Como vemos, el precio de muchas cosas era simplemente

inalcanzable para el egipcio común, lo cual hace más comprensible que la práctica del robo, aun a pesar del riesgo que podía conllevar, fuese una solución al problema del hambre y la penuria. Pero es que hasta la muerte salía cara. Un ataúd normal podía costar 200 *deben* y una máscara funeraria 40 *deben*. Un sarcófago, naturalmente, era muchísimo más caro. Los obreros modestos tenían que gastar al menos unos 30 sueldos para poder organizar un entierro de mínimos. Por llevar la comparación al extremo, sólo el ataúd interno de Tutankhamon, de 110 kilos de oro, hubiera podido tener un valor equivalente a varias decenas de miles de sueldos de un obrero.

La economía se veía afectada por la presencia de merodeadores, grupos nómadas y de libios, que o bien atacaban los poblados para obtener algún botín o bien se asentaban en suelo egipcio. Con Ramsés IX se hicieron más evidentes los problemas de seguridad de los habitantes del valle del Nilo, que se vieron perturbados por la presencia de grupos nómadas de diverso origen. A partir del año 8 de este faraón hallamos menciones claras a los *mashauash, libu* y *khastiu,* no encontrándose antes de esta fecha referencias a grupos libios en un contexto de hostilidad, si exceptuamos a los *kheru* como posibles «enemigos» libios. Hay continuas menciones a los merodeadores *khastiu* durante sus primeros quince años de reinado. Su presencia en los alrededores de Deir el-Medina debía de inquietar lo bastante a sus habitantes como para que los trabajos se suspendieran durante muchos días y los obreros prefiriesen guardar refugio en el poblado o en Medinet Habu. La presión de los grupos libios o de los beduinos *shasu*, en algunas regiones más apartadas, incrementaba el clima de inseguridad general.

No obstante, a pesar de la crisis, seguían organizándose numerosas expediciones a canteras apartadas del valle del Nilo, lo cual en sí mismo era una demostración de poder. Durante el corto reinado de Ramsés IV, Egipto aún vivió una notable actividad constructiva. Para poder realizar estas obras tuvo que explotar diversas canteras y con este fin envió hasta cuatro expediciones al Wadi Hammamat. Sabemos que la gran expedición del año tercero, de la que formó parte el «sumo sacerdote de Amón» Ramsasnakht, estuvo formada por un total de 8.368 hombres, buena parte de ellos soldados. La posición de las canteras se conoce gracias a un plano geológico-topográfico conservado en el Museo Egipcio de Turín, que resulta ser el más antiguo del mundo. Con Ramsés VII, el templo de Amón envió expediciones al desierto oriental en busca de oro y galena y, en época de Ramsés IX, las minas de oro de Nubia siguieron siendo explotadas y defendidas de los nómadas por grupos de *nehesy* nubios. Los oasis, en cambio, ya debían estar en manos de *mashawash* y *libus,* así que se abandonaron a su suerte.

La evolución de Deir el-Medina da muestra del paulatino oscurecimiento de la fortaleza del Estado. Ramsés IV ordenó excavar una tumba

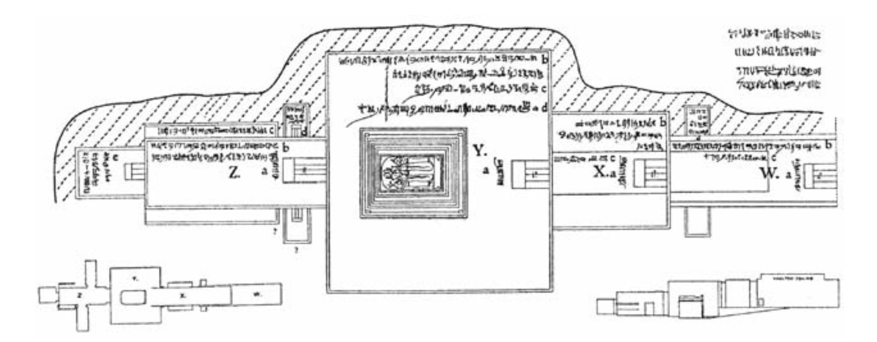



Figura 9.6. Plano de la tumba de Ramsés IV. Museo Egipcio de Turín.

en el Valle de los Reyes (un plano de la misma se conserva en el Museo Egipcio de Turín) (fig. 9.6), para lo cual ordenó duplicar el número de trabajadores de Deir el-Medina, de 60 a 120. Sin embargo, con Ramsés VI volvió a reducirse el número a 60 y a comienzos del reinado de Ramsés XI ya sólo quedaba un grupo de 18.

Hambre, falta de recursos, miedo a los merodeadores (libios, beduinos, etc.) que rondaban por aquel entonces en aquella región, corrupción en la Administración, pérdida de valores morales etc., todo un cúmulo de situaciones negativas que no podían hacer sino generar cierta inestabilidad y crisis.

CAPÍTULO IX

# EL TERCER PERÍODO INTERMEDIO

José LULL GARCÍA

## Aproximación a la historia del Tercer Período Intermedio

Tras la muerte de Ramsés XI, el poder político se fragmentó en dos partes. Al norte, desde Tanis comenzó a gobernar una nueva dinastía, la XXI, cuyo primer faraón fue Esmendes. En Tebas, el «sumo sacerdote de Amón», Herihor, hizo uso del título real al mismo tiempo que Esmendes. La teocracia que aquél implantara tendrá como forma principal de gobierno el oráculo de Amón. Los gobernantes del norte, en contrapartida, intentarán hacer de Tanis una segunda Tebas. Por ello adoptan la tríada tebana como principales dioses a los que construir templos y otorgar ofrendas.

Muerto Herihor, el sumo sacerdocio tebano pasó al hijo del general Paiankh, Painedjem I. Bajo su mandato prosiguieron el desmantelamiento de las tumbas reales del Valle de los Reyes y la restauración de sus momias. Una vez tomó el título real, Painedjem I cedió el sumo sacerdocio a su hijo Masaharta. Dado que éste murió antes que su padre, el cargo pasó a su hermano Djedkhonsuiuefankh y, tras una rebelión, de éste a su también hermano Menkheperra.

En Tanis, el rey Amenemnesu, entronizado como Neferkara Heqawaset, sucedió a Esmendes. Su reinado fue corto y muy poca información ha sobrevivido de él. No obstante, lo más importante es que pronto pudo comenzar una corregencia con Psusennes, hermano del «sumo sacerdote de Amón» tebano, Menkheperra. Cómo llegó Psusennes a asentar su realeza en Tanis es una incógnita.

Psusennes I fue el responsable de las grandes obras arquitectónicas realizadas en Tanis. Durante su reinado, además, debieron de desmantelarse muchos de los monumentos de la antigua capital ramésida, Piramsés, ahora abandonada. Durante casi medio siglo, los gobiernos de los hermanos Psusennes I de Tanis y Menkheperra de Tebas fueron contemporáneos.

Los vínculos familiares entre ambos se reforzarían aún más por medio de enlaces.

El sucesor de Psusennes I, Amenemopet, también fue «sumo sacerdote de Amón» en Tanis, rivalizando así con el centro religioso de Tebas y poniendo de relieve la existencia de la teocracia como medio de gobierno desarrollada en esta época. Tras la desaparición de Amenemopet, el trono de Tanis recae en Osorkón el Viejo. Este faraón establece un vínculo directo entre los faraones libios de la XXII dinastía y los de la XXI dinastía; pues el libio Osorkón el Viejo era tío de Sheshonq I, fundador de la XXII dinastía.

El ascenso al trono de Sheshonq I hacia el año 945 a. C. inauguró la XXII dinastía. Su política interior cambió respecto a la de sus predecesores, ya que buscó la centralización del poder que otrora había otorgado más influencia al faraón. Así, colocó a su hijo Iuput como «sumo sacerdote» en Tebas y a Nimlot como comandante de todo el ejército en Heracleópolis; además, su política de alianzas familiares se extendió a otros importantes cargos del clero tebano, menfita, etc. El hecho más destacable de su reinado es, sin duda, la campaña militar realizada contra la región filistea, Israel y Judá. La causa principal de esta operación era de origen económico y comercial; pues resulta evidente que se intentó destruir la infraestructura que permitía a israelitas y fenicios comerciar por Aqaba con Arabia y África sin intermedio de los egipcios.

Osorkón I continuó la política de su padre Sheshonq y no permitió que el cargo de «sumo sacerdote de Amón» tebano, tan influyente, fuera hereditario. La dinastía continuó con Takelot I. Con su esposa Kapes tuvo a su heredero, Osorkón II, cuyo largo reinado acabará mostrando los primeros problemas internos de la dinastía.

Bajo Osorkón II se permitió que Harsiese, hijo de Sheshonq II, adquiriera el cargo de «sumo sacerdote de Amón», convirtiendo de nuevo en hereditario el puesto y rompiendo con la política impuesta por Sheshonq I, que tan buenos resultados le había ofrecido para el control de Egipto. De hecho, tiempo después Harsiese adoptaría la titulatura real y, aunque probablemente ello no le diera más poder del que tenía como «sumo sacerdote», sí pone en evidencia que la Tebaida volvía a conseguir cierta independencia con respecto al poder del faraón tanita. Del mismo modo que hiciera casi dos siglos antes Painedjem I con su hijo, el rey Harsiese debió ceder el pontificado a su vástago. De éste no se conserva el nombre, pero parece que su pontificado cesó, natural o violentamente, con la llegada de Nimlot C, hijo de Osorkón II. Éste fue sucedido por su propio hijo, Takelot F, quien quizás haya de identificarse con el rey tebano Takelot II, con el que se inicia la llamada XXIII dinastía tebana o Línea del Alto Egipto, que sobre todo en época del príncipe Osorkón (el futuro Osorkón III) tuvo que luchar contra otra facción por el control de Tebas.

La identificación de los miembros y la cronología de la XXIII dinastía de Manetón presenta muchos problemas, que tienen como fondo común la escasez de documentación. A Padibastet II le sucedió Osorkón IV, que debe ser el rey Osorkón de Bubastis mencionado en la Estela de Piye.

Tras Tefnakht, que como rey pudo gobernar alrededor de diez años, le siguió en el trono de Sais Bakenrenef, el único monarca de la XXIV dinastía de Manetón. La invasión nubia sentenció el futuro de Bakenrenef (quemado vivo por Shabaka, según el historiador egipcio), pero no así el del reino de Sais, pues la dinastía continuaría; siendo probable entonces que la XXVI dinastía, también de origen libio, fuera su heredera tras la expulsión de los nubios.

El primero de los reyes nubios que conocemos por su nombre fue Alara, el predecesor inmediato de Kashta. Bajo Kashta se inició la expansión nubia hacia el norte, pues incluso pudo haber conquistado Tebas. Estos reyes, cuyo culto al dios Amón se realizaba en el templo de Gebel Barkal, se consideraban herederos de los antiguos faraones.

Durante sus dos primeras décadas de reinado, Piye, sucesor de Kashta, siguió potenciando el control nubio sobre el Alto Egipto. Una prueba de esta influencia es que Amenirdis I (hija de Kashta y hermana de Shabaka) fue adoptada por la divina adoratriz de Amón, Shepenupet I, hija de Osorkón III. El acontecimiento más importante del reinado de Piye está relatado en la llamada Estela de la Victoria, del año 21, que narra la campaña que Piye llevó a cabo contra Egipto, posiblemente en su año 20, cuando el país ya se encontraba desmembrado en varios reinos y principados independientes.

A partir de entonces el rey de Kush también lo era de todo Egipto, por lo que se pudo ceñir el doble uraeus en la frente, distintivo típico de los reyes kushitas. Sin embargo, tras esta importante victoria, Piye decidió regresar a Napata. Su ausencia fue aprovechada en los años siguientes por Tefnakht de Sais, que fortaleció nuevamente su posición titulándose asimismo rey. Mientras tanto, Asiria, bajo Tiglath-Pileser III, Salmanaser V y Sargón II, irá mostrando el creciente peligro que suponía para Egipto.

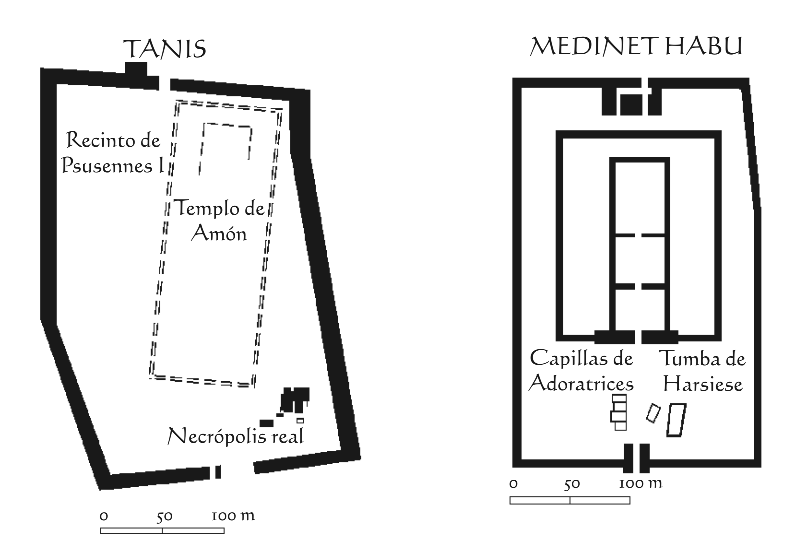
Tras la muerte de Piye, ascendió al trono Shabaka (hijo de Kashta). Posiblemente fue el nuevo expansionismo de Sais lo que decidió a Shabaka a marchar sobre Egipto en su año 2, tomando control de todo el territorio. Tras Shabataka, se sentó en el trono Taharqa. Sus primeras dos décadas de reinado fueron de paz y durante este tiempo se levantaron numerosas construcciones, tanto en Kush como en Egipto. Sin embargo, esta época de prosperidad kushita pronto iba a cambiar. El peligro que representaba Asiria se hizo muy evidente en los siguiente años, en los que Menfis fue saqueada. Muerto Taharqa, el trono pasó en 664 a. C. a Tanutamon, hijo de Shabaka, que un año después veía cómo los asirios saqueaban Tebas. Sin embargo, Tanutamon siguió siendo reconocido en Tebas hasta su año ocho.

## La sociedad del Tercer Período Intermedio

Los cambios más significativos acontecidos dentro de la sociedad egipcia de esta época se produjeron por la introducción masiva de un elemento poblacional extranjero, los libios. La población libia, desde los últimos ramésidas, cada vez había hallado menos oposición en Egipto, con lo que poco a poco fueron asentándose principalmente en el Delta occidental, en los oasis y en la región de Heracleópolis Magna. Estas gentes, cuyo origen podría hallarse en la Cirenaica, pertenecían a grupos de diversa procedencia, como los *mashawash* y los *libu*. La causa principal de sus migraciones masivas hacia el Nilo puede buscarse en los acusados cambios climáticos producidos a finales del siglo XIII a. C. y constatados por los análisis paleoclimáticos. Los libios, empujados por el hambre, buscaron en el Delta un lugar donde encontrar nuevas fuentes de alimento para ellos y su ganado. A pesar del conflicto bélico que en diversos momentos de la XIX y la XX dinastía enfrentó a egipcios y libios, lo cierto es que estos últimos terminaron teniendo vía libre para asentarse pacíficamente en el Delta occidental, sin oposición.

Con anterioridad, los *mashawash* llegaron a formar parte del ejército egipcio durante el reinado de Ramsés II, momento a partir del cual es evidente que su influencia siguió creciendo dentro del estamento militar egipcio. En los relieves de Ramsés III en Medinet Habu, sólo los libios *mashawash* aparecen en las representaciones del año 11, con alguno de sus jefes entre los prisioneros. Sin embargo, después de estas importantes victorias y de la propaganda que, como en Medinet Habu, se hizo de ellas, la presión libia, tanto violenta como pacífica, continuará inevitablemente durante los últimos ramésidas. Así, aunque los faraones egipcios de finales del Reino Nuevo se jactaron de mantener a raya a estos pueblos, la realidad es que a comienzos del Tercer Período Intermedio su población era ya muy numerosa, sobre todo en el Delta occidental, la región más cercana a su tierra de origen. Es posible que la permisividad egipcia ante la paulatina llegada, aun pacífica, de invasores libios, se debiera a que el Delta occidental era una región de baja densidad demográfica y pobre en lo agrícola, apta más bien para la economía pastoril que era la que habían practicado los libios tradicionalmente.

Por otra parte, el estamento militar era el más importante dentro de la sociedad libia, y esta característica se transmitió a los libios de Egipto. De hecho, los libios que a finales del Reino Nuevo habían sido asentados por mandato del faraón, eran soldados y oficiales cuyo nuevo cometido, ya dentro del ejército egipcio, les daría con el tiempo cierta influencia en determinadas zonas del norte de Egipto. Dentro del ámbito militar tampoco debemos olvidar que paralelamente el ejército egipcio fue nutriéndose de grupos de mercenarios libios, con sus propios cabecillas. La



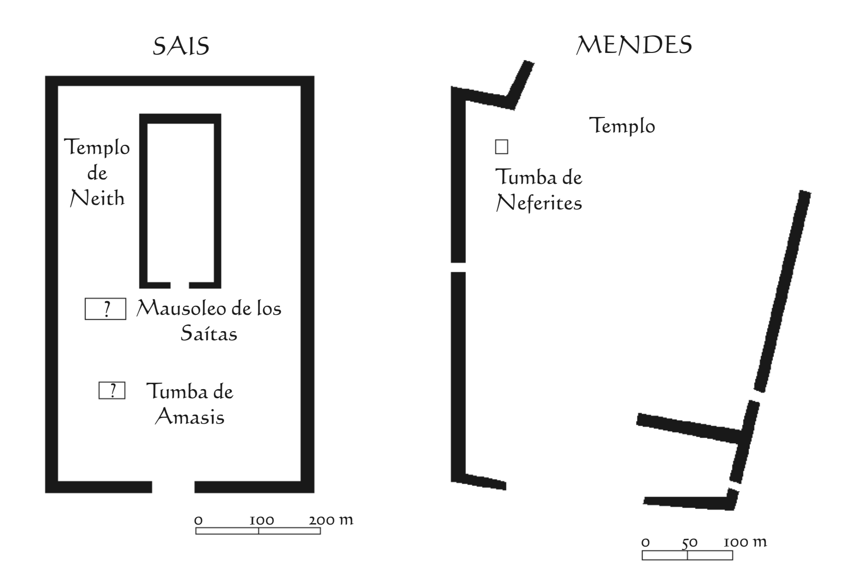




Figura 10.1. Tumbas reales del Tercer Período Intermedio, Época Saíta y Época Tardía en el interior del períbolos de los templos principales de su capital.

donación a éstos, por sus servicios, de tierras y beneficios por parte del faraón les otorgará mayor poder con el tiempo. Así, con esta influencia, diversos líderes libios comenzarán a controlar poblaciones formando auténticos principados, y tras varias generaciones llegarán a estar preparados para tomar el trono de Egipto en la XXI dinastía sin que, aparentemente, tuvieran que producirse actos violentos.

Ciudades deltaicas de la importancia de Mendes, Bubastis y Tanis cayeron pronto bajo el control de los libios, convirtiéndose algunas de ellas en futuras sedes dinásticas. En esta región del Delta oriental el principal grupo libio fue el de los *mashawash,* mientras que en el Delta occidental, más pobre, fueron los *libu* quienes encontraron cabida, haciendo de Sais su principal centro de poder. Otro grupo libio, aunque menos importante e influyente, fue el de los *mahasun,* que se reagrupó en localidades situadas más hacia el sur. Como vemos, los libios no formaban una entidad de poder de carácter unitario, sino que estaban divididos en varios grupos, según su clan de origen, que a su vez estaban políticamente fragmentados.

Es posible que el proceso de aculturación de los libio-egipcios estuviera ya lo bastante desarrollado como para que no fueran vistos como extranjeros. Es más, ni textos ni iconografía los muestran como tales. Pero, realmente, no sabemos hasta qué punto los libios habían avanzado en su proceso de aculturación durante su estancia, de varias generaciones, en Egipto. En todo caso, es un hecho que en las inscripciones e iconografía los libios del Tercer Período Intermedio no muestran rasgos distintivos especiales (si exceptuamos el uso ocasional del tocado de pluma), al contrario que en el Reino Nuevo, cuando los libios hacían gala de detalles étnicos distintivos, como vestimentas decoradas, el estuche fálico, barba, coleta lateral, tocado con pluma, tatuajes, etc.

Sin embargo, la continuidad en el uso de sus nombres propios (como Sheshonq, Osorkón, Takelot, Masaharta, etc.), el empleo de títulos de claro origen libio (como *wr ꜥꜣ n nꜣ Mꜣ<šwš>,* «gran jefe de los *ma<shawash>*») o el ya mencionado uso en la iconografía de la pluma en el cabello para distinguir a sus gobernantes o príncipes, son algunas de las características que evidencian que estos grupos seguían manteniendo tradiciones propias fuertemente arraigadas y que, por tanto, su proceso de aculturación no era total. Incluso algunos hijos del sumo sacerdote tebano Herihor, que gobernó entre finales de la XX dinastía y principios de la XXI, recibieron nombres libios como Masaharta, Masaqaharta, Mawasun, Osorkón y Madenneb más de un siglo antes del inicio del «período libio», que por lo general se ha situado en la XXII dinastía, por lo que, realmente, podríamos considerar que el «período libio» comenzó en Egipto en la dinastía XXI.

Por otro lado, entra en lo posible que las largas genealogías inscritas que se han hallado de este período, así como la proliferación de tumbas familiares, también pudieran guardar relación directa con la cultura libia.

De hecho, si hay algo que caracteriza el ambiente funerario de esta época es la existencia de tumbas familiares, y la reutilización a gran escala de tumbas antiguas. Tanto en este período como en la Época Tardía es común el enterramiento en el interior de recintos religiosos. Esto no sólo se observa en Tanis, sino también en Medinet Habu (tumba del rey-sacerdote

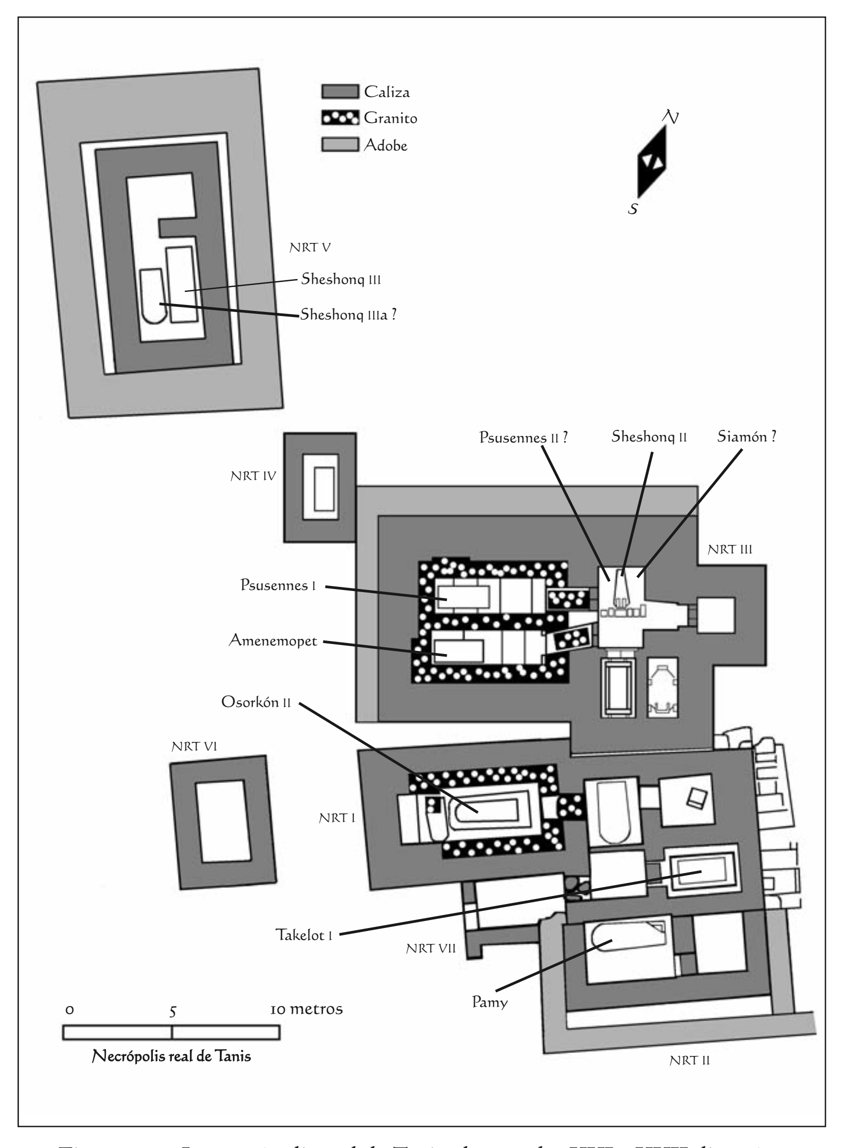



Figura 10.2. La necrópolis real de Tanis, durante las XXI y XXII dinastías.

Harsiese y de las divinas adoratrices de las XXV y XXVI dinastías), en Sais (tumbas reales de la XXVI dinastía) y en Mendes (necrópolis real de la XXIX dinastía) (fig. 10.1). Además, lejos de ser tumbas individuales, éstas son aprovechadas para varios miembros de la familia, creando auténticos panteones. Así, en la tumba III de la necrópolis real de Tanis fueron enterrados Psusennes I, el príncipe Ankhefenmut, el general Undjebaendjedet, Amenemopet y posiblemente también Siamon y Psusennes II, además de Sheshonq II; todos ellos pertenecientes a la XXI dinastía, excepto este último, que era de la XXII dinastía, pero que estaba emparentado con los reyes de la XXI (fig. 10.2).

Este mismo proceso de creación de tumbas familiares y escondites (enterramientos secundarios para asegurar la conservación de las momias una vez las tumbas primarias han sido desmanteladas) se observa en Tebas durante las XXI y XXII dinastías, siendo los ejemplos más importantes los del escondite real de Deir el-Bahari (DB 320), descubierto para la ciencia en 1881, y el de Bab el-Gassus, descubierto en 1891 por Daressy. En Deir el-Bahari (DB 320) fue enterrada la familia del sumo sacerdote Painedjem II, aunque la tumba fue empleada también para esconder momias[1] procedentes de otras tumbas, sumando un total de más de cincuenta ataúdes. En la tumba de Bab el-Gassus, utilizada durante los gobiernos de los sacerdotes Menkheperra y Psusennes, fueron hallados 153 ataúdes pertenecientes a sacerdotes y sacerdotisas de la XXI dinastía. En esta zona de la necrópolis tebana debemos citar otros *cachettes* de importancia, como la descubierta en 1858 por Mariette en Deir el-Bahari, que contenía 71 ataúdes de sacerdotes y sacerdotisas del dios Montu, o la descubierta hacia 1850 por Maunier y consistente en nueve pozos que contenían 60 ataúdes con sus respectivas momias. Además, a esta lista podríamos añadir un elevado número de escondites creados sobre todo durante la XXI dinastía, si bien son menos masivos, como el hallado por Loret en 1898 en KV 35, la tumba de Amenhotep II[2].

Desgraciadamente, no podemos afirmar que esta característica del enterramiento familiar o la creación de escondites de momias relacionadas tenga su origen en la tradición libia; pues se trata de un extremo que no puede ser verificado, dado el escaso conocimiento arqueológico que tenemos de la Libia contemporánea.

En otro ámbito, el de la escritura, parece demostrarse un uso en ella del lenguaje hablado, visible mediante diferentes novedades gramaticales y fonéticas, en vez de la lengua clásica. Probablemente, este hecho tenga que ver con el menor arraigo que los libios podían tener respecto a ciertos usos tradicionales egipcios.

En suma, reconociendo que en principio egipcios y libios muestran un sustrato cultural bien distinto, pues los libios estaban muy lejos de la tradición constructiva, literaria, burocrático-administrativa, regia, conceptual

y religiosa egipcia, es evidente que la prolongada convivencia de ambas sociedades (sobre todo desde el momento en que los libios ocuparon las más altas cotas de poder) fue la causante principal de los cambios culturales y sociales que percibimos y constatamos en Egipto durante los cuatro siglos del Tercer Período Intermedio. Hay que tener en cuenta que en el Egipto de esta época también se observa una dicotomía social entre el Bajo y el Alto Egipto; pues así como en el Bajo Egipto la densidad de población libia llegó a ser, por zonas, predominante, en el Alto Egipto parece que la mayoría de la población seguía siendo de origen egipcio. Esto parece deducirse, al menos, del uso de nombres propios típicamente egipcios o libios constatado en estas regiones de Egipto.

La militarización libia, que se había convertido en la base de su poder, llevó a una descentralización de ese mismo poder; pues sus cabecillas se asentaron en poblaciones diversas y fue en estas poblaciones y sus territorios adyacentes donde su paulatina influencia fraguó con el tiempo. De ese modo, su creciente influencia desembocó en la creación en Egipto de algo similar a un mundo feudal, en el que había muchos señores locales que gobernaban territorios diferentes, convirtiéndose el rey en poco más que un *primus inter pares*.

Durante la XXI dinastía el país ya estaba de hecho divido en dos, con el rey de Tanis dominando el Bajo Egipto y el sumo sacerdote de Amón el Alto Egipto, desde Tebas. Con la llegada de la XXII dinastía, si exceptuamos los primeros reinados, durante los cuales los faraones libios (especialmente Sheshonq I) quisieron controlar todo Egipto mediante políticas matrimoniales o promoviendo a sus propios familiares para los principales puestos administrativos, militares y religiosos del país, la fragmentación del poder político se acentuó más. La mejor imagen de este Egipto atomizado nos la ofrece la Estela de la Victoria (fig. 10.3) del año 21 del rey nubio Piye, donde se muestra como, hacia el año 730 a. C., su triunfo fue reconocido por cuatro reyes egipcios contemporáneos, por varios «gran jefe de los *Ma*», varios *iripat* o príncipes, varios *hatia,* por el «gran

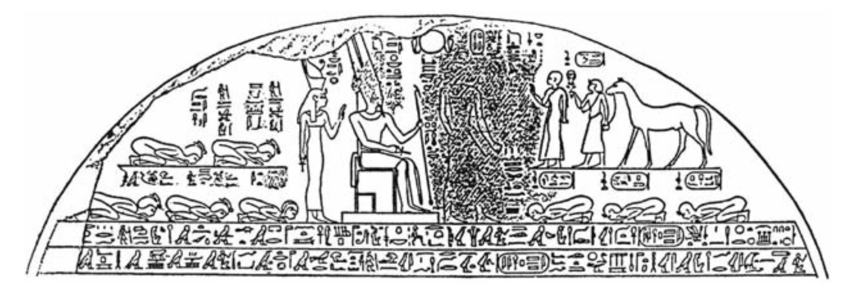


Figura 10.3. Detalle de la luneta de la Estela de la Victoria de Piye, en la que se ven varios de los reyes y señores egipcios que presentaron vasallaje al monarca nubio hacia 730 a.C

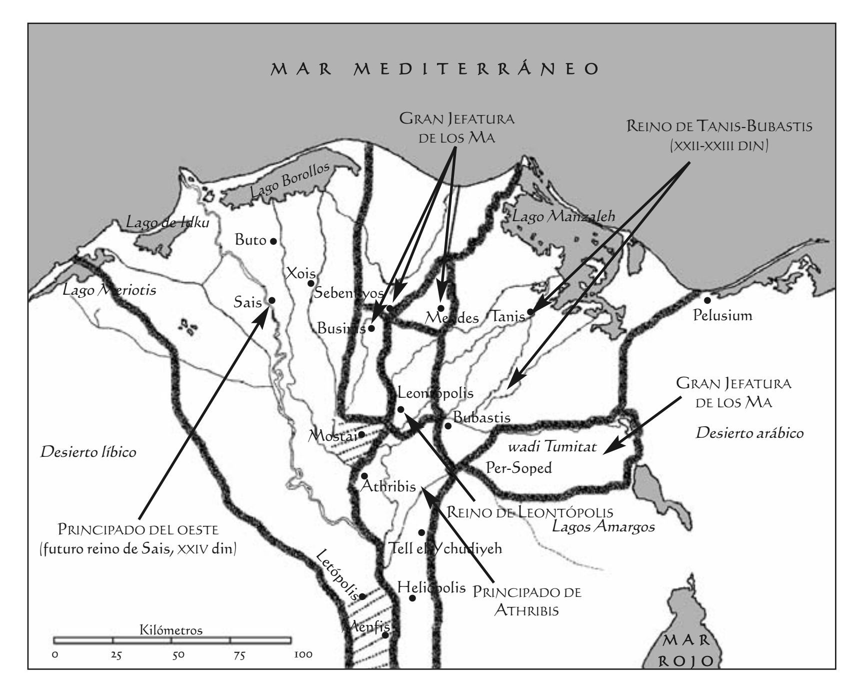



Figura 10.4. Hacia el año 730 a. C. el Bajo Egipto estaba desmembrado en varios reinos, principados y jefaturas de los Ma.

jefe del Oeste» (futuro rey de Sais, fundador de la XXIV dinastía) y por otros muchos otros gobernantes de menor importancia pero también independientes o semiindependientes.

Sin duda, esta fragmentación vino acelerada también por la costumbre asentada en esta época de hacer hereditarios los cargos, de modo que resultó inevitable que se favorecieran las pequeñas oligarquías y autonomías locales y, por último, la independencia de diversos centros y el nacimiento de dinastías paralelas. Este proceso fue más acusado en el Delta (fig. 10.4). Sin embargo, esta fragmentación podría considerarse una forma de gobierno propia de los libios, en la que un conjunto de reyes o señores independientes o semiautónomos reconocieran (aun de forma nominal) el privilegio de un rey o señor más importante. De hecho, llama la atención cómo los libios toleran la existencia, al mismo tiempo, de varios reyes que portan el *uraeus* y el título de *nesu-biti* o rey del Alto y del Bajo Egipto que, teóricamente, debería mostrar sus pretensiones sobre todo el territorio.

Aunque los libios suponen el grupo extranjero más numeroso en Egipto, también hallamos nubios, sirios e incluso filisteos, descendientes de aquellos que poco antes habían intentado entrar en Egipto con

los Pueblos del Mar. Así, cerca de la ciudad de Tanis se halla el yacimiento de Tell Nebesheh, excavado por Petrie a finales del siglo XIX. En este lugar fue hallado un cementerio en el que han aparecido diversos elementos que llevan a situar a sus ocupantes dentro de la esfera de los filisteos. Aquí encontramos enterramientos en sarcófagos antropomorfos de arcilla[3] asociados a cerámicas de diverso origen, como cerámica bicroma fenicia, filistea y egipcia. En Filistea, aparte de la ocasional utilización de este tipo de sarcófago, la influencia egipcia se hace también patente desde los primeros momentos en algunas formas cerámicas de cuellos altos y anchos. Tell Nebesheh representa la continuidad en el Egipto de la XXI dinastía de esta costumbre, adoptada por los filisteos que más contacto habían tenido con los egipcios en diversos lugares de Palestina. Las tumbas de Tell Nebesheh tienen paralelos con el estrato X de Tell Qasileh, Megiddo VIA y la última fase del estrato VI de Beth-Shan. Los enterramientos de Tell Nebesheh suponen la presencia de gentes procedentes de Palestina, filisteos que muy probablemente fueron empleados como mercenarios durante la primera parte de la dinastía XXI.

A finales del Tercer Período Intermedio fue creciendo en Egipto el aporte del elemento kushita, que introducirá en Egipto no sólo un mayor conjunto de población de origen nubio, muchos de los cuales alcanzarán cargos administrativos y religiosos influyentes, sino también una nueva visión teológica.

El reino de Kush comenzó a desarrollarse entre finales del siglo X y principios del siglo IX a. C. (fig. 10.5). Durante el reinado Kashta, a mediados del siglo VIII a. C., se inició la expansión nubia hacia el norte, de tal modo que algunos autores proponen incluso que Kashta pudo haber conquistado Tebas ya en esta época. Los reyes kushitas, cuyo culto al dios Amón se practicaba en el templo de Gebel Barkal, cerca de la cuarta catarata, se consideraban los herederos de los antiguos faraones y el estilo arcaizante de su arte e inscripciones debe vincularse indudablemente a la búsqueda de la ortodoxia y del orden que, desde su punto de vista, habían perdido los reyes libios. Por ello, buscaron sus raíces en las épocas más «puras» de la civilización egipcia, como el Reino Antiguo. Es evidente el arcaísmo que, tanto en los textos como en el arte, potenciaron los kushitas. *La piedra de Shabaka,* cuyo texto recoge la teología menfita, es un claro ejemplo de ello. Incluso los enterramientos de estos reyes kushitas, en el-Kurru y Nuri, se hicieron en pirámides. Así, en la tumba de Tanutamon, único caso en el que se han conservado las inscripciones e iconografía que decoraban la tumba, se observa además el uso de fórmulas religiosas de tradiciones arcaicas, como *Los textos de las pirámides* y *Los textos de los ataúdes*.

Los kushitas también llevaron a Egipto una mayor estabilidad administrativa y territorial, pues consiguieron dominar todo el país e imponer su voluntad a las diversas jefaturas y reyes de origen libio. Esto propició

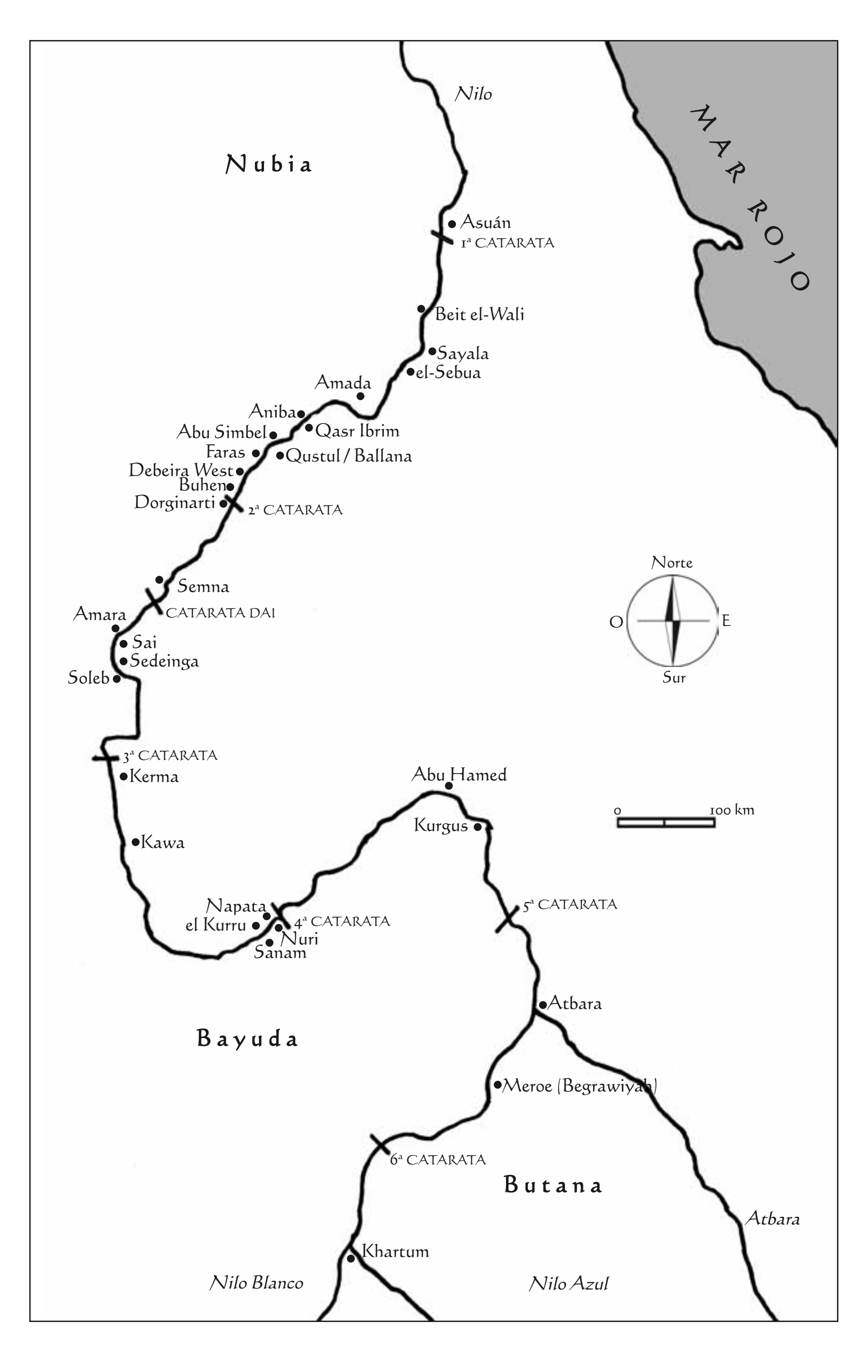



Figura 10.5. Mapa del territorio original del reino de Kush en Nubia.

un crecimiento del poderío egipcio, ahora apoyado en Kush, que además se vio favorecido por mayores facilidades de comercio por todo el territorio. Sin embargo, para el pueblo, la sociedad egipcia no sufrió grandes cambios.

En la jerarquía sacerdotal tebana, cuya importancia política también es muy notoria en esta época, podemos ver cómo con el transcurso del tiempo se producen cambios sustanciales en las máximas esferas del clero. El sumo sacerdote de Amón, personaje poderoso que durante la XXI dinastía había llegado a utilizar el título real, cuando llegue la XXV dinastía ya habrá perdido gran parte de su influencia en favor de las divinas adoratrices de Amón, cuyos mayordomos, como Harwa y Achamenru en la XXV dinastía, se convertirían ahora en uno de los cargos de mayor poder e influencia en el ámbito tebano.

Este proceso de declive del sumo sacerdote continuaría de forma irremediable a la par que la divina adoratriz fortalecería aún más su posición en el clero tebano. De hecho, el último sumo sacerdote de Amón en Tebas, Horkhebi, sería un kushita nieto del rey Shabaka y, no por casualidad, durante la XXVI dinastía este cargo pasaría, sucesivamente, a manos de dos mujeres, Ankhnes-Neferibra y Nitiqret II. Con esto, dentro de la sociedad egipcia de esta época parece que el papel de la mujer adquiere aún mayor consideración que en épocas anteriores; pues en el ámbito religioso hallamos cómo, a finales del Tercer Período Intermedio, las divinas adoratrices alcanzan cotas de poder muy notables, además de hacerse poseedoras de grandes extensiones de terrenos y bienes repartidos por toda la geografía de Egipto.

Gracias a una estela fechada en el año 9 de Psamético I que representa el momento en que los tebanos dejaron de reconocer la autoridad del último monarca de la XXV dinastía, Tanutamon, en favor de la del rey de Sais, sabemos que Amenirdis II (hija del rey nubio Taharqa), hija adoptiva de la divina adoratriz vigente[4], tuvo que adoptar, a su vez, a Nitiqret I, hija de Psamético I.

Aunque ya pertenezca a la XXVI dinastía, vale la pena referir aquí las numerosas posesiones que recibió esta joven dama, pues no hace sino reflejar el continuo aumento de poder e influencia que habían tenido estas adoratrices desde comienzos de la XXI dinastía. Nitiqret II recibió de siete nomos del Alto Egipto 1.800 *aruras*[5] de tierra con todo lo que producían, tanto en el campo como en la ciudad, con sus tierras de secano y sus canales, a las que se añadieron otras 1.400 *aruras* procedentes de cuatro nomos del Bajo Egipto. En total, por tanto, 3.200 *aruras,* que suponen unas 864 hectáreas, con todo lo que podían producir. Pero, además, debía recibir de los principales sacerdotes de Amón, diariamente, 600 *deben* de pan, 11 *hin*[6] de leche, 2 1/6 pasteles y 2 2/3 manojos de hierbas; y, cada mes, 3 bueyes, 5 terneras, 20 *heben* de cerveza y la producción de 100 *aruras* de tierra. Además, algunos templos añadían

a esta suma 1.500 *deben* de pan, con lo que en total recibía 2.100 *deben* de pan cada día, es decir, unos 191 kilos.

Pero no es la única, otras mujeres vinculadas a la realeza obtienen grandes beneficios. Así, por ejemplo, la Estela de Karoama, una simple cantante de la morada de Amón[7], hija del rey de la XXIIIdinastía tebana, Takelot II, indica cómo esta mujer recibió en el año 25 de su padre, cuando el sumo sacerdocio de Amón lo ostentaba el príncipe Osorkón, 35 *aruras* de tierra, cantidad que equivale a 95.725 metros cuadrados.

Por disposiciones sobre propiedades pertenecientes a grandes damas tebanas, tenemos igualmente información sobre sus numerosos bienes. En la XXI dinastía, Henttawi, esposa del sumo sacerdote de Amón Nesubanebdjed, inscribió en el ala oeste de la cara norte del pilono X de Karnak un decreto oracular con el que protegía sus derechos sobre determinadas propiedades. De ese modo quedaba constancia de ellos por escrito y al amparo del dios Amón-Ra. En la cara norte del VII pilono de Karnak, contamos también con una inscripción referida a un oráculo en relación a la dama Maatkara, hija de Psusennes II, de la XXI dinastía. Este decreto se refiere a las propiedades tebanas de Maatkara.

Sabemos también que en líneas generales, la situación de la mujer en el Reino Nuevo era muchísimo mejor que la que tenía en otras culturas contemporáneas o posteriores, la mujer egipcia del Tercer Período Intermedio pudo incluso mejorar dicho estatus. En Egipto existía un sistema patriarcal, por lo que era el padre el que indicaba con quién debía casarse su hija. Sin embargo, entre finales del Tercer Período Intermedio y comienzos de la Época Saíta, podemos hallar algunos (aunque escasos) ejemplos que demuestran una mayor valoración de la opinión de la novia. En todo caso, como norma general, las mujeres se casaban entre los doce y catorce años, es decir, tan pronto eran capaces de procrear. El matrimonio entre hermanos, si nos referimos a las familias del común, es difícil de atestiguar en la documentación de esta época, pues ya desde la XVIII dinastía es habitual que a la mujer o novia se la llame hermana. Sin embargo, en la XXII dinastía tenemos al menos un ejemplo de matrimonio entre hermanos, según se ve en una estela del sumo sacerdote de Ptah en Menfis. Asunto bien distinto es el matrimonio entre hermanos dentro de la realeza o de las dinastías de sumos sacerdotes, pues aquí, quizá por intereses políticos, es realmente habitual.

En esta sociedad más cosmopolita, donde libios, egipcios, nubios e incluso otros extranjeros de origen sirio, etc., llegaron a convivir, no había problema alguno ni era mal observado el casamiento entre personas de distinto origen étnico. Es más, resulta evidente que la mezcla entre egipcios y libios, sobre todo, estaba a la orden del día, conociéndose también muchos ejemplos de uniones entre egipcios y kushitas. La mujer, como *nebet per* o «señora de la casa», alcanzaba su mejor estatus social, quedando al frente de los asuntos de la casa.

Como «señora de la casa», en ausencia de su marido la mujer podía sustituirlo en cualquiera de sus labores, bien en su oficio o en las responsabilidades que pudiera tener en tierras o negocios particulares. Sobre este hecho tenemos varios ejemplos. Por ejemplo, en la XXI dinastía, el escriba Shedsukhonsu había rescindido el arriendo de unos campos que tenía un administrador suyo de origen nubio; pero, después de consultar la opinión de su mujer, volvió a escribir al nubio una carta para indicarle lo siguiente:

> «Te informo de que he regresado a la ciudad. Últimamente te había dicho que ya no te haría explotar la tierra. Pero hete aquí que mi esposa, mi señora de la casa, me dijo: "No le retires la tierra a [...], alquílasela de nuevo y haz que siga cultivándola". Cuando mi carta te llegue, hazte cargo del campo y no lo descuides» (*Papiro Berlín 8523*)[8].

En el caso que acabamos de mencionar, la mujer no hizo sino aconsejar a su marido sobre los negocios que éste tenía. Sin embargo, también hay casos en los que ocasionalmente la mujer sustituye al marido en su trabajo de funcionario[9] de la Administración. Podemos citar un ejemplo, casi a comienzos de la XXI dinastía, en el que se observa cómo la mujer asume, en ausencia del marido, toda la responsabilidad de sus deberes. La cantante de Amón Henuttawi estaba casada con el escriba de la necrópolis Nesuamenipet y, durante un viaje de éste, ella quedó al frente de sus asuntos administrativos en Tebas, como se ve en el Papiro Ginebra D 191. Entre los problemas mencionados por Henuttawi, podemos citar, a modo de ejemplo, el siguiente:

> «Me escribiste diciendo: "recibirás 80 *khar* de grano del barco de transporte del pescador Iotnefer", así me dijiste por escrito. Fui a recibirlos, pero encontré sólo 72,5 *khar* de grano con él. Así que le dije: "¿Qué significa que sólo tengas 72,5 *khar* de grano?", así le dije: "por cuanto que son 80 *khar* los indicados en la carta". Los hombres me dijeron: "tres sacos completos es lo que hemos medido para nosotros mismos, cada uno de 2,5 *khar,* dejando 72,5 *khar* de grano", así me dijeron» (*Papiro Ginebra D 191*)[10].

Hasta el Tercer Período Intermedio el casamiento no constituía ningún rito especial: la novia pasaba a vivir a la casa del novio y desde este momento se consideraban, ante los ojos de todos sus vecinos, como una pareja, una nueva familia. Sin embargo, no es sino desde la XXII dinastía cuando contamos con los primeros contratos matrimoniales en escritura hierática. Estos contratos nos aportan información muy interesante sobre la situación real de la mujer y nos muestran cómo sus derechos, en caso de viudedad, repudio, divorcio, etc., son infinitamente superiores a los de cualquier otra mujer de aquella época o incluso, en

algunos casos, de fechas más recientes. A efectos legales estos contratos beneficiaban la posición de la mujer, ya que en ellos se hacían constar sus derechos y los de sus hijos sobre los bienes propios y comunes. Estos contratos no tenían por qué realizarse el mismo día de la boda. Sabemos que en muchas ocasiones se realizaban posteriormente, o incluso después de que hubiera nacido uno o varios hijos. Al principio, los contratos matrimoniales eran firmados por el padre de la novia o mujer y por el novio o marido y no es sino mucho después cuando encontramos contratos firmados por la propia pareja.

Por lo general, los contratos se inician con una fecha y los nombres de los contrayentes o esposos, así como los nombres de los padres, la profesión del marido y, en caso de no ser egipcio, su origen étnico. A continuación se indicaba la «dote de esposa» que entregaba el marido a su esposa, generalmente medida en *deben* de plata. El marido, a su vez, debía aportar todos sus bienes y, si se llegaba al divorcio, en general debía entregarle a su mujer un tercio de esos bienes. En caso de muerte del marido, la esposa heredaba también un tercio de los bienes, mientras que los otros dos tercios pasaban a los hijos u otros familiares. Sin embargo, si el marido adoptaba como hija a su propia esposa ésta lo heredaba todo.

Por otro lado, los bienes que aportaban al matrimonio, independientemente, tanto el hombre como la mujer, eran propiedad única de ellos mismos. Estos bienes, dado que podían ser animales o enseres degradables, eran peritados en el momento del matrimonio y se les daba su valor en conjunto, de modo que en caso de divorcio cada uno podía recuperar una cantidad equivalente a la que originalmente aportaron. En contratos posteriores, además, la mujer gozaba aún de más ventajas, muy adelantadas a su tiempo, como el derecho de la mujer a recibir una pensión, cosa que quedaba previamente fijada en el contrato matrimonial y que permitía, junto a otras disposiciones, blindar en mayor medida una situación favorable para la mujer.

Podía haber varios motivos por los que un hombre (sobre todo) se divorciara de una mujer: por adulterio, por esterilidad de la mujer e incluso por incompatibilidad de caracteres. A veces, el motivo que se alega es más bien ridículo, como leemos en el papiro de la Bibliothèque Nationale 198 II, que se fecha en el reinado de Ramsés XI:

> «Tú eres como el caso de la mujer ciega de un ojo que ha estado en la casa de un hombre veinte años, y que cuando él encontró otra [mujer], él le dijo: "Me divorcio de ti, pues estás ciega de un ojo" [...]. Ella le dijo: «"¿Es eso lo que has descubierto en estos veinte años que he estado en tu casa?"» (*Papiro Bibliothèque Nationale 198, II*)[11].

Entre los textos más descriptivos e instructivos de esta época[12], a partir de los cuales podemos valorar las normas éticas y morales consideradas

justas y loables en la sociedad egipcia, debemos citar *Las instrucciones de Amenemope*[13], conservadas al completo en el Papiro BM 10474, dividido en treinta capítulos numerados en los que se intenta describir al «egipcio ideal» así como los valores que le complementan, como la honradez. Se ha indicado, por otro lado, que *Las instrucciones de Amenemope* pudieron servir de inspiración para el libro de los Proverbios del Antiguo Testamento, pues allí se dice:

> «¿No he escrito para ti treinta capítulos de consejos y ciencia, para hacerte conocer la certeza de las palabras verdaderas, y puedas responder palabras verdaderas a quien te envíe?» (*Proverbios 22: 20*).

Es decir, se recuerda la existencia de una obra de instrucciones de treinta capítulos, como las *Enseñanzas de Amenemope,* cuyo texto, por otra parte, corresponde aproximadamente a la época inmediatamente anterior a la de la monarquía de Israel. En estas instrucciones se pueden extraer nociones de significado profundo, aunque a veces de compleja comprensión:

> «No digas: "el hoy es como el mañana. ¿Cómo acabará?". Viene el mañana y el hoy ha concluido, la marea se ha vuelto el extremo de la ola. Los cocodrilos están desnudos, los hipopótamos yacen en seco, los peces están amontonados, los chacales satisfechos, los pájaros están de fiesta, las redes del pescador están vacías» (*Enseñanzas de Amenemope*)[14].

En lo que a la concepción y la filosofía de la vida se refiere, es interesante detenerse en la frase: «El hoy es como el mañana. ¿Cómo acabará?», pues esta cita tiene también su paralelismo en el Antiguo Testamento, Proverbios 27:1, donde se dice: «No te regocijes por el día de mañana, porque no sabes lo que deparará el día de hoy» y, de hecho, en los textos egipcios pueden encontrarse más ejemplos como: «No pienses en el mañana antes de que haya llegado, pues el ayer no está como el hoy en la mano del dios», según aparece en un ostracon hierático o, también, en el capítulo 18 de *Las instrucciones de Amenemope:*

> «No te eches a dormir por miedo al mañana: "cuando amanezca, ¿cómo será el mañana?". El hombre no sabe cómo será el mañana. El dios está siempre en su perfección, el hombre en cambio está en su fracaso» (*Enseñanzas de Amenemope*)[15].

En estas cuestiones planteadas tenemos la realidad de un mundo en continuo y profundo cambio. Tal y como se lee en las *Instrucciones de Ani,* cuya fuente principal es el Papiro Boulaq 4 del Museo de El Cairo (XXI-XXII dinastía): «Quien el año pasado era un rico este año es un

vagabundo»[16]. Esta conciencia del cambio y de lo imprevisible se ajusta perfectamente a los tiempos del Tercer Período Intermedio, época marcada por continuos vaivenes políticos, religiosos y sociales.

Quizás por ello, y por la esperanza de que la vida después de la muerte sería más agradable, continua y previsible, Hecateo de Abdera, que visitó Egipto en una fecha mucho más tardía, llegó a describir lo siguiente de la visión egipcia de la vida y de la muerte, así como de su importancia:

> «Los nativos otorgan un valor exiguo al tiempo de su vida. Conceden, sin embargo, la máxima importancia al tiempo de después de la muerte, durante el cual, y en virtud del recuerdo de su virtud, se permanece en la memoria de los demás. A la habitación de los vivos se le da el nombre de "apeadero", puesto que en ella sólo se vive un breve tiempo. Las tumbas de los muertos, por el contrario, reciben el nombre de "casas eternas", ya que es infinito el tiempo que se permanece en el Hades. Tampoco se preocupan gran cosa por equipar sus casas, en tanto que ningún gasto les parece excesivo para equipar sus tumbas» (*Diodoro,* Biblioteca Histórica*, I, 51*).

Sin embargo, así como en las tumbas de los grandes potentados de Tebas, al menos de la XXV-XXVI dinastía, no se reparó en gastos (de igual modo que en las tumbas del Reino Nuevo), lo cierto es que buena parte de las tumbas del Tercer Período Intermedio fueron muy sencillas en lo arquitectónico (muchas reutilizadas) y aparentemente sus ajuares fueron más bien pobres. Recuérdese si no el ajuar hallado en la tumba del sumo sacerdote de Amón de la XXI dinastía, Painedjem II, hallada virtualmente intacta, en el escondite de Deir el-Bahari. Sin duda, detrás de este hecho se puede esconder una necesidad económica, y es que sacar fuera del circuito económico metales preciosos o siquiera grandes cantidades de piezas de mobiliario, alimentos, etc., casi podría parecer fuera de lugar en esta época de cambios. Por ello podemos pasar a comprender mejor, como veremos después, por qué fueron desmanteladas oficialmente y sin miramiento algunas de las ricas tumbas de los grandes reyes del Reino Nuevo, hecho que se produjo durante la XXI dinastía, es decir, cuando comienza auténticamente la Época Libia. Asimismo, cabe preguntarse hasta qué punto podía mostrarse cierto excepticismo, en esta época, sobre la vida después de la muerte o la inmortalidad. Un punto de vista interesante nos lo ofrece el Papiro Chester Beaty IV (p. BM 10684), cuya intención final no es sino la de recordar las virtudes de ser escriba:

> «El hombre [muerto] se pudre, su cuerpo es polvo, todos sus parientes han perecido; pero un libro hace que sea recordado a través de la boca de su lector.
>
> Es mejor un libro que una casa bien construida, que capillas funerarias en el Oeste; mejor que una sólida mansión y que una estela en el templo.

> ¿Hay aquí alguno como Hardedef? ¿hay algún otro como Imhotep? Ninguno de nuestros parientes es como Neferti, o Khety, el mejor entre ellos. Te puedo dar el nombre de Ptahemdjehuti, de Khakheperraseneb. ¿Hay algún otro como Ptahhetep o igual a Kaires? [...] La muerte hizo olvidar sus nombres, pero sus libros hicieron que fueran recordados» (*Papiro Chester Beaty IV*)[17].

En *Las instrucciones de Amenemope* hallamos, además, otros consejos de orden ético y moral que pueden ayudarnos también a entender cuáles podían ser las faltas más habituales en la sociedad de aquel momento. Un conjunto de consejos se relacionan con la falsificación de pesos, raciones y medidas, como los siguientes:

> «No falsifiques las raciones del templo, no te aproveches y encontrarás beneficios. No suprimas un sirviente del dios ni des favores a otro [...]
>
> No muevas los marcadores de los límites de los campos. No desplaces la posición de la cuerda de medida. No seas ávido por un codo de tierra, no cercenes las fronteras de una viuda [...]
>
> No modifiques las escalas ni alteres los pesos, ni reduzcas las fracciones de las medidas [...] No hagas para ti mismo pesos deficientes y [...] si ves a alguien que estafa, aléjate de él» (*Enseñanzas de Amenemope*)[18] .

Estas faltas, probablemente, debían ser comunes. La manipulación interesada de escalas y pesos debía ser utilizada por funcionarios corruptos en su propio beneficio ante la impotencia del campesino, obligado a pagar impuestos que, de este modo, podían convertirse en más abusivos aún. En el ámbito de la justicia, también contamos con un grupo de consejos, como:

> «No confundas a un hombre en el tribunal de justicia con tal de apartar a alguien que es correcto. No te inclines hacia el hombre bien vestido y rechaces al que vaya con harapos. No aceptes el soborno del hombre rico y prives al pobre por ese motivo» (*Enseñanzas de Amenemope*)[19].

Aunque, finalmente, dado que según la filosofía práctica de las instrucciones todo queda en manos del dios, se dice que la mejor felicidad es la que se tiene cuando se está en paz con aquél, más allá de la riqueza que pueda haber acumulado uno.

Las virtudes de un hombre recto dentro de la sociedad egipcia podían mostrarse a través de consejos e instrucciones como las de Amenemope, pero también quedaban reflejadas en textos de carácter autobiográfico. Así, un texto acorde con la fraseología tendente a mostrar las virtudes del difunto, en el que se mezclan formulaciones conocidas con otras nuevas, podemos verlo, por ejemplo, en la estatua 8163 conservada en el Museo

de Berlín, perteneciente a Harwa, mayordomo de la divina adoratriz Amenirdis (hija del rey nubio Kashta) durante la XXV dinastía:

> «Mi señora [la divina adoratriz] me hizo grande cuando no era más que un niño. Ella mejoró mi posición cuando yo era un niño. El rey me envió a misiones cuando era joven; Horus, señor del palacio, me distinguió. Toda misión en la que Sus Majestades me enviaron, yo la llevé a cabo correctamente, y nunca dije mentiras sobre ella.
>
> Yo no robé, no hice nada malo, no maldije a nadie ante ellos. Yo acudo a la Presencia para resolver las dificultades, para asistir al desafortunado. He dado bienes a los que no tienen. Yo doté al huérfano en mi ciudad. Mi recompensa es ser recordado por mis buenas acciones, siendo duradero mi *ka* por su amabilidad» (*Estatua de Harwa. Museo de Berlín*)[20].

Otros consejos, volviendo a las *Enseñanzas de Amenemope*, se centran más en el trabajo del escriba, pues es él, con su dominio de la escritura, quien plasma sobre los papiros documentos de carácter legal:

> «Haz el bien y serás próspero. No eches mano de tu pluma para injuriar a un hombre, pues el dedo del escriba es el pico del ibis. [...] El escriba que estafa con su dedo, no tendrá a su hijo inscrito [en el gremio de los escribas]» (*Enseñanzas de Amenemope*)[21].

En este ámbito entran también los oráculos divinos, es decir, la palabra o designio del dios, que no debe ser modificada en caso alguno por el escriba en beneficio propio o de otros. No hay que olvidar, por otro lado, que el Tercer Período Intermedio es la época, por excelencia, del empleo de los oráculos y es a través de ellos como se ponen en marcha y ratifican actuaciones de todo tipo.

> «No hagas para ti mismo falsos documentos. Son una provocación fatal. [...] No falsifiques los oráculos en los rollos [de papiro], y de ese modo distorsiones los planes del dios. No uses para ti mismo el poder del dios, como si no hubiera [ya marcado un] sino o destino» (*Enseñanzas de Amenemope*)[22].

El oráculo era un instrumento de decisión y gobierno irrefutable, pues venía expresado por el propio deseo del dios a quien se consultaba (fig. 10.6). Por ello, tal y como hemos podido leer en el consejo anterior, se indica la inutilidad de falsear en un documento un oráculo, pues es a través del oráculo como se conoce el destino que se ha señalado para cada cosa sobre la que se haya preguntado, sin que su modificación sea posible por el hombre, sólo por la divinidad. En todo caso, la decisión de un

oráculo no es irrevocable, pues así lo demuestra la estela oracular del sumo sacerdote de Amón Menkheperra, de la XXI dinastía, en la que, tras decidirse el destierro de un partido opositor que provocó una rebelión en Tebas en el año 25 de Esmendes, se les perdona al cabo de unos años por medio de un oráculo. En cuanto al destino, por otra parte, podríamos entender que los egipcios no lo observaban como algo completamente inmutable y rígido. Así, aunque el final del cuento de *El príncipe predestinado,* recogido en el Papiro Harris 500 vº (XIX dinastía), se haya perdido, la impresión es que el príncipe, cuyo destino (la muerte a causa de un cocodrilo, una serpiente o un perro) había sido predicho por las Hathores en el momento de su nacimiento, pudo escapar finalmente de él.

En ocasiones, los oráculos servían para proteger a los vivos de los muertos. Sin duda, el mejor ejemplo de este período es el oráculo de Nesikhonsu, esposa del sumo sacerdote de Amón tebano Painedjem II. Nesikhonsu había muerto en el año 5 de Siamon, pero este oráculo póstumo se realizó para favorecer su bienestar en la necrópolis y en la ultratumba, y para proteger a su esposo, Painedjem II, y a cualquier otra persona ante las maldades que desde la ultratumba ella pudiera cometer:



Figura 10.6. Oráculo de Nesiamón, del año 7 de la *uhem-mesut*.

> «Yo giraré el corazón de Nesikhonsu, esta hija de Tahenudjehuti, y ella no hará nada malo a Painedjem (II), el hijo de Asetemakhbit. Yo giraré su corazón, y no le permitiré que destruya a cualquiera de su tiempo de vida, ni permitiré que nadie de su tiempo de vida sea destruido. Yo giraré su corazón y no permitiré que le haga nada malo al corazón de un viviente. Yo giraré su corazón, y no permitiré que haga nada que sea doloroso para un viviente [...]
>
> Yo lo transformaré para que ella no busque para él nada malo de ninguna clase que haga daño a una persona, o que cause dolor a Painedjem (II), hijo de Asetemakhbit. Yo lo transformaré para que ella no busque nada malo, nada mortífero, nada malo de ninguna clase que cause dolor a una persona, que produzca daño a una persona, o a cualquier persona por la que Painedjem (II) tuviera cariño, por quienes él sufriría si algo malo les ocurriera» (*Decreto de Amonrasonther para Neskhonsu*)[23].

## Economía

La XXI dinastía se inicia con un hecho aparentemente sin precedentes, el desmantelamiento oficial de las tumbas de los reyes del Reino Nuevo en el Valle de los Reyes. En efecto, desde la época de los sumos sacerdotes Paiankh (a finales de la XX dinastía) y Herihor, con la colaboración de los escribas de la necrópolis Djehutimés y Butehamon, el Valle de los Reyes, que ya podía haber sido objeto de robos en años anteriores, comenzó a ser desmantelado de forma oficial. El vaciado de las tumbas continuó durante la XXI dinastía, principalmente bajo los auspicios del rey-sacerdote Painedjem I. Sin duda, la crisis económica y la pérdida de valores morales fueron básicas para que se produjera este hecho aberrante y sacrílego según podría considerarse en otras épocas. Evidentemente, el nuevo poder de los sumos sacerdotes tebanos, ahora independientes, tenía una necesidad económica grande. La corrupción, la pérdida de las minas de Nubia, el encarecimiento de los productos alóctonos por su mayor inaccesibilidad y la nueva moral, influenciada ya por el elemento libio que se había instalado en buena parte de Egipto, derivó en la decisión de la Administración tebana de desmantelar de forma oficial las tumbas de los antiguos reyes.

Las pruebas que tenemos son indirectas, basadas principalmente en grafitos localizados en el Valle y sus alrededores, así como en las anotaciones hieráticas halladas en ataúdes y momias de los reyes del Reino Nuevo, en buena medida fechadas en la XXI dinastía. Aunque el Valle se abandonó como necrópolis real con Ramsés XI, lo cierto es que diversos ostraca e inscripciones demuestran que allí seguía operando el «equipo de la necrópolis». Así, por ejemplo, encima de la entrada de KV 49, un grafito en tinta roja (G 1282) recuerda el aprovisionamiento de telas de lino realizado por el escriba Butehamon, lo cual quizás haya que relacionar con la restauración

de alguna momia real en el mismo Valle. Otras inscripciones en cambio, se relacionan con actuaciones directas, como las que hallamos en los ataúdes y momias de Ramsés I, Seti I y Ramsés II, gracias a las cuales sabemos cómo Ramsés I y su nieto, presumiblemente después de que sus tumbas fueran vaciadas, fueron llevados a la tumba de Seti I durante el reinado de Esmendes para, en época de Siamon, ser trasladados a la tumba de la reina Inhapi, donde ya reposaba Amenhetep I y, probablemente, otros faraones. Algunas inscripciones mencionan, por otro lado, sospechosas «repeticiones del enterramiento» de faraones como Amenhetep I, Tutmosis II o Amenhetep III, u «osirificaciones» como la de Ramsés III, a comienzos de la XXI dinastía. En todos los casos, se evidencia no sólo la entrada (o repetidas y sospechosas entradas) en las tumbas de éstos y otros faraones, sino también el previsible y paulatino desmantelamiento de las mismas.

Una vez que estas tumbas perdían su interés económico, es decir, cuando todos los metales preciosos, maderas, marfiles y cualquier cosa valiosa que contuvieran había sido retirada por orden de la Administración tebana, lo único importante que quedaba en ellas no era otra cosa que la momia del faraón, pero ni siquiera ésta escapaba de la rapiña de los sacerdotes de la Administración. Bien fuera en el mismo Valle o en Medinet Habu, las momias reales sufrían un último proceso sacrílego. Se procedía a su desvendado y, una vez extraídos todos los amuletos que pudieran contener (piénsese que el joven Tutankhamon contenía unos 150), se volvían a vendar. Los amuletos preciosos podían fundirse, pero sabemos que algunos papiros, por el mero hecho de haber estado unidos a momias importantes, incrementaban su valor apotropaico. Así, no extraña ver cómo algunas momias tienen papiros titulados «El libro que fue encontrado en la nuca de la momia del rey Usermaatra [Ramsés II] en la necrópolis»[24], como los Papiros Leiden 25b y Leiden 31b[25], o «el rollo encontrado en la garganta del rey Usermaatra Setep(enra) [Ramsés II] en el dominio del dios», como en el Papiro Berlín 3031 de la XXI dinastía[26].

El Papiro Pushkin 127, escrito durante la XXI dinastía, y hallado en la misma jarra procedente de el-Hibeh en la que fueron encontrados el Papiro de Unamon y el *Onomasticón de Amenemope,* refleja no sólo la sociedad y situación económica de finales de la Época Ramésida, sino también la de diversas fases de este período. En la interesante historia que relata el papiro se constata la corrupción de los burócratas, las falsas esperanzas que dan las promesas oficiales, los impuestos abusivos acompañados de unos salarios paupérrimos, el fraude y el hambre consecuente, aprovechada sin miramientos por funcionarios que veían en esta desgracia una oportunidad para enriquecerse, así como la persecución de aquellos que no podían cumplir con el fisco:

> «Mira, mi corazón está enfermo. He pasado un mes sin alimento alguno. Sufro el hambre, yo y quienes están conmigo. De la gente con

quien estoy, pocos están en buena situación. El Nilo no corre y su tierra está en la oscuridad. Los hombres no pueden escapar de la aflicción. Aquel que hace una exigencia es apartado de su señor, y si él protesta, el consejo le castiga. Sus haberes son determinados y el consejo impone restricciones a cada uno de ellos, por no hablar de sus cosechas y de sus salarios en sal, natrón, cebollas, cañas y juncos...

Un solicitante pidió que su señor viniera rápidamente: "¡Haré montones de grano!", dijo su señor para desestimar su petición; y el hombre creyó la mentira. Cuando vino a mí, el señor había pasado un mes en su viaje y estaba ennegrecido como la carne seca abandonada al borde del desierto, o como una piel de toro curtida. El señor hizo que yo fuera condenado por los magistrados diciendo: "Él me ha hecho una mala acción en mi ciudad".

Su impuesto es gravoso para mí, más de lo que se puede imaginar. Muchos son los que él [= el impuesto] ha aplastado y que han sido atrapados por él [= el señor] y los consejeros. Él ordenó que yo quedara privado de mi grano, que otros me habían dado después de que él partiera de viaje. Sus bocas [= las de los campesinos] se vaciaban sin cesar, hablando sin parar cuando fue enviada su falsa medida de grano por el fabricante: "¡Qué impostor es el carpintero que lo hizo!, ¡un saco de grano se convierte en saco y medio!, ¡por Atum, el dios único, él les roba!"» (*Papiro Pushkin 127*)[27].

El protagonista de la desafortunada historia de este papiro, Urmai, relata a un amigo suyo todas estas desgracias y adversidades en un texto que simula ser una carta, de modo que consigue trasmitir, en un estilo sencillo, cierta emoción e incluso intriga. Aun considerando que se trate de un texto de carácter literario, es muy posible que refleje, sin embargo, los acontecimientos y sacrilegios que tuvieron lugar en la Tebaida inmediatamente antes del inicio de la era *uhem-mesut*. El ambiente recreado, en todo caso, es claro reflejo del Egipto que desembocó en el Tercer Período Intermedio, donde la corrupción generalizada afectó irremediablemente la economía.

En la estatua 559 del Museo de El Cairo, perteciente a Djedkhonsuefankh, encontramos un texto autobiográfico que indirectamente nos aporta información sobre la situación económica de las clases más desfavorecidas del pueblo egipcio. Djedkhonsuefankh, que procedía de una familia tebana, estaba casado con la hija del sumo sacerdote de Amón Iuput (hijo de Sheshonq I), lo que le valió para ascender al puesto de cuarto sacerdote de Amón:

«Cuando yo estaba al cargo de los panes, mi señor Amón me enriqueció. Yo fui constante enviando grano a los tebanos, en alimentar los pobres de mi ciudad. Yo no me enfurecía contra aquel que no podía pagar. Yo no le presionaba tanto como para quedarme con sus pertenencias. No hice que acabara vendiendo sus propiedades a otro con el

> fin de pagar las deudas que tenía contraidas. (Al contrario), yo lo coloqué comprándole sus bienes y pagando por ellos dos o tres veces su precio. Nadie puede igualar lo que yo hice. Yo no reñí ni con aquel que me había robado, pues yo sabía que uno no se hace rico mediante el robo. El dios hace lo que desea» (*Estatua de Djedkhonsuefankh. Museo de El Cairo*)[28].

En las líneas que acabamos de ver Djedkhonsuefankh se refiere, indudablemente, a los préstamos de alto interés que acababan por hacer sucumbir a los campesinos, obligándoles a vender hasta el último de sus enseres y propiedades.

En este sentido, cabe citar al faraón de la XXIV dinastía Bakenrenef que, poco conocido por la documentación egipcia, la tradición griega nos lo presenta como un gran reformador y legislador. Debemos recordar, sobre todo, cómo intentó regular el comercio privado y en concreto, como indica Diodoro Sículo, el alto interés que se aplicaba a los préstamos a los que se acogía buena parte de la población campesina, la más necesitada. Además, siempre según la tradición griega, parece que también prohibió el encarcelamiento de aquellos que no pudieran hacer frente a los pagos, permitiendo, sin embargo, la confiscación de sus propiedades, aunque no así de sus instrumentos o animales útiles para el trabajo, pues sin ellos les sería completamente imposible producir para poder pagar.

Con estas medidas legislativas se intentaba poner freno a los abusos a los que se veían sometidos los campesinos y las clases menos favorecidas que, inevitablemente, podían acabar en alguna forma de servidumbre. Las tasas de interés por préstamos podían alcanzar, según épocas, hasta el 100 por 100, con recargos sobre las deudas no pagadas de otro 100 por 100 sobre la deuda total, a lo que había que añadir los intereses anuales. Estas cifras, absolutamente abusivas, suponían una presión desmesurada y, por ello, si creemos la tradición que se nos ha transmitido, el faraón Bakenrenef actuó para imponer leyes que protegieran más a las clases más desfavorecidas limitando el interés de las deudas hasta un 33 por 100. En cierto modo esto recuerda uno de los consejos morales y éticos expresados en las *Enseñanzas de Amenemope:* «Si hallas una gran deuda en contra de un hombre pobre, divídela en tres partes; olvida dos y deja una» (*Las instrucciones de Amenemope*)[29].

También es durante el corto reinado de Bakenrenef cuando aparece el primer contrato de transmisión libre entre particulares y parece que fue en esta reforma en la que se inspiró Solón para llevar a cabo la suya en Atenas. Sin embargo, esta reforma legislativa introducida por Bakenrenef debió de ser efímera, pues con el primer rey de la XXV dinastía, Shabaka, el derecho familiar vuelve a predominar sobre el derecho individual y particular.

Los egipcios podían poseer parcelas de tierra para trabajar, pero son pocos los papiros que nos informan sobre el precio de las mismas.

Igualmente, así como del Reino Nuevo, en concreto de la Época Ramésida, tenemos mucha información sobre el precio de multitud de productos y gracias a ellos conocemos las variaciones del precio según las épocas del año (sobre todo en cereales u otros productos de carácter estacional) o reinados, durante el Tercer Período Intermedio tenemos menos información a este respecto. A pesar de todo, con los datos que disponemos se puede llegar a concluir aproximadamente cuál fue la evolución de la economía egipcia en estos siglos.

En la época de Ramsés V, a mediados del siglo XII a. C., un toro podía costar unos 130 *deben* de cobre, que correspondía al precio de 65 sacos de grano, es decir, aproximadamente el sueldo anual de un trabajador de Deir el-Medina. Sabemos, según el Papiro Berlín 9784, que a inicios del reinado de Amenhetep IV el precio de una vaca equivalía al precio de tres *aruras* de tierra, es decir, 8.205 metros cuadrados, precio que correspondía a su vez a medio *deben* de plata[30], con lo que cada *arura* salía a 0,17 *deben*. Pues bien, casi cuatro siglos después, en el año 16 del faraón de la XXI dinastía Siamon, el precio de una sola *arura,* tal y como muestra la Estela del Collège St. Joseph, era ya de medio *deben* de plata o incluso 0,6 *deben* de plata, es decir, su precio se había triplicado. Sin embargo, es evidente que hubo de haber amplias fluctuaciones, pues a finales de la XXI dinastía, durante el reinado de Psusennes II, en la Estela de Sheshonq, el precio de una *arura* de tierra queda entre 0,12 y 0,08 *deben* de plata, es decir, una cifra esta vez incluso inferior a la de Amenhetep IV. Si ahora damos un salto en el tiempo, durante el reinado de Psamético I, en la XXVI dinastía, los Papiros Turín 246 y 247 nos indican que el precio variaba entre 0,03 y 0,5 *deben* de plata.

Según la Estela de Sheshonq, un hombre esclavo costaba 0,67 *deben* de plata, más barato que a finales de la dinastía anterior, pues según el Papiro BM 10052, del año 1 de la *uhem-mesut,* un esclavo salía por 2 *deben* de plata. En este caso, el precio también es variable, pues la Estela de Iulot, de finales de la XXII dinastía tasa el valor del esclavo, fuera hombre o mujer[31], en 0,47 *deben* y, ya en Época Kushita, parece que el precio se llegó a multiplicar por cinco y quedó estabilizado así un tiempo, pues en el año 10 de Shabaka el Papiro Louvre E 3228 nos indica que el esclavo se valoraba en 2,25 *deben* de plata, mientras que en el año 3 de Taharqa valía 2,4.

Del estudio general de los precios de tierras y productos (fig. 10.7), se deduce que la situación política de finales de la XXI dinastía, había llevado a una devaluación acusada de los precios, cayendo los productos a una tercera parte de su valor anterior y el de la tierra incluso a una quinta parte. Esta devaluación cesará en Época Kushita y Saita, cuando los precios vuelvan a incrementarse y estabilizarse.

En una época en la que, como hemos dicho en líneas anteriores, el oráculo se había convertido en un instrumento para dirimir cuestiones de

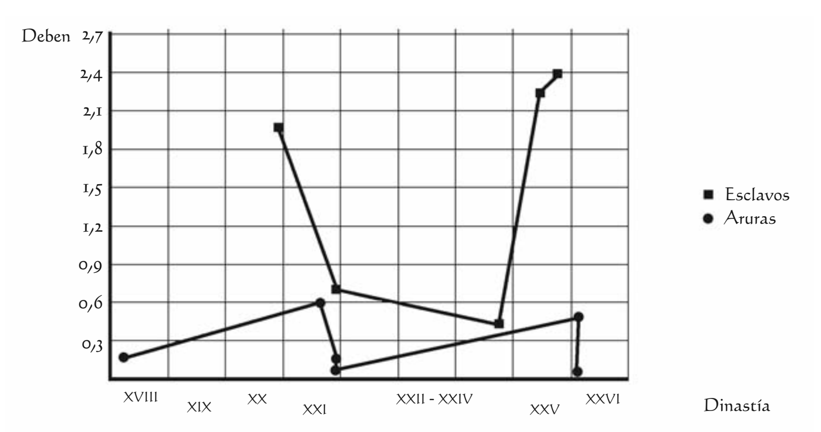



Figura 10.7. Evolución de los precios, en *deben* de plata, de los esclavos y *aruras* de tierra.

todo tipo, también vamos a encontrar numerosos ejemplos de oráculos destinados a resolver litigios entre personas que se disputan la propiedad de unas tierras, etc. Un caso nos lo ofrece el Papiro Brooklyn 16.205, en el que se dirimen varias disputas. El papiro lo podemos situar en la XXI dinastía:

> «Año 4, segundo mes de *shemu,* día 8. Día de ir ante Khonsu, por parte del barquero Pesementawi, junto con el padre divino Anan, hijo de Harsetitef, y el padre divino Hemenseankh, hijo de Harsetitef, total dos personas, sobre el pago de 1/2 1/8 *aruras* de tierra que están en la fuente de Ikeni. El padre divino Anan, y su hermano Hemenseankh dijeron: "Verdaderamente, su padre no ha recibido dinero de Ikeni". El barquero Pesmentawy dijo: "Verdaderamente, Harsetitef recibió dos *oipes*[32] de trigo, un *oipe* equivaliendo a un taparrabos, en el año 49. El escriba también recibió dos taparrabos; en total, cuatro". Ellos hicieron dos reclamaciones escritas y las pusieron ante Khonsu-en-Tebas y él dijo: "¡En lo cierto está Ikeni! Él dio dos *oipes* y dos prendas *rwḏ,* en total, cuatro, a Harsetitef". «Aprobado» ante muchos testigos. La lista: el tejedor Maapermeh; el escriba Pesherinesi, hijo de Senu; el escriba Pesherinesi, hijo de Shedharniutef; el sacerdote *wab* Khaemwaset» (*Papiro Brooklyn 16.205)*[33].

Probablemente también de la XXI dinastía son dos papiros que constituyen un par relacionado entre sí, hallados en la tumba 5002 de Naga el-Deir. Estos papiros nos muestran el sistema empleado usualmente por los sacerdotes para resolver los litigios. Consistía en escribir, en sendos papiros, peticiones contrapuestas, de modo que el dios hubiera de afirmar o negar lo que en ellas se indicaba. El dios a quien se

recurrió en este caso fue Horus-del-campamento, que se veneraba en la fortaleza de el-Hibe, uno de los enclaves septentrionales más importantes del poder tebano de los sumos sacerdotes de Amón. Fue allí, por tanto, donde debieron depositarse originalmente estos papiros. Las dos peticiones dicen lo siguiente:

> «Primera Petición:
> Horus-del-campamento, mi buen señor. En cuanto a la vaca sobre la que Teuharai dijo: "Karsasi, hijo de Hartenu, se la dio a Pameshem a cambio de su precio, y Pameshem le pagó la primera cuota de su precio, y (él) retuvo la segunda". Tú dices: "¡Pameshem está en lo cierto! Él completó el pago por esta vaca de Karsasi a él".
> Segunda petición:
> Horus-del-campamento, mi buen señor. En cuanto a la vaca sobre la que Teuharai dijo: "Karsasi, hijo de Hartenu, se la dio a Pameshem a cambio de su precio, y Pameshem pagó su precio igualmente". Tú dices: "¡Karsasi está en lo cierto! Pameshem no le pagó el (total del) precio a cambio de esta vaca"» (*Papiros de la tumba 5002 de Naga el-Deir*)[34].

## Comercio y relaciones internacionales

El conocimiento que tenemos, de principios de la XXI dinastía, sobre el comercio o las relaciones exteriores egipcias es relativamente escaso pero, sin embargo, debio ser suficientemente importante como para que el emplazamiento de la nueva capital, Tanis, se situara en un lugar del Delta oriental con buenas comunicaciones hacia Levante.

Para el comienzo del Tercer Período Intermedio, la primera demostración del mantenimiento del comercio exterior egipcio y, por extensión, de las relaciones internacionales es el Papiro Moscú 120, más conocido por el nombre de su protagonista principal como Papiro de Unamon. En el mismo recipiente donde fue hallado este papiro, en el-Hibe, también se descubrieron otros dos papiros, uno de ellos conocido como *Onomasticón de Amenemope,* igualmente fechado en la XXI dinastía, en el que se ofrece una lista de ciudades de la costa de Levante, evidencia del interés egipcio en la geografía del lugar.

El Papiro de Unamon comienza con la fecha «año 5[35], cuarto mes de *shemu*, día 16». Herihor, sumo sacerdote de Amón en Tebas, mandó a Biblos al «veterano del portal del templo de Amón», Unamon, «para traer la madera de la noble barca de Amón-Ra, rey de los dioses». En esta misión, los problemas que tiene Unamon nos sirven para comprender mejor no sólo la situación geopolítica de la época, sino también algunas de las leyes internacionales que imperaban.

En la época de Unamon, Egipto no tenía fuerza de presión sobre los reyes y gobernadores de las ciudades de la costa de lo que en otro tiempo

habían sido protectorados egipcios, y esto, evidentemente, se hace patente en la conversación que mantienen Unamon y el gobernador de Biblos. Refleja la situación política del momento. Pero también demuestra que incluso en los momentos de mayor pujanza del Imperio Egipcio, la madera era enviada a Egipto a cambio de una compensación, de un pago, si bien éste podía disimularse en forma de regalo. Esmendes y Tentamon mandaron a Unamon 4 recipientes-*tjebu* y un recipiente-*kekemen* de oro, 5 recipientes-*tjebu* de plata, 10 prendas de lino real, 10 fardos de fino lino, 500 de la mejor calidad, 500 pieles de vacuno, 500 cuerdas, 20 sacos de lentejas y 30 cestas de pescado. Con esto, sabemos qué es lo que Egipto mandaba a cambio, en este tipo de relación puramente comercial.

Sin embargo, a pesar de la existencia de los contactos comerciales que se derivan del Papiro de Unamon, arqueológicamente no tenemos prácticamente nada que los avalen. Hemos de pensar, pues, que las mercancías con las que se comerciaba y los contenedores con los que se transportaba, serían materiales perecederos[36] que, como tales, no han dejado ningún rastro arqueológico en los yacimientos levantinos estudiados. En estas condiciones, la arqueología demuestra que el nivel comercial habría menguado debido a la nueva situación política de Egipto, pero gracias a algunos textos y hallazgos podemos comprobar que, aun a un nivel inferior respecto a la época de su apogeo en el Reino Nuevo, el tráfico comercial continuó.

Las recuperaciones de material cerámico que se han realizado fortuitamente gracias a las redes de los pescadores modernos en las costas de Palestina e Israel han permitido la catalogación de un conjunto arqueológico de gran valor. Sobre la base que representa el primer estudio realizado de este tipo de material a finales de la década de los cincuenta, es muy esclarecedor el práctico vacío de hallazgos concernientes al Hierro I. El final del Bronce aportó al mar un pequeño conjunto de ánforas y otros tipos cerámicos, mientras que el Hierro II, desde finales del siglo X a. C., destaca por su alto número de ánforas, prueba de la rápida recuperación del comercio e intercambio en la región.

Respecto al comercio de larga distancia, los contactos con el Egeo, arqueológicamente mensurables a partir de la cerámica Micénica IIIc, se detienen en el siglo XII a. C., y no volvemos a encontrar referencias de gentes de esta zona hasta el siglo VII a. C.

Hay un tipo de comercio, cuyo mercado de origen se halla en Egipto y al sur de Nubia, del que tenemos numerosas pistas de su existencia, principalmente en las fuentes asirias: el comercio de animales y productos exóticos. En un documento del rey asirio Tiglath-Pileser I[37] se citan varias ciudades fenicias de las que se dice que se recibió tributo, en el que quedó incluido un cocodrilo y un gran mono[38]. La captura de estos animales para ser destinados al comercio exótico de lujo no parece que represente un hecho aislado dentro de la historia comercial entre

Egipto y el Levante, pues disponemos de otros ejemplos. Así, el hijo y sucesor de Tiglath-Pileser I, Ashur-bel-kala, recibió una mercancía similar, esta vez directamente de Egipto, según se indica en el llamado *Obelisco Roto*. El regalo consistía en un mono, un cocodrilo y un *amel nari* (¿un hipopótamo?) y, sin duda, representa el intento por parte de Egipto de establecer una relación diplomática con su lejano vecino asirio, y de ella se esperaban no sólo alianzas personales entre los monarcas involucrados, sino también contrapartidas económicas a través de nuevos regalos enviados en sentido inverso. Desgraciadamente, nuestra información no es lo bastante amplia como para conocer la naturaleza de la contrapartida asiria.

En cualquier caso, hay otros elementos hallados en Egipto que nos vuelven a conducir al mismo monarca asirio. Así, en la tumba de Psusennes I se halló un collar de cuentas de lapislázuli entre las que había una con una inscripción en escritura cuneiforme, dedicada a una de las hijas del visir Ibashshi-ilu de Asiria, que fue gran visir de Asiria en tiempos del rey Ashur-bel-kala. No sabemos si esta pieza llegó a Tanis por vía comercial o si, realmente, pudo significar el intento de establecer unas relaciones diplomáticas mucho más estrechas entre Asiria y Egipto, a través de un matrimonio de alto nivel. Si fuera éste el caso, la unión se habría producido con el faraón Esmendes.

Aunque en la documentación egipcia no tengamos pruebas del establecimiento de relaciones diplomáticas por medio de una política de matrimonios, lo cierto es que el Antiguo Testamento nos menciona una serie de hechos que tal vez podrían considerarse históricos. Así, en primer lugar, se habla del heredero de Edom, Hadad, quien, perseguido por David, se refugió en Egipto, probablemente bajo Amenemopet, casándose con la hermana de la gran dama Takhfenes[39]. Posiblemente, Takhfenes no corresponda a un nombre propio sino a un título: *tꜣ ḥmt nsw,* es decir, «la esposa real». Por tanto, Hadad se habría casado con la hermana de una esposa real y no necesariamente con una mujer de sangre real. Según esta versión, por otro lado, a la muerte de David, Hadad volvería a Edom[40].

Sin embargo, el Antiguo Testamento nos indica que Salomón sí se casó con una princesa egipcia, que entregó como dote la ciudad de Guézer, conquistada por un faraón, tal vez Siamon[41]. Además, en la Biblia aún podemos encontrar un último ejemplo en el que una princesa egipcia se une a un señor extranjero. En este caso, nos referimos a Jeroboam. Según el Antiguo Testamento, cuando el profeta Ahiyyahu predijo la división en dos del reino de Israel, con Jeroboam como rey de una de las partes, este último tuvo que huir a Egipto, a inicios del reinado de Sheshonq I[42]. Aunque el Antiguo Testamento no lo indica, en la Septuaginta, se dice que Jeroboam contrajo matrimonio con una hija del rey de Egipto, aquí llamado Susakim, es decir, Sheshonq I. Si estas referencias (las de la esposa egipcia de Hadad el edomita, de Salomón de Israel y de Jeroboam de Israel) son verdaderamente históricas, reflejaría una novedosa política matrimonial por parte

egipcia, pues la entrega de una princesa egipcia a un dirigente extranjero era un hecho insólito, como señala la carta 4[43] del archivo de el-Amarna, de época de Amenhetep III. Hemos de tener en cuenta, de todos modos, que los faraones involucrados eran de origen libio, por lo que es en este contexto donde debemos entender mejor el cambio de actitud de la realeza egipcia. Por ello, este hecho no implicaría tanto una relajación de las estrictas normas ideológicas de la realeza egipcia sino, más bien, la introducción de algunos cambios derivados del propio carácter libio.

Dentro del ámbito económico y comercial, también debemos incluir el hecho militar egipcio, en tierras extranjeras, más sobresaliente del Tercer Período Intermedio: la llamada «campaña palestina» de Sheshonq I, de la que tenemos conocimiento tanto por la documentación bíblica[44] como por la egipcia. El objetivo de la campaña no se redujo a la obtención de un botín, que por otra parte debió de ser cuantioso, pero tampoco pretendió realizar una ocupación estable sobre esta región. La causa principal de la operación era de origen económico y comercial, pues es evidente que se intentó destruir la infraestructura que permitía a israelitas y fenicios comerciar por Aqaba con Arabia y África sin la intermediación de los egipcios, que así perdían su monopolio (fig. 10.8). Son varios los relieves e inscripciones egipcias que aportan información

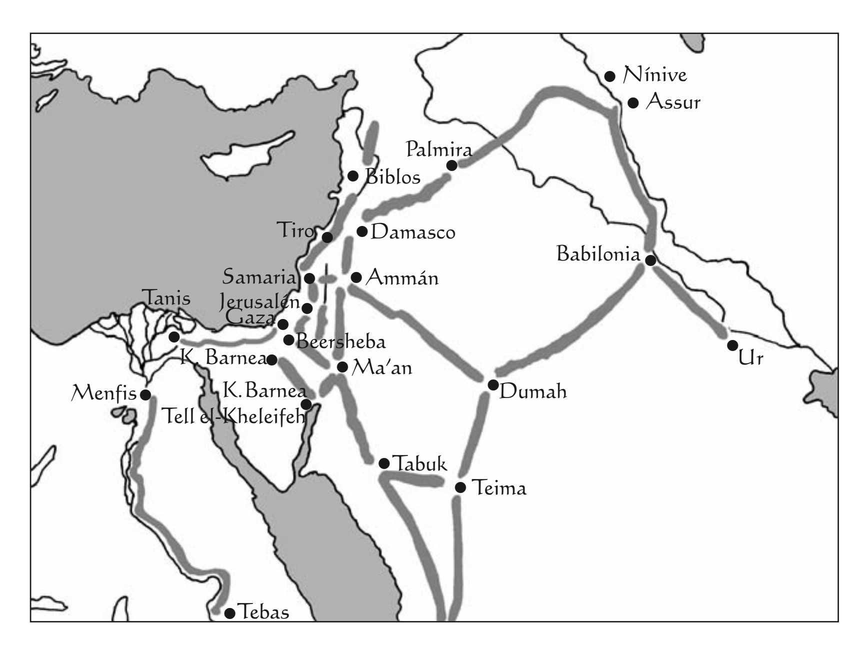



Figura 10.8. Principales rutas caravaneras durante el Tercer Período Intermedio en el Oriente Medio.

sobre la campaña palestina, pero el principal documento es el gran relieve conmemorativo de Sheshonq I en Karnak, al sur del II pilono, donde aparecen más de 150 nombres de localidades tomadas por los egipcios, repartidas principalmente por Filistea, el Negev, Judá e Israel. Muchas de estas localidades se han identificado con yacimientos arqueológicos que presentan niveles de destrucción relacionables (fig. 10.9).

Sheshonq I debió de morir poco después de la campaña, por lo que sus grandes proyectos constructivos quedaron por definir. Osorkón I, su hijo, tras el gobierno fuerte de su padre heredó un país más poderoso y rico, como demuestran las considerables donaciones (unas 400 toneladas de plata y oro) que otorgó a los principales templos egipcios, según quedó inscrito en un pilar del templo de Atum en Bubastis. Parte de esta riqueza podría proceder del botín de la campaña palestina.

Quizá, la campaña sirvió también para recuperar parte del prestigio internacional perdido por Egipto y, en relación a ello, para comenzar a mejorar o incrementar sus relaciones comerciales con los puertos del Mediterráneo oriental. De hecho, en Biblos se han hallado estatuas de Sheshonq I, Osorkón I y Osorkón II, faraones de la XXII dinastía, que demuestran dicho contacto regular.

Bajo Osorkón II, Egipto se vió más involucrado en los problemas geopolíticos producto de la creciente presión asiria sobre los reinos de Levante. En el año 853 a. C., Egipto aportó un contingente de mil hombres para sumarse a las tropas aliadas, los llamados «doce reyes de Hatti[45] o de la costa», lideradas por el rey Hadad-idri de Damasco, para enfrentarse al asirio Salmanaser III en Qarqar, a orillas del Orontes.

Durante la década siguiente Osorkón II seguiría colaborando con los aliados, pues se dieron nuevos choques en el 849, el 848 y el 845 a. C., pero la fuerza de este frente común finalmente se desvaneció tan pronto surgieron problemas internos. Como se observa en el llamado *Obelisco Negro* de Salmanaser III, entre los años 841 y 838 a. C. y probablemente aún durante el gobierno de Osorkón II, Egipto envió un *mandattu* o tributo a Asiria compuesto únicamente por animales exóticos: «camellos de doble joroba, un buey de río [hipopótamo], un animal *sakea* [rinoceronte], un antílope *susu,* elefantes, y monos *bazitu* y *uqupu*»[46].

Hay muy escasa evidencia política o económica que demuestre un contacto regular y directo entre Egipto y Asiria durante las XXI-XXIV dinastías. No obstante, materias primas y manufacturas de origen egipcio debían seguir distribuyéndose a través de los puertos levantinos. De hecho, buena parte del marfil, ébano, lino y animales exóticos que las ciudades fenicias tributaban a Asiria debía proceder de Egipto. También el papiro debía exportarse. Por otra parte, un documento asirio fechado entre los reinados de Adad-nirari III y Salmanaser IV, de principios del siglo VIII a. C., muestra la existencia de escribas egipcios en Nimrud. Además, en época de Tiglath-Pileser III, un documento (ND 10048) fechado hacia el 732 a. C.

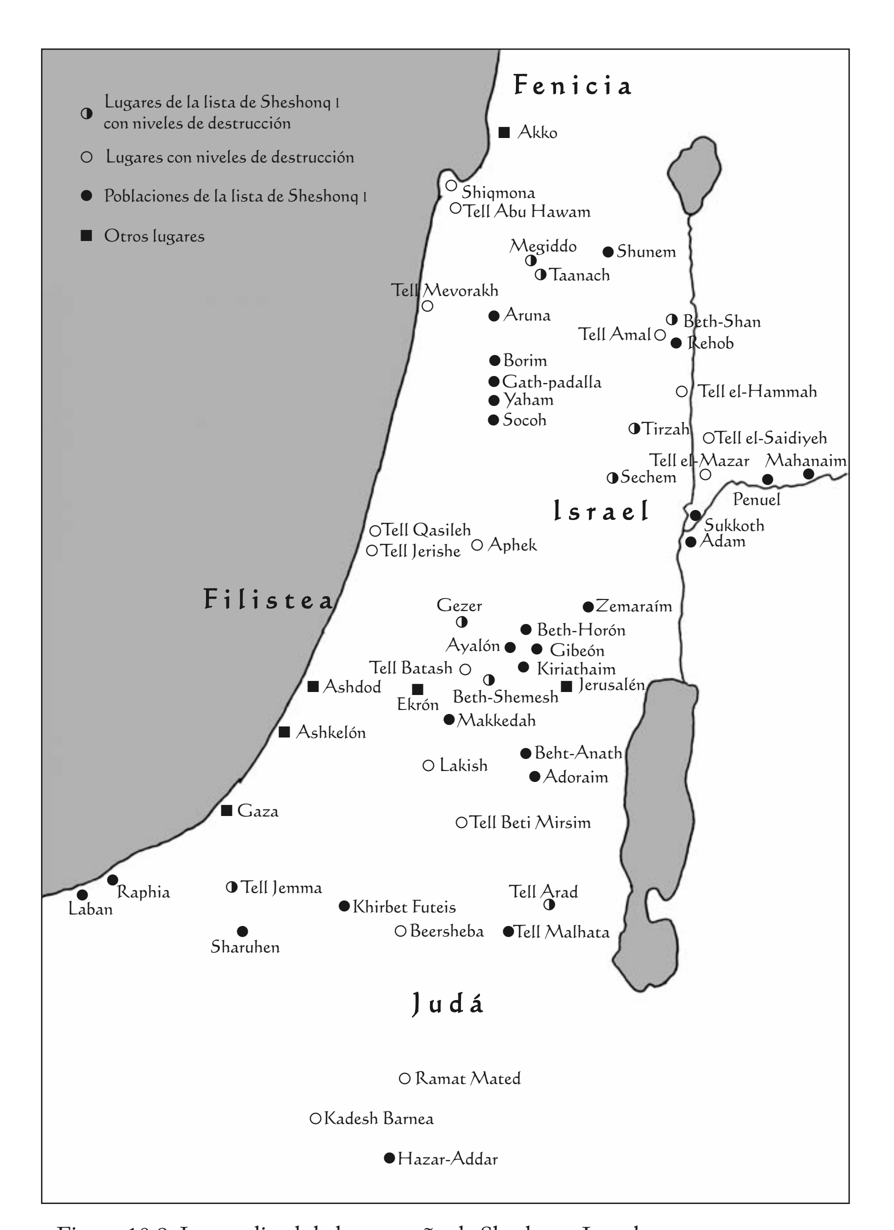



Figura 10.9. La amplitud de la campaña de Sheshonq I se observa en este mapa, en el que se han indicado emplazamientos mencionados en su lista, así como otros con niveles de destrucción relacionados con ésta.

nos habla de la presencia de «hombres de Kush», si bien no sabemos qué hacían en Nimrud.

En un momento de oscuridad en las fuentes escritas y materiales, la influencia que Egipto habría ejercido sobre el reino de Judá se plasma en el empleo de la notación egipcia para pesos y del codo real egipcio para las medidas[47]. El que los numerales hieráticos egipcios fueran empleados en la administración del reino de Judá ha quedado suficientemente demostrado en los últimos treinta años. Por otro lado, la notación hierática también fue empleada en el sistema de pesos *shekel* utilizado en Judá; pero igual de importante es el hecho de que el peso de ocho *shekel* correspondía a un *deben* egipcio[48]. La representación de este tipo de pesos sobre un mapa demuestra que su distribución entre el Nahal Besor y el río Yarkón se enmarca bien con el territorio de Judá, por lo que está claro que este sistema nació en el reino de Judá y fue utilizado únicamente en este lugar.

El empleo de un sistema de pesos compatible con el empleado en Egipto y, además, marcado con numerales hieráticos egipcios referidos al sistema ponderal egipcio y no al *shekel* de Judá, evidencia que las relaciones comerciales entre egipcios y judaítas estaban suficientemente bien establecidas y desarrolladas como para que en el siglo VIII a. C. en el reino de Judá se creyese conveniente la creación de dicho sistema.

La presión asiria sobre Levante empezó a ser sofocante a partir del 738-734 a. C. De esta época es la inscripción asiria ND 2715 en la que se dice haber dado órdenes a las gentes de Tiro para que no comerciasen con Egipto y Filistea. Nos encontramos, por tanto, ante un bloqueo comercial que la gran potencia asiria impulsó contra Egipto. Esta prohibición a Filistea y Egipto, junto con el hecho de que las ciudades filisteas tributasen a Asiria marfiles, lino, rollos de papiro e incluso pescado seco, es decir, productos de origen egipcio y ausentes en Filistea, evidencia, por otro lado, que las ciudades filisteas (principalmente Ashkelón y Gaza) y Egipto debían mantener regulares relaciones comerciales.

Fue hacia el 734 a. C. cuando Asiria llegó hasta la misma frontera de Egipto, definida como el «nahal musur», probablemente el Wadi el-Arish. La huida de Hanno de Gaza a Egipto, señalada por las fuentes asirias hacia el 734 a. C., sigue la tradición de Hadad el Edomita, de Jeroboam I de Israel y de otros que serán documentados en los años siguientes, como Yamani de Ashdod, que finalmente, como indica la inscripción de Tang-i-Var, fue extraditado en el 706 a. C. en cadenas a Asiria. Como vemos, Egipto era también una tierra de exiliados políticos.

Hacia el 732 a. C. el monarca asirio instaló en el «nahal musur» a la tribu árabe de Idibilu como guardiana de la frontera con Egipto, no sólo como parte de un plan de seguridad fronteriza entre Asiria y Egipto, sino también como continuación de la política asiria de monopolizar las líneas comerciales con Egipto a través del Negev. Posteriormente, Sargón II

establecería en las cercanías, entre Gaza y la frontera, un *karu* o estación comercial, deseoso de controlar el comercio egipcio, y a partir del año 720 a. C., instaló allí a asirios, para que comerciaran con los egipcios, y a un *qēpu* o prefecto, *sheik* de una tribu árabe, en la ciudad de Laban, cerca de Rafia, con autoridad administrativa en el *karu* de este lugar.

En estos años convulsos, el último rey del reino norte de Israel, Hoseas, pidió en vano ayuda a «So, rey de Egipto»[49], no pudiendose evitar la caída de Samaría en el año 722 a. C. Dos años después, sin embargo, un ejército egipcio-kushita saldrá en ayuda de Hanno de Gaza, sin que su intervención consiguiera salvar Gaza y otras localidades vecinas de la voracidad asiria, dado que fueron derrotados en Rafia. Probablemente, este ejército había sido mandado por el kushita Shabaka, cuyo dominio sobre Egipto (y con él la XXV dinastía) debía de haber comenzado. A partir de entonces serían los reyes kushitas los que se implicarían en los difíciles asuntos internacionales de Egipto. Posteriormente, un texto asirio hace referencia a un rey llamado «Shilkanni» que envió como presente al monarca asirio doce grandes caballos, que parece eran muy bien valorados. Respecto al comercio de caballos, otro documento (ND 2765: 39-40) indica que Egipto, Gaza, Judá, Moab y Ammón enviaron conjuntamente 45 caballos como tributo, y en otro (ND 2689: 8-13) se habla del envío a Asiria de un equipo de caballos de Egipto. De hecho, durante la XXV dinastía, cuando Egipto se vio temporalmente ocupado por Asiria, Esarhaddon impuso a Egipto un tributo en el que se incluían más de mil caballos.

Cuando el sucesor de Sargón II, Senaquerib (705-681 a. C.), intentaba a comienzos de su reinado sofocar una rebelión en Babilonia, los reinos del oeste encontraron un buen momento para sacudirse el yugo asirio. Los reyes kushitas se implicaron militarmente en las rebeliones que se sucedían en la región contra el poder asirio. Así, en II Reyes 19: 9, se indica cómo una fuerza kushita intervino en la batalla de Eltekeh en el año 701 a. C., tras la cual otra serie de problemas alejarían la presión de los ejércitos asirios de la zona. Entonces se inició una época de paz y prosperidad, aprovechada por Taharqa para ampliar su esfera de influencia política y comercial sobre Levante, pero esto pronto iba a acabar, pues el peligro que representaba Asiria se hizo muy evidente nuevamente.

Paralelamente a la distribución de piezas egipcias, sobre todo a manos de los fenicios, el arte y la iconografía de muchos de los pequeños reinos de Levante seguía la estela de la influencia egipcia. Marfiles, piedras, maderas y otros materiales eran tallados según un estilo egiptizante característico. Baste citar como ejemplos los bellos marfiles de Arslan Tash o la pátera chipro-fenicia de plata dorada procedente de Idalion.

En el año 679 a. C., el nuevo monarca asirio, Esarhaddon, llevaba a sus tropas hasta el «nahal Musur», la frontera con Egipto, de modo que anulaba así la influencia comercial y cualquier pretensión expansionista

que el rey kushita Taharqa hubiera tenido sobre la región. En el 677 a. C. tomaba Sidón, que había renunciado al vasallaje asirio, y en el botín obtenido se citan grandes cantidades de marfil, ébano y otros productos que sugieren unas buenas relaciones comerciales con Egipto. El poder asirio había sometido a los reinos de Levante y en el punto de mira ya se situaba Egipto. *La crónica babilónica* señala que en su séptimo año (674 a. C.) Esarhaddon marchó contra Egipto pero fue derrotado en una sangrienta batalla. Esta victoria debió animar a Taharqa a seguir apoyando la rebelión de los reinos de Levante. De hecho, las fuentes asirias hablan de 22 reyes coaligados.

En el año 671 a. C., sin embargo, Esarhaddon logró tomar Menfis, que tuvo que ser abandonada de forma tan precipitada por Taharqa que parte de su familia fue capturada. Ahora, Asiria dominaba el Delta, y la frontera se situaba posiblemente en el-Hibeh, que tantas veces en los últimos siglos había marcado el límite entre el Bajo y el Alto Egipto.

Esarhaddon reemplazó o renombró a los dinastas locales. Por un documento elaborado a principios del reinado de Assurbanipal, sabemos, por ejemplo, que Nekau I, padre de Psamético I, fue designado como *sharru* en Menfis y Sais, y Montuemhat en Tebas. Además, muchas ciudades egipcias recibieron nombres asirios, como Sais, ahora llamada Kār-Bēl-mātāti, «Puerto del Señor de las (¿dos?) Tierras».

A pesar del revés, Taharqa pudo recuperar Menfis al poco tiempo, así que Esarhaddon lanzó en el año 669 a. C. una tercera campaña contra Egipto, campaña que quedó inesperadamente interrumpida por la muerte del asirio a las puertas de Egipto. Este suceso se limitó a aplazar unos pocos años el retorno de los asirios, esta vez bajo el rey Assurbanipal. En el 667 a. C. mandó a Egipto un *turtanu* o general, que venció a los egipcios obligando a Taharqa a abandonar Menfis por segunda vez. El kushita se refugió en Tebas esperando la llegada de los asirios, que quizá fueron derrotados ante las puertas de Tebas. Además, los asirios tuvieron que volver al Delta ante el aviso de una rebelión en esa zona, encabezada por Sais y Tanis. Derrotados, los reyes de estas ciudades fueron llevados a Nínive y sólo a Nekau I de Sais le fue perdonada la vida y devuelto a Sais con reforzados juramentos de lealtad hacia el monarco asirio.

Muerto Taharqa, el trono pasó en el 664 a. C. a Tanutamon. Según nos cuenta la Estela del Sueño, en su primer año de reinado Tanutamon soñó que tenía dos serpientes, una en cada mano y, al despertarse, sus consejeros interpretaron el sueño, debía coronarse no sólo en Kush sino también en Egipto.

Así que Tanutamon partió de Napata hacia Elefantina y Tebas, donde realizó diversas ceremonias, mostrando, como lo hubiera hecho Piye casi setenta años atrás, una ortodoxia y pureza religiosa dignas de quien se quería hacer presentar como el auténtico faraón, heredero de la tradición

egipcia. Después navegó hasta Menfis, donde tuvo que enfrentarse a una alianza de señores del Delta, vasallos de Asiria. Es probable que entonces muriese Nekau I de Sais, aunque su hijo Nabu-shezzi-banni (nombre asirio de Psamético I) huyó a Asiria. Con esta acción, Tanutamon recuperaba la lealtad del Delta, aunque por muy poco tiempo, ya que en el año 663 a. C. Assurbanipal realizaba una segunda y destructiva campaña contra Egipto, llegando a saquear la misma Tebas.

La toma de Tebas por los asirios fue uno de los acontecimientos más catastróficos recordados en el mundo antiguo. Sin embargo, Tanutamon, que siguió siendo reconocido en Tebas hasta su año ocho, es posible incluso que hubiera intentado tomar Menfis nuevamente entre el 661 y el 656 a. C.[50] Con el desvanecimiento del poder asirio en Egipto, sería precisamente un antiguo colaborador de los invasores, Psamético I, quien acabara por controlar todo el país, expulsar a los kushitas y, con el tiempo, ampliar su influencia comercial y política sobre Levante.

# CAPÍTULO X

# LA BAJA ÉPOCA

José Miguel SERRANO DELGADO

## La Época Saíta. La XXVI dinastía

La toma y saqueo de Tebas por los asirios en el 663 a. C. fueron considerados por muchos como el epitafio de una vieja civilización —la egipcia—, que parecía no iba a volver a levantar cabeza, gobernada como había estado además desde mucho tiempo atrás por una dinastía nubia (la XXV), que en definitiva era extranjera. Sin embargo, en el plazo de cinco o seis años el Egipto faraónico resurgió de sus cenizas, al tiempo que Asiria desaparecía inexorablemente de la historia para nunca más resurgir y los nubios se retiraban a sus tierras de origen (a cientos de kilómetros al sur de Elefantina) para no volver a pretender dominar el norte, al menos con convicción. A manos de una familia del Delta originaria de Sais, que constituye la XXVI dinastía, Egipto vuelve a unificarse, reclamando su genuina identidad y alcanzando el que quizás será su último período de gloria y poder.

### *La dinastía saíta*

El mérito inicial recae, en buena medida, en Psamético I (664-610 a. C.), verdadero inaugurador de este período. Era hijo de Nekao I, un dinasta del Delta, posiblemente uno más entre los descendientes de los jefes mercenarios libios que se habían asentado en el Bajo Egipto durante los tiempos revueltos del Tercer Período Intermedio. Al parecer, Nekao había estado como rehén en Nínive y a su vuelta a Egipto, alentado y asistido sin duda por los asirios, había reclamado la titulatura faraónica y la legitimidad como soberano de las Dos Tierras. Es posible que incluso muriera oponiéndose a la incursión en Egipto llevada a cabo por Tanutamon en su intento por restablecer el dominio kushita al norte de Elefantina,

que finalmente acarreó la violenta intervención asiria del año 663 a. C. El príncipe Psamético, a quién los asirios habían situado como gobernante del estratégico enclave de Athribis, también en el Delta, sucederá a su padre y con él se consolidará la dinastía saíta.

Su éxito se debió en parte a su prolongado reinado, de más de medio siglo (664-610 a. C.), algo que siempre beneficiaba el afianzamiento de una nueva familia en el trono, de forma parecida a lo que sucedió a comienzos de la XII dinastía con Senusert I. Psamético supo actuar con diplomacia y habilidad de cara a los caudillos del Delta y a los gobernantes de la zona estratégica situada entre Menfis y El Fayum, muchos de los cuales debieron verlo en un principio como un rival más, no merecedor de mayor respeto o sumisión que cualquier otro de entre ellos. Especialmente relevante fue que lograra atraer a su causa a Somtutefnakht, el jefe militar de Herakleópolis Magna, que continuaba siendo uno de los centros fundamentales de poder y el nudo de comunicaciones del que dependía en buena medida el control y la influencia sobre el Alto Egipto (Tebas). Sin embargo, cuando fue necesario, Psamético no dudó en recurrir también a la fuerza y con el apoyo de mercenarios griegos expulsó a los príncipes insumisos, obligándoles a exiliarse, buscando muchos de ellos refugio en los oasis líbicos.

Complicada, difícil y delicada se planteaba la, por otra parte, imprescindible recuperación de la autoridad real en la región tebana. Tebas llevaba mucho tiempo prácticamente independiente del norte de país, bajo la autoridad de la «esposa del dios» y «divina adoratriz de Amón», que en esos momentos era Shepenupet II, ni más ni menos que una hermana del kushita Taharka. Mujer ya de cierta edad, había adoptado por heredera, como era previsible, a otra princesa nubia, Amenirdis II, hija a su vez de Taharqa y hermana también de Tanutamon, rival de los saítas y, como dijimos, posiblemente el responsable de la muerte de Nekao I. Por todo esto es sorprendente, y dice mucho de la habilidad de Psamético I, que el soberano saíta lograra atraerse por vía diplomática a ambas mujeres, de tal manera que las persuadió para que adoptaran como heredera a su propia hija, Nitocris (fig. 11.1). Además de un espectacular golpe de efecto de cara al país entero, se trató, sin duda, de un acontecimiento de una relevancia histórica y unas consecuencias muy importantes. Estamos muy bien informados de este episodio gracias a un extraordinario documento, la llamada Estela de la adopción, encontrada en 1897 por arqueólogos franceses en uno de los patios del gran templo de Amón en Karnak. Se trata de un texto —todo sea dicho— elaborado a mayor gloria de Psamético I, quien, según un recurso literario bien conocido, aparece hablando a sus cortesanos y dictando medidas para el buen gobierno del país, en realidad con vistas a la mencionada adopción:

> «Le he dado a él [= el dios Amón de Tebas] mi hija, para que sea esposa del dios [...] Seguramente él quedará satisfecho con su devoción y



Figura 11.1. Relieve que muestra posiblemente la llegada de la princesa Nitocris a Tebas. Procede del templo de Mut en Karnak.

> protegerá la tierra de aquél que se la ha entregado [= el faraón]» (*Estela de la adopción*)[1].

El texto deja claro que se respetan los derechos de las princesas kushitas:

> «Yo no haré lo que no se debe hacer, y no expulsaré a una heredera de su trono *(sic)*, ya que soy un soberano que ama la verdad [...]. Le entregaré [= su hija Nitocris] a ella [= a Amenirdis] para que sea su hija mayor» (*Estela de la adopción*)[2].

Para asegurarse de la buena voluntad de los tebanos, Nitocris recibió una espléndida dote, sobre todo rentas y territorios a lo largo y ancho de Egipto, incluido el Delta. Por último, la estela nos dice que se organizó una fastuosa comitiva naval bajo la responsabilidad del gobernador de Herakleópolis, Somtutefnakht —posiblemente uno de los artífices del acuerdo—, que condujo a Nitocris remontando el río hasta desembarcar en Tebas. La princesa saíta mantendrá buena armonía con las kushitas y, siguiendo la costumbre, se enterrará en el recinto de Medinet Habu.

En todo el proceso de la adopción de Nitocris y el afianzamiento de la influencia saíta en el sur tuvo seguramente un protagonismo fundamental Montuemhat, que a la sazón era el verdadero gobernante de Tebas. Se trata, como es bien conocido, de un personaje singular, que, pese a ostentar el relativamente modesto cargo de «cuarto profeta (o sacerdote) de Amón», así como el de «gobernador de la ciudad [= Tebas]», fue quien en realidad dirigió durante decenios los destinos de Tebas y buena parte del Alto Egipto, siendo reconocida su autoridad al menos desde Hermópolis Magna hasta la propia Elefantina. Montuemhat es mencionado incluso en las fuentes asirias con el significativo apelativo de «rey de Tebas», algo que tiene sentido, pues fue sin duda el principal opositor a la penetración de los asirios y en general un firme valedor de la influencia de los kushitas. Además, parece incluso que estaba casado con una princesa nubia. No obstante, tuvo la sagacidad y clarividencia de evaluar bien el imparable ascenso de los saítas y el hecho de que inevitablemente el Alto Egipto debería incorporarse mas tarde o más temprano a la nueva autoridad que, desde el Delta, reclamaba la legitimidad real. Montuemhat se hizo construir una enorme tumba en Asasif, próxima a los templos de Deir el-Bahari, que aún hoy día domina el paisaje de la zona con sus impresionantes moles de ladrillo. Allí, coherente con el cambio político que había auspiciado, hizo representar a Psamético I como rey del Alto y Bajo Egipto. Hacía siglos que todo el valle del Nilo egipcio no era regido por un único poder. Sólo que en este caso, en contraste con otras situaciones similares por las que había pasado el país egipcio, y por obra de los saítas, este poder unificador procedía del norte.

Para asegurar este logro histórico, Psamético I debía afianzar la situación de Egipto en el panorama internacional. Por ello prestó especial atención a sus fronteras y a la política exterior: fortificó Elefantina para mantener a raya a Tanutamon y las reivindicaciones kushitas; y algo parecido hizo con la frontera del Sinaí, desplegando una intensa actividad diplomática en Siria y Palestina, con lo que volvió a situar a Egipto como una potencia en el concierto de Estados y naciones del Próximo Oriente asiático. Consciente de que la desaparición de Asiria podía propiciar el surgimiento de nuevos poderes que amenazaran a Egipto, hizo lo posible para evitar la caída de Nínive y, cuando en el 612 a. C. esta ciudad fue destruida por la coalición de medos y babilonios, sostuvo el último y efímero foco de independencia asiria en torno a la ciudad de Harrán.

Los acontecimientos que siguieron parecieron darle la razón, teniendo que abortar ya entonces un primer intento de penetración de cimerios y escitas en el Delta del Nilo. Psamético contó para todas estas empresas con el importante apoyo de contingentes de mercenarios, que se convertirán en una seña de identidad del ejército egipcio de la Época Saita. Estos mercenarios eran fundamentalmente griegos y carios, pero

también había grupos de sirios, fenicios y hebreos, que aportaron muchos elementos culturales y lingüísticos al Egipto de este período.

Psamético fue también un constructor afamado, dejando obras importantes especialmente en Menfis y en Sais, que en general fueron las ciudades más mimadas por los soberanos saítas. Mucho es el mérito que hay que atribuir al fundador de la nueva dinastía. Sus retratos, al hilo de la evolución artística de la época, lo presentan como un hombre de rasgos firmes, mirada enérgica y sagaz; alguien que, tras medio siglo de gobierno, pudo dejar a su hijo Nekao II un Egipto próspero, renacido y fuerte.

Nekao II (610-595 a. C.) trató de continuar el afianzamiento de la influencia política de Egipto en Siria y Palestina, donde ahora el competidor era fundamentalmente la Babilonia caldea. Se apoyó para ello en dos pilares: por un lado, en Palestina se apoderó de Jerusalén, en cuyo trono instaló a un rey leal, Joaquím, después de vencer y dar muerte en Meggido a su padre, Josías, que había tratado de aprovechar la desaparición de Asiria para hacer de nuevo de Judá un Estado plenamente independiente. Por otra parte, más al norte y ya en Siria, a orillas del Éufrates tuvo una base proegipcia en el estratégico enclave de Karkemish, que era una de las llaves de acceso a Mesopotamia. Sin embargo, en esta misma ciudad sufrirá una importante derrota ante el rey de Babilonia, que era ni más ni menos que el célebre Nabucodonosor. El resultado fue grave para los saítas, pues perdieron Karkemish, Jerusalén, las princiales ciudades fenicias (Sidón, Biblos, Tiro) y sólo a duras penas lograron evitar la invasión caldea del Delta y mantener dominada la franja de Gaza.

Estos fracasos fueron de alguna manera contrapesados por la extraordinaria actividad naval de Nekao. Se le considera como el auténtico fundador de la flota egipcia, en buena medida con el apoyo de sus mercenarios griegos, carios y fenicios. Los astilleros egipcios viven una época de febril actividad, llegando a construirse espléndidos trirremes, que de alguna forma dotaron a Nekao de un arma disuasoria que evitó nuevos intentos de invasión por parte de los babilonios. Los documentos procedentes de su reinado, sobre todo las biografías funerarias, están llenos de menciones de cargos y puestos de responsabilidad de tipo naval; un ambiente en el que encaja muy bien la tradición de la expedición que envió por el mar Rojo hacia el sur y culminó la primera circunnavegación del continente africano. Aunque hay muchas dudas acerca de la realidad y del alcance de esta empresa, la mención de la sorpresa de los marinos que van siguiendo el litoral africano cuando el sol deja de salir a su izquierda y al alba pasa a aparecer a la diestra parece confirmar que llegaron a doblar el cabo de Buena Esperanza. Más verosímil parece otro gran proyecto de Nekao II, la excavación y puesta en funcionamiento de un canal que comunicara los brazos orientales del Nilo con el mar Rojo. Se trataba de una obra de ingeniería extraordinaria, si hemos de creer a Heródoto:

> «Su longitud es de cuatro días de navegación, y se abrió tan ancho que dos trirremes pueden navegar por el bogando a la par. El agua llega hasta el canal procedente del Nilo —el punto de derivación se halla al sur de la ciudad de Bubastis— pasa por las cercanías de Patuco, la ciudad de Arabia, y desemboca en el mar Eritreo [= mar Rojo] [...]. Y en su excavación perecieron ciento veinte mil egipcios» (Heródoto, *Historia*, II, 158)[3].

Los datos topográficos que proporciona Heródoto permiten asegurar que el canal discurría por un trazado que no distaba mucho del que se convirtió en una realidad en la segunda mitad del siglo XIX, con la construcción del canal de Suez. Se trataba de un viejo proyecto egipcio en el que ya se había trabajado durante los tiempos gloriosos del Reino Nuevo. El canal, que atravesaba la zona del Wadi Tumilat, quedó inacabado, aunque posteriormente los persas se encargarían de terminar la obra, como veremos más adelante.

A Nekao II le sucede Psamético II (595-589 a. C.), cuyo breve reinado de apenas seis años de duración está, sin embargo, marcado por importantes hitos en la política exterior egipcia, que eclipsan en buena medida el reinado de su padre y lo equiparan a su homónimo fundador de la dinastía. Psamético II empleó de nuevo una feliz combinación de habilidad diplomática y exhibición de poder militar, con un éxito tal que uno podría legítimamente preguntarse cuál habría sido el destino de la dinastía saíta si este soberano hubiera disfrutado de un reinado considerablemente más largo.

En Siria y Palestina, donde el poder de la Babilonia de Nabucodonosor se mantenía inamovible, Psamético optó por una actitud de conciliación y de entendimiento. El resultado de ello es que este territorio vuelve de nuevo a abrirse a los contactos egipcios y que, al hilo de las relaciones diplomáticas, la influencia cultural e incluso política comienza a restablecerse. No debe de ser ajena al buen entendimiento entre egipcios y caldeos la preocupación creciente que tiene Babilonia ante el fortalecimiento de los pueblos medos y persas hacia el norte y oeste del ámbito mesopotámico.

En cualquier caso, Psamético II organizará una gran expedición naval a la costa fenicia que, en vez de ir a los centros de poder de Tiro o Sidón, iría destinada a Biblos, un tradicional enclave egipcio en la zona. Se trata de un episodio mal documentado y poco conocido. En todo caso no se trataba de una incursión militar, porque el faraón va acompañado de un séquito de cortesanos y sacerdotes; de hecho, es posible que también transportara algunas efigies sagradas o estatuas de dioses. Este último dato es de gran interés.

Durante siglos, las relaciones amistosas entre reinos y dinastas del Próximo Oriente recurrieron con frecuencia al recurso de enviar imágenes

divinas como embajadoras de buena voluntad, e incluso para ayudar o auxiliar a un príncipe amigo en situación de apuros. Que un dios egipcio viajara a Asia no era en absoluto una novedad, pero que en el episodio que nos ocupa las estatuas divinas fueran escoltadas por el propio faraón daba sin duda una especial dignidad y trascendencia a la expedición. No está de más mencionar que la famosa Estela de Bentresh, una de las joyas de la Baja Época de la historia de la literatura egipcia, tiene justamente como tópico central el desplazamiento de una estatua del dios Khonsu a un reino asiático, aunque, como veremos, es posible que el contexto histórico de este especial documento haya que situarlo algo más tarde.

Con respecto a la frontera sur, en cambio, la actitud de Psamético II fue completamente diferente. No sabemos si empujado por un mero afán de expansión, o por prevenir un ataque nubio, lo cierto es que este soberano rompió con setenta años de convivencia pacífica y aceptación mutua del *statu quo* entre Egipto y Nubia. La gran expedición militar que atacó al reino de Kush está bien documentada y ofrece muchos elementos de relevancia histórica. El propio faraón la lideró, conduciendo al ejército al menos hasta la frontera de Elefantina. A partir de este punto la tropa penetró profundamente en territorio nubio, llegando más allá de la tercera catarata y quebrantando de forma notable el poderío militar kushita. Es de gran interés constatar que la tropa de Psamético II estaba compuesta por dos cuerpos de ejército: uno de egipcios mandado por un tal Amasis y otro de mercenarios griegos, carios y semitas —hebreos incluidos— a cuyo frente estaba Potasimto. Conocemos estos y otros detalles por la célebre inscripción que dejaron en uno de los colosos de Abu Simbel:

> «Cuando llegó el rey Psamético a Elefantina esto fue escrito por aquellos que navegaban con Psamético, hijo de Teocles, y llegaron hasta más allá de Kerkis, tan lejos como el río permite. Aquellos que hablaban lenguas extranjeras iban al mando de Potasimto, los egipcios al de Amasis» (*Grafito en un coloso de Abu Simbel*)[4].

Se trata de un extraordinario documento que nos presenta la complejidad del ejército saíta; complejidad que, como veremos muy pronto, acabará teniendo un papel determinante en el destino final de la dinastía. A esta triunfal expedición siguió una persecución sistemática de la memoria de los soberanos kushitas de Egipto, los que habían constituido la XXV dinastía. Los nombres e imágenes de estos reyes son martilleados y borrados, sobre todo en la zona tebana, donde el hecho de que esta *damnatio memoriae* se llevara a cabo en apariencia sin oposición es buena muestra de cómo los saítas habían logrado imponer la fidelidad a su dinastía en esta región, que previamente había sido el principal reducto de poder e influencia de los nubios en Egipto.

Con el sucesor de Psamético II, Apries (589-570 a. C.), comienza el declive saíta. Fue poco afortunado en su política exterior. En Asia, por ejemplo, en lugar de seguir el modelo de diplomacia de su padre se decide por la confrontación frontal con los caldeos, animado quizás por los avances de medos y persas. Se atrajo de nuevo la fidelidad de Jerusalén y del reino de Judá, mientras que la potente flota egipcia hace acto de presencia en todo el tramo de costa que va desde Gaza hasta Chipre. Sin embargo, Nabucodonosor fuerza la retirada egipcia, asedia Tiro durante años y finalmente obliga a esa ciudad a bascular hacia el bando babilonio, lo que supuso un duro golpe para el poderío marítimo saíta. Por último, para dar ejemplo, asedia y destruye Jerusalén, obligando a la flor y nata de la sociedad judía a marchar a la cautividad en Babilonia. A Egipto afluirán a miles los exiliados y fugitivos hebreos y, como es natural, Apries los acoge con generosidad, estableciéndose varias colonias por todo el valle del Nilo. Particularmente floreciente fue la colonia hebrea en Elefantina, compuesta en buena medida por mercenarios, que muy pronto llegarán a tener en esa ciudad un templo edificado a su dios, Yahvé.

No fue éste el único fracaso de la política exterior de Apries, quien posiblemente inquieto ante el creciente poderío de la recién fundada colonia doria de Cirene, en la costa líbica, aprovecha la petición de ayuda que le hacen los jefes libios para intervenir en ella. Apries mandará una expedición de socorro compuesta sobre todo por tropas nativas egipcias (aquellos que Heródoto llama *makhimoi,* que formaban una auténtica clase o casta), evitando recurrir a los mercenarios griegos, por razones obvias. El resultado fue una sonora derrota del ejército egipcio. Además, cuando regresaban a Egipto, irritadas sin duda por el trato recibido de Apries, las tropas se rebelan y proclaman rey a un general de prestigio, Amasis, quien asume el trono como Ahmose II. Apries es derrotado y muerto, lo que tendría que haber significado el fin del linaje que había gobernado Egipto desde Psamético I y de la dinastía saita en general.

Sin embargo, Amasis era también originario de Sais y además trató con gran respeto la memoria de Apries: recuperó los restos de su infortunado predecesor y rival, le organizó las exequias fúnebres correspondientes a un soberano y finalmente lo enterró en la necrópolis real de Sais. Esta acción suponía una reivindicación de la legitimidad y del derecho al trono del propio Amasis, convirtiéndolo a ojos de los egipcios en el verdadero heredero y sucesor de Apries, por lo que se entiende que la dinastía continuó con él. Es incluso posible que Apries sobreviviera algún tiempo como rehén de Amasis y que llegaran a iniciar una corregencia, lo que reforzaría aún más sus derechos declarados a la legitimidad como faraón.

Para muchos autores, Amasis (570-526 a. C.) es quizás el último gran soberano que tuvo el Egipto independiente. Su reinado fue largo y

pleno de logros, dejando una profunda huella en la memoria histórica. Parece que se trataba de una personalidad notable. De origen aparentemente modesto, sus biógrafos, sobre todo Heródoto, gustan de presentarlo como un hombre campechano, de modales poco refinados o incluso vulgares, aficionado a los banquetes, a las bromas y en fin a la bebida:

> «... al principio los egipcios despreciaban a Amasis y no lo tenían en la menor estima, dado que anteriormente había sido un simple hombre del pueblo y procedía de una familia sin alcurnia [...]. En la administración de los asuntos del estado, por cierto, seguía el siguiente método: muy de mañana, hasta la hora en que la plaza está concurrida, despachaba con toda atención los asuntos que se le presentaban; pero a partir de esa hora se dedicaba a beber, a gastar bromas a sus convidados y a mostrarse frívolo y chistoso» (Herodoto, *Historia*, II, 172)[5].

Se trata de una imagen un tanto folclórica, que recuerda a muchos otros modelos o arquetipos de héroes populares y que sin duda en buena medida es fruto de la leyenda o simplemente de la invención y la propaganda. De lo que no cabe duda alguna es de que nos encontramos frente a un gobernante enérgico, un excelente diplomático, buen administrador y gran constructor, que tras treinta y cuatro años de gobierno dejó un país firme y próspero.

Al poco de iniciar su reinado tuvo que rechazar un intento de invasión de los caldeos. Fue el último episodio de enfrentamiento entre las dos potencias, que ante el creciente poderío de los persas, especialmente amenazador para Babilonia y su imperio, tenían ahora muchos motivos para entenderse y ayudarse. Esta coyuntura permitió a Amasis restablecer en buena medida la posición de Egipto en el Mediterráneo oriental, especialmente con el control de la isla de Chipre y el establecimiento de unas relaciones cada vez más intensas con el mundo Griego. Éste será sin duda uno de los rasgos más llamativos y memorables del reinado de Amasis. Su filohelenismo es claro e indiscutible, apareciendo como el más griego de entre todo los que, antes de Alejandro, se sentaron en el trono de los faraones. En cierto modo, esto explica también la simpática y familiar imagen que de él recogen, como hemos apuntado, las fuentes griegas, especialmente Heródoto.

Este extremo podría parecer paradójico, por cuanto, como dijimos más arriba, Amasis accede al trono al hilo de una revuelta de las tropas nativas egipcias y del sector social que representaban (los *makhimoi*), indignadas entre otras cosas por el trato preferente que los faraones daban a los mercenarios egeos. Ya aquí hace gala Amasis de sus excelentes dotes como negociador, diplomático y hábil mediador. Era consciente de que no podía prescindir de los mercenarios griegos, no sólo por obvias razones de tipo militar o de seguridad nacional, sino también por intereses económicos

y políticos. Sin embargo, a su vez estaba obligado a satisfacer las necesidades de las tropas egipcias y a evitar los roces entre extranjeros y nativos. Resolverá el problema reordenando radicalmente la distribución de las tropas mercenarias y, en general, de los extranjeros en Egipto. Así, cierra los diversos campamentos que salpicaban la geografía del Delta y concentra la mayor parte de la tropa mercenaria en la capital efectiva del país, Menfis.

Además de eso, concentra por decreto a la mayoría de la población de origen egeo y minorasiático en un único núcleo, Naucratis. Se trató de una medida que, aparentemente, dejó satisfechos a todos. Para los egipcios, suponía la división necesaria que les permitía sentir de nuevo su independencia y autonomía. Para los griegos y demás extranjeros, el establecimiento de Naucratis abrió un período de gran prosperidad, ya que Amasis dotó a la nueva fundación de múltiples privilegios, exenciones e inmunidades. El establecimiento de un único lugar que concentraba las funciones de mercado, de centro de importación y exportación, facilitó y estimuló las transacciones comerciales.

Ni qué decir tiene que Naucratis se convirtió en una metrópolis cosmopolita, rica, llena de vida y actividad. Según nos transmite Heródoto, había allí un santuario panhélénico, mantenido entre otros por la gente procedente de Rodas, Focea, Halicarnaso y Mitilene. Pero también los samios tenían su propio recinto sagrado dedicado a Hera, los de Mileto otro dedicado a Apolo y los de Egina un templo a Zeus. Naucratis se convirtió, así, en foco de fusión de culturas. De esta ciudad irradió la principal corriente de la helenización que experimentó Egipto en este período.

No será ésta la única muestra de interés y atención hacia Grecia y lo griego por parte de Amasis. Dando un giro radical a la política exterior de su predecesor, estableció excelentes relaciones con Cirene, renunciando en adelante a interferir en las relaciones entre esta colonia griega y los libios. Según la tradición, incluso llegó a casarse con una mujer de Cirene llamada Ladike, extremo éste que es posible, pero que no ha podido ser confirmado por la documentación egipcia contemporánea. Además de ello, Amasis firmó un tratado de amistad y cooperación con Polícrates de Samos, ejemplo y modelo de tiranos.

Muchas ciudades griegas fueron objeto de su generosidad y larguezas, como Rodas, Esparta o Delfos, cuyo templo de Apolo, el santuario panhelénico más prestigioso y venerado de todo el mundo griego, reconstruyó a sus expensas tras resultar destruido por un incendio en el 548 a. C. No es extraño, por tanto, que los griegos prestaran mucha atención a su persona, la cual pronto adquirió tintes legendarios, atribuyéndosele amistad y trato personal con figuras de la talla de Solón, Pitágoras o Tales de Mileto.

Amasis era consciente de que la amenaza principal del panorama internacional radicaba ahora en Persia, por lo que anudó lazos con los

Estados o naciones que se enfrentaban a esta misma situación. Así, mantendrá excelentes relaciones con Babilonia, donde a la muerte de Nabucodonosor había ascendido al trono Nabonido (que será, a la postre, el último soberano de la dinastía caldea). También firmó un tratado de amistad y auxilio mutuo con el reino de Lidia. No obstante, existe una curiosa tradición según la cual envió una princesa egipcia a la corte del Ciro el Grande, fundador del poderío persa. Se trata de una historia que no es posible confirmar, con los documentos que tenemos, y que bien puede ser el resultado de un intento por parte de los egipcios de establecer, *a posteriori,* una relación entre el faraón y la casa real persa que de alguna manera legitimara a estos últimos como soberanos de Egipto, una vez consumada la conquista persa del país. Pero tampoco hay que descartar que Amasis, fiel a su sagacidad política y a su bien conocida habilidad diplomática, hubiera intentado evitar la predecible invasión persa con una política de acercamiento y de buena voluntad.

De lo que no cabe duda es de que, pese a todos los esfuerzos desplegados, el final de la dinastía saíta estaba próximo. Apenas un año después de la muerte de Amasis, su efímero sucesor, Psamético III (nombre elegido sin duda para fortalecer la imagen de continuidad y legitimidad que de alguna forma le faltaba a Amasis), se enfrentó a la esperada embestida de los persas. Derrotado en la batalla de Pelusio, quizás la última «derrota nacional» del Egipto faraónico, Psamético fue perseguido hasta Menfis, debiendo entregar el país a los nuevos señores, inaugurándose así otro período de la historia egipcia.

### *Sociedad y cultura del Egipto saíta*

> «Precisamente durante el reinado de Amasis fue cuando —según se dice— Egipto alcanzó su mayor prosperidad, tanto por las ventajas que el río reportaba a la tierra como por las que la tierra reportaba a sus moradores; y en esa época las ciudades habitadas del país llegaron a ser en total veinte mil» (Heródoto, *Historia*, II, 177)[6].

No cabe duda de que en estas palabras de Heródoto se esconden evidentes exageraciones; pero también es cierto que la Época Saíta fue entendida, dentro y fuera del país, como un período floreciente y lleno de prosperidad. Egipto tuvo la fortuna de gozar de soberanos de gran talla, como Psamético I, Psamético II o Amasis, que además de diplomáticos y políticos resultaron ser excelentes administradores. Amasis, especialmente, gozó de fama como legislador, recogiendo Heródoto la noticia de que estableció un registro de la renta al que debían rendir cuentas todos los egipcios. Aunque no se ha encontrado ninguna de las tumbas reales de esta época, sabemos que los soberanos de la dinastía saíta se enterraron

de una forma posiblemente modesta y siguiendo la tradición del Tercer Período Intermedio, es decir, dentro del recinto sagrado de un santuario o templo. El templo elegido fue, naturalmente, el de la diosa Neith en la ciudad de Sais; el diseño de estos monumentos funerarios debía constar de una superestructura —una capilla exenta— que cubría el pozo que llevaba a la cámara del sarcófago. Veamos cómo lo describe Heródoto:

> «Los saítas han enterrado a todos los reyes oriundos de ese nomo dentro del santuario, pues aunque la sepultura de Amasis esta mas alejada del templo que la de Apries y la de los antepasados de este último, con todo se halla también en el patio del santuario, que consiste en un gran pórtico de piedra adornado con columnas que imitan troncos de palmeras y con otros suntuosos ornamentos. Y en el interior del pórtico se alza una doble puerta tras la cual está la cámara funeraria» (Heródoto, *Historia*, II, 169)[7].

Atendiendo a este texto, es posible que Amasis se enterrara algo apartado de los reyes del linaje de Psamético I, pues, como vimos, en realidad se trataba de un usurpador.

La gestión del estado saíta conservaba la tradicional división en nomos, que eran unos cuarenta; pero, por encima de ellos la Administración estaba articulada a partir de dos bloques. Uno se encargaba del control del Bajo Egipto y de los contactos con Asia y el Mediterráneo Oriental, y tenía su sede en la ciudad de Saís o, mejor, en la vieja capital del país, Menfis, que seguía ostentando un papel central en el gobierno del país. En cuanto al Alto Egipto, el progresivo declive de Tebas durante todo el período saíta beneficia a otros centros, como Herakleopolis Magna, Edfú o Elefantina, desde donde se controlaban las relaciones con el sur y se vigilaba a los kushitas. En Edfú llegó a establecer su residencia una especie de gobernador general que controlaba todo el Alto Egipto; se trata de un puesto que recuerda al «gobernador del Sur» de finales del Reino Antiguo. Para este cargo solía designarse a alguien por completo fiel a la dinastía saíta, preferiblemente un notable del Delta.

Buena parte del mérito de la gestión del país recae en la aristocracia, la nobleza egipcia, que se siente comprometida con la reconstrucción nacional que promueven los saítas. Muchos son los textos que informan de la conservación y adecentamiento de los principales santuarios del país, reconstrucción realizada en buena medida por estos notables, supuestamente a instancias del soberano. Pero también son conscientes de su papel e importancia, como demuestra el orgullo y sentimiento individualista que queda recogido en las biografías funerarias de los miembros de la élite de este período, llegándose en ocasiones incluso a minimizar el papel del faraón en beneficio de la imagen que de ellos mismos quieren proyectar.

El desarrollo cultural de Egipto durante la XXVI dinastía es muy rico y con una fuerte personalidad. Es lo que con acierto ha dado en llamarse el «renacimiento saíta», que afectó a todos los ámbitos de la vida, la sociedad y la cultura del país. Cosmopolita y abierto, integrado de nuevo en el panorama político internacional, Egipto se abre a las influencias extranjeras, especialmente del Egeo y Siria-Palestina. Buena muestra de ello es la creciente cantidad de palabras de origen semita, griego e incluso cario que van a parar a la lengua egipcia. La escritura jeroglífica sigue sana y plena de vigor, reservada como la más apropiada y pura para los grandes monumentos y obras del arte sagrado (templos y tumbas). Pero, gradualmente, los escribas egipcios van optando, sobre todo en su quehacer diario, por abandonar lo que se ha dado en llamar «hierático anormal» e introducir el sistema de escritura *demótico,* que será el sistema gráfico dominante a partir sobre todo de Amasis, prolongándose en la Época Grecorromana. A su vez, la escritura demótica es expresión escrita de la etapa de desarrollo de la lengua egipcia que recibe ese mismo nombre. El demótico (el tercer texto, junto con el jeroglífico y el griego, que figura en la célebre Piedra de Rosetta) será la lengua empleada en Egipto hasta que el copto y el griego se impongan (fig. 11.2). En demótico se crearan obras fundamentales de la literatura egipcia, como la serie de relatos o narraciones protagonizados por ese personaje llamado *Setne Kaemuaset,* mezcla de mago, sacerdote y erudito, o los textos sapienciales de *Ankhsheshonqui* y del Papiro Insinger, que alcanzan una altura moral posiblemente sin parangón en su género.

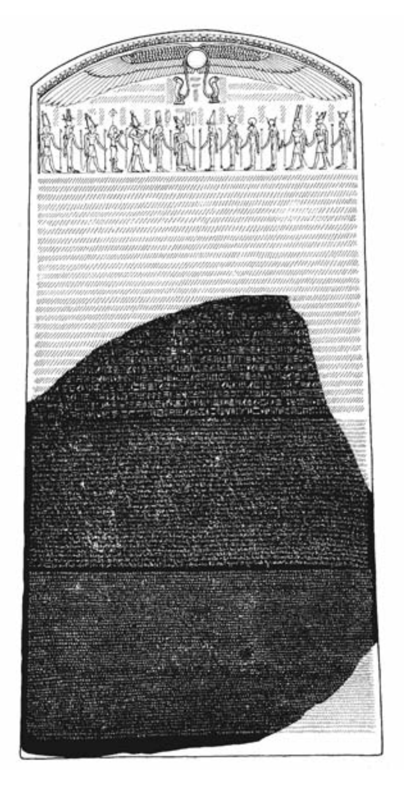


Figura 11.2. La piedra Rosetta.

Atención especial merece la tendencia a usar modelos del pasado y de elementos antiguos de la cultura egipcia, tanto en la literatura como en el arte. Es lo que ha dado en llamarse el «arcaísmo saíta», un fenómeno que

no es la primera vez que encontramos en la historia faraónica (se recurre a él, por ejemplo, durante la primera mitad de la XVIII dinastía, siendo muy notable en los reinados de Hatshepsut y Tutmosis III). Se trata de una manera de recuperar los valores y cánones que se suponen más puros y propios de la civilización faraónica. No es tanto una copia sino una reutilización de elementos clásicos, en aras de una nueva valorización de la vitalidad creadora de los egipcios, precisamente cuando más abiertos parecen a las influjos y a los contactos con otras culturas de Oriente. Se nos presenta como una moda que llega a contagiar hasta a la propia política, pues el protocolo onomástico de los soberanos saítas presenta muchos elementos que recuerdan a los Reinos Antiguo y Medio.

Así, dentro del arte hay una clara inclinación a imitar los modelos del período más glorioso de Menfis, el Reino Antiguo, en significativo detrimento de los modelos tebanos, ramésidas o del Reino Nuevo en general. Esta vocación arcaizante se refleja en los monumentos de los soberanos, como por ejemplo en los relieves hallados en Menfis que recogen escenas del jubileo real, la fiesta *Sed,* los cuales imitan claramente antecedentes de la V dinastía. Pero también encontramos algo similar en las tumbas de los notables, que en muchas ocasiones recuperan escenas de rituales funerarios caídos en desuso a partir de la Época Ramésida, como las escenas de procesión funeraria, el arrastre del sarcófago, del cofre de los canopos y de esa enigmática figura que es el *tekenu,* que tan frecuentes son en la decoración de las tumbas del Reino Antiguo, Medio y primera mitad de la XVIII dinastía.

En el mundo de los textos y en las tendencias literarias, se evidencia también esta vuelta al pasado, según la típica concepción egipcia de que lo escrito forma parte indisociable de la arquitectura y del arte. Así, se recuperan obras venerables, como *Los textos de las pirámides* o el propio *Libro de los muertos,* al que se le da una redacción nueva, la llamada «Recensión saíta», que precisamente por sus peculiaridades se emplea como criterio de datación. Hay que tener presente que gracias al «arcaísmo saíta» se cuidaron y preservaron monumentos que posiblemente llevaban arruinados siglos, en especial los de la necrópolis de Guiza, Abusir o Saqqara.

Sin embargo, hay que saber valorar también lo que el arte saíta supuso de innovador, capaz de acuñar rasgos propios (fig. 11.3). Así, los artistas saítas imponen un cambio en al canon de la figura humana, haciéndola más alargada, lo que confiere una especial elegancia y estilización al arte de la época. Esta finura y gracilidad también se aprecia en la forma en que se diseñan los signos de la escritura jeroglífica. Los escultores muestran una inclinación especial hacia las piedras de gran dureza, a las que dan un tratamiento pulido de una calidad y virtuosismo inigualables. Al mismo tiempo, gustan de ofrecer esculturas de tipo macizo, en las cuales la solidez y fuerza de la materia prima, ya sea granito

o basalto, comparten protagonismo con la propia figura modelada en ella. Esto se aprecia especialmente en las estatuas-cubo, pero también en las que se presenta al individuo en pie.

Otro gran valor de la imaginería saíta radica en su inclinación hacia el naturalismo. Esto se hace patente en el tratamiento de los rostros, por ejemplo en la serie de esculturas de Psamético I que comentábamos antes; se trata de auténticos retratos, atentos al perfil humano o psicológico del fundador de la dinastía, que aparece, así, dotado de una clara individualidad. Es un elemento artístico que hunde sus raíces en el período precedente, el kushita. No hay que olvidar que en Grecia, en estos momentos, aún están esculpiendo los rostros fríos e inexpresivos del arte heleno Arcaico.



Figura 11.3. Sarcófago de la Baja Época.

En cuanto a la evolución de la ideas religiosas, está claro que hubo divinidades que se vieron especialmente favorecidas por la evolución política, como la diosa Neith de Sais (identificada por los griegos con Atenea, quizá por su porte guerrero, con el arco y las flechas) o el viejo dios patrono de Menfis, Ptah, a su vez asociado con el olímpico Hefaistos, posiblemente por su condición de patrono de los artesanos. Pero la época Saíta es también el tiempo del triunfo definitivo de la religión osiriana. Será el Egipto saíta el que dará pie a los griegos —y después los romanos— para decir que Osiris era el dios principal de panteón egipcio, algo que como bien sabemos no se corresponde con la realidad de la mayor parte de la historia faraónica. Así, Isis será una de las deidades más favorecidas por los soberanos saítas (se le construyen un gran templo en Menfis y otro en Filae).

Otro de los rasgos más llamativos es el triunfo de los cultos zoomórficos o, por decirlo con más propiedad, la devoción hacia los animales y su empleo como exvotos que ofrecer a la divinidad como muestra de piedad.

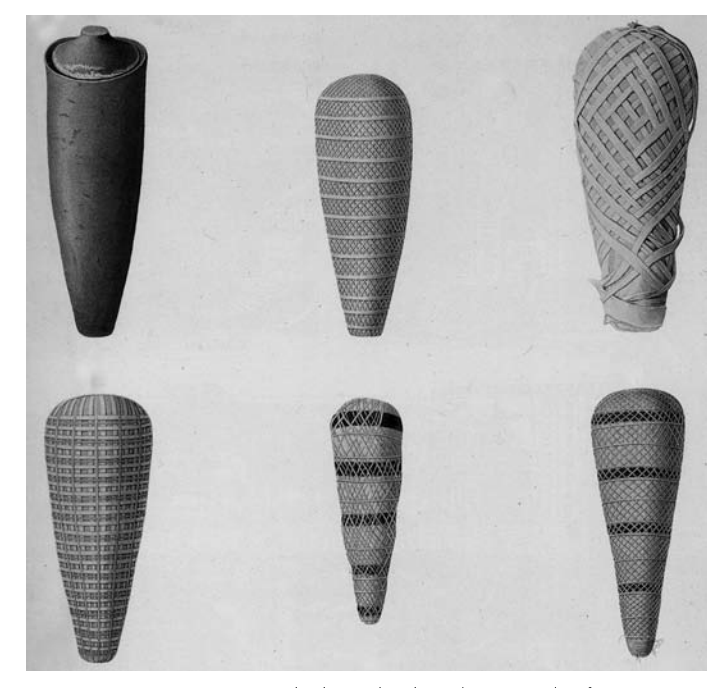


Figura 11.4. Momias de ibis. El culto a los animales fue una de las características de la Baja Época.

Ibises, halcones, cocodrilos, gatos y babuinos, entre otros, se embalsaman a cientos y miles, para ser depositardos después en lugares concretos donde se amontonan cúmulos de momias (fig. 11.4). Espectacular es el desarrollo del culto a Apis, el toro sagrado menfita. Vinculado en principio a Ptah, muy pronto será superado por la asociación que se hace de él con Osiris e Isis. Psamético I amplió de manera considerable el Serapeum de Saqqara (las catacumbas en las que eran ostentosamente inhumados los toros Apis que iban muriendo), donde Apries y Amasis, entre otros soberanos saítas, dedicaron numerosas estelas. Son muchos los monumentos votivos dedicados por soberanos saítas en los que éstos aparecen arrodillados frente al toro sagrado, que, no olvidemos, es un culto típicamente del Delta, el centro de gravedad del Egipto saíta.

## Egipcios, persas y griegos (525 a. C.-332 a. C.)

Pasamos ahora a un período histórico relativamente largo, dominado por la circunstancia de un Egipto integrado en el Imperio Persa, situación que se mantuvo durante casi siglo y medio, frente a los cerca de

sesenta años que duran las últimas y efímeras dinastías propiamente egipcias. Egipto se encuentra de nuevo bajo una dominación extranjera, precedente casi sin solución de continuidad de lo que será su integración en el mundo grecorromano, primero con los ptolomeos y finalmente con Octavio Augusto y los emperadores romanos que le suceden.

Se trata de un período rico en cuanto a los documentos que nos han quedado; pero también especialmente difícil de reconstruir, debido a los importantes prejuicios y distorsiones que afectan estas fuentes, y que —dicho sea de paso— comparten en buena medida los historiadores que se han dedicado a reconstruirlo. Por una parte, las fuentes egipcias tuvieron un natural interés en presentar la dominación extranjera de una forma que resultara tolerable a los ojos de sus compatriotas, haciendo de los faraones persas personas devotas y respetuosas de lo egipcio; pero también los criticaron como tiranos arbitrarios y sin legitimidad. A esta última opción se adscriben en buen medida las fuentes griegas, interesadas obviamente en presentar la conquista de Alejandro como una auténtica liberación del país y en exaltar la prosperidad y felicidad de Egipto bajo los griegos. Por tanto, si queremos lograr una reconstrucción histórica lo más verosímil posible, hay que saber leer entre líneas las fuentes egipcias relativas a estos años, así como a autores griegos como Herodóto, Diodoro Sículo o Plutarco de Queronea.

### *Evolución histórica del Egipto Persa. La Primera Dominación Persa (525-404 a. C.)*

Hacia mediados del siglo VI a. C., el persa Ciro se anexiona el Estado y pueblo hermano de los medos, derrotando a Astiajes y entrando su capital, Ecbatana. Este episodio adquirió justa y legendaria celebridad, convirtiéndose en el primer hito indiscutible de la voluntad de Ciro —y de los persas— de constituir un nuevo «Estado universal» que abarcara todo el Oriente Medio. Una tras otra van cayendo las naciones rivales o que se resistían al nuevo poder: en el año 549 a. C., el reino de Elam; y, al año siguiente, Anatolia, donde la resistencia de Lidia fue inútil. Un poco más tarde, Ciro se decide a atacar finalmente la Baja Mesopotamia, aniquilando con sorprendente facilidad la resistencia de los caldeos, que se suponía eran la gran potencia de la zona. El 12 de octubre del año 539 a. C., Ciro entra en Babilonia y, a partir de ese momento, la marea persa es ya imparable: al año siguiente está en Siria y Palestina, llamando a las puertas del Egipto saíta, donde Amasis, consciente como dijimos del peligro, llevaba tiempo preparando al país para el enfrentamiento. En este momento, de forma providencial para los egipcios, fallece Ciro, dejando el trono y el encargo de completar el imperio con la conquista de Egipto a su hijo Cambises, quien, no obstante, deberá dilatar la empresa ante los

conflictos sucesorios que, como sucede casi siempre cuando fallece el monarca, sacuden a la corte persa.

De cualquier forma, en el 525 a. C. el ejército persa se reúne en Gaza y está preparado para la invasión. La batalla que decide la suerte de Egipto se desarrollará en Pelusio, el bastión del Delta oriental. Tras la victoria persa, Cambises avanza hacia la capital, Menfis, donde recibirá la rendición de Psamético III. Había comenzado oficialmente la dominación persa en Egipto. El reinado de Cambises fue breve y, por lo que respecta a Egipto, estuvo muy marcado por los testimonios de la intensa actividad que este soberano desarrolla en el país y el fallido intento de anexionarse la colonia griega de Cirene. Aparentemente, Cambises será entronizado con todo el ritual y el protocolo faraónico, teniendo aún tiempo de imponer una serie de medidas políticas, sociales y económicas. Una de ellas fue un decreto mediante el cual trataba de controlar las ventajas fiscales, privilegios e inmunidades de los templos y de su personal (los sacerdotes), algo que, como veremos, posiblemente tuvo que ver la imagen negativa, de impío sacrílego, que adornará su leyenda negra.

Pero sin duda el soberano persa que más interés y atención demostró hacia Egipto fue Darío I. De hecho, a su largo reinado, de más de cuarenta años, hay que atribuir la mayoría de los documentos que ilustran la presencia y el gobierno persa en Egipto. Restauró templos, se ganó de nuevo a la clase sacerdotal y llevó a cabo una actividad intensa edilicia y de obras públicas. Quizás su empeño más práctico fue la terminación del canal que, por el Wadi Tumilat, conectaba Egipto con el mar Rojo y que no pudo completar Nekao II. Para conmemorarlo, el monarca persa erigió una serie de estelas a lo largo del mismo. El empeño de Darío tenía amplias perspectivas políticas y económicas, porque a través del mar Rojo se podía enlazar la satrapía de Egipto con la Baja Mesopotamia y Elam, en definitiva, con el corazón del Imperio Aqueménida.

Además, a Darío se atribuye también una importante obra de codificación de leyes, parece que hacia el 518 a. C. Para ello, si damos crédito a lo se recoge en un excepcional documento, la *Crónica Demótica,* Darío ordenó personalmente al sátrapa o gobernador de la provincia reunir a los más sabios y eruditos de los «guerreros, sacerdotes y escribas», con la intención de recoger por escrito el derecho del país tal y como se había acuñado hasta el reinado de Amasis. Una vez concluida la labor, que hay que suponer generó una magna codificación de leyes y para lo que se invirtió ni más ni menos que diecinueve años, una comisión marchó a Susa a presentarla al rey de reyes en el propio corazón del imperio, donde recibiría el visto bueno de Darío. Señalan las fuentes que el rey hizo que se pusiera por escrito en «escritura asiria y en escritura epistolar» (cuneiforme y demótico posiblemente). En la relación de satrapías del imperio, Darío hizo que Egipto figurara en sexto lugar, lo que demuestra el alto aprecio y valor en que la tuvo el soberano.

Tras la muerte de Darío, la capacidad de los reyes persas para mantener su autoridad en Egipto se vio gravemente afectada por las largas y extenuantes Guerras Médicas y los consiguientes intentos de los egipcios, cada vez más intensos, por recuperar su independencia y libertad. Así finalmente, fue hacia el año 404 a. C. cuando, tras la muerte de Darío II, un nuevo príncipe de Sais, Amirteo, logrará restablecer —por última vez— el Estado faraónico.

### *El gobierno persa en Egipto*

La imposición del dominio persa no debió alterar de manera notable la vida del país egipcio. Como era su costumbre, los aqueménidas mantuvieron en funcionamiento la estructura administrativa del mismo tal y como había sido establecida por los saítas, limitándose fundamentalmente a controlar los puestos más elevados y de mayor responsabilidad, que en principio fueron ocupados por notables persas, mientras que los niveles medios y bajos de la Administración no experimentaron cambios considerables. Este proceso se vio facilitado por la forma de entender el gobierno y la gestión del Estado que tenían los persas, que presentaba muchas similitudes con la que era tradicional en Egipto.

Como era de esperar, al frente de la provincia de Egipto se situaba un sátrapa, con residencia oficial en Menfis, ciudad que desempeñó siempre el papel de capital de Egipto en cuanto que Sexta Satrapía del imperio. Allí se localizaban los demás altos funcionarios, en especial el jefe de la cancillería y el responsable del Tesoro. La lengua oficial de la satrapía era el arameo, que, como es bien conocido, funcionaba como lengua franca de todo el Imperio Aqueménida; pero sabemos que al servicio del gobernador había un nutrido grupo de escribas egipcios que se encargaban de traducir documentos y registros, además de servir de puente en una Administración que en realidad era bilingüe. Si hemos de dar crédito a Heródoto, Egipto tenía la obligación de contribuir a las arcas imperiales con una cantidad fijada en unos 700 talentos, lo que, según la opinión de muchos, no era un monto excesivo para una tierra tan rica como la del valle del Nilo. Esto dice mucho de la equidad y buen sentido de los administradores persas e induce a pensar que, en principio, los egipcios no debieron sentir el dominio persa como algo difícil de soportar, al menos económicamente.

El Delta, el Bajo Egipto, constituía la provincia que quizás más atención recibió de los persas, y se regía directamente desde Menfis. En cuanto al Alto Egipto, pareció conveniente dividirla en dos mitades: una se extendía desde Hermonthis hasta Asúan, estando su capital en Elefantina; la otra arrancaría desde la zona de Tebas hacia el norte, quizás hasta El Fayum. Los persas dieron muestras de interesarse por mejorar la productividad del país y lograr una más racional explotación de sus recursos.

Así, la zona del Wadi Hammamat, con sus ricas canteras y minas, experimenta en estos momentos un notable resurgimiento de su actividad. Es interesante comprobar que en esta región los persas mantuvieron durante un tiempo a los funcionarios egipcios que habían trabajado para los últimos soberanos saítas. Posteriormente serán nombrados administradores persas, que en cualquier caso se integraron muy bien entre los egipcios de la comarca, asumiendo al mismo tiempo la función de gobernadores de Coptos, adoptando para sus monumentos e inscripciones la lengua y escritura faraónicas, cambiando sus nombres por otros típicamente egipcios e incluso casándose con esposas nativas. Análogamente, en Menfis, en la corte del sátrapa, encontramos pronto a notables egipcios como colaboradores estrechos del representante del Rey de Reyes, como es el caso de un tal Ptahotep que, a inicios del siglo V a. C., desempeñaba la función de «jefe del Tesoro», máximo responsable por tanto del fisco provincial.

Evidentemente la estabilidad del dominio persa en Egipto también dependía en buena medida de una fuerza de ocupación capaz de disuadir cualquier intento serio de rebeldía. En Menfis se concentraba una importante guarnición, pero, asimismo, había concentraciones considerables en Tebas y en Elefantina. Gran parte de los soldados al servicio de los persas eran mercenarios, semitas muchos de ellos. Acabarán echando raíces en Egipto, constituyendo familias y transmitiendo su oficio de padres a hijos. Ello explica que, a inicios de la Época Ptolemaica, se mencione a «medos» o «persas nacidos en Egipto» como miembros del ejército, seguramente descendientes de los citados mercenarios de la Época Persa.

En la actualidad, la mayoría de los especialistas está de acuerdo en que el impacto del dominio persa en Egipto, al menos hasta el reinado de Jerjes, fue en general positivo. Se trata de una cuestión a la que no debió ser ajena la política de buena voluntad y generosidad con la que Ciro el Grande, el modelo en que se reflejan los demás monarcas persas, se ganaba a las élites —y al pueblo llano— de las naciones conquistadas. Esta actitud del fundador del Imperio Aqueménida se desarrolló de una forma especialmente intensa y hábil en todo lo relativo a la religión, los dioses y los cultos de los pueblos vencidos, que una vez ganados a la causa del persa se convertirán a su vez en legitimadores del nuevo orden de cosas. La imagen de Ciro tras la conquista de Babilonia subiendo al Esagila —el santuario de Marduk—, abrazando las rodillas del dios y de paso recibiendo de éste el visto bueno y la aceptación como soberano único, consagra un recurso que se repetirá también en Egipto.

Cambises, hijo de Ciro y a la postre conquistador de Egipto, será nombrado por su padre rey de Babilonia y en calidad de tal no dejará de participar en las grandes ceremonias religiosas de la capital del Éufrates, adaptándose escrupulosamente a las costumbres, recomendaciones e incluso amonestaciones que le harán los sacerdotes babilonios. Un paralelo

de esto lo encontramos en uno de los documentos más extraordinarios de la Época Persa en Egipto, la biografía de Udjahorresnet, un notable que asiste al tránsito de la Época Saíta a la Persa, que sirvió bajo los últimos soberanos de la XXVI dinastía y que vivirá hasta bien entrado el reinado de Darío I. Si hemos de prestar crédito a su relato, grabado en una estatua naófora conservada en los Museos Vaticanos de Roma (fig. 11.5), Udjahorresnet introdujo a Cambises en los misterios de la religión egipcia y lo acompañó para rendir los honores religiosos preceptivos a la diosa Neith en Sais, una de las divinidades que había tenido la categoría de nacional en el Egipto saíta. También había colaborado estrechamente en la elaboración del protocolo faraónico de Cambises, es decir, del «gran nombre» del persa en cuanto que faraón de Egipto:



Figura 11.5. Estatua naófora de Udjahorresnet, con un texto autobiográfico que constituye un excepcional documento para la Época Persa.

> «Él [= Cambises] hizo que yo estuviera a su lado como Compañero y Administrador del Palacio. Yo compuse su titulatura, a saber, su nombre de rey del Alto y Bajo Egipto, Mesutire» (*Estatua naófora de Udjahorresnet*)[8].

Posteriormente, este noble egipcio residió en Susa al lado de Darío I, del que logra finalmente que lo envíe de nuevo a Egipto para restaurar la «casa de la vida» de Sais:

> «La majestad del rey del Alto y Bajo Egipto, Darío, que viva para siempre, me ordenó volver a Egipto [...] para restaurar la institución de la casa de la vida [...]. Actué según me había ordenado Su Majestad. Los doté con todo el personal, consistente en bien nacidos; no había gente de baja extracción entre ellos. Los puse bajo la tutela de hombres todos sabios, de forma que les enseñaran todas sus artes» (*Estatua naófora de Udjahorresnet*)[9].

Merece la pena que insistamos en la forma en que Udjahorresnet se refiere a Darío, empleando el titulo real egipcio. Como dijimos, está claro

que los monarcas persas, al menos Cambises y Darío I, se entronizaron y coronaron oficialmente como soberanos de Egipto según todas las reglas, usos y tradiciones faraónicas, anticipándose así a lo que harán Alejandro, los ptolomeos y algunos emperadores romanos. Por esta razón adoptan un protocolo onomástico a través del cual querían ser conocidos, obedecidos y venerados por sus súbditos egipcios. Estudiando el protocolo faraónico de Cambises y de Darío, se aprecia fácilmente que fue cuidadosamente elegido, desde un contexto cultural, religioso y político específicamente egipcio, lo que demuestra una vez más la voluntad de aceptar la idiosincrasia de los nuevos súbditos, al menos por parte de los primeros aqueménidas.

Todo lo que llevamos dicho hace que la tradicional imagen negativa de Cambises, en torno al cual se generó, como ya dijimos, una auténtica «leyenda negra», sea cuando menos discutible. Es incluso posible que haya que buscar las raíces de esta imagen perversa no tanto en Egipto, sino en la propia Persia, donde se buscó contraponer la imagen intachable del padre —Ciro— a la de un hijo de comportamiento tiránico y disoluto. Sea como fuere, en franco contraste con una tradición que lo presenta como sacrílego y ejecutor del toro sagrado Apis, lo cierto es que durante el reinado de Cambises en el Serapeum de Menfis fueron inhumados correctamente, y en apariencia sin problema alguno, hasta dos de estos animales sagrados. Resulta de especial interés la estela que conmemora el enterramiento del Apis en el año 6 del reinado del «faraón» Cambises: el soberano aparece representado con todo el atuendo tradicional faraónico y en la típica actitud de respecto y de veneración ante el animal sagrado. No hay que olvidar que en la inscripción de Udjahorresnet este personaje insiste en que Cambises colma de dignidades y ofrendas al santuario de Neith en Sais y que —a instancias del noble egipcio— incluso dispondrá el desalojo de la tropa persa que se había apoderado de él, posiblemente en el momento inicial de la ocupación:

> «Hice una petición a la Majestad del rey del Alto y Bajo Egipto Cambises acerca de todos los extranjeros que estaban en el templo de Neith, para que fueran expulsados de él, de forma que el templo de Neith estuviera en todo su esplendor, como era anteriormente. Su Majestad ordenó expulsar a todos los extranjeros que habitaban en el templo de Neith, y derribar todas sus viviendas, y todos sus bienes impuros que había en el templo [...] Su Majestad mandó limpiar el templo de Neith y que todo su personal regresara a él [...] Su Majestad hizo esto, porque hice que Su Majestad conociera la grandeza de Sais, que es la ciudad de todos los dioses que residen allí en su trono para siempre» (*Estatua naófora de Udjahorresnet*)[10].

Más espectacular aún es la documentación correspondiente a Darío I. En las estelas del canal, que mencionábamos más arriba, Darío es referido

como: «Darío, nacido de Neith, imagen de Ra, aquél a quién él mismo [= Ra] ha colocado sobre su trono para completar lo que el había comenzado [...] porque ella [= Neith] sabía que era su hijo [...] el que amplia las fronteras»[11]. Darío llevó a cabo una intensa actividad de reconstrucción o ampliación de templos y santuarios en lugares tan señalados como El Kab, Edfú, Tebas o el Serapeum de Menfis (fig. 11.6).

Pero sin duda su más acabada muestra de devoción y atención hacia los dioses egipcios es el gran templo de Hibis, localizado en el oasis de El Kharga. No hay que olvidar que este oasis es uno de los puntos estratégicos de las rutas que, a partir del Alto Egipto y especialmente la Tebaida, comunican tanto con la zona Libia, hacia el oeste, como con las regiones meridionales, en Nubia; se trata de rutas de comercio, caravaneras, que los persas se preocuparon, como por doquier a lo largo y ancho de su imperio, de asegurar y de dejar francas para permitir el comercio y trafico de bienes. El templo de Hibis está dedicado a Amón-Ra (en realidad a la tríada tebana) y es el mayor templo construido en Egipto en el lapso de tiempo que va desde fines del Imperio Nuevo hasta la Época Ptolemaica. A pesar de que Darío I trabajó sobre un santuario preexistente y de que el templo no se terminó hasta la Época Griega, la mayor parte del espléndido conjunto que aún hoy día se ve, en especial la decoración, se debe a este soberano persa.

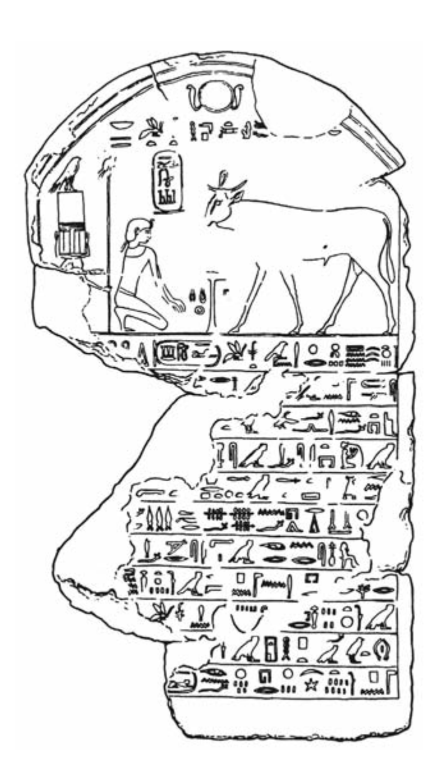


Figura 11.6. Estela del Serapeum, de Menfis. El soberano persa (Darío I) aparece con el típico aspecto y actitud de un faraón.

Aquí encontramos a Darío representado de una forma que salvando algunos detalles, como las cintas que cuelgan por detrás del tocado regio, apenas se diferencia de la tradicional iconografía milenaria del faraón. Así, en un relieve, el rey persa es amamantado por la diosa madre, en este caso Mut, la esposa de Amón. En otra escena, situada en uno de los muros

de la espléndida sala hipóstila, Darío protagoniza la ofrenda a Amón, rey de los dioses, de la estatuilla de Maat, el orden y la armonía, el equilibrio universal, cuyo mantenimiento es una de las responsabilidades fundamentales del faraón. Este cuadro es acompañado por un precioso himno a Maat, que junto a una serie de otros cuatro himnos dedicados a Amón figuran entre las manifestaciones literarias más acabadas de piedad divina por parte de un rey egipcio. Además, en el templo de Hibis, Darío aparece hasta en dos ocasiones representado con forma del halcón Horus, enfatizando aún más la asunción de los presupuestos ideológicos y funcionales tradicionales de un soberano egipcio. Hay que tener presente que en estos tiempo tardíos de la civilización faraónica se hizo especial hincapié en que el soberano fuera piadoso, manifestara su devoción a los dioses y que actuara adecuadamente en lo que al culto y la liturgia se refiere. Con la edificación del templo de Hibis, Darío se aseguraba celebridad entre los egipcios; pero hasta cierto punto también su legitimidad y derecho al trono como rey garante de la *pax deorum*.



Figura 11.7. Estela procedente de El Fayum. El faraón (Darío I) aparece venerado en la clásica forma de un halcón.

Merece la pena señalar que todo esto, que extraemos de un gran santuario como es el templo de Hibis, está en consonancia con otras manifestaciones religiosas más modestas o que podríamos incluso llamar populares. Darío aparece de nuevo como faraón en una pequeña naos o capilla de madera hallada cerca de Hermópolis Magna, en el Egipto Medio: arrodillado y realizando las ofrendas tradicionales, esta vez ante Osiris o Thot. De El Fayum procede una pequeña estela (conservada en el Museo de Berlín) en la que un egipcio, un simple particular, aparece adorando a Darío, también con forma de halcón y referido como «señor de las dos tierras» (fig. 11.7).

En 1972 tuvo lugar al suroeste de Irán, en el yacimiento donde se situaba la antigua capital persa de Susa, un hallazgo sorprendente. Allí, en

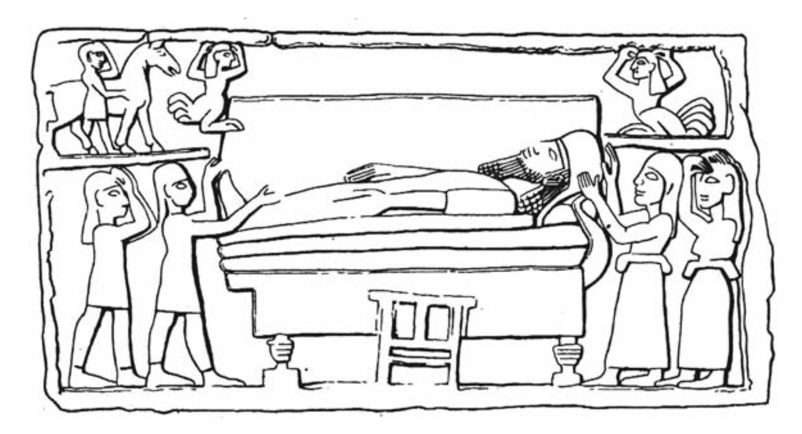


Figura 11.8. Estela funeraria mostrando la yuxtaposición de motivos iconográficos y religiosos egipcios e iranios.

las ruinas de un palacio erigido hacia el 500 a. C. por Darío I, apareció una estatua de tamaño mucho mayor que el natural representando al soberano. No sólo se trata de una de las primeras representaciones de un soberano persa en bulto redondo y de cuerpo entero, sino que la factura de la estatua y los textos que la decoran son excepcionales. La imagen esta hecha con técnica y estilo puramente egipcios y, no obstante, representa al rey persa con el atuendo iranio típico (fig. 11.8). La escultura ostenta inscripciones en las lenguas del imperio (persa, elamita y akadio) y en egipcio jeroglífico. Está claro que fue realizada por artistas egipcios desplazados hasta Susa, empleando piedra de los Zagros, a pesar de que el texto pretende hacernos creer que se elaboró en Egipto. Sabemos que Darío concentró en su corte de Susa a notables egipcios, como el ya mencionado Udjahorresnet, acompañados sin duda por funcionarios, escribas y artistas.

La estatua de Darío no es sólo una espléndida manifestación del gusto e inclinación egipcios del rey persa, sino que también tiene una lectura religiosa y política. La estatua está dedicada a insistir en la asociación entre el monarca y el dios Atum; de hecho se dice que otra similar fue donada por Darío al santuario de Atum-Ra en Heliópolis. Resulta curioso comprobar que, según la teología egipcia, este dios representa el verdadero origen de la realeza del país egipcio y es el auténtico dador de legitimidad. Así se comprende que se aluda a Darío como «el hijo de Ra, nacido de Atúm, imagen viva de Ra, a quién él [= Ra] ha situado sobre su propio trono para completar lo había iniciado en la tierra»[12]. Este documento se ha puesto en relación con otras piezas de arte aqueménida, en especial con una cabeza conservada en Estrasburgo en la que, junto con elementos típicos egipcios en el tocado o corona, se ha

reconocido al dios Aura-Mahzda, la deidad (solar) suprema de la religión tradicional irania. Aparentemente se trata de un intento de generar una deidad sincrética, involucrando justamente a Atum-Ra. De esta manera, quizás forzando una evolución religiosa con un interés concreto, Darío pretende aparecer como el representante (e hijo) del dios supremo ante persas y egipcios, y posiblemente también ante todos los pueblos de su imperio.

Con respecto a la actitud de los egipcios ante la dominación persa y a las reacciones que este episodio histórico generó, se trata de un tema de interés al que no es fácil dar una respuesta sencilla. Evidentemente, a ningún pueblo le gusta estar dominado por un poder extranjero y menos que nadie a los egipcios, quienes, por su propia idiosincrasia y cosmovisión, se consideraban el centro del mundo y el pueblo elegido. Y más aún tras experiencias tan traumáticas como la de los hyksos (Segundo Período Intermedio), que, aunque lejanas, habían dejado un impacto enorme en la mentalidad egipcia, o la más reciente, real y asimismo dura, de los asirios. Es comprensible entonces que no falten menciones a la invasión del año 525 a. C., entendida como caos, violación y desastre. Pero hay que tener cuidado en tomarlas muy al pie de la letra. Para el egipcio, la dinámica del paso del tiempo y de los cambios, incluido el tránsito de un soberano a otro o de una dinastía a otra, se plantea como una dialéctica: caos contra orden; ese orden universal que encarna Maat y que acaba por imponerse (aunque fuera por obra de un soberano de origen extranjero).

De ahí que buena parte de la población, en especial la élite o la nobleza, ante la actitud de respeto y benevolencia de soberanos como Cambises y sobre todo Darío I, se inclinara a aceptar el cambio, la nueva situación, en la que sin duda tuvieron grandes posibilidades de prosperar. La carrera de Udjahorresnet es, de nuevo, un buen ejemplo. Por otra parte, la élite egipcia, muy especialmente el sector sacerdotal, contrapone la aceptación del dominio político y militar del persa a la declarada manifestación de la superioridad de la civilización egipcia, sobre todo en lo religioso, a lo que contribuye la aparente aceptación de este presupuesto por parte de los propios soberanos persas. Esto es lo que se aprecia claramente en las palabras de Udjahorresnet, cuando declara cómo introdujo a Cambises en los misterios de Saís e indujo al rey persa a devolver la grandeza al santuario saíta:

> «Hice que Su Majestad conociera la grandeza de Sais, que es el lugar de Neith la grande, la madre que dio a luz a Re, y que inauguró los nacimientos, cuando los nacimientos aun no existían, así como la naturaleza del templo de Neith, que es el cielo en cada uno de sus aspectos, y la naturaleza de la grandeza de los castillos de Neith, y de todos los dioses y diosas que están ahí y la naturaleza de la grandeza del palacio que es el lugar del soberano...» (*Estatua naófora de Udjahorresnet*)[13].

Este mismo modelo de superioridad del vencido (en lo cultural y en lo religioso) frente al vencedor vuelve a aparecer en otros episodios, como por ejemplo el que recoge de nuevo Heródoto (*Historia,* II, 110) sobre el deseo de Darío I de erigir una estatua suya en el templo de Ptah de Menfis. En esta ocasión, resulta significativo que el soberano persa renuncie a su proyecto ante la amonestación de los sacerdotes, que le hacen ver que todavía no es lo suficientemente digno para ello, pues aún no ha logrado hazañas como las de los reyes egipcios que habían erigido estatuas en ese templo. Es incluso posible que el relato de la Estela de Bentresh, que ya hemos mencionado, haya de situarse en este contexto histórico e ideológico; al fin y al cabo es un documento que insiste de nuevo en la supremacía de los dioses egipcios frente al poder los soberanos de Asia.

De todas formas, resulta difícil generalizar y no sabemos cuáles serían en concreto las vivencias o la reacción por parte de las capas más bajas de la población, que constituían la mayoría y que son los que debieron sufrir más los efectos inmediatos de la conquista, sobre todo en el Delta. La convivencia pudo ser más fácil entre los miembros de ambas élites, la persa y la egipcia, mientras que sería más complicada entre las tropas de guarnición acantonadas y la población civil. Una buena muestra de esto fue el conflicto entre las tropas judías al servicio de los persas con sede en Elefantina y la población egipcia de la ciudad. Significativamente, la disputa adquirió la forma de un enfrentamiento religioso, con fuerte protagonismo de los sacerdotes del dios egipcio local Khnum, oponiéndose al culto foráneo de Yahvé, al que, como señalamos más arriba, habían erigido un santuario en esa localidad[14].

### *Las últimas dinastías nativas y la segunda dominación persa (404-332 a. C.)*

El período de incertidumbre y debilidad que afecta a Persia tras las Guerras Médicas, unido a una política menos hábil de cara a los egipcios por parte de Artajerjes I y sus sucesores son algunos de los elementos que explican el triunfo de los intentos de independencia egipcia y la existencia —breve— de los últimos soberanos nativos del Egipto faraónico. Efímeras fueron, efectivamente, las XXVIII, XXIX y XXX dinastías, que ocupan poco más de sesenta años.

La recuperación de la soberanía nacional fue de nuevo obra de un saíta, de nombre Amirteo, quizás emparentado con la XXVI dinastía, que contó con el decisivo apoyo de Esparta. Aunque parece que fue reconocido como soberano de todo Egipto, apenas han quedado documentos de su reinado, el único de la breve XXVIII dinastía (404-399 a. C.). La XXIX dinastía es originaria de Mendes y duró algo más, unos veinte años (398-380 a. C.), estando mejor documentada. Los soberanos que

la componen, Neferites I, Akhoris y Neferites II, realizaron una intensa actividad constructiva, continuando, en cierta medida, la obra de los persas, por ejemplo en el templo de Hibis. Pero centran también su atención en Karnak y en la Tebaida, donde tratan de resucitar la dignidad de los viejos dioses tebanos, que aparecen como garantes de los poderes demiúrgicos con los cuales se quiere revestir de nuevo a los soberanos, según las tradiciones ideológicas de la monarquía faraónica. No cabe duda de que intentaron enlazar con un pasado más glorioso, asumiendo un protocolo onomástico claramente inspirado en el de los faraones saítas de la XXVI dinastía y tratando de reafirmar su legitimidad y su intención de comenzar un nuevo período de prosperidad.

No obstante, la principal protagonista de este breve período de independencia es la XXX dinastía (380-343 a. C.). Compuesta por tres soberanos, Nectanebo I, Teos y Nectanebo II, era originaria asimismo del Delta, esta vez de Sebennytos (la patria del célebre Manetón). Estos tres soberanos vivieron una precaria independencia, entre la constante amenaza de la reconquista persa, por un lado, y el necesario apoyo de los griegos —especialmente Esparta—, cada vez más involucrados en el destino de Egipto, por otro. Sin embargo, el único intento serio de recuperación del poderío internacional de los faraones, llevado a cabo por Teos en torno al 360 a. C. y que condujo por última vez a los egipcios a ese tradicional territorio de su expansión por Asia que era Siria, terminó en un fracaso, en buena medida por las disputas dinásticas en la corte faraónica.

No obstante, la XXX dinastía dejó una huella muy considerable en la arquitectura y el arte. Nectanebo I mostró especial atención y respeto por el santuario de Neith en Sais, posiblemente para atraerse al poderoso clero de esa ciudad y afianzar así la incipiente dinastía. En Dendera se edifica la primera *mammisi* o «casa de nacimiento» que conocemos. Aunque con claros precedentes en el arte egipcio, se trata en definitiva de una novedad arquitectónica: un espacio reservado para el nacimiento del dios-hijo, que tendrá luego gran fortuna en los templos y santuarios de la Época Ptolemaica. Otros lugares emblemáticos de Egipto se beneficiarán igualmente de esta actividad edilicia, como Bubastis, Filae (el templo de Isis), Coptos, Edfú, etc. Hay que destacar la atención que dedican a la región Tebana (Tod, Karnak) y a Sebennytos, que, no olvidemos, era la patria chica de estos soberanos y en cuya proximidad erigen el espléndido templo de Isis de Behbet el-Hagar.

Merece la pena destacar las abundantes muestras de devoción que estos soberanos hicieron a las manifestaciones zoomorfas de la divinidad, como el toro Apis y su santuario-necrópolis, el Serapeum, o el toro Bucchis de Hermonthis, cuyos enterramientos en el Buccheum, que inaugura Nectanebo II, se mantendrán en funciones hasta bien entrada la Época Romana. También en las galerías de ibises y babuinos de Hermopolis

Magna, la ciudad sagrada de Thot, se registra una gran actividad. No cabe duda de que, apoyando y potenciando estos cultos, los faraones de la XXX dinastía tratan de proyectar una imagen piadosa que propiciara la simpatía y el apoyo de los egipcios, dada la enorme popularidad que el culto a los animales había alcanzado en la Baja Época. Por otra parte, se trataba de formas de vida religiosa propiamente egipcias, y apoyarlas era una manera más de declarar el orgullo y la superioridad de la civilización faraónica, incluso en estos momentos agonizantes.

El espíritu de este período se encarna de forma muy especial en un conjunto escultórico procedente de Heliópolis, donde el último faraón del Egipto independiente, Nectanebo II, aparece bajo la protección del halcón Horus. Se trata de un modelo iconográfico típico, empleado durante milenios, pero uno no puede dejar de notar el contraste entre el minúsculo tamaño de la efigie real en comparación con la gran figura del halcón. Con todo, los egipcios guardarán de los faraones de la XXX dinastía un recuerdo grato, tal y como podemos ver, por ejemplo, en la *Crónica demótica*. Se trata de un texto que acumula sueños premonitorios y profecías que afectan a los reinados de varios soberanos, en especial Nectanebo I, y que evalúa el éxito o fracaso de su reinado en función de las manifestaciones de piedad y generosidad que realizaron hacia los templos y los dioses. Así, se generó *a posteriori* la leyenda del origen egipcio de Alejandro, que en realidad no sería hijo de Filipo de Macedonia y Olimpia, sino de ésta y el propio Nectanebo II. Pese a todo, la XXX dinastía caerá, aunque, como vamos a ver, la religión y la civilización faraónicas aún se mantendrán durante siglos prosperas y vigorosas.

En el año 343 a. C., la insistencia persa dio su fruto y Artajerjes III Ochos recupera Egipto para el imperio, dando fin a la XXX dinastía. Durante nueve años el valle del Nilo volvió a ser administrado por los persas, si se puede llamar administración a lo que sucedió en este breve lapso de tiempo. La impresión que tenemos de la documentación, por otra parte muy escasa, es que el desgobierno y la arbitrariedad fueron la marca de identidad de lo que ha dado en llamarse la Segunda Dominación Persa en Egipto. La *Crónica demótica* recoge una imagen apocalíptica de la situación del país y, aunque posiblemente la realidad debió de ser más compleja, las biografías de esta época (como la de Petosiris en Hermopolis Magna) no dejan de insertar notas que, aunque por lo general escuetas y poco explícitas, parecen dar la razón a esta imagen negativa. Sea como fuere, este breve período de renovado dominio persa es uno de los principales responsables de esa mala imagen que, por una generalización ciertamente abusiva, ha llegado a caracterizar también los años de la Primera Dominación Persa. Se comprende así que cuando, tras la decisiva batalla de Isos, Alejandro y sus macedonios —los griegos en definitiva, considerados además como seculares aliados de Egipto— se aproximaron a la frontera del Delta, los egipcios los saludaran y acogieran

como libertadores; pero la independencia del Egipto faraónico, tal y como la entienden los historiadores, había terminado.

## *Epílogo: Egipto y el mundo grecorromano*

Cuando en el año 332 a. C. Alejandro Magno entra en Egipto como conquistador, muchas cosas cambiaron en el país del Nilo y un nuevo futuro se gestó. La actuación del soberano macedonio no dejó lugar a dudas: Alejandro consideraba Egipto como algo muy especial. Eso explica en buena medida que él, una persona que detestaba las demoras y tenía muy claros sus objetivos (básicamente, la constitución de un nuevo Estado universal a costa sobre todo del Imperio Persa), dilatara su estancia en el país del Nilo durante más de medio año. Además se trató de una estancia llena de episodios significativos: Alejandro se hizo entronizar como faraón, siguiendo todo el ritual tradicional, adoptando asimismo un protocolo completo como soberano egipcio. En el templo de Amón del oasis de Siwa recibe el célebre oráculo que revela su estirpe divina. Finalmente, en el Delta occidental fundará la ciudad destinada a ser la capital de su estado universal, Alejandría, que se convertirá en una de las grandes metrópolis del Mediterráneo y el lugar en el que será finalmente enterrado el conquistador macedonio. Como se ha dicho en numerosas ocasiones, Alejandro entra en Egipto como rey macedonio y líder de la Grecia libre y sale de él revestido con los poderes y carisma del déspota oriental, en definitiva, los presupuestos sobre los que se asentarán las monarquías helenísticas durante los tres siglos posteriores a su muerte.

Tras Alejandro, Egipto se mantendrá como la potencia más sólida, influyente y coherente de la Época Helenística. Bajo la dinastía de los ptolomeos (los soberanos griegos descendientes de uno de los más afortunados generales de Alejandro), el valle del Nilo prosperará y la cultura tradicional faraónica se mantendrá activa y viva, tal y como demuestra la espléndida serie de templos que datan de esta época (Edfú, Kom Ombo, Esna, etc.). Cuando tras la batalla de Accio (31 a. C.) Octavio Augusto incorpora definitivamente el país al Imperio Romano, su importancia no menguará. Por el contrario, mantendrá un estatus especial, siendo prácticamente el único territorio del imperio que no se administraba como provincia, sino que tenía el status de *patrimonium Caesaris,* algo así como una propiedad personal del emperador. Había buenas razones para que los emperadores romanos la trataran de forma especial: Egipto era el granero de Roma y su trigo y cebada eran fundamentales para el sustento de la población de la capital. Mantener satisfecha a la plebe romana era uno de los presupuestos para que el reinado de un emperador romano fuera largo y feliz.

Además, de Egipto emanaba toda una serie de referentes históricos e ideológicos que los emperadores romanos debían atender y, si les parecía pertinente, utilizar con cuidado: el país, especialmente su capital, Alejandría, estaba impregnado del recuerdo de Alejandro, en cierta medida el espejo en el que pretenden mirarse no pocos emperadores. Por otra parte, la monarquía faraónica, de cuyo recuerdo estaba lleno Egipto, era también un arquetipo en el que se fijaron varios emperadores (Calígula, Nerón o Adriano, entre otros), con la voluntad de dar más carisma y autoridad a la propia institución imperial. Resulta significativo que incluso el proceso de cristianización del imperio tuviera en el valle del Nilo uno de sus marcos fundamentales, y que no pocos de los Padres de la Iglesia, como Clemente de Alejandría, o los fundadores del monacato, procedan o hayan actuado fundamentalmente en tierra egipcia.

No cabe duda de que este peso histórico, ideológico y religioso dejó una profunda huella en la civilización clásica. El valle del Nilo será recordado y referenciado en las fuentes griegas y latinas como un país lleno de maravillas, poblado por animales extraños y exóticos, con una geografía protagonizada por un río magno y especial como ninguno y habitado por gentes que, pese a que muchas de sus costumbres pudieran parecer extrañas (incluso repugnantes), nadie podía quitarles el mérito de vivir en el país que era el origen y la patria de la civilización. La imagen de Egipto que queda en las fuentes grecorromanas, junto con la que aparece en el texto bíblico (fundamentalmente el Antiguo Testamento), es la que fue transmitida a través de los siglos en Europa occidental y la que en definitiva sirvió de piedra de toque para los primeros egiptólogos modernos a partir de principios del siglo XIX, cuando la egiptología se constituye finalmente en una disciplina científica. Y, pese a que en el lapso de tiempo que va desde Champollion a nosotros las ideas y el conocimiento del Egipto faraónico han progresado mucho y se han enriquecido extraordinariamente, no obstante seguimos en buena medida influidos por la imagen que del país del Nilo, de sus instituciones, de sus costumbres y sus dioses, transmiten los griegos y romanos.

# NOTAS

**Introducción**

[1] La primera catarata se encuentra justo en la ciudad de Asuán y señaló desde siempre la frontera sur del Egipto faraónico.

[2] J. LULL, *La astronomía en el antiguo Egipto,* Valencia, Universidad de Valencia, 2004, p. 79.

[3] Este dato, básico para los cálculos de la producción agropecuaria anual y el establecimiento de los impuestos, se recogía mediante diferentes «nilómetros» repartidos por todo el curso del Nilo.

[4] Una representación ideal de la fachada de un palacio, decorada con nichos y coronada por un halcón.

[5] Le pusieron este nombre los soldados de la expedición napoleónica a Egipto, que consideraron que su forma era igual a los pequeños paquetes de pólvora (cartuchos) con los que habían de cebar sus mosquetes para poder disparar.

[6] J. M. GALÁN, *El imperio egipcio,* Madrid, Trotta-Ediciones de la Universidad de Barcelona (Pliegos de Oriente, 9), 2002, p. 47.

[7] Llegó a traducir el contenido de uno de los cartuchos del obelisco egipcio que se yergue en la Piazza della Minerva en Roma como: «La protección de Osiris contra la violencia de Tifón debe ser provocada según las ceremonias y ritos adecuados, mediante sacrificios y mediante los genios tutelares del mundo triple para asegurar el disfrute de la prosperidad habitualmente concedida por el Nilo contra la violencia del enemigo Tifón», cuando en realidad sólo pone «Apries», el nombre de un faraón de la XXVI dinastía.

[8] Las pirámides de Guiza perdieron los bloques de caliza de Tura de su revestimiento durante la Edad Media, cuando fueron utilizados por orden del sultán para reconstruir El Cairo, devastada tras un terremoto.

[9] Ataúd y sarcófago son cosas distintas: el primero es un contenedor (casi siempre en madera) para un cadáver, mientras que el segundo es un contenedor (de piedra) para un ataúd. Por lo tanto, el título *Los textos de los sarcófagos* es equívoco, pues realmente se refiere a textos escritos dentro de ataúdes. Procede de la tradición francesa, que los llama *Les textes des sarcophages;* en cambio, la tradición inglesa sí hace la distinción, pues los llama correctamente *The coffin texts* y no *The sarcophagi texts*. En este caso se ha optado por la forma más correcta, pero menos difundida entre los lectores hispanos.

[10] Muy similares al *grand tour* que, en el siglo XVIII, realizaban por los países mediterráneos los nobles y gente con posibles anglosajones para empaparse de cultura clásica y «exotismo» oriental.

## Capítulo I. La Prehistoria. Desde el Paleolítico a la Época de Nagada II

[1] Para comodidad del lector ofrecemos las cronologías transformadas a años a. C., aunque para fechas tan tempranas suele preferirse B. P. («before present», tomando como punto de partida 1950, año de la primera aplicación del $C_{14}$ a la datación absoluta) o bp (fechas de $C_{14}$ calibradas).

[2] Se han identificado varias culturas existentes entre el 14.000 a. C. y el 11.250 a. C.: la cultura de Halfa (entre la segunda catarata y Kom Ombo); la cultura de Khubbaniya (en el desierto occidental al norte de Asuán); la cultura de Abadiya (Alto Egipto); y la cultura de Qadan (en la actualidad bajo las aguas de lago Nasser).

[3] No se puede saber con exactitud si los fallecidos violentamente lo hicieron en un lapso de tiempo corto o largo (varios cientos de años).

[4] Es una cerámica realizada con arcilla aluvial local y fabricación tosca, con la superficie decorada con impresiones realizadas a peine (impresión pivotante) o bien incisa. La decoración de tipo *wavy lined* fue ampliamente utilizada en muchas comunidades a la vez (desde Khartum, pasando por Nabta Playa y Gilf Kebir). Pero mientras que la cerámica fue una producción local, otros productos como el ágata y la riolita fueron conseguidos a través de contactos indirectos con otras poblaciones, pues solían proceder de lugares bastante alejados. Además, determinados tipos de conchas (*Unio* s.p.) procedían del valle del Nilo y otros del mar Rojo.

[5] Los *kôm* son unos cerros de forma ovalada que, en el caso del asentamiento de El Fayum, tienen unos cinco metros de altura.

[6] Sólo en unas pocas ocasiones son rectangulares y con las paredes consolidadas con cañas.

[7] Un ejemplo puede ser la necrópolis de Badari norte, donde se pueden distinguir dos sectores. Al oeste se descubrieron enterramientos de individuos con una única ofrenda funeraria (con la excepción de un niño, que tenía 60 ofrendas); en el este se encontraron enterramientos de individuos que contaban como ofrendas con objetos de lujo (marfiles, paletas, perlas de cobre).

[8] Cerámica peinada antes de ser cocida, por lo que presenta en la superficie un efecto ondulado. Es de color marrón o rojo y el borde es enteramente negro, fruto de la técnica empleada en la cocción.

[9] Unas copas en forma de cáliz (*beakers*) que tienen una decoración exterior incisa geométrica muy característica, en ocasiones rellena con pasta blanca, y algunas paletas de maquillaje rectangulares realizadas en calcita y no en grauvaca, como era lo habitual en los yacimientos badarienses. Por regla general, en el Medio Egipto los *beakers* han aparecido en los hábitats y no en las tumbas, al contrario de lo que ocurre en las localidades donde se han encontrado fuera del valle del Nilo. No obstante, en la localidad de Qau apareció una tumba (la 569) enteramente tasiense, entre cuyo ajuar funerario se contaba uno de estos *beakers*.

[10] Restos tasienses, además de los mencionados en el Medio Egipto, se han encontrado en Ras Samadi (una tumba situada en las proximidades del mar Rojo, en un pequeño afluente de Wadi Samadai), Wadi Sodmein (una cueva situada en las montañas del mar Rojo, a unos 35 kilómetros al nor-noroeste de Quseir), Wadi Ellei (unos enterramientos en forma de túmulos al este de Wadi Allaqi), Nabta Playa (en Gebel Ramlah, a unos 25 kilómetros al norte de Nabta Playa, en el desierto occidental), Wadi el-Hol (en la zona llamada Farshût Road, entre Hu y Tebas, en el desierto occidental, una cueva que sirvió de lugar de enterramiento para, al menos, nueve individuos; y en «Dominion behin Thebes», un antiguo camino que unía Farshut Road con Alamat Tal Road, donde se encontró igualmente una concentración de grabados rupestres algunos de los cuales podría estar aludiendo a personajes tasienses) y Wadi Atulla (un enterramiento próximo al mar Rojo, al norte de Wadi Hammamat).

[11] Antes de descubrirse los asentamientos de Tell Ibrahim Awad, Tell el-Iswid, Tell el-Farkha (a finales de 1980) y Kom el-Khilgan (en el 2002), y de estudiarse con profundidad los asentamientos ya conocidos de Heliopolis, Maadi, Buto y Wadi Digla, la cultura predinástica del Bajo Egipto contemporánea de la de Nagada I en el sur se conocía con el nombre de cultura Maadi-Buto. En la actualidad se prefiere hablar de la cultura del Bajo Egipto.

[12] En Maadi se descubrió el enterramiento de un perro, mientras que en Wadi Digla hay un total de 13 cabras y un perro. En algunas ocasiones las cabras se acompañaron de recipientes cerámicos y algunos de los cuerpos fueron envueltos en esteras, es decir, que se les dispensó un trato similar al de los humanos.

[13] Aparecido en forma de herramientas, lingotes y mineral, utilizado posiblemente como base para pigmentos más que para ser trabajado.

[14] La actual Tell el-Farain, a unos 90 kilómetros al este de Alejandría.

[15] La fase III de Buto correspondería al final de Nagada II y Nagada III. Las fases IV y V serían coetáneas de la Época Tinita, la fase VI del Reino Antiguo y la última fase, la VII, de la Baja Época.

[16] Elevaciones arenosas que se formaron con los depósitos de la inundación a partir del Pleistoceno Medio (entre el 700.000 y 200.000 a. C.). Con el paso del tiempo se fueron erosionando y durante el Holoceno las *geziras* más pequeñas quedaron inundadas por los sucesivos depósitos de la crecida, mientras que las más altas quedaron aisladas unas de otras, formando entonces pequeñas islas. Éstas fueron las más propicias para los asentamientos humanos posteriores.

[17] Por el norte asimilaron a las poblaciones badarienses y por el sur entraron en contacto directo con las poblaciones nubias del Grupo A.

[18] Hoy día se sigue utilizando, con matices, la clasificación de las cerámicas predinásticas realizada por Petrie en 1921. Éste distinguió un total de nueve clases de cerámica, que se dieron en diversos momentos del período predinástico: tipo B (vasos rojos con bordes negros, *black-topped*); tipo P (vasos rojos pulidos, *red-polished*); tipo F (vasos con formas que no corresponden a ninguna clase en especial, *fancy forms*); tipo N (vasos negros con decoración blanca incisa, *incised-black*); tipo W (vasos con las asas onduladas, *wavy-handled*); tipo R (cerámica roja modelada de forma tosca, *rough-faced*); tipo L (cerámica tardía, *late*); tipo C (cerámica roja con motivos decorativos pintados en color blanco, *white cross-lined*); tipo D (cerámica blanca o rosada decorada en color negro o marrón, *decorated*).

[19] En esta etapa predominarán las formas cilíndricas con bases cónicas y dos asas.

[20] En los ajuares funerarios de Nagada I es raro encontrar galena, que es el pigmento más utilizado durante la época dinástica.

[21] La malaquita ha aparecido de formas diversas en las tumbas. En algunas ocasiones se encontraba dentro de saquitos de piel, junto con la piedras. En otras se había depositado en las palmas de las manos del difunto y tampoco es infrecuente la ofrenda de malaquita colocada en el interior de un cuenco.

[22] En lo que se refiere a los tipos de puntas de flecha, arpones, hoces, etc., se observa una tendencia a la diversidad local.

[23] Se desconoce la utilidad de estos cuchillos, aunque no parece que se utilizaran a diario; quizá sirvieron para realizar algún tipo de ritual.

[24] Algunas tumbas pertenecientes a niños tenían ajuares funerarios más abundantes que otras pertenecientes a individuos adultos contemporáneos. De la misma manera, por esta época era más frecuente que fueran las tumbas de las mujeres e incluso los niños las que contuvieran cabezas de maza como parte del ajuar, lo cual posiblemente fuera un símbolo de su pertenencia a un grupo social cuanto menos respetado.

[25] La cronología de las tumbas abarca un intervalo temporal entre Nagada I y Nagada IIAB y su especificidad viene marcada no solamente por sus grandes dimensiones, sino porque algunas de ellas tenían una superestructura de postes de madera, que las rodeaban a modo de empalizadas.

[26] Precisamente se llaman *white cross-lined* porque los motivos iconográficos están pintados en un tono que oscila entre el blanco y el crema.

[27] Idea que podría avalar el hecho de que en tumbas de la localidad de Badari, por citar un ejemplo, se han encontrado producciones de cerámicas *white cross-lined* realizadas en la localidad de Abydos, distante un centenar de kilómetros.

[28] Sería la primera vez, desde el punto de vista iconográfico, que el líder se identifica con un animal de forma clara. Poco tiempo después, en las paletas de maquillaje de Nagada III, el faraón también será identificado con un toro salvaje que pisotea a sus enemigos (la Paleta del Toro y la de Narmer son dos ejemplos claros).

[29] Eliminar a la estirpe de aquello que puede hacer mal supone eliminar no sólo el poder de hacer daño en el presente, sino también en el futuro.

[30] Es poco probable que sean reyes lo que aparecen en estas representaciones, pues la institución de la realeza supone la existencia de un orden social diferente, en el que ha surgido una élite cualitativa y cuantitativamente diferenciada del resto de la sociedad, algo que no es observable en este momento.

[31] Las transitadas rutas del cinturón de Qena unían las poblaciones de Hu y Abydos con el oasis de Kharga.

[32] De hecho, cuando se han encontrado, sus lugares de hábitat estaban situados no en los límites del río, sino más bien hacia el desierto.

[33] Las pinturas y grabados rupestres son un fenómeno cultural más complejo de lo que a primera vista puede parecer. Desde la época del Paleolítico, las cuevas y los lugares apartados han sido los escogidos para representar acontecimientos que en muchas ocasiones tenían que ver con la caza y posiblemente con la práctica de determinados rituales y, en este sentido, el territorio egipcio no fue una excepción. Los dibujos y grabados rupestres de la zona del Tasili, Nabta Playa, Kharga, por nombrar solo algunos, han de remontarse a fechas muy tempranas, tal vez hacia el 6000 a. C. Una gran parte de los que se encuentran en las proximidades del valle del Nilo tal vez se tengan que datar a partir del 4000 a. C. Las correspondencias iconográficas parecen evidentes. Es posible que los autores de la mayor parte de este arte rupestre fueran las poblaciones nómadas del desierto, aunque no se puede descartar que una parte fuera realizada por los mismos habitantes del valle del Nilo cuando se adentraban en esos territorios en busca de ciertas materias primas o bien cuando transitaban con el ganado.

[34] La aparición de la cultura gerzense en el Bajo Egipto fue interpretada por la historiografía tradicional como el dato incontrovertible que demostraba la invasión del norte por parte de los habitantes del Alto Egipto, justificando así la supuesta victoria del sur sobre el norte y una unificación previa a la unificación definitiva llevada a cabo por Narmer. Los análisis arqueológicos más recientes, no obstante, indican que el proceso fue más bien una asimilación cultural y que las poblaciones del norte adoptaron productos y formas de vida procedentes del sur de forma gradual. Es posible que población procedente del sur se instalase en el Delta, acelerándose así este proceso.

[35] A pesar de que, a juzgar por las tumbas encontradas en el cementerio U, durante este período la localidad de Abydos tuvo que ser tan importante como Nagada e Hieracómpolis, hasta la fecha no se ha encontrado ninguna estructura de hábitat importante asociada a este cementerio.

[36] Los recipientes negros estaban pulidos, mientras que los rojos estaban sin pulir. La tumba donde se encontraron los fragmentos es la T23 del cementerio HK6, situada en el centro de un complejo funerario más vasto.

[37] Una excepción es Adaima, una localidad situada en las cercanías de Hieracómpolis en la que se han encontrado un asentamiento predinástico que se remonta a principios de Nagada II y dos necrópolis que se han revelado como muy importantes.

[38] Por lo general se trata de un niño acompañado de un individuo adulto, que suele ser una mujer. Es interesante mencionar que no necesariamente ambos individuos

tuvieron que morir y ser enterrados al mismo tiempo. De hecho, en la localidad de Adaima se han excavado tumbas en las que primero fue enterrada la mujer y, después de un tiempo, el niño, ¿madre e hijo?

[39] Al menos en dos casos, las tumbas S135 y S2 del cementerio oeste de Adaima, el cráneo fue sustraído cuando el cadáver ya se había descompuesto. La extracción fue realizada de forma cuidadosa y ninguna otra parte del enterramiento resultó afectada, lo que descarta la hipótesis de una sustracción realizada por ladrones de tumbas.

[40] Los huesos de algunas extremidades, brazos o piernas, fueron cortados y luego vueltos a unir al tronco, en ocasiones en una posición diferente a la natural.

[41] Entre ellas la tumbas T26 y la T24, en cuyo interior (T24) se enterró un elefante de unos diez años de edad.

[42] Actualmente se desconoce la localización exacta de la tumba 100. Todo parece indicar que en los alrededores había otras tumbas similares, aunque con las paredes sin decorar.

[43] En el cementerio oeste de Adaima fueron excavadas las tumbas de dos individuos, uno con el mal de Pott (S15) y otro con tuberculosis ósea (S35). En ambas ocasiones se introdujo como ajuar funerario, entre otros, un recipiente deformado.

[44] Cerca del cuerpo se había colocado una paleta de maquillaje, mientras que en el interior del saco había un grupo de colgantes de piedra, un amuleto en forma de hombre barbado, varios trozos de galena y los cantos rodados para triturarla, herramientas realizadas con huesos de animal, unas pequeñas hojas de sílex y un objeto en forma de gancho. En otra bolsa de cuero en la parte inferior del ataúd de mimbre que contenía el cuerpo se encontraron trozos de resina, pequeños conos de arcilla y una mezcla de restos de plantas y astillas de madera. Más conos de arcilla fueron encontrados en el interior de otra bolsa de cuero que la difunta sujetaba con la mano derecha, mientras que un trozo bastante grande de resina se encontró en su mano izquierda. Este ajuar funerario no tiene parangón con ningún otro encontrado hasta la fecha. El cuidado con que cada elemento fue dispuesto en el enterramiento y los varios niños enterrados alrededor de la tumba permiten sospechar que se trataba de una persona de relativa importancia en el seno de su comunidad. Si en vida fue una sanadora, quizá se creyó que después de muerta podría representar el papel de protectora, al menos de los niños.

[45] Predominan las formas zoomorfas (aves, peces, tortugas y diversos mamíferos con los íbices, hipopótamos, etc.) aunque en este momento aparecen las paletas escutiformes, en cuya parte superior se colocaron a dos animales sobresaliendo de la paleta cada uno mirando hacia un lado, y las paletas con forma de doble animal, cada uno mirando igualmente hacia un extremo.

[46] El muerto adopta la posición fetal, que simula una postura habitual cuando se duerme. También se le pone una almohada bajo la cabeza y se le cubre con lino y esteras, sobre las que también descansa.

[47] Algunos de los cuales no tardarán en ser representativos de divinidades como del dios Min o de la diosa Hathor.

[48] En total, los elementos figurativos que componen las escenas de las cerámicas del tipo D no pasan de los quince, combinados de diversas maneras. Existen además recipientes con motivos geométricos simples: espirales, triángulos y líneas onduladas. Los barcos se han interpretado como procesiones funerarias o como festividades o rituales diversos. Tampoco existe unanimidad en cuanto al tipo concreto de ave que aparece en estas vasijas ¿flamencos o avestruces? En cualquier caso, la interpretación es compleja, ya que estas cerámicas se han encontrado no solamente en contextos funerarios, sino también domésticos —Adaima—.

[49] Una iconografía similar a la desplegada en los vasos del tipo D la encontramos también en un tejido de lino procedente de una tumba de Gebelein, donde se ven barcos en cuyo interior hay diversos personajes, dos filas de mujeres con los brazos levantados sobre la cabeza y una escena de caza del hipopótamo.

[50] Los grabados rupestres de este período suelen tener como motivo fundamental grandes barcos, similares a los representados en las cerámicas del tipo D; además de escenas de caza de animales y represenciones de íbices, elefantes, jirafas y también asnos salvajes.

## Capítulo II. La aparición del Estado y la Época Tinita

[1] En efecto, en el antiguo Egipto las regiones regadas por el Nilo eran conocidas como «la tierra negra», en oposición al desierto, que era «la tierra roja».

[2] M. CAMPAGNO, *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto* (*Aula Aegyptiaca-Studia* 3), Barcelona, Aula Aegyptiaca, 2002, p. 72.

[3] Según Dreyer, se trata de nombres de reyes, pero ningún otro investigador comparte esta idea.

[4] La corona blanca es el tocado original de la monarquía altoegipcia desde comienzos de Nagada III.

[5] La corona roja tiene su origen en un tocado de caza altoegipcio; a partir de la unificación fue recategorizada como corona del Bajo Egipto.

[6] H. FRANKFORT, *Reyes y dioses,* Madrid, Alianza, 1981, p. 42.

[7] *Ibid.,*

[8] Es probable, sin embargo, que el motivo sea anterior, pues en los anales reales de la Piedra de Palermo aparece en la primera casilla (= primer año) del reinado de Djer, tercer rey de la I dinastía y segundo predecesor de Den. En realidad, el ceremonial del *Sema Tauy* pudo muy bien haber sido instituido por el propio Narmer o por su sucesor Aha.

[9] Poseemos listas de los primeros tres reyes de esta dinastía, la más conocida de las cuales está esculpida en el hombro derecho de la estatua del sacerdote Hotepdief, hoy en el Museo de El Cairo.

[10] «Menfis» es en realidad una corrupción del nombre de la ciudad de la pirámide del rey Pepy I (VI dinastía), que se encontraba en la necrópolis de Saqqara. Debido a la proximidad entre esta ciudad y la capital, el nombre pasó de una a otra.

[11] Sobre esta problemática veáse J. CERVELLÓ AUTUORI, «Les déterminatifs d'édifices funéraires royaux dans les *Textes des pyramides* et leur signification sémantique, rituelle historique», *BIFAO*, vol. 106, 2006, pp. 1-16.

## Capítulo III. El Reino Antiguo

[1] Más conocido como Djoser, su nombre de *nesu-bity,* que nunca aparece en las fuentes de la III dinastía y sólo comenzó a utilizarse para referirse a él a partir del Reino Nuevo.

[2] J. ASSMANN, *The mind of Egypt,* Nueva York, Metropolitan Books, p. 53.

[3] P. VERNUS, «La naissance de l'écriture dans l'Égypte ancienne», *Archéo-Nil,* vol. 3, 1993, p. 96

[4] *Ibid.,* p. 96.

[5] Son estructuras macizas, en cuyo interior sólo hay excavados pequeños huecos.

[6] La base del edificio es de 120 × 120 metros, con una altura teórica de 70 metros y una inclinación de 71-75°.

[7] La base del edificio es de 83,8 × 83,8 metros, con una altura teórica de 42 metros y una inclinación de 68°.

[8] El edificio final tiene una base de 144 × 144 metros, con una altura de 92 metros y una inclinación de 51°50'36".

[9] La identificación de Huni como constructor de la pirámide de Meidum se discute y no son pocos los que, con buenos motivos arqueológicos, consideran que en realidad fue edificada por Esnefru (véase la nota 13). El problema es que esto lo convertiría en el constructor de tres pirámides gigantes: Meidum, Romboidal y Roja, sin olvidarnos de una pequeña de cuatro escalones en Seila, a pocos kilómetros al oeste de Meidum, que ideológicamente tiene poco sentido, porque desde su emplazamiento se puede ver perfectamente la pirámide mayor.

[10] N. STRUDWICK, *Texts from the pyramid age,* Atlanta, Society of Biblical Literature (Writings from the Ancient World), 2005, p. 66, n. 1.

[11] De forma cónica, es muy posible que la piedra benben fuera un meteorito metálico, de ahí su simbología.

[12] El edificio tiene una base de 188,6 × 188,6 metros, con una altura de 101,5 metros y una inclinación inicial de 54°31'13", que a un tercio de su altura pasa a ser de 43°21'00".

[13] El nombre de Esnefru encontrado en algunos de estos bloques, varios grafitos de la VI y la XVIII dinastía hallados en el templo alto que lo identifican como el dueño de la pirámide, la presencia en la cercanía de las tumbas de dos de sus hijos y el hecho de que no se conozca a ningún faraón que haya intentado apropiarse de la pirámide de un antecesor, pueden muy bien invalidar por completo la teoría de que la pirámide de Meidum fue edificada por Huni.

[14] En la documentación del Reino Antiguo, las fechas aparecen mencionadas como «el año del enésimo recuento del ganado» o «el año posterior al enésimo recuento del ganado». En principio, esto sugiere que los impuestos se pagaban una vez cada dos años; pero hoy sabemos que no se trata de una norma seguida a rajatabla, lo cual complica aún más los cálculos cronológicos.

[15] El edificio posee una base de 230 × 230 metros, con una altura de 146,5 metros y una inclinación de 51°50'40".

[16] La rampa única perpendicular a una cara del edificio ha de descartarse, porque el volumen de la misma llegaría a ser superior al de la propia pirámide. Por otra parte, resulta evidente que la pirámide escalonada de Saqqara, la gran pirámide y cualquier pirámide de las V o VI dinastías se construyeron con las mismas herramientas, pero utilizadas de forma diferente. El tamaño de los bloques dicta el sistema.

[17] W. M. F. Petrie comenta que a finales del siglo XIX salían diariamente de la pirámide 300 camellos cargados de piedra. A la pirámide se le calculan unas dimensiones teóricas de 106 × 106 metros de base, con una altura de 67 metros y una inclinación de 52°.

[18] El edificio tiene una base de 215 × 215 metros, con una altura de 143,5 metros y una inclinación de 53°10'.

[19] Al edificio se le ha calculado una base teórica de 200 × 200 metros.

[20] El edificio tiene una base de 102 × 104 metros, con una altura de 66 metros y una inclinación de 51°.

[21] El edificio tiene unas dimensiones de 104 ×78 metros, con una altura de 18 metros y una inclinación de 70°.

[22] Es posible que se sentara en el trono algún faraón más del que no tenemos otra noticia que su oscura mención en Manetón.

[23] N. STRUDWICK, *Texts..., op. cit.,* p. 304, n. 226.

[24] *Ibid.,* p. 267, n 198.

[25] El edificio posee una base de 73 × 73 metros, con una altura de 49 metros y una inclinación de 53°7'48".

[26] N. STRUDWICK, *Texts..., op. cit.,* p. 313, B2.

[27] El edificio tiene una base de 78,75 × 78,75 metros, con una altura de *c* 47 metros y una inclinación de 50°45'.

[28] El edificio, de núcleo escalonado, tiene una base de 104 × 104 metros, con una altura de *c* 72 metros y una inclinación de 53°7'48" (?).

[29] La pirámide, que nunca paso de su primera fase, terminó siendo una mastaba de 65 × 65 metros, con una altura de 7 metros y una inclinación de 72°.

[30] Entre ellos el famoso relieve de la «familia libia», que luego será copiado literalmente, entre otros faraones, por Pepi I.

[31] De la actividad exterior de Sahure nos hablan también sus inscripciones en el desierto oriental, en el Wadi Maghara y una estela en una cantera de granito en Nubia.

[32] Título de difícil significado que se refiere a un tipo de personal que residía en la ciudad de la pirámide, a la que podía estar ligado desde su nacimiento.

[33] Recientes estudios paleoclimáticos parecen demostrar que durante el Reino Antiguo la zona en la que actualmente se yerguen las pirámides no era desértica, sino semidesértica, una sabana en suma.

[34] N. STRUDWICK, *Texts..., op. cit.,* pp. 305-306, n. 227.

[35] *Ibid.,* p. 303, n. 225.

[36] Recordemos que algo parecido pudo pasarle a Shepseskare durante la dinastía anterior.

[37] Se trata de dos sellos cilíndricos y varios sellos en barro.

[38] A. ROCCATI, *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien,* París, Les Editions du Cerf (Littératures anciennes du Proche-Orient, 11), 1982, p. 109.

[39] Se han sugerido como suyas la pirámide L50 de Dashur y la que se encuentra destruida justo al este de la de Teti, en Saqqara, la L29.

[40] Junto a su indudable valor funerario e ideológico, estos textos introducían también un cierto elemento de riesgo para la supervivencia eterna del soberano. Los egipcios consideraban que todo lo escrito revivía al leerlo, incluidos los signos que representaban animales peligrosos como leones, cocodrilos o hipopótamos. Por esta razón muchos de ellos sólo aparecen representados a medias, como si les hubieran dado un tajo y cortado por la mitad. Era un medio de asegurarse de que no revivirían lo bastante como para atacar al monarca enterrado allí.

[41] El edificio tiene una base de 57,75 × 57,75 metros, con 43 metros de altura y una inclinación de 56°.

[42] Todos los *Textos de las pirámides* citados en los párrafos siguientes proceden de B. MATHIEU, «La signification du serdab dans la pyramide d'Ounas», en C. BERGER y B. MATHIEU (eds.), *Études sur l'Ancien Empire et la nécropole de Saqqara dédidiées à Jean-Philippe Lauer,* Montpellier, Université Paul Valeri-Montepellier III (Orientalia Monspeliensia, 9), 1997, p. 297.

[43] Es decir, 78,5 × 78,5 metros de base, con 52,5 metros de altura y una pendiente de 53° 7' 48".

[44] J. P. ALLEN, *The ancient Egyptian Pyramid Texts,* Atlanta, Society of Biblical Literature (Writings from the Ancient World, 23), 2005, p. 59.

[45] N. STRUDWICK, *Texts..., op. cit.,* pp. 353-354, n. 256.

[46] En el antiguo Egipto, el harén era una unidad administrativa dotada de recursos propios y el lugar donde vivían las esposas del soberano y se educaba a sus vástagos, no un edificio donde las mujeres quedaban recluidas y estaba prohibido el acceso a todos los varones a excepción del soberano.

[47] N. STRUDWICK, *Texts..., op. cit.,* p. 135 n. 52.A.

[48] *Ibid.,* p. 337, n. 243.

[49] *Ibid.,* pp. 332-333, n. 241.

[50] E. WENTE, *Letters from ancient Egypt,* Atlanta, Scholars Press-Society of Biblical Literature (Writings from the ancient world, 1), 1990, p. 42, n. 40.

[51] De norte a sur: Bahariya, Farafra, Dakhla y Kharga.

[52] N. STRUDWICK, *Texts..., op. cit.,* p. 108, n. 24.

[53] En los textos egiptológicos hispanos, se suele utilizar españolizada la palabra francesa «corvée», que significa: «trabajo gratuito que los siervos, los cultivadores, le debían al señor», perfectamente traducible por las españolas azofra, sufra o zafra, que significan «prestación personal».

## Capítulo IV. El Primer Período Intermedio

[1] J. J. Clère y J. Vandier, *Textes de la Première Période Intermédiaire et de la XIème dynastie,* Bruselas, Fondation Reine Élisabeth, 1948, p. 1, § 1.
[2] *Ibid.,* pp. 2-3, § 3.
[3] Estela de Merer (J. Černý, «The stela of Merer in Cracow», *JEA,* vol. 47, 1961, pp. 5-9, pl. I).
[4] H. G. Fischer, *Dendera in the Third Millennium B. C., down to the Theban domination of Upper Egypt,* Nueva York, J. J. Augustin, 1968, pp. 122, n. 532; 129, n. 571, pl. XXIX.
[5] G. Roeder, *Debod bis Bab Kalabsche,* El Cairo, IFAO, 1911, pl. 81[b].
[6] G. Gabra, «Preliminary report on the stela of *Htpi* from El-Kab from the time of Wahankh Inyôtef II», *MDAIK,* vol. 32, 1976, pp. 45-56, pl. 14.
[7] H. G. Fischer, *Varia Nova* (Egyptian Studies, 3), Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 1996, pp. 83-90, pl. 9-10.
[8] D. Arnold, *Gräber des Alten und Mittleren Reiches in El Tarif* (AVDAIK, 18), Maguncia, Philipp von Zabern, 1976, pl. 42, 52.
[9] J. J. Clère y J. Vandier, *Textes..., op. cit.,* p. 14, §18.
[10] H. O. Lange y H. Schäfer, *Grab- und Denksteine des Mittleren Reiches,* vol. II, Berlín, Reichsdruckerei, 1908, pp. 164-167.
[11] W. C. Hayes, «Career of the great steward Henenu under Nebhepetre Mentuhotpe», *JEA,* vol. 35, 1949, pp. 43-49, pl. 4.
[12] J. J. Clère y J. Vandier, *Textes..., op. cit.,* pp. 15-17, § 20.
[13] H. Brunner, *Die Texten aus den Gräbern der Herakleopolitenzeit von Siut,* Glückstadt, J. J. Augustin, 1937, pp. 27-28 y 53-54.
[14] J. C. Darnell, «The rock inscriptions of Tjehemau at Abisko», *ZÄS,* vol. 130, 2003, pp. 31-48.
[15] *Ibid.,* pp. 31-48.

## Capítulo V. El Reino Medio

[1] El lector, sin embargo, habrá observado que esa fecha no se corresponde completamente con la dada en la cronología general de este manual ni, tampoco, con la sugerida por el presente autor. Tal incoherencia demuestra que la cronología egipcia está muy lejos de ser una «ciencia exacta» y es una buena prueba de los problemas que entraña el estudio de la misma, donde las dataciones radiocarbónicas y las evidencias astronómicas suelen dar fechas algo más antiguas que las que ofrecen las evidencias textuales y los cálculos de los egiptólogos.
[2] Museo Egipcio, El Cairo TR 3/6/25/1 y MMA No. 57.95 Rogers Fund 1957, respectivamente; la reconstrucción de la laguna del último texto sigue a H. G. Fischer, «The Inscription of *in-it.f,* born of *Tfi*», *JNES,* vol. 19, 1960, pp. 258-268, esp. pp. 260, 263, n. d.
[3] Berlín 13272 [H. O. Lange, «Zwei Inschriften der Fürsten von Hermonthis», *ZÄS,* vol. 34, 1896, pp. 25-35, lám. II; J. J. Clère y J. Vandier, *Textes de la Première Pèriode Intermédiaire et de la XIème dynastie,* Bruselas, Fondation égyptologique Reine Élisabeth, 1948, pp. 44-45 (§ 31, líns. 7-12)].
[4] Ny-Carlsberg, Copenhague 1241 [Lange, «Zwei Inschriften...», *op. cit., ZÄS,* 34, p. 27; Clère y Vandier, *Textes... op. cit.,* pp. 45-46 (§ 32, líns. 11-12)].
[5] BM 1164 [*ibid.,* pp. 47-48 (§ 33, líns. 2-3 y 7-14); B. Russo, «Some notes on the funerary cult in the early Middle Kingdom: stela BM EA 1164», *JEA,* vol. 93, 2007 pp. 194-209].
[6] Las «fundaciones piadosas» (o «haciendas del *ka*», *ḥwt k3*) eran diferentes establecimientos reales o privados dedicados al culto de una imagen de un rey, un

dios o un difunto. A ellas estaba sujeto un personal dedicado a su mantenimiento que percibían una renta procedente de una donación de su fundador (como es el caso de Intef) o de otros fondos.

[7] J. J. CLÈRE y J. VANDIER, *Textes..., op. cit.,* pp. 22-23 (§ 26, líns. 1-3).

[8] Cairo JE 46048 (D. FRANKE, «Fürsorge und Patronat in der Ersten Zwischenzeit und im Mittleren Reich», *SAK,* vol. 34, 2006, pp. 159-185, lám. 4).

[9] Estela Londres BM 99 [1203].

[10] Estela Louvre C1, líns. 13-14.

[11] No se debería desconfiar por sistema de las menciones a las carestías en la documentación egipcia, ya que hay evidencias claras de su existencia en momentos mucho más recientes, algunos bajo gobiernos centrales y prósperos. Hay ejemplos de hambres en Egipto con millares de muertes e, incluso, capítulos de canibalismo durante los años 1198-1202, 1792, 1835 o 1877 d. C. que estuvieron motivadas tanto por la sequía y el bajo nivel del Nilo como por la especulación de los precios de los alimentos.

[12] Urk. VII 16, 8-15.

[13] Nepri era un dios asociado a la producción de los cereales, Tayet a la tejeduría y Sekhat-hor, «la que honra a Horus», era una diosa-vaca.

[14] Londres, University College 14333 (H. M. STEWART, *Egyptian stelae, reliefs and paintings from the Petrie Collection. II: Archaic Period to Second Intermediate Period,* Warminster, Aris & Phillips, 1979, p. 20, lám. 18, líns. 2-10).

[15] J. P. ALLEN, *The Heqanakht papyri,* Nueva York, The Metropolitan Museum of Art, 2002, láms. 10; 30-31 (líns. 3-5A).

[16] *Ibid.,* láms. 10; 30-31 (líns. 24-29).

[17] Cambridge, Fitzwilliam Museum Acc. No. E. 9.1922 [(G. T. MARTIN, *Stelae from Egypt and Nubia in the Fitzwilliam Museum, Cambridge c 3000 BC-AD 1150*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 20-22 (16), líns. 3-4)].

[18] En general, los *pat* parecen hacer referencia a la élite fiel a la realeza. *Rejit,* por el contrario, es un término menos preciso que, según el período o contexto, aludía a las clases bajas, a elementos potencialmente amenazadores para el rey o a grupos de comportamiento moral cuestionable.

[19] M. COLLIER y S. QUIRKE, *The UCL Lahun Papyri: Religious, literary, legal, mathematical and medical,* Oxford, Archaeopress, 2004, pp. 16-19, II, 1-10.

[20] El Cairo JE 38655 (E. NAVILLE, *The XI Dynasty Temple at Deir el-Bahari,* vol. I, Londres, Egypt Exploration Fund, 1907, lám. 24).

[21] Berlín 1204 [W. K. SIMPSON, *The terrace of the Great God at Abydos: The Offering Chapels of Dynasties 12 and 13*, New Haven y Philadelphia, The Peabody Museum of Natural History of Yale University y The University Museum of the University of Pennsylvania, 1974, lám. 1 (ANOC 1.1-Berlín 1204); K. SETHE, *Aegyptische Lesestücke zum Gebrauch im akademischen Unterrich. Texte des Mittleren Reiches,* Leipzig, 1928, pp. 70-71 (14)].

[22] No obstante, se sabe a través de otra estela que Senusert I acabó recompensando a Sarenput I por esta acción. Este faraón, que ordenó la construcción de un templo «oficial» dedicado a la diosa Satet a escasos metros de distancia, quizás ofreció a la capilla del potentado local tres estatuas dedicadas a varios reyes de la XI dinastía.

[23] Asuán 1373, líns. 1-6 y 10-20 (L. HABACHI, *The sanctuary of Heqaib. Elephantine V,* 2 vols., Maguncia, Philipp von Zabern, 1985, p. 36, fig. 3; lám. 24).

[24] M. COLLIER y S. QUIRKE, *op. cit.,* pp. 104-105.

[25] U. LUFT, *Das Archiv von Illahun. Briefe I,* Berlín, Akademie Verlag, 1992, pp. 1-2 (P 10023A).

[26] *Ibid.,* pp. 1-2 (P 10019).

[27] Louvre AF 9916 [D. FRANKE, *Das Heiligtum des Heqaib auf Elephantine,* Heidelberg, Heidelberger Orientverlag, 1994, p. 82 (lado izquierdo del trono de la estatua, columnas 2-6)].

[28] Papiro Londres BM EA 10753 IV, 6-12 (P. C. SMITHER, «The Semna dispatches», *JEA,* vol. 31, 1945, pp. 3-10, esp. p. 9, láms. 5-5a, líns. 6-12).

[29] Estela Berlín 14753 (G. MEURER, *Nubier in Ägypten bis zum Bejín des Neuen Reiches. Zur Bedeutung der Stele Berlin 14753,* Berlín, Achet, 1996, lám. 1).

[30] Papiro San Petersburgo 1116B, 66-68 [W. HELCK (ed.), *Die Prohezeiung des Nfr.tj,* Wiesbaden, Harrasowitz, 1970, pp. 56-57 (XVa-XVd)].

[31] Columnas 15+x - 21+x del bloque mayor (H. ALTENMÜLLER y A. M. MOUSSA, «Die Inschrift Amenemhets II. aus dem Ptah-Tempel von Memphis. Ein Vorbericht», *SAK,* vol. 18, 1991, pp. 1-48, *Falttafel,* y J. MALEK y S. QUIRKE, «Memphis, 1991: Epigraphy», *JEA,* vol. 78, 1992, pp. 13-18).

[32] No hay que descartar que ya en este momento el oro egipcio representase un papel importante como instrumento diplomático en el ámbito levantino, aunque las evidencias al respecto son nulas.

[33] Papiro Berlín 10499, 1.7-6.3 (R. B. PARKINSON, *The Tale of the eloquent peasant,* Oxford, Griffith Institute, 1991, pp. 1-6).

## Capítulo VI. El Segundo Período Intermedio

[1] W. HELCK, *Historische-biographische Texte der 2. Zwischenzeit und neue Texte der 18. Dynastie,* Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1975, p. 16 (24).

## Capítulo VII. El Reino Nuevo I: La construcción del imperio

[1] El término «capital» debe entenderse como un centro político, económico o religioso (o todo a la vez) importante, que no necesariamente goza de exclusividad; es decir, que podían coexistir más de una «capital». Menfis seguía siendo la capital del norte, mientras Tebas se convertía en la capital del sur, sobre todo en lo concerniente a la religión oficial de la monarquía.

[2] La discusión entre el rey y sus subordinados de más alto rango, que mantienen una posición contraria a la del monarca, es un recurso literario empleado en las fuentes históricas y en la jerga egiptológica se denomina «*Königsnovelle*». El rey acaba imponiendo su criterio y los acontecimientos le otorgan finalmente la razón.

[3] «Tutmosis» es la forma de compromiso adoptada aquí por ser la más conocida (comparada con «Tutmose» o «Tutmes»), derivada de la forma original egipcia «Djehutimose» o «Djehutimes».

[4] A. H. GARDINER, «The defeat of the Hyksos by Kamose: The Carnarvon Tablet No. 1», *JEA,* 3, 1916, pp. 95-110, lám. 12-13; P. LACAU, «Une stèle du roi "Kamosis" (Ka-ms) I», *ASAE,* 39, 1939, pp. 245-271, lám. 37-38; L. HABACHI, *The Second Stela of Kamose and his Struggle against the Hyksos ruler and his capital,* Glückstadt, 1972; W. HELCK, *Historisch-biographische Texte der 2. Zwischenzeit und neue Texte der 18. Dynastie,* Wiesbaden, 1975, pp. 82-97; H. S. SMITH y A. SMITH, «A Reconsideration of the Kamose Text», *ZÄS,* 103, 1976, pp. 48-76; H. GOEDICKE, *Studies about Kamose and Ahmose,* Baltimore, 1995.

[5] Para mayor claridad en la exposición se ha optado por transcribir el mismo nombre en egipcio de dos formas distintas, dependiendo de si el referente es masculino (Ahmose), o si es femenino (Ahmes). Sólo el determinante semántico que acompaña a los signos fonéticos que componen el nombre permite distinguir si se trata de un hombre o de una mujer.

[6] P. LACAU, *Stèles du Nouvel Empire,* I, El Cairo, 1909, pp. 1-4, lám. 1; Urk. IV 18, 3-9; C. VANDERSLEYEN, *Les guerres d'Amosis,* Bruselas, 1971, pp. 129-191.

[7] P. LACAU, *Stèles..., op. cit.,* pp. 1-4, lám. 1; Urk. IV 18, 3-9; C. VANDERSLEYEN, *Les guerres..., op. cit.,* pp. 129-191.

[8] Nombre genérico que denomina a los grupos (semi)nómadas de Palestina y Siria.

[9] Término utilizado para referirse a las tribus nubias, generalmente asociadas al uso del arco.

[10] LD, III, lám. 12; Urk. IV 1, 15- 10, 9; VANDERSLEYEN, *Les guerres..., op. cit.,* pp. 17-127; R. SCHULZ, «Die Biographie des Ahmose- sohn der Abana. Versuch einer Erzähltextanalyse», en D. KESSLER y R. SCHULZ (eds.), *Gedenkschrift für Winfried Barta,* Frankfurt-Maguncia, P. Lang, 1995, pp. 315-352.

[11] I. E. S. EDWARDS, «Lord Dufferin's excavations at Deir El-Bahari and the Clandeboye Collection», *JEA,* 51, 1965, pp. 25-26, n. 4, lám. 11(2).

[12] Urk. IV 54, 14-17.

[13] Urk. IV, 79-86.

[14] Urk. IV 55, 13- 56, 17.

[15] Urk. IV 55, 13- 56, 17.

[16] Urk. IV 57, 1-5.

[17] Urk. IV 58, 11- 59, 1.

[18] Urk. IV 59, 2-12.

[19] Urk. IV 59, 13- 60, 4.

[20] La otra excepción fue su progenitora, Ahmes.

[21] E. NAVILLE, *The temple of Deir el-Bahari,* II, Londres, 1896, p. 14, lám. 47.

[22] Urk. IV 257, 12- 258, 1.

[23] H. S. SMITH, *The fortress of Buhen: The inscriptions,* Londres, 1976, pp. 208-209; D. A. WELSBY y J. R. ANDERSON, *Sudan: Ancient treasures. An exhibition of recent discoveries from the Sudan National Museum,* Londres, 2004, pp. 104-05, n. 77-78.

[24] Las tumbas de los altos dignatarios que sirvieron a la Administración real bajo el mandato de Hatshepsut podrían de igual modo «fecharse» bajo el reinado de Tutmosis III.

[25] A. H. GARDINER, T. E. PEET y J. ČERNÝ, *Inscriptions of Sinai,* Londres, 1952-1955, vol. I, lám. 14, 57, n. 44, 181; vol. II, pp. 74 y 152-53.

[26] El escriba real Tjanuny dice haber participado en las campañas anuales de Tutmosis III, haber sido testigo y ser «quien registró las victorias que él llevó a cabo en todas las tierras extranjeras, quien lo escribió tal y como ocurrió».

[27] Urk. IV 1234, 5- 1236, 6.

[28] Urk. IV 667, 10-15.

[29] Urk. IV 690, 2- 10.

[30] Urk. IV 1245, 14- 1246, 5.

[203] Urk. IV 890, 6- 896, 17.

[32] Urk. IV 89514- 896, 17.

[33] Urk. IV 1279, 8- 1281, 7; C. ZIVIE, *Giza au deuxième millénaire* (BdE 70), El Cairo, Institut Français d'Archaeologie Orientale,1976, pp. 66-69; S. HASSAN, «The Great Limestone Stela of Amenhotep II», *ASAE,* 37, 1937, pp. 129-134, lám. 1-2.

[34] El soldado Amonemheb llamado Mahu y el «agente de Palacio» y «cobrador de impuestos» Minmose mencionan en sus respectivas inscripciones una acción punitiva en la región de Takhsi al final del reinado de Tutmosis III.

[35] P. Ermitage 1116 A, verso, 67-77.

[36] Urk. IV 1299, 14-1316, 4.

[37] En la mitología egipcia es el nombre del lugar en el Delta donde Horus se refugia de niño tras ser asesinado su padre Osiris, esperando crecer para vengar su muerte.

[38] Set, dios relacionado con cualquier actividad de tipo físico o violenta.

[39] En la mitología egipcia el dios Geb fue el primer rey legítimo sobre la tierra.

[40] Urk. IV1539-1544; C. ZIVIE, *Giza au Deuxième Millénaire* (BdE 70), El Cairo, 1976, pp. 125-145.

[41] W. M. F. PETRIE, *Six Temples at Thebes. 1896,* Londres, Bernard Quaritch, 1897, p. 9, pl. 1, n. 7, 8; Urk. IV 1556, 7-15.

[42] Urk. IV 1004, 1- 1005, 3.

[43] El término *shashu* es utilizado en las fuentes egipcias para referirse a una serie de tribus seminómadas al sur de Palestina. Es más frecuente su uso como gentilicio que como topónimo.

[44] Urk. IV 1559-1560.

[45] W. L. MORAN, *The Amarna letters,* Baltimore, Jonhs Hopkins University Press, 1987, p. 48.

[46] W. L. MORAN, *The Amarna letters..., op. cit.,* p. 61.

[47] Urk. IV 1659 10-19; 1661, 6- 1663, 6; 1664, 13-15; 1665, 5- 1666, 20.

[48] Urk. IV 1835, 1-11 (Cairo CG 44862); 1833, 10-19 (Cairo CG 44861).

[49] El término egipcio *akh* también se refiere a algo o alguien eficiente.

[50] Encarnación del dios creador Atum, vinculado a la religión solar de Heliópolis. El cementerio de estos toros en el-Amarna sería paralelo al hallado en Saqqara y asociado a Heliópolis.

[51] Urk. IV 1966, 13- 1975, 6.

[52] N. de G. DAVIES, *The rock tombs of El Amarna,* VI, Londres 1908, pp. 29-31, lám. 27, 41; SANDMAN, *Texts from the time of Akhenaten,* 93, 12- 95, 8.

[53] W. L. MORAN, *The Amarna..., op. cit.,* 1992, p. 244.

[54] *Ibid.,* pp. 233-234.

[55] En época de Amarna los bloques de piedra utilizados en la construcción de templos son denominados «*talatat*» por su característico pequeño tamaño, de 30 × 30 centímetros aproximadamente.

**Capítulo VIII. El Reino Nuevo II: la Época Ramésida**

[1] Es decir, atareados como hormigas.

[2] A. H. GARDINER, *Late-Egyptian Miscellanies,* Bruselas, 1937, p. 103, 4 y 8.

[3] S. ALLAM, *Hieratische Ostraca und Papyri aus der Ramessidenzeit,* Tübingen, 1973, l. 10-11.

[4] J. ČERNÝ, «Prices and Wages in Egypt in the Ramesside Period», *Cahiers d'Histoire Mondiale, Journal of World History,* vol. 1, núm. 4, 1954, p. 912.

[5] El *deben* equivale a unos 91 gramos.

[6] Un *hin* equivale a 0,48 litros.

[7] Un *khar* equivale a 76,88 litros.

[8] El *kite* es la décima parte de un *deben,* es decir, unos 9 gramos.

[9] J. ČERNÝ, «Prices and Wages...», *op. cit.,* p. 907.

[10] J. J. JANSSEN, *Commodity Prices from the Ramessid Period. An Economic Study of the Village of Necropolis Workmen at Thebes*, Leiden, 1975, p. 464.

[11] J. J. JANSSEN, *Commodity Prices..., op. cit.,* p. 456.

[12] El precio de la cebada podía ser algo más alto que el del trigo, pues si bien aquélla solía rondar los dos *deben* por *khar,* el trigo fluctuaba más entre uno y dos *deben* por *khar*. Sin embargo, con tal de simplificar los cálculos consideraremos la cebada a 2 *deben* y el trigo a 1 *deben* por *khar*. En muchos documentos, sin embargo, ambos precios son equiparables.

[13] K. A. KITCHEN, *Pharaoh Triumphant. The Life and Times of Ramesses II,* El Cairo, 1990, p. 125.

[14] *Ibid.,* p. 133.

[15] M. GUTGESELL, *Arbeiter und Pharaonen. Wirtschafts. Und Sozialgeshichte im Alten Ägypten,* Hildesheim, 1989, p. 83.

[16] W. F. EDGERTON, «The Strikes in Ramses III's Twenty-Ninth Year», *JNES,* vol. 10, núm. 3, pp. 139-140.

[17] K. A. KITCHEN, *Pharaoh Triumphant..., op. cit.,* pp. 131-132.

[18] C. DESROCHES NOBLECOURT, *Ramsés II. La verdadera historia,* Barcelona, 1998, pp. 143-146.

[19] *Ibid.,* pp. 143-146.

[20] K. A. Kitchen, *Pharaoh Triumphant…, op. cit.,* p. 120.
[21] N. Grimal, «Trece siglos antes de nuestra era», en R. M. Jouret (ed.), *Tebas, 1250 a.C. Ramsés II y el sueño del poder absoluto,* Madrid, 1992, p. 32.
[22] A. H. Gardiner, *Late-Egyptian Miscellanies, op. cit.,* p. 65, 5-6.
[23] *Ibid.,* p. 106, 11-13.
[24] C. Desroches Noblecourt, *Ramsés II..., op. cit.,* pp. 326; S. Allam, *Hieratische Ostraca..., op. cit.,* pp. 20-24.
[25] K. A. Kitchen, *Pharaoh Triumphant…, op. cit.,* p. 140.
[26] J. Černý, «Papyrus Salt 124 (Brit. Mus. 10055)», *JEA,* vol. 15, 1929, pl. XLII recto I: 11-12.
[27] *Ibid.,* XLII recto I: 19.
[28] *Ibid.,* pl. XLII recto II: 1-4.
[29] *Ibid.,* pl. XLII recto II: 17.
[30] F. Ll. Griffith, «The Abydos Decree of Seti I at Abydos», *JEA,* vol. 13, 1927, pl. XL líneas 14-15.
[31] *Ibid.,* pl. XL línea 18.
[32] *Ibid.,* p. XL líneas 29-30.
[33] *Ibid.,* p. XL líneas 29-30.
[34] *Ibid.,* p. XLI líneas 42-47.
[35] Se refiere a todos aquellos que la hayan ayudado.
[36] *KRI* VI, 237: 14-16; 238: 1-2.
[37] *KRI* VI, 571: 15.
[38] *KRI* VI, 791:7.
[39] *KRI* VI, 564: 15; 565: 1

**Capítulo IX. El Tercer Período Intermedio**

[1] Entre ellas las de otros sumos sacerdotes de la XXI dinastía (Painedjem I, Masaharta), de personajes de la realeza de la dinastía XVII (Seqenenra Taa II, etc.) y de la del Reino Nuevo (Amosis, Amenhetep I, Tutmosis I, Tutmosis II, Tutmosis III, Ramsés I, Seti I, Ramsés II, Ramsés III, Ramsés IX, etc.).
[2] En este caso, en una cámara lateral de la cámara sepulcral fueron depositados los cuerpos de varios reyes del Reino Nuevo, como Tutmosis IV, Amenhotep III, Merenptah, Seti II, Siptah, Ramsés IV, Ramsés V y Ramsés VI.
[3] Este tipo de sarcófago también ha sido hallado en Palestina e Israel y presenta cronologías entre la XX y XXI dinastías. Contamos con ejemplos en Deir el-Balah, Tell el-Farah, Lachish, Beth-Shan, etc., y en Egipto también aparecen en Tell el-Yahudiyeh, probablemente del siglo xii a. C., donde se hallaron en enterramientos tumulares de los que no se han detectado más paralelos en suelo egipcio.
[4] Shepenupet II, hija del rey nubio Piye.
[5] Una *arura* son 2.735 metros cuadrados.
[6] Un *hin* es algo menos de medio litro.
[7] Posiblemente estas mujeres fueron, durante el gobierno de las divinas adoratrices, un grupo de vírgenes consagradas al dios Amón.
[8] C. Desroches-Noblecourt, *La mujer en tiempos de los faraones,* Madrid, Complutense, 2004, p. 278.
[9] Téngase en cuenta que las mujeres no ocupaban puestos en el funcionariado del Estado egipcio.
[10] *LRL* 37: 12-16.
[11] *LRL* 46: 7-8.
[12] El papiro demótico BM 10508, aunque su origen podría remontarse a la XXII dinastía, fue escrito durante la Época Ptolemaica. Contiene *Las instrucciones de Ankhsheshonq.*

[13] La versión más antigua de este texto es el papiro MM Estocolmo 18416, fechado entre la XXI y la XXII dinastías.

[14] M. LICHTHEIM, *Ancient Egyptian literature,* II, Berkeley, University of California Press 1976, p. 151.

[15] *Ibid.,* p. 157.

[16] *Ibid.,* p. 142.

[17] *Ibid.,* p. 177.

[18] *Ibid.,* pp. 151 y 156-157.

[19] *Ibid.,* p. 158.

[20] M. LICHTHEIM, *Ancient Egyptian Literature,* III, Berkeley, University of California Press, 1980, pp. 27-28.

[21] M. LICHTHEIM, *Ancient Egyptian..., II, op. cit.*, p. 156.

[22] *Ibid.,* p. 158.

[23] B. GUNN, «The decree of Amonrasonthēr for Neskhons», *JEA,* vol. 41, 1955, pp. 101-102, § IV, 13-15; § V, 19-21.

[24] W. GOLÉNISCHEFF, *Catalogue Général des Antiquités Égyptiennes du musee du Caire,* vol. 83, *Papyrus Hiératiques,* El Cairo, Imprimerie de l'IFAO, 1927, 1, n. 1.

[25] W. PLEYTE, *Chapitres supplémentaires du Livre des Morts 164-174,* Leyden, E. J. Brill, 1881, 52 pl. 111.

[26] T. G. ALLEN, *The book of the dead or Going forth by day*, Chicago, The University of Chicago Press (SAOC, 37), 1974, p. 215 y n. 336.

[27] R. A. CAMINOS, *A tale of woe,* Oxford, Griffith Institute-Ashmolean Museum1, 1977, pp. 71-72.

[28] M. LICHTHEIM, *Ancient Egyptian..., III, op. cit.,* pp. 16-17.

[29] M. LICHTHEIM, *Ancient Egyptian..., II, op. cit.,* p. 155.

[30] La relación entre el *deben* de plata y el *deben* de cobre, las dos medidas más utilizadas en las transacciones comerciales egipcias, fue de 1:100 hasta el reinado de Ramsés III y de 1:60 desde dicho reinado en adelante, sin que sepamos exactamente cuándo se produjo el cambio de relación entre los valores de plata y cobre.

[31] Normalmente el precio de la esclava es superior al del esclavo. Así, mientras que en el Papiro Mayer A, del año 1 de la *uhem-mesut*, una esclava vale 4 *deben* de plata, en el Papiro BM 10052, del mismo año, un esclavo vale justo la mitad.

[32] Un *oipe* equivale a unos 20 litros.

[33] R. A. PARKER, *A Saite oracle papyrus from Thebes in the Brooklyn Museum [Papyrus Brooklyn 47.218.3],* Providence, Brown University Press, 1962, pp. 50-51.

[34] K. RYHOLT, «A pair of oracle petitions adressed to Horus-of-the-Camp», *JEA,* vol. 79, 1993, p. 193.

[35] Usualmente, se ha dado por supuesto que esta fecha debería corresponder al año 5 de la *uhem-mesut,* es decir, al año 23 de Ramsés XI. Sin embargo, considero que Herihor (el superior que envía a Unamón en esta misión) no fue sumo sacerdote de Amón hasta finales del reinado de Ramsés XI, tras Paiankh, ejerciendo dicho cargo hasta el año sexto de Esmendes. Esto significaría que es Esmendes, y no Ramsés XI, quien aparece mencionado en el papiro y por ello el año 5 del papiro no se indica que sea de la *uhem-mesut*.

[36] Como los recibidos por Unamón en Biblos, en los que incluso los recipientes, como sacos, cestos o fardos, son todos de fibra vegetal.

[37] Su reinado, del 1115 al 1077 a. C., aproximadamente, fue contemporáneo de finales de la XX dinastía.

[38] G. ROUX, *Mesopotamia,* Madrid, Akal, 1987, p. 304.

[39] I Reyes 11: 14-20.

[40] Sin embargo, sabemos por fuentes asirias que en Edom no hubo auténticos reyes o un Estado hasta el final del siglo VIII a. C., más de dos siglos después.

[41] I Reyes 3: 1; 7: 8; 9: 16-17.

[42] I Reyes 10: 40.

[43] «Por otra parte, tú, hermano mío, cuando te escribí sobre el casamiento de tu hija, de acuerdo con tu práctica de no dar una hija me escribiste diciendo: desde tiempos inmemoriales ninguna hija del rey de Egipto ha sido dada a nadie» (W. L. MORAN, *The Amarna letters,* Londres, Johns Hopkins University Press, 1992, p. 8).

[44] II Crónicas 12: 2-4, 9.

[45] Los llamados «doce reyes de Hatti», correspondientes a los que aparecen en el Monolito de Kurkh, son los arameos de Damasco y Hamath, los de Israel y Ammón, los fenicios de Que (Biblos), Arqanta (Tell Arqa), Arvad, Usanata y Shian (Tell Sianu), y los reinos de Arabia y Musri (Egipto). El reino que falta por completar la lista de doce puede ser Tiro.

[46] J. B. PRITCHARD, *Ancient near eastern rexts Relating to the Old Testament,* Princeton, Princeton University Press, 1950, p. 281.

[47] El empleo del codo real egipcio en Judá se comprueba desde el estrato X de Tell Arad, que se inicia a principios del siglo IX a. C.

[48] La solución de la correspondencia de este sistema ponderal con el sistema egipcio se estableció comprobando que el peso de 8 *shekels* marcado con el hierático 10, significaría que esos 8 *shekels* corresponden a 10 *qedets,* que constituyen un *deben* egipcio.

[49] II Reyes 17: 3-4.

[50] POLYAENUS, *Strategika,* VII, 3.

**Capítulo X. La Baja Época**

[1] La traducción que presentamos está fundamentada en R. A. CAMINOS, «The Nitocris adoption stela», *JEA,* vol. 50, 1964, pp. 71-101.

[2] *Ibid.,* nota 31.

[3] Traducción de C. Schrader, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, vol. 3, 1977, pp. 453-454.

[4] A. H. GARDINER, *El Egipto de los faraones,* Barcelona, 1994, p. 388.

[5] Traducción de C. Schrader, *op. cit.,* p. 465.

[6] *Ibid.,* pp. 469-470.

[7] *Ibid.,* p. 463.

[8] J. M. SERRANO DELGADO, *Textos para la historia antigua de Egipto*, Madrid, Cátedra, 1993, p. 134.

[9] *Ibid.,* pp. 135.

[10] *Ibid.,* pp. 134-135.

[11] G. POSENER, *La première domination perse en Égypte. Recueil d'inscriptions hiéroglyphiques,* El Cairo, 1936.

[12] J. YOYOTTE, «Les inscriptions hiéroglyphiques. Darius et l'Égypte», *JA,* vol. 260, 1972, pp. 253-266.

[13] J. M. SERRANO DELGADO, *Textos..., op. cit.,* p. 134.

[14] Se trata de un interesante episodio histórico, recogido en documentos arameos encontrados en Egipto. El templo de Yahve fue incendiado y destruido, lo que supuso un duro golpe para la comunidad judía local, aunque posteriormente fuera reconstruido y se renovara el culto.

# CRONOLOGÍA

Esta cronología se ofrece sólo como un marco de referencia, por ser la última publicada en un volumen dedicado en exclusiva a tratar esta cuestión[*], pero el lector puede consultar otras igual de válidas[**]. Los autores han intentado ajustarse a ella en aras de una mayor coherencia general, mas cuando así lo han considerado oportuno han tenido plena libertad a la hora de proponer su propias fechas. Esto se debe a que la cronología egipcia es un campo en constante variación, donde dependiendo de los últimos descubrimientos arqueológicos o de la aceptación o no de las corregencias por parte de los investigadores, las fechas pueden variar.

| | |
|---|---|
| PERÍODO TINITA | *c.* 2900-2593$^{+25}$ |
| **I Dinastía** | ***c.* 2900-2730**$^{+25}$ |
| Narmer | *c.* 2900-?$^{+25}$ |
| Aha | ?-2870$^{+25}$ |
| Djer | 2870-2823$^{+25}$ |
| «Serpiente» | 2822-2815$^{+25}$ |
| Den | 2814-2772$^{+25}$ |
| Adjib/Anedjib | 2771-2764$^{+25}$ |

[*] E. HORNUNG, R. KRAUSS y D. A. WARBURTON (eds.), *Ancient Egyptian chronology,* Leiden, E. J. Brill (Handbook of Oriental Studies, 83), 2006. La cronología está ligeramente modificada, pues hemos distribuido las dinastías adoptando la división clásica para la Época Tinita (I y II dinastías), al contrario que en el texto original, que incluye la III dinastía en el Dinástico Temprano.

[**] J. BAINES y J. MALEK, *Atlas of ancient Egypt,* ed. rev., El Cairo, The American University in Cairo Press, 2002, pp. 36-37; K. A. KITCHEN, «The historical chronology of ancient Egypt. A current assessment», en K. RANDSBORG (ed.), *Absolute Chronology. Archaeological Europe, 2500-500 BC,* Leiden, E. J. Brill [Acta Archaeologica, København, 67 (Acta Archaeologica Supplementa, 1)], 1996, pp. 1-13; I. SHAW (ed.), *The Oxford history of ancient Egypt,* Oxford, Oxford University Press, 2001, pp. 479-483.

| | |
|---|---|
| Semerkhet | 2763-2756$^{+25}$ |
| Qaa | 2755-2732$^{+25}$ |
| **II Dinastía** | ***c.* 2730-2590**$^{+25}$ |
| Hotepsekhemuy | 2730-?$^{+25}$ |
| Raneb | ?-2700$^{+25}$ |
| Ninetjer | 2700-2660$^{+25}$ |
| Peribsen | 2660-2650$^{+25}$ |
| Sekhemib | 2650-?$^{+25}$ |
| Sened | ?-2610$^{+25}$ |
| Khasekhemuy | 2610-2593$^{+25}$ |
| REINO ANTIGUO | *c.* 2592-2120$^{+25}$ |
| **III Dinastía** | ***c.* 2592-2544**$^{+25}$ |
| Netjerkhet (Djoser) | 2592-2566$^{+25}$ |
| Sekhemkhet | 2565-2559$^{+25}$ |
| Khaba | 2559-?$^{+25}$ |
| Nebka/Sanakht | ?-?$^{+25}$ |
| Huni | ?-2544$^{+25}$ |
| **IV Dinastía** | ***c.* 2543-2436**$^{+25}$ |
| Esnefru | 2543-2510$^{+25}$ |
| Khufu (Keops) | 2509-2483$^{+25}$ |
| Djedefre | 2482-2475$^{+25}$ |
| Bikheris | 2474-2473$^{+25}$ |
| Khafre | 2472-2448$^{+25}$ |
| Menkaure (Micerino) | 2447-2442$^{+25}$ |
| Shepseskaf | 2441-2436$^{+25}$ |
| **V Dinastía** | ***c.* 2435-2306**$^{+25}$ |
| Userkaf | 2435-2429$^{+25}$ |
| Sahure | 2428-2416$^{+25}$ |
| Neferirkare Kakai | 2415-2405$^{+25}$ |
| Neferefre/Raneferef | 2404$^{+25}$ |
| Shepseskare Izi | 2403$^{+25}$ |
| Niuserre Ini | 2402-2374$^{+25}$ |
| Menkauhor | 2373-2366$^{+25}$ |
| Djedkare Izezi | 2365-2322$^{+25}$ |
| Unis | 2321-2306$^{+25}$ |
| **VI Dinastía** | ***c.* 2305-2118**$^{+25}$ |
| Teti | 2305-2279$^{+25}$ |

| | |
|---|---|
| Userkare | ?-?$^{+25}$ |
| Pepi I Meryre | 2276-2228$^{+25}$ |
| Merenre Nemtyemzaf | *c.* 2227-2217$^{+25}$ |
| Pepi II Neferkare | 2216-2153$^{+25}$ |
| Nemtyemzaf II | 2152$^{+25}$ |
| **VIII Dinastía** | ***c.* 2150-2118**$^{+25}$ |
| Neferkaure | 2126-2113$^{+25}$ |
| Neferkauhor | 2122-2120$^{+25}$ |
| Neferirkare | 2119-2218$^{+25}$ |
| PRIMER PERÍODO INTERMEDIO | *c.* 2118-1980$^{+25}$ |
| **IX y X Dinastías (Heracleopolitanas)** | ***c.* 2118-1980**$^{+25}$ |
| REINO MEDIO | *c.* 1980$^{+16}$-1760 |
| **IX Dinastía (Tebana)** | ***c.* 2080-1940**$^{+16}$ |
| Mentuhetep I (Tepia) | *c.* 1980-?$^{+16}$ |
| Inyotef I (Sehertawy) | *c.* ?-2067$^{+16}$ |
| Inyotef II (Wahankh) | 2066-2017$^{+16}$ |
| Inyotef III (Nakhtnebtepnufer) | 2016-2009$^{+16}$ |
| Mentuhetep II Nebhepetre | 2009-1959$^{+16}$ |
| Mentuhetep III Sankhkare | 1958-1947$^{+16}$ |
| Mentuhetep IV Nebtawyre | 1947-1940$^{+16}$ |
| **XII Dinastía** | **1939$^{+16}$-1760** |
| Amenemhat I Sehetepibre | 1939-1910$^{+16}$ |
| Senusert I Kheperkare | 1920-1875$^{+6}$ |
| Amenemhat II Nebukaure | 1878-1843$^{+3}$ |
| Senusert II Khakheperre | 1845-1837 |
| Senusert III Khakaure | 1837-1819 |
| Amenemhat III Nimaatre | 1818-1773 |
| Amenemhat IV Makherure | 1772-1764 |
| Nefrusobek Sobekkare | 1763-1760 |
| SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO | 1759-*c.* 1539 |
| **XIII Dinastía** | **1759-*c.* 1630** |
| Wegaf Khutawyre | 1759-1757 |
| Amenemhat VII Sedjefakare | *c.* 1753-1748 |
| Sobekhotep II Sekhemre-khutawy | 1737-1733 |
| Khendjer Userkare | *c.* 1732-1728 |
| Sobekhotep III Sekhemre-swadjtawy | *c.* 1725-1722 |

| | |
|---|---|
| Neferhetep I Khasekhemre | *c.* 1721-1710 |
| Sobekhotep IV Khaneferre | *c.* 1709-1701 |
| Sobekhotep V Khahotepre | *c.* 1700-1695 |
| Awibre Hor | *c.* 1695-1685 |
| Aya Merneferre | *c.* 1684-1661 |
| Ini Merhetepre | *c.* 1660-1659 |
| Swadjtu, Ined, Hori, Dedumose | |
| **XIV Dinastía** | **?** |
| **XV Dinastía (Hyksos)** | ***c.* ?–*c.* 1530** |
| Khian Swoserenre | |
| Apofis Awoserre | *c.* 1575-1540 |
| Khamudi | |
| **XVI y XVII Dinastías** | ***c.* ?-1540** |
| Sobekhotep VIII, Nebiriau, Rahotep, Sobekemsaf I & II, Bebiankh, Inyotef Nebukheperre | ?-? |
| Tao Senakthenre | ?-? |
| Taa Seqenenre | ?-? |
| Kamose Hedjkheperre | *c.* ?-1540 |
| REINO NUEVO | *c.* 1539-1077 |
| **XVIII Dinastía** | ***c.* 1539-1292** |
| Ahmose Nebpehtire | *c.* 1539-1515 |
| Amenhotep I Deserkare | 1514-1494 |
| Tutmosis I Akheperkare | 1493-1483 |
| Tutmosis II Akheperenre | 1482-1480 |
| Tutmosis III Menkheperre | 1479-1425 |
| Hatshepsut Maatkare | 1479-1458 |
| Amenhotep II Akheperure | 1425-1400 |
| Tutmosis IV Menkheperure | 1400-1390 |
| Amenhotep III Nebmaatre | 1390-1353 |
| Amenhotep IV/Akhenaton Neferkheprure | 1353-1336 |
| Semenkhkare/Neferneferuaton Ankhkheprure | 1336-1334 |
| Nefernefruaton Ankhetkheperure | 1334-? |
| Tutankhaton/Amón Nebkheperure | ?-1324 |
| Itnetjer Aya Kheperkheperure | 1323-1320 |
| Horemheb Djeserkheperure | 1319-1292 |
| **XIX y XX Dinastías** | **1292-1191** |
| Ramsés I Nebpehtire | 1292-1291 |
| Seti I Menmaatre | 1290-1279 |

| | |
|---|---|
| Ramsés II Usermaatre Setepenre | 1279-1213 |
| Merneptah Baenre | 1213-1203 |
| Seti II Userkheperure | 1202-1198 |
| Amenmesses Menmire | 1202-1200 |
| Siptah Akhenre | 1197-1193 |
| Towsre Sitre Meritamon | 1192-1191 |

**XX Dinastía** **1190-1077**

| | |
|---|---|
| Setnakht Userkhaure | 1190-1188 |
| Ramsés III Usermaatre Meriamon | 1187-1157 |
| Ramsés IV Heqamaatre Setepenamon | 1156-1150 |
| Ramsés V Usermaatre Sekheperenre | 1149-1146 |
| Ramsés VI Nebmaatre Meryamon | 1145-1139 |
| Ramsés VII Usermaatre Setepenre Meryamon | 1138-1131 |
| Ramsés VIII Usermaatre Akhenamon | 1130 |
| Ramsés IX Neferkare Setepenre | *c.* 1129-1111 |
| Ramsés X Khepermaatre Setepenre | *c.* 1110-1107 |
| Ramsés XI Menmaatre Setepenptah | *c.* 1106-1077 |

TERCER PERÍODO INTERMEDIO *c.* 1076-723

**XXI Dinastía** ***c.* 1076-944**

| | |
|---|---|
| Esmendes Hedjkheperre Setepenre | *c.* 1076-1052 |
| Psusennes I Akheperre Setepenamon | *c.* 1051-1006 |
| Amenemnisut Neferkare | *c.* 1005-1002 |
| Amenemope Usermaatre Setepenamon | *c.* 1002-993 |
| Osorkon Akheperre Setepenre | 992-987 |
| Siamon Netjerkheperre Setepenamón | 986-*c.* 968 |
| Psusennes II Titkheprure | *c.* 967-944 |

**XXII Dinastía** **943-*c.* 746**

| | |
|---|---|
| Sheshonq I Hedjkheperre Setepenre | 943-923 |
| Osorkon I Sekhemkheperre Setepenre | 922-*c.* 888 |
| Takelot I Usermaatre Setepenamon | *c.* 887-874 |
| Sheshonq II Henakheperre Setepenre | *c.* 873 |
| Osorkon II Usermaatre Setepenamón | *c.* 872-842 |
| Sheshonq III Usermaatre Setepenre Amón | 841-803 |
| Sheshonq IIIa Hedjkheperre | ?-790 |
| Pami Usermaatre Setepenre Amón | 789-784 |
| Sheshonq V Akheperre | 783-*c.* 746 |

**XXIII Dinastía (Alto Egipto) y reyes rivales**

| | |
|---|---|
| Takelot II | 845-821 |
| Iuput I | 820-809 |
| Osorkon III, Takelot III | *c.* 780 ± 20 |

| | |
|---|---|
| Petubaste I | 834-812 |
| Sheshonq IV, Rudamon, Iny | |
| **XXII Dinastía (Bajo Egipto)** | ***c.* 730** |
| Petubaste II (?), Osorkon IV | |
| **XXIV Dinastía** | ***c.* 736-723** |
| Tefnakhte Shepsesre | *c.* 736-729 |
| Bocchoris Wahkare | 728-723 |
| BAJA ÉPOCA | c. 722-332 |
| **XXV Dinastía** | ***c.* 722-*c.* 655** |
| Piye/Piankhy | *c.* 753-723 |
| Shabaka Neferkare | *c.* 722-707 |
| Shebitku Djedkaure | *c.* 706-690 |
| Taharqa Khurenefertem | 690-664 |
| Tantamani Bakare | 664-*c.* 655 |
| **XXVI Dinastía** | **664-525** |
| Psamético I Wahibre | 664-610 |
| Necao II Wehemibre | 610-595 |
| Psamético II Neferibre | 595-589 |
| Apries Haaibre | 589-570 |
| Amasis Khnemibre | 570-526 |
| Psamético III Ankhkaenre | 526-525 |
| **XXVII Dinastía (persa)** | **525-404** |
| Cambises | 525-522 |
| Darío I | 521-486 |
| Jerjes | 486-466 |
| Artajerjes I | 465-424 |
| Darío II | 424-404 |
| **XXVIII Dinastía** | **404-399** |
| Amirtaio | 404-399 |
| **XXIX Dinastía** | **399-380** |
| Neferites Baenre Merynetjeru | 399-393 |
| Psamutis Userre Setepenptah | 393 |
| Akhoris Khnemmaatre | 393-380 |
| Neferites II | 380 |

| | |
|---|---|
| **XXX Dinastía** | **380-343** |
| Nectanebo I Kheperkare | 380-362 |
| Teos Irmaatenre | 365-360 |
| Nectanebo II Senedjemibre Setepenanhur | 360-343 |
| **Segundo Período Persa** | **343-332** |
| Artajerjes III Oco | 343-338 |
| Arses | 338-336 |
| Darío III Codoman | 335-332 |
| Alejandro Magno | 332-323 |

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

## Prehistoria

La producción bibliográfica sobre la época predinástica egipcia se ha visto muy incrementada en los últimos años. Existen obras de conjunto que abarcan el análisis desde épocas paleolíticas. Tal es el libro de la prehistoriadora B. MIDANT-REYNES, *Préhistoire de l'Égypte. Des premiers hommes aux premiers Pharaons,* París, Armand Colin, 1992, o del también prehistoriador D. J. BREWER, *Ancient Egypt. Foundations of a Civilization,* Londres, Pearson Education Limited, 2005 (hay edición española: *Historia de la civilización egipcia,* Barcelona, Crítica, 2007); en ambas obras el análisis se continúa hasta la unificación de Egipto. Sobre las etapas más antiguas de la Prehistoria además de los dos libros anteriores, es recomendable el artículo de P. M. VERMEERSCH, «L'homme et le Nil au Paléolithique final», *Archéo-Nil,* vol. 4, 1994, pp. 5-16. Un libro muy útil, porque da una visión de conjunto desde el Neolítico hasta los momentos de la unificación egipcia es el de K. CIAŁOWICZ, *La naissance d'un royaume. L'Égypte dès la période prédynastique à la fin de la I.er Dynastie,* Cracovia, Ksiegarnia Akademika, 2001. Es el mismo período cronológico que abarca el libro de B. MIDANT-REYNES, *Aux origines de l'Égypte. Du Néolithique à l'émergence de l'État,* París, Fayard, 2003. En ambos se tratan aspectos del hábitat, se exponen los últimos descubrimientos y se analizan cuestiones de la cultura material y las producciones artísticas.

Hay dos publicaciones especializadas en la época predinástica egipcia que son fundamentales: una de ellas es *Nekhen News,* revista anual que informa sobre las excavaciones que se están llevando a cabo en la localidad de Hieracómpolis; la otra, también anual, es *Archéo-Nil,* que ha tratado temas tanto monográficos como más generales relativos a la época predinástica tanto en el valle del Nilo como en territorio sahariano. Es muy útil el listado que se ofrece de toda la producción bibliográfica predinástica

publicada hasta la publicación de cada número, compilado por S. Hendrickx, y que se incluye al final de cada volumen de la revista.

Sobre cuestiones más específicas, son todavía muy útiles los trabajos realizados por K. CIAŁOWICZ sobre las paletas predinásticas, «Les palettes égyptiennes aux motifs zoomorphes et sans décoration», *Studies in Ancient Art and Civilization,* vol. 3, Cracovia, Uniwersytet Jagiellonski, 1991, y las mazas predinásticas, «Les têtes de massues des périodes prédynastique et archaïque dans la vallée du Nil», *Studies in Ancient Art and Civilization,* vol. 9, Cracovia, Nakładem Uniwersytetu Jagiellonskiego, 1987, pp. 7-64. Las decoraciones sobre las cerámicas de la época de Nagada I *(white cross-lined)* y Nagada II *(decorated)* han sido estudiadas en dos obras de conjunto. Una de ellas es el trabajo realizado por G. GRAFF, *Approche de l'iconographie prédynastique. Les peintures sur vases Nagada I-Nagada II. Problèmes de lecture et essai d'interprétation,* tesis doctoral de la Universidad de la Soborna, París, 2002 (inédita). La otra es A. I. NAVAJAS, *El desierto como realidad física y simbólica en el pensamiento del antiguo Egipto. Estudio de las fuentes iconográficas del período predinástico,* tesis doctoral de la Universidad Autónoma de Madrid, 2004 (inédita).

Sobre cuestiones específicas de hábitat y de enterramientos hay que consultar las memorias de excavación correspondientes a cada localidad. No obstante, hay temas interesantes que se han tratado de forma monográfica, como los posibles sacrificios humanos en época predinástica en Egipto y en otros territorios: J. P. ALBERT y B. MIDANT-REYNES (eds.), *Le sacrifice humaine en Egypte ancienne et ailleurs,* París, Soleb (Études d'égyptologie, 6), 2005, o las necrópolis de animales: D. V. FLORES, *Funerary sacrifice of animals in the Egyptian predynastic period,* Oxford, Archaeopress (BAR International Series 1153), 2003.

Las relaciones entre las poblaciones del valle del Nilo y la de los desiertos occidental y oriental desde el período neolítico fueron especialmente bien estudiadas en la obra de conjunto editada por R. FRIEDMAN, *Egypt and Nubia. Gifts of the desert,* Londres, British Museum Press, 2002. Otro libro todavía muy válido sobre los contactos entre las diferentes regiones del territorio egipcio, sahariano, sudanés, etc., es el de L. KRZYZANIAK, K. KROEPER y M. KOBUSIEWICZ (eds.), *Interregional contacts in the later prehistory of northeastern Africa,* Poznan, Poznan Archaeological Museum, 1996. Por lo demás, para cuestiones más específicas sobre el territorio sahariano, yacimientos arqueológicos, representaciones rupestres, etc., hay que consultar la revista anual *Sahara*.

## Aparición del Estado y Época Tinita

Una completa bibliografía analítica sobre el Egipto prehistórico, predinástico y dinástico temprano se recoge en S. HENDRICKX, *Analytical*

*Bibliography of the Prehistory and the Early Dynastic Period of Egypt and Northern Sudan*, Lovaina, Leuven University Press, 1995, y se actualiza periódicamente en la revista *Archéo-Nil.*

Los manuales más recientes y actualizados sobre el Egipto de los orígenes son: B. MIDANT-REYNES, *Aux origines de l'Égypte. Du Néolithique à l'émergence de l'État,* París, Fayard, 2003, para el predinástico; D. WENGROW, *The Archaeology of Early Egypt. Social Transformations in North-East Africa, 10.000 to 2650 BC,* Cambridge, Cambridge University Press, 2006 (trad. esp. *La arqueología del Egipto arcaico*, Barcelona, Bellaterra, 2007), una novedosa aproximación a la arqueología del Egipto de los orígenes (predinástico y dinástico temprano) centrada en la dinámica entre el cambio económico y político a gran escala y las prácticas materiales específicas; T. A. H. WILKINSON, *Early Dynastic Egypt,* Londres-Nueva York, Routledge, 1999, para el dinástico temprano (I a III dinastías). A estas referencias se añadirán las originales aportaciones de J. BAINES, Origins of Egyptian Kingship, en D. O'CONNOR y D. P. SILVERMAN, *Ancient Egyptian Kingship*, Leiden, E. J. Brill, 1995, cap. 3, pp. 95-156; y de B. J. KEMP, *Ancient Egypt. Anatomy of a Civilization*, Londres y Nueva York, Routledge, 1989[1], 2005[2] (trad. esp. de la 1.ª ed. *Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*, Barcelona, Crítica, 1992) (primera parte). Resultan muy útiles también, aunque son algo más antiguas y, por tanto, menos actualizadas, las obras siguientes: M. A. HOFFMAN, *Egypt before the Pharaohs*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1980; A. J. SPENCER, *Early Egypt. The Rise of Civilisation in the Nile Valley,* Londres, British Museum Press, 1993; J. VERCOUTTER, *L'Égypte et la vallée du Nil, I: Des origines à la fin de l'Ancien Empire,* París, PUF, 1992.

La actualidad de la investigación sobre el Egipto predinástico y dinástico temprano puede seguirse a través de una serie de obras colectivas como E. C. M. VAN DEN BRINK (ed.), *The Nile Delta in Transition: 4th-3rd Millennium B.C.*, Tel Aviv (publicado por el editor), 1992; R. FRIEDMAN y B. ADAMS (eds.), *The Followers of Horus. Studies Dedicated to Michael Allen Hoffman,* Oxford, Oxbow, 1992; A. J. SPENCER (ed.), *Aspects of Early Egypt,* Londres, British Museum Press, 1996; y muy especialmente a través de las actas de los congresos dedicados monográficamente al Egipto de los orígenes: S. HENDRICKX, R. F. FRIEDMAN, K. M. CIAŁOWICZ y M. CHŁODNICKI (eds.), *Egypt at its Origins. Studies in Memory of Barbara Adams* (*OLA* 138), Lovaina, Peeters, 2004; B. MIDANT-REYNES, Y. TRISTANT, J. ROWLAND y S. HENDRICKX (eds.), *Egypt at its Origins 2. Proceedings of the International Conference 'Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt', Toulouse 2005* (*OLA* 172), Lovaina, Peeters, 2008.

Por temas específicos, para un completo y actualizado estado de la cuestión con buena bibliografía sobre las excavaciones de las últimas

décadas realizadas en Hieracómpolis y Abydos se consultarán los artículos de R. F. FRIEDMAN, E.-M. ENGEL y L.D. BESTOCK recogidos en *Archéo-Nil,* 18, 2008. Para los trabajos alemanes en Abydos en concreto se verán las distintas entregas de G. DREYER *et al., Umm el-Qaab. Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof* (*MDAIK,* 46, 1990, pp. 53-90; 49, 1993, pp. 23-62; 52, 1996, pp. 11-81; 54, 1998, pp. 77-167; 56, 2000, pp. 43-129; 59, 2003, pp. 67-138; 62, 2006, pp. 67-129). En G. DREYER *et al., Umm el-Qaab I. Das praedynastische Königsgrab U-j und seine frühen Schriftzeugnisse,* Mainz am Rhein, Philipp von Zabern, 1998, el lector encontrará un estudio monográfico sobre la tumba U-j y sobre el conjunto de inscripciones tempranas en ella exhumadas, además del corpus completo de estas inscripciones.

Acerca del surgimiento del Estado en Egipto se verá M. CAMPAGNO, *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto* (*Aula Aegyptiaca-Studia 3),* Barcelona, Aula Aegyptiaca, 2002 (con bibliografía completa), que trata el tema a la luz de la antropología política y del parentesco. Por su parte, J. CERVELLÓ AUTUORI, *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano* (*Aula Orientalis-Supplementa 13),* Sabadell, Ausa, 1996, analiza la formación de la civilización y la realeza faraónicas en su contexto africano, entendido tanto en términos (pre)históricos como antropológico-culturales.

Sobre los reyes, las listas y los anales reales de las primeras dinastías se consultarán J. CERVELLÓ AUTUORI, «Was King Narmer Menes?», *Archéo-Nil,* 15, 2005, pp. 31-46; ÍD., «Listas reales, parentesco y ancestralidad en el Estado egipcio temprano», en M. CAMPAGNO (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el antiguo Egipto,* Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2006, pp. 95-120 (con referencias); T. A. H. WILKINSON, *Royal Annals of Ancient Egypt,* Londres, Kegan Paul, 2000.

Los aspectos simbólicos y ceremoniales de la monarquía faraónica de los orígenes son tratados por H. FRANKFORT, *Kingship and the Gods,* Chicago, The University of Chicago Press, 1948 (trad. esp. *Reyes y dioses,* Madrid, Alianza, 1981); A. JIMÉNEZ SERRANO, *Royal Festivals in the Late Predynastic Period and the First Dynasty (BAR-IS 1076),* Oxford, Hadrian Books, 2002; J. KAHL, *Ra Is My Lord. Searching for the Rise of the Sun God at the Dawn of Egyptian History,* Wiesbaden, Harrassowitz, 2007.

**Reino Antiguo**

Una excelente introducción al Reino Antiguo, acompañada de una cuidada selección fotográfica, es J. MALEK, *In the shadow of the pyramids. Egypt during the Old Kingdom,* Norman (Okl.), University of Oklahoma Press,

1986. Los aspectos puramente fácticos de este período se recogen en W. S. SMITH, «The Old Kingdom in Egypt and the Begining of the First Intermediate Period», en I. E. S. EDWARDS, C. J. GADD y N. G. L. HAMMOND (eds.): *The Cambridge Ancient History,* vol. I, part 2, Cambrige, Cambridge University Press, 1971, pp. 145-207, que se puede completar con J. VERCOUTTER, *L'Égypte et la vallée du Nil. Tome 1. Des origines à la fin de l'Ancien Empire,* París, Presses Universitaires de Frances (Nouvelle Clio), 1992. La historia social de la época de las pirámides se trata en B. J. KEMP, «From the Old Kingdom to the Second Intermediate Period», en B. G. TRIGGER, B. J. KEMP, D. O'CONNOR y A. B. LLOYD, *Ancient Egypt. A social history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 71-182, pero sobre todo en J. C. MORENO GARCÍA, *Egipto en el Imperio Antiguo (2650-2150 antes de Cristo),* Barcelona, Bellaterra (Arqueología), 2004, donde se incluye un importante corpus de textos e inscripciones traducidos directamente por el autor del egipcio al español.

Una muy buena introducción a la historia, función y excavación de las pirámides egipcias se puede encontrar en J. M. PARRA ORTIZ, *Las pirámides. Historia, mito y realidad*, Madrid, Complutense, 2001. Más exhaustivos en la descripción de las mismas y profusamente ilustrados son M. LEHNER, *The complete pyramids,* Londres, Thames & Hudson, 1997 (hay edición española), y J. M. PARRA ORTIZ, *Historia de las pirámides de Egipto,* 2.ª ed., Madrid, Complutense, 2008.

Los entresijos económicos del funcionamiento diario de un complejo funerario real, el de Neferirkare concretamente, se encuentran estudiados en P. POSENER-KRIEGER, «Les papyrus d'Abousir et l'économie des temples funéraires de l'Ancien Empire», en E. LIPINSKI (ed.): *State and temple economy in the ancient Near East. Proceedings of the International Conference Organized by the Katholieke Universiteit Leuven from the 10th to the 14th of April 1978,* Lovaina, Department Oriëntalistick (OLA, 5 y 6), 1979, pp. 133-151, que se puede completar con J. C. MORENO GARCÍA, «L'organisation sociale de l'agriculture dans l'Égypte pharaonique pendant l'Ancien Empire (2650-2150 avant J.-Chr.)», *JESHO*, vol. 44, 2001, pp. 411-450, sobre los aspectos sociales de la agricultura egipcia durante el Reino Antiguo. Los cambios en las tumbas reales como reflejo de cambios sociales e ideológicos se estudian en A. M. ROTH, «Social change in the Fourth Dynasty. The spatial organization of pyramids, Tombs, and cemeteries», *JARCE,* vol. 30, 1993, pp. 33-55. Mientras que la organización y distribución de la fuerza laboral egipcia durante la época de las pirámides se estudia en J. C. EYRE, «Work and the organisation of work in the Old Kingdom», en M. A. POWELL, *Labor in the Ancient Near East*, New Haven, American Oriental Society (American Oriental Series, 68), 1987, pp. 5-47.

No existen estudios de conjunto sobre la religión del Reino Antiguo, pero en J. P. ALLEN, «The cosmology of the Pyramid Texts», en *Religion and*

*philosophy in ancient Egypt*, New Haven, Yale Egyptological Seminar, Department of Near Eastern Languages and Civilizations, The Graduate School, Yale University (Yale Egyptological Studies, 3), 1989, pp. 1-28, se analiza la cosmología presente en los *Textos de las pirámides*. En cambio, en J. P. ALLEN, «Reading a pyramid», en *Hommages à Jean Leclant*, 1, El Cairo, IFAO (Bibliothèque d'Étude, 106/1), 1994, pp. 5-28, y B. MATHIEU, «Que sont les Textes des Pyramides», *Égypte, Afrique et Orient,* vol. 12, 1999, pp. 13-22, se estudia la relación de los *Textos de las pirámides* con su distribución topográfica en el interior de las cámaras subterráneas de la pirámide.

## Primer Período Intermedio

F. GOMAÀ, *Ägypten während der Ersten Zwischenzeit,* Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1980, es una historia general del período, mientras J. C. MORENO GARCÍA, *Egipto en el Imperio Antiguo (2650-2150 a. C.),* Barcelona, Edicions Bellaterra, 2004, es una historia social de Egipto durante el Imperio Antiguo y el Primer Período Intermedio. Un estudio más concreto, de la historia de la provincia de Dendera en su contexto histórico y administrativo, es H. G. FISCHER, *Dendera in the Third Millennium B. C., down to the Theban domination of Upper Egypt,* Nueva York, J. J. Augustin, 1968.

El estudio pionero sobre las causas sociales y políticas de la crisis de la monarquía del Imperio Antiguo es R. MÜLLER-WOLLERMANN, *Krisenfaktoren im ägytischen Staat des ausgehenden alten Reichs*, Tubinga, Dissertations Druck, 1986. Por su parte, N. MOELLER, «The First Intermediate Period: a time of famine and climate change?», *ÄuL,* vol. 15, 2005, pp. 153-167, es una brillante y documentada crítica de las supuestas crisis climáticas y alimenticias que habrían provocado el colapso del Imperio Antiguo.

S. J. SEIDLMAYER, *Gräberfelder aus dem Übergang vom Alten zum Mittleren Reich. Studien zur Archäologie der Ersten Zwischenzeit,* Heidelberg, Heilderberger Orientverlag, 1990, nos ofrece un magnífico estudio de la cultura material de los cementerios y de su relevancia en el ámbito de la organización social del Primer Período Intermedio. Mientras que los materiales y textos descubiertos en la capital del reino heracleopolitano los encontramos en P. VERNUS*,* M. C. PÉREZ-DIE, *Excavaciones en Ehnasya el-Medina (Heracleópolis Magna). Introducción general. Inscripciones,* Madrid, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, 1992. La tumba de Anjtifi y sus excepcionales inscripciones históricas se estudia en J. VANDIER, *Moᶜalla,* El Cairo, IFAO, 1950.

J. J. CLÈRE y J. VANDIER, *Textes de la Première Période Intermédiaire et de la XIème dynastie,* Bruselas, Fondation Reine Élisabeth, 1948, es un cómodo repertorio de muchas de las inscripciones jeroglíficas más importantes del período. En cambio, K. A. DAOUD, *Corpus of inscriptions of*

*the Herakleopolitan period from the Memphite necropolis,* Oxford, Archaeopress, 2006, es un repertorio de fuentes del área menfita y redatación de monumentos considerados hasta ahora como anteriores o posteriores al Primer Período Intermedio.

J. C. MORENO GARCÍA, *Études sur l'administration, le pouvoir et l'idéologie en Égypte, de l'Ancien au Moyen Empire,* Lieja, Université de Liège, 1997, analiza los cambios ideológicos producidos en el tránsito del III al II milenio antes de nuestra era y sus implicaciones sociales y políticas. Mientras que J. C. MORENO GARCÍA, «La gestion sociale de la mémoire dans l'Égypte du III$^{e}$ millénaire: les tombes des particuliers, entre utilisation privée et idéologie publique», en M. FITZENREITER y M. HERB (eds.), *Dekorierte Grabanlagen im Alten Reich–Methodik und Interpretation,* Londres, Golden House Publications, 2006, pp. 215-242, investiga las relaciones conflictivas entre el Estado y las grandes familias del reino analizadas a través del prisma de la ideología.

Una de las principales instituciones que aseguraban el control del territorio por parte del Estado egipcio se estudia en J. C. MORENO GARCÍA, Hwt *et le milieu rural égyptien du III$^{e}$ millénaire. Économie, administration et organisation territoriale,* París, Honoré Champion, 1999. Este mismo autor se centra en la organización y control del territorio por parte del Estado en J. C. MORENO GARCÍA, «The state and the organization of the rural landscape in pharaonic Egypt in the 3.$^{rd}$ millennium BC», en W. SCHUCK (ed.), *Kultur- und Landschaftswandel im ariden Afrika: Aspekten und Perspektiven,* Colonia, Universität Köln, 2007 (en prensa).

Un estudio del auge de las grandes familias provinciales y de sus bases de poder es J. C. MORENO GARCÍA, «Élites provinciales, transformations sociales et idéologie à la fin de l'Ancien Empire et à la Première Période Intermédiaire», en C. BERGER EL-NAGGAR y L. PANTALACCI (eds.), *Des Néferkarê aux Montouhotep. Travaux archéologiques en cours sur la fin de la VI$^{e}$ dynastie et la Première Période Intermédiaire* (TMO, 40), Lyon, Maison de l'Orient, 2005, pp. 215-228. Mientras que en J. C. MORENO GARCÍA, «Acquisition de serfs durant la Première Période Intermédiaire: une étude d'histoire sociale dans l'Égypte du III$^{e}$ millénaire», *RdE,* vol. 51, 2000, pp. 123-139, se evalúan las inscripciones donde se alude a la compra de personas y campos como fuente para comprender los factores de crisis en el medio rural.

## Reino Medio

El período del Reino Medio está especialmente desatendido en el pobre y no muy actualizado panorama editorial español; de ahí que en las próximas páginas se ofrezcan diferentes títulos que, por lo general, están en francés, alemán y, sobre todo, inglés.

Para una historia general de este período una buena introducción es el reciente libro de W. GRAJETZKI, *The Middle Kingdom of ancient Egypt,* Londres, Duckworth, 2006, o, siguiendo un tratamiento más tradicional, el capítulo dedicado al Reino Medio de C. VANDERSLEYEN en *L'Égypte et la vallée du Nil. Tome II. De la fin de l'Ancien Empire à la fin du Nouvel Empire,* París, Presses Universitaires de France, 1995. A estos trabajos se les pueden añadir, aunque traten períodos más limitados dentro de esa etapa, los dedicados a la parte final de la XII dinastía de I. MATZKER, *Die letzen Könige der 12. Dynastie,* Francfurt, Peter Lang, 1986, o el mucho más reciente y ameno de P. TALLET, *Sésostris III et la fin de la XII^e^ dynastie,* París, Flammarion, 2005. El libro de C. OBSOMER, *Sésostris I^er^. Étude chronologique et historique du règne,* Bruselas, Connaissance de l'Égypte Ancienne, 1995, es un buen estudio exhaustivo sobre la documentación escrita de ciertos aspectos del reinado de Senusert I.

Si las monografías sobre la historia del Reino Medio son escasas, las antologías de textos de este período son relativamente abundantes. Un buen ejemplo, por su variedad, es el trabajo de R. PARKINSON, *Voices from ancient Egypt. An anthology of Middle Kingdom writings,* Londres, British Museum Press, 1991, al que hay que añadir el libro de M. LICHTHEIM, *Ancient Egyptian autobiographies chiefly of the Middle Kingdom,* Gotinga, Vandenhoek & Ruprecht, 1988, que incluye diferentes biografías de este período, y el de R. PARKINSON, *The Tale of Sinuhe and other ancient Egyptian poems 1940-1640 BC,* Oxford, Oxford University Press, 1997, con buenas traducciones al inglés de los textos literarios más importantes de este período (para algunas traducciones en castellano de algunas de estas obras véanse J. LÓPEZ, *Cuentos y fábulas del Antiguo Egipto,* Barcelona, Trotta, 2005; J. M. GALÁN, *Cuatro viajes en la literatura del antiguo Egipto,* Madrid, CSIC, 1998; J. M. SERRANO DELGADO, *Textos para la historia antigua de Egipto,* Madrid, Cátedra, 1993).

Los estudios sobre la Administración de este período son, debido a su tan abundante como compleja documentación, variados. Para diferentes elencos de cargos y epítetos véanse los trabajos de W. A. WARD, *Index of Egyptian administrative and religious titles of the Middle Kingdom,* Beirut, American University of Beirut, 1982; H. G. FISCHER, *Egyptian titles of the Middle Kingdom. A Supplement to W. Ward's Index,* Nueva York, Metropolitan Museum, 1997[2], y D. DOXEY, *Egyptian non-royal epithets in the Middle Kingdom. A Social and historical analisis,* Leiden-Boston-Colonia, Brill, 1998. Para un análisis en profundidad de la Administración véanse W. GRAJETZKI, *Die höchsten Beamten der ägyptischen Zentralverwaltung zur Zeit des Mittleren Reiches,* Berlín, Achet, 2000, y los trabajos sobre la parte final del Reino Medio de S. QUIRKE, *The Administration of Egypt in the late Middle Kingdom. The hieratic documents,* New Malden, Sia, 1990, e ÍD., *Titles and bureaux of Egypt 1850-1700 BC,* Londres, Golden House, 2004.

Respecto a la sociedad durante este período, los trabajos monográficos son escasos. El catálogo de J. BOURRIAU, *Pharaohs and mortals: Egyptian art in the Middle Kingdom. Exhibition organised by the Fitzwilliam Museum, Cambridge 19 April to 26 June, Liverpool 18 July to 4 September 1988,* Cambridge, Cambridge University Press, 1988, además de ofrecer abundante material gráfico ilustra numerosos aspectos de la sociedad de este período y de sus creencias. Otro trabajo que, sin ser exhaustivo, ofrece algunos destellos de lo que pudo ser la vida cotidiana egipcio en ese período es el de S. QUIRKE, *Lahun, a town in Egypt 1800 BC, and the history of its landcape,* Londres, Golden House, 2005. A estos trabajos hay que añadir la interesante monografía de K. SZPAKOWSKA, *Daily Life in Ancient Egypt: Recreating Lahun,* Malden-Oxford-Carlton, Blackwell, 2006, sobre la vida cotidiana en Lahun durante este período .

Por último, en los últimos años se han publicado diferentes trabajos que agrupan estudios variados sobre este período. Uno de los primeros, y más exitosos, es S. QUIRKE (ed.), *Middle Kingdom Studies,* New Malden, Sia, 1991.

Para la política exterior de este período las monografías son escasas. Para la actividad egipcia en los desiertos véase el trabajo de K. J. SEYFRIED, *Beiträge zu den Expeditionen des Mittleren Reiches in die Ost-Wüste,* Hildesheim, Gerstenberg, 1981, que necesita de una actualización. Sobre la presencia de extranjeros en Egipto en este período véase T. SCHNEIDER, *Ausländer in Ägypten während des Mittleren Reiches und der Hyksoszeit,* 2 vols., Wiesbaden, Harrasowitz, 1998-2003. Por otro lado, Espinel ofrece un estudio sobre los contactos egipcios con el resto de África donde menciona abundante bibliografía al respecto en uno de los capítulos de A. DIEGO ESPINEL, *Abriendo los caminos de Punt. Contactos entre Egipto y el ámbito afro-árabe durante la Edad del Bronce (c 3000 a.C.-1065 a.C.),* Barcelona, Bellaterra, 2009. Para una revisión general de los contactos hay una buena síntesis en castellano realizada, una vez más, por S. QUIRKE, «El extranjero en el Imperio Medio: Un resumen», en L. A. GARCÍA MORENO y A. PÉREZ LARGACHA (eds.), *Aegyptiaca Complutensia III. Egipto y el exterior: Contactos e Influencias,* Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 1997, pp. 47-66.

## Segundo Período Intermedio

Un excelente panorama general del período, con una atención especial a los restos arqueológicos más que a los epigráficos es J. BOURRIAU, «The Second Intermediate Period (c.1650-1550 BC)», en I. SHAW (ed.), *The Oxford history of ancient Egypt,* Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 184-217. Por su parte, E. D. OREN (ed.), *The Hyksos: new*

*historical and archaeological perspectives,* Philadelphia, University of Pennsylvania Museum, 1997, ofrece una excelente colección de artículos y traducción de las principales fuentes de la época.

Un buen resumen de las excavaciones en el yacimiento que ha modificado de raíz la comprensión del Segundo Período Intermedio aparece en M. BIETAK, *Avaris the capital of the Hyksos. Recent excavations at Tell el-Dab•a,* Londres, British Museum Press, 1996, mientras que W. HELCK, *Historische-biographische Texte der 2. Zwischenzeit und neue Texte der 18. Dynastie,* Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1975, recopila las principales fuentes del período en versión jeroglífica. Por su parte, P. LACAU, *Une stèle juridique de Karnak,* El Cairo, IFAO, 1949, edita uno de los más importantes documentos de la época.

Un reexamen de diversas genealogías que permitirían situar el origen del reino tebano del Alto Egipto antes del final del Imperio Medio lo encontramos en C. BENNET, «A genealogical chronology of the Seventeenth Dynasty», *JARCE,* vol. 39, 2002, pp. 123-155. Mientras que K. RYHOLT, *The political situation in Egypt during the Second Intermediate Period, c. 1800-1550 BC,* Copenague, Carsten Niebuhr Institute, 1997, es un controvertido y fundamental estudio de la historia política del Segundo Período Intermedio, época para la cual I. FORSTNER-MÜLLER y W MÜLLER, «Versuch einer sozioarchäologischen Modellbildung anhand der materiellen Kultur Tell el-Dab•as», en E. CZERNY, I. HEIN, H. HUNGER, D. MELMAN y A. SCHWAB (eds.), *Timelines. Studies in honour of Manfred Bietak,* vol. I (OLA, 149), Lovaina, Peeters, 2006, pp. 93-102, ofrecen una sugestiva propuesta de un nuevo modelo interpretativo del Segundo Período Intermedio y de la evolución política del Delta oriental, con una buena crítica de los planteamientos etnicistas a partir de los hallazgos en Tell el-Dab•a.

Un análisis del papel económico y social de los templos como polo de poder hasta comienzos del Imperio Nuevo lo encontramos en J. C. MORENO GARCÍA, «Les temples provinciaux et leur rôle dans l'agriculture institutionnelle de l'Ancien et du Moyen Empire», en J. C. MORENO GARCÍA (ed.), *L'agriculture institutionnelle en Égypte ancienne : État de la question et perspectives interdisciplinaires* (CRIPEL, 25), Lille, Université de Lille-3, 2007, pp. 89-120. Mientras que S. QUIRKE, «Identifying the officials of the Fifteenth Dynasty», en M. BIETAK y E. CZERNY (eds.), *Scarabs of the Second Millennium BC from Egypt, Nubia, Crete and the Levant: Chronological and historical Implications,* Viena, Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 2004, pp. 171-193, compara los sistemas administrativos en vigor en los reinos tebano e hykso y estudia su diferente apropiación de las prácticas del Imperio Medio.

En J. C. MORENO GARCÍA, «Oracles, ancestor cults and letters to the dead: the involvment of the dead in the public and family affairs in Pharaonic Egypt», en A. STORCH (ed.), *Perception of the invisible: religion,*

*historical semantics and the role of perceptive verbs,* Colonia, Universität Köln (en prensa), se estudian los cambios ideológicos producidos en las esferas oficial y privada hasta el Imperio Nuevo. Estudio que se puede completar con el análisis de las dinámicas de formación y crisis del estado durante los milenios III y II antes de nuestra era que se ofrece en J. C. MORENO GARCÍA, «Building the pharaonic state: territory, elite, and power in ancient Egypt during the 3rd and 2nd millennium BCE», en J. A. HILL, PH. H. JONES y A. J. MORALES (eds.), *Experiencing power-generating authority: cosmos and politics in the ideology of kingship in ancient Egypt and Mesopotamia,* Philadelphia, University of Pennsylvania (en prensa), y S. QUIRKE, «Royal power in the 13th dynasty», en S. QUIRKE (ed.), *Middle Kingdom studies,* New Malden, SIA Publishing, 1991, pp. 123-139, que es un brillante estudio sobre el poder real a finales del Imperio Medio y sobre las circunstancias políticas que condujeron a la disolución de la monarquía.

## Reino Nuevo (XVIII dinastía)

La mayoría de los reyes de la XVIII dinastía han sido objeto de una o más monografías, como es el caso de Akhenaton o Tutankhamon. El libro de P. der MANUELIAN, *Studies in the reign of Amenophis II* (HÄB 26), Hildesheim, Gerstenberg, 1987, sirvió de referencia para emprender trabajos de investigación más en profundidad, como el de B. BRYAN, *The reign of Thutmose IV,* Baltimore-Londres, The Johns Hopkins University Press, 1991, sobre Tutmosis IV.

Recientemente, las monografías colectivas han demostrado ser muy enriquecedoras por aunar varios puntos de vista, como la dedicada a Amenhotep III [D. O'CONNOR y E. H. CLINE (eds.), *Amenhotep III. Perspectives on his reign,* Ann Harbor, The University of Michigan Press, 1998] o al rey Tutmosis III [E. H. CLINE y D. O'CONNOR (eds.), *Thutmose III. A new biography,* Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2006].

También recientemente se han organizado exposiciones en torno a la figura de un rey como referencia cronológica para mostrar la cultura material y los logros artísticos e intelectuales de una época. Los catálogos editados con tal motivo incluían, además, ensayos sobre aspectos históricos relevantes de dichos reinados, como el dedicado a Amenhotep III (A. KOZLOFF y B. BRYAN, *Egypt's dazzling sun. Amenhotep III and his world,* Cleveland, The Cleveland Museum of Art - Indiana University Press, 1992), el catálogo sobre la época de Amarna (R. FREED, Y. J. MARKOWITZ y S. H. D'AURIA, *Pharaohs of the sun. Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen,* Boston, Museum of Fine Arts, Boston - Bulfinch Press/Little, Brown and Company, 1999) o el de la exposición de Hatshepsut que tuvo lugar en el

Museo Metropolitan de Nueva York en el año 2006 (C. ROEHRIG (ed.), *Hatshepsut. From queen to pharaoh,* New Haven-Londres, The Metropolitan Museum of Art-Yale University Press, 2005].

Para conocer a los personajes principales de la Administración real, sus carreras profesionales, sus familias, sus gustos y creencias religiosas, una de las fuentes más provechosas es el estudio de la decoración e inscripciones de sus tumbas. Los trabajos epigráficos de Davies en las tumbas de los principales cortesanos que residían en Tebas en el siglo XV a. C. son, para este propósito, un punto de partida esencial. Su labor está siendo continuada por las modélicas publicaciones del Instituto Arqueológico Alemán en El Cairo.

## Reino Nuevo (XIX y XX dinastías)

Un excelente libro con el que el lector se podrá acercar a la época del gran Ramsés a través de una buena recopilación y comentario de documentos es la obra K. A. KITCHEN, *Pharaoh triumphant. The life and times of Ramesses II,* El Cairo, The American University in Cairo Press, 1990.

Una buena monografía para obtener una visión general, y muy precisa a la vez, de la interacción económica existente entre la economía egipcia, los templos y el Estado egipcio es D. A. WARBURTON, *State and economy in ancient Egypt. Fiscal vocabulary of the New Kingdom,* OBO, vol. 151, Friburgo, Freiburg Universitätsverlag, 1997, buena parte de cuyo contenido se refiere al Reino Nuevo.

Un excelente complemento de la monografía de J. ČERNÝ, *A community of workmen at Thebes in the Ramesside period,* igualmente indispensable para comprender mejor la vida y estructura de la población mejor conocida del antiguo Egipto es la obra de D. VALBELLE, *Les ouvriers de la tombe. Deir el-Médineh à l'époque ramesside,* El Cairo, IFAO, 1985. Por su parte, centrándose en buena medida en la información de papiros y ostraca procedentes de Deir el-Medina, J. J. JANSSEN, *Commodity prices from the Ramessid period. An economic study of the village of necropolis workmen at Thebes,* Leiden, E. J. Brill, 1975, recopila en esta obra una numerosísima cantidad de precios de productos de la vida cotidiana, que relacionados con los sueldos de los trabajadores, capataces, escribas, etc., de dicha población nos permite entender mejor su calidad de vida. Un breve pero estupendo estudio, con numerosas referencias documentales, sobre el reinado de Ramsés IV, reinado de transición de gran interés, pues se sitúa entre Ramsés III, último gran faraón del Reino Nuevo, y el declive de los últimos ramésidas es A. J. PEDEN, *The reign of Ramesses IV,* Warminster, Aris & Phillips, 1994. Desde el punto de vista de la cronología relativa es útil M. L. BIERBRIER, *The late New*

*Kingdom in Egypt (c.1300 - 664 a.C.). A genealogical and chronological investigation,* Warminster, Aris & Phillips, 1975, que puede considerarse un complemento perfecto a la obra de Kitchen sobre el TPI, pues recoge muchas de las genealogías que anteceden a dicho período.

Un trabajo muy recomendable en relación con la sociedad de finales del Reino Nuevo es A. M. GNIRS, *Militär und Gesellschaft. Ein Beitrag zur Sozialgeschichte des Neuen Reiches,* Heidelberg, *SAGA* 17, 1996, en el que se hace hincapié en la influencia que progresivamente adquirirá el elemento militar. M. RÖMER, *Gottes- und Priesterherrschaft in Ägypten am Ende des Neuen reiches. Ein Religiongeshichtliches Phänomen und seine sozialen Grundlagen,* Wiesbaden, ÄAT 21, 1994, es un ensayo que nos puede servir de complemento a la obra de Gnirs; es muy recomendable para el estudio del final de la Época Ramésida, especialmente desde el punto de vista de la política tebana, donde el papel del sumo sacerdote adquiere mayor influencia.

R. A. CAMINOS, *A tale of woe. From a hieratic papyrus in the A. S. Pushkin Museum of Fine Arts in Moscow,* Oxford, 1977, el texto estudiado en esta obra, escrito a comienzos de la XXI dinastía, puede hacer referencia a los hechos convulsos acontecidos durante los años previos a la *uhem mesut;* su lectura, en todo caso, resulta de gran utilidad, pues nos acerca a los problemas sociales de la época. Desde el punto de vista económico, el Papiro Wilbour es una de las fuentes epigráfica más importante de la Época Ramésida: A. H. GARDINER, *The Wilbour Papyrus,* Oxford, 1948, su lectura es necesaria y útil.

Una obra absolutamente necesaria para introducirse en el mundo de los trabajadores de Deir el-Medina es J. ČERNÝ, *A community of workmen at Thebes in the Ramesside Period,* El Cairo, IFAO (BdÉ, 50), 2001, con abundantes referencias documentales y genealogías; resulta muy útil para el período de finales del Reino Nuevo y de comienzos de la XXI dinastía. Aunque antigua G. BOTTI y T. E. PEET, *Il Giornale della Necropoli di Tebe,* Turín, 1928, sigue resultando muy útil para todo aquel que esté interesado en la economía y sociedad de Deir el-Medina; posee una recopilación de textos realizados a modo de diario de tal modo que en ellos descubrimos el día a día del trabajo y sus inconvenientes.

Un recopilación indispensable de textos jeroglíficos, de diverso origen y contenido, pertenecientes al final de la Época Ramésida la encontramos en: K. A. KITCHEN, *Ramesside inscriptions* VI/VII, Oxford, 1983/1989. Una recopilación en transcripción jeroglífica del hierático de todo un conjunto de cartas, muchas de ellas de finales del reinado de Ramsés XI, de gran interés histórico y social. la encontramos en: J. ČERNÝ, *Late Ramesside letters*, Bruselas, B A IX, 1939. Por su parte: E. F. WENTE, *Letters from ancient Egypt*, Atlanta, 1990 es una recopilación de un numeroso conjunto de cartas, mayoritariamente publicadas por Černý en versión jeroglífica, pertenecientes al final de la Época Ramésida. Un interesante estudio

sobre los modelos y tipos de cartas, modos de salutación, despedida, etc., que hallamos durante el Reino Nuevo y comienzos del TPI nos lo ofrece: A. el-M. BAKIR, *Egyptian epistolography from the Eighteenth to the Twenty-First Dynasty,* El Cairo, IFAO (BdÉ 48), 1970, también resulta de interés desde el punto de vista social.

## Tercer Período Intermedio

El mejor manual sobre el Tercer Período Intermedio es K. A. KITCHEN, *The Third Intermediate Period in Egypt,* Warminster, Aris & Phillips, 1986, aunque mejorado en algunos puntos por nuevas investigaciones sigue siendo indispensable para todo aquel que quiera introducirse en la problemática del período. M. A. BONHÊME, *Les noms royaux dans l'Égypte de la Troisième Période Intermédiaire,* El Cairo, IFAO (BdÉ, 98), 1987, y M. A. BONHÊME, *Le livre des rois de la Troisième Période Intermédiaire, I. XXI^e^ Dynastie,* El Cairo, IFAO (BdÉ, 99), 1987, en estos dos tomos la autora recopila todos los nombres reales documentados de los reyes del TPI, de modo que nos sirve de fuente de referencia de gran utilidad.

La obra de F. GOMAÀ, *Die lybischen Fürstentümer des Deltas vom Tod Osorkons II. Bis zur Wiedervereinigung Ägyptens durch Psametik I,* Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1974, nos ofrece una recopilación de las principales ciudades del Delta en las que se asentaron poderes libios, con mención a los príncipes relacionados con ellas, durante la segunda mitad del TPI; aunque antiguo sigue siendo útil.

Un estudio del origen, genealogía, poder y cronología, de los sumos sacerdotes de Amón en Tebas desde Ramsés XI hasta Psusennes II, a partir de una abundante y dispersa documentación epigráfica, tanto jeroglífica como hierática, lo encontramos en J. LULL, *Los sumos sacerdotes de Amón tebanos de la* wHm mswt *y dinastía XXI (ca. 1083 -945 a.C.),* Oxford, BAR International Series 1469, 2006. El papel desempeñado por las sacerdotisas en Tebas adquiere gran importancia, mediante S. A. NAGUIB, *Le clergé féminin d'Amon thébain à la 21^e^ Dynastie,* Lovaina, OLA, 38, 1990, podemos acercarnos a su compleja jerarquía así como a su origen y genealogía.

R. G. MORKOT, *The black pharaohs. Egypt's Nubian rulers,* Londres, 2000, es un ensayo recomendable sobre la historia de los faraones de la XXV dinastía, desde su origen hasta su expulsión de Egipto por asirios y saitas. Sobre el mismo tema, una obra divulgativa y de fácil lectura es D. B. REDFORD, *De esclavo a faraón. Los faraones negros de la XXV dinastía,* Barcelona, Crítica, 2005, con una amplia introducción sobre la influencia ejercida por Egipto, militar y culturalmente, sobre el territorio Nubio.

Uno de los textos más importantes del Tercer Período Intermedio, pues en él se narra las peripecias sufridas por Osorkón, futuro Osorkón III,

por el control del pontificado de Amón en Tebas, se estudia en R. A. CAMINOS, *The chronicle of prince Osorkon,* Roma, AO 37, 1958, de lectura muy recomendable. El Papiro de Unamon es una de las obras más conocidas de comienzos del TPI y su lectura es obligatoria para todo aquel que quiera comenzar a adentrarse en la geopolítica de la época a través de una fuente contemporánea; H. GOEDICKE, *The Report of Wenamun*, Baltimore, 1975, en la cual el autor ofrece numerosas explicaciones para entender mejor su contenido. Los textos del TPI aparecen generalmente en neoegipcio, por lo que para su estudio es recomendable introducirse en los cambios que, respecto al egipcio clásico, ofrece esta lengua, F. JUNGE, *Neuägyptisch. Einführung in die Grammatik,* Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1999, es muy recomendable.

Un estudio sobre la arquitectura y epigrafía de las tumbas reales del TPI, en el que se incluyen todos los textos e iconografía hallados en su decoración mural, con explicaciones sobre su origen o vinculación a modelos compositivos previos del Valle de los Reyes lo encontramos en J. LULL, *Las tumbas reales egipcias del Tercer Período Intermedio (dinastías XXI-XXV): tradición y cambios,* Oxford, BAR International Series 1045, 2002. Más allá del estudio tipológico de los numerosos ataúdes hallados principalmente en *cachettes*, A. NIWINSKI, *21th Dynasty coffins from Thebes. Chronological and typological Studies,* Maguncia, 1988, es también una referencia importante desde el punto de vista cronológico.

## Baja Época

Para una aproximación global al Egipto de la Baja Época, es muy apropiada la obra de K. MYSLIWIEC, *The twilight of ancient Egypt,* Cornell, Cornell University Press, 2000; se trata de una síntesis actualizada, escrita de forma ágil, y en la que destacan la atención y el interés hacia la evolución del arte y la arquitectura. No obstante, desde nuestro punto de vista, la más completa y útil sigue siendo A. B. LLOYD, «La Baja Época, 664-323 a. C.», en B. TRIGGER *et al., Historia del Egipto Antiguo,* Barcelona, Crítica, 1985, pp. 345-516, con un enfoque muy original, dando cabida a la documentación referente a las capas medias e inferiores de la población y a la vida provincial, responde perfectamente al concepto de historia social que inspira la obra colectiva en que está integrada. Los aspectos económico e ideológico aparecen también suficientemente tratados, junto a la tradicional presentación de la política internacional o la historia militar. El único incoveniente es que la traducción castellana dificulta en cierta medida la comprensión de un texto que ya de por sí no es fácil. No hay que olvidar, finalmente, el tradicional estudio de F. KIENITZ (1953), perfectamente válido en la actualidad a pesar de los años transcurridos de su publicación. Un ameno resumen de esta obra, en castellano,

especialmente refrida a la XXVI dinastía, se encuentra en F. KIENITZ, «El renacimiento saíta», en *Historia Universal Siglo XXI,* Madrid, Siglo XXI, 1974, pp. 213-244. Para la Época Persa, son excelentes las presentaciones de conjunto de E. BRESCIANI, «La satrapia d'Egitto», *Studi Classici e Orientali*, vol. VII, 1958, pp. 153-187, y E. BRESCIANI, «The Persian occupation of Egypt», en *The Cambridge History of Iran,* vol. II, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 502-528.

Por lo que respecta a Heródoto, que constituye una fuente excepcional para el conocimiento de este período, contamos con el excelente comentario de A. B. LLOYD, *Herodotus Book Two, Commentary 1-98,* Leiden, Brill, 1976, y A. B. LLOYD, *Herodotus Book Two, Commentary 99-182,* Leiden, Brill, 1988, muy bien documentado y fácil de manejar, y que, además, remite a bibliografía complementaria. El estudio de H. de MEULENAERE, *Herodotor over de 26ste Dynastie,* Lovaina, 1951 podría haber sido útil, si estuviera accesible en una de las lenguas *standard* de la egiptología científica. En castellano, contamos con la magnífica traducción de C. SCHRADER (introducción, traducción y notas), *Herodoto. Historia, Libros I-II,* Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos 3), 1977, asimismo con un buen aparato de notas a pie de página e incluyendo bibliografía secundaria de inestimable valor.

En cuanto a compilaciones de fuentes, para la Época Saita contamos con el clásico J. H. BREASTED, *Ancient Records of Egypt,* vol. IV, *The Twentieth to the Twenty-sixth Dynasties,* Chicago, Chicago University Press, 1926, pp. 477-520. Aunque las traducciones que ofrece están en buena medida obsoletas, siempre es útil. Para la Estela de la adopción, veáse la definitiva edición y estudio de R. A. CAMINOS, «The Nitocris Adoption Stele», *JEA,* vol. 50, 1964, pp. 71-101. Mucho mejor es el panorama de la Época Persa, fundamentalmente por la excelente obra de G. POSENER, *La première domination Perse,* El Cairo, Impr. de l'IFAO, 1936. Se trata no sólo de una edición y traducción de textos, sino que también incluye unos excelentes comentarios y una presentación de conjunto del valor que tienen estos documentos para la comprensión histórica de este período.

Hay textos o fuentes que requieren un tratamiento monográfico, por su relevancia y valor documental. Eso sucede con la biografía de Udjahorresnet, para la que contamos con la publicación de A. B., LLOYD, «The inscription of Udjahorresnet. A collaborator's testament», *JEA,* vol. 68, 1982, pp. 166-180, o la Crónica Demótica, gracias al estudio de J. H. JOHNSON, «The Demotic Chronicle as an historical source», *Enchoria,* vol. 4, 1974, pp. 1-17. Para los textos de la estatua de Darío I encontrada en Susa, realmente excepcionales, hay que contar con la publicación de J. YOYOTTE, «Les inscriptions hiéroglyphiques. Darius et l'Égypte», *JA,* vol. 260, 1972, pp. 253-266.

Finalmente hay aspectos concretos o problemas históricos que han recibido la atención específica que se merecen. Combiene citar los trabajos

sobre las relaciones entre los griegos y Egipto, como F. BILABEL, «Polykrates von Samos und Amasis von Aegypten», *Neue Heidelberg. Jahrbücher,* 1934, pp. 129-159; R. M. COOK, «Amasis and the Greeks in Egypt», *JHS,* vol. 57, 1937, pp. 227-237, o W. M. DAVIES, «Egypt, Samos and the archaic style in the Greek sculpture», *JEA,* vol. 67, 1981, pp. 61-8, así como las obras de A. SPALINGER, «Psammetichus, king of Egypt», *JARCE,* vol. 13, 1976, pp. 133-147, y A. SPALINGER, «The concept of monarchy during the Saite Epoch», *Orientalia,* vol. 47, 1978, pp. 12-36, o P. KAPLONY, «Bemerkungen zum ägyptisches Königtum, vor allem in der Spätzeit», *CdE,* vol. 47, 1971, pp. 250-274, sobre la realeza de esta época, o las publicaciones centradas en la debatida cuestión de la imagen de los soberanos persas y su actuación en Egipto, como las de K. M. T. ATKINSON, «The legitimacy of Cambises as king of Egypt», *JAOS,* vol. 76, 1956, pp. 167-177; J. M. SERRANO, «La titulatura real de los faraones persas», en J. CERVELLÓ y A. J. QUEVEDO (eds.), *... Ir a buscar leña: Estudios dedicados al prof. Jesús López,* Barcelona, Aula Aegyptiaca (Aula Aegytiaca Studia), 2001, pp. 175-184, y J. M. SERRANO, «En los orígenes del mito. Egipto y el Mundo Grecorromano», en *Egipto: 200 años de investigación arqueológica,* Madrid, Zugarto, 1998, pp. 6-17.

# LOS AUTORES

Josep Cervelló Autuori (Barcelona, 1961) es licenciado en Filología (1986) y en Geografía e Historia (Historia Antigua) (1990) por la Universidad de Barcelona, donde también obtuvo un máster en Estudios Orientales (Egiptología) (1991) —en el marco del cual estudió egipcio clásico, hierático y neoegipcio con Jesús López—, y se doctoró en Historia Antigua (1995). En la actualidad es profesor asociado de egiptología de la Universidad Autónoma de Barcelona, así como investigador y coordinador de los programas de Tercer Ciclo en Egiptología del Instituto de Estudios del Próximo Oriente Antiguo de la UAB. Asimismo, dirige el proyecto de investigación «Documentación epigráfica en Saqqara (Egipto): yacimientos de Kom el-Khamasin y Menawat», financiado por la Generalidad de Cataluña. Especialista en historia y epigrafía del Egipto de los orígenes y del Reino Antiguo, es autor de numerosas publicaciones especializadas entre artículos, ediciones de libros colectivos y libros, entre los que se cuentan: *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano* (Sabadell, 1996) y *Actas del Segundo Congreso Ibérico de Egiptología* (Bellaterra, 2005).

Andrés Diego Espinel (Salamanca, 1971) es licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Salamanca (1994) y en Egiptología por la Università degli Studi de Pisa (1997), además de doctor en Historia por la Universidad de Salamanca (2001), grado que obtuvo (con Premio Extraordinario de Doctorado) con una tesis sobre la etnicidad y territorialidad en el Egipto del Reino Antiguo. Posteriormente, amplió estudios en la Universidad de Oxford (2002-2005) gracias a una beca postdoctoral del Ministerio de Educación y Cultura. Forma parte del equipo del Proyecto Djehuty y desde el año 2008 es científico titular del CSIC. Además de su amplia producción científica publicada en revistas especializadas, es autor de los libros: *Etnicidad y territorialidad en el Reino Antiguo egipcio*

(Barcelona, 2007) y *Abriendo los caminos de Punt. Contactos entre Egipto y el ámbito afro-árabe durante la Edad del Bronce (c 3000-1065 a. C.)* (Barcelona, 2009).

José Manuel GALÁN ALLUÉ (Madrid, 1963) se licenció en Historia Antigua por la Universidad Complutense de Madrid (1986) y se doctoró en Egiptología por la universidad Johns Hopkins (Baltimore, Estados Unidos) (1993). Fue becario postdoctoral Alexander von Humboldt en el Ägyptologisches Institut de la universidad de Tübingen (Alemania) (1994). En la actualidad es científico titular del CSIC. Es autor de los libros: *Victory and Border: Terminology related to Egyptian Imperialism in the XVIIIth Dynasty* (Hildesheim, 1995); *Cuatro viajes en la literatura del antiguo Egipto* (Madrid, 2000[2]); *El imperio egipcio. Inscripciones ca. 1550-1300 a. C.* (Madrid, 2002) y *En busca de Djehuty: crónica de una excavación arqueológica en Luxor* (Barcelona, 2006). Además de haber escrito medio centenar de artículos científicos, dirige dos proyectos de investigación: uno sobre la religiosidad popular y las manifestaciones de piedad personal en el antiguo Egipto en torno al año 1200 a. C. (partiendo de las estelas y otros objetos con inscripción provenientes de Deir el-Medina en el Museo de El Cairo)»; el otro, denominado «Proyecto Djehuty», se ocupa de la excavación restauración y publicación de las tumbas de Djehuty (TT11) y de Hery (TT12) en la necrópolis de Dra Abu el-Naga, Luxor.

José LULL GARCÍA (Gandía, 1972) es licenciado en Egiptología por la Universidad de Tübingen (Alemania) (2001) y en Arqueología por la Universidad de Valencia (1996), donde también obtuvo su doctorado en la misma especialidad (2002), con una tesis titulada *Las tumbas reales egipcias del Tercer Período Intermedio y Época Tardía (din. XXI-XXX): tradición y cambios*. Ha participado en misiones arqueológicas tanto extranjeras como españolas en las necrópolis egipcias de Dra Abu el-Naga, Asasif y Deir el-Bahari. Es autor de tres libros: *Las Tumbas reales egipcias del Tercer Período Intermedio* (Oxford, 2002); *La astronomía en el antiguo Egipto* (Valencia, 2006[2]) y *Los sumos sacerdotes de Amón tebanos de la wḥm mswt y dinastía XXI* (Oxford, 2006), y de más de setenta artículos.

Juan Carlos MORENO GARCÍA (Baracaldo, 1965) es licenciado en Historia Antigua por la Universidad del País Vasco (1988) y doctor en Egiptología por la École Pratique des Hautes Études de París (1995). En la actualidad es investigador titular en el CNRS (Francia). Su principal área de estudio es la organización económica, social y administrativa de Egipto. Autor de numerosos artículos sobre estas cuestiones, también ha publicado *Études sur l'administration, le pouvoir et l'idéologie en Égypte,*

*de l'Ancien au Moyen Empire* (Lieja, 1997), *Hwt et le milieu rural égyptien du III^e millénaire* (París, 1999), *Egipto en el Imperio Antiguo* (Barcelona, 2004), *L'agriculture institutionnelle en Égypte ancienne: état de la question et perspectives interdisciplinaires* (Lille, 2007), *Élites et pouvoir en Égypte ancienne* (Lille, en prensa) y *Ancient Egyptian Administration* (Boston, en prensa).

Ana Isabel NAVAJAS JIMÉNEZ (Madrid, 1968) se licenció en Historia Antigua por la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid (1991) y se doctoró en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid (2004), con una tesis que analizaba las producciones de cerámicas predinásticas egipcias, *white cross-lined*. Vinculada al Ashmolean Museum y al Oriental Institute, ha disfrutado de un período de formación de investigación postdoctoral en la Universidad de Oxford. Es autora de diversos artículos especializados, sobre todo en el campo de la iconografía de la época predinástica, aunque también de otros períodos de la historia del Egipto faraónico. Asimismo, ha participado en varios libros colectivos, como: *Estudios sobre parentesco y Estado en el antiguo Egipto* (Buenos Aires, 2006). Su campo de estudio está igualmente relacionado con la arqueología egipcia.

José Miguel PARRA ORTIZ (Madrid, 1968) es licenciado (1992) y doctor (1997) en Historia Antigua por la Universidad Complutense de Madrid, grado este último conseguido con un estudio sobre los aspectos socioeconómicos de los complejos piramidales del Reino Antiguo. Ha impartido clases de historia de Egipto en su *alma mater* y en la actualidad es miembro del equipo del Proyecto Djehuty. Además de una amplia labor divulgadora en publicaciones como *Revista de Arqueología, National Geographic Historia, Enigmas,* etcétera, ha publicado en revistas especializadas diversos artículos sobre el Reino Antiguo y las relaciones personales en el Antiguo Egipto. Es autor de las monografías: *Historia de las pirámides de Egipto* (Madrid, 2008²); *Egipto. Entre la leyenda y la realidad* (Madrid, en prensa); *Gentes del valle del Nilo. La sociedad egipcia en la época faraónica* (Madrid, 2003); *Las pirámides. Historia, mito y realidad* (Madrid, 2001); *La vida amorosa en el antiguo Egipto. Sexo, matrimonio y erotismo* (Madrid, 2001) (traducido al francés, 2006); *Cuentos egipcios* (Madrid, 1998), y *Los constructores de las grandes pirámides* (Madrid, 1998).

José Miguel SERRANO DELGADO (Sevilla, 1958) se licenció en Historia en la Universidad de Sevilla (1980), donde también obtuvo el doctorado en Historia Antigua (1986) y fue introducido en la egiptología científica de la mano del profesor Presedo Velo. Amplió sus conocimientos en la Universidad de la Sorbona y en el Collège de France (París) (1983-1984).

Sus trabajos de investigación han girado en torno a los textos literarios y religiosos egipcios, con una línea abierta sobre las biografías funerarias. Su participación en el Proyecto Djehuty desde su fundación le ha llevado a abrir otra línea de investigación en rituales y liturgias funerarias, a las que ha dedicado sus más recientes publicaciones. Es autor, entre otros, de *Textos para la historia antigua de Egipto* (Madrid, 1993) y, en colaboración, de *La religión egipcia* (Madrid, 1989) e *Historia antigua del Próximo Oriente. Mesopotamia y Egipto* (Madrid, 2006).

# ÍNDICE DE ILUSTRACIONES*

Págs.



---

* Las ilustraciones que aparecen en este libro pertenecen a los archivos privados de los autores y de la editorial. Los autores y el editor han hecho todo lo posible para cumplir las leyes vigentes sobre los derechos de autor de las fotografías y han pedido autorización para reproducirlas. Sin embargo, en algunos casos esto no ha sido posible, por tanto, se solicita a los poseedores de los derechos de autor que se pongan en contacto con el editor en caso de que quisiesen hacer alguna reclamación.

# ÍNDICE ONOMÁSTICO



«Soy ese gato cerca del cual se hendió el árbol *ished* en Heliópolis,
esta noche en la que son aniquilados los enemigos del Señor del Universo»
(*Libro de los muertos*, cap. XVII)